

3187  
Fig  
a

# ARTE ESTÉTICA IDEAL

---

ENSAYO FILOSÓFICO  
ENCARADO DE UN NUEVO PUNTO DE VISTA  
POR  
PEDRO FIGARI

MONTEVIDEO  
IMPRESA ARTÍSTICA, DE JUAN J. DORNALECHE  
Calle Cerro Largo, 783 y 785  
1912

## ÍNDICE

---

|   | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| DEDICATORIA . . . . .   | IX           |
| PREFACIO. . . . .   | XI           |
| EL ARTE.—PARTE PRIMERA  |              |
| I. GÉNESIS DEL ARTE . . . . .   | 3            |
| II. EL RECURSO ARTÍSTICO:   |              |
| I. El arte es un medio universal de acción . . . . .                                | 13           |
| II. El arte y la ciencia . . . . .  | 16           |
| III. El arte es fundamentalmente útil . . . . .                                     | 23           |
| IV. Intento de clasificación racional . . . . .                                     | 27           |
| III. EVOLUCIÓN:   |              |
| I. El hombre se sirve del arte como de un medio<br>incondicional de acción. . . . . | 39           |
| II. El fondo tradicional:   |              |
| I. El temor de la muerte. . . . .   | 48           |
| II. Egocentrismo primitivo . . . . .  | 58           |
| III. La ilusión de excepcionalidad . . . . .  | 65           |
| IV. Tenacidad del prejuicio tradicional . . . . .                                   | 69           |
| V. Efectos retardatarios del fondo tradicional en la<br>evolución . . . . .         | 75           |

|  | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| III. Orientación sentimental . . . . .   | 81           |
| El cristianismo:   |              |
| a) <i>Índole de la ética cristiana</i> . . . . .   | 82           |
| b) <i>Inadaptabilidad del hombre á la ética cristiana</i> . . . . .                                | 88           |
| c) <i>Acción del cristianismo</i> . . . . .  | 96           |
| IV. Tradición sentimental. — Conclusiones. . . . .   | 104          |
| V. Orientación racional . . . . .  | 117          |
| IV. EL ARTE Y LA TÉCNICA:  |              |
| I. Naturaleza y función del recurso técnico en la<br>acción artística . . . . .                    | 132          |
| II. La obra de arte. . . . .   | 150          |
| III. La enseñanza . . . . .  | 156          |
| V. LA CRÍTICA:   |              |
| I. Naturaleza y función de la crítica . . . . .  | 163          |
| II. La misión crítica . . . . .  | 167          |
| III. Obstáculos que encuentra la acción crítica . . . . .  | 171          |
| LA ESTÉTICA. — PARTE SEGUNDA   |              |
| I. LA SUPUESTA CIENCIA ESTÉTICA. . . . .   | 179          |
| II. CAMPO EN QUE FLORECE EL FENÓMENO ESTÉTICO:   |              |
| I. Realidad, ilusión . . . . .   | 197          |
| II. Nuestro relacionamiento con el mundo exterior. . . . .   | 213          |
| III. Formas de relacionamiento . . . . .   | 229          |
| III. GENERACIÓN DEL FENÓMENO ESTÉTICO . . . . .  | 244          |
| IV. LA EMOCIÓN ESTÉTICA:   |              |
| I. La emoción en general . . . . .   | 256          |
| II. Emoción estética . . . . .   | 272          |
| V. BELLEZA EMOCIONAL Y BELLEZA RACIONAL . . . . .  | 289          |
| VI. NATURALEZA DE LA MODALIDAD ESTÉTICA:   |              |
| I. Necesidad de considerar integrado todo fenómeno<br>estético con un concurso subjetivo . . . . . | 300          |
| II. Relativismo de la modalidad estética . . . . .   | 311          |
| III. Lo bello y lo superfluo . . . . .   | 324          |

VII. EL ARTE Y LA EVOLUCIÓN ESTÉTICA:

|   |     |
|---|-----|
| I. Relación entre el arte y la estética . . . . .   | 330 |
| II. Evolución emocional . . . . .   | 336 |
| III. Evolución del esteticismo. . . . .   | 345 |
| IV. El pasado . . . . .   | 352 |
| V. La evolución estética es una consecuencia de la<br>evolución general . . . . .                 | 361 |
| VI. Influencia del arte en la evolución estética . . . . .  | 367 |
| <i>Las artes plásticas y la música . . . . .</i>  | 369 |
| <i>La arquitectura y las artes decorativas . . . . .</i>  | 374 |
| <i>Literatura, poesía y demás derivaciones del len-<br/>guaje: oratoria, teatro, etc. . . . .</i> | 379 |
| <i>El arte científica . . . . .</i>   | 383 |
| <i>El arte industrial . . . . .</i>   | 385 |
| VII. Conclusiones . . . . .   | 387 |

EL IDEAL. — PARTE TERCERA

|   |     |
|---|-----|
| I. ¿QUÉ ES EL IDEAL? . . . . .                            | 399 |
| II. EL ARTE, LA ESTÉTICA Y EL IDEAL. . . . .              | 407 |
| III. LA ACCIÓN EVOLUTIVA Y EL IDEAL:                      |     |
| I. El hombre, por su arte, se encamina al ideal . . . . . | 413 |
| II. Arbitrariedad del esfuerzo emocional . . . . .        | 424 |
| III. Superioridad de la ideación . . . . .                | 434 |
| IV. PERFECTIBILIDAD:                                      |     |
| I. El mejoramiento humano. . . . .                        | 445 |
| II. La individualidad . . . . .                           | 462 |
| I. Instinto . . . . .                                     | 482 |
| II. Conciencia. . . . .                                   | 500 |
| III. Voluntad . . . . .                                   | 516 |
| IV Opción. . . . .  | 530 |
| III. La convicción científica . . . . .                   | 551 |
| V. LA VIDA . . . . .                                      | 569 |
| <i>Nómina de las obras citadas. . . . .</i>               | 591 |

## PREFACIO

Lo que concierne al arte, la estética y el ideal se nos ofrece tan brumoso y de tal modo ajeno y superior á toda lógica positiva, que se le supone exento de cualquiera verificación estricta, de carácter racional. No podría ocurrir esto, sin embargo, cuando hubiese un concepto más preciso acerca de la naturaleza íntima de los fenómenos que se producen en este triple dominio, como no acontece en todo aquello que « se conoce », porque entonces se trata de propiciar, cuando menos, las vías más seguras y favorables, y se las encarece á fin de encaminar la actividad en ese sentido, como más beneficioso al hombre, á la sociedad, á la especie. Esas tres entidades, si bien se las considera por lo general como substantivas, y objetivas, en consecuencia, han quedado, no obstante, confundidas entre sí, sin contornos definidos ni perceptibles, y puede verse todavía que todo cuanto á ellas se refiere no sólo permanece, sino que tiende á permanecer, en el pensamiento de sus propios cultores, dentro de una vaguedad fantástica, casi mirífica, que desconcierta al observador. La disparidad de las opiniones sobre estos asuntos se manifiesta de muchas maneras, todos los días, lo mismo en libros que en revistas y periódicos, profusamente, y hasta parece que se acentuara más y más á su respecto la

propensión á lo extravagante y lo anfibológico, como si en esas esferas nos halláramos exceptuados por completo de toda crítica racional.

Si prestamos atención cuando se discurre acerca de estas cuestiones, notamos, á poco andar, que se usan indistintamente, como si tuvieran un significado de perfecta equivalencia, los tres vocablos: arte, belleza, ideal, así como que los interlocutores, en vez de tratar de colocarse en un terreno llano y firme, tienden á remontarse, con frases, imágenes y perífrasis ampulosas, hacia regiones quiméricas, caóticas, no ya de lo extraordinario, sino también de lo prodigioso. Se diría que cuando intervienen de algún modo las Musas, todos se sienten más ó menos fascinados por sus encantos, en este reino que nos viene tan recomendado por la tradición; reino de lo inconcreto, nebuloso, fabuloso, donde el juicio sereno y sesudo parece proscripto. Así es que cada cual, según su índole, rinde homenaje á esta otra trinidad, también excelsa; es así que vemos practicar su culto en todos los planos y en toda forma, aun dentro de lo contradictorio, ya sea en la paz de un recogimiento casi místico, de éxtasis delicioso, ó bien delirantes, agitando los brazos con fanatismo declamatorio, enfático, convulsivo, á veces, de iluminados.

Es precisamente la singularidad de tales fenómenos, tan curiosos, lo que más me ha incitado á estudiarlos, en la inteligencia de que en la naturaleza sólo puede ofrecérsenos como sobrenatural y maravilloso lo que no conocemos; lo demás tiene que ser lógico, « natural », y aun sencillo.

De tiempo atrás me halagaba la idea de tomar un sendero positivo, á mi entender, que apenas había vislumbrado, y consideré juicioso ir derechamente á verificarlo en la realidad misma, antes de emprender lecturas, desde

que, por incompletas que ellas fuesen, no podía ignorar que hasta los filósofos más eminentes han sentido los efectos sugestivos del prestigio tradicional en lo que atañe á estos asuntos, según lo revelan sus propias disquisiciones magistrales, en las que se sustenta el antiguo dictamen sobre el arte y la belleza, como manifestaciones sublimes, cuando no milagrosas, semi divinas. Me pareció entonces que no eran ésas las fuentes de estudio más seguras, porque, al fin, acatar, exaltar y describir, por bien que esto se haga, no es explicar. Habría sido desacertado, así, y hasta petulante, batir esas vías ya recorridas, porque no podía ilusionarme con la esperanza de ver lo que en ellas no vieron las inteligencias culmiuantes que se esforzaron para dar una solución.

Entregado, pues, á mis recursos, como un ciego á su báculo, para orientarme en ese nuevo rumbo por medio de los fenómenos más simples de la naturaleza, siempre fidedignos, en un ambiente que se nos presenta como algo muy intrincado, más que nada, quizá, á causa de los errores ya consagrados en nuestra mentalidad, me aventuré á buscar una explicación directamente, y éste es el resultado de mi ensayo, que ofrezco al lector, no sin cierta emoción. Por esto mismo, resulta ocioso anticiparle que no se encontrará con un libro de erudito; al contrario, hallará muchas deficiencias de erudición, excusables, por otra parte, si se toma en cuenta que he debido invadir muy diversos campos de investigación científica, en mi empeño principalmente documental á este respecto. Puedo decirle, en cambio, que este libro es de observación y de asimilación; en otras palabras, que, por escaso que sea su mérito, es «mi libro».

Confieso que una de las consideraciones que más me hacen titubear, es que sea yo, sin título alguno, quien afirma haber encontrado algo positivo en asuntos donde

otros fracasaron; pero me tranquiliza el pensar que cualquiera circunstancia — la propia carencia de erudición, tal vez — puede influir para que el menos indicado vea lo que la naturaleza contiene y, á todos por igual, exhibe sin ambages. Mi procedimiento me ha dejado una libertad mental de que no puede disfrutar el que comienza por leer demasiado antes de haber observado y meditado por cuenta propia. Superfluo será añadir que no me he detenido ante ninguna consideración ni autoridad tradicional, seguro, como estoy, de que el primer homenaje se debe á LA REALIDAD que á todos nos sustenta como tributarios, incluso los propios soñadores rezagados, que acaso condenen mi acatamiento reverente como una rebelión.

Desde el punto en que me he colocado para encarrilar este intento investigador, considero al hombre como una de las infinitas modalidades de la substancia y de la energía integrales, esto es, como individualidad orgánica, como un valor « morfológico », simplemente. En la primera parte examino *sus arbitrios y formas de acción*, sus recursos y orientaciones, así como los efectos generales de los mismos; en la segunda, *sus formas de relacionamiento con la realidad*, y el fenómeno estético como consecuencia de las fases de relacionamiento; y en la tercera parte, « El Ideal », estudio á *la individualidad humana en sí*, y como entidad *capaz de mejorar sus formas de acción*. Este nuevo punto de vista, desde luego, permite explicar racionalmente la continua progresividad de las formas de actuación humana, así como la causa de la variedad de las manifestaciones estéticas, dejando, á la vez, diferenciar al arte de la belleza y del ideal.

De cualquier modo, aun cuando yo no hubiese podido deducir ninguna ventaja positiva en el campo en que he dirigido este ensayo, aun así pienso que no será del todo



estéril, porque respecto de la firmeza de la base en que reposa no tengo duda alguna, por mi parte, y confío en que otros, mejor preparados, podrán utilizarla más.

Cuando comencé á ordenar ideas y á fijar el plan dentro de esta nueva orientación,— en enero del año próximo pasado, casi dos años ha,— fué mi propósito ofrecer un simple opúsculo á los más autorizados, á fin de que pudieran apreciar si verdaderamente había algo efectivo en esta senda, ó si, al contrario, como es tan frecuente, sólo era un espejismo expuesto á desvanecerse ante el análisis objetivo; empero, el fundamento parecía afianzarse de punto en punto á medida que realizaba la tarea de investigación comprobatoria, y enardecido por la ambición de aportar más completa una idea útil,—muy útil, á mi juicio,— y atraído, además, por las propias proyecciones de un derrotero que permitía dar un sentido racional á muchas cosas que parecían no tenerlo antes, en mi espíritu por lo menos, dediqué todas las horas que pude restar á las ocupaciones indeclinables, y al hacer lecturas de compulsa, se mantuvieron aquellos mismos entusiasmos de neófito y se acentuaron mis convicciones, poco sólidas hasta entonces. Por lo que á mí se refiere, pues, estoy ya compensado de este esfuerzo, como quiera que se le repunte, porque me deja ver con una conciencia propia, de un modo satisfactorio, y aun optimista, una serie de fenómenos que antes me llenaban de asombro y confusión; en cuanto al lector, al presentarle este libro, he querido decirle cómo se produjo, á fin de que pueda explicarse alguna de sus deficiencias, por lo menos.

PEDRO FIGARI.

Montevideo, 18 de Septiembre de 1912.

---

EL ARTE

---

PARTE PRIMERA

---

## I

### GÉNESIS DEL ARTE

Todo organismo vive á expensas de lo que llamamos el mundo «exterior». Ni se concibe que un ser cualquiera pueda prescindir de los elementos y concursos de su ambiente; al contrario, cada uno trata fundamentalmente de obtenerlos y aprovecharlos cuanto le es posible, según sus necesidades, y para ello se esfuerza tanto más cuanto éstas más vivas sean. De ahí surgen innumerables formas de acción, entre las cuales se caracteriza la artística, como la del ingenio aplicado á la consecución de lo que demanda cada organización vital.

No debe confundirse, sin embargo, el arte con la acción. El que mira, el que se mueve y camina, no son artistas por esto solo; mas comenzarán á serlo así que se valgan de su intelecto para mejorar esos mismos actos vegetativos, como el que se procura un antejo, ó el bailarín, el gimnasta, el andarín. El que se abriga, por esto solo no es artista, pero empieza á serlo cuando saca un partido racional de los elementos que halla al alcance de su mano, y teje. El que se apodera de una substancia nutritiva para alimentarse, no es artista por ese solo hecho, pero lo es al construir una flecha ó una trampa para cazar, ó cuando idea cualquier otro recurso para procurarse el alimento. El que se guarece

en las anfractuosidades de un tronco no ejecuta un acto artístico, pero cuando construye una choza, y á medida que la adapta á sus necesidades y se orienta, y saca provecho de las peculiaridades del medio para mejor servir sus instintos, ó para precaverse con actos de previsión, va demostrando cada vez más sus aptitudes artísticas. Es preciso, pues, que haya un arbitrio de inteligencia, más ó menos consciente, para que el acto pueda considerarse artístico. Ésta es su característica *esencial*.

Bien se ve que es muy difícil establecer el punto inicial de la manifestación artística, tomándola en el instante mismo en que se desprende de la función vegetativa, por cuanto debe haber estados de conciencia que apenas se acusan, sin solución de continuidad con los inmediatos inferiores, subconscientes ó inconscientes; pero no hay razón alguna para negar la condición *esencialmente artística* de esos mismos actos primitivos, por el hecho de que sean muy rudimentarios, no sólo porque esto implicaría desconocer la realidad, sino también porque tal desconocimiento nos obligaría á adoptar un criterio arbitrario para definir las formas incipientes del arte, y nos inhabilitaría para determinar la zona de iniciación.

Toda clasificación que tome otro antecedente, no puede tener por base una esencialidad típica, dado que las manifestaciones artísticas ulteriores son simples desarrollos y transformaciones de aquellos mismos actos, y tendría, pues, que fundarse forzosamente en un convencionalismo artificioso, lo cual nos conduciría de nuevo á las confusiones que reinan sobre este asunto, las que, quizá, no tienen más causa que el desconocimiento de esa sencilla verdad.

La misma actividad subhumana ofrece ya manifestaciones genuinamente artísticas. El castor que construye diques para proteger su vivienda; el ave que arma su

(Cbn 7<sup>o</sup>)

nido (1); la misma hormiga que escarba su cueva y almacena provisiones, denotan aptitudes artísticas. El gallo que riñe para defender su dominio, en la riña es tan artista, en el sentido estricto de la palabra, cuanto los más afamados campeones del box, y aun como el que esgrime elegantemente un florete en la pedana de una sala palaciega. El león que se asocia para cazar al búfalo; el zorro que se apresta cautelosa y astutamente para sorprender un gallinero, no ya la araña que teje su admirable red para aprisionar al insecto, son artistas.

La simplicidad de estos procedimientos que observamos al través de nuestra propia complejidad, nos hace pensar que esos actos son de distinta naturaleza esencial que la de los humanos análogos. Se dice que son instintivos, y al decir esto se quiere expresar que son puramente funcionales, mecánicos, automáticos, por completo inconscientes. La escasa variedad de sus recursos, comparada con la multiplicidad y variedad de los del hombre civilizado, nos hace creer que se trata de manifestaciones de distinta calidad; mas si descontáramos la mayor complejidad de la organización humana y, por ende, la pluralidad de sus necesidades y recursos, veríamos que no por ser más completa la inteligencia que el hombre aplica á sus formas de acción, ha de desconocerse la *identidad fundamental* de sus manifestaciones artísticas con las que exhibe el mundo inferior animal.

Hasta se niega la propia calidad artística de la actividad rudimentaria humana. Nuestro envanecimiento nos ha llevado á considerar que sólo es una manifestación

(1) El «junquero» (*Phloeocryptes melanops*, Vieillot), al construir su nido en los bañados, sobre juncos de dos á tres metros de largo, siempre lo coloca fuera de la altura de las crecientes ordinarias, y algunos afirman que están dispuestos de tal modo estos nidos, que pueden correr hacia arriba, por la presión del agua, en caso de que ésta rebasara aquella altura.

Se impone una di-  
 stinción fundamental  
 tal: todos los juncos,  
 todos los juncos, todos  
 los juncos, etc., sus  
 movimientos preparatorios, re-  
 sultan iguales á los  
 instintivamente, el  
 bosqueño, el caprichoso  
 de aplicar su instinto:  
 parece para obtener  
 una habilidad por  
 ser es instintiva en  
 conexión a la vida -

digna del calificativo de artística, cuando presenta alguna complejidad ó cuando es suntuosa, sin advertir que esto mismo es siempre de un valor relativo. No puede negarse por lo menos que, por torpes que fuerán los primeros pasos del hombre, respondieron, como los más audaces é informados de la actualidad, á un concepto típicamente artístico. Dada la idea corriente respecto del arte, parece que sólo ciertas y determinadas formas son artísticas; pero si nos detuviéramos á comparar, veríamos, no ya en la edad del bronce y del hierro, sino en la propia edad cuaternaria (época paleolítica, período magdaleniano), manifestaciones inequívocas de lo mismo que hoy día llamamos arte decorativo, y hasta algunos ejemplares que sorprenden como verdaderas «obras de arte», en el propio sentido convencional de estas palabras. En algunas cavernas prehistóricas (del Perigord, Altamira, etc.) de los viejos cazadores de renos, se han encontrado grabados y pinturas que asombran por la corrección de su dibujo. En algunas, son perfectas las actitudes de los animales en movimiento, que fué un asunto torturante é indescifrable para los artistas más eximios, hasta que la fotografía instantánea permitió descubrir el ritmo de esos movimientos. ¿Cómo podría negarse, pues, el parentesco directo del arte humano, desde los primeros pasos y gestos del hombre primitivo hasta nuestros días, si ya en tiempos tan lejanos hay manifestaciones inequívocas de lo mismo que llamamos todavía hoy, enfáticamente, arte, por antonomasia, ó sea «bellas artes»?

Pero á la vez que observamos estas manifestaciones sorprendentes, puede verse también que el arte humano, en esa edad, no aventaja, por lo común, al arte desplegado por algunas especies inferiores, lo cual nos induce á pensar que hay, asimismo, una notable analogía entre las manifestaciones artísticas humanas y las subhumanas. No será

menester que esperemos mayores documentaciones arqueológicas que las ya obtenidas, ni que extendamos más atrás nuestras hipótesis para comprobarlo, sobre todo si se tiene presente que la complexión humana, aun en los tiempos más remotos, debió ser superior á la de los demás organismos terrestres.

Este antecedente explicará la diferencia persistente entre la variedad y multiplicidad de nuestros medios artísticos, comparadas con la inmutabilidad que, según Cuvier y otros naturalistas, ofrecen los medios de acción de las especies inferiores, acaso no fatal. Digo así, porque apenas se domestica ó se amaestra á algunos animales, denotan su aptitud para adquirir nuevos recursos. Los monos, los caballos, los perros y elefantes que se exhiben en los circos — que hasta llegan á demostrar aptitudes cómicas, aunque groseras — revelan, quizá, una posibilidad evolutiva en sus medios de acción.

Lo que ocurre, es que la evolución de las formas activas se acusa en el hombre tan ostensiblemente porque es un ser más complejo y experimenta, por lo mismo, necesidades progresivas, en tanto que los seres inferiores, más simples, no sienten más necesidades que las orgánicas rudimentarias, y de ahí la repetición de sus formas usuales de actuar; pero esto no denuncia por sí solo la imposibilidad de modificarlas, sino *la innecesidad de hacerlo*. En la misma especie humana hay estancamientos que parecen definitivos. Hay tribus que no han modificado todavía sus medios de acción y su manera de vivir, en el mismo lapso de tiempo en que otros pueblos los han transformado tanto.

Por lo demás, las documentaciones recogidas abarcan un tiempo relativamente corto para hacer una afirmación fundada acerca de la inmutabilidad de los medios de acción de las especies inferiores, la que podría así resultar tan sólo aparente.

Cierto que no se concibe un órgano sin su correspondiente función, como no se concibe un ser dotado de inteligencia que no la utilice de algún modo para atender á sus necesidades; pero es posible, en cambio, la existencia de un órgano desempeñando una función mínima, de igual modo que concebimos un ser inteligente que no aguce su intelecto cuanto le es dado hacerlo, para sacar el mayor partido posible de él, en su propio provecho. En otras palabras, es posible una aptitud en estado latente, potencial. Bien puede ser, por otra parte, que esa misma inmutabilidad que observan algunos naturalistas en las formas activas de las especies inferiores, sea debida á que poseen ó ejercitan un menor número de facultades ó modalidades psíquicas, antes que al menor grado de su desarrollo, así como que la evolución humana tan progresiva se deba, más bien que al mayor vigor de las facultades del hombre, al mayor número y variedad de sus aplicaciones, lo cual puede subsistir con la afirmación que se ha hecho, de que el hombre no posee una sola función intelectual que le sea exclusiva. Todos los procesos progresivos son tanto más rápidos y diferenciados cuanto más complejos y variados son los factores que en ellos intervienen.

X Si pudiera negarse la naturaleza artística de estas actividades subhumanas; si pudiera negarse que el nido es por lo común una forma textil ó arquitectural <sup>(1)</sup>, como sus

(1) Entre nuestros ejemplares, el nido del «boyero» (las dos especies: *Cacicus chrysopterus*, Vig., y *Amblycercus solitarius*, Vieill.), fuera de otros muchos, menos típicos, acusa una forma inequívocamente textil, y nuestro «hornero» (*Furnarius rufus*, D'Orb.), que hasta repara su admirable nido de barro toda vez que esto se requiere, así como el propio junquero, ya citado en una nota anterior, construyen arquitectónicamente, sin duda alguna. Por lo demás, en otras especies más inferiores puede verse también la aptitud arquitectural, como ocurre con las avispas (el «camuatí», el «camuatá» de la *Polybia scutellaris* y *sericea*, etc.) y con los admirables termitas, cuyas construcciones acusan mayor ingenio que otras congéneres humanas—inclusos los dólmenes y menhires—y á la vez una organización social más compleja é inteligente quizá de la que se observa en muchas agrupaciones humanas inferiores.

Obs 2, - Para tener  
 los nidos son iguales;  
 transportables, pequeños  
 de boyero, de hornero  
 y de junquero á países  
 donde no hallen compo-  
 sición; de esta especie  
 del celo de sus  
 nidos como los humanos  
 que anticipan, etc.  
 con sus hijos con  
 la clase de cuadrado  
 (sus artísticas) y etc.  
 en sus nidos arte  
 de artísticas especies  
 por la misma época.



congéneres del arte humano, y que el canto y el propio cloqueo ó el graznido de las aves, por ejemplo, son formas de expresión de igual índole esencial que las más elevadas de nuestro lenguaje, no puede negarse, en cambio, que es una simple transformación evolutiva la que se ha operado en los medios humanos de acción, desde los incipientes de la edad más pretérita y los más deslumbrantes de la edad actual.

La acumulación de conquistas científicas, así como la múltiple variedad de sus aplicaciones — todas estas formas notablemente progresivas — han hecho desconocer aquella realidad, inspirando hipótesis las más abigarradas y artificiosas, y por una serie de concesiones á nuestro orgullo, todas han tendido casi siempre á magnificar al hombre civilizado, á pesar de ser éste una simple variedad, presentándole como una excepción, aun cuando coexista con semejantes que, á la verdad, levantan pocos palmos por encima de otras especies.

«La diferencia psíquica, dice Hæckel, entre el más grosero de los hombres incultos, en el más bajo grado, y el hombre civilizado más completo, en el más alto grado de la escala, es colosal, mucho más grande de lo que se la considera generalmente (1).» Esto no autoriza, sin embargo, á negar la identidad fundamental que existe entre los hombres. Por otra parte, si descendemos grado á grado, comparando los diversos estados de cultura, hasta el salvaje, y si descontamos todavía la mayor complejidad de la organización humana, poco nos costará ver que no hay un desnivel tan escarpado que no permita ligarle, por lo menos, con las especies superiores del orden subhumano, y se nos ofrecerá así más fácilmente el concepto de la *unidad esencial* que

Fig. 3 - existe la dife-  
rencia esencial al de-  
que s'apropian en todos  
los seres de la misma  
especie, sus intenciones  
concretas, al aprender  
temas que se van  
formando y se aprende  
se utiliza en un modo  
por la intencionalidad  
«arbitrio de intelec-  
cia» que el profesor  
autor exige para  
que el acto humano  
empeñarse en el  
es (189. 4)

(1) E. Hæckel: *Enigmas del Universo*, t. I, pág. 118. v. c.

rige á la actividad de los organismos que pueblan el planeta. Se verá mejor de este modo que hay siempre, al lado de una necesidad, un recurso de inteligencia, una forma más ó menos artística de darle satisfacción: *ése es el arte en su faz fundamental.*

Se dice que la actividad de las especies inferiores es puramente instintiva é inconsciente; pero esta afirmación no está comprobada, y será muy difícil obtener una comprobación satisfactoria al respecto, por cuanto no hay una solución de continuidad entre el acto instintivo y el consciente, como no la hay entre el acto reflejo y el instintivo.

Dice Spencer: «A medida que el instinto se desarrolla, nace una especie de conciencia (1).» Si esto fuera exacto, como todo induce á pensarlo, resultaría que no hay en la realidad líneas de separación entre la actividad instintiva y la consciente, por más que nuestra inteligencia haga clasificaciones categóricas, para su mayor comodidad.

La actividad humana, por lo demás, se manifiesta también fundamentalmente instintiva, aunque más variada y más compleja; y si bien contamos con el recurso de la introspección, nos resulta á menudo difícil establecer qué grado de conciencia ha asistido á cada acto de los que ejecutamos en la vida ordinaria. Ciertamente que las formas típicas se reconocen más fácilmente, pero hay zonas de esfumación en las que el acto consciente, el subconsciente y el inconsciente se confunden. Todavía está en tela de juicio la propia cuestión del libre albedrío, si bien contamos con la auto-observación. ¿Cómo fundar, pues, un juicio sólido respecto de la verdadera entidad psíquica de las manifestaciones que ofrecen las especies inferiores?

Dice Hæckel: «Sólo de una manera *cuantitativa*, por un grado de evolución difiere la conciencia del hombre

(1) H. Spencer: *Principes de Psychologie*, pág. 465.

de la de los animales más perfectos, ocurriendo lo propio en todas las otras formas de la actividad psíquica del hombre (1).» Esto parece incuestionable apenas comparemos nuestros propios actos con los de algunos animales inferiores, sin excluir á los más inferiores. Así, por ejemplo, cuesta creer, no ya que el castor proceda con absoluta inconsciencia cuando traslada su vivienda desde la orilla al estanque, apenas vislumbra un peligro posible, sino que el propio gorrión se entregue confiado al hombre así que descubre su pacifismo, y que se vuelva hurraño desde que se le comienza á hostilizar, y que los pájaros procedan tan cautelosamente al construir sus nidos en escondites, á hurtadillas, ó que rehuyan tanto á veces la trampa, llenos de recelo, por más que los atraiga su cebo, sin que para nada intervenga una manifestación de conciencia.

Debemos creer que la hay; pero aun cuando así no fuera; admitiendo que en las especies inferiores no hubiese ningún rudimento de conciencia, para determinar una analogía entre el arte humano y el subhumano, es forzoso reconocer que las manifestaciones superiores del arte actual y las mismas inferiores del hombre primitivo *son esencialmente idénticas*, vale decir, que son transformaciones y variedades del mismo recurso, y esto solo es de gran importancia para la solución de las cuestiones que se refieren al arte.

Desde que el hombre de las cavernas trepó á un árbol para coger un fruto, hasta los refinamientos de Vatel y sus colegas; desde el taparrabo hasta las *toilettes* más envidiadas; desde el ánfora tosca hasta la cerámica de reflejos metálicos y los primores de Sèvres, de Copenhague, de Meissen; desde la choza al palacio ó á la cate-

(1) E. Heckel: *El Monismo*, pág. 143, v. c.

dral gótica, de esbelta ojiva; desde la flecha de sílex hasta los cañones más poderosos; desde la piragua al magnífico *steamer*, y de la canoa al *Dreadnought*; desde la torpe silueta, rígida, hasta las telas del Ticiano, de Velázquez, de Rembrandt, ó las audacias impresionistas; desde el ídolo informe hasta las esculturas egipcias sometidas á la ley de la frontalidad de Langes, y de ahí á la Victoria de Samotracia y al «Penseur» de Rodin; desde las palabras balbuceadas para comunicar emociones groseras hasta la frase nítida, en que se vierten los conceptos más intensos y audaces del pensamiento; desde las terribles trepanaciones prehistóricas, hechas por raspaje con escamas de sílex, hasta las más prodigiosas intervenciones quirúrgicas de nuestros días; desde el fetiche que había de propiciar á los agentes naturales desconocidos, hasta la obra del genio mecánico que descubre las leyes del movimiento y del equilibrio, y la inverosímil proeza del citólogo que se insinúa por vías capilares, diríase, para escudriñar los misterios de lo infinitamente pequeño, y para remontarse hasta las fuentes de la vida, no hay más que simples desarrollos de un mismo recurso esencial. No hay diferencias fundamentales: son simplemente grados en la evolución.

Si no hay, pues, identidad substancial entre la obra del arácnido que teje su admirable red para cazar, y la red del cazador; entre el ingenioso nido de barro de nuestro «hornero», y la construcción arquitectónica del hombre; entre el gorjeo del pájaro, ó el propio acto del mirlo que, como nuestro «músico» (*Turdus musicus*) aprende á cantar, y el de los más eximios cantantes, es infundado negar la identidad esencial que existe entre las manifestaciones más primitivas del arte humano y las más estupendas del poliforme arte moderno.

91.5 - *existe la diferencia "substancial" de que el "aracnido" y el "horno" y el pájaro se forja no con necesidad alguna de para realizar los actos que él mismo con sus cadenas reales: veuen todos en "aracnido", todos en "horno" y todos en pájaro cantore con sus respectivos materiales que él solo el momento oportuno utilizandolos todos de una manera igual. Pero del cazador, y del arquitecto es siempre de idéntica manera, ni todos los humanos hacen arte ni son arquitectos -*

*con sus respectivos materiales que él solo el momento oportuno utilizandolos todos de una manera igual. Pero del cazador, y del arquitecto es siempre de idéntica manera, ni todos los humanos hacen arte ni son arquitectos -*

## II

### EL RECURSO ARTÍSTICO

#### I. EL ARTE ES UN MEDIO UNIVERSAL DE ACCIÓN

Si el arte es un arbitrio de la inteligencia para mejor relacionar al organismo con el mundo exterior, ya sea para satisfacer sus necesidades ó sus aspiraciones, se comprende como lo más natural, que cada ser lo utilice á su favor. Ni se concibe que un organismo pueda dejar de servirse de su ingenio para atender de la mejor manera que le sea posible sus propósitos, no ya sus necesidades más sentidas, y esto es precisamente lo que determina las formas artísticas de la actividad y de la producción.

Resulta así que el arte es un medio universal de acción. En efecto, aun cuando concibiéramos otros seres que los conocidos, ya sea dentro ó fuera del planeta, no podríamos dejar de pensar que, como quiera que ellos sean, dejen de usar de su intelecto, si lo tienen, para llenar sus fines naturales. Esta ley es común á toda organización vital.

El hombre, por su parte, trata de abarcar todos los dominios accesibles á su inteligencia. El arte es, pues, su medio de acción fundamental, tanto ahora como lo ha sido antes y lo será siempre, ya sea dentro del campo instintivo ó fuera de él, si acaso es posible salir de su circuito.

*X aceptado.*

Hay una identidad fundamental en todas las manifestaciones artísticas. El arte se aplica á todo. Echamos mano de él para atender á nuestras medidas de previsión ó para procurarnos un solaz, para magnificar todo lo que nos conviene y todo lo que deseamos propiciarnos, y para deprimir ó aniquilar todo lo que nos es adverso ó creemos que pueda serlo, para defendernos, para atacar, para relacionarnos con lo que nos rodea, para observarnos nosotros mismos; en fin, para todo. Por más que al evolucionar las diversas manifestaciones artísticas asuman formas cada vez más diferenciadas y conceptuosas, no hay en todas ellas ninguna distinción de naturaleza esencial. En substancia, *todo el arte tiende á servir al organismo.*

A pesar de que las especulaciones filosóficas pretenden definir el arte de un modo tan convencional, hay un consenso unánime respecto de que es un medio universal de acción, así como de que es un mismo recurso fundamental. Nadie discute acerca de que sean ó no formas artísticas las que en todos los campos de acción se aplican con cierta habilidad ó inteligencia, á dar satisfacción á las necesidades generales del organismo. Decimos que una máquina, una prenda de vestir, un utensilio, un manjar, etc., están hechos *con arte*, si están hechos con inteligencia no vulgar. Esto presupone que cada cual se ha formado un concepto *positivo* del arte, prescindiendo de las teorías filosóficas, y que lo concibe sencillamente como un medio adecuado de acción, como una aplicación eficaz del ingenio á los fines naturales, más bien que como una entidad fantástica, según la encaran los pensadores.

Nuestra compleción mental no nos permite representarnos una abstracción fuera de las formas tangibles objetivas, de igual modo que no podemos concebir la materia sin la forma. Así es que, por una nueva forma de animismo, llegamos á personificar nuestras propias abstrac-

ciones: el arte, la ciencia, la belleza, Dios, la fuerza, la justicia, la caridad, la energía, etc.; y ya tomamos en cuenta esa concreción mental, á cambio de aquello que la sugirió. Es así que se ha podido consagrar una idea tan convencional respecto de este recurso, el más libre, variado y eficaz, dado que es el más ingenioso; es así que incurrimos en paralogramas tan corrientes como el decir que el arte ó la ciencia avanzan, cuando en realidad es el hombre quien evoluciona y avanza.

El gran incremento que tomó el arte suntuoso, requerido principalmente por la necesidad mística de magnificar lo sobrenatural, y la obsecuencia incondicional á los jefes, que también se manifestó casi siempre por culturas de lujo y boato, ese auge hizo pensar que tales manifestaciones, que se reputaban excepcionalmente superiores, eran la característica del arte, y hoy mismo, aunque han cambiado tanto las orientaciones, se sigue pensando que aquellas culturas son una excepción, entre las formas comunes de la actividad artística, cuando no un arquetipo.

Se piensa también que es la belleza, aun dentro de un concepto tan vago como se tiene de la misma, lo que ha determinado la manifestación artística, y resulta así que, según la opinión consagrada tradicionalmente, sólo algunas ramas artísticas monopolizan el culto de la belleza; y á eso se debe que las ramas de acción consideradas como más adictas á la estética, son las más pasivas en la evolución, es decir, las artes evocatorias. Esto, sin embargo, presupondría que la belleza es una entidad retrospectiva.

Cierto que por más que nosotros elucubremos antojadizamente, la realidad impera siempre en un sentido positivo; pero no es menos cierto que nuestra propia ciencia nos confunde, y así es cómo, en lo que atañe al arte, se ha reproducido la vieja historia de Babel. Nadie se entiende.

Lo que más caracteriza al arte es, precisamente, su

6 - Precisamente  
 a que fuesen en  
 entornos en  
 los actos de la  
 actividad. (Como  
 de nuevo al punto  
 de nuevo de alq.  
 acción, no arbitraria,  
 sino impuesta por  
 el medio circunstancial.

«evolutiveidad». ¿Cómo podrían, pues, arrogarse su representación exclusiva las formas de índole más conservadora?

Para nosotros, en cambio, todas las formas de la actividad deliberada son artísticas, cualquiera sea su dirección, y es así que concebimos el arte como un recurso que se esgrime en todos los dominios de la acción intelectual, sin excluir ninguno, y pensamos que este concepto no sólo se ajusta más á la realidad, sino también al propio modo de pensar general, es decir, al que rige á pesar de las teorizaciones filosóficas. Lo único que parece ya consagrado, es que todo lo que se refiere á la ciencia está fuera del campo artístico, y si lográramos demostrar que no es así, quedaría comprobado lo que hemos dicho antes, ó sea que el arte es un medio universal de acción y que se ofrece como un mismo recurso esencial, en todas las formas deliberadas de la misma.

## II. EL ARTE Y LA CIENCIA

Nada es más gratuito que representarse la ciencia y el arte como dos entidades que se perfilan separadamente, independientes, casi rivales, cuando no antagónicas. Dice Le Dantec: «La science et l'art sont, j'en suis convaincu, deux divinités antagonistes (1).»

Por más que vemos en todo instante unidos los esfuerzos artísticos y los llamados científicos actuando en todos los dominios: en los de la política, de las industrias, del comercio; en fin, en todas las manifestaciones del pensamiento y de la acción, y por más que está en

(1) F. Le Dantec: *Science et Conscience*, pág. 318. Y el mismo autor dice en otra parte: «L'œuvre d'art est éminemment personnelle; elle est le reflet de la nature propre de l'artiste, et c'est par là que l'art diffère essentiellement de la science, qui est impersonnelle.» — *Les influences ancestrales*, pág. 228.



todos los labios esta afirmación, cuando se trata de concretar el concepto artístico y el científico, desfilan, por un lado, el Partenón y las estatuas griegas, las pinturas del Renacimiento, la música de Mozart y de Beethoven, las catedrales góticas y los poemas épicos, y, por el otro, las retortas, los compases, los telescopios y microscopios; no ya las plumas de ave, inseparables de los pergaminos amarillentos y polvorosos. Peor aún, se representan iconológicamente la «Ciencia» y el «Arte» á nuestra imaginación como deidades ó estatuas añosas, con sus clámides y sus gestos arcaicos. Se encarnan estos dos conceptos como si fueran dos entidades concretas, corpóreas, dos personificaciones simbólicas, alegóricas, casi dos personas.

El eminente filósofo inglés Herbert Spencer llega hasta á lamentar que por mucho tiempo se haya relegado á la ciencia á la humilde condición de una Cenicienta, en tanto que sus orgullosas hermanas «lucían sus oropeles»; y Guyau, al recordar esto, y otros juicios igualmente encaminados, de otros insignes pensadores, se interroga: «¿Será necesario por esto creer que la imaginación y el sentimiento no son tan vivaces como la idea, y que el arte acabará por ceder el puesto á la ciencia? Hay en esto un problema nuevo, merecedor de atención, porque afecta, en substancia, á la existencia misma del genio humano y á sus transformaciones en lo porvenir <sup>(1)</sup>.»

Todo esto es un verdadero desconocimiento de la realidad. No hay ni puede haber rivalidad entre los diversos medios de que nos valemos para atender á nuestras necesidades y aspiraciones, como no puede haberla entre la vista, v. gr., y el oído. La investigación científica, como la actividad artística, se encaminan igualmente á

(1) Guyau: *Problemas de estética contemporánea*, pág. 120, v. c.

servir al hombre y á la especie. Debemos creer que el hombré es el ser que aplica mayor caudal de energías en el sentido de conocer; mas no hay por eso razón alguna para pensar que el esfuerzo de su ingenio aplicado á ese propósito superior, no sea artístico, es decir, inteligente. Al contrario. El mismo hecho de que el hombre cuenta entre sus formas ordinarias de acción la superior del conocimiento para determinar las orientaciones más positivas de su esfuerzo artístico, lejos de excluir la investigación científica de entre las formas artísticas de su acción, la incluye, como *la más típica de su arte*. ¿Acaso no tiende, como las demás, á satisfacer sus necesidades?

No porque el ingenio humano se aplique á *conocer*, á la vez que se aplica á procurarse un solaz ú otras cosas más imperativas, puede decirse con fundamento que hay una diferencia substancial entre estas formas de acción, no ya un antagonismo. En fin de cuentas, siempre que se obtiene un conocimiento, lo primero que se busca es *su aplicación*, á los fines generales de la vida, y el hombre-artista se esfuerza en aprovecharlo.

Ciencia es la conquista operada por el esfuerzo artístico, en el sentido de conocer. Con arreglo á la propia lexicología consagrada, debe entenderse así, puesto que *ciencia es saber*. Ésta es la etimología misma de la palabra; pero debido á que también se ha reputado como ciencia *todo esfuerzo dirigido en el sentido de conocer*, se han cobijado bajo la misma denominación las verdades conquistadas por el hombre, y los tanteos, teorías é hipótesis encaminados al conocimiento. De esta lamentable confusión en que forman por igual las verdades comprobadas y comprobables con los ensayos más inciertos y precarios, no ya los más contradictorios y absurdos, á veces, nace el descrédito de la ciencia, conser, como es, tan respetable. Hasta los hombres ilus-

trados se han permitido mofarse de la ciencia y de los sabios, y por encima de todo, de los más grandes filósofos, á quienes se les ha comparado, entre otras cosas, con los sepultureros, encargados de enterrarse los unos á los otros. El eximio poeta Víctor Hugo, con frase paradójal, ponía, ayer no más, muy por encima de la ciencia á la poesía, considerándola como el *summum* de la sapiencia, la consecución misma del ideal absoluto, no sin dejar de satirizar, de paso, á los sabios, que se devoran los unos á los otros <sup>(1)</sup>.

Hasta se ha preguntado en serio, por ejemplo, cuándo «la ciencia» hizo tal ó cual promesa, como si la ciencia fuera una divinidad parlante. Esto acusa que no sólo se confunde á la investigación científica, sino también *al sabio* mismo, con la ciencia, pretendiendo solidarizarlos. Por causa de tales y tan lamentables confusiones ha podido tomar pie la irreverencia, la protesta y hasta el propio apóstrofe contra lo que hay de más estimable y superior para el hombre, que es su propia ciencia. Si sólo se reputara ciencia la verdad comprobada y comprobable, como debiera ser, nadie osaría ser irreverente, porque de serlo se pondría en ridículo.

Los propios elementos más serios de documentación investigatoria no debieran ser confundidos con *lo que se sabe*, es decir, con la ciencia; y á veces, en cambio, se amparan bajo tal denominación los propios esfuerzos más desprovistos de fundamento, á condición de que tiendan al conocimiento, y aun los propios de simple aplicación.

No hay, en realidad, una sola rama estrictamente científica, vale decir, que haya sido *dominada por el conocimiento*. Lo que hay es una serie mayor ó menor de

*¿Que es lo que se sabe?*

(1) V. Hugo: *W. Shakspeare*, t. III: «L'art et la science».

verdades comprobadas, en cada orden de investigaciones. El más erudito, como el más especialista, en las propias materias de su predilección, se hallan asediados por una multitud de dudas é incógnitas. Si ciencia es saber, nosotros sólo *sabemos* cuando hay una realidad conocida, la que puede comprobarse y, por lo mismo, no puede ser contradicha de buena fe.

Si puede comprenderse bajo una misma denominación, por ejemplo, la mecánica y la psicología, por más que en la primera rama se hayan operado conquistas positivas, en tanto que en la otra no se da, puede decirse, una sola contestación categórica á las múltiples cuestiones que interesan al investigador, no es juicioso denominar de igual modo la parte de la mecánica que se ha dominado por el saber, y lo que aún inquieta al investigador, por más que á ese respecto haya acumulado antecedentes y documentaciones; y los cultores científicos deben ser los más interesados en tal ordenamiento, para poner á la ciencia, como patrimonio el más honroso del hombre, al abrigo de los ataques de sus detractores, los cuales, por infundados que sean, no dejan de causar perjuicio.

Tanto la teoría como la hipótesis, si bien pueden servir para mejor encaminar las investigaciones, son simples ordenamientos de inducciones y presunciones, más ó menos documentadas, pero incompletas para ser erigidas en ciencia. De ahí, de esa confusión nace la ilusión tan acreditada entre el vulgo, de que la ciencia se contradice, sin advertir que eso es imposible, porque ella *es realidad conocida*, y la realidad no puede contradecirse, porque ES. La ilusión se genera por el error corriente de tomar por ciencia el tanteo, la teoría, la hipótesis científica, y hasta la propia palabra del sabio investigador.

La ciencia es el resultado final y definitivo de cada

orden de esfuerzos intelectivos, deliberados y, por lo mismo, artísticos. Es *arte evolucionado*. Antes de que se haya podido llegar en cada línea de cada rama investigatoria á su punto terminal científico, ha sido menester acumular pacientemente observaciones bastantes para permitir una síntesis. La ciencia se presenta así como un *resultado* del esfuerzo artístico; pero es claro que mientras no se opera el conocimiento de la realidad, los esfuerzos que se hagan para lograrlo no implican el conocimiento. La ciencia empieza donde termina el esfuerzo investigador, por falta de objeto. El arte aplicado al conocimiento tiende á operar la evolución final en cada senda, ampliando los dominios de la ciencia, mejor dicho, los del hombre, y se ofrece así como «arte de conocimiento» que ha llegado al término de su evolución.

Se comprende de este modo que tan á menudo se sientan en el ambiente los inventos y descubrimientos que concreta el espíritu genial, pues son, por lo común, la resultante de un lento proceso preparatorio. Mayer y Prescott Joule casi á un mismo tiempo llegaban á la misma solución respecto al equivalente mecánico del calor; y tales coincidencias se han producido otras veces. Esto acusa la preexistencia de elementos acumulados, que son, precisamente, los que determinan la síntesis.

Para precisar la línea de separación entre la ciencia y el arte, habría que buscar los puntos en que se fija *definitivamente* el conocimiento de las causas ó las leyes que rigen á los fenómenos del mundo físico y del psíquico.

El campo de exploraciones artísticas no sólo es inagotable, sino que puede ascenderse á él por todas las vías imaginables. La ciencia, en cambio, sólo puede ser integrada con lo *conocido*. De este punto de vista, la ciencia puede decirse que es una media verdad, menos

aún, una pequeña avá parte de la verdad, por cuanto no contiene más que la verdad comprobada. Si se compara lo que sabe el hombre con lo que ignora, se verá que, por más sorprendentes que sean sus conquistas de conocimiento, es bastante reducido su dominio incuestionable. De esto echan mano los espíritus idealistas para autorizar sus hipótesis y teorías metafísicas y pragmatistas, en el vasto campo de lo desconocido.

Resulta así que, si la investigación, *como arte, es acción*, la ciencia, *como conocimiento, es finalidad*. El arte, medio el más vasto de que se dispone para investigar, así como para atender toda necesidad, toda aspiración, para expresar, fijar ó conseguir todo lo que se ve ó se vislumbra, abarca extensiones ilimitadas para la acción. El artista no tiene que explicar ni comprobar dentro de su campo: á él le basta una intuición, una inducción, una emoción, una idea, una esperanza, para determinar un esfuerzo; pero si como investigador quiere acrecer el dominio de la ciencia, le es menester fijar una verdad de un modo concreto y apto para su comprobación. Sólo así podrá incorporar sus conclusiones á la ciencia, y para eso mismo tiene que valerse de los recursos del arte: *recurso fundamental*.

Nosotros podemos concebir hombres y pueblos sin ciencia, y aun sin formas de investigación científica, sin industrias ni comercio; mas no podemos concebirlos sin arte, por rudimentario que sea.

Llega un instante en que la verdad científica y el recurso artístico se traban y confunden de tal modo, que es difícil determinar la línea de separación entre ambos dominios. En la experimentación preparatoria de los laboratorios, el investigador va utilizando el conocimiento, á la vez que el recurso artístico, y se vale de lo uno y lo otro para ampliar el conocimiento. Se comprende

que muy poco podría hacerse con el propio conocimiento si no estuviera allí el recurso artístico para utilizarlo, para aplicarlo.

Lejos de tratarse, pues, de entidades independientes, no ya rivales, se trata de *un mismo recurso esencial*, y el hombre se apoya tanto en la ciencia como en las variedades múltiples del recurso artístico, en todos los grados de su evolución, y en su marcha progresiva de avance no puede abandonar ese recurso, porque no tiene otro mejor para la acción. Dentro del circuito de la ciencia, nada más hay que hacer, como no sea utilizar, aplicar el conocimiento.

No hay medio más seguro ni fecundo para dirigir la acción que el conocimiento, es decir, la ciencia, por más que los ilusos prefieran fundar la acción en la quimera; pero no está de más advertir que cuando los hombres increpan á la ciencia, en realidad sólo increpan al intento científico. La ciencia no es más que la comprensión de la realidad, y como la realidad es soberana, la ciencia, como la realidad, están por encima de nuestros errores.

Si creyéramos en un ideal absoluto, pensaríamos que nada nos acerca á él como el *saber*, es decir, la ciencia.

### III. EL ARTE ES FUNDAMENTALMENTE ÚTIL

El dictamen de que el arte es una superfluidad, como el juego, ha arraigado en la opinión. En la inteligencia de que el arte y la estética se identifican, ó sea de que el arte es el culto de la belleza, y que la belleza es una entidad puramente objetiva y mirífica, se ha llegado á pensar que el arte es superfluo. Spencer, siguiendo la vía de Kant y de Schiller, á este respecto, desarrolla su teoría sobre la base de que el arte y el juego son formas

*Ciertamente;  
al hablar del  
arte es lo que  
tal que se ha  
fa referencia  
al arte de la  
belleza o recreo  
de los bellas artes;  
trivial pues la expe-  
riencia que la in-  
tención tiene  
al usarla -*

de aplicación de las energías sobrantes del organismo. Según él, las energías que no tienen aplicación á los fines vitales del organismo, por estar ya satisfechos, se aplican indistintamente al arte ó al juego.

No he podido encontrar, por mi parte, una prueba concluyente acerca de si lo que este filósofo equipara al juego es el arte ó el culto de la belleza, pero todo hace pensar que es una y otra cosa, desde que se les mantiene identificados, y así lo han comprendido algunos de sus críticos y comentadores, según hemos podido verlo. Por lo demás, esto parece resultar de sus artículos sobre la gracia, lo útil y lo bello, origen y función de la música, y otros que se han compilado en su libro « Essais sur le progrès », y es de ese punto de vista que vamos á considerarlo.

Si se observa con algún detenimiento la naturaleza del juego, se verá que éste *no es un medio de acción*, sino un fin orgánico. Aun cuando sea exacto que el organismo aplique al juego las energías de exceso, tal cosa no presupone que sea el juego *un medio*, sino más bien una necesidad, una subnecesidad, por atenuada que sea, y, en consecuencia, debe reputársele como una finalidad á satisfacer, más bien que como un recurso de acción.

Las energías sobrantes *no se pierden*, sino que engendran nuevas necesidades, — lo subnecesario sucesivo, progresivo, — y el arte, vale decir, el arbitrio de la inteligencia, acude á satisfacerlas, como antes satisficiera las más premiosas. De modo que el juego debe considerarse más bien como un esparcimiento cada vez más requerido á medida que se intensifica la vida mental, si acaso no es una manera de mantener el equilibrio de la economía orgánica. En ambos casos se ofrece, pues, como una necesidad, una finalidad, por más relativa que ella sea.

El animal que retoza, el gato que finge una caza con



la bola de lana, el perro que simula una lucha ó una persecución, emplean sus medios de acción para regocijarse ó para desentumecer sus músculos. El goce ó provecho que emergen de estas formas de acción, *son el fin del esfuerzo*; luego, no es la finalidad el esfuerzo mismo. El que juega al billar ó al ajedrez pone también sus medios de acción y sus recursos de inteligencia á contribución, para procurarse un solaz. Hasta podría decirse que el mismo amor propio que exhiben indefectiblemente los jugadores, es una prueba de que aplican su intelecto al juego; y hasta en los propios juegos de azar, se trata también de triunfar por arbitrios intelectivos, aun cuando supersticiosos, de la propia fatalidad de las soluciones. Nada es más grato al jugador que constatar su « buena suerte ».

La finalidad no es, pues, el juego en sí, en su faz objetiva, sino la excitación que de él se deriva; y es así que los jugadores acostumbrados á recibir tales excitaciones, se dan cuenta, cada vez más, de que para ellos es *una necesidad*, bien que reducible, como para los morfinómanos la inyección estimulante. No es el fin del juego, repito, el esfuerzo que á él se aplica, sino el estado mental que procura. El hombre, al servirse del perro rastreador, v. gr., ó del caballo de carrera, que se impacienta por correr y alcanzar la línea del triunfo, saca partido de las aptitudes peculiares de estos animales para procurarse un solaz, que es una variedad de lo necesario; y es tan cierto, por otra parte, que aprovecha de las aficiones de estos animales, que, en ciertos momentos, ni podría decirse si es mayor el goce que experimenta el cazador ó el *sportsman*, que el de los propios animales cuyas aptitudes se explotan. Todo esto presupone que hay una finalidad á que se aplica el juego mismo, y es la satisfacción de una demanda orgánica.

Aun admitiendo, pues, que el juego se determine por

causa de las energías que sobran, una vez satisfechas las necesidades más imperiosas, no puede afirmarse que el juego ó el arte, indistintamente, son una forma de empleo de las energías de exceso, sino más bien que, cumplidas las necesidades más estrictas, *surgen nuevas necesidades*: desarrollos, prolongaciones, evoluciones de lo más premioso necesario; y el arte, como arbitrio de la inteligencia, procura un medio de ingenio, ya sea un juego ú otra distracción, para satisfacerlas, como satisfizo las más estrictas. Lo útil, á su vez, tiende á convertirse en necesario. El « confort », v. gr., es para muchos una necesidad tan sentida, que no podrían dejar de atenderla sin menoscabo de su propia tranquilidad.

Me parece más exacto afirmar entonces que el juego es arte aplicado á servir las necesidades secundarias, sucesivas y progresivas del organismo, como es el solaz, tanto más útil cuanto concurra á deparar otros beneficios también, como sucede con la esgrima, la gimnasia y el baile, v. gr., que procuran agilidad, fuerza ó elegancia; pero lo mismo habría de pensarse aun sin eso, cuando se tratara del solaz por el solaz, que, al fin, no deja de ser una estimable aplicación de las energías de exceso. Se comprenderá que al decir todo esto me he referido al juego desinteresado, de puro entretenimiento, porque si el juego es de interés, se halla en igual caso que las especulaciones comerciales, en las que el ingenio artístico se aplica á prestar servicios de lucro. ¿ Podría dudarse de la utilidad fundamental del arte, que concurre á servir, de la mejor manera posible, las necesidades perentorias y las subnecesidades con igual sumisión ?

A medida que el hombre se eleva sobre la condición de apremio, en que la necesidad primordial consume todas las energías orgánicas, surgen las subnecesidades: el solaz, el confort, el lujo, y el hombre aplica su ingenio para

colmar todo lo que se requiere por igual. Luego, no son pérdidas de energías, sino *aplicaciones de energía*. Entre el arte y la necesidad á que se aplica, hay, pues, la relación de medio á fin. Es la misma relación que hay entre el árbol y la flor ó el fruto. Así, por ejemplo, *no es arte* una estatua de Fidias, un cuadro de Rafael, ó un poema ó una sinfonía musical: éstos son *frutos del arte*, y mejor dicho aún, frutos de la inteligencia humana, del hombre, en una palabra.

Lo expuesto nos permite afirmar, en oposición al concepto corriente, que el arte *es esencialmente útil*, y que no puede dejar de serlo, porque es el medio mejor de seleccionar nuestra acción. Ni puede desconocerse la utilidad de este recurso, aun cuando haya sido mal aplicado, por cuanto es un recurso insustituible. Los errores cometidos en los dominios del arte, por lo demás, no son imputables «al arte», sino al hombre que lo utiliza. Así como la vista y el oído, v. gr., no dejan de ser útiles por más que nos hayan engañado, puesto que son irremplazables, el arte tampoco deja de serlo, por igual razón.

Cuestionar acerca de la utilidad del arte, tal como lo concebimos, sería tan ocioso como hacerlo respecto de nuestros órganos esenciales: el corazón, el cerebro, etc. ¿Qué haría el hombre si no contara con el recurso artístico?

#### IV. INTENTO DE CLASIFICACIÓN RACIONAL

Cuando se entra á clasificar, y aun á denominar con adjetivaciones, — que es una manera de clasificar, — lo más juicioso es hacer de modo que este «artificio» sea lo menos arbitrario posible, á fin de que no implique el desconocimiento de la realidad, de un modo fundamental por lo menos. Digo artificio, porque no existe en la

naturaleza, ni menos aun en el mundo psíquico, ese cuadrículado geométrico lleno de casilleros y divisiones al través del cual nos acostumbramos á observar los fenómenos externos é internos, dada nuestra inveterada costumbre de dividir y subdividir categóricamente, aun las cosas menos apropiadas á esta forma de ordenamiento. Por más cómoda que sea una clasificación, debemos reconocer que siempre tiende á tronchar ~~la solución de~~ la continuidad que presentan los fenómenos naturales, lo cual ofrece el grave inconveniente de hacernos ver á la realidad con separaciones imaginarias inexistentes, en vez de verla tal cual es.

Aunque no parezca ser de gran importancia una denominación ó una clasificación, es preciso que conven-gamos en que, á menudo, ellas producen efectos deplora-bles si no se aplican con exactitud.

Cuando se clasifica es preciso atender, principalmente, á *la naturaleza esencial* de los hechos y fenómenos que van á ser ordenados en nuestra mente, porque, de otro modo, en vez de facilitar su conocimiento, vamos derechamente á desconocerlos.

No hay duda de que es difícil clasificar, con arreglo á un criterio fundamental, especialmente lo que se refiere al arte humano, no sólo por cuanto este recurso es tan unitario como variado, sino también porque ofrece una movilidad tal, que las mismas manifestaciones se trans-forman por evolución y, á la vez, se ven transfiguradas según el punto de vista desde el cual se encaren, como las siluetas de un cuerpo irregular, así que giramos á su alrededor. Del punto de vista de la finalidad de los esfuerzos artísticos, no se ofrecen tampoco elementos característicos estables ni esenciales. La actividad artísti-ca se aplica á llenar necesidades y evoluciona, consi-guientemente. El esfuerzo, en cualquiera de los planos

de la actividad artística, se encamina á servir al hombre y á la especie. El término normal del esfuerzo sería, pues, *la satisfacción de lo necesario*; pero, debido á que nuestra compleción evolutiva va modificando las necesidades humanas constantemente, resulta cada vez más difícil determinar la línea de intersección entre lo necesario y lo subnecesario, ó sea lo útil; y dado, á la vez, *que lo útil tiende á trocarse en necesario*, se comprende que no es posible disociar estos conceptos definitivamente.

¿Qué es lo necesario? Si se considera necesario sólo aquello sin lo cual no se puede vivir, teóricamente llegaríamos á la conclusión de que lo necesario es apenas alguna raíz nutritiva que permita llenar las funciones fisiológicas, indispensables á la vida. Pero si examinamos la realidad tal cual es, veremos que este concepto es inconsistente. Las mismas cosas que llamamos de «primera necesidad», no siempre son indispensables para vivir, en el sentido estricto de la palabra, ni son las mismas en los diversos pueblos y latitudes. Esto acusa, por sí solo, que la palabra «necesidad» no expresa el concepto concreto que parece expresar, sino tan sólo un convencionalismo ideológico, de simple relación, y resulta así que lo necesario es *una entidad movable con relación al lugar y al tiempo*, no ya con relación á cada pueblo y á cada ser.

Si se intentara una clasificación tomando como base lo necesario más imperativo y lo que tiende á mejorar nuestra condición, se vería también que no es muy consistente ni adecuada, por cuanto es difícil establecer una división precisa, ni constante, al respecto. Fuera de los cambios que opera la evolución *en el concepto de lo necesario*, veríamos que dentro del mismo orden de esfuerzos podemos dirigirnos á la vez en uno y otro sen-

tido, esto es, á satisfacer lo imperioso necesario y lo subnecesario, vale decir, lo útil; y esta circunstancia hace aun más precaria una clasificación de tal modo encaminada. Esta división, si bien parece ofrecer una cierta estabilidad, y es más general, no responde á una esencialidad típica ni firme. No sólo el mismo orden de esfuerzos puede dirigirse en ambos sentidos, sino que es una sola su finalidad: *servir al hombre y á la especie del mejor modo posible*. Todo el arte, lo mismo el industrial que el científico y hasta el que forma en las propias ramas denominadas «bellas artes», puede ser empleado en el sentido de dar satisfacción á una necesidad más premiosa, de igual modo que en el de satisfacer una menos premiosa. Una clasificación que no tome, pues, más que este antecedente como base, nos colocaría á cada paso en perplejidades.

Un criterio tal, si bien puede servir como punto de vista general para observar las proyecciones dominantes del esfuerzo en el sentido de la dirección, no es bastante para fundar una clasificación, porque no hay en ese sentido nada que pueda dividirlo de un modo efectivo: lo que antes fué un esfuerzo en el sentido de mejorar, se trueca, al evolucionar, en esfuerzo dirigido á la consecución de lo necesario. Todo lo que se refiere á la locomoción, á la higiene, al uso de maquinarias, etc., es cada vez más necesario, y viceversa, lo que antes fué de sentida necesidad, deja de serlo, ó puede dejar de serlo al evolucionar. Un ídolo, por ejemplo, del punto de vista de la representación de la entidad teológica es, para el creyente, una obra de consecución de lo estricto necesario. Para los que creen en la supervivencia, á pesar de la muerte, ese ídolo que encarna á la divinidad con la que ha de congraciarse el creyente, es tanto ó más necesario que una raíz nutritiva. Para aquel fídjiao que se

dió muerte á fin de poder perseguir á su esposa y al amante fallecidos, el concepto de la otra vida era de una evidencia incuestionable. ¿Cómo podría, pues, negarse que la pintura y la escultura aplicadas á los fines religiosos, son para el creyente, por lo menos, artes necesarias, de *estricta necesidad*? Lo mismo puede decirse de estas artes aplicadas á los fines pedagógicos, v. gr., ó de la música militar, en cuanto tiende á estimular la bravura del soldado, y cuando se aplica á los fines de la disciplina; de la literatura, de la oratoria, aplicadas á los fines sociales, políticos, económicos, etc.

Se ve de este modo que todas las manifestaciones artísticas, si bien pueden tomar distintas orientaciones, en definitiva y esencialmente tienden á servir al hombre y á la especie, quedando así *unificadas en cuanto á la finalidad*, á pesar de las diversificaciones que ofrecen como *medios de acción*.

Llegamos así á la conclusión de que como *lo necesario se transforma* constantemente, acompañando la evolución, no es posible fundar una clasificación tomando tan sólo ese punto de apoyo, inseguro y cambiante, tal cual es. Si pretendiéramos, por otra parte, mantener dentro de los cuadros rígidos é inmutables de una clasificación categórica la pluralidad de manifestaciones artísticas que se van transformando constantemente, no sólo intentaríamos una cosa imposible, sino que ese intento deformaría el concepto de la realidad. Esto solo, demuestra que es inadecuada una clasificación basada únicamente en la finalidad del esfuerzo, es decir, en su faz teleológica.

Veamos ahora, aun cuando sea someramente, las clasificaciones más corrientes y admitidas.

Bajo la denominación de *bellas artes* se comprende generalmente á la arquitectura, la pintura, la escultura, la música, la literatura y la propia coreografía. Éstas, con

arreglo al criterio arbitrario usual, monopolizan la belleza, y no pierden su denominación de «bellas» artes aun cuando se manifiesten — como ocurre con bastante frecuencia — bajo representaciones misérrimas. Quedan así implícitamente excluidas del dominio de la belleza las manifestaciones científicas y las aplicaciones científicas, lo mismo que lo que se ha dado en llamar *artes menores*: la cerámica, el cincelado, el mueblado, la orfebrería, etc.

X Con arreglo á este criterio tan gratuito, el invento de Gutenberg, la concepción de Lamarek, la teoría de Darwin, la obra de Helmholtz, el descubrimiento de Pasteur, el cálculo y la inducción de Leverrier, el vuelo de Bleriot, la obra de Edison, el descubrimiento de Hertz, el invento de Marconi no son *bellas obras de arte*, como las telas, los mármoles, y los trozos musicales, poéticos ó literarios, ó los mismos efectos coreográficos de puro relumbrón. Esta denominación, como se ve, ofrece el doble defecto de excluir las propias obras superiores del arte humano, por un lado, y, por el otro, el de confundir bajo una denominación generosa, obras artísticas de distinta entidad. Parece que esta denominación hubiera sido inspirada en la falsa idea de que sólo merecen el calificativo máximo las manifestaciones más frecuentemente destinadas al boato y al solaz, como si esto acusara una preeminencia. Fuera de que tal criterio es arbitrario, se ofrece, además, en una forma enteramente precaria. Por lo menos, para que pudiera servir de base á una clasificación racional, sería preciso que se estableciera previamente qué es la belleza, asunto sobre el cual nadie se ha puesto de acuerdo, y esto solo basta para ver que es insegura y expuesta á confusiones las más arbitrarias, aquella adjetivación.

Aun cuando admitiéramos que el arte y la belleza son un juego, una superfluidad, un lujo, como se ha supuesto,

4. - *Fuero el mismo "criterio práctico" la obra de arte debe empujarse para arriba por y para la belleza, al punto de que, aun cuando también se algo que puede tener otra aplicación, como un templo, un edificio, etc. este asunto debe ser claro frente á la realización de la belleza que es el fundamento de su fin por ella. Refiriendo á una obra de bella arte. Una creación como de mármol, ó por el arte que se con. Trucen encierra es un arte de simple utilidad, sin la característica por con el que es necesario para un museo el punto de "obra de arte" en el sentido usual de do, - las escaleras de la Torre de la Penitencia de París y de la Casa Blanca de Washington son verdaderas obras de arte.*



no dejaría de ser deleznable la referida clasificación de bellas artes en favor de algunas ramas, por cuanto estas mismas artes incluídas bajo tal denominación, no siempre se aplican al lujo, ni son siempre superfluas, ni siempre superiores, desde cualquier punto de vista que se las considere. La arquitectura, por ejemplo, tiende á ser cada día más un arte aplicado á llenar necesidades positivas. El esfuerzo del arquitecto no se contrae ya, como asunto primordial, al estudio de las fachadas, sino más bien á un ordenamiento racional destinado á servir las necesidades á que responde la obra; y lo mismo puede decirse de la pintura y de la escultura, que tienden á mejorar y á adaptar la producción general á las necesidades á que se aplican, cada día dentro de un plan más racional.

Una crítica análoga puede hacerse, con todo fundamento también, respecto de la denominación de artes menores, que, como la otra, viene á confundirnos, porque no se ajusta á la realidad. Bajo esta denominación se comprende todo aquello que no se ofrece con la presuntuosidad de arte superior, si bien puede asumir verdadera importancia artística, como ocurre con los vasos, camafeos y figurinas griegas, y con obras congéneres admirables de todos los tiempos, incluídas, naturalmente, las manifestaciones de arte decorativo de nuestros días, las que van acentuando las cualidades más estimables de la producción plástica, y pueden asimismo rivalizar, á veces, en cuanto á intensidad, con cualquiera otra forma de producción artística aplicada al boato y al solaz, sea cual fuere el criterio con que se las juzgue. Esta clasificación, que parece atenerse al tamaño de la obra más que á su calidad, tendría lógicamente que excluir hasta á la caricatura, por más que pueda asumir dentro de su mínimo « volumen » la mayor intensidad y eficacia, lo cual implicaría estimular las condiciones menos estimables del esfuerzo.

8 - ¿Cabe una clasificación en el arte? ¿por el contrario es bien perfectamente clara: bellas artes, un arte que se tiene como primordial el estudio de la belleza, sin que ello excluya aplicaciones secundarias en la arquitectura hay un elemento que no deben confundirse; es el espíritu que se cita para el ordenamiento racional de estudios de a servir las necesidades á que responde la obra de arquitectura, no es un arte bellas artes; el estudio

¿es cuestión de grado? ¿es cuestión de intensidad? ¿es cuestión de volumen? ¿es cuestión de interés? ¿es cuestión de utilidad? ¿es cuestión de belleza? ¿es cuestión de...?

de un estudio en un fin de belleza, es arte bello; en general puede decirse que allí donde termina un fin de belleza, empieza una utilidad la obra de "bellas artes" termina por empieza con un "arte útil".

En todo tiempo ha habido cultores insignes de este género, — acaso el más estimulante, cuando se sabe esgrimir, — y los más grandes artistas plásticos, como Leonardo da Vinci y Goya, por ejemplo, no han desdeñado esa arma. Hoy día se cultiva la sátira caricaturesca por los más hábiles dibujantes, y hasta se consagran á ella, por vía de especialización, verdaderos maestros del dibujo, con una agudeza admirable.

El arte es un recurso que está al alcance de todos, por igual. Cada uno *hace con el mismo recurso esencial*, lo que le sugiere su intelecto. El genio hará monumentos imperecederos, y el necio hará tonterías, cualquiera que sea la rama á que aplique sus facultades. No cambia el aspecto, ni la importancia del esfuerzo, el que se aplique á la ciencia, á la industria ó á las artes plásticas. Lo único que cambia su importancia y su carácter es *la entidad* del esfuerzo, no la manera de exhibirlo.

X Las denominaciones de *artes útiles* y de *arte aplicado*, son igualmente criticables. En cuanto á la primera, hemos visto ya, en uno de los párrafos de este capítulo, que el arte es esencialmente útil y, por lo mismo, indivisible de este punto de vista, y respecto de la denominación de arte « aplicado », resulta redundante, por cuanto el arte, *como medio*, debe estar siempre aplicado á una finalidad. No se concibe una forma artística, vale decir, deliberada y consciente, que no se aplique á un fin. Como se ve, estas clasificaciones son completamente arbitrarias.

No siendo posible, pues, clasificar en el sentido de la dirección simplemente, por cuanto *todo el arte se dirige en el mismo sentido*, que es servir al hombre, y dado que todas las ramas artísticas pueden alcanzar un grado máximo de intensidad, aun dentro de las propias formas que se reputan de arte inferior, es indispensable clasificar de modo que ninguna rama quede excluída de cual-

B- Y la tontería es  
 una obra de  
 arte en el sentido  
 elevado de la palabra  
 porque la tontería es  
 el campo de expresión  
 de la belleza — así  
 lo bella resulta  
 Fruto -

9- ¿cómo clasificar  
 como arbitrarias de arte =  
 como por una  
 expresión que sería  
 la calidad real =  
 tanto en un arte  
 por sus manifestaciones  
 técnicas artísticas.  
 como en un arte -

quier adjetivación que se adopte, como ocurre con las de artes *útiles* y *bellas artes*. Este criterio ofrecerá la ventaja de no separar antojadizamente ningún orden de esfuerzos de la órbita mental de lo útil y lo bello (conceptos tan controvertidos, por lo demás, el último principalmente, si no en cuanto á su encomiástica acepción, si en cuanto á su naturaleza esencial), y ofrecerá, á la vez, la ventaja de no amparar bajo una misma denominación, como lo hace hoy día, manifestaciones de muy distinta importancia.

Para encontrar puntos más positivos, si no más firmes y constantes, que sirvan de base á una clasificación,—cosa que no puede esperarse, desde que el arte evoluciona,—debe tomarse primeramente en cuenta que hay *una unidad esencial* entre todas las manifestaciones artísticas, es decir, que todas ellas son facetas diversas *del mismo recurso*; y, en segundo lugar, que todas las manifestaciones artísticas pueden presentarse en diverso grado de desarrollo, y esto nos sugiere la idea de que la clasificación racional, la única tal vez, sería la que se basara en los *grados de evolución de cada serie de esfuerzos, en cada rama artística*. Tomando así, transversalmente, diremos, por oposición á la línea que describe la actividad artística en su dirección, tendremos una idea respecto del grado de desarrollo á que ha llegado, ~~o~~ á que pertenece cada manifestación. Es claro que atenta la condición esencialmente evolutiva del hombre y de su arte, no es posible pretender que sean invariables los términos de cualquier clasificación racional. Tendrán siempre que referirse al lugar y al tiempo; pero esto, lejos de ser un inconveniente, es una ventaja, por cuanto *toma cuenta de algo que es característico*, vale decir, la evolutividad del arte.

Podrían así establecerse, por ejemplo, tres grados en la evolución de cada orden de esfuerzos: *el rudimentario*,

*\* No hay incursión  
ninguna,  
puesto que se tra-  
ta de una división  
de una misma  
de un grupo.*

el técnico y el *conceptuoso*, sin perjuicio, naturalmente, de las subgradaciones que caben en cada una de estas designaciones generales, así como en la línea total desde lo más incipiente hasta lo *ultraconceptuoso*. Bajo la denominación de arte *rudimentario*, podrían comprenderse todas las manifestaciones artísticas inferiores, el tanteo grosero, indeciso, informe; bajo la de arte *técnico*, todas las formas artísticas ya ordenadas y sometidas á reglas, es decir, el arte más ó menos mecanizado; y bajo la de arte *conceptuoso*, estarían comprendidas las manifestaciones superiores del esfuerzo artístico, en su faz de avance, de mejoramiento, de conquista.

Manteniendo las designaciones corrientes, en cada orden de actividades: escultura, pintura, poesía, arquitectura, etc., y lo mismo en cuanto al arte científico: biología, física, química, mecánica, psicología, etc., se ofrecerían *líneas de intersección*, para dar una idea, aun cuando sea relativa, respecto del grado evolutivo en que se halla cada rama, y entonces se adjetivarían, no en cuanto á la dirección que toman simplemente, lo cual en sí poco ó nada significa, sino también en cuanto á su grado de desarrollo, es decir, á su calidad é importancia. Esta manera de clasificar tendería, además, á impedir que se denomine de igual modo á los más insignes poetas, dramaturgos, pintores, escultores, escritores, cultores ó aplicadores de la ciencia, que á los más ramplones. Hoy día se denomina de igual modo á un pintor adocenado que á un Rembrandt, á un autor de trivialidades teatrales, cuando no de payasadas obscenas, que á un Shakespeare, un Molière ó un Ibsen; á un burilador de frases de bajo vuelo, que á un pensador profundo que concreta una síntesis fecunda en medio de los laberintos y nebulosidades del pensamiento.

En la parábola que recorre la obra artística, desde

*¿ esta clasifica  
cuán cuán cuanto  
pueden ser púta,  
que es acas cas?  
Taca ?*

10-

*El arte puede ser  
auspicio de la in-  
vestigación científica  
ca, pero no pueden  
empuñarse ambos  
conceptos; el arte  
busca la belleza aún  
cuando sea en la  
falsedad, aún  
basta que la ciencia  
busca la verdad aún  
cuando se halla  
de algo horrible y  
monstruoso -*

el paso inicial hasta el punto terminal científico, ó sea el *summum*, es que debemos buscar « los grados de la evolución del arte », en la inteligencia de que todos los esfuerzos, en definitiva, tienden al mayor conocimiento.

Si esta clasificación ofrece dificultades,—hay que reconocerlo,—por cuanto es siempre difícil calificar con exactitud un esfuerzo artístico, no es por cierto mejor mantener las clasificaciones corrientes, que confunden en lo substancial, bajo una denominación común ó falsamente adjetivada, los tanteos más triviales con los del genio dominador, á la vez que excluye de la máxima adjetivación los científicos, los que, como quiera que se mire, son siempre más dignos de ser enaltecidos. Ningún esfuerzo puede superar en eficacia, al que se yergue victorioso en el campo del conocimiento.

Lo más fundamental es comprender á la realidad tal cual es, y no porque resulte más cómoda una clasificación á la cual nos hemos acostumbrado, ni porque pretenda ordenar geoméricamente nuestros casilleros mentales,—los que nunca se desordenan tanto como al ponerse en desacuerdo con la realidad,—habrá de convenirnos. Nada es peor que lo arbitrario, cuando se intenta clasificar. Por lo demás, limitar dentro de líneas rígidas y artificiosas una realidad incontenible, en todo sentido, por su poder expansivo, soberano, variado, libre, libérrimo, y todavía de carácter evolucionar, es guardar agua en un cesto.

No han contribuido en pequeña parte, seguramente, las falsas denominaciones y clasificaciones usuales, en el intrincado desorden en que se hallan hoy todavía las cuestiones que se refieren al arte humano. Éstas han desconocido lo que es más esencial, vale decir, que lo necesario y lo útil cambian progresivamente, con relación al lugar, al tiempo y á múltiples circunstancias y

11-  
Las clasificaciones usuales han nacido de la necesidad de las ciencias humanas. En consecuencia, han sido aplicadas. En consecuencia, han sido aplicadas. En consecuencia, han sido aplicadas.

Complementarmente aplicadas en su naturaleza y aplicadas la denominación que se le da según la importancia e intelectualidad del esfuerzo realizado;— y así nadie duda de que hacer una obra maestra de la de un simple *quadratum*. La lengua es bastante rica como para en y muchos otros sin caer en el error de confundir.

accidentes, y es así que se han involucrado dentro de líneas fijas las peculiaridades más inconstantes de cada rama artística, tendiendo á confundir los esfuerzos ínfimos, mecanizados por la rutina y la técnica, con los más conceptuosos, y desconociendo con soluciones de continuidad mentales, el carácter esencialmente unitario de las manifestaciones del *mismo recurso esencial*. Como quiera que se observe, se verá que, si bien ofrece el arte una gran variedad de modalidades, éstas se presentan, no obstante, sin solución de continuidad, en todos los campos, dentro de lo que podríamos llamar zonas de esfumación, que acusan inequívocamente la indivisibilidad de este recurso siempre sometido á servir al hombre. Si hay algo que no debe descuidarse, es precisamente esa movilidad incesante que ofrece este recurso, este recurso unitario, el cual se transforma de tan innumerables maneras cuantos sean los puntos de vista desde los cuales se le examine. Ante todo hay que dar cuenta de esta gran peculiaridad de las manifestaciones artísticas.

- 12 -

precisamente; y por eso es que la clarificación actual es en absoluto natural; cada denominación forma un punto en un mismo día; pero, pero no acumula en un mismo grupo las manifestaciones de arte muy diferentes, tan sólo también un elemento de mayor o menor grado de perfección. Procede como se propone en este capítulo a no introducir la más completa confusión entre el objeto de las clasificaciones, que es por el contrario el de simplificar y aclarar.

### III

## EVOLUCIÓN

#### I. EL HOMBRE SE SIRVE DEL ARTE COMO DE UN MEDIO INCONDICIONAL DE ACCIÓN

La necesidad (llamamos necesidad á todo lo que se demanda), y el arte, de que nos valemos para darle mejor satisfacción, se correlacionan de tal modo, que sería imposible desligarlos. No se concibe la subsistencia de una necesidad sin el órgano ó el recurso encargado de atenderla, así como no se concibe á éstos sin su respectiva finalidad. Se presentan de tal modo vinculados, que á menudo es difícil determinar si precede la necesidad al recurso, ó el recurso á la necesidad. Debemos creer que por lo común ocurre lo primero, si bien es cierto que cada nuevo recurso, como cada conquista de conocimiento, determinan, á su vez, nuevas necesidades. Así como la telegrafía engendró la necesidad de la rapidez, sobre todo en las transacciones mercantiles y en las operaciones militares, la higiene engendró la necesidad de la asepsia y del confort; los explosivos la necesidad de los blindados; la mecánica, la física y la química la necesidad de abaratar los productos industriales; la radiotelegrafía la necesidad de garantizar más la seguridad de la navegación, etc., etc., á medida que

*¿cuál es la causa,  
y cuál el efecto?*

han ido evolucionando las necesidades, el arte ha evolucionado también para servir las, de tal modo que las manifestaciones artísticas aplicadas á atender un mismo orden de necesidades, en muchos casos se nos presentan transfiguradas.

Si nos representamos mentalmente la vida humana en sus comienzos, no será menester que agucemos la imaginación para comprender que las manifestaciones iniciales de la inteligencia debieron aplicarse tan torpe como exclusivamente á satisfacer las necesidades más premiosas: la nutrición, la defensa individual, el abrigo, etc. Esta forma de arte incipiente, rudimentaria como todo esfuerzo inicial, debió caracterizarse por su índole positiva, es decir, por su empeño en adaptar lo más posible cada acto á su fin natural.

Sería muy instructivo conocer la etapa que precedió al propio habitante de las cavernas, y seguir paso á paso al hombre hasta que descubrió el fuego, domesticó á los animales é inició la agricultura, el comercio y la navegación en sus propios tanteos primitivos más groseros. Tal conocimiento tendría tanto más interés cuanto más se internara en los tiempos. Si pudiera verse en toda su extensión el esfuerzo realizado en el maravilloso laboratorio de las formas biológicas, cuyos misterios comienzan á penetrarse; si pudiera abarcarse la paciente y pertinaz obra operada por la célula, en millones de años, y seguir el proceso hasta que se construyeron las formas complejas que conocemos, se vería que la realidad supera á las proezas de la imaginación más fantástica. ¡Quién sabe qué vías recorrió el precursor del hombre, y el hombre mismo, antes de llegar á la flecha y á la propia hacha amigdaloide!

Hoy sonreímos compasivamente al ver los ejemplares de las toscas obras que idearon y construyeron nuestros



antepasados; mas, á no dudarlo, debieron constituir entonces un verdadero acontecimiento, como los que más nos enorgullecen hoy día. El hacha debió mirarse á la sazón como un instrumento superior, de una utilidad inquestionable. Hasta parece haber sido objeto de un culto especial. ¿Con qué razón, pues, podríamos renegar de esa conquista del arte humano, si fué quizá tanto ó más importante para el hombre primitivo, como lo son para nosotros las más sonadas obras modernas, el propio aeroplano y el monorriel? Sin ir tan lejos, hoy que nos vamos acostumbrando al automóvil y que á todos nos seduce ya la posibilidad de volar, sonreímos también al contemplar los primeros vehículos debidos al ingenio humano. Ciertamente que los avances progresivos del arte operan transformaciones asombrosas, mas no por eso debemos desconocer la importancia, no ya la calidad artística de los pasos iniciales, por tímidos que sean, pues que constituyen la antecendencia, el basamento, la causa misma de nuestros progresos.

Ahora, que hemos llegado al poema conceptuoso, á las variadas y primorosas manifestaciones literarias, musicales, pictóricas, escultóricas, á las deslumbrantes maravillas del ferrocarril, del barco y del sumergible, del automóvil, del linotipo y la radiotelegrafía, del aeroplano, etc.; hoy, que poseemos los recursos de la higiene, de la bioquímica, de la cirugía, y que se han operado tantos progresos en las ramas científicas y en sus aplicaciones á las industrias, á las instituciones sociales, políticas y económicas, nos resistimos á pensar que aquellos pasos tan primitivos estaban admirablemente encaminados, no ya que fueron la piedra angular en que se asienta nuestra cultura; pero si consideramos que el esfuerzo realizado en una sola centuria es sorprendente y es cada vez más rápido, como toda progresión; si recordamos,

*(Maravillas, que  
no bellezas)*

*(recursos no artes  
bellas)*

v. gr., el correo del siglo pasado, no más, hoy que contamos con tan variados y eficaces medios de comunicación, veremos más fácilmente que todas estas conquistas descansan unas sobre otras, la posterior sobre las anteriores, hasta llegar á esos propios tanteos groseros más incipientes, que sonrojan y abruman al espíritu idealista, soñador, y veríamos que los mismos errores han contribuido á operar la evolución.

Como quiera que sea, no puede negarse que la primera flecha, como la primer hacha, la primera piragua, el primer fusil, el primer cañón, el primer vehículo, la primera imprenta, el primer ferrocarril, el primer automóvil, el primer aparato para volar fueron acontecimientos igualmente admirables é igualmente destinados á provocar una sonrisa de desdén, después de habernos llenado de asombro y de orgullo, y no sin antes haber chocado á nuestra incredulidad, como una audaz locura. Este proceso es invariable.

El arte ha evolucionado y sigue evolucionando *como una consecuencia de la evolutividad del hombre*, á quien acompaña *incondicionalmente* en todas las formas de su actividad. Primero fué rudo, aplicado á la más directa consecución de lo que era indispensable para la conservación del organismo, y luego se ha ido transformando á medida que el hombre aumentó su complejidad, hasta llegar á las formas más trascendentales de nuestros días.

Si no fueron el utensilio, el arma, el fetiche, los pasos iniciales del arte humano, son, por lo menos, los que se nos ofrecen á nuestra imaginación en el terreno conjetural en que cae esta etapa; pero no ha tardado mucho quizá ese mismo arte embrionario que, trasmutándose, ha asumido la admirable multiplicidad de formas que nos desconciertan y nos ofuscan, al extremo de hacernos desconocer su carácter más esencial; acaso, digo, no se tardó

mucho en reservar los utensilios y armas mejor construídos, como ejemplares superiores á su fin inmediato, quedando así segregados del uso corriente. Debió evitarse lanzar, quizá, una flecha bien tallada, salvo el caso de imperiosa necesidad, naturalmente; y si fuera así, esto ya podría considerarse algo de lo propio que llamamos con rumbosidad «obra de arte», vale decir, lo que halaga nuestra vanidad y nos solaza.

*muy bien; es cuestión de grado -*

A medida que una mayor complejidad ha determinado nuevas necesidades, el ingenio humano, puesto á contribución, ha debido realizar un mayor esfuerzo, y las obras mejor construídas han quedado como arquetipos, separadas del fin que las subordinaba á la satisfacción de una exigencia más perentoria. Estas obras han debido estimarse por encima de su aplicación francamente utilitaria.

*- de acuerdo -*

Apenas quedaron satisfechas las necesidades más vitales, debieron subseguir otras necesidades sucesivas atenuadas, cada vez más atenuadas, lo subnecesario: el ornato personal, el templo, la vivienda, etc.; y el arte se ha utilizado como el mejor medio de darle satisfacción.

*exactamente -*

Primeramente el lenguaje, que acaso fué monosilábico, como el de ciertas tribus australianas, «consistente en gritos comparables á los de los animales,» según afirma Messenger Bradley <sup>(1)</sup>, y acaso menos, en simples gruñidos, debió aplicarse á servir los fines más estrictos de la vida, hasta que una cultura más avanzada y conceptos más generales los sustrajeron en parte de esa subordinación directa á las necesidades premiosas, para expresar ideas más impersonales y más complejas. Lo mismo debió ocurrir con todas las artes: la arquitectura,

(1) N. Joly: *L'homme avant les métaux*, pág. 303.

la música, la poesía, la literatura, la oratoria, etc.; y así en esa vía, las artes fueron independizándose de algún modo, de su misión fundamental de satisfacer las necesidades premiosas, para satisfacer también las subnecesidades.

Si pudiera conocerse la vía recorrida, arrancando de los mismos tiempos más remotos de que tenemos noticia, se vería, por un lado, que el arte fué un día fabulosamente rudimentario y, por el otro, que su desarrollo fué progresivo. Una incursión en aquellos tiempos, nos suministraría preciosas enseñanzas de carácter positivo. Se comprendería entonces por qué algunas artes se han desviado tanto, por sendas alejadas de su fin natural, y por qué tienden ahora, después de tantos siglos, á ajustarse otra vez á su verdadera misión, como antes.

Después de tanto desvío, empieza recién á alborear un espíritu racional artístico, es decir, el mismo que inspiró al hombre más primitivo, y á las propias especies inferiores. En la arquitectura, por ejemplo, hubo días, ¡qué digo! largos siglos, en que el mayor esfuerzo se aplicó en un sentido puramente fastuoso: al culto de la divinidad, al de la muerte, al de la autoridad; en otras palabras, á lo fantástico y al boato; y el hombre y el pueblo quedaron relegados. La arquitectura monumental requirió el concurso escultural y el pictórico, como elementos complementarios, probablemente, y de ahí, de la decoración mural y del bajo relieve debieron nacer quizá el cuadro y la estatua, con el carácter que asumen desde antes del clasicismo griego hasta nuestros días.

La música y la poesía tomaron un camino paralelo. Las formas místicas puede decirse que las monopolizaron.

Si no fuera por el genio de Gutenberg y sus sucesores, hoy mismo la poesía y la música serían, quizá,

un privilegio de las cortes, un incienso más en los templos erigidos á los más huraños y esquivos dioses.

El arte no ha dejado de acompañar al hombre hasta en sus propios extravíos. Si se observa la marcha general artística, se verá que los pueblos han aplicado su arte para construir civilizaciones, y que con su arte se han determinado las decadencias. El hombre ha dirigido su arte en el sentido de sus necesidades, de sus ideas, de sus aspiraciones, sean las que fueren, y lo mismo para la guerra que para la filantropía; para luchar en un sentido investigador, como para abandonarse á la fe en lo sobrenatural; lo mismo para construir templos que prisiones é instrumentos de tortura; para consolidar la autoridad, como para combatirla; para amparar, lo mismo que para seducir; para luchar, para solazar, para lo estético, para lo inestético, para lo moral, para lo inmoral. El arte ha glorificado á los ídolos y dioses más extravagantes y más contradictorios, y con igual unción plasmó al fetiche ó al totem más grosero, que á Hércules, á Osiris, á Budha, á Cristo. Del mismo modo que los cazadores del período magdaleniano plasmaron al reno y al bisonte, los egipcios, los caldeos, los asirios y los genios del Renacimiento plasmaron á sus dioses.

Es que el arte no es una entidad extraordinaria, sino un recurso ordinario de acción, y así es que se le ve acompañar al hombre en todas sus direcciones. Si la ética y la estética, la moral y la religión han influído en las manifestaciones artísticas, es porque influyeron en el hombre, que utiliza dicho recurso para todo; y siempre que se han determinado nuevas direcciones en la actividad, el arte se ha plegado á servir las con la misma docilidad con que obedece el músculo, con la misma solícitud con que el instinto protege al organismo. Se ve así á la arquitectura, la escultura, la pintura, la música,

la literatura, la poesía, las industrias y la misma investigación científica, seguir siempre las orientaciones del pensamiento, incondicionalmente, servilmente.

Es lógico, pues, que al estudiar la evolución del arte se investiguen las causas y factores que lo han determinado. La historia del arte humano es la historia del hombre. Cuando se habla de tales ó cuales civilizaciones, parece que se quisiera imputar á éstas, como entidades objetivas, los efectos favorables ó perniciosos que se han experimentado, siendo así que los elementos que intervinieron son un efecto de la mentalidad productora. Ni es tampoco el que los hombres sean más ó menos malos ó más ó menos buenos, lo que determina sus formas de acción, sino su estructura mental, sus orientaciones más ó menos apropiadas á la convivencia social y á los intereses de la especie, dentro de la evolución natural.

El arte no puede ir contra el hombre, dado que es obra de sí mismo, de su inteligencia. Al contrario, lo acompaña con toda sumisión, tanto para cultivar sus relaciones con la tradición — que es su propia estructura — cuanto para rectificarse por el conocimiento. La evolución se opera, pues, de un modo necesario *sobre el fondo tradicional*, á la vez que ese fondo se va rectificando constantemente.

Si se estudia la marcha de la actividad general en todas las épocas y en todos los pueblos, se verá que hay substancialmente dos líneas fundamentales, prominentes, como guías reguladoras: la *tradicional* (supersticiosa, religiosa, sentimental) y la *racional* (intelectiva, cognoscitiva, científica). La primera, que podría llamarse también sentimental, se caracteriza por el culto al pasado, y la otra por el espíritu de investigación. La orientación sentimental resulta pasiva, por cuanto se apoya fundamentalmente en los prestigios del pasado, que magnifica como lo mejor, en

tanto que la otra, la orientación racional como manifestación investigatoria, es combativa, por cuanto intenta ampliar los dominios del conocimiento, libre de reatos y prejuicios. En el orden evolutivo ocupa un puesto de precedencia la primera, dado que las manifestaciones sentimentales han debido anteceder necesariamente á las intelectivas. Es precisamente sobre ese fondo acumulado por la tradición, que se evoluciona y se mejora la condición del hombre y de la especie. La necesidad natural de evolucionar ha ido acentuando invariablemente las formas racionales de acción, como más fecundas y promisoras, y es así que podemos ver hoy día ya, cada vez más vigoroso el espíritu de investigación, cada vez más triunfal la aspiración al conocimiento.

Por más profundo que sea el apego á la tradición, que es nuestra esencia misma, la aspiración al mejoramiento ha inducido á investigar, y de ese modo es que la actividad general ha debido eucaminarse ineludiblemente en el sentido de las aspiraciones del hombre, de sus necesidades y de sus anhelos. Al estudiar la evolución artística, veremos que el esfuerzo se eucarrila en las dos vías cardinales á que nos hemos referido: *la sentimental y la racional*. La primera se caracteriza por la supersticiosidad y la religiosidad,—formas típicamente sentimentales, que se las ve guiar el esfuerzo tanto más fundamentalmente cuanto más nos internemos en los tiempos pasados,—y la segunda, por la investigación, en el sentido del conocimiento. Á ésta, ó sea la racional, se la ve destacarse tanto más cuanto más avanzamos hacia nuestros días.

Estudiaremos, pues, separadamente ambas influencias en la evolución general, con la brevedad posible.

## II. EL FONDO TRADICIONAL

## I. TEMOR DE LA MUERTE

Hay que confesar que el hombre, el rey de la « Creación », ha perdido esa beatitud, esa serenidad que campea en el reino inferior animal; y hace ya tiempo que la ha perdido. Así que abrió su intelecto á la duda, apenas se formuló una interrogación sobre el significado de la muerte, la paz se alejó de su espíritu.

Desde la más remota antigüedad viene preocupando el « problema » de la muerte. Hombres eminentes, filósofos ilustres, todos han considerado este asunto como el más capital, y todo el que medita al respecto, predispuesto como está por la sugestión tradicional, se siente invadido por dudas torturantes, cuando no atribulado por visiones terribles. No hay un pensador, tal vez, á quien no haya interesado esta cuestión, y algunos espíritus selectos, al constatar su impotencia, hasta han llegado á culpar á la ciencia de no haber encontrado la solución en el sentido que se desea, con igual razón con que pudiera culpársela de los eclipses y de las sequías. ¿Podría acaso el hombre, por su ciencia, transformar á la naturaleza? Renegar de la ciencia por eso, equivaldría á repudiar nuestra conciencia, nuestros sentidos, porque no nos hacen ver y palpar lo que anhelamos.

Se dice que el temor á la muerte es *instintivo*. Nosotros pensamos que es *una consecuencia*, más bien, del amor á la vida. Nos parece que ese « doble instinto »: el amor á la vida y el horror á la muerte, deben considerarse como uno solo: *el instinto vital*.

El horror á la muerte, por lo demás, no es una manifestación normal del instinto fundamental que rige y



gobierna á los organismos, sino más bien una psicosis, un desarreglo del instinto, que lo anormaliza. Lo instintivo es amar la vida. Los animales inferiores, por más que no debamos suponerlos animados de ese horror, aman asimismo la vida y la defienden empeñosamente. Debemos suponer, pues, que esa fobia de la muerte es más bien una manifestación morbosa del instinto natural, y esa es la causa de la «desarmonía» del instinto.

Si bien no puede conciliarse el desdén por la muerte con el instinto vital, porque son contradictorios, es posible, no obstante, conciliar el amor á la vida con la resignación respecto de un fenómeno tan natural como es la muerte, es decir, con la conformidad normal con que deben acatarse las leyes de la naturaleza. La mayor inteligencia del hombre, su conciencia más informada, no deben considerarse una desventaja ó un mal, sino cuando nos hallemos extraviados. Por otra parte, si hiciéramos un recuento de todo lo que contraría nuestro instinto, fuera de la muerte, veríamos que á cada paso se limitan nuestros anhelos; y ¿podría por esto decirse que la vida no es un bien?

Lo que nos perturba para encarar este fenómeno natural, es nuestra predisposición á la quimera. La leyenda nos atribuye destinos inmortales y miríficos, que halagan nuestra vanidad, y nos cuesta apearnos de tan alta alcurnia, por más que todo en la naturaleza nos esté diciendo que la muerte es la terminación de la vida. Pasar de tan ilustre linaje á la condición de simple organismo terreno y mortal, emparentado con los demás que hemos considerado hasta aquí como radicalmente distintos é inferiores, es colocar al hombre en la triste condición de un dios caído.

Aun cuando se pobló el caos de la inmortalidad con visiones demonománacas, acostumbrado el hombre á con-

tar con la supervivencia, le lisonjea todavía la esperanza de asistir á la eclosión de un mundo lleno de maravillas que, á estar á la leyenda, debe ofrecerse en el propio instante en que cesa la vida. No arredran llamas ni tizones, á condición de admitir la inmortalidad, acaso confiados en que algún subterfugio bastará para exonerarse del tributo exigido, con todo pretexto, por la arbitrariedad bálica de los dioses. Lo capital es sobrevivir. ¡Como si los fuegos infernales no pudieran encender un cigarrillo!...

En el fondo mismo de todas las formas religiosas tan diversas, tan arbitrarias y contradictorias, siempre puede encontrarse el temor de « la Muerte » con su guadaña horrenda, que inspira el sentimiento de la humildad y la mansedumbre en el hombre, vanidoso y terrible como un cañón, y que le hace caer de rodillas ante los dioses más implacables, peor que implacables, crueles, peor que crueles, ilusorios. Se quiere á toda costa la inmortalidad, y se la descuenta.

Los que, desconcertados por las conclusiones científicas, se despechan y piden á la ciencia que evite tamaña decepción, — como si se tratara de una señora de carne y hueso, — hacen lo propio que los niños cuando se enconan y castigan á un objeto con el cual se han lastimado. Cierto que la ciencia, que *es la verdad*, hace tan poco caudal de esas protestas despectivas, como la luna de las trovas que le dirigen los soñadores. A nuestro juicio, hay, pues, más sabiduría en el optimismo de Pangloss, que en la rebelión de los despechados contra la realidad, que es nuestra causa y nuestro bien máximo, ó contra la ciencia, que es la parte de realidad conocida por el hombre.

Por una ironía, el hombre, el ser superior, el más inteligente, y entre los hombres los más ilustrados, no

pueden sobreponerse á las cavilosas que engendra, por causas ancestrales, este fenómeno natural. Es el único huésped que se permite formular cuestionarios, y exige una contestación categórica, sin contentarse con lo que le dan. No le basta saber que vive, y que la muerte es el término de la existencia. Esto no le satisface, porque, engañado por la leyenda, quisiera saber también que tiene alguna misión ultraterrena que llenar, y se desespera cada vez que fracasan sus tentativas para demostrarlo. Una vez que encaró su individualidad como cosa sobrenatural, le cuesta someterse á la idea de su disolución. Le parece que su *yo* es algo indestructible, de lo cual no puede prescindir la naturaleza, y ante la duda de que esto pueda no ser así, se desconsuela al constatar su impotencia, y se entrega rendido al culto religioso ó se ensoberbece y protesta, cuando no proclama, con visos de serena meditación filosófica, que la existencia es un mal, sólo porque no se ajusta á sus idealidades. Bien conocidas son las conclusiones pesimistas de Schopenhauer, de Hartmann y otros, que sostienen que la vida humana es un desastre. Felizmente, hay quienes, entretanto, investigan, luchan y producen.

Es sintomático que todas las disquisiciones filosóficas y religiosas se hayan encarado en favor exclusivo del hombre. Todos entienden por igual que el hombre es el único ser de la naturaleza con derecho á la inmortalidad. En esto también se pone de manifiesto su egoísmo, llevado hasta la egolatría. No se le ha ocurrido pensar que los primates, v. gr., puedan aspirar también á la inmortalidad, no ya los vertebrados inferiores, entre otros las pobres buenas bestias amigas y sumisas, que tanto nos han servido y nos sirven. Es nuestra propia individualidad lo que quisiéramos poner fuera de cuestión; ni siquiera á la humanidad. Si extendemos mentalmente á

unos cuantos más ese privilegio, entre los cuales están siempre los seres queridos y amigos, no nos affigen por igual los destinos de ultratumba de los demás ejemplares de la especie, como no nos preocupan sus destinos terrestres. Apenas se trate, no ya de nuestros enemigos, sino de simples desconocidos, de otros pueblos, de otras razas, transigimos con la idea de la anulación. El anhelo de la inmortalidad es menos altruista y superior de lo que parece.

El temor de la muerte ha obsesionado, á veces, consumiendo tristemente muchas existencias en una esterilidad insuperable. Las leyendas religiosas, siempre espeluznantes, han acentuado ese temor. Se ha atribuído á los dioses nuestras propias pasiones magnificadas, y, para aplacarlos, se han adoptado todas las formas del rito religioso, desde el más infantil hasta el más cruel, sangriento. De ahí que el hombre, supuesto rey de la creación, por su propia obra se ha trocado en archipámpano, labrándose á menudo una mísera existencia, de tal modo mísera, que hasta ha llegado alguna vez á envidiar la propia condición de los seres inferiores, lo cual supera todo colmo de desconocimiento y de extravío. No se ha pensado que si ellos ofrecen la beatitud que acompaña al sometimiento á la ley natural, no es porque sea mejor su condición, sino porque su conducta es más lógica, en tanto que el hombre está empeñado, desde siglos atrás, en una loca rebelión, que le quita su equilibrio normal. Los propios filósofos, con ser filósofos, en su ansiedad de descubrir lo que hay más allá, pierden á menudo su cuota de bienes efectivos, sin advertir que si no son insustituibles, pueden serlo por lo menos. Lo normal no es ni puede ser tal rebelión á las leyes de la naturaleza.

Tolstoy, azorado por el horror á la muerte, confiesa las angustias y aflicciones que lo han llevado á la fe, y

afirma que la médula de toda creencia consiste en atribuir á la vida tal significado, que no pueda ser suprimido por la muerte. Esto denuncia la fobia, la necrofobia de los creyentes, más bien que el razonamiento dominador. Indudablemente es un signo de inteligencia el poder plantear, aunque más no sea, problemas de alguna trascendencia, pero es también indudable que si tal cosa implica hacernos desconocer y malbaratar los bienes de la existencia, hasta podría discutirse la propia superioridad del hombre. Ese afán de inmortalidad que hace delirar, ese anhelo desmedido de sobrenaturalidad, es como la luz que seduce á las mariposas nocturnas, la misma que les quema las alas.

Por lo demás, ese horror que se quisiera mitigar por la fe, lejos de mitigarlo, lo acentúa, y se pierde así el propio bien de la existencia, graude y generoso como es. Tampoco se trata nunca de una fe magnánima, optimista, con arreglo á la tétrica tradición. No se piensa en una vida plena, desbordante de delicias, sino triste y fría, la que tan sólo brinda una lúgubre inmortalidad. Se capitula, pues, á la sola condición de sobrevivir, cediendo á la presión de amenazas fantásticas, hechas á nombre de divinidades terribles y rencorosas, tan poderosas como tacañas, que habiendo podido suprimir sufrimientos, castigos y torturas, los esgrimen con fanfarronería para atemorizarnos, en oposición á una realidad serena que nos abrumba con sus evidencias, y se llega de este modo á sacrificar lo propio que deseamos defender: la individualidad.

« La conversion véritable — dice Pascal — consiste à s'anéantir devant cet Être souverain qu'on a irrité tant de fois, et qui peut nous perdre légitimement à toute heure; à reconnaître qu'on ne peut rien sans lui, et qu'on n'a rien mérité que sa disgrâce. Elle consiste à connaître qu'il y a une opposition invincible entre Dieu et nous,

et que sans un médiateur il ne peut y avoir de commerce (1).»

Este orden de ideas, que caracteriza al espíritu religioso, es suicida y, á la vez, humillante. Sólo porque la idea de la disolución atormenta á algunos espíritus como un mal máximo, es que pueden someterse á tanta arbitrariedad; porque, de otro modo, para alcanzar la inmortalidad á ese precio, valdría más optar por la disolución ó el castigo.

Esa misma quimera que deslumbra á los soñadores, es, por lo demás, bien pobre cosa. Un alma errabunda en el éter, privada del consorcio del cuerpo, la que, en el mejor de los casos, no podría más de lo que pudo, — porque sería desatinado pensar que la muerte habría de darnos aún mayores atributos, — un alma así, desnuda, ¿de qué nos serviría? Fuera y lejos de lo que amamos y conocemos, ¿qué haríamos que no nos anonadara de hastío y de aburrimiento!

Por otra parte, ¿qué alma es la que logra la inmortalidad: la del párvulo, la del niño, la del adulto, la del anciano desengañado, regañón y pesimista? ¿Qué hacen eternamente esos «vertebrados gaseosos», según la feliz locución hækeliana, los millones, los billones, los trillones de escuálidos resucitados? Esas almas flotantes, que vagan triste y eternamente, son, á la verdad, poco envidiables para cualquiera que lo piense un instante con despejo. El que haya logrado mirar la muerte como un simple punto final, no trocaría ese concepto terminal tranquilizador por esta fábula macabra.

Sólo el concepto neo-zelandés de la supervivencia integral — que es, en resumen, el concepto íntimo de todos los inmortalistas, es decir, una nueva vida con todos

(1) Pascal: *Pensées*, pág. 97.

los elementos terrenos, con nuestros huesos y pasiones—podría halagar, lo cual corrobora, una vez más aún, nuestro potente instinto vital, y nuestra subordinación subconsciente al mundo efectivo, á la realidad, á la vida, á todo lo que en vano se pretende desdeñar, por un miraje.

Es tan absurda esta quimera, amamantada, en plena ignorancia, por nuestros antepasados, que no resiste á ninguna crítica racional. «Dónde se encuentra ese más allá—dice Hæckel—y en qué consistirá el esplendor de esa vida eterna, he aquí lo que ninguna «revelación» nos ha dicho todavía. Mientras el «cielo» era para el hombre una bóveda azul extendida sobre el disco terrestre y alumbrada por la luz de varios millares de estrellas, la fantasía humana podía en rigor representarse allá arriba, en aquella sala celeste, el festín de los dioses olímpicos ó la alegre mesa de los habitantes de Walhalla. Pero ahora todas esas divinidades y las «almas inmortales» sentadas con ellas á la mesa, se encuentran en el caso manifiesto de *falta de alojamiento* descrito por D. Strauss; pues hoy sabemos, gracias á la astrofísica, que el espacio está lleno de éter irrespirable, y que los millones de cuerpos celestes se mueven en él con arreglo á «leyes de bronce», eternas, sin tregua, y en todos sentidos, sometidos todos al eterno gran ritmo de la aparición y la desaparición (1).»

El hombre cuenta con admirables recursos intelectuales, comparados con los de las especies inferiores, pero si los aplica en contra suya, es claro que no resulta envidiable esta ventaja, ni aun para ellas mismas. Nosotros sabemos que en todo instante, por cualquier accidente externo ó interior, puede sorprendernos la muerte; empero, si este conocimiento lo trocamos en

(1) E. Hæckel: *Los enigmas del Universo*, t. II, pág. 147, v. c.

cavilación, si esto nos obsesiona como una idea fija, caemos en la insania, y perdemos nuestra superioridad.

Casi todas las investigaciones filosóficas, sin embargo, mechadas por el viejo pujo teosófico, se han encaminado á comprobar nuestra propia inmortalidad, como si esto fuera un hecho necesario, forzoso, ineludible. Puede decirse que los mayores esfuerzos se han aplicado en el sentido de la demostración de la verdad objetiva de nuestros prejuicios, más bien que en el de conocer la realidad, tal cual es, para ajustarnos á ella. Entretanto imperaron las influencias tradicionales, el hombre empeñó sus energías investigatorias para demostrar la efectividad de sus sueños quiméricos, más bien que en el de buscar la verdad objetiva, para atenerse á la misma.

Si nos es dado, en nuestro esfuerzo de adaptación á la realidad, encontrar los elementos que puedan resultarnos más favorables, es un contrasentido, el más característico, tender al desconocimiento de *lo que es*, como si quisiéramos imponerle una condición. Un propósito investigador así encaminado, inutiliza el esfuerzo, y por eso es que han fracasado tantos intentos en el campo de la metafísica apriorística. Los sistemas se han sucedido los unos á los otros, conmoviendo por la sorpresa, diríase, para caer luego en el olvido, ó para suministrar, si acaso, recursos de puro lujo de erudición á los curiosos.

Se ve así que esa preocupación tradicional ha influido aun en los espíritus más esclarecidos, ¿y cómo podría negarse, pues, que influyó también de manera poderosa en los demás, y, consiguientemente, en las formas de la actividad general?

Es esto, precisamente, lo que nos hace considerar el viejo terror á la muerte como un factor de grandes consecuencias en la evolución artística.

Según Vogt y otros, es el horror á la muerte lo que



ha generado el espíritu religioso. Aun cuando no compartimos enteramente esa opinión, creemos, no obstante, que dicho temor es uno de los elementos que fundamentan ese sentimiento, tan difundido en la humanidad. Bastaría recordar la frase de Bossuet: «la résurrection des morts, cette précieuse consolation des fidèles mourants (1),» para ver que es por ahí donde es preciso buscar la etiología de la religiosidad; pero, de esto nos ocuparemos más adelante.

A medida que se acusaron las formas imaginativas de la inteligencia, debió nacer primero la idea de un cambio de situación por la muerte, sin excluir la de la continuación del ser, es decir, de la propia individualidad. La idea de la disolución radical, definitiva, si acaso pudiera concebirse, requiere un esfuerzo imaginativo intenso, aun para vislumbrarse, porque la idea del ser está implícita en la propia cerebración. Nosotros no podemos, hoy mismo, disociar de la materia nuestra psiquis, nuestro yo; no podemos concebir nuestros propios despojos en descomposición, separados por completo de nosotros mismos, como concebimos los de un tercero respecto de ellos, y á éstos también, al verlos, estimulados por nuestro instinto capital, los asociamos á nosotros mismos, á nuestra propia individualidad, y por eso nos imponen y nos emocionan más. Si por ventura pudiera algún día concebirse la cesación integral del propio ser, esto exigiría un esfuerzo mental tan extraordinario que nosotros no acertamos á imaginarlo siquiera. Se comprende así que la idea de la propia disolución definitiva no haya podido abrirse camino.

Es tan sugerente el temor de la muerte, que los mismos que ven pasar á los vivos con tanta indiferencia,

(1) Bossuet: *Oraisons funébres*, pág. 70.

se descubren respetuosamente cuando pasa un féretro. Es indudable que no se descubren ante el hombre, sino *ante la muerte*, ante el terrible enemigo. Esto acusa que el hombre, por causa de los espejismos tradicionales, no se ha familiarizado aún con la ley natural de la disolución, que se correlaciona con toda aparición, hasta en las formas inorgánicas. El día que se haya comprobado de un modo irrefutable la identidad esencial que vincula á todos los organismos terrestres, se habrá adquirido la certeza de que la muerte es simplemente la cesación de la vida, y el hombre habrá reconquistado su equilibrio normal.

Si se observa la marcha de la evolución del concepto de la muerte, se puede ver, lo mismo en la faz histórica ó filogenética que en la evolución individual, ó sea en la faz ontogenética, — lo cual significa una comprobación, — que esa línea ofrece los aspectos siguientes:

1.º Inconsciencia de un cambio operado por la muerte. (Normalidad inconsciente.)

2.º Supervivencia integral.

3.º Supervivencia del alma. (Concepto abstruso, de supuesta conciliación con las demostraciones de la realidad.)

4.º Idea de la anulación que nos conturba.

5.º Acatamiento á la ley común, por el que la muerte se presenta como cualquier otro fenómeno natural. (Normalidad consciente.)

El espíritu científico tiende á la normalización del instinto, deformado por la leyenda tradicional que atribuía á la muerte proyecciones fantásticas.

## II EGOCENTRISMO PRIMITIVO

El temor á la muerte, por sí solo, no habría podido determinar el espíritu supersticioso, ni el religioso, que

tan hondamente invadió al hombre primitivo. Si ese temor no se hubiera manifestado dentro de la ilusión de que él era el centro y el objeto del universo, no habría pensado, como pensó siempre, que podía propiciarse á los elementos naturales mediante oraciones, sacrificios y otros expedientes.

Sin esas ilusiones —la egocéntrica y la geocéntrica— no tendrían razón de ser los amuletos, las plegarias y los demás ritos y ceremonias religiosos. Aun cuando la primera evolucionó, tomando como objeto de la « creación » á la especie, el impulso tradicional, ya impreso en la conciencia, ha seguido actuando bajo la forma de un antropocentrismo más aparente que real.

Acaso desde que el hombre abrió su intelecto al mundo exterior, los primeros pensamientos que pudo hilvanar le indujeron, por causas instintivas, á considerarse como una excepción entre los demás organismos que pueblan la tierra. La idea de que el hombre es un ser superior, se pierde en los tiempos. No nos referimos á la superioridad que le depara su más compleja organización, la cual no podría negarse, sino á una superioridad de excepción, tal como se la atribuye la leyenda.

Ser dominante como es en la naturaleza, mejor dicho, en la pequeña esfera en que actúa, ha debido más que nadie reputarse centro de la misma. La propia ilusión geocéntrica debió concurrir á ese resultado. Por eso es que siempre se dejó halagar por las leyendas que le atribuían origen sobrenatural, leyendas que tanto han prosperado. Todas han corrido la suerte del elogio dirigido al vanidoso.

En el esfuerzo de adaptación, en pleno misterio como vivía, ignorando por completo la naturaleza íntima de las maravillas que exhibe el mundo exterior y las leyes que lo rigen, debió interpretarlo todo al través de sus vici-

situdes, en la falsa inteligencia de que el universo se refería á él, no sólo lo que le rodea de más cerca, sino también los fenómenos meteorológicos y los mismos astronómicos, y azuzado por el instinto, por el formidable instinto vital, debió tratar de que todos los agentes le fueran propicios. Esta modalidad, si bien ha tomado distintos aspectos en los diversos pueblos y en el tiempo, perduró sobre cada orden de fenómenos, hasta que el conocimiento científico disipara los fantasmas creados por la ignorancia.

No hay pueblo que haya podido sustraerse á la superstición, y hoy mismo se advierte todavía una predisposición bastante acentuada á suponer que los agentes exteriores se interesan de algún modo en nuestros destinos. Á cada paso sorprendemos el aguijón supersticioso — como un residuo ancestral — y tenemos que aguzar el razonamiento para aquietarnos.

Son pocos los que no creen todavía en *la suerte*, v. gr., como una entidad concreta, cuyas influencias misteriosas actúan aun en nuestros asuntos más pedestres. Los hombres más eminentes confiesan hallarse contaminados por este resabio atávico, que ofrece las más variadas formas. Entre el vulgo, y entre los jugadores, principalmente, puede observarse bajo múltiples aspectos, y el espiritismo y todas las variedades ocultistas cuentan con más prosélitos y adeptos de los que contarían si se descubriera un nuevo agente ponderable que las explique científicamente.

Esa predisposición á lo maravilloso sobrenatural que sentimos latir en nosotros mismos, á cada paso, aun hoy día, en que una serie de conquistas científicas ha ido *invariablemente* explicando los fenómenos más impresionantes y los demás como hechos naturales, ha debido ser tanto más acentuada cuanto menos informado se halló el hombre.

Debemos pensar que es esa ilusión egocéntrica inicial la que ha generado y fecundado el espíritu místico, como una modalidad típicamente instintiva. Si bien se pierde en un plano conjetural el origen de este sentimiento, tan difundido todavía, puede admitirse como una hipótesis bastante lógica, que ha sido necesaria la ilusión egocéntrica para que pudiera arraigar la idea de que alguien se ocupa y se preocupa de nosotros — fuera de nosotros mismos, — porque sólo así se concibe la superstición y el propio espíritu religioso. No tendría sentido ninguna superstición, ni religión alguna, si constatáramos la indiferencia completa del mundo exterior á nuestro respecto. Es preciso, pues, que se admita algún agente interesado en nuestras cuitas, para que pueda sustentarse la supersticiosidad, lo mismo que la religiosidad.

El germen del espíritu religioso, por otra parte, hay que buscarlo en la superstición. Si se indaga acerca del origen de las creencias, de los mitos y ritos religiosos, se advierte que cada uno de ellos descansa sobre un mito ó un rito anterior, y que todos ellos arrancan de alguna superstición anterior. Podría decirse que las religiones aparecen como supersticiones erigidas en sistema, es decir, reglamentadas. Si la religiosidad es un paso sobre la supersticiosidad, según parece, quedaría demostrada nuestra tesis, y habría que buscar su raíz en el egocentrismo primitivo.

Las ideas religiosas acusan indefectiblemente formas sincréticas. En todas ellas, aun en las mismas que denuncian una revelación divina como fuente originaria, se encuentran elementos substanciales de las creencias precedentes, más ó menos ordenados y refundidos, y es así que, remontándonos de una en otra, á su punto inicial, quizá pudiera llegarse á comprobar que en las más modernas prácticas y creencias religiosas, todavía puede ha-

llarse una médula supersticiosa que tiene sus raíces en los tiempos más alejados de la prehistoria. Por lo demás, si no debiera pensarse que en la evolución la religiosidad es un grado sobre la supersticiosidad, habría que creer que son dos modalidades gemelas, por cuanto parten de un mismo miraje: que alguien, fuera de nosotros, se interesa en nuestra suerte, y sobre este punto hay que convenir en que son tan escasas y poco convincentes las pruebas, que, para admitirlas, es preciso creer sin examinar. Es menester convenir, no obstante, en que todos nos sentimos inclinados, por causas hereditarias, á pensar que los elementos exteriores no son insensibles á nuestra suerte, y es por esa ilusión del instinto vital hipertrofiado, si así puede decirse, que han podido perdurar la superstición y la creencia religiosa, á pesar de que también, *invariablemente*, á medida que la investigación científica avanza, se disipan los dioses y sus milagros, así como todos los demás arbitrios inocuos creados exclusivamente con el fin de amparar nuestros destinos.

Si no fuera porque el cerebro humano evoluciona sobre la base ancestral, tan honda como es; si no fuera porque las cerebraciones precedentes han determinado predisposiciones psíquicas que se van transmitiendo por la herencia; si no fuera porque esa conciencia que elaboraron nuestros antepasados con sus elementos de juicio, sobre su propia hijuela, *cada vez menos documentada* así que se la considere en un sentido regresivo, no podría explicarse el prestigio que aún tienen las ideas religiosas, y algunas, sobre todo. Fuera de ese sedimento tradicional, sin ninguna comprobación seria; fuera de ese antropismo primitivo, inconciliable con la observación de la realidad y con las conclusiones científicas, no encontrarían campo para fecundar las supersticiones, ni las creencias religiosas, basadas, en definitiva, en puras ilusio-

nes; pero ese lastre ancestral prima de tal modo en ciertos espíritus, que no permite hacer un libre examen de las ideas y creencias transmitidas, y es así que perduran, á pesar de ser tal su inconsistencia á los propios ojos de los mismos adeptos, que, oficialmente, se ha erigido en grave falta todo análisis, y es así que los soñadores se cierran al debate, y temiendo perder su hijuela sentimental, dan la derecha al prejuicio sobre la realidad, con ser tan optimista, generosa y confortante cuanto son tristes y cicateras y desolantes las promesas de la tradición. Nuestros antepasados siguen así actuando sobre nosotros con eficiencia, y es ésta una de las rémoras que la evolución encuentra á su paso.

Las ideas religiosas presentan todas las fases imaginables de la supersticiosidad, hasta sistemarse en un orden de dogmas cada vez más elevado á medida que la cultura iba informando á la conciencia. Es preciso reconocer que también han evolucionado, si bien siempre *detrás* de la conciencia científica, y no sin utilizar cuanto les es posible, para no perder las posiciones fantásticas que le atribuyó al hombre la leyenda de los tiempos preteritos, cuando era necesariamente mayor la ignorancia humana. Todavía hoy, después de haberse realizado tantos progresos en las ciencias naturales, principalmente, le halaga al hombre el considerarse como un ser destacado por completo del reino animal, si bien todo tiende á emparentarlo, y por más que sólo tenga que perder con esa ilusión, porque nada es ni puede ser superior á la realidad.

Si es difícil determinar el orden de precedencia en las ideas que suscitó el temor á lo desconocido, que, en definitiva, es el óvulo generador de la supersticiosidad y la religiosidad, como que el instintivo egocentrismo fecundó el temor á lo desconocido, no cabe dudar, en cambio, de que no hay pueblo, por primitivo que sea, que haya

podido substraerse á la preocupación supersticiosa ni religiosa. Ni los propios esquimales, que parecen ser los más inmunes en cuanto á esta modalidad tan generalizada en la especie humana, han podido excluirse por completo. Es realmente instructivo constatar *la existencia y persistencia de tal preocupación, en todos los pueblos y á través de todos los tiempos.*

Dice Max-Muller: « Podemos decir, sin riesgo de equivocarnos, que, á despecho de todas las investigaciones, no se ha encontrado en parte alguna ser humano que no esté en posesión de algo que le sirva de religión; ó valiéndonos de la expresión más general, que no crea en algo más allá de lo que puede ver con sus ojos (1). »

Fuera del fetiche (y acaso el mismo sílex, según afirma Joly (2)), que parece ser la forma primitiva del culto religioso, se ha temido y se ha adorado al ciervo y al lobo, al oso y al toro, al propio chacal (el anubis egipcio), al gallo, á la serpiente, al pintoresco Moloch, etc., etc. Poco hay que se haya librado de la teomanía humana.

Max-Muller, refiriéndose al fetiche, establece una salvedad, en el sentido de que es tan sólo un « símbolo », y no el fin del culto; pero esto mismo, lejos de quitarle precedencia, la demuestra y la subraya, al establecer el vínculo que une á la superstición con la religiosidad, puesto que sin una superstición no se concebiría un símbolo ni un amuleto. Cualquiera que sea el significado del símbolo, no puede negarse que responde á una idea religiosa ó supersticiosa en este caso, y hasta tiende á emparentar el sentimiento religioso con la superstición, acusando su sincretismo característico.

La piedra angular de ambas modalidades es el instinto vital. Por más que las exterioridades nos hagan ver otra

(1) Max-Muller: *Origen y desarrollo de la religión*, v. c., pág. 83

(2) N. Joly: *L'homme avant les métaux*, pág. 200.



cosa, es indudable que la supersticiosidad y la religiosidad se afirman en un criterio utilitario y personal, idéntico, en esencia, al que inspiró el hacha de piedra. Todos cuelgan sus amuletos ú oran, para preservarse. Hay que reconocer que se oraría mucho menos si se tuviera una patente de inmortalidad bien garantida. La médula instintiva, por otra parte, se acusa en el propio hecho de ostentarse en todas las concepciones teológicas, aun en las superiores, antropomorfismo y aun antropopatía. El propio *yo*, por lo menos, parece que debiera ser indestructible, según nuestra lógica instintiva. Es tanto el apego á la vida, que se aspira á la inmortalidad de cualquier modo, y con tal vehemencia, que, á veces, el propio espejismo instintivo ha inducido á la aberración supina del sacrificio de la propia vida, para garantirla, con la misma falta de lógica con que algunos se la quitan para rehabilitarse.

### III. LA ILUSIÓN DE EXCEPCIONALIDAD

No es sólo el hombre quien teme á la muerte. Afirma Metchnikoff que el temor á la muerte ya se percibe entre ciertos animales inferiores, bajo una forma semejante por completo á la de las demás manifestaciones instintivas (1).

Darwin ha dicho que en los actos instintivos «siempre entra en juego una pequeña dosis de juicio ó de razón, aun en los animales más bajos en la escala de la naturaleza (2).» Son muchos los naturalistas y filósofos que niegan toda solución de continuidad entre los diversos organismos, y sus manifestaciones. A medida que se observa, se disipa esa barrera que pretendió separar al hombre tan

(1) Élie Metchnikoff: *Études sur la nature humaine*, pág. 166.

(2) Carlos Darwin: *Origen de las especies*, t. II, pág. 132, v. c.

radicalmente de los demás organismos, y se afirma, al contrario, la creencia de que los organismos inferiores sólo ofrecen en grado menor las mismas modalidades que ostenta el hombre. Nosotros mismos, apenas nos detenemos á observar á los animales más ínfimos, siempre nos sorprendemos, porque descubrimos cualidades y rasgos de inteligencia de que, guiados por el prejuicio tradicional, los considerábamos desprovistos.

Hæckel, por su parte, afirma que entre «los vertebrados más elevados, los pájaros y los mamíferos, podemos reconocer los primeros esbozos de la razón, los primeros trazos de las relaciones religiosas y morales. En ellos no sólo encontramos las virtudes sociales de todos los animales superiores que viven en sociedad (amor al prójimo, amistad, fidelidad, sacrificio, etc.), sino también el conocimiento, el sentimiento del deber y la conciencia, y, para el hombre, ser dominante, la misma obediencia, la misma sumisión, la misma necesidad de ser protegidos que manifiestan los salvajes hacia sus dioses<sup>(1)</sup>.»

Todo esto nos autoriza á pensar que los seres inferiores tienen algo de lo mismo que tanto nos envanece, algo de lo propio que nos hace creer que el hombre es un ser excepcional. Agrega el mismo biólogo: «Los primeros rasgos de esas elevadas funciones que llamamos razón y conciencia, religión y moralidad, se reconocen ya en los animales domésticos más perfeccionados, sobre todo en los perros, los caballos, los elefantes; difieren cuantitativamente y no cualitativamente de las formas correspondientes de actividad psíquica, en las razas humanas inferiores. Si los monos, y principalmente los antropoides, hubieran sido domesticados como el perro, durante varios siglos, y criados en comunión íntima con la civiliza-

(1) E. Hæckel: *El Monismo*, pág. 123, v. c.

ción humana, se habrían acercado á las formas humanas de actividad psíquica de una manera ciertamente mucho más asombrosa. El profundo abismo que en apariencia separa al hombre de esos mamíferos tan perfeccionados, débese, principalmente, á que el hombre reúne varias cualidades capitales que existen únicamente aisladas en los demás animales: 1.º, diferenciación más desarrollada de la laringe (lenguaje); 2.º, del cerebro (alma); 3.º, de las extremidades; y 4.º, de la estación derecha. Es sencillamente la feliz combinación de un alto grado de desarrollo de esos órganos y de esas funciones importantes, lo que encumbra á la mayoría de los hombres por encima de los demás animales (1).»

Si las especies inferiores viven en un estado de serena placidez, es porque no les asalta la idea de un cambio radical por la muerte; que, de no ser así, si pudieran pensar que su propia individualidad, que ellas aman tanto como nosotros la nuestra, va á ser aniquilada, también se empeñarían en defenderla. No es, pues, por desapego á la vida que se muestran tan conformes con la ley de su disolución: es porque no tienen idea de ella. Sin embargo, si se hicieran observaciones prolijas, acaso resultara comprobado que son precisamente las modalidades instintivas las que acusan mayor analogía con las congéneres humanas, y entre ellas las que más directamente atañen á la individualidad; pero la psicología, fuera de la introspección, se ofrece todavía como un antro tenebroso.

Algunas especies, no obstante, parece evidente que revelan un germen de ese mismo temor (2). Esto bastaría

(1) E. Hæckel, ob. cit., nota 3, pág. 167.

(2) Un escultor inglés hace una observación realmente interesante. «Nada hay más emocionante — dice Imre Simay — que la muerte de un mono. El pobre animal se apoya penosamente en el muro, y sus camaradas sentados frente á él en semicírculo, lo contemplan con mirada llena de simpatía, denunciando el temor de la muerte, que rara vez se advierte

para notar una nueva identidad esencial, la que colocaría la cuestión, sobre este punto también, fuera del terreno de lo fundamental.

Ya sea que el temor á la muerte debamos atribuirlo á un instinto particular, ó que se considere como un reflejo del instinto vital, según pensamos nosotros, no hay razón para que deba reputarse como un signo de superioridad excepcional por el solo hecho de que se ostente en una forma morbosa, de zozobra y de congoja. Esto no puede considerarse ni un título de excepcionalidad, ni una ventaja siquiera. Sólo es una desviación ó una modalidad lamentable del instinto fundamental que rige á todos los organismos.

No tendrían necesidad de contar con un instinto vital más vigoroso del que anima á los salvajes y á las propias especies inferiores, para que pudieran sentir unos y otras mayor zozobra ante la muerte. Sólo requerirían un mayor conocimiento de su inevitabilidad, una mayor conciencia de sus efectos, para que les sea dado también desasosegarse ante la perspectiva de esa fatalidad, en el mismo grado que se manifiesta en el hombre.

La superioridad de éste se funda *en un mayor conocimiento*, pues, y no en condiciones substanciales de organización que lo erijan en organismo excepcional. No es dable negar que en lo que atañe al instinto, sólo hay diversidad de modalidades, dentro de un mismo orden esencial de manifestaciones biológicas.

en los demás animales. Los monos conocen cuándo se acerca el último enemigo temible, y cuando un miembro del grupo muere, se encuentra siempre por lo menos un valiente, de entre los que sobreviven, para cerrarle los ojos y colocarlo afuera, en tanto que los demás se reúnen alrededor del cuerpo y lo palpan, para asegurarse de que realmente la vida se ha extinguido. Después, lo ponen en un rincón y lo cubren con heno ó con paja. Mientras el muerto queda entre ellos, los monos están tristes y desanimados; cesan sus saltos y se juntan en grupos silenciosos; pero apenas sacan al camarada muerto, la tristeza se disipa, y la vida alegre comienza de nuevo. » — *The Studio*, 15 de Septiembre de 1908.

La propia ilusión egocéntrica, que es un miraje del instinto soberano que magnifica todo lo que es personal, quizá la experimenten también los seres inferiores. Todo hace creer que es una manifestación orgánica, egoísta, instintiva.

Si es el conocimiento, pues, el mayor conocimiento, lo único que hace descollar al hombre por sobre los demás organismos, como lo creemos, es *del punto de vista del conocimiento* que debe juzgarse su preeminencia, y no de otros puntos de vista, desde los cuales no tiene en realidad ventaja alguna, por cuanto su estructura orgánica es esencialmente idéntica á la de los demás seres del planeta.

Por lo demás, sería una ventaja poco halagadora para la vanidad humana, la que se basara en la mayor eficiencia del instinto vital, del propio instinto, que, precisamente, se ha acostumbrado á denigrar como cosa inferior, aunque en realidad ño lo sea.

De cualquier modo que se encare este punto, no se halla una base positiva para fundar el concepto corriente de la excepcionalidad del hombre, y en el caso de que la hubiera, ésta no podría sustentarse, ni digna, ni lógicamente, en una modalidad morbosa del instinto vital, es decir, del instinto común á todos los organismos.

#### IV. TENACIDAD DEL PREJUICIO TRADICIONAL

El «razonamiento» tradicional, que ha hecho florecer de tantas maneras la supersticiosidad y el espíritu religioso, si bien se examina, es decir, si se examina con ánimo analítico é imparcial, según debe hacerse, resulta un sofisma clásico, el más conocido. Se concretaría así: el centro y lo mejor de lo que existe, es lo perceptible; lo mejor del universo perceptible es mi planeta; lo mejor de mi

planeta soy yo: luego, yo soy lo mejor que existe. Soy, pues, el objeto primordial de lo existente y, como no puedo atribuirme también la causa, se la atribuyo á una entidad antropomorfa, esto es, semejante á mí.

Este sorites, que no brilla de cierto por su modestia, es, en substancia, el razonamiento de la tradición, y á pesar de todo, á pesar de que no resiste al análisis de ningún modo, es tan grato al hombre, que, á condición de mantenerlo, cierra los ojos á la evidencia misma, y hasta trata á la realidad, á la propia realidad, de engañosa y pérfida. Para muchos creyentes, el mundo externo es no sólo detestable, sino insidioso, por lo cual debemos precavernos de él como de nuestros enemigos.

Bastaría señalar este colmo de insubordinación y de irreverencia hacia la realidad, para demostrar que la ideología tradicional acusa un desconocimiento desconcertante respecto de lo que es más fundamental y más necesario para los fines del hombre y de la especie, esto es, respecto de su propio ambiente natural. ¿Puede haber algo más estimable para el hombre que la realidad, es decir, *lo que es?*

Precisamente, si hay algo que pueda considerarse una ventaja para el hombre, es el conocimiento, y conocer *es saber lo que es*, para ajustar á ello su acción. Sería un verdadero desatino preferir *lo que no es* á lo que es, lo mismo que ceñir nuestra actividad en oposición á lo real. Sin embargo, la tradición nos induce á esto, y esa es la causa de tantos fracasos cuantos ha sufrido y sufre la humanidad, á cada paso, según intentaremos demostrarlo.

El hombre, por causa de los errores tradicionales, ha llegado á preferir el propio engaño á la realidad, á condición de que halague su vanidad de semidiós. Esto explica que hayan podido perpetuarse las más antiguas di-

vinidades antropomorfas y terriblemente antropopáticas, aun cuando la investigación científica demuestre que nuestras pasiones son, por lo general, comunes á los animales inferiores.

Dado el alto concepto que ha formado el hombre de sí mismo, según la leyenda, todavía se resiste á pensar que pueda hallarse sometido á la misma suerte de los demás organismos terrestres, y tiende aún, á pesar de las conquistas realizadas en el dominio del conocimiento, con ser tan respetables como son, á elucubrar del lado de su propia magnificación, atribuyéndose destinos estupendos, sobrenaturales. Si hasta que pudo suponer que los astros giraban á su alrededor, y que la luna y las estrellas se encendían para servirlo, se comprende que viviera en tal inteligencia, hoy que sabe que somos nosotros los que hacemos evoluciones dobles en derredor del sol, y que las estrellas, no ya las del tipo de Algol, sino las demás también, no se ocupan de alumbrarnos, es una insensatez seguir pensando del mismo modo que pensaron nuestros antepasados, víctimas de aquella ilusión.

Hoy día sabe el hombre que es posible que existan otros muchos sistemas como el « nuestro » ó inmensamente superiores al nuestro, en todas las direcciones imaginables, mundos de que nunca nos sea dado quizá vislumbrar siquiera su naturaleza ni su existencia. Le es dado también concebir que el propio « universo » que el instinto vital pretendía adjudicarnos como reyes de lo existente, resulte « un grano de anís », con relación á lo desconocido, por más que nos asombre su inmensidad, pero el hombre trata, así mismo, de no mirar al « infinito » para no perder esa supremacía *subjetiva*, á la cual se acostumbró. Si no fuera irreverente decirlo, parecería que hace como el avestruz cuando esconde la cabeza debajo del ala, creyendo agotar así sus recursos supremos de defensa.

Acostumbrado al tratamiento de «rey de la creación», no se resigna, ni quiere pensar en que los «universos» posibles trocarían al nuestro, colosal, en algo secundario, ni se detiene á considerar que, geoméricamente, el hombre es menos, con relación al planeta, que una hormiga sobre el lomo de un cerro, y que las propias inmensidades que se ofrecen á su imaginación, bastante estíptica, por lo demás, truecan en un simple apartado rincón del concierto «pluriversal», si se nos permite el vocablo, el mismo universo que nos deslumbra; así como que nuestros medios cognoscitivos, con relación á lo existente, pueden ser tan relativos como los de un molusco con relación al mar de que disfruta desde la orilla.

El que pudiera ver al planeta haciendo cabriolas en el espacio, no se imaginaría, por cierto, que ese minúsculo tejido celular que en él se agita, imperceptible, adherido á la corteza de la gran naranja, casi como una lapa al peñasco, es un facsímile de un ser prodigioso que en un instante de solaz creara todo lo existente, y que aspira á la inmortalidad. ¡Ni cuando le viera hacer sus más audaces excursiones aéreas! Ese mínimo organismo que vive á expensas de una perenne respiración, tan precariamente, asimilando y eliminando, so pena de disgregarse, parece más cercano pariente del antropidé que de los dioses, si bien éstos, como obra suya, no son tan grandes como parecen.

Si antes de que los biólogos hubieran constatado la serie de vínculos que traban anatómica, fisiológica y psicológicamente á todos los organismos terrenos, ha podido suponerse el hombre un ser excepcional, hoy es poco juicioso pensarlo, y si á los soñadores les resulta así mismo grato mantener ese concepto sentimental del hombre, permítasenos á nosotros creer más bien que tal cosa es una ilusión, una triste ilusión, mejor dicho, puesto



que, si como obra de elaboración paciente, multiseccular, de la célula, el hombre es un prodigio, como creación divina, como obra de dioses, resulta una deplorable caricatura, y eso que los imaginamos mucho más pequeños de lo que suponemos.

Dentro de aquella ilusión ancestral es que pudo engendrarse el espíritu religioso, y, una vez arraigado, se trató de explicarlo todo á favor de dicha ilusión. Así, por ejemplo, se ha entendido que el concepto de la inmortalidad acusa un progreso radical en el orden de las ideas. Ese concepto, sin embargo, si no es mejor llamarlo «no concepto», ha debido imponerse al hombre tanto más cuanto más fué primitivo. La idea de la anulación personal, definitiva, integral, requiere un esfuerzo mental para muchos, si no para todos, aun hoy mismo insuperable. Los pueblos más atrasados son los que acusan una fe más honda en sus propios destinos futuros, y rinden culto á sus muertos, con los cuales pretenden hallarse en comunicación. No pudiendo pensarse en la propia disolución, es que se ha considerado á la muerte como el principio de una nueva vida, cuando no como la continuación de la misma. Lejos de ser un descubrimiento, pues, sólo es un paso en la evolución del sentimiento instintivo de supervivencia integral que exhiben hasta los pueblos más primitivos, como éste es un paso, á su vez, sobre la inconsciencia de todo cambio por la muerte, que se ostenta en la despreocupación, en la serenidad normal que acusan los animales inferiores. No es un signo de excepcionalidad, sino un grado en la evolución; pero el hombre, encariñado con las viejas quimeras, no se resuelve á desmontarse de ellas; al contrario, trata de sustentarlas á pesar de todo, empeñado en la vana tarea de demostrar que lo mismo que delata su ilusión, es una prueba de que su ilusión no es tal.

Aterrorizado por lo desconocido, y estimulado aún por el primitivo espejismo egocéntrico, pretende mantener un comercio con los elementos exteriores, esperando todavía que sus viejos dioses esquivos y huraños intercedan á su favor. Esa es la clave del residuo religioso que ofrecen aún los pueblos modernos más evolucionados. En cada organismo actúa esa ilusión ancestral, según sean sus elementos de juicio y sus recursos inhibitorios. Sólo porque no ha podido penetrar la idea de la anulación definitiva por la muerte, es que los espíritus buscan todavía un salvoconducto para protegerse frente á las divinidades implacables más que munificentes, creadas por su propia imaginación bajo el imperio de las sugerencias tradicionales.

Es asombrosa la tenacidad de las viejas quimeras. Aún subsiste un fondo tal de supersticiosidad en el hombre, que sigue creyendo en lo mismo que creían sus antepasados, si bien, por un lado, la ciencia ha desvanecido muchas de las ilusiones que engendraron las antiguas interpretaciones de lo desconocido y, por el otro, cada vez se escatiman más los milagros y las apariciones de los dioses y de sus enviados, tanto más frecuentes antes cuanto más primitivo fué el hombre, tanto menos amenazantes cuanto más informada está la conciencia humana. Entretanto que la ciencia ha ido aumentando sus caudales con verdades comprobadas y comprobables, ni la supersticiosidad ni la religiosidad han aportado un solo concurso efectivo al hombre, concreto, indubitable; pero no por eso es menos cierto que algunos espíritus todavía proclaman como una necesidad superior el mantener los viejos altares erigidos á los dioses pretéritos, que se alejan mohinos á medida que el hombre progresa y que la conciencia se emancipa. La tenacidad del prejuicio tradicional es realmente fabulosa.

## V. EFECTOS RETARDATORIOS DEL FONDO TRADICIONAL EN LA EVOLUCIÓN

Si la supersticiosidad, como toda ilusión, como todo engaño, es poco recomendable para dirigir el esfuerzo, cuando se la erige en sistema y el hombre se organiza para constituir sobre esa base una fuerza colectiva de acción, puede resultar de efectos deplorables, tanto más deplorables cuanto aquella más activa sea y cuanto mayor prestigio alcance. ¡Cuidado con los creyentes cuando, además de salvar sus propias almas, se dedican á salvar las del vecindario también! Es entonces que la acción religiosa puede resultar hondamente perturbadora en el desenvolvimiento de la actividad general.

Como que el sentimiento religioso se fundamenta en la tradición, de la que todos somos tributarios, no es extraño que sea tan sugestivo y expansivo ese sentimiento, cuya contagiosidad, según dice Ribot, tiene forma epidémica (1). El fondo ancestral, rezagado en la evolución, por sí solo explica nuestra predisposición á preferir lo fantástico á lo real, el azar al cálculo, la leyenda á las conclusiones racionales. Es sobre ese limo residual que la quimera halla campo tan fértil para extender sus raíces.

Hoy mismo, que lo sobrenatural va cediendo tanto á la acción firme y sesuda del investigador, se puede ver todavía ese fondo latente de supersticiosidad que facilita la propagación de lo que halaga nuestras inclinaciones tradicionales antropolátricas, ese sentimiento de obsecuencia al pasado, ese espíritu de pasividad contemplativa, comparable con la inercia de la materia. Fuera de la propia supersticiosidad religiosa, que se cultiva como un valor noble, irremplazable, se descubren, aun entre las clases más cultas, múltiples formas supersticiosas francas,

(1) Th. Ribot: *La psychologie des sentiments*, p. 329.

entre ellas algunas realmente extravagantes. Se cree todavía en maleficios, magias y hechizos, y hasta se piensa con más frecuencia de lo que se supone generalmente, en que un estado psíquico cualquiera, la propia visión de un sueño, v. gr., puede influir con eficiencia en la realidad externa hasta en los asuntos más graves, no ya en los pequeños, como es corriente creerlo, para determinar las soluciones aleatorias de la lotería, los naipes, los dados, la ruleta, etc. Ninguno de los jugadores se detiene á considerar que si la bolilla tuviera que atender la suma de sugerencias tan contradictorias que gravitan sobre ella, se habría operado el milagro de los milagros, y se habrían tenido que trastornar todas las leyes de la naturaleza para complacerlos en esa aspiración tan poco trascendental, por lo demás. Se ama ciegamente el prodigio.

Las prácticas religiosas, aun cuando esto no esté en sus libros, no tan sólo permiten la proliferación de estas formas irracionales, sino que las fomentan al hacer la apología de lo sobrenatural, y es así que perdura la confianza en lo imprevisto y en el milagro, y se perpetúan las creencias más pretéritas, forjadas por nuestros más lejanos antepasados, en vez de rectificarlas de acuerdo con las conquistas científicas efectivas. Esto es típicamente contrario al progreso.

Es inagotable la credulidad humana. Los ritos más añejos é ingenuos se eternizan, á pesar de su más patente ineficacia. Todavía hay quienes suponen que algunas frases balbuceadas en latín y unas aspersiones de agua « bendita » dirigidas con el hisopo hacia el testero de un féretro, han de tener efectos para el muerto, más allá de las nubes. Para que esto pueda perpetuarse, es menester que hayamos perdido toda noción positiva, puesto que nada nos autoriza á pensar seriamente en ta-

les efectos de tan nimios expedientes, en el estado actual de las culturas de conocimiento; pero es tal nuestra predisposición á lo maravilloso, que optamos por admitir como posible algún efecto de esas ceremonias, y las perpetuamos, en vez de ocuparnos de mejorar la condición humana por medios más positivos.

A pesar de que la realidad penetra por todos nuestros sentidos y facultades, con evidencias irresistibles, no acabamos de darnos por enterados, y mantenemos indefinidamente nuestros pensamientos dentro del cuño tradicional. Todavía nos halaga pensar que el muerto no ha muerto, por más que la muerte se presente de un modo tan pertinaz, y por más que rijan con uniformidad inquebrantable respecto de todos los organismos conocidos al través de los siglos y los siglos, se cree así mismo que el muerto sobrevive, y aun en que le aguardan más altos destinos, como si la muerte fuera un simple simulacro, una broma de los dioses.

Pero si es inconsulto pensar que *el hecho* de la muerte sea tan sólo una farsa de la naturaleza, es realmente incomprendible que pueda considerarse eficaz para propiciar los despojos corporales, ó los mismos « espirituales », cualquiera de esas ceremonias litúrgicas, por aparatosas que sean, y tanto más cuanto que no hay un solo indicio fidedigno, en los siglos transcurridos, que pueda hacernos creer en sus efectos. El espíritu religioso, no obstante, hace cuestión capital de todo esto, y ni admite de buen grado siquiera, que alguien se detenga á investigar libremente sobre estas cosas, por más que haya tan buenas razones para desconfiar de la eficacia de tales arbitrios.

La religiosidad, como fuerza organizada para la acción, resulta, pues, una verdadera rémora al progreso. Fuera de actuar como factor determinante, fundamental, íntimo,

incita al doble desconocimiento de la realidad y de la razón humana, elementos tan respetables y tan dignos de ser acatados y enaltecidos.

El comercio sistemado con los dioses ha subvertido la noción de lo que es real y positivo, engendrando las insanias más absurdas é inhumanas, — fuera de no haber aportado una sola verdad tangible y aprovechable, — llegando á veces hasta á determinar las propias formas de la teomanía salvaje, que llevó al hombre al sacrificio, á la imposición y á la matanza, á tales desmanes, desbordes y excesos, que dejan corto el famoso aforismo: «Homo homini lupus».

Si el esfuerzo invertido en salvar almas del infierno se ha perdido estérilmente, el esfuerzo redentorista, empuñado por todos los medios en formar creyentes, es peor que perdido: es fuerza empleada en retardar la evolución humana. A pretexto de garantizarse para después de la muerte, el hombre ha malogrado á menudo su existencia efectiva, minándola con la inquietud que apareja esa sed de lo imposible, ese afán de inmortalidad.

Eso que se supone un rasgo de superioridad, sin embargo, es una fobia simplemente. Si los creyentes más fervorosos pudieran convencerse de que la muerte les exime de toda ulterioridad, ó que les depara un sitio grato en los supuestos dominios de ultratumba, cesaría de inmediato su afán de hacer méritos para granjearse á los dioses. Bastaría, para aplacar sus ansias devoradoras, que pudieran persuadirse de que todas las cuentas se liquidan aquí, ó bien de que su dios es simplemente bondadoso, más bien que vengativo.

Para ver que el prurito redentorista no obedece á un extremado amor al prójimo, ni á un espíritu de solidaridad siquiera, basta observar cómo se tratan y se des-tratan entre sí, desde antaño, los fieles de cada secta

religiosa. Es que para cada grupo de creyentes es una « herejía » el no comulgar en sus propios altares, y es preciso ver cómo suena entre ellos este vocablo. Todos son ateos y aun antiteístas con respecto á los dioses ajenos, y esto es un colmo de atentados. Asidos á su respectiva tabla de salvación, los creyentes temen perder el talismán de su fe salvadora, que sienten vacilar perpetuamente dentro de ellos mismos y, por lo tanto, huyen del examen, de la oposición ó de la crítica como del demonio.

La creencia religiosa es siempre poco ó nada convincente, y no puede, por lo mismo, engendrar la confianza ni la tranquilidad que aparece una convicción racional. No contando, pues, los fieles con la seguridad moral de su fe ni con recursos de convicción, tratan de robustecer aquélla por la conversión de los demás. Resulta de este expediente que lo que es asunto de fe y de incondicional acatamiento para unos, es para los demás una malsana superstición, cuando no un crimen, la herejía. Esto es lo que más caracteriza á la religiosidad. De ahí esa rivalidad que llega á exhibirse ferozmente á veces, no sólo para con los prosélitos de otros cultos, sino también para con los propios racionalistas ateos. Ni se tolera *la indiferencia* religiosa. ¿Puede haber un mayor colmo de intolerancia? El ateísmo, el propio ateísmo racionalista se ha considerado y se considera aún por los creyentes fideístas, como una falta inexcusable. El más elemental buen sentido nos dice, sin embargo, que en medio de tan contradictorias creencias — todas incapaces de una sola demostración — hay menos razones para ser teísta que para ser ateo, aun cuando se involucren bajo esta denominación á los que niegan la existencia de dios y á los que no creen, simplemente. Para ser teísta es menester que se formule una afirmación sobre lo descono-

cido; para ser ateo, basta ser incrédulo, basta tener un criterio positivo, basta ser todo lo prudente que se requiere ser, para no atreverse á afirmar lo que no se ha visto ni comprobado. Basta esa honorable reserva, pues, para incurrir en reprobaciones; pero la intolerancia religiosa, basada en el amor de sí mismos, más bien que en el amor al prójimo, ha conducido á todas las variedades de la persecución.

Si se advirtiera, sin embargo, que todas las creencias tienen igual título para imponer la fe, y que todas ellas son á la vez contradictorias, no podría con sensatez pretenderse que se tuviera que admitir mejor una que otra, ni tampoco una cualquiera de entre ellas. Es verdad que lo que caracteriza al espíritu religioso es precisamente su horror al razonamiento. Así es que se perpetúan al través de los siglos los mitos y los ritos más irracionales, y así es también que se los transmiten sin modificación las generaciones, con un conservatismo insuperable.

Pero no son éstos solamente los efectos perturbadores del espíritu supersticioso y religioso.

Asociadas la supersticiosidad y la religiosidad como guías de la acción, se mantiene al hombre en un continuo desconocimiento de la realidad, *que es el peor de los desconocimientos*, atribuyendo á las cosas del mundo exterior un alcance que no tienen sobre nosotros, y haciéndole entender que su finalidad está por fuera de lo real, desviándolo de su mejor senda y enervándolo para la lucha eficaz. A pretexto de darle un consuelo contra la muerte—consuelo ilusorio é innecesario, por cuanto cada cual tiene dentro de la realidad todo lo más que pudo tener, que es la existencia—se le hace menospreciar un bien insustituible y efectivo como es la vida terrena. No sólo se le escamotea, pues, el bien de la



existencia, sino que se la quita bríos para luchar en el campo más fecundo: el del conocimiento.

Se comprende que si se supone eficaz una simple ceremonia, un rito, un amuleto ó una plegaria para procurarse una vida mejor, y aun para obtener curaciones y otros beneficios en esta propia vida, no habrá de empeñarse el hombre en mejorar su suerte terrena por medio de una investigación fatigosa. La supersticiosidad y la religiosidad, al predisponer al culto de lo supranatural, determina por eso solo la pasividad científica, cuando no su oposición. No pudiendo coexistir el dogma religioso ni la superstición con la conclusión racional, opta el creyente por el dogma, y no pudiendo conciliarse el dogma con la realidad, se relega á ésta como cosa secundaria, cuando no se la repudia como falaz y peligrosa, manteniéndose obstinadamente el dogma, es decir, el « espejismo egocéntrico » tradicional. ¡Pasma el conservatismo religioso y supersticioso! Para darse cuenta del estancamiento que reina al respecto, basta considerar que los mismos ritos y las mismas supercherías de actualidad no han evolucionado, si bien arrancan de más atrás de nuestra era. Todo se ha transformado, puede decirse, mientras que las ideas y las prácticas supersticiosas y religiosas permanecen casi inmutables.

### III. ORIENTACIÓN SENTIMENTAL

Para mejor apreciar, de nuestro punto de vista, la influencia sentimental en la evolución, conviene examinar la acción religiosa, que es lo que la caracteriza de un modo más típico. A ese efecto podría considerarse cualquier sistema de creencias fideístas, desde que todos tienen esencialmente el mismo linaje ancestral y responden por igual á las mismas causas tradicionales; pero nos parece más con-

ducente referirnos al cristianismo, dado que, como obra sentimental, es un verdadero arquetipo, y atento también á que es la religión cuyas influencias podemos aquilatar con mayor exactitud, por ser las que más hemos sentido. Por otra parte, ninguna religión caracteriza, á la vez, y de un modo tan fundamental, el espíritu místico, en su índole más íntima, y ninguna puede ser tan aparente para este examen, porque, sin duda alguna, es dentro del cristianismo, mejor dicho, dentro de los pueblos cristianos, donde más ha florecido el progreso. Esto nos habilitará para apreciar la acción sentimental en sus manifestaciones típicas superiores. El cristianismo es un modelo de sentimentalidad.

Se podrá ver así cuán arbitraria es la orientación sentimental, aun en sus manifestaciones más selectas.

#### EL CRISTIANISMO

##### a) *Índole de la ética cristiana*

El cristianismo ubica la suprema finalidad del esfuerzo en la vida de ultratumba. Esto, por sí solo, explica por qué *no hay arte cristiano*, según se ha dicho, lo cual constituye el más grave cargo que pueda hacerse, á nuestro juicio, respecto de una orientación mental. Basta, por lo demás, que la acción se dirija á otro mundo, para que no pueda verse en éste el resultado.

El cristianismo ha desdeñado la vida terrena, magnificando la de un empíreo ilusorio. Si investigamos la causa de esta opción, la encontraremos en la supuesta palabra «divina» revelada, lo cual por sí solo explica el que haya podido incurrirse en tamaño desvío. Se creyó, en medio de la excitación de los ánimos, que el anunciado reino de Dios era inminente, y en esa inteligencia, se com-

prende que los creyentes se aprestaran á disfrutar de él. Pero ese reino, esperado instante por instante, no se produjo aún, y con todo, quedó en pie la esperanza de verlo y de disfrutarlo. Así como aquéllo fué la clave de la ética proclamada por Jesús, esta esperanza, este miraje es la causa de la perpetuación del culto á la gracia divina.

Sólo un suceso tan anormal como el que se esperaba por momentos, pudo determinar una moral tan inapropiada para el gobierno de los hombres, una ética que únicamente podía servir para actuar en los dominios de lo sobrenatural. Es así que las virtudes que se proclaman como superiores, resultan por lo menos anodinas en lo que atañe á la vida terrena. Lo que se predica como base fundamental de acción: *el amor, el amor incondicional*, es inaccesible como una utopía, y lo que se aconseja como más eficaz para propiciarnos la gracia divina: *la renuncia de los bienes terrenos*, es un elemento negativo, disolvente, demoledor.

Los preceptos morales del cristianismo, por lo demás, son irrealizables. Amarse los unos á los otros; no disfrutar de lo terreno; humillarse, resignarse, optar por la pobreza; sacrificar los vínculos de la familia por la fe, y amar por sobre todo esto á Dios, que nos ha impuesto —él omnipotente— tanto sacrificio, y amarlo todavía por su bondad y misericordia: he ahí el mandato cristiano. Fuera de que es imposible amar lo impalpable, lo desconocido, resulta más imposible aún cuando se le presenta bajo un aspecto tan cruel, imponiéndonos restricciones, vejámenes y sufrimientos, desde su alto sitio. No hay fe que pueda operar este prodigio. Se podrá temer, mas no amarle. Resulta así inexpugnable el reino de Dios para el hombre, según su más íntima estructura. Los mismos fieles más decididos sienten que no pueden reali-

zar esa condición indispensable para gozar del reino de Dios, y viven en perenne zozobra, acongojados. ¿Cómo amar á un ser que, pudiendo darnos bienes sin tasa, nos somete á penitencias y á suplicios tantalescos, de un refinamiento endiablado? A la vez que nos crea con apetitos y anhelos terrenales, nos impone una renuncia, ó una inhibición perenne que violenta, y todavía nos da el instinto y la razón para que la realidad nos tienta más con sus halagos, para desviarnos más fácilmente de sus mandatos. Sólo cuando hayamos resistido á tanta tentación — imposible de resistir, por otra parte — se nos da entrada en su mansión etérea, y eso después de muertos.

Se dice, sin ironía, que la fe cristiana es consoladora, y que, en medio de nuestras aflicciones, nos sirve de estímulo, como lo haría un oasis en el desierto; pero, dada la ferocidad con que se pinta la justicia de Dios, resulta más bien una amenaza. Al paraíso se entra por el ojo de una cerradura, si acaso, y es así que los más fervorosos creyentes se brindan una vida angustiosa: ése es el « consuelo » para los creyentes, y es el « freno », á la vez, con que se pretende contener á los malvados.

Toda adversidad es un bien, porque es un título para la otra vida, y todo bien es una adversidad, porque un bien que disfrutamos con arreglo á nuestra estructura, á nuestros anhelos instintivos, espontáneos, imperiosos á veces, como es el acto reflejo de cerrar los ojos cuando la luz nos ofende, puede depararnos castigos desmedidos, como una mala acción. Tan revesada lógica subvierte todo. Según el espíritu cristiano, nada hay de más eficaz que implorar á Dios, y pensar en la muerte.

Este mundo es un sitio de prueba y de penitencia, una gran penitenciaría en la que debemos vivir atribulados para redimir el pecado que allá, en la noche de los

siglos, cometió Adán. Todos saben que el pecado de Adán no era digno de tan encarnizado castigo, ni menos para mantenerlo sobre sus descendientes por los siglos (1). No obstante, el cristiano debe amar á Dios como bueno, infinitamente bueno, y aun como misericordioso. En esta penitenciaría, debe pensarse fijamente en la muerte, como el reo que está en capilla. En todo instante puede aparecer el verdugo, y sorprendernos. Es preciso, pues, estar preparados á comparecer ante el alto juez, sabiendo que por un « quítame allá esas pajas », lo manda á uno quemar, después de muerto, felizmente. Y todavía hay que admirar y agradecer la « magnanimidad » de Dios, y amarlo sinceramente por su generosidad soberana.

La fe es el único talismán salvador; la duda, la incredulidad sincera, el examen de buena fe, el debate, son los recursos de acción más reprobables. La lógica de este absurdo es, sin embargo, rigurosa. El libre examen es la muerte de los dioses; sin la fe ciega, muere la leyenda secular.

Tan triste manera de encarar la misión humana, produce necesariamente efectos terribles. Dice Renan al respecto: « L'idéal c'est l'antinaturel, c'est le cadavre d'un Dieu mort, c'est l'Addolorata pâle et voilée, c'est Madeleine torturant sa chair (2). » Éste es el ideal cristiano. Así es que entre los espíritus más selectos, esta fe ha producido también resultados compasibles, de tal modo,

(1) Hablando Pascal del horror á la muerte, dice: « Cette horreur était naturelle et juste dans Adan innocent; parce que sa vie étant très agréable à Dieu, elle devait être agréable à l'homme: et la mort eût été horrible, parce qu'elle eût fini une vie conforme à la volonté de Dieu. Depuis, l'homme ayant péché, sa vie est devenue corrompue, son corps et son Âme ennemis l'un de l'autre, et tous deux de Dieu. Ce changement ayant infecté une si sainte vie, l'amour de la vie est néanmoins demeuré; et l'horreur de la mort étant restée pareille, ce qui était juste en Adan, est injuste en nous. » — *Pensées*, pág. 290.

(2) E. Renan: *Études d'Histoire religieuse*, 8.º ed., pág. 412.

que consterna ver la aflicción de cristianos ilustres, prototipos de esa fe <sup>(1)</sup>.

La doctrina de Cristo es lógica. Admitida la existencia de un dios implacable, que se complace con nuestras humillaciones y dolores, con los ruegos suplicantes y las adulaciones, como los tiranos clásicos; admitido que esta existencia es una prueba á que se nos somete para pulsar nuestra sumisión incondicional, ¿qué otro remedio nos queda que no sea el exhibirla? Es así que al mismo tiempo que Dios castiga, el creyente, como un esclavo, besa la propia mano que lo azota y agradece el castigo como una bendición, cuando no como un rasgo de generosidad; es así que los fieles lo suponen misericordioso

(1) Dice Pascal: « L'âme est jetée dans le corps pour y faire un séjour de peu de durée. Elle sait que ce n'est qu'un passage à un voyage éternel, et qu'elle n'a que le peu de temps que dure la vie pour s'y préparer. Les nécessités de la nature lui en ravissent une très grande partie. Il ne lui en reste que très peu dont elle puisse disposer. Mais ce peu qui lui reste l'incommode si fort et l'embarrasse si étrangement, qu'elle ne songe qu'à le perdre » — *Pensées*, pág. 211.

Más adelante agrega: « On charge les hommes dès l'enfance du soin de leur honneur, de leurs biens, et même du bien et de l'honneur de leurs parents et de leurs amis. On les accable de l'étude des langues, des sciences, des exercices et des arts. On les charge d'affaires: on leur fait entendre qu'ils ne sauraient être heureux s'ils ne font en sorte, par leur industrie et par leur soin, que leur fortune, leur honneur, et même la fortune et l'honneur de leurs amis, soient en bon état, et qu'une seule de ces choses qui manque les rend malheureux. Ainsi on leur donne des charges et des affaires qui les font tracasser dès la pointe du jour. Voilà, direz-vous, une étrange manière de les rendre heureux. Que pourrait-on faire de mieux pour les rendre malheureux? Demandez-vous ce qu'on pourrait faire? Il ne faudrait que leur ôter tous ces soins. Car alors ils se verraient, et ils penseraient à eux-mêmes; et c'est ce qui leur est insupportable. Aussi, après s'être chargés de tant d'affaires, s'ils ont quelque temps de relâche, ils tâchent encore de le perdre à quelque divertissement qui les occupe tout entiers, et les dérobe à eux-mêmes... » Y más adelante agrega: « Tout le malheur des hommes vient de ne savoir pas se tenir en repos dans une chambre. » — *Pensées*, págs. 212 y 213.

Dice también: « Considérons donc la vie comme un sacrifice; et que les accidents de la vie ne fassent d'impression dans l'esprit des Chrétiens qu'à proportion qu'ils interrompent ou qu'ils accomplissent ce sacrifice. N'appelons mal que ce qui rend la victime de Dieu victime du diable, mais appelons bien ce qui rend la victime du diable en Adam victime de

más que nunca, en el propio instante en que ejercita su crueldad. Para los cristianos, los «golpes» divinos son obra de pura misericordia y caridad. Con arreglo á tan extraña lógica, hay que bendecirlo especialmente cuando destroza un hogar, cuando mata, cuando saquea. Entonces los fieles están de parabienes, porque queda demostrado que él no se ha olvidado de su rebaño <sup>(1)</sup>. El cristiano auténtico, ni debería defenderse, y cuando lo azotasen tendría que reputarse feliz, si el dolor le permite orar por sus verdugos: todo esto por egoísmo, es decir, para poder disfrutar de las recompensas celestiales.

Para el cristiano la vida es una carga tanto más mo-

Dieu; et sur cette règle examinons la nature de la mort; » y añade: « Nous ne trouvons en nous que de véritables malheurs, ou des plaisirs abominables... »

« Considérons donc la mort en Jésus Christ, et non pas sans Jésus-Christ. Sans Jésus-Christ elle est horrible, elle est détestable, et l'horreur de la nature. En Jésus-Christ elle est toute autre: elle est aimable, sainte, et la joie du fidèle. Tout est doux en Jésus-Christ, jusqu'à la mort; et c'est pourquoi il a souffert et est mort pour sanctifier la mort et les souffrances; et comme Dieu et comme homme il a été tout ce qu'il y a de grand et tout ce qu'il y a d'abject, afin de sanctifier en soi toutes choses, excepté le péché, et pour être le modèle de toutes les conditions. » — *Pensées*, pág. 284.

Aquí se puede ver íntimamente caracterizada la esencia misma del sentimiento cristiano.

(1) Decía Bossuet: « Mais il vient, dit-il, « comme un voleur », toujours surprenant, et impénétrable dans ses démarches. C'est lui-même qui s'en glorifie dans toute son Ecriture. Comme un voleur, direz-vous, indigne comparaison! N'importe qu'elle soit indigne de lui, pourvu qu'elle nous effraie, et qu'en nous effrayant elle nous sauve. Tremblons donc, Chrétiens, tremblons devant lui à chaque moment: car qui pourrait ou l'éviter quand il éclate, ou le découvrir, quand il se cache? « Ils mangeaient, dit-il, ils buvaient, ils achetaient, ils vendaient, ils plantaient, ils bâtissaient, ils faisaient des mariages aux jours de Noé et aux jours de Loth, » et une subite ruine les vint accabler. Ils mangeaient, ils buvaient, ils se mariaient. C'étaient des occupations innocentes: que sera-ce quand, en contentant nos impudiques désirs, en assouvissant nos vengeances et nos secrètes jalousies, en accumulant dans nos coffres des trésors d'iniquité, sans jamais vouloir séparer les biens d'autrui d'avec le nôtre, trompés par nos plaisirs, par nos jeux, par notre santé, par notre jeunesse, par l'heureux succès de nos affaires, par nos flatteurs, parmi lesquels il faudrait peut-être compter des directeurs infidèles que nous avons choisis pour nous séduire, et enfin par nos fausses pénitences, qui

lesta cuanto que lo expone á peligros de todo género (1), y dado que nuestros sentidos nos traicionan, no sabemos cuándo ni por qué se incurre en las iras divinas. Se pone así al creyente en oposición consigo mismo. El cristiano, pues, debería ser *lo que no es, desde que nace*, por el propio hecho de haber nacido. Se aplica una perpetua tortura: ¿para qué? Para redimirse, á fuerza de humillaciones, de faltas que no ha cometido. Resulta de este modo el ser más triste, sombrío é infortunado; es un hombre á quien le devora una aspiración irrealizable, porque está en pugna con su propia estructura natural, y es por eso que no hay cristianos auténticos hace ya tiempo, si los hubo alguna vez.

b) *Inadaptabilidad del hombre á la ética cristiana*

Es tan inadecuada á la evolución natural la norma de conducta aconsejada por el sentimentalismo cristiano, que no ha podido asimilarse aún, por más que se han hecho esfuerzos inauditos para lograrlo. En casi veinte siglos como van corridos desde que se proclamaron las ense-

ne sont suivies d'aucun changement de nos mœurs, nous viendrons tout à coup au dernier jour? La sentence partira d'en haut: «La fin est venue, la fin est venue.» *Finis venit, venit finis.* «La fin est venue sur vous.» *Nunc finis super te: tout va finir pour vous en ce moment. Tranchez, concluez.» Fac conclusionem.* «Frappez l'arbre infructueux qui n'est plus bon que pour le feu.» «Coupez l'arbre, arrachez ses branches, secouez ses feuilles, abattez ses fruits:» péricule par un seul coup tout ce qu'il avait avec lui-même! Alors s'éleveront des frayeurs mortelles et des grincements de dents, préludes de ceux de l'enfer. Ah! mes frères, n'attendons pas ce coup terrible!»—*Oraisons funèbres*, pág. 114.

(1) Decía el mismo Bossuet, con motivo de la muerte de la Duquesa de Orleans: «Comme Dieu ne voulait plus exposer aux illusions du monde les sentiments d'une piété si sincère, il a fait ce que dit le Sage, «il s'est hâté», En effet, quelle diligence! en neuf heures l'ouvrage est accompli, «Il s'est hâté de la tirer du milieu de iniquités.» Voilà, dit le grand Saint Ambroise, la merveille de la mort dans les chrétiens. Elle ne finit pas leur vie; elle ne finit que leurs péchés et les périls où ils sont exposés.» — Ob. cit., págs. 70-71.



ñanzas de Cristo, la actividad humana no ha podido ajustarse á sus mandatos, ni entre sus propios prosélitos. Esto acusa su impracticabilidad del modo más palmario: *con el hecho*.

El hombre verdaderamente cristiano, si lo hay, es un iluso. Es que resulta imposible, por ejemplo, amar tanto al prójimo como á sí mismo, no ya al enemigo ó al émulo. Ésta es una idealidad irrealizable, por fortuna. El egoísmo instintivo es necesario y es fecundo en la lucha. Si pudiera trocarse el egoísmo en altruismo, ó siquiera equipararse; si pudiera suprimirse el amor á la vida y á la propia individualidad; si esta fuerza que regula y estimula al hombre, como á los demás organismos, cesara de actuar, pronto se advertirían síntomas de relajamiento, de disolución. Si el egoísmo puede ser educado dentro de un criterio racional que lo contiene, sin desconocerlo, no puede ser excluído, sin atentar en lo más íntimo contra la naturaleza humana.

No bastan las intenciones. Por promisoras que ellas sean, si no son realizables, nada cuentan. Es así que por la misma presión de la ley natural, irreducible como es, se ha visto á los propios cristianos más entusiastas faltar á los preceptos esenciales de su credo, y fracasar al cristianismo en sus propósitos más fundamentales. El generoso anhelo de la igualdad, *verbigracia*, no podía consumarse dentro de rumbos de un sentimentalismo rebosante, tan reñido con las leyes de la naturaleza. Por más prestigio que alcanzaran aquellos propósitos, no pudieron salir del dominio ideológico, donde viven — pretenden vivir, mejor dicho — los soñadores. Es de tal modo inaccesible ese programa ético, que, á pesar de las simpatías con que contó y de las sugerencias que ejerció sobre los espíritus, no pudieron prosperar las virtudes cristianas, las más cristianas, ni entre los mismos adeptos.

Se ha perpetuado así esta anomalía: los hombres y los pueblos creyentes, como los demás, han tenido que faltar á sus preceptos fundamentales; y han sido de tal modo omitidos entre los propios fieles, que Hæckel, al referirse á la debatida cuestión de la existencia de Dios, decía: « Los filósofos incrédulos que han reunido pruebas contra la existencia de Dios, han olvidado una de las más contundentes: el hecho de que los representantes de Cristo, en Roma, hayan podido impunemente, durante doce siglos, realizar los crímenes peores y cometer las peores infamias en nombre de Dios <sup>(1)</sup>. »

Esta monumental y persistente anomalía sólo puede explicarse porque los preceptos cristianos están en completa contradicción con las exigencias de la naturaleza humana.

Si uno se abstrae por un instante de los prejuicios y convencionalismos corrientes, comienza por sorprenderse de que las propias naciones cristianas, ostenten, por ejemplo, á la par de catedrales lujosas destinadas al culto de un tan manso y humilde Salvador, un montaje bélico más lujoso aún, y una política calculista y fría, inhumana y voraz, que tan poco se aviene con la abnegación, la humildad, la resignación y el amor, es decir, con las virtudes cristianas más fundamentales. No hablemos de la pobreza, de la castidad, de la mansedumbre. De un lado, pues, la apología de virtudes ausentes, y del otro, la consagración real, efectiva, de la ley que rige al organismo, recrudescida por causa de estos propios idealismos.

Hasta la mansión papal se ha sustraído á la decantada humildad cristiana. El Vaticano puede competir, en cuanto á fausto y boato, con las residencias de los autócratas del orden civil, por soberbias que sean. En

(1) E. Hæckel: *Los enigmas del Universo*, pág. 120. II, v. c.

esa corte en que reside el padre de la Iglesia seudo cristiana, abundan las suntuosas colecciones artísticas, los decorados de los maestros de mayor renombre, los jardines opulentos, un casino, y la « familia » pontifical con sus caballeros de capa y espada, la guardia noble y otros cuerpos de guardia armada ; en fin, todo lo que caracteriza el lujo monárquico.

A fuerza de fingir las virtudes proclamadas por Jesús, todas ellas de un sentimentalismo impracticable, ha concluído el cristiano por engañarse á sí mismo, al punto de hablar, sin sonrojarse, de humildad y de amor á la pobreza, desde púlpitos que ofuscan por su riqueza ; ó de confraternidad, de amor y de perdón, en tanto que se lucha abiertamente, acerbamente, cruelmente, para dominar.

El sueño cristiano prescindió por completo de la naturaleza humana, en la errónea inteligencia de que por un acto de voluntad , podría transformarse radicalmente la estructura del hombre, y como al fin es hombre el cristiano, como los demás, ha tenido que someterse al imperio de la ley natural. Tan cierto es que no puede ser desconocido ni excluído por completo el egoísmo congénito, característico de toda organización vital conocida, que *la propia moral cristiana*, que parece haberlo proscrito, también se somete á él. Por debajo de la exterioridad altruista, puede así verse la hilacha instintiva, que en vano se querría desechar como algo inferior, y que sólo se disimula, se deforma, se desnaturaliza. Por algo es que promete á los fieles grandes recompensas en la otra vida.

En la actitud cristiana, pues, hay tan sólo una opción, á base francamente utilitaria y egoísta: se opta por los bienes de ultratumba á cambio de los bienes presentes, los que, por otra parte, son muy poco estimables dentro

del terror que inspira esa fe; y es tan vigoroso el instinto, que el propio Jesús, que se reputaba enviado celeste, sufre asimismo crisis terrenas, genuinamente orgánicas. En el huerto de Getsemaní, «postrada la faz contra la tierra, se puso en oración y su alma contristada experimentó angustias de muerte, pero al fin triunfó en él la resignación á la voluntad divina (1).» Ese saludable egoísmo esencial lo ha sentido también Jesús, como sus discípulos, á pesar de la honda fe en lo sobrenatural que los animaba.

Según Renan, «Jesús amaba los honores porque ellos contribuían á sus propósitos, y afirmaban su título de hijo de David (2).» Parece también cierto que prometió á sus discípulos, para muy pronto, un banquete celestial, en el cual se hallarían sentados en tronos cerca de él (3). Tanto él, como sus discípulos, estaban persuadidos de que habría de producirse el reino de Dios de un modo inminente, y se prometían con ello alcanzar bienes y honores envidiables. Se comprende que con tal convicción y ante la perspectiva de perder los bienes celestes, eternos, no era gran cosa sacrificar los escasos bienes de una existencia conturbada por el terror. Hasta el propio avaro y el usurero suelen sacrificar bienes presentes para aumentar su caudal.

Los discípulos de Jesús, esperando en Jerusalén que se manifestara por instantes el anunciado reino de Dios, en tan solemne hora, todavía «disputaban acerca de la preeminencia que cada cual habría de tener en el futuro reino (4).»

Ante la seguridad moral que dominaba á los prime-

(1) E. Renan: *Vida de Jesús*, pág. 232; de acuerdo con los Evangelios de S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas.

(2) E. Renan, ob. cit., pág. 230.

(3) E. Renan, ob. cit., pág. 239.

(4) E. Renan, ob. cit., pág. 228. — San Lucas, xx - 28.

ros cristianos, de que el reino de Dios había de manifestarse, no como una ventura, sino como estalla una catástrofe, se comprende que los elegidos, según su fe, se aprestaran con mayor mansedumbre aún de la que exhibieron, á departir con su Dios y á disfrutar de promesas para ellos tan halagadoras cuanto cercanas. No se requería un desprendimiento personal para eso. En esos días apocalípticos, en medio de una ignorancia completa respecto de las leyes naturales, nada era más humano que sentirse inclinados á echarse en brazos de una fe que parecía salvadora. Y así mismo, en los instantes críticos del peligro que amenazaba á todos, incluso el Maestro, manifestaban sus rivalidades entre sí, reproduciendo anteriores disputas sobre preeminencia, en esos mismos postreros instantes en que él los exhortaba á amarse y á subordinarse <sup>(1)</sup>. Ya pretendían ejercer el derecho de conquista en el propio reino de Dios.

El mismo Jesús, que hace la apología del amor incondicional, es actor en una escena de violencia con unos mercaderes; él mismo, como apologista de la humildad, no sólo amaba los honores, como casi todos los mortales, sino que prefería ser llamado hijo de David antes que de José, carpintero de Nazareth; y hasta parece averiguado que también aspiró al gobierno de la tierra antes de soñar con el reino celeste. La humildad, por otra parte, es inconciliable con la altísima investidura y el divino linaje que se atribuyó Jesús. Debemos creer que algunos actos que se reputan como probatorios de la humildad predicada, como ese de lavar los pies á los discípulos, fueran simples ceremonias litúrgicas, de igual modo que lo han sido después. Felizmente no pudo propagarse como cosa usual.

(1) E. Renan, ob. cit., pág. 239.

Jesús, á condición de ser reconocido como enviado de Dios, acudía á expedientes, como los personajes políticos de nuestros días. Así, por ejemplo, usaba dos lenguajes: uno llano y claro para con sus privados, amigos y discípulos, y otro parabólico, abstruso, para con los demás <sup>(1)</sup>, seguro de que le era más fácil así afirmar su autoridad en medio de los oyentes ignorantes y supersticiosos que le escuchaban. Cualquier otra interpretación sería menos favorable para Jesús.

En cuanto á la riqueza, no había mayor razón para ambicionarla, en un estado de ánimo, como el de Jesús, que esperaba por momentos el reino de Dios.

Así como no hizo camino aquel ejemplo de mansedumbre á que nos hemos referido, el amor á la pobreza tampoco lo hizo, y si bien dijo Jesús que sería más fácil que pasara un camello por el ojo de una aguja que entrar al reino de Dios un hombre rico, son muy pocos los que no aman la riqueza, entre los mismos creyentes, y á medida que la investigación ha ido serenando los ánimos, se ha acentuado más la ineficacia de anhelos tan sentimentales en la vida práctica; pero lo más demostrativo es que aquella orientación no pudiera prosperar ni entre los más férvidos creyentes, en los propios instantes en que ofrecía tan pocos halagos la vida terrena, á causa de las visiones terroríficas que entonces afligían.

Si todo lo que se refiere á Jesús es demasiado vago é incierto, y está contradicho, así como lo que atañe á sus tiempos, no puede dudarse de que se ha desarrollado

(1) Y les enseñaba por parábolas muchas cosas... y les dijo: «El que tiene oídos para oír, oiga. Y cuando estuvo solo, le preguntaron los que estaban cerca de él, con los doce, sobre la parábola. Y les dijo: A vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios; mas á los que están fuera, por parábolas todas las cosas, para que viendo, vean y no echen de ver; y oyendo, oigan y no entiendan, porque no se conviertan y les sean perdonados sus pecados.» — San Marcos, cap. iv, 2, 9, 10, 11 y 12. — San Lucas, cap. vii, 9 y 10.

un constante esfuerzo, formidable, para ajustar la vida á los preceptos cristianos trasmitidos por la tradición, así como que á pesar de ser tan tenaz esa aspiración, no han podido ni los hombres ni los pueblos ajustarse á ellos, aun cuando pudo contarse con una predisposición mental inmejorable para tales fines. Se ha producido así un singularísimo é interminable conflicto entre la aspiración del cristiano y la naturaleza del mismo.

El hombre, amante del viejo relato que todo lo magnifica en el sesgo tradicional, soñador y crédulo como la leyenda con la cual está identificado, sigue proclamando como lo mejor lo que le halaga como posible elegido de Dios, no sin someterse á los mandatos del instinto orgánico, afortunadamente. Al mismo tiempo que proclama y pregona las virtudes cristianas: el amor, la resignación, la humildad, etc., actúa como los incrédulos, porque antes que nada es *organismo*. Se le ve, pues, sometido á la ley común, á la vez que predica la rebelión á la ley natural como lo mejor, y es así que, tanto en el acto propio como en el ajeno, si se escarba, se advierte siempre el acicate medular instintivo como guía. Él sabe, íntimamente, que no es por humildad ni por amor que bendice las iras divinas, sino por temor á los castigos; que no es por gratitud que ora, sino para congraciarse con el dispensador de recompensas y distribuidor de castigos, y que no es por mansedumbre que se resigna á las penalidades y vejámenes que le impone su fe, sino por impotencia; que, de no ser así, también él, el más manso, habría de erguirse y vengarse, como lo hacen los pescadores napolitanos al tocar tierra, cuando su santo se ha conducido mal.

Es, pues, en substancia, una perpetua ficción ese amor desbordante, esa humildad, esa resignación, ese sometimiento, ese desapego á lo terrenal; no es una realidad,

ni puede ser, en consecuencia, una regla de conducta positiva ni necesaria en la vida social. Ella sería disolvente. Esas supuestas virtudes no son más que holocaustos al cruel Moloch de la vieja leyenda, que el cristianismo, aterrorizado, no pudo descornar.

El cristianismo tenía que fracasar forzosamente en la obra imposible de amoldar al hombre á sus devaneos sentimentales, y á medida que la ciencia se amplía, se perfila más ese fracaso irremediable. En la historia de los pueblos no se registra un solo caso de amor desinteresado, de amor cristiano; al contrario, acusan todavía hoy una ferocidad fría, reflexiva, que es la más anticristiana; en la psicología humana, si pudiera verse en todas sus intimidades, no habría de comprobarse la existencia de un solo espíritu puramente cristiano, genuinamente cristiano. Y no puede negarse que son inauditos los esfuerzos que se han hecho para adaptar, desde la imposición feroz hasta la sugestión dulce que arrulla al oído, al oído de los soñadores, de los amantes más impenitentes de la quimera. No ha podido contarse con un terreno más feraz para la siembra sentimental.

Bien se ve que la moral cristiana es inadaptable á la realidad. Los hombres y las naciones más fieles, después de haber intentado asimilar por dos mil años las enseñanzas del Maestro, proceden lo mismo, instintivamente, y adoran á la vez á Jesús y á Mammon, mejor dicho, á Mammon y á Jesús, en abierta oposición con su mandato. ¡Y á pesar de todo se progresa!

c) *Acción del cristianismo*

Aun cuando se erigió en modelo ético la crisis sentimental-supersticiosa que engendró al cristianismo, no pudo ejercer una acción efectiva, porque, por un lado, el ideal



cristiano se fijó *fuera del mundo real*, y, por el otro, porque el propio cristiano se colocó así en oposición consigo mismo, con sus tendencias naturales más íntimas é irrefrenables.

Consagrado el cristiano á la penitencia y á la propaganda para encender la gran fe salvadora, que, en resumidas cuentas, reputa obra del más alto mérito el reclutar adeptos, lo que á nadie habrá de servir tanto como al pastor de almas en el acto de discernirse las recompensas ultraterrenas, según el número y calidad de los infieles que entran al rebaño, toda la acción superior del cristianismo ha consistido en hacer prosélitos para echarlos al tonel de lo desconocido, en aras de la fe, sin dejar otras huellas de su paso sobre la caparazón terráquea.

Dice Strauss: « La vida de familia pasa al último término en un Maestro que apenas la conocía; respecto del Estado se muestra completamente pasivo: el comercio y la industria no sólo están excluidos, sino que le son visiblemente antipáticos, y todo lo que toca al arte y á los serenos goces de la vida, está fuera de su horizonte; » y al ocuparse de las lagunas y deficiencias del cristianismo, agrega: « Principalmente, en lo tocante al Estado, á la industria y al arte, el verdadero punto de vista y la noción justa faltan por completo; de modo que, conforme á los preceptos del ejemplo de Jesús, es vano intentar la ordenación de los deberes ciudadanos y del trabajo que tiende á enriquecer y á embellecer la vida por la industria y por el arte (1). »

Ha dicho Remy de Gourmont: « Hay un arte católico; *no hay arte cristiano* (2). » Esto presupone que ni son cristianos los católicos, lo cual es verdad, por otra parte, y corrobora, una vez más, la esterilidad del cristianismo.

(1) D. F. Strauss: *Nueva vida de Jesús*, t. II, pág. 344, v. c.

(2) Remy de Gourmont: *La culture des idées*, pág. 147.

¿Y cómo se concilia esta inocuidad del cristianismo, se argüirá, con el auge de las ideas cristianas? Ya lo hemos dicho. Esto sólo puede explicarse teniendo presente, por un lado, que el cristianismo dirige su anhelo al supuesto otro mundo y, por el otro, que si bien el hombre ama *ideológicamente* la leyenda que lo magnifica como un semidiós, lo cual explica el prestigio de esas fantasías en el campo de sus ideologías tan sólo, no deja por eso de sentirse hombre, y actúa como tal. Resulta así que el hombre, como cristiano, dirige sus pensamientos al cielo, en tanto que, como organismo terreno, encamina su acción de un modo más positivo.

Toda moral que tienda á desconocer la naturaleza humana, coloca al hombre ante esta disyuntiva: la deformación ó la simulación. Éste es el dilema que fundamentalmente plantea al creyente la moral de Jesús. El cristiano, se diría que es un lobo que aspira á ser oveja, y como no hay creencia que pueda consumir la hazaña, bien triste, por cierto, de trastornar la naturaleza en lo que es esencial por lo menos, se advierte siempre por debajo del hábito del budista, del cristiano, del católico, del mahometano, de quienquiera que sea, *al hombre*, como entidad superior, precisamente porque es de carne y hueso. Es preciso constatar esta evidencia. Por eso es que, á medida que analizamos, puede verse entre los más idealistas cristianos — incluso Jesús — un sometimiento indefectible al instinto vital, orgánico, y fuera de eso, una deformación.

Al hacerse el sacrificio de la razón, se sacrifica la entereza de la personalidad humana. De ahí el aire de víctimas que ostentan los creyentes, aterrorizados por el tradicional fantasma de la fe en lo sobrenatural. Nada es menos aprovechable como fuerza de avance, que esos seres que viven balbuceando oraciones y persigándose,

bajo la presión de un terror absurdo. Ni la misma condición de los que «no saben soportar las vicisitudes de la vida sin enviar de tanto en tanto plegarias al cielo, para obtener su ayuda,» según dice Jacobsen, puede ser fecunda ni provechosa. Ese suplicio tantaesco á que se ha sometido el hombre, el rey que se dice hecho á imagen y semejanza de Dios para acentuar la ironía de su humillación, no es ni puede ser un elemento progresista, sino estéril y enervante.

Por otra parte, el propio buen sentido más elemental nos está diciendo que, aun cuando hubieran de esperarse mayores bienes en otra vida, tan difícil de demostrar, por otra parte, es absurdo pensar que sea indispensable que perdamos aquí nuestro equilibrio y nos deformemos con sacrificio, para merecerlos. Esto implicaría la más grave ofensa que pueda dirigirse á la magnanimidad de cualquier dios que sea. No obstante, el cristianismo hace sobre este punto cuestión capital, y entiende que no hay mejor camino para ganar el cielo que el de la humillación, llevada hasta el menosprecio de los propios bienes de la existencia: el sacrificio máximo, en dos palabras. Se piensa que á Dios nada le ha de aplacar como la humillación, el martirio voluntario, la miseria, el sufrimiento, la propia auto-mutilación. Tiene que ser misérrima la concepción teísta que exija tal monstruosidad.

Fuera de entenebrececer al hombre, este influjo tiene que ser funesto para él, dado que le hace olvidar sus deberes primordiales, trocando lo necesario efectivo por lo fantástico. Hablando de los templos, dice Taine: «Los hombres que vienen aquí tienen el alma triste, y las ideas que aquí vienen á buscar, son dolorosas (1).» ¿Qué puede esperarse de esos espíritus perpetuamente acongojados,

(1) H. Taine: *Filosofía del arte*, pág. 78, v. c.

para la realidad de la vida, que es lucha, que es trabajo, que es investigación? Todavía está por verse el efecto de esas interminables plegarias afflictivas de que están saturados los muros de los templos. Todavía no se ha obtenido por tanto rezo y sacrificio un solo suero, una vacuna, un específico cualquiera.

Es, sin embargo, tan exigente la fe, que los fieles querían convertir á todos los hombres, sin dejar á uno solo para que investigue libremente, temerosos de que pueda resultar una comprobación contraria á ella. Se prefiere la simulación de la fe, un sometimiento fingido á una rebelión, y se toma por rebelión todo intento libre investigador. ¿Qué sería de la humanidad si hubiera podido prevalecer este anhelo fideísta, liberticida?

Afortunadamente nunca tomó ni podía tomar cuerpo la utopía cristiana y, al contrario, sirvió tal vez de acicate á los espíritus combativos. Si se hubiera tenido que confiar tan sólo en los efectos de la plegaria y del sacrificio religioso, la humanidad estaría aún en la tris-tísima condición en que se hallaba cuando apareció Jesús. Afortunadamente, son muy pocos los que no han tratado de procurarse un lote terrenal aun entre los propios elegidos; que, de no ser así, si hubiera podido anularse el instinto que incita á la lucha, al mejoramiento, á la investigación científica, lejos de haber evolucionado tanto la humanidad desde entonces, nos hallaríamos acometidos aún por aquellas visiones terribles de antaño, y entregados á los exorcismos, conjuros y plegarias, tan infructuosos como son.

Los más grandes pensadores, aun después de haber reunido prolijas y pacientes documentaciones, sólo se atreven á formular hipótesis, sin pretender que por ellas se comprometan intereses valiosos; los iluminados, en cambio, excluyen y reprueban toda investigación ten-

diente á esclarecer, y no sólo se entregan incondicionalmente á su fe, sino que pretenden convertir y someter á los demás, cueste lo que cueste.

El cristianismo se destaca por su fiebre redentorista. ¿Qué hay, sin embargo, como base substancial para afirmar su fe? La palabra revelada. Fuera de la palabra revelada, que *no nos informa sobre ningún hecho positivo*, no hay nada, ningún hecho, ni ley comprobable, ni cosa aprovechable en las vías positivas, y lo poco que ha dicho la revelación, no se tiene en pie si se le confronta con las conquistas efectivas de la investigación científica. Desde luego, hace dos mil años que estamos esperando el anunciado reino de Dios, que según los mismos que captaron la palabra divina en su fuente, debía estallar por instantes. Por lo contrario, el reino de Dios se ha ido alejando á medida que la ciencia ha prosperado, y, lo que es más instructivo aún, paralelamente, los hombres y las sociedades *han mejorado*. Hay que convenir en que si Dios no tenía más que decirnos, no valía la pena de que enviara una embajada.

Es también sintomático que la panacea cristiana del amor fraternal y desinteresado no haya tomado participación alguna en la obra evolutiva de mejoramiento, y que si alguna vez se exhibió, haya dejado de hacerlo á medida que los hombres y las sociedades se encaminan á su mejoramiento. Cada vez menos el amor gobierna el mundo, y así mismo se progresa.

Si Jesús agregó la utopía sentimental del amor á las ideas de su tiempo, no por eso aportó un concurso efectivo ni favorable á la evolución, porque su aspiración ultrasentimental es impracticable, felizmente. La propia caridad y la asistencia han tomado mayor cuerpo á medida que la investigación científica ha informado la conciencia. En vez de consolar platónicamente á los des-

graciados y oprimidos, bajo otras orientaciones más positivas, se tiende á emanciparlos, poniéndolos en condiciones de luchar por su mejoramiento, y para esto mismo ni se requiere humanidad: *basta razonar*. La razón es la que más ha influído en el sentido práctico de prevenir el dolor, la miseria, la ignorancia y las demás causas de perturbación y de malestar social, que en vano querrian reducirse por la compasión y el efímero consuelo, cuando no por el freno del terror demonomaníaco.

El cristianismo es un vaho sentimental enervante, saturado de melancolía, en medio de los hombres y los pueblos que luchan compelidos por la ley natural. Jesús, más bien que un filósofo, resulta ser un vate lírico, triste, amargamente inspirado. Ni es posible definir el significado de la obra de Jesús en la evolución, porque fijada la finalidad fuera de este mundo, su esfuerzo se ha dirigido á la muerte, á Dios, todo él de tejas arriba. En lo que atañe á la existencia terrena, esa aspiración es negativa. Sería menester que nos hablaran los muertos para saber qué efectos tuvo el cristianismo fuera del mundo, pues aquí sólo es una abstracción, una visión tétrica, sin más efectos tangibles que los holocaustos de los iluminados. Por fortuna, su reino no fué de este mundo. Decimos esto, porque si hubiéramos tenido que esperar el progreso humano de la acción cristiana, la humanidad se hallaría aún en la aflictiva condición de los tiempos en que se engendraron los delirios ingenuos de que nos ocupamos.

Fijada la mirada en la muerte y en el cielo, habría debido repudiarse como una tentación malsana, una ofensa á Dios, un delito, todo lo que, con arreglo á nuestra íntima estructura, se nos ofrece como natural, espontáneo y legítimo. El mundo, con el cual nos sentimos identificados, habríamos de rechazarlo como á enemigo, para

optar por «otro mundo», del cual no tenemos una sola noticia fidedigna. Tan circunscrita está á la ética la obra de Jesús, y su ética está tan subordinada á la supuesta finalidad ultraterrena, que, como se ha dicho, ni ha dejado huellas de su paso en la tierra. Esta colosal realidad, no obstante, no se ve, y el prestigio del cristianismo —igualmente colosal— se conserva, como si se tratara de algo definitivo, inmejorable. Es verdad que en la vida práctica el espíritu cristiano no influye para nada. Se conserva, pues, como un sueño grato en el fondo del alma, de igual modo que se custodia una reliquia de familia en el fondo de un baúl.

La acción cristiana, genuinamente cristiana, hace ya tiempo que no se manifiesta más que por el empeñoso esfuerzo desarrollado para hacerla efectiva, y los mismos que se consagran á esa obra imposible, porque va contra la naturaleza, sean las que fueren sus intenciones, que no tenemos para qué considerar, tienen forzosamente que violar los preceptos y enseñanzas del Maestro. Ni se ha omitido la propia deformación de la palabra divina, para ajustarla á las exigencias de la evolución. Las distintas variedades de la «familia» cristiana han realizado, á veces, verdaderas proezas para dirimir la flagrante oposición que se plantea entre la fe y la realidad.

A cada instante surge un conflicto que impide á los fieles marcar el paso en la evolución, y es preciso optar entre las conclusiones de la ciencia y las afirmaciones de la palabra revelada; en tales emergencias, hasta ha llegado á repudiarse la ciencia, *que es la verdad*, que es lo mejor y más respetable del haber humano. El catolicismo, secta más inclinada á la lucha, suministra comprobaciones irrefragables al respecto. Todavía al finalizar el segundo tercio del siglo pasado, tronaba la voz papal condenando en una encíclica y el Syllabus, las más pre-

ciosas conquistas del esfuerzo humano, y poco después se llegaba á proclamar la infalibilidad del Papa. ¿ Puede haber una prueba más concluyente de la oposición religiosa al espíritu científico y, por lo tanto, á la evolución?

Lo que se ha hecho para mantener en pie las enervantes leyendas sentimentales es inaudito, inenarrable, y así mismo ellas van fatalmente á la bancarrota, por obra del progreso.

Si dada la idea tan convencional que se tiene del arte, ha podido decirse que es negativa la acción del cristianismo, según nuestro concepto artístico, que reputamos más positivo, resulta contraproducente. Esa fe tétrica, desesperante, desconcertante, desolante como una letanía, no pudo engendrar ningún anhelo activo, ni despertar ninguna de las iniciativas á que más debe la humanidad. Un día sorprenderá que se haya hecho tanto para dar cuerpo á esta perfecta quimera que, afortunadamente, no pudo arraigar, por hallarse en abierta pugna con la realidad. Así es que, á despecho de tantos y tan ilustres cultores de esa fe ingenua, vemos cómo se desvanece su inmenso prestigio á medida que se progresa en el conocimiento.

El cristianismo es una aspiración á lo imposible. Su acción, pues, resulta estéril, y aun contraria á los intereses humanos, tanto más cuanto más empeñosa.

#### IV. TRADICIÓN SENTIMENTAL. — CONCLUSIONES

En los tiempos antiguos apenas se advierte el esfuerzo intelectual, dirigido al conocimiento. La tradición es casi toda sentimental. A medida que retrocedemos, el anhelo cognoscitivo cede á la religiosidad, y ésta, á su vez, á la supersticiosidad, que debió aparecer como la primera modalidad especulativa. Al punto á que hemos llegado



en la evolución, nadie toma ya en serio las formas francas supersticiosas, y se puede ver también que triunfa resueltamente el espíritu científico en la contienda planteada entre «la religión» y «la ciencia».

Todavía se sienten, sin embargo, las sugerencias religiosas en las propias filas intelectuales, como se palpan los últimos residuos supersticiosos hasta entre las propias clases cultas; pero la convicción cada vez más sólida y más generalizada acerca de las ventajas del conocimiento, consolida el auge del espíritu científico, el cual, hoy día, se nos presenta de tal modo fundamentado, que nos parece imposible que haya podido ser motivo de escarnio, y hasta de persecución. Después de todo, por algo fué la ciencia el único árbol vedado <sup>(1)</sup>. Es precisamente la investigación científica lo único que puede disipar los prestigios de la leyenda. De esto arranca el apego al misterio que alimenta las quimeras, sobre todo las terribles quimeras que engendraron el prurito teocrático é intolerante, causa de casi todos los males y perturbaciones que forman la historia del hombre, como una excepción poco honrosa, á menudo, entre la de los demás organismos del planeta. Ese terror al conocimiento es el «pecado original» del espíritu religioso.

A pesar de esa fobia científica, es instructivo observar cómo se esfuerzan los creyentes para ajustar los propios dogmas ó «verdades» de los dioses á las nuevas necesidades que consagra el conocimiento y á las nuevas documentaciones, y cómo se empeñan los exégetas en conciliar la leyenda con las conclusiones científicas, es decir, con eso mismo que se reprueba y se moteja. Es de este modo que las tradiciones se perpetúan, ciñéndose con la ductilidad de la cera á todo aque-

(1) «Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás de él, porque el día que de él comieres, morirás.» — *Génesis*, cap. II, 17.

llo que las pone en contradicción con la realidad, y es de este modo que pueden sobrevivir aún, bien que mal-trechas, con una tenacidad pasmosa. Es admirable la vitalidad de todo prestigio tradicional.

Resultan así fundamentalmente irreconciliables « la fe » y « la razón ». La primera querría mantener en alto, intangible, la leyenda, y la razón, como que procede sin reatos, somete todo, incluso la propia leyenda, á un libre examen. El creyente transige, no obstante, en todo aquello que no puede dejar de hacerlo, no sin conservar cualquier despojo de su fe, y es por esto que también evolucionan las leyendas, si bien lo hacen con una lentitud desesperante. El proceso de rectificación es más admirable, pues, que el propio esfuerzo de resistencia tradicional. Si es sorprendente que lo sobrenatural, lo contranatural, las revelaciones y los milagros hayan podido, como « tabús » archiseculares, imponerse á la conciencia humana, no lo es menos que *esa misma conciencia* ofuscada por tanto destello sugestivo, haya podido libertarse hasta llegar á encarar la realidad como una serie de fenómenos regulares, sometidos á un ritmo normal. Este resultado del esfuerzo investigador raya en lo prodigioso. En cuanto á los beneficios que se derivan de tal conquista, todos positivos, es difícil abarcarlos en toda su enorme extensión. Asistimos, puede decirse, á la iniciación del proceso científico.

Antes de pasar adelante, conviene hacer un paréntesis, á fin de aclarar un punto sobre el cual no son precisas, por lo común, las ideas. Cuando se habla de la ciencia, de la religión, de la fe, de la razón, etc., parece que se hablara de cosas substantivas, y hasta se suele encabezarlas con una mayúscula, como si fueran nombres propios. Hemos dicho ya que, á nuestro juicio, ésta es una ilusión, por cuanto sólo se trata de modalidades

*de la misma mente*, de la misma conciencia humana, y no de entidades objetivas. Es siempre el *hombre* el que acude á la ciencia por medio de sus recursos racionales, ó á la religión por medio de su fe. Aquella ilusión, en cambio, hace pensar que podrían subsistir la ciencia, la religión, la razón y la fe *fuera del hombre*, lo cual es un espejismo psíquico, simplemente, según intentaremos demostrarlo más detenidamente en la segunda parte. Hecha esta aclaración, sigamos adelante.

Mientras el sentimiento religioso ha prevalecido en el hombre, todo se ha librado á sus arbitrarios mandatos. No ha habido ninguna «razón» para determinar una conducta mejor que otra, en la obra de adaptación á que necesariamente está sometido todo organismo. Es así que la actividad humana ha tomado direcciones antojadizas, sin obedecer á lógica alguna, como no sea la de mantener enhiesta la autoridad de la palabra tradicional.

La prueba de que las diversas civilizaciones conocidas se han desviado de la mejor senda, para los fines de la especie, la suministra el hecho persistente al través de los tiempos, de hallarse no sólo muchos pueblos rezagados al lado de civilizaciones deslumbrantes, sino que dentro de los mismos pueblos más civilizados, conviven todavía las clases populares más míseras y atrasadas, como si fueran ejemplares de una especie inferior. Hay pueblos, por otra parte, que no han podido modelar aún una civilización propia, ni tampoco asimilar los progresos de las demás. Aun cuando sólo bastaría un simple impulso, á veces, para determinar formas nuevas y mejores de acción, de ese impulso han quedado vírgenes muchos pueblos todavía, á los que se les desprecia, cuando no inspiran concupiscencias y se aprestan las naciones más sentimentales á someterlos á su dominio, con toda bra-

vura, y siempre ó casi siempre en exclusivo provecho del colonizador. El colono poco ó nada cuenta. ¿Cómo podría cohonestarse semejante procedimiento con las consabidas proclamas líricas de igualdad y confraternidad? ¿Cómo se explica este afán de dominio, verbigracia, con las prédicas cristianas?

Y no sólo se usa de crueldad para con los hombres de otras razas ó de otras nacionalidades, sino también para con los mismos connacionales. Á ellos también se les aplica la ley del vencido. Las propias clases que producen y contribuyen hasta con su sangre á favor de la entidad nacional, en realidad son tan esclavas como antes los sometidos. Sólo han cambiado las formas de esclavizar y el nombre del esclavo; en cambio, se han multiplicado las maneras de hacerse servir. No es que para muchos falte lo superfluo, al mismo tiempo que para los demás es cosa « muy necesaria », según se ha dicho, ni tampoco que falte para algunos lo propio necesario - perentorio, al extremo de producirse casos de muerte por hambre y por frío en las metrópolis más ricas, sino que los de abajo pagan toda clase de tributos — sin excluir el de la dignidad — y los de arriba los recogen, y los recogen con soberbia, todavía. Á nuestro modo de ver, tal anormalidad se debe á un error fundamental en la orientación de la actividad, originada por los falsos conceptos tradicionales.

La causa de estas disparidades que se observan en los diversos pueblos, y entre las clases sociales de cada pueblo, hay que buscarla precisamente en la prevalencia que ha tenido el miraje religioso sobre la razón. Al descuidar como cosa secundaria lo terreno, y al encarar la suprema finalidad humana de un punto de vista tan individual, la actividad se ha dirigido hacia las formas suntuosas, *opresivas*, antes que á las formas igualitarias, *cooperativas*. Cada cual ha buscado su propio lote, y de ahí que la

lucha haya tenido que desarrollarse con ferocidad. Todos han aspirado á disfrutar de los bienes desmedidos del dominador — sobre todo cuando esto facilita además el comercio con los dioses, — y en esta brega entre opresores y oprimidos, es claro que cada cual haya pretendido alistarse entre los primeros. Se ha empeñado la lucha en un campo disparatadamente arbitrario.

Si se examina con libertad mental lo que ocurre, se verá que una serie de contrasentidos tienen carta de ciudadanía entre los hombres, y debido á que nos hemos acostumbrado á considerarlos como cosas lógicas merced á la obra de la tradición, no percibimos su enormidad. Así, por ejemplo, al mismo tiempo que se hace la apología de la humildad, se ostenta la vanidad llevada al máximum de la soberbia, como es el imaginar divinidades omniscientes y perfectas semejantes al hombre, preocupadas de la suerte de sus fieles, aun en sus más pedestres y abominables gestos, y en tanto que hay dolores y miserias que demandan un remedio, se elevan los templos lujosos como espirales de incienso, amontonando riquezas para granjearse á los dioses, como si á existir éstos pudieran ser mistificados por esos ruegos y derroches, toda vez que fueran tan sólo morales cuanto pueden serlo ordinariamente los hombres de bien. Para justificar la necesidad religiosa, se aduce, entre otras «razones», la de que debemos dar gracias á Dios, como autor de las bellezas y armonías del universo, de los bienes de que disfrutamos, en fin, y al propio tiempo se proclama el menosprecio de los bienes terrenos, cuya posesión habría de agradecerse á costa de tanto sacrificio, desatendiéndose necesidades mucho más dignas de satisfacerse, por cierto. Vivimos así en pleno absurdo: las proclamamos, por un lado, y los actos, por el otro. Este desconcierto perpetuo es el que mantiene á la humanidad en un estado de lucha

perenne y cruel, en tanto que los demás organismos, por más que son inferiores al hombre, sólo usan de la crueldad en cuanto es menester para llenar *sus necesidades naturales*. Resulta así que el hombre procede con duplicidad: por un lado, sustenta ideales tan « superiores » que no acierta á realizarlos y, por el otro, sus actos son tanto ó más inferiores que los de los demás organismos. Esto no puede explicarse sino por un error fundamental de orientación. En otras palabras, la mentalidad humana vive de espejismos, mientras que el hombre, como organismo, vive en la realidad.

Quien oyera las apologías de la gratitud, creería que el hombre se caracteriza por agradecido, y quien observa la conducta efectiva del hombre, llega á otras conclusiones muy distintas. Y lo mismo puede decirse del amor al prójimo, del desinterés, de la confraternidad, de la caridad, etc.

Si observamos lo más íntimo del sentimiento religioso, se verá que el comercio con los dioses no obedece á una sentida gratitud por los bienes disfrutados, sino al contrario, á *las deficiencias* de la supuesta creación, según nuestros anhelos: en todas las « plegarias » *se pide* algo más de lo que se posee. No hay un solo acto religioso que no esté encaminado á conseguir un nuevo bien. Los mismos que se dan á formar fieles, lo hacen con el desinterés con que el joyero enfila sus perlas, puesto que, según su creencia, á nadie ha de aprovechar su obra tanto como á ellos.

Lo que hay en realidad es que los ilusos optan por los bienes de la otra vida, en la inteligencia de que son más estimables, pero lo hacen con un propósito tan práctico cuanto aquellos que se apresuran á disfrutar de los bienes terrenos por temor de que la vida les dure poco.

Aquel error capital de la opción por la vida ultrate-

rrena es el que lo trastorna todo, y errores hay que se pagan más caros que los mismos delitos. Admitido que la vida actual es despreciable, es claro que no pueden interesar los progresos positivos. Los que se forjan ilusiones sobre la nueva vida, tienen por fuerza que ser *pasivos* en ésta. Una vez que han hallado la manera de asegurarse un sitio en el otro mundo, no pueden tener mayor empeño en mejorar su suerte terrenal, ni la de los demás. Así es que se eternizan las prácticas más atrasadas, y, entretanto, quedan descuidados los problemas sociales y económicos como asuntos secundarios. Fuera de la caridad ineficaz, los «últimos» no pueden contar con más consuelo que el de ser los primeros en el reino de Dios, y quedan aquí definitivamente olvidados.

Para la especie no puede ser tampoco eficaz ni consolante un arbitrio tan dudoso en sí mismo, y tan contradicho. Si se salvan los cristianos, ¿dónde van los budistas, los mahometanos y los demás herejes? Si se salvan los mahometanos, ¿qué es de la suerte de los otros creyentes? No es posible que todos alcancen el reino de Dios por tan diversos y opuestos caminos.

Es de tal modo arbitrario el sentimiento que nos transmite la tradición como la mejor manera de cumplir nuestros deberes y de satisfacer nuestros anhelos, que lo que es para unos un salvoconducto, un sánalotodo, es para otros una manera inequívoca de propiciarse los más horribles castigos, las más lamentables consecuencias. ¿Quién está en lo cierto? Hoy mismo, el profesor Binet-Sanglé (1) atribuye las visiones de Jesús á causas psicopáticas, con un caudal formidable de antecedentes que resultan tanto más dignos de atención cuanto que proceden de los pro-

(1) Dr. Binet-Sanglé: *La folie de Jésus*. — Ed. A. Maloine. Paris.

pios apologistas del Maestro. Si lo que nos ha transmitido la leyenda cristiana fuera fruto de simples alucinaciones de un teomegalómano, como lo afirma dicho psicólogo, ¿qué excusa podría aducirse para atenuar la enorme responsabilidad de los que preconizaron como lo más acepto á la divinidad, las famosas cruzadas, no ya la penitencia perenne, el sacrificio, el suplicio mismo, durante veinte siglos?

Se comprende que cueste un enorme esfuerzo admitir la conclusión de Binet-Sanglé, porque descalabra un mundo de idealismos, que el hombre mira todavía como algo soberanamente sublime y promisor; pero bastaría la simple posibilidad de ser víctimas de una falacia, en este caso, para caracterizar la completa arbitrariedad del sentimentalismo tradicional.

Como quiera que sea, es indudable que el sentimiento ha conducido á la humanidad por las vías más arriesgadas, y aun más antinaturales.

Desviados los hombres y los pueblos de sus finalidades más positivas, la mayor acción se encaminó á ajustar cuentas con los dioses, y se descuidó lo primordial. De ahí las inevitables decadencias, los fracasos. Basta observar que cada civilización ha tenido un ciclo más ó menos breve, para que se vea que no estaban bien encaminadas, por cuanto no hay razón para que se opere inevitablemente, inexorablemente, tal caída. Si las sociedades y los hombres se hubieran dedicado á atender sus necesidades naturales dentro de la realidad y, consiguientemente, en un terreno positivo, no habrían ocurrido tantos accidentes lamentables, tantas decepciones.

La rebelión á la ley natural, la resistencia á reconocer la realidad como nuestro propio ambiente, ha hecho aplicar energías en un sentido quimérico, en vez de aplicarlas en un sentido positivo, como lo hacen todos los



organismos terrestres, y de ahí que la mayor inteligencia del hombre no siempre haya resultado una ventaja efectiva. El propio conocimiento, que es lo más conducente, ha sido reprobado, prefiriéndose la ficción y la anfibología á la espontaneidad y el carácter. Hasta se ha intentado suprimir la libertad de pensar como si fuera posible ó simplemente mejor ajustar á un cartabón uniforme, lóbrego además, todos los pensamientos.

Sólo porque el espíritu humano ha sido roturado por todo género de fantasías, por obra de la tradición, ha podido acordarse tanto prestigio á la religiosidad, que no aportó una sola verdad concreta utilizable, y que todavía reprueba sistemáticamente las formas de la investigación libre, con ser tan fecundas. Basta que lleve, como lleva en sí, virtualmente, una oposición al espíritu investigador científico, para que no deba reputársela como elemento eficiente de civilización, de progreso.

Las ideas positivas, las más positivas y comprobables, no encuentran ambiente en los espíritus acostumbrados á confiarlo todo en la acción de los dioses, de igual modo que no encuentra campo el esfuerzo penoso entre los que acostumbran confiar sus destinos al azar. Dentro de esa falsa vía se ha desnaturalizado el esfuerzo y se han enredado las ideas. El sofisma de que era preciso un «freno» para contener á las masas populares, en vez de darles medios para salir de la obscuridad misérrima, servil, abyecta y oprobiosa en que vivían, ha tenido una suerte mayor de la que merecía, y es así que se ha garantido su pasividad por la ignorancia, á favor de todas las tiranías, en vez de prepararlas para mejorar su situación. Lo poco que se hizo por los religiosos en pro de las muchedumbres, no fué para instruir las, sino para convertirlas á su credo, á fin de extender el dominio de su fe.

Por otra parte, ¿es un freno la fe? Los que más creen en la misericordia divina, en cábalas y supercherías son los más expuestos á pecar; los demás deben ceñir sus actos á la moral ordinaria, que toma en cuenta los efectos terrenos solamente para decidir de su licitud, y la experiencia aconseja la probidad como la mejor y más práctica regla de conducta. Con arreglo á la moral positivista, deben temerse los efectos siempre ó casi siempre funestos de toda mala acción aquí, en la tierra, que refrenan mucho más, por otra parte, que los castigos de otra vida problemática, por tremendos que sean, los que sólo contienen, si acaso, á los tímidos, inofensivos por lo mismo.

La tan proclamada necesidad religiosa es un miraje que ha desviado al hombre de sus fines naturales. Así es que vemos determinar las formas de arte suntuoso para servirla, mientras que las más positivas necesidades quedaron relegadas, y el pueblo lo mismo. Es tal el desarrollo de las artes fastuosas durante los tiempos en que preponderó el espíritu místico, que quizá desde entonces se denominaron « bellas artes » las ramas destinadas más principalmente á la glorificación de los dioses. De ahí que se haya considerado á la religiosidad único factor del florecimiento de estas artes, como las más honrosas y características de la cultura, sin advertir que ese mismo auge pudo producirse por otras causas. Así, por ejemplo, en la propia edad de la piedra hay también vestigios de estas mismas formas artísticas, lo cual demuestra que no es una privativa del espíritu religioso el culto de lo que se reputa belleza, con arreglo á las ideas corrientes. La vida fácil de los cazadores de renos, también permitió un culto análogo. Con el mismo fundamento con que se atribuye el progreso del arte de boato al sentimiento religioso, podría atribuirse, pues, á la caza.

ó á la holganza. Por lo demás, el paganismo griego, poco « religioso » como fué, también operó un extraordinario florecimiento en las artes suntuosas.

Tan magnificada como fué la « necesidad » religiosa, el ingenio humano no podía dejar de satisfacerla, y es por eso que los más empeñosos esfuerzos artísticos se aplicaron á los fines del culto externo, y á dar prestigio á la autoridad temporal como delegada de la autoridad divina. Al lado de los templos, palacios, museos, bautisterios, conventos, parques y jardines lujosos, el pueblo quedaba desprovisto de todo. Hay que pensar en que si ese enorme derroche de energías y riquezas se hubiera aplicado á servir al hombre, positivamente, en vez de aplicarlo á la adulación de los dioses terribles; si el esfuerzo invertido en leves balbuceos de plegaria y en suspiros místicos, se hubiera dirigido á elevar la conciencia humana, por medio de la instrucción, en un sentido racional, se habrían podido obtener resultados sorprendentes. Con esas dos partidas, no más, dedicadas á facilitar la evolución y el mejoramiento humano, se habrían podido alcanzar progresos asombrosos y se habrían podido reducir considerablemente los males y las plagas que deslucen á las civilizaciones más brillantes como un borrón.

Pero se comprende que no podía nacer en los cerebros de cuáquero, minados por la fe en lo sobrenatural, una iniciativa empeñosa en tal sentido, como se comprende también que dirigido el esfuerzo á las regiones de ultratumba, no pudiera ser propicio á los intereses terrenos. Supuesto que fuera verdad que los dioses existen en la multiplicidad de formas con que los conciben los creyentes, y que se interesan en nuestros asuntos, no valía la pena de tomar en serio lo terrenal, transitorio. Esto es lógico. Pero es que á medida que se pro-

gresa; los dioses se hacen cada vez más huraños y escatiman sus apariciones y sus milagros, por lo cual los hombres tienden á servirse á sí mismos. Hace ya tiempo que Jehová no está en estrecha correspondencia con los hombres, y es así que éstos deben confiar en su propio esfuerzo, en su propia inspiración. A tal cambio es que deben atribuirse los progresos operados.

Si los dioses, como se ha dicho, se alimentan de nuestra fe — lo cual es verdad, por lo demás, — puede ya predecirse que perecerán. La fe evoluciona hacia la convicción, y la convicción es incompatible con la fe. ¿Qué son los dioses, pues? Son nuestra propia fe; son *nuestra propia creencia*, y ésta se desvanece apenas razonamos. Hay que calafatearla bien esa fe para que flote, pues apenas se insinúa la razón, sucumbe la fe. Así que nuestros sentidos, nuestra conciencia y la razón despiertan á la realidad, así que rindeu su homenaje á la verdad evidente, los dioses no dan señales de vida. Es preciso cerrar los ojos para verlos, porque de otra manera se disipan. Ese es el secreto de la fe, y es la clave de la pasividad del espíritu místico, en lo terrenal.

Dice W. James: « El místico siente como si su voluntad se hubiera anulado, y á veces como si le sujetara una fuerza superior <sup>(1)</sup>. »

Esa pasividad es contraria á los verdaderos intereses del hombre, que sólo mejora merced al esfuerzo.

Las conquistas de la investigación científica van ampliando el dominio humano y emancipando las conciencias. Esa obra positiva va escalonando, progresivamente, una serie de perspectivas, todas promisoras, todas efectivas, por lo cual tiende á prevalecer el culto del conocimiento aun en las mismas filas de los creyentes.

(1) William James: *Fases del sentimiento religioso*, t. III, pág. 8.

## V. ORIENTACIÓN RACIONAL

Si el espíritu religioso tiende á sustraer al hombre de su ambiente natural, el espíritu científico, por lo contrario, tiende á adaptarlo á la realidad, haciéndole conocer los secretos de su propia organización y las leyes que la rigen, así como las que rigen al universo, mejor dicho, á la parte del mundo exterior con que nos hallamos relacionados; le hace sentir y comprender las aspiraciones comunes á todos los organismos conocidos, y lo induce á descubrir las causas que determinan las vinculaciones de solidaridad que ligan á los seres que conviven socialmente, lo cual facilita el dominio humano y encauza la actividad dentro de formas cada vez más racionales, más eficaces y, por lo tanto, mejores. Bajo el imperio de esta acción progresista y progresiva, es que van esfumándose en la conciencia humana los viejos dogmas, los prejuicios y demás trabas pertinaces que la desviaban. Los fantasmas, los ángeles y serafines; los demonios y las brujas, como las hadas, las ondinas, las sirenas; como los corriganes, esos impalpables moradores de los monumentos megalíticos, todos toman igual camino.

La investigación encaminada en la vía que proclamara Bacon de Verulam, ha realizado ya una obra tan fecunda cuanto indestructible. En vano la apologética intentará ajustar indefinidamente los relatos mosaicos á las conclusiones de la cosmología científica; en vano las viejas teosofías querrán seguir preocupando como arduos rompecabezas, consumiendo estérilmente la savia cerebral; en vano se ingeniarán y se agotarán los macilentos filósofos de gabinete para encontrar la clave metafísica del misterio teopnéustico. Cada día se advierte más claramente que la tradición no puede darnos el gran secreto de la verdad integral, porque no lo tuvo nunca; cada vez

se ve mejor que es más conducente escrutar el misterio en busca de verdades positivas.

¡Es incalculable la suma de energías que se han invertido para llegar á comprender una verdad tan sencilla! ¿Qué razones hay para suponer que nuestros antepasados, con menos elementos de juicio, pudieran saber más de lo que saben las generaciones posteriores?

Felizmente la razón se impone ya en los dominios de la actividad como la más segura de las orientaciones. La propia filosofía especulativa, siempre idealista y soñadora, prendada aún de las visiones tradicionales, que atribuían al hombre, al planeta y al « universo » una misión capital en el cosmos, á medida que se amplía *el conocimiento*, va tratando, cada día más, de estudiar las cuitas humanas con un criterio positivo; cuitas que, con ser tan pequeñas, son las que más nos interesan. La evolución incita á la investigación directa de la realidad en busca de verdades efectivas, abordables, en vez de agotarnos en el falaz empeño de demostrar lo prodigioso, lo milagroso, lo fabuloso con que la leyenda adormeció al hombre, como antes se adormecía á los niños con cuentos de brujas.

El examen positivo de la realidad ha sido singularmente beneficioso. Se ha encontrado ya algo de lo que se buscaba, y aun lo que no se buscaba. Ha resultado que las conquistas científicas tienden á realizar la igualdad, el gran desiderátum que parecía una quimera de los espíritus generosos, la misma que hacía sonreír á los « prácticos », en tanto que sólo se exhibía como un reclamo lírico en las proclamas. Ahora ya se formalizan, al ver que la igualdad va tomando cuerpo.

Resulta así verdaderamente curioso el contraste que ofrecen las dos « entidades » rivales: la religión y la ciencia. Si la aspiración igualitaria religiosa tuvo efectos oligár-

quicos en su faz práctica, la investigación científica instintiva y egoísta, como simple aspiración utilitaria al conocimiento, tiene, en el hecho, efectos igualitarios sorprendentes, y esto nos hace pensar que muchos hombres que no han logrado siquiera la notoriedad, han hecho más por la especie, en la penumbra de sus laboratorios, que todas las pompas celebradas á vuelo de campanas, y que todos los viejos dioses y sus enviados.

Al preocuparse el investigador de descubrir las formas permanentes de adaptación y de selección, v. gr., tiende implícitamente á favorecer á la especie, y, por consecuencia, al individuo, en tanto que el creyente, como que encara su acción desde un punto de vista personal, aun cuando pudiera favorecerle su actividad, no trascienden sus beneficios á los demás. Pero no es esto sólo, sino que está enteramente expuesto á error, ya que se basa en algo que no admite comprobación. De ahí que aparezca con tanta arbitrariedad la acción fideísta.

Como toda acción descaminada, por su parte promueve una reacción, necesariamente, á medida que retrocedemos en los tiempos, por lo menos hasta que el hombre inició sus especulaciones, la historia semeja el continuo relato de acciones tendientes á desencadenar reacciones violentas. Esto mismo acusa la arbitrariedad de aquella orientación, por cuanto puede afirmarse, en tesis general, que toda vez que se ha producido una reacción de violencia, debe presumirse que ella es fruto de una acción mal encaminada.

Nada es, pues, más seguro ni más favorable á los intereses de la humanidad que la ciencia.

El conocimiento científico implica la sustitución de la fe tradicional por el resultado de la investigación libre, de la leyenda por la verdad, de la plegaria por el trabajo, de la conversión por la convicción, de la imposi-

ción por la persuasión. El esfuerzo investigador representa un cúmulo invaluable de bienes efectivos, que permiten ver el engaño en que vivió el hombre al pensar que podía conquistar un reino quimérico mediante el sacrificio de un reino positivo; la acción encaminada en la vía racional se dirige á fomentar y á desarrollar todos los elementos que han de operar la igualdad sobre una base de justicia efectiva, es decir, á realizar aquí en la tierra lo mismo que se confiara al expediente religioso, y que éste, impotente, espera lograr *por medio de la muerte*, y por arriba del mundo. No es, pues, tan sólo un vano anhelo como éste: es una acción positiva.

La selección natural, sin contar ya con las «panaceas» de la caridad y la filantropía, mediante la investigación científica, tiende á verificarse dentro de la ley ordinaria, racionalizando la acción, y adoptando medidas previsoras. En vez del consuelo «verbal» con que se pretende confortar á los rezagados, á los vencidos y oprimidos, se trata de habilitarlos para la lucha; se trata de reducir las causas de malestar, las mismas que determinan el lujo social de la caridad, punto menos que anodino, y de evitar la represión violenta, el castigo terrible, como formas también ineficaces de acción, trocando tales expedientes por medidas de profilaxia. Con arreglo al viejo régimen, quedan en pie las causas del mal, cuyo remedio se confía al paliativo: la miseria, la ignorancia, la imprevisión, el alcoholismo, etc., sin parar mientes en que es imposible dejar de sentir sus efectos perturbadores en el organismo social, en donde los componentes son por fuerza solidarios. Mientras que los tradicionalistas quieren contener por el terror, ó remediar por la caridad los efectos perniciosos de una errónea organización social, los espíritus positivistas tratan de evitar *las causas* de perturbación, haciendo de modo que las multitudes se



conviertan en elementos útiles por la instrucción, y en tanto que aquéllos confían en que allá arriba se ha de realizar la igualdad, éstos tratan de implantarla aquí, seguros, por lo demás, de que este anticipo no habrá de acarrear perjuicio alguno en el propio mundo supuesto de ultratumba, á ser pasablemente ecuánimes los dioses.

Es preciso reconocer que la obra de los estudiosos de la naturaleza ha sido fecunda. Merced á su esfuerzo, á las documentaciones acumuladas con tanta probidad y tan paciente perseverancia por esos admirables « ilusos » que viven olvidados en los laboratorios, — peor que olvidados, desconocidos, cuando no escarnecidos ó perseguidos, — es que la humanidad ha progresado tanto. Es esa misma ciencia que los ortodoxos motejaban con acerada sátira, esa ciencia « que cuenta las partículas de polvo, la ciencia que calcula, la ciencia atomística, hipotética, ininteligible, hierática también <sup>(1)</sup>, » es la misma que en el siglo « tan bobamente científico », ha hecho tributarios á todos los hombres, aun á los más reacios.

Si comparamos nuestra libertad, en todos los órdenes, con la de nuestros antepasados, no será menester que

(1) Barbey D'Aureville: *XIX Siècle. Les œuvres et les hommes.* — Este fogoso escritor satirizaba con mayor acritud á la propia ciencia experimental que á la Filosofía, y para con ésta misma era tal su desprecio, que le parecía mejor « abofetearla » con los libros vanos de sus filósofos, que darle la *savate* con viejas chinelas. (Pág. 111.)

Así dice: « M. Renan a commencé par nier le Dieu des chrétiens, il finit par nier le Dieu des déistes, et, à sa place, il met la science. Et non pas la science philosophique, — parce que la science philosophique raisonne et que la vraie science ne raisonne pas, — mais la science qui compte les grains de poussière, la science qui suppute, la science atomistique, hypothétique, amphigourique, hiératique même, — les savants, pour M. Renan, étant les prêtres de l'avenir. C'est, au reste, le mot du diable; car M. Renan, qui porte toutes les queues humaines, porte celle du diable par-dessus toutes les autres. « Quand vous aurez mangé de ce fruit-là, vous serez comme les dieux! » Les dieux, pour M. Renan, ce sont les savants. C'est lui, M. Renan! C'est M. Berthelot, son ami et son compère, qui a fait en collaboration le livre que voici — deux têtes d'athées dans le même bonnet... de coton, — hélas! de coton. » (Pág. 119.)

nos remontemos hasta el « pitecantropus erectus », para que veamos las ventajas alcanzadas principalmente por esa ciencia tan vilipendiada. En el orden económico, moral, intelectual, político y social es también asombrosa la acción de esa ciencia que cuenta los granos más chicos de la materia. A ella se deben los telégrafos, los ferrocarriles, tranvías, teléfonos, automóviles, las modernas construcciones navales y hasta las aéreas. Si comparamos nuestra seguridad personal, de todo punto de vista, con la de nuestros antepasados, nuestras comodidades, la alimentación, el aseo, el abrigo, etc.; si pensamos que la producción actual ha mejorado y abaratado todo, y que lo que era un privilegio para unos pocos, hoy se va popularizando,—hasta las propias formas de solaz;— en que la divulgación del conocimiento se ha facilitado de tal modo que hasta es un lujo no contar más que un pequeño porcentaje de analfabetos, como lo era antes el de tener vasallos incondicionales como esclavos, y esclavos también; si pensamos en que los instrumentos de trabajo y los utensilios y adminículos requeridos por las variadas necesidades modernas están al alcance de casi la totalidad de los hombres; si pensamos en que hoy ya pueden adquirirse por un precio ínfimo obras admirables, científicas y literarias, vertidas á todas las lenguas y enviadas á todos los países; en la higiene, la antiseptia y la asepsia, la sueroterapia, etc., que, por sí solas, han prevenido, suprimido ó aliviado tantos peligros, males y dolores; si atendemos á lo que se ha avanzado en materia de garantías, y hasta de usos democráticos, por más que critiquemos,—lo cual acusa también que nuestro anhelo está en marcha,—veremos que, aun cuando asistimos á la iniciación de la reforma racional, ya es positivamente proficuo y halagador el progreso debido á la ciencia que despreciaron y reprobaron los cultores de la tradición.

Dice Taine: «La multiplicación enorme de todas las cosas útiles, pone al alcance de los más pobres unas satisfacciones y unas comodidades que los ricos ignoraban hace dos siglos <sup>(1)</sup>,» y podemos afirmar también que hace mucho menos que las ignoraban.

Cuanto á nosotros, que por el solo hecho de ocuparnos de estas cosas, ya se presupone que no formamos entre los más desheredados, es fácil que hallemos argumentos para sustentar la tesis del «sacrificio» de esta vida, y que hablemos de la insignificancia de los bienes materiales; pero aquellos que carecen de todo, de lo propio que es para nosotros despreciable, á fuerza de poseerlo, si hubieran de optar entre las ilusiones ultraterrenales esplendentes que se les ofrecen á título de consuelo, y las comodidades materiales y los bienes morales y sociales de que disfrutamos en efectivo, se inclinarían por esto último. Es por este doble espejismo de nuestro instinto, que puede ofrecérseles sin sonrojo á los más miserables un puesto de honor en el otro mundo, mientras en éste no se les da nada. Deberíamos pensar que los que comemos todos los días, no somos los más indicados para hacer la apología del hambre.

Mas, ¿podría ponerse en duda la superioridad de la acción científica en este mundo, por lo menos, sobre la religiosa? ¿Podría compararse siquiera el resultado óptimo de la primera, con la esterilidad religiosa, que, al ocuparse de «la otra vida», se desentiende por completo de ésta? Mientras que el espíritu religioso querría cristalizar la acción dentro de los cánones tradicionales, el espíritu científico trata de rectificar los errores y vicios de constitución social, acumulados por la tradición, y como cada conquista lo transforma todo, aprovecha á todos, y

(1) H. Taine: *Filosofía del arte*, t. I, pág 84.

muy particularmente á los que han sido privados de esos beneficios, á los desvalidos.

Cierto que muchos espíritus religiosos, de todos los credos y de todas las sectas, han concurrido á la benemérita obra de la investigación científica; sin embargo, es preciso reconocer que en esa tarea han sido inspirados *por la razón*, y no por la fe. Así, por ejemplo, el gran Pasteur, que ha descubierto nuevas vías en pleno misterio, como lo haría un relámpago sobre tinieblas, actuó dentro de las sendas racionales, y no de las fideístas, vale decir que, para determinar su esfuerzo investigador, no lo guió su fe de creyente, sino su convicción de investigador racional. Y así todos los demás que han concurrido á la obra científica. Ni la cosmología, ni la biología como ramos fundamentales, ni las auxiliares: la geología, la paleontología, la astronomía, la antropología, la anatomía, la fisiología, la histología, la mecánica, la química, la física, etc., que más han hecho por el conocimiento humano y, consiguientemente, por el hombre, son tributarias de la fe, *sino de la razón*.

Si la esterilidad de la ingenua fe religiosa es manifiesta, no lo es menos la fecundidad del espíritu investigador-racional. Pero esto que se ve todos los días, *no se ve*. Imbuídos todavía de las viejas ideas, se espera siempre lo prodigioso, la vara mágica. Estas verdades, dignas de M. de la Palice, se discuten aún debido á que el metafisicismo idealista pesa sobre nosotros, tanto por la herencia cuanto porque instintivamente nos encandilan y seducen las sugerencias de la leyenda que nos adjudica el abolengo de semidioses, y en lo más íntimo confiamos todavía en el milagro. Ésta es la causa por la cual no nos apeamos de una buena vez del prejuicio elaborado en la infancia de la humanidad, si así puede decirse, y hablamos aún con fruición de caballos

alados, de centauros, de sátiros, sirenas, dragones, etc., cuando no de ángeles y querubines que no hemos visto jamás, ni una sola vez. Pero lo peor es que á esas quimeras que nó nos han concedido ningún beneficio palpable,—fuera de halagar nuestra vanidad, lo cual no es por cierto un beneficio,—les atribuimos una importancia que no tienen, dado que son quimeras y no han podido, por lo tanto, hacer otra cosa que desviarnos del camino de la verdad.

Si pudiéramos ver en toda su enorme magnitud la acción que por múltiples vías concurre á sustentar el prejuicio, comprenderíamos el poder de resistencia que él ofrece al razonamiento; mas nos asombraría también la pujanza de éste en su esfuerzo de rectificación, que ha podido determinar el auge del espíritu científico moderno sobre ese mismo campo inundado de supersticiones, y se vería que hizo más por la humanidad uno solo de esos tantos investigadores más desconocidos, que todas las genuflexiones de los siglos. Esas dos tendencias: el culto tradicional y el culto de la razón, de la verdad—ésas sí, antagónicas—son las que se han disputado y se disputan el dominio de las conciencias, si bien, como antes dijimos, la primera se bate ya en retirada.

Pasteur, en el discurso que pronunció en la Academia de Medicina, decía: «En cada uno de nosotros hay dos hombres: el sabio, esto es, el que hace tabla rasa de todo y que, por la observación, la experimentación y el razonamiento quiere elevarse al conocimiento de la Naturaleza; y luego, el hombre sensible, el hombre de tradición, de fe ó de duda, el hombre de sentimiento, el hombre que llora á sus hijos que ya no existen y que no puede, ¡ay! probar que habrá de verlos, pero que lo cree y lo espera; que no quiere morir como un vibrión,

que se dice que la fuerza que está en él se transformará (1).»

En estas palabras se ponen bien de manifiesto las sugerencias é influencias tradicionales que actúan todavía sobre los espíritus más selectos. ¡Quién sabe qué presiones tradicionales gravitan sobre cada célula, sobre cada individualidad, es decir, sobre cada mundo! Por fortuna prevaleció en Pasteur el hombre-razón sobre el hombre-sentimiento, que, de no ser así, el secreto de las fermentaciones, tan fecundo para la humanidad, estaría aún en el reino inmenso de lo desconocido tal vez.

Causa estupefacción la pertinacia de los encantos que tiene para el hombre la leyenda tradicional. Todavía viven en nuestra mente los héroes de Homero, después de treinta siglos, y rellenan una buena parte de la producción literaria moderna. No ya los grandes genios plásticos del Renacimiento, sino los de nuestros días, se complacen en magnificar las más infantiles mitologías y las escenas místicas, como si fueran irremplazables; todavía los filósofos más eminentes pagan el tributo de su ingenio á los devaneos más pretéritos, esterilizando su esfuerzo como gigantes empeñados en cargar balones de algodón hacia las nubes. Hoy mismo, que puede ya compararse la obra de la ciencia con la de la religiosidad, que está forjada á base puramente sentimental, hay quienes siguen pensando que nuestros antepasados tenían en su mano la verdad trascendente y el secreto de la belleza suma, aquellos mismos que proclamaban que «el mucho estudio afición es de la carne (2),» y que nada hay más digno de respeto que la fe en lo sobrenatural, la esterilidad de la fe.

(1) Félix Le Dantec: *Ateísmo*, pág. 166, v. c.

(2) *Eclesiastés*, cap. 12-14.

Si antes, cuando la humanidad no era más que un rebaño miserable dirigido por unos cuantos pastores opulentos, pudo seducir la fe, y fué permitido menospreciar la ciencia, la razón, ahora tal cosa es inexcusable, en medio del florecimiento terrenal á que asistimos. Gracias á la industria, que está alimentada por la ciencia, principalmente, el mejoramiento del hombre, *como especie*, es ya visible, y por ahí es que se va á lá igualdad. Por ese esfuerzo colosal de las grandes y pequeñas industrias, se irradian las nuevas ideas y los demás bienes hacia todas las extremidades, como se irradia la sangre en el organismo por la sístole, y de ese proceso, secundado por el comercio, que abre innúmeros canales irrigatorios como una red, para satisfacer la demanda siempre ávida, sedienta de progreso, — demanda que formulan esos mismos elementos que por tanto tiempo fueron olvidados; — de ese proceso, decimos, es que resulta el descongestionamiento de los privilegios sociales, económicos y políticos que la tradición inerte mantenía á favor de unos pocos, con una crueldad de caníbales.

Un espíritu más práctico, forjado en el yunque de la ciencia experimental, ajusta más y más la actividad á las necesidades positivas. Las propias artes destinadas antes á fines suntuosos y, por lo mismo, impenetrables para la especie, por cuanto sólo disfrutaban de ellas contados ejemplares, hoy se las ve insinuarse en todos los órdenes de la actividad y de la producción, divulgando así lo que era un irritante monopolio de las clases privilegiadas. Como un corolario de las conquistas científicas, ocurre así que todas las ramas artísticas se dirigen á servir las necesidades naturales de la especie. Si bien la plutocracia, el estado y el clero estimulan todavía las manifestaciones suntuosas, no es menos cierto que esto declina cada día, y que se tiende á la socialización de todas las

formas artísticas, sin excepción, invirtiéndose ya sumas considerables en obras de utilidad pública y en divulgar la instrucción. ¡Hasta se celebran concursos para resolver los problemas que ofrece la misma vivienda del obrero, tan olvidado! Es de este modo que, paralelamente á la descentralización política, social y económica, y á la difusión de la enseñanza, que, al informar y elevar la conciencia del pueblo, opera una acción convergente, las propias «bellas artes», de antiguo limitadas al servicio exclusivo de las clases dominantes, se pliegan á este movimiento divulgatorio, concurriendo por su parte también, á la obra de la anhelada igualdad, antes anhelada tan sólo como una aspiración platónica.

El arte, así, bajo el dictamen de un criterio positivo, vuelve á su cauce natural ó, por decirlo con más propiedad, el hombre vuelve á la realidad al abandonar sus delirios sentimentales, y aplica sus medios de acción artística, como los demás organismos, á dar satisfacción á sus positivas necesidades y, por lo tanto, en un sentido favorable á la especie.

La etapa recorrida para llegar á este resultado, ha sido larga é instructiva.

A medida que se ensancha el conocimiento humano sobre el mundo físico y el psíquico, el hombre, antes sumido en una triste sucesión de visiones terroríficas, en una verdadera pantofobia, va reconquistando esa serenidad saludable y digna que debe caracterizar al organismo superior del planeta. Lo que ostentan las especies inferiores á causa de su inconsciencia, será un bien mayor para el hombre, que lo conquista por su esfuerzo consciente.

El formidable empuje del esfuerzo operado en la vía experimental, que parecía á los soñadores tan pequeño y deleznable, no sólo ha logrado ya preciosas conquistas,



sino que deja ver perspectivas hermosas á ese mismo hombre, antes tan aterrorizado. Se entra con entusiasmo á estudiar las cuestiones que más interesan á la humanidad, y al hombre, consiguientemente. Por el acopio paciente y tenaz de una pléyade de « oscuros » trabajadores, no tan sólo se inmuniza al hombre contra los elementos que pueden desintegrarlo y contra sus dolores, sino que se le eleva en el orden moral é intelectual, y, por ende, en el orden social, político y económico. Libre de las cavilidades ancestrales, despejada su mente de la obsesión del « gran secreto » que le oprimió y lo torturó desde tantos siglos atrás, desvanecida esa arruga que surca su frente, que es « lo que caracteriza al hombre », según Rodin, al primaz herido, abrumado por las insanias del pensamiento, y no por el pensamiento mismo, — lo cual sería un contrasentido, — el ser más inteligente reivindicará el gesto superior que le corresponde, y dejará de ser una sátira la que formulan en su mirada desconcertante los animales inferiores.

No debemos, sin embargo, forjarnos muchas ilusiones acerca de lo que se ha alcanzado. Asistimos á la iniciación de una obra que aún no ha podido exhibir sus efectos más benéficos. Todayía la tradición se mantiene por demás con sus vicios fundamentales; todavía hay castas, de hecho, como en la India. En las metrópolis más lujosas hay gentes desprovistas de todo, hay analfabetos, hay miserables á quienes les faltan los elementos indispensables para cualquiera forma de acción regular, los mismos que nos molestan necesariamente, hasta cuando nos codeamos con ellos en la calle.

La resistencia tradicional á mejorar la condición de estos seres *inferiores* — realmente inferiores — se debe principalmente á que, con arreglo á la conciencia que se nos ha trasmitido, la igualdad significa una convulsión,

un terremoto, y nadie es tan abnegado para sacrificarse hasta ese punto. No se ha comprendido que la igualdad no puede ni debe operarse de modo que bajen los de arriba, sino al revés, haciendo de modo que suban los de abajo; que, de no ser así, no sería tan despiadada esa resistencia. Lo propio ocurriría si se comprendiera que ese esfuerzo igualitario se realiza á causa de una ley natural ineluctable, desde que el instinto egoísta, él mismo haría ver que, facilitando la evolución, se evitan sus rudezas y contragolpes.

Después de la gran calaverada sentimental, vuelve á regir el mismo criterio que determinó el arte más incipiente de nuestros antepasados. El hombre, normalizado, toma de nuevo la vía natural de ajustar su acción á sus necesidades positivas, con una conciencia mucho más informada, y trata de adecuar lo más posible cada esfuerzo á su finalidad, como antaño. Adaptar el medio al fin, es tan juicioso como afilar una hoja de acero ó una flecha para que hiera mejor; y es singularmente instructivo que sean los espíritus que se precian de «prácticos», los que se encogen de hombros, incrédulos—ellos que lo han creído todo—ante ese proceso irresistible de adaptación del esfuerzo á su finalidad natural, que es servir á la especie, así como que sean los propios filósofos los que consideran que el arte es una superfluidad, un juego, un lujo, ¡ese arte que produce la obra más genuinamente práctica que pueda darse! Debido á él es que las obras de boato y de lujo que se erigían á los dioses impalpables y á sus delegados tiránicos, tienden, como los viejos circos y anfiteatros, á trocarse en documentación arqueológica más bien que en la exclusiva ocupación de los «grandes genios del arte», objeto de nuestra sumisa é incondicional admiración. La variedad de recursos artísticos aplicados á diseminar las

conquistas y bienes que apareja el conocimiento científico, realiza «el milagro» de la igualdad social, que parecía un postulado hecho de medida para embaucar á los ilusos, y que ahora, á medida que se perfila en la realidad, espanta como una catástrofe á los mismos que la proclamaban más enfáticamente, como un vivo anhelo.

Y es instructivo observar que esa obra que se realiza en lo que despectivamente se llama de «orden material», se opera precisamente elevando la conciencia en el orden moral é intelectual, lo cual acusa que es una obra de mejoramiento integral. ¿Podría dudarse, pues, de que es la orientación racional la que nos ha deparado los mayores bienes de que disfrutamos?

La tradición, empecinada en mantener los viejos usos, arguye aún con el temor de que esta evolución puede extralimitarse y tiranizar, como lo ha hecho siempre toda fuerza; pero ésta, diluída como queda en todo el organismo social, es la que menos puede atemorizarnos, porque radica en nosotros mismos, queda en nuestras propias manos, y somos los únicos que, por lo mismo, no podemos temer su tiranía.

¡Oh! ¡cuán equivocados estaban nuestros buenos antepasados, cuando decían: «Donde hay abundancia de ciencia, hay abundancia de malestar; el que acrece su ciencia, acrece su dolor! (1)»

---

(1) *Eclesiastés*, cap. 1, 18.

## IV

### EL ARTE Y LA TÉCNICA (1)

#### I. NATURALEZA Y FUNCIÓN DEL RECURSO TÉCNICO EN LA ACCIÓN ARTÍSTICA

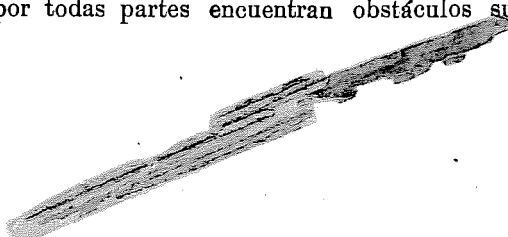
Lo que llamamos « el mundo exterior », es por completo indiferente á las cuitas humanas ; pero el hombre, valiéndose de su ingenio, trata de utilizarlo en el sentido de satisfacer sus necesidades, siempre crecientes, progresivas. En ese esfuerzo constante de utilización de los elementos que descubre en el mundo externo y dentro de sí mismo, se encuentra siempre limitado en sus anhelos. Es que siempre ese recurso es de una eficacia incompleta con relación á las aspiraciones, las que todavía crecen á medida que se aumentan los medios de acción. La aspiración se trueca en necesidad, y siempre que los recursos se amplían, crecen los anhelos, crecen las necesidades, y avanzamos en la evolución. Es inextinguible en el hombre su sed de mejoramiento, que trata de aplacar por todos los medios imaginables, y la técnica *siempre* lo limita.

(1) Llamamos *técnica* á la objetivación del esfuerzo artístico, es decir, á los recursos de que nos valemos para ejecutar una obra, para emitir un concepto ó exteriorizar emociones; en otras palabras, para *concretar la acción artística*.

Nuestro léxico no le da tal acepción á este vocablo, según creemos.

La técnica, que concreta el pensamiento generador de la obra de arte, integra y complementa la acción artística. Sin recursos técnicos, no habría manera de exteriorizar la idea que la engendra, y sin la idea generatriz, el recurso técnico carecería de sentido. Dos elementos son, pues, los que forman la acción artística: uno, *subjetivo*, y el otro, *objetivo*. El primero, como arbitrio de la inteligencia, es determinante; el segundo, el recurso de ejecución, técnico, es decir, externo, es complementario, inerte y pasivo. No hace más que aquello que el hombre-artista le obliga á hacer. Así, por ejemplo, cuando el pintor ó el escultor han experimentado una emoción que consideran digna del lienzo ó del mármol, se detienen á excogitar los mejores recursos de la paleta ó del buril, para exhibir su emoción, para plasmarla; y lo mismo hace el músico, el poeta, el dramaturgo, el que idea una construcción naval, un vehículo, un instrumento de cirugía ó una operación quirúrgica, un aeroplano, etc.,—cada cual dentro de sus respectivos medios de acción, naturalmente,— y todos ellos pueden constatar que harían más de lo que hacen, á no ser tan inertes, pasivos ó indóciles á veces, y limitados, por lo mismo, los recursos externos de que echan mano. Ese es el escollo del arte.

Si no se impusieran limitaciones técnicas á la inteligencia, sería más ávida aún la aspiración del hombre. Si nosotros no nadamos como los peces, ni volamos como las aves; ni usamos de la vara mágica de las hadas, ni visitamos á los astros, ni nos erigimos en dioses omnipotentes é inmortales, no es porque todo esto se halle fuera de nuestra aspiración potencial, sino simplemente porque nos faltan recursos técnicos para lograrlo. Debido á que el hombre se ha formado una conciencia adecuada á sus medios ordinarios de acción, no advierte que por todas partes encuentran obstáculos sus anhelos, así



como no percibe en toda su latitud la indiferencia del mundo exterior respecto de sus necesidades y aspiraciones, — mareado como está por sus propios idealismos; — pero siente todo esto, y ante tal realidad que lo abruma, ante la perpetua relatividad de sus recursos, ante esa limitación fatal, unos se rinden resignados y otros se enardecen y luchan... ó declaman. Todos, sin embargo, aspiran por igual, ansían lo más posible. Es difícil imaginar lo que acontecería si los recursos que demanda el intelecto no nos fueran regateados. ¡Hasta el salvaje aspira á la inmortalidad!

No es por modestia ni por mansedumbre que el hombre no ambiciona más de lo que le permiten sus medios de acción: es porque la realidad permanece insensible á su demanda. Es ante esta indiferencia, ante esta inercia — que se la encara por los espíritus sentimentales como una adversa fatalidad — que tantos se humillan y oran; es ante *la conciencia de esta realidad*, que otros confían en el esfuerzo y trabajan.

Desde que el anhelo va mucho más allá que el recurso, y que si éste evoluciona, también evolucionan las aspiraciones, el mejor plan artístico será aquel que tienda á obtener lo más posible *con el menor esfuerzo posible*. Esto no implica limitar aun más el recurso técnico, lo cual sería absurdo, sino que presupone la conveniencia de *seleccionar los recursos*. Tampoco excluye la libertad de esfuerzos; por lo contrario, la presupone.

Pero si es preciso seleccionar los recursos *como recursos*, — ya sea en la faz ideológica ó en la faz técnica, — no es menos requerida la selección de la finalidad á que aquél se aplica.

Si pudiera dividirse el esfuerzo artístico, se vería que se descompone así: *opción de la finalidad; selección de recursos intelectivos para alcanzarla; selección de ele-*

*mentos y procedimientos técnicos para objetivar el esfuerzo.*

Para verlo mejor, pongamos un ejemplo:

Supongamos por un instante, que unos náufragos se amparan en una isla incomunicada con el resto del planeta. — Este ejemplo tiene la ventaja de ofrecer una gran similitud con la realidad. ¿Qué somos, después de todo, sino habitantes de una isla, menos grande aún de lo que nos parece? — Volviendo á nuestro razonamiento, pensamos que esos náufragos sentirían las añoranzas inventibles de su tierra — que es la tradición — y, probablemente, á ser juiciosos, apenas satisfechas sus necesidades más perentorias, deliberarían acerca del plan fundamental de acción á ejecutar. Lo primordial sería tomar cuenta de los elementos de que pueden disponer, á fin de saber si su obra debe encaminarse á procurar una jangada con qué emprender la travesía de regreso, ó si someterse á la vida que les brinda la tierra en que se hospedan, regocijados por haber escapado á una catástrofe, salvo que, creyentes, se dieran á orar con aires de víctimas, esperando algún milagro para mejorar su condición. Bien, pues: cuálquiera que sea el ingenio de esos náufragos, se malograría su esfuerzo si yerran en cuanto á la finalidad á que debe ajustarse su acción, ya sea que resuelvan emprender el viaje de regreso, si no tienen materiales para construir la embarcación, ó ya que resuelvan permanecer en la isla, si ésta no contiene elementos bastantes para vivir allí indefinidamente. Ningún sabio-artista, por sumo que sea, podría hacer obra eficaz fuera de una orientación positiva; en cambio, si la finalidad está bien escogida, es posible llevar á cabo una ú otra empresa.

Aprovechemos de este mismo ejemplo para ver el desarrollo del esfuerzo artístico, dando por admitido que

nuestros náufragos han tenido acierto en su determinación. Se podrán ver así los tres elementos á que nos hemos referido: 1.º, la necesidad ó aspiración á satisfacer, ó sea *la opción de la finalidad*; 2.º, la selección de los recursos de ingenio aplicados á satisfacer esa necesidad ó aspiración, ó sea *el arbitrio de inteligencia en su faz subjetiva*; y 3.º, la selección de los elementos y procedimientos que se han de utilizar para objetivar y concretar el esfuerzo, ó sea *la técnica*.

Entiéndase bien que nosotros, que hemos encarado el arte como un recurso de acción unitario é indivisible, al examinarlo bajo estas tres fases no podríamos pretender dividirlo, sino tan sólo considerarlo en su desarrollo. Es tan indivisible, por lo demás, que nada contaría la finalidad ni la intensidad del concepto, cuando no pueden ajustarse á él los recursos técnicos, como nada cuentan éstos si se yerra la orientación, la finalidad, y como tampoco cuentan los elementos técnicos si falta ingenio para utilizarlos, es decir, para aplicarlos en una dirección aprovechable.

Tomando, pues, la actividad artística en toda su extensión, es claro que no puede dejar de atenderse á la dirección del esfuerzo, puesto que es un elemento capital.

El concepto inspirador y determinante de la acción, es lo que más cuenta. Es tan fundamental la opción de la finalidad, que un error sobre este punto puede esterilizar todo esfuerzo, por intenso que fuere. Ningún arbitrio intelectual podría hacer valedero un esfuerzo desviado en cuanto á su finalidad. Claro es que, para cada cual, su orientación es la mejor. Este elemento, personalísimo como es, queda librado á nuestra propia conciencia; pero, afortunadamente, la realidad es una piedra de toque infalible para aquilatar el valor del esfuerzo objetivado, y es en



ella donde más tarde ó más temprano se advierten sus efectos de un modo inequívoco. La historia, y la sociología, sobre todo, van estudiando esos efectos en el desarrollo de la actividad de los pueblos; y puede verse cuán inmensa es la suma de acción que se ha desviado de su mejor senda, para no prestar más servicio que el de documentar á las generaciones acerca de los efectos de los errores de orientación: efectos que no se aprecian con libertad mental, por causas que trataremos de explicarnos más adelante.

El concepto medular del esfuerzo artístico está en su orientación; la calidad é intensidad del esfuerzo intelectual-técnico viene en segundo lugar. Así, por ejemplo: si alguien descubriera una substancia con la cual pudiera arrasarse al hombre del planeta, y otro descubriera el medio de prolongar la vida humana y de reducir sus penalidades y dolores, ambos podrían haber realizado un esfuerzo artístico de un grado igual como esfuerzo, pero nadie negaría la superioridad de la significación del último sobre el primero.

Si es verdad que el arte es un arbitrio de la inteligencia para dar satisfacción á las necesidades y aspiraciones del organismo, sería estólido prescindir de la dirección en que se empeña el recurso de la inteligencia que lo determina, puesto que es un elemento capital. Supongamos que Darwin ó Pasteur, en vez de dirigir su acción al conocimiento, á resolver cuestiones de fundamental interés para el hombre, hubieran aplicado iguales energías en el sentido plástico, verbigracia: ¿puede dudarse de que los resultados de su obra tendrían menor importancia para el hombre? No obstante, fuera de lo que atañe á la orientación, habrían realizado una serie de esfuerzos geniales de igual intensidad; en otras palabras, habrían puesto una suma equivalente de ingenio á con-

tribución para realizar un esfuerzo de igual pujanza, excluída la dirección, naturalmente; y si esto es así, ¿cómo podría negarse que la orientación es un elemento capital en la actividad artística? Á nuestro juicio, por lo contrario, es precisamente la selección de orientaciones lo que más importa al apreciarse el valor y la entidad de la acción artística.

La orientación del esfuerzo es lo que ha de decidir, en primer término, de su valimiento.

El *arbitrio intelectual*, en segundo término, se aplica á relacionar los recursos técnicos con la finalidad de la acción. Esa es su misión en la obra artística. En cuanto á *la técnica*, ya sea que se la considere como elemento material ó procedimiento de ejecución ó de exteriorización, en ese doble carácter que suele deslumbrar á los espíritus superficiales y que también seduce á los refinados, su papel es de simple adaptación—sumisa é incondicional—á la obra de consecución á que se consagra el esfuerzo artístico. Si la técnica es el elemento de que nos valemos *para la acción*, mejor dicho, el elemento que objetiva el concepto artístico *ideológico*, resulta un instrumento, una herramienta, ó sea *un artificio* que utilizamos para llenar un fin, para satisfacer una necesidad ú otro propósito cualquiera, ya sea la emisión de un pensamiento, la exteriorización de un estado psíquico ó la obtención de una cosa. La técnica no es arte, pues, sino un elemento integrante, *complementario* del arte, y si es absurdo cultivar el arte—que es un medio—como finalidad, lo es doblemente erigir en finalidad el recurso técnico, siendo apenas, como es, un complemento del recurso artístico. Esta subversión, no obstante, es muy frecuente.

Permítasenos una breve digresión, que nos parece oportuna para mejor fijar nuestro pensamiento.

El « arte por el arte », esto que ha sido materia de discusiones, más bien que una cuestión, semeja un contrasentido. En el orden de ideas corriente, equivale á decir: culto impersonal de la belleza; pero, en realidad, siendo el arte una forma de consecución, racionalmente no se concibe que ella, por sí misma, pueda ser erigida en finalidad. Si el arte es un medio de acción — cosa que me parece axiomática — no puede juiciosamente considerarse como *finalidad*. Si se adoptara este recurso como fin, se caería en una aberración semejante á la de los gastrónomos, que entienden que el fin de la vida es comer. Sería trocar el fin en medio, y el medio en fin. Un esfuerzo consciente, vale decir, inteligente y deliberado, no debe ser inocuo, gratuito, porque esto acusaría falta de conciencia, de inteligencia. Un acto así, no puede ser deliberado, bien deliberado por lo menos. Todavía si se dijera: « el arte por el solaz » ...

Cierto que aun los esfuerzos que menos parecen ser utilizables, se utilizan. Ocurre con esto como con el matrimonio, que, según se ha dicho, si bien no está generalmente determinado por la idea de la perpetuación de la especie cuando se celebra, no por eso deja de propender á ella. Llega un día en que las propias obras más desviadas, sirven de preciosa documentación al arqueólogo, por lo menos. Mas, tan deleznable fundamento no debe adoptarse como una característica permanente, esencial. Sólo el desconcierto general de opiniones acerca del arte y la belleza, ha podido hacer de esto un lema, que á nosotros nos resulta de pura afectación.

Pero es más extraviado aún cultivar la técnica como finalidad, lo cual tiende á emplear energías estérilmente.

La evolución, guía certera, va señalando invariablemente como mejores las formas de acción positivas, que se afirman en el conocimiento. Podrá suceder que lo que

agrada ó favorece al hombre, como individualidad, no sea agradable ó favorable á los intereses de la especie, pero la inversa es imposible. Esa es la razón, el hecho, mejor dicho, por el cual van ganando terreno las aspiraciones positivas sobre las sentimentales.

Volvamos al punto en que interrumpimos nuestra exposición.

La actividad artística, á nuestro modo de ver, será tanto más fecunda cuanto más estrictamente se halle subordinada al concepto á que responde la obra, y el concepto será tanto más apreciable cuanto más se apoye en el conocimiento. Siendo los recursos técnicos más limitados que los artísticos, y éstos, por su parte, más limitados que nuestras aspiraciones, é incompletos é ineficaces siempre para satisfacerlas, no se concibe otra forma mejor para ordenar el esfuerzo.

La relatividad de los medios de expresión y de ejecución siempre cercenan el concepto y el esfuerzo, tal como se plantean en su faz ideológica. Esta relatividad comienza en el propio lenguaje y se manifiesta en todos los órdenes de la actividad artística. De ahí ha nacido la necesidad de encarar la obra de arte, *dentro de la unidad*, para acentuar su eficacia, siempre relativa, según puede verse más claramente en la música, verbigracia, y en las artes plásticas. Esto, que es de por sí un artificio impuesto por la limitación de nuestros recursos técnicos, deja ver el papel que desempeña la técnica en la obra de arte. Si es aceptable, pues, que nos valgamos de ella para subrayar, diremos, para destacar un concepto, es imperdonable que exhibamos puros recursos técnicos. Eso es tan poco juicioso como que una carantoña pretendiera despertar nuestra admiración con puros postizos.

Este criterio rige fundamentalmente todas las formas

artísticas, vale decir, todas las manifestaciones activas de la inteligencia.

Si tuviéramos que prevenirnos de un peligro personal, y se nos ofreciera un arma damasquinada, con sutiles y delicados mecanismos, bastará que no dé fuego ó que no corte, para que la rechacemos. Es que el fin del arma está frustrado, y ningún recurso técnico de ingenio puede reemplazar esa condición capital del arma. Si observamos el juego armónico de un linotipo, nos llena de admiración. Vemos allí un conjunto de piezas que, desempeñando movimientos diversos, concurren á un resultado preciso de composición tipográfica, punto menos que perfecta; mas si al examinar ese mecanismo advirtiésemos que muchos ó algunos de sus movimientos, ó de sus piezas ó engranajes, son inútiles, ó aun que pueden ser simplificados, de inmediato formulamos nuestra censura. Lo propio ocurre en todas las modalidades artísticas, porque este criterio es constante y rige en todo.

Cuando se construye un laboratorio físico ó químico, por ejemplo, como que es una obra de arte racional, ya se puede ver más fácilmente la necesidad de adecuar la forma y la calidad de los materiales á su fin natural. Salimos de lo que « parece ser » arbitrario, porque es más difícil de concretar.

En la pintura, la escultura, la poesía, la música, etc., destinadas á exteriorizar conceptos menos precisos, estados psíquicos complejos que no obedecen á leyes conocidas, y que son personalísimos, puede ocurrir que no se vea tan fácilmente si el recurso técnico se subordina al concepto, mas no por eso será menos requerida tal subordinación; y, precisamente, la inacabable discusión que promueven las obras de este orden, se reduce á apreciar: primero, la entidad y la efectividad del concepto, y luego, la mayor ó menor adecuación de los re-

cursos técnicos empleados. En cualquier caso, si fuera posible explorar los factores que intervienen para determinar cada esfuerzo, se llegaría á establecer cuál es el máximo que pudo alcanzar cada uno, con arreglo á su individualidad, es decir, á su temperamento, y se juzgaría, en primer término, la conceptuosidad del mismo, y en segundo lugar, la mayor ó menor adaptación del medio técnico empleado, á su finalidad.

En la actividad artística de índole racional, nadie pone en duda que la técnica desempeña un papel de perfecta subordinación al fin de la obra. Si un cirujano, verbigracia, revela una gran destreza manual, no nos merecerá por eso solo confianza ni aprecio; al contrario, preferiremos al que tome groseramente el bisturí, si salva á sus enfermos. Cuando vamos al teatro, en cambio, ya no somos tan lógicos. Desfilan á veces personajes faltos de toda verosimilitud, y á condición de que nos digan «bellas cosas», con *esprit*, se les aclama. El vulgo, más práctico, — en cuanto pueda entender, — se considerará defraudado si la acción no tiene realidad capaz de emocionarlo; pero los intelectuales, más refinados á causa de su propia preparación, propensos á considerar la filigrana exterior antes que la substancia, se creerán en el caso de manifestar su complacencia, sin advertir que hubieran podido saborear mejor ese vano deleite por medio de un libro, y cómodamente repantigados en un buen sillón casero. La filigrana técnica es un lujo, simplemente, y en materia de lujo, parece que lo arbitrario es la regla. Así, por ejemplo, los famosos gobelinos, tan preciados, no agregan un ápice á su valor artístico por el hecho de que se hayan tejido con una paciencia de benedictinos, de igual modo que una obra arquitectónica no aumentaría su mérito por el solo hecho de haberse construído con pequeños guijarros, en vez de hacerlo con

granito en bloques ú otro material. Si el fin de la obra es el concepto que la informa, ese diminuto punto de tapicería no le agrega otra cosa que la ostentación suntuosa, si el concepto que expresan esos puntos microscópicos pudiera expresarse de igual modo por un medio más simple.

Se dice, para demostrar la excelencia de esta forma artística, de este derroche de prolijidad inútil, el cual consume energías tan considerables, que pueden obtenerse así matices muy delicados; pero se verá que, en realidad, lo único que la inspira es un propósito fastuoso. No hablemos de lo inconsulto que es invertir energías innecesariamente, cuando hay tantas maneras de hacerlo con provecho; pero aun dentro de ese mismo afán suntuoso, no es recomendable la posposición del concepto á la exterioridad técnica. De igual modo que no se crían músculos para mostrarlos vanidosamente á los vecinos, no se adquieren conocimientos técnicos para ostentarlos fuera de una finalidad racional.

En cualquier orden de manifestaciones de arte, el mayor mérito técnico dependerá de la «adecuación» del recurso, y tanto es así, que cuando juzgamos una obra, tomamos en cuenta su finalidad, para saber si el recurso se ha subordinado á ella convenientemente.

Si bien es cierto que en el campo emocional es menos visible la sumisión ó la insumisión del medio á la finalidad, no por eso deja de ser igualmente obligada. Si se dispusiera, por ejemplo, la erección de un templo á la fortuna, á la poesía, á la gracia, al cálculo ó á cualquiera otra entidad abstracta, parecería caerse en lo arbitrario, porque, en tal caso, no hacemos más que exteriorizar nuestro propio concepto acerca de estas abstracciones. Se dirá que es lo mismo que ella se plasme en la piedra, en el hierro ó en el bronce, etc., puesto

que, en resumidas cuentas, sólo se trata de exponer la idea subjetiva, intangible é inconcreta pues, que nos hayamos formado al respecto, y lo propio se dirá en cuanto á si ha de simbolizarse con una aguja, un arco, una torre, una cúpula, ó si los materiales que se emplean han de ser cincelados como filigranas de orfebrería, con incrustaciones ó engarces de piedras preciosas, ó bien presentados toscamente. Pero, á pesar de esa aparente arbitrariedad, la mejor solución es siempre la que define más eficazmente *el concepto* de la obra, y ciñe más sumisamente el recurso técnico á ese concepto.

En la propia obra musical, verbigracia, sea cual fuere su entidad, podrá verse que poco nos interesa que el compositor ó el intérprete exhiban respectivamente su erudición, su destreza manual ó su vocalidad, ó sea sus recursos técnicos, si no nos emocionan. El auditorio, en ese caso, se considerará burlado, con toda razón, y en cambio, se complacerá tanto más cuanto menos se advierta el esfuerzo técnico, puesto que así se emocionará más hondamente.

Los conceptos superiores y más estimables ni requieren el realce de la técnica; al contrario, sólo exigen que se les pulimente y se precisen, á fin de exhibirse en toda su desnudez. Los detalles é incidencias, si no concurren á prestigiar el concepto, resultan incómodos. En las obras consagradas, puede verse que los maestros sacrifican todo aquello que es innecesario para emitir su concepto, — el cual, naturalmente, sobrevive por sí mismo, porque es superior, — y es así que se obtiene la mayor intensidad y la mayor eficacia; los adocenados, por su parte, se pierden y se marean dentro del detalle, incapacitados como están para descubrir las líneas más generales y más amplias de la síntesis. Son pocos, es cierto, los que pueden empinarse lo bastante para verlas, mas no por eso



debe dejarse de intentarlo, por cuanto es lo que realmente interesa. Los más se malogran deslumbrados por el brillo falaz del recurso técnico, y pierden la senda que, por lo menos, habría de hacerles producir el máximo esfuerzo de que son capaces.

En la literatura pueden verse los efectos de tal extravío más fácilmente. Si el tiempo que se invierte en aderezar frases sonoras se aplicase á cultivar la idea, á ahondar la observación y ordenar los pensamientos, es indudable que se produciría mucho menos en cantidad, pero la producción mejoraría en calidad. Se trabaja mucho, demasiado quizá; no obstante, en cualquier orden de esfuerzos puede advertirse que la producción ni tiende siquiera á ser efectiva, lo cual deja ver que no podrá ser duradera. Las ideas quedan, como quedan los huesos; mas esos pacientes recamos y alamares técnicos, los tejidos del culteranismo literario que pretenden sobrevivir por sí mismos, fuera del concepto, están perdidos irrevocablemente. Ni son perdurables, aun cuando parezcan de buena calidad y aptos para sobrevivir.

Son muchos los que han incurrido en el error de suponer que hay un «arte de escribir», el que, por circunstancias accidentales, logra hacerse camino, sin advertir que en materia literaria no puede sustituirse *el arte de pensar*, que sólo acude al recurso técnico para precisar, para fijar las ideas, dado que no es lógico erigir la faz técnica — que es y debe ser accesoria — en asunto principal.

En la obra teatral ocurre otro tanto. Los dramaturgos, y sobre todo los comediógrafos, explotan casi exclusivamente el «truc» escénico, los éfimeros juegos de palabras, el simple «esprit», no ya la nota afrodísaca, banal y bufonesca, en vez de observar un ambiente tan lleno de *conceptuosa comicidad* como es el nuestro, hoy que nos

hallamos en la línea de transición entre una influencia sentimental que decae, y una influencia positivista que surge vigorosa.

No se escribe ni se habla con sinceridad. Por eso es que no se lee ni se escucha con recogimiento. Prepondera el aparato técnico, dirigido á menudo á propiciar intenciones que no se manifiestan, y de ahí no puede esperarse la observación sincera, aleccionadora, fecunda. La ficción exige el oropel técnico; sólo la sinceridad puede desdeñarlo, y ésta, muy á menudo, más á menudo de lo que se piensa, se halla excluída como cosa inferior, en la falsa inteligencia de que el recurso técnico suple ó puede suplir el concepto substancial. Por eso es tan raro ver expuestos con franqueza juicios íntimos, ó estados de conciencia. Se queda uno perplejo al constatar que los hombres, en vez de encaminarse á concretar la verdad, — que es lo que más nos interesa, por cuanto es insuperable, — creen ser más prácticos adoptando convencionalismos inveterados y arbitrarios, que concluyen por esclavizar dentro de una desolante unilateralidad. Se comprende que al decir esto nos referimos á la mayoría, no por cierto á los espíritus clarovidentes, los que, por el solo hecho de serlo, están libres de ese vicio tan deplorable.

La vanidad, la admiración de sí mismo, dentro de una desviación del instinto, hace que se viva y se prefiera vivir en la ilusión, que es engaño, antes que en la realidad, *que es*, y que, por lo mismo, es superior é incomparable. No es la vanidad un hallazgo de ayer. Ella debió desequilibrar al hombre desde los tiempos más primitivos, y acaso las más incipientes conquistas técnicas ya lo envanecieron. Desde que construyó los primeros silbatos ó flautas con huesos de aves, y aun antes quizá, ha debido enorgullecerlo su técnica, y ha sentido el deseo

de exhibirla como cosa superior. No fué menester que se llegara á la época « métrica » de la evolución musical <sup>(1)</sup>, que parece ser la más avanzada de nuestros días, ni siquiera al tetracordio y la cítara infantiles, para que pensara el « virtuoso » que hacía prodigios artísticos. La pedantería « académica » debió florecer desde los albores de la vida humana. Ese alarde con que se exhibe el recurso técnico, hoy todavía, desde muy temprano ha debido desviar y malograr energías inapreciables, que pudieron aprovecharse positivamente á haber habido un criterio más claro acerca de la misión del arte y la de la técnica.

El recurso técnico apenas se excede, desnaturaliza el fin de la obra, trocando el arte en ficción, presentando el mejor medio de acción que tiene el hombre en un simple aparato insubstancial, de puro efectismo, de tal modo que para nosotros no hay tema para caricaturar más cáusticamente la vanidad humana, que el de exhibirlo en el apogeo de su orgullo cuando hace sonar un pífano ó una flauta.

Por más compleja que sea una obra artística, todos sus elementos deben ordenarse de manera que el concepto inspirador prevalezca y triunfe por encima de todo. Para ello es menester que haya un concepto efectivo, es decir, una finalidad real, porque, de otro modo, es una obra sin objeto, un esfuerzo perdido. ¿Podría lógicamente haber un esfuerzo inteligente sin finalidad efectiva? ¿Sería acaso una finalidad plausible la simple ostentación vanidosa de conocimientos penosamente adquiridos y á menudo no asimilados, ó de cualquier otra habilidad técnica? ¿Se concibe un instrumento, por complicado que sea, que no tenga una aplicación práctica? Lo mismo es manifestar una habilidad técnica fuera de todo concepto.

(1) Vincent D'Indy: *Curso de Composición Musical*.

Al par que se admira como cualidad superior la sinceridad, la sobriedad, la sencillez que acompañan á las más grandes obras del ingenio humano, se admira también la pura exterioridad técnica, como se admiraría el músculo de un paralítico, y se supone que el ropaje técnico puede sustituir al concepto. Desde luego, el que finge, por mucho talento que tenga, no puede ser sincero, ni sobrio, ni sencillo, ni eficaz, porque se coloca, mejor dicho, pretende colocarse fuera de la realidad. El técnico, por hábil que sea, no puede prescindir del concepto, porque sin él no hay más que simulación, ficción, absurdo. Es siempre infructuoso ese intento, y es así que la afectación técnica concluye por engañar al mismo que la emplea. Debido á que no se ha precisado el papel de la técnica en el arte, es que se vive en un perpetuo embrollo, el cual comienza á acusarse en la admiración de cosas tan antagónicas como son la sinceridad, la sobriedad, la sencillez y *el artificio técnico*,—tan contradictorios como son,—y concluye por manifestarse en apologías de la honestidad artística, dentro del propio humo y chisporroteo de la simulación del concepto, con la misma conciencia con que un pirotécnico ó un prestidigitador proclamarían la substancialidad de su obra y su amor á lo substancial.

El presentar recursos técnicos fuera de toda estrecha subordinación al concepto, á que ellos deben necesariamente responder, es siempre condenable.

De lo que antecede se deduce que la condición superior de un esfuerzo artístico *es su eficacia*, y ésta depende de que, por un lado, sea efectiva la necesidad ó practicable la aspiración que el esfuerzo tiende á satisfacer, y de que, por el otro, los recursos que se emplean sean adecuados á dar satisfacción á aquella necesidad ó aspiración.

Una línea de conducta ideal artística sería, pues, aquella por la cual se tratara de definir, en primer término, la mejor orientación, y luego, de aplicar el ingenio lo más estrictamente que sea posible, á producir en ese sentido. Se verá más claro en adelante, que nosotros no excluimos el solaz. Sólo tomamos en cuenta aquí la importancia de la selección de finalidades del esfuerzo y la conveniencia de someter á éste á la consecución más directa de las finalidades consagradas como mejores.

Lo expuesto nos permite deducir, por lo menos, las siguientes conclusiones:

1.<sup>a</sup> Que siendo siempre mayores las necesidades y aspiraciones que los recursos de acción, el esfuerzo artístico debe encararse de modo que se obtenga *un maximum de resultado con un minimum de esfuerzo*.

2.<sup>a</sup> Dado que la eficacia es una condición fundamental del esfuerzo, éste ha de ser *lo más adecuado posible á su finalidad*.

3.<sup>a</sup> Que el esfuerzo artístico presupone necesariamente una deliberación y, en consecuencia, una selección de recursos. El esfuerzo será tanto más estimable, pues, cuanto más victorioso resulte: de ahí que *la simplicidad* sea una de las características de la obra de arte.

4.<sup>a</sup> Que el esfuerzo artístico debe encararse dentro de *la mayor unidad posible*, para adquirir su mayor intensidad.

5.<sup>a</sup> Que siendo ineficaz el artificio, por sí mismo, se impone *la sinceridad* como medio más efectivo de acción.

6.<sup>a</sup> Que siendo siempre limitados, si bien progresivos, los recursos técnicos, para la consecución de un ideal más progresivo aún, es inconsulto restringir las inicia-tivas bajo una reglamentación definitiva, desde que siempre es posible esperar un mejoramiento.

## II. LA OBRA DE ARTE

Se explica que un nuevo elemento, un nuevo agente que se agrega á los medios usuales de acción, despierte una multitud de anhelos virtuales, latentes, que no podían mostrarse siquiera, no ya prosperar, comprimidos por falta de ambiente, y que, entonces, surgen y pululan alrededor del nuevo recurso como enjambre, como las hormigas en una planta de brotes tiernos. Los más animosos se aprestan á deducir el mayor número posible de aplicaciones útiles para aplacar la demanda, siempre insaciable, siempre contenida por impotencia; los demás, la masa humana — tan escéptica en lo que se refiere á las conquistas positivas como crédula en lo que atañe á las promesas de la leyenda tradicional — sólo se decide á aprovechar de la conquista apenas palpa sus excelencias.

Esta utilización de cada agente, de cada elemento, es una obra incesante, interminable. Un nuevo filón técnico representa á veces una honda transformación de la actividad general. El bronce, el hierro, la pólvora, el vapor, la electricidad, etc., han convulsionado las formas de acción, y podemos ver hoy mismo, que asistimos á una etapa tan fecunda en descubrimientos, por un lado, que todavía se utilizan los recursos más primitivos — en su faz práctica, que es la única destinada á perdurar — y, por el otro, que los nuevos descubrimientos se abren camino cada vez más fácilmente y operan cada vez más rápidas modificaciones en el modo de actuar y en el modo de vivir. Sólo el descubrimiento de la causa de las fermentaciones y el de las ondas hertzianas, en brevísimo tiempo han determinado un proceso admirable de aprovechamiento. Es cierto que sus proyecciones incalculables, apenas se vislumbran.

Una consecuencia natural de estas trasmutaciones de

la acción, es un avance en el orden de las ideas. Sin embargo, es preciso reconocer que es lenta la evolución ideológica en la multitud humana. Hoy mismo, que disfrutamos de tantos beneficios de que carecían nuestros antepasados, hay muchos ilusos que llegan á envidiar su suerte, causa de una evocación incompleta, sin advertir que la vuelta á ese pasado que seduce, implicaría la pérdida de mucho y de lo mejor que poseemos, de lo mismo de que no podríamos privarnos sin lamentarlo. Las conquistas se insinúan de tal modo en nuestros usos, que casi nos es imposible dejarlas de lado en nuestras meditaciones, identificados como estamos con ellas. Las múltiples aplicaciones industriales de la imprenta, del vapor, de la electricidad, de la asepsia y la antisepsia, etc., han determinado ya un número tal de necesidades, y están de tal modo asimiladas, utilizadas y ligadas á nuestra manera de vivir, que su supresión conmovría aun más que un fenómeno sísmico.

Si es cierto que la mayoría es pasiva, no lo es menos que hay un espíritu ávido de investigación entre los selectos, los cuales en tanto que se operan innumerables derivaciones y aplicaciones de las nuevas y viejas conquistas, procuran alcanzar otras victorias sobre lo desconocido, sobre lo inexplorado; y así como la resistencia á lo nuevo obstaculiza los mayores beneficios que podrían obtenerse, por la divulgación de los progresos realizados en las avanzadas, la pasión de lo nuevo impone el progreso y obliga á evolucionar hasta á los más recalcitrantes. Basta un descubrimiento, en cualquier orden de actividades, para que se avance un paso, y para que nazcan nuevos anhelos é iniciativas de radiaciones indefinidas é indefinibles por su extensión y variedad.

En ese proceso vívido de avance, la humanidad aprovecha, sin detenerse á indagar de dónde viene la idea

inicial; y no aprovecha tanto como pudiera, debido á las trabas de la propia tradición que venera. En ese batallar perpetuo en pos de la idea, que mantienen á su costa, casi siempre, los investigadores, la mayoría asimila difícilmente, y no todos asimilan. Los mismos favorecidos, diríase que disfrutaban del beneficio de las conquistas científicas como las muchedumbres gozaban del espectáculo de los circos, sin conceder más que un leve palmoteo y, á veces, ni eso mismo. Hasta parece que se avanzara cuando no es ya posible dejar de hacerlo, y todavía á regañadientes. ¡Tan inerte es la pasta humana! En esa obra de arte inmensa, y tan compleja como inmensa, ni se conoce la procedencia de los más importantes aportes. ¡Tal es la incuria del hombre y tanta su ingratitud!

Por fortuna, no es todo masa inerte y negligente. Hay siempre alguien que brega por el conocimiento, y éste, como una panacea, dondequiera que se manifiesta, ensancha los medios de acción y eleva y pondera la conciencia. Cada paso en ese proceso, *cuyo punto de mira necesariamente es el hombre*, produce un semillero de consecuencias beneficiosas. Ellos son los grandes propulsores del progreso.

La anatomía comparada, la paleontología, la embriología, la histología, han permitido al biólogo sustraer el problema de la vida de la especulación apriorista, — en la que estérilmente se debatía el filósofo, pretendiendo encontrar dentro de las estrechas paredes que encierran su magín, como si allí por fuerza tuviera que hallarse, la clave de la verdad integral, — para llevarlo al campo abierto de la observación de la naturaleza en un terreno mucho más firme y promisor. Aun cuando no se hubiera obtenido más provecho que el de librar al hombre de la miserable condición de zozobra en que vivió, esto solo



haría de la ciencia la cultura superior y más fecunda de la actividad humana. ¡Qué distintos son los horizontes abiertos á la inteligencia!

Tan fecunda es la obra de la investigación cognoscitiva, que sus efectos son *progresivos*. Es ya considerable el resultado de la obra de los zoólogos, que parecían dedicados á una tarea de pura curiosidad infantil. Merced á su acopio de observaciones, se descubre una identidad esencial entre todos los organismos y en las manifestaciones vitales. Lamarck induce la teoría de la descendencia, y Darwin la de la selección y la herencia. Surge de ahí la soberbia teoría de la evolución; por otro lado, Schleiden funda la teoría celular, Neumeister considera el protoplasma como una noción química, y surge de ahí una nueva orientación en medio del inquietante laberinto, una serie de simplificaciones que dejan vislumbrar la propia analogía de los animales y vegetales, de constitución celular también. En vez del «surmenage» filosófico estéril de los aprioristas, que han llegado hasta á considerar la vida como una adversidad, aparece el moderno monismo vigoroso y optimista.

Basándose en la obra de sus predecesores, desde Aristóteles á Arquímedes, á Galileo y Newton, por otro lado Huyghens, Leibniz, Mayer, Prescott y Helmholtz constatan que, además de la conservación é indestructibilidad de la materia, ya observada por Lavoisier, hay que reconocer también la indestructibilidad de la energía. Los propios aleccionamientos que dejó la comprobación de la insolubilidad del apasionante problema del movimiento continuo, sirvieron para alcanzar este admirable resultado, y más tarde se supo que había sido descubierto también por el gran Sadi Carnot el llamado «segundo principio», el cual quedó en la sombra por mucho tiempo, hasta que se exhibe triunfal y completado por Thomson y Clausius.

De esta suma de esfuerzos nace la teoría moderna del equilibrio, también apta para dar un sentido racional y optimista á la vida.

Pero, lo desconcertante es que los más grandes artistas, los más eminentes benefactores de la humanidad, permanecen casi ignorados, en tanto que otros, cuya obra no podría soportar siquiera el honor del parangón, son aclamados y recompensados con munificencia, y á algunos hasta se les deifica. Éste es el efecto del error que campea acerca de la misión del arte. Y ¿cómo podría aquilatarse la contribución efectiva de cada artífice, el mérito de cada concurso, si todavía no se ha precisado qué es el arte y cuál es su misión? Es tal el desorden en las ideas sobre este punto, que, por lo común, se vierten frases á cambio de juicios, y en esa vaguedad en que se vive sobre cosa tan fundamental, ha podido sustentarse el concepto falso, falsísimo, de que los más eximios artistas son los que descuellan en la cultura de las « bellas artes », siendo así que todo lo que poseemos, en cuanto á bienes ajenos á nuestra propia estructura, lo debemos á los que han ampliado el dominio científico, que son artistas incomparables.

Cuando se habla de la « obra de arte », todos imaginan un cuadro, una estatua, un poema, una sonata, un monumento arquitectónico. Éste es el concepto tradicional; y es tan obscuro este concepto, que no tenemos un vocablo para distinguir la obra de arte superior, ni se han fijado las ideas sobre este punto. Cada cual piensa á su manera; no obstante, si se medita un momento, se ve que no hay obras de arte tan características como las que se realizan en el orden del conocimiento, que son las que rectifican y mejoran las formas primitivas de acción, adaptando más racionalmente el hombre al mundo exterior y facilitando su evolución natural. La gran obra de arte

es, pues, la civilización; obra en la que no se sabe con certeza — en medio del desacuerdo general de las ideas — quién ha hecho algo, ni quién ha hecho más. Los artistas descollantes en ese modelado inmenso, colosal, inabarcable, se ofrecen como sucesores de otros, que acaso lanzaron la chispa inspiradora desde la obscuridad del anónimo definitivo. ¿Quién descubrirá jamás el nombre de esos grandes iniciadores? En la gran colmena humana, donde algunos, sólo algunos pocos, se contraen con ahinco á inducir, á deducir y utilizar ese pensamiento cuyo engendro tan á menudo no se sabe de dónde viene, los desconocidos beneméritos son tal vez más que los olvidados.

Si el arte para todos los organismos es el mejor medio de satisfacer sus necesidades y sus aspiraciones, si las tienen, ¿por qué no ha de ser así para el hombre, organismo superior? ¿Por qué no ha de tener precedencia en la obra humana el arte que más eleva y dignifica al hombre y á la especie? ¿Puede haber algo de más claro que el arte «humano» mejor es el que sirve más eficazmente *al hombre*? ¿Y hay algo más evidente, acaso, que lo que conduce mejor y con más seguridad al artista, es *el conocimiento*?

Para nosotros, no hay obras superiores á las que se producen en las vías científicas, y en el sentido de esparcir el conocimiento por la divulgación. La obra de arte, en su acepción más elevada, es un paso victorioso sobre lo desconocido; es un nuevo recurso que puede utilizarse para satisfacer la necesidad de mejorar, que es ingénita en los organismos, y que es orgánica en el hombre; en otras palabras, la obra más estimable es la más beneficiosa, y como nada es más beneficioso ni prolífico en bienes que el conocimiento y la diseminación del conocimiento, la obra de arte superior es, naturalmente, la que se realiza en esas vías. Esto, por lo demás, esta sen-

cilla verdad casi perogrullesca, está en todas las conciencias, impresa por la acción orgánica secular. Apenas se nos pide opinión acerca de una obra cualquiera, vienen á los labios estas preguntas: —¿Qué nos dice de nuevo?, ó bien, ¿qué nuevo servicio nos presta? Esto es instintivo. Sin embargo, el espejismo del « más allá » — también instintivo — ha hecho pensar que puede haber algo superior y más estimable para el hombre que la realidad, y de ahí, de esa ilusión ha podido nacer el contrasentido de apreciar en más lo que sirve menos.

La falta de precisión en las palabras denuncia confusión en las ideas, esa arbitrariedad flagrante que se advierte en todas las disquisiciones sobre tópicos artísticos. Las sugerencias tradicionales y las divagaciones pragmatistas metafísicas, — que son su consecuencia, — han mantenido ese miraje, como un prejuicio tenaz, á través de los siglos. Convenimos en que los cerebros no siempre se abren á la evidencia con la espontaneidad con que se abren las flores al sol.

### III. LA ENSEÑANZA

Los efectos de tanto error como hay en todo lo que se refiere al arte, se hacen sentir especialmente en la enseñanza. Casi siempre se la encara del punto de vista técnico, en la falsa inteligencia de que la técnica y el arte se confunden.

Los que creen haber descubierto las mejores formas de acción artística de un modo definitivo, están en una condición análoga á la de aquellos que juzgan del planeta por el pequeño rincón en que viven. Pensar que se conocen las mejores reglas de producción, cuando éstas de continuo evolucionan, es prescindir de un hecho tan evidente como es la incesante renovación que se opera en todas las ramas de la actividad.

Los espíritus formalistas, sin embargo, siempre tratan de ceñir la técnica á un cartabón uniforme, que, á su juicio, es inmejorable. Fuera de que esta enervante ilusión no se tiene en pie, por cuanto basta un nuevo factor para que todo se conmueva y deba reformarse; fuera de que es más exacto y saludable pensar, al contrario, que siempre puede haber recursos más adecuados y eficaces que emplear, esta idea resulta particularmente perniciosa en la enseñanza, porque limita la libertad del esfuerzo, hace tabla rasa de la personalidad y, al intentar la consagración definitiva de los medios de acción conocidos, atenta á la ley del progreso.

No hay ni puede haber una fórmula artística ó técnica inquebrantable, porque nadie sabe qué nuevos elementos y agentes podrán acrecer el dominio humano. Sería interminable enumerar las trasmutaciones operadas en las formas de la actividad artística. Toda conquista, por lo común, señala una nueva etapa en la evolución. Cualquier novedad hace que se trastornen los formularios de la técnica rutinaria, más ó menos hondamente; pero el error se basa, casi siempre, en la suposición de que cada conquista es la última.

El prurito conservador induce á la reglamentación, á la mecanización del esfuerzo, porque no toma en cuenta la evolución, por un lado, y, por el otro, no advierte que en la realidad, como en las clínicas, hay más bien « casos », es decir, antes enfermos que enfermedades; y que no hay, pues, necesidades ni aspiraciones constantes y uniformes, sino, al contrario, cambiantes, particulares, por lo cual más juicioso es considerar que no hay dos soluciones igualmente oportunas en cada caso. Esto es lo que mejor caracteriza el verdadero concepto del arte.

La técnica consagrada es al arte lo que la escuela es á la vida, vale decir, un aprendizaje inicial, una prepa-

ración á completarse, porque siempre es incompleta. No obstante ser tan clara esta verdad, los centros de enseñanza vierten sus fórmulas como insuperables, cultivan la erudición más que el razonamiento, descuidando las facultades superiores del alumno, si acaso no se condenan como una rebelión. Lo que se llama enseñanza, se reduce casi siempre á preconizar los recursos de acción más conocidos, y aun las propias formas pretéritas, con un espíritu admirativo antes que analítico, reaccionario más bien que conservador. Todavía en los centros de enseñanza se hace la apología de lo viejo antes que su crítica, y de este modo es que tanto cuesta reconocer la excelencia de lo nuevo. Puede decirse que se da á los alumnos una colección de « instrumentos », en vez de ideas y orientaciones para que puedan desarrollar y utilizar su individualidad lo más posible, y es así que tan á menudo se confunde la « herramienta » para actuar, con la acción misma.

Aun admitiendo que los medios técnicos no hubieran podido evolucionar desde que florecieron las artes de la antigüedad, — lo cual es inexacto, por lo demás, — aun así serían inadecuados para nuestros días en la forma en que entonces se aplicaron, desde que no es posible desconocer que ha cambiado el concepto general de la existencia, que otras son las necesidades y aspiraciones humanas, y que también, á la inversa de lo que intenta el conservatismo académico, debe siempre optarse por el concepto y no por la habilidad técnica, puesto que aquél es más esencial y estimable. En vez de desequilibrar, pues, al alumno por una hipermagnificación del pasado, como ideal inmejorable de producción, debería inculcársele un espíritu de independencia, de observación, de investigación libre, de inventiva, que lo habilite, si no para acrecentar, para asimilar, por lo menos, las conquistas de

lo porvenir. Lo antiguo debe servirle de documentación, mas no de punto de mira para encaminar su esfuerzo.

Si el arte es un medio de acción y la técnica un elemento complementario del arte, nuestro esfuerzo debe tender á procurar lo que se anhela por el recurso más directo y eficaz, y no en el sentido de lo que se ha hecho hasta entonces. De la relación de la armonía y proporción entre el medio empleado y el fin propuesto, dependerá el mérito, la justedad <sup>(1)</sup> de la obra. Fuera de ese equilibrio, se entra en lo arbitrario, que no puede fundar un criterio positivo y razonado, como es el que impera en definitiva, y debe imperar, en la acción artística.

Si se observa lo que ocurre, se verá que siempre se repite este fenómeno: el innovador aporta nuevas orientaciones y recursos; todos los elementos activos se dan á aprovecharlos, deduciendo las consecuencias posibles, y el espíritu conservador formula sus pautas, en la inteligencia de que ya se ha dado el último paso de avance. Este proceso es constante y, sin embargo, á pesar de ese aleccionamiento, hay una tendencia, bastante acentuada aún, á desconocer la ley invariable de evolución, cuando no se manifiestan aspiraciones regresivas.

En las escuelas de arte, como en todas las demás, debería, pues, según comienza á hacerse, preocupar muy

(1) Empleamos este vocablo anticuado de la lengua, como el más equivalente, á nuestro entender, de la locución francesa «justesse», esto es, la calidad de lo que es apropiado, adaptado, exacto, tal como debe ser, etc.; y dado que ya hemos debido y deberemos emplear aún, en adelante, algunos americanismos, galicismos, anglicismos y neologismos, que-remos, una vez por todas, dejar constancia de que, preocupados principalmente de precisar nuestras ideas de la mejor manera que nos sea posible, más que de la pureza del lenguaje, usamos de él como de un recurso por completo subordinado á las exigencias del pensamiento, y en la persuasión de que todo lector á quien pueda interesar este libro, comprenderá fácilmente el significado de esas palabras. Sólo nos detendremos, pues, á fijar el sentido de ciertos neologismos, si fuera necesario.

principalmente la idiosincrasia del alumno, para mantener en él un espíritu optimista, creador, más bien que someter á todos á iguales disciplinas, que desvían á los más de su mejor senda. De ese modo se operaría la selección de aptitudes en una forma racional y provechosa, multiplicando la variedad de los recursos de acción, en vez de uniformarla conventualmente. Sería saludable hacer propaganda, en las filas escolares, en el sentido de que comprenda cada cual, por un lado, que por todos los medios racionales, y en todas las vías, hay siempre la posibilidad de mejorar lo existente, y, por el otro, que *nadie ha de dar más de lo que puede*, y que ese máximum en cantidad y calidad lo obtendrá cada uno solamente dentro de las inclinaciones y peculiaridades de su propia individualidad, y nunca fuera de ahí. Las escuelas, por lo general, hacen confiar demasiado en el recurso técnico y en la eficacia del enseñamiento, como si ello bastara para formar al productor óptimo, no ya para hacerle producir lo más posible. Los alumnos, así mistificados, van á la caza del diploma antes que á procurarse los conocimientos de que han menester para dar amplio campo á sus aptitudes personales.

Es tan cierto que predomina la ambición del diploma, que en nuestras propias universidades oficiales, hasta hace poco, por lo menos, se ha considerado una adversidad el que sean demasiado frecuentadas, lo cual sería un colmo de absurdos si la enseñanza tendiera al conocimiento, es decir, á dar una preparación racional. Si fueran lo que deben ser, centros destinados á suministrar la información, el conocimiento, la documentación requerida para que el alumno pueda hacerse un productor competente y concienzudo, entonces se miraría como una promesa auspiciosa el que fueran muy frecuentados tales centros. Simples almacías de proletarios profesionales, en cambio,



se comprende que su frecuentación se la considere una amenaza.

No basta que el alumno escoja una carrera más ó menos cómoda y halagadora, ni que se aplique á ella, para que pueda descontar sus triunfos futuros: es preciso también que se compulsen debidamente sus condiciones, para determinar la dirección en la cual será más espontáneo y proficuo su esfuerzo. Aun cuando alguna profesión goce de mayor prestigio, tal cosa no debe ser decisiva para señalar la vía á seguirse, dado que la vía mejor será siempre aquella en la cual la personalidad sea de por sí una ventaja más bien que un inconveniente; pero con la falsa idea de que el estudio lo vence todo, se piensa que la elección de carrera es una cuestión baladí. Al contrario, desde que comienza la instrucción más elemental, debe preocupar el examen de la individualidad del alumno, á fin de que mediante una preparación adecuada, pueda resultar idóneo para producir lo más y lo mejor de que es capaz. En las escuelas industriales, especialmente, debería procurarse con esmero la más acertada selección de aptitudes, encaminando la acción del alumno desde los tanteos iniciales, y dentro de la mayor libertad posible, á fin de encauzarlo hacia sus vías naturales, dentro de sus inclinaciones más espontáneas, resueltamente, en vez de exigirle el sacrificio de su personalidad, ó de seducirlo con los halagos de una senda que no es la suya, en la que por fuerza habrá de malograrse. El que hace lo que le es permitido hacer dentro de sus aptitudes naturales, concurre de la mejor manera posible á los fines sociales y á los propios, — á la vez que aprovecha más de sus energías, — en tanto que aquel que sale de esa vía normal, desnaturaliza su esfuerzo, y, al perjudicarse, perjudica á la comunidad social.

Cargar con un diploma y un bagaje técnico inadecuado á la personalidad del alumno, es preparar fracasados que, aturcidos por el brillo de estos engañosos caudales, naufragan en la acción y se dan aires de víctimas, cuando no de genios no comprendidos. Es difícil que caigan en la cuenta de que han errado su camino, y aun así, casi siempre es tarde para rectificarlo convenientemente.

En cualquier orden de producción, no basta, pues, la armazón técnica: es preciso, además, una conciencia directriz, para que haya sinceridad, esto es, probidad. De otro modo tan sólo se exhibe una exterioridad, la que, por atildada que sea, no compensa las condiciones intrínsecas más estimables de la producción. Esos hombres pertrechados de conocimientos y habilidades técnicas que no se avienen á la índole de su individualidad, quedan así definitivamente desviados é incompletos. Recuerdan á esas aves de hermoso plumaje, tanto más vistoso, por lo común, cuanto menos expresivo es su canto.

---

## V

### LA CRÍTICA

#### I. NATURALEZA Y FUNCIÓN DE LA CRÍTICA

Si el arte es una forma «deliberada» de acción, presupone necesariamente la intervención del elemento crítico, porque él está siempre implícito en toda deliberación, *es la deliberación misma.*

Así como la técnica integra el esfuerzo artístico — indivisible, por lo demás — como elemento objetivo indispensable para exteriorizarlo, la crítica integra el arbitrio generador del esfuerzo, como complemento subjetivo, y no porque esta función se desempeñe á veces por terceros, accidental ó permanentemente, deja de ser idéntica en su esencia á la auto-crítica que acompaña á todo razonamiento, á toda manifestación consciente de la inteligencia.

Si consideramos este elemento en su instante inicial y en su faz más simple, veremos todavía más claramente que es imposible disociarlo del razonamiento, de la deliberación. Al decidir un acto no mecanizado por el hábito, hemos juzgado ya de sus consecuencias, por medio de un concurso crítico. El labrador, v. gr., cuando resuelve hacer un plantío, ha considerado las circuns-

tancias que á él se refieren, el pro y el contra, y sólo cuando, según su razonamiento, todas ó las más de las probabilidades se inclinan hacia lo primero, es que se determina. Hasta en actos más simples aún, puede verse lo mismo. Si tomáramos la vida humana en sus aspectos incipientes, en la tribu, por ejemplo, ó en el propio clan, se podría advertir otro tanto. Supóngase que allí donde cada cual procura los utensilios y armas usuales de que ha menester, alguno de entre ellos propone la adopción de otros materiales que los ordinarios, un cambio de ubicación ó un ataque á la tribu vecina: de inmediato se determina la crítica. Los más expertos exponen las ventajas ó inconvenientes que á su juicio ofrece el cambio propuesto, y el mismo innovador, que al aconsejar el nuevo arbitrio ya había integrado su deliberación con elementos críticos, redarguye, ó se rinde á las nuevas razones que se aducen.

Pero, en otros actos, más simples aún, también puede verse la necesidad del elemento crítico. El caballo ó el perro que se aprestan para saltar una zanja, movidos por su instinto, — que puede definirse como la conciencia de la especie, — antes de saltar comparan sus medios de acción, la elasticidad de sus músculos y su vigor con la distancia á salvarse; el león, que se asocia para procurar su alimento, ha debido advertir la mayor eficacia de una acción conjunta; el ave, al ubicar su nido en un sitio poco frecuentado ó difícil de frecuentar, cuando no inaccesible, ha debido apreciar las ventajas del escondrijo para la prole. Todo esto presupone, en principio, una intervención crítica.

Donde haya una manifestación de inteligencia, pues, hay crítica necesariamente, y ésta es inseparable de aquélla, lo mismo que se trate de la más incipiente como de la más conceptuosa.

Si no se requiere una previa intervención crítica en las formas mecanizadas por la rutina, es porque ella *ha actuado ya*, á su respecto; y si se resiste tanto la revisión de una costumbre, es porque para ello se requiere una nueva deliberación, un esfuerzo que contraría en medio de la displicencia ordinaria que caracteriza á todo organismo y á la misma masa humana.

El origen de la función crítica hay que buscarlo, entonces, en el propio instinto vital, que fundamenta la actividad orgánica. Si bien es más fácil verlo así en las formas inferiores, simples, no deja de subsistir en todas las demás formas activas, incluso las más complejas de la vida civilizada. Lo que nos confunde y no nos deja ver á ese soberano regulador de la actividad, es nuestra mentalidad artificiosa, labrada por las leyendas maravillosas, por un lado, y por el otro, nuestra mayor complejidad, que nos ha hecho evolucionar más; pero no por eso puede negarse que el punto de mira fijo es el hombre, en todas las formas de la actividad humana, y que, aun en el ejemplar más evolucionado, persiste el instinto capital orgánico, que hace amar la vida por la vida misma, así como que la deliberación trata de ajustarse á sus mandatos, á sus conveniencias.

Por un extravío en las ideas, se ha llegado hasta á dudar de la utilidad de la crítica, como si fuera un elemento no esencial en cualquier forma deliberada de acción, sin pensar que apenas se le pudiera excluir, se sentirían las consecuencias deplorables que subsiguen á toda aberración. Felizmente, no deben alarmarnos las protestas despectivas contra este precioso elemento, mientras haya un adarme de inteligencia en el cerebro, y la crítica siempre nos acompañará, pues, en todos los planos de la acción consciente; más aún: cada vez se perfilará más y más eficazmente, á medida que avancemos en la evolución, y

tanto más solícita así que se acuse una conciencia superior, es decir, más informada.

Es verdad que á esta función integrante de todo esfuerzo deliberado, artístico, se la ha considerado como destinada á prestar servicios tan sólo en lo que atañe á las manifestaciones artísticas que caen bajo la denominación de «bellas artes», y sólo en esa parte, por un vicio de dirección, es que se desempeña profesionalmente, diremos; mas no por ese desvío accidental y artificioso de la actividad inspirada en la tradición (decimos accidental, si bien es secular, porque lo consideramos del punto de vista de las líneas más amplias y generales de la evolución) habrá de desconocerse que actúa asimismo de una ú otra manera en todas las demás formas artísticas, sin excluir ninguna, ni la industria, ni la política, ni el comercio, ni la náutica, ni nada; y donde más claramente puede verse esto, es en la investigación científica ó en las aplicaciones de la ciencia, todo lo cual no se concebiría sin ese concurso esencial. Por otra parte, es fácil inducir que habrá cada día mayor número de lectores interesados en el desarrollo de las formas científicas, que es tan favorable á los fines del hombre y de la especie, y con ello se verá costeada también la crítica profesional científica, como lo está hoy la que se refiere á las artes suntuosas. Y esto mismo empieza á verse ya.

Según el concepto consagrado por la costumbre, la crítica tiene por misión apreciar los méritos y defectos de las obras artísticas y literarias, entendiéndose por artísticas las que son «bellas», según la creencia tradicional. Ésta es la acepción léxica del arte y de la crítica. Por lo demás, se han expuesto los juicios más contradictorios acerca de este elemento, entre otros, el de suponer que su papel es resistir á toda innovación,

desnaturalizando así su función *complementaria* del esfuerzo, y presentándola como su rival, su adversaria, cuando es, al contrario, su auxiliar, ya sea que se la considere profesional, es decir, ejercida por terceros, ó no. En cualquier caso, no tiene otra función natural que la de la autocrítica. Es cierto que más de una vez la crítica profesional, inconsciente de su misión, se ha excedido, faltando á sus deberes primordiales; pero esto no debe imputarse á la crítica, sino á los críticos.

Negar la utilidad de la crítica, es negar la utilidad de la inteligencia. Una y otra dejarán de actuar tan sólo cuando cese el esfuerzo, y es así que la inteligencia, y la crítica, que es una de sus modalidades, sólo dejan de ejercitarse cuando se ha concretado una verdad, — respecto de esa verdad, — persistiendo en todo lo demás, incluidas sus propias aplicaciones. El esfuerzo investigador termina donde se ha operado una conquista; la crítica termina donde termina el esfuerzo deliberado.

## II. LA MISIÓN CRÍTICA

Antes de haberse fijado cuál es la naturaleza del arte, es imposible determinar la verdadera función de la crítica, no ya su misión positiva. De ahí el desacuerdo reinante acerca de este punto. En medio de ese desacuerdo, no obstante, la opinión más acreditada es que la crítica debe costearse principalmente con un gran bagaje de erudición, antes que con los recursos de lo que llamamos «buen sentido», ó sea estricta racionalidad. Dice Taine que la obra de arte debe ser encarada del punto de vista de las peculiaridades del ambiente que la engendró, ó sea del de la mentalidad dominante á la sazón, de las costumbres, etc. Naturalmente, sólo así es que puede ser comprendida; pero esto no obsta á que la

crítica pueda y deba también encararse de un punto de vista más positivo y más amplio.

Del modo que la considera este filósofo, no bastaría la crítica para apreciar la obra, por ejemplo, del punto de vista más general del influjo que tuvo tal ó cual tendencia en la evolución, para los fines sociales y los de la especie, con ser los que ofrecen un más alto interés. Tal forma crítica de simple erudición, reduce su cometido. Para nosotros tiene precisamente una misión mucho más fundamental que llenar.

Si el arte es el mejor medio de que disponemos para atender á la satisfacción de nuestras necesidades y aspiraciones, la crítica, como elemento integrante y complementario del arte, debe acompañar al esfuerzo *en esa vía*. Una de las funciones primordiales que incumben á la crítica, es la de estimular la selección de propósitos en la acción, de modo que el esfuerzo se dirija dando precedencia, por lo menos, á las necesidades más imperativas y á las aspiraciones más positivas, antes que á las demás. Esto implica el propender á la rectificación de los errores y desvíos en que nos ha colocado la tradición, tratando de renovar racionalmente las formas ordinarias de la actividad, de manera que concurren lo más eficazmente á nuestro *mejoramiento*, fin irreducible de toda organización consciente.

Si el fin primordial del arte es adaptar lo más posible el organismo á la realidad, que es su ambiente natural é insustituible y, por lo mismo, el que le ha de deparar mayor suma de bienes, la crítica debe encaminar el esfuerzo en esa dirección. De otro modo, será una función suntuosa, de pura ostentación técnico-eruditiva, y muy poco ó nada eficaz.

Es preciso constatar este *hecho*: las aspiraciones humanas son inextinguibles. Más se obtiene, más se aspira.



Los hechos inconmovibles, como éste, siempre son respetables, porque representan el cumplimiento de una ley ineluctable. A medida que se evoluciona, las aspiraciones se transforman, como el horizonte á medida que se avanza. ¿Cómo podríamos, pues, permanecer impasibles ante las exigencias nuevas?

Nosotros somos el metántropo respecto del hombre de las cavernas, que hemos dejado tan atrás. De edad en edad, de época en época, de centuria en centuria, el hombre ha realizado progresos más ó menos sensibles, pero siempre sensibles. ¿Qué razones podrían aducirse, pues, para negar que la actividad tiende naturalmente á mejorar la condición humana y á fundamentar la suerte de las generaciones subsiguientes? Si bien todavía hay pueblos que han quedado inmobilizados, petrificados, podría decirse, con respecto á los más reformados por la civilización, este hecho no contradice la conclusión antedicha. Y esa misma inmovilidad es más aparente que real. Acaso la consideramos así á causa de una ilusión semejante á la que experimentan los que avanzan con respecto á los que marchan menos á prisa, y aun cuando fuera completo el estancamiento, no sería definitivo, ni puede reputarse tampoco como una negación de la evolutividad humana. Tomando á la humanidad en sus lineamientos generales, siempre puede verse que el progreso es su ley fundamental. A pesar de todos los diques y trabas que la tradición ha pretendido oponerle, el hombre avanza incesantemente, y lo hace cada vez con mayor conciencia de que es ésa su vía mejor, y vemos así que sus guías mentales, siempre que preconizaron el estancamiento como lo mejor, por más acreditados que estuviesen, fueron desoídos hasta por sus propios prosélitos, debido á que la ley natural impera á pesar de todo y por encima de todo.

Desde la más remota antigüedad, sin poseer documentaciones que permitieran fundar una sola síntesis racional, nuestros antepasados se han aventurado á todas las hipótesis, á todas las afirmaciones, suponiéndose adueñados de la verdad integral, y como la creencia es tanto más fácil cuanto mayor es la ignorancia y la supersticiosa, así como cuanto más extraordinaria es la afirmación, cada conductor de almas ha encontrado adeptos á granel. Incitado como está el hombre por la impaciencia de explicárselo todo de una vez, espoleado por su instinto, ha ido construyendo el misterio en vez de explicarlo, con igual fruición, diríase, con que se tejen tramas novelescas, para tomarse el trabajo de destejerlas. En esta obra está empeñada la humanidad hace ya tiempo. Por eso es que el progreso siempre supone una rectificación de los errores tradicionales.

La función crítica, como que consiste fundamentalmente en ajustar el esfuerzo á la necesidad y en ajustar la necesidad á las exigencias de adaptación del organismo al mundo exterior, — que, al fin, ni es exterior, desde que contiene al organismo, — va llenando su misión á despecho de todas las metafísicas, invariablemente.

Se comprende que no es fácil ni breve la tarea. Se requiere un esfuerzo formidable para independizarnos de tantos prejuicios acumulados por la tradición, con los cuales nos sentimos compenetrados, identificados; pero con una tenacidad inquebrantable va operándose tal esfuerzo, y merced á él es que progresamos indefectiblemente. Si es tenaz el prejuicio, no lo es menos el empeño rectificador.

Ésta es, á nuestro juicio, la misión fundamental de la crítica, ó sea la de la inteligencia; en cuanto á las mejores orientaciones que debe tomar para realizar más eficazmente esa acción, ya hemos avanzado algo en uno de los

capítulos anteriores, y más detenidamente expondremos nuestro modo de pensar, en la tercera parte de este libro.

### III. OBSTÁCULOS QUE ENCUENTRA LA ACCIÓN CRÍTICA

Si consideramos que todas las conquistas alcanzadas se deben al renovamiento de las formas de acción, *sólo á su renovamiento*, y nunca al esfuerzo conservatista, se verá más claramente que nuestra propia estructura nos compele al progreso, de igual modo que nuestro interés. No es por un azar, pues, que el hombre procura constantemente bienes mayores, no obstante las resistencias que á ello se opongan: es porque está regido por su propia complejión, como los cuerpos por la ley de gravedad.

La mayor resistencia que se encuentra para avanzar, es la que oponen los ilusos que piensan haber hallado la clave del arcano total, y los que, por una ú otra razón, creen haber llegado ya á la meta definitiva inmejorable, sin contar con que, en el orden de actividades racionales, lo que es una meta á alcanzarse para el más avanzado «modernista» actual, será una meta conquistada para el hombre de mañana, quien, á su vez, irá buscando otras conquistas en campos que no conocemos ni vislumbramos siquiera, y así incesantemente.

Esa acción bienhechora que realiza el espíritu de reforma y rectificación, se halla obstaculizada por un desmedido culto al pasado.

Hay dos tendencias fundamentales en el espíritu humano: la defensiva-pesimista y la combativa-optimista, que, acaso, corresponden á diferenciaciones operadas en la evolución. Si no son estructurales, son debidas á una diversa dirección ó á un diverso grado evolutivo de la cerebralidad. Los primeros se manifiestan apegados á lo existente, como insuperable,—cuando no nostálgicos del

pasado, — y los otros se hallan más ó menos estimulados por un afán de reforma y de avance.

Fuera de los matices que caben en la generalidad de esta división, podría denominarse á los del primer grupo *avolutivos ó involutivos*, y á los del segundo, *evolutivos*. En el primero forman los que piensan que no pueden obtenerse más bienes y conquistas que los alcanzados en cada actualidad, — no porque no lo deseen, naturalmente, — y los que lamentan no poder reconstruir el pasado; en el segundo grupo, los esperanzados en que un avance prudente, razonado, puede ser benéfico, así como los que están aguijoneados por un impaciente anhelo de avance, á cualquier precio. Estos grupos podrían subdividirse así: el primero, en conservadores y reaccionarios, y el segundo, en ponderados y radicales ó avanzistas.

Los avolutivos querrían cristalizar la actualidad en que viven, como la mejor, en tanto que los involutivos, prendados de los relatos tradicionales, querrían determinar una retroevolución, una evolución invertida. Unos y otros, misonéistas, usan de la crítica á manera de oposición sistemática.

Los ponderados no dejan de confiar en el avance, si bien, conscientes de que los intereses creados por la costumbre pueden, en su esfuerzo de resistencia, malograr ó neutralizar los beneficios del avance inconsulto, usan de la crítica como de un regulador, sin dejar de ver la necesidad de tender resueltamente al mejoramiento; y los ultra-avancistas, en cambio, desdeñan el análisis crítico, en la inteligencia de que cualquier reforma, por irreflexiva que sea, mejorará lo existente. Es claro que no hay una línea precisa de separación entre ninguno de los grupos, y que el ponderado, á fuerza de ser tímido, puede desempeñar la acción conservatista, por lo que es preciso contar con alguna dosis de radicalismo avancista, para

sustraerse á la presión de las resistencias conservadoras; pero de ese esfuerzo total, en donde las fuerzas reaccionarias y aun las propias conservatistas desempeñan el papel de rémoras, — acaso por esto mismo estimulante para los combativos, — surge el progreso. Resultaría, en verdad, inexcusable que teniendo facultades para avanzar, renunciáramos á ese privilegio, permaneciendo estacionarios como parecen estarlo las especies inferiores. Sería tener alas y no volar.

Se comprende que el espíritu de avance requiere, más que nada, el contralor crítico. Así como el innovador propone cambios más ó menos audaces, el hombre criterioso debe examinar las proyecciones de la empresa, para medir sus consecuencias, sus ventajas y desventajas, mas no por cierto para determinar una oposición á lo nuevo, sólo por nuevo. Si bien es imposible predecir todas las proyecciones de una reforma, ni aquilatar todas sus consecuencias de antemano, no por eso habrá de resistirse al anhelo de avanzar, — como fuera necesario si se quisiera preestablecer todo eso prolijamente antes de intentar cualquier ensayo, — porque tal cosa implicaría resistir la evolución y negar sus beneficios en el instante mismo en que hay pruebas inequívocas respecto de que *el hombre ha mejorado su condición*, lo cual supone un reconocimiento virtual de su aptitud para lograrlo. ¿Por qué no confiar, pues, en que también habrá de cumplirse esa misma ley en adelante?

Dentro de lo viejo, todavía no se ha operado el completo bienestar humano, ni se han colmado las aspiraciones que agitan al hombre; dentro de la actualidad, si bien hemos avanzado, pueden comprobarse deficiencias y aun iniquidades. ¿Por qué no esperar que una serie de reformas razonadas mitiguen, por lo menos, los graves inconvenientes que palpamos?

Hay que convenir en que es un misérrimo anhelo el de conservar lo existente, tal cual está, sobre todo cuando se formula por aquellos que han conquistado posiciones envidiables debido á causas que, á menudo, ni son siquiera todas meritorias.

Si no hubieran de esperarse mayores bienes que los alcanzados, podría rechazarse juiciosamente todo conato innovador. Entonces sí que sería fácil la crítica, según decía Destouches, y, por lo demás, no sería menos fácil el arte; pero como todo nos impele á avanzar, es preciso tomar las mejores vías, á fin de que no se malogre el caudal de energías aplicadas á ese propósito, y ahí comienza la dificultad.

Ningún prejuicio es definitivo, y si pudo ser útil alguna vez, no puede serlo definitivamente.

En todos los órdenes del pensamiento, todas las discusiones giran, puede decirse, alrededor de la mejor orientación á adoptarse: si la consagrada por la costumbre ó la más racional que fundamentan las conquistas científicas. En ese enorme palenque, donde se despliegan las tendencias que caben entre la resistencia sistemática reaccionaria, y el inconsulto, á veces inconsulto empuje avanzista radical, es que se debate el gran pleito de la humanidad perpetuamente. Allí se escalonan todas las iniciativas y todas las resistencias; pero puede verse, por un lado, que el prejuicio conservador-reaccionario y el anhelo innovador-avancista siguen una línea de evolución diametralmente contraria: la primera es tanto más prepotente á medida que se retrocede en los tiempos, y la otra es tanto más vigorosa así que nos acercamos á la actualidad. ¡Cómo no confiar en el proceso de mejoramiento, si cada día son más estimables y benéficas las conquistas alcanzadas, y menos eficaces las resistencias retardatarias!

Á medida que se informa la conciencia, va perdiendo terreno el terco propósito, tan terco como poco generoso, de mantener en pie una organización tan viciosa como es la tradicional — aun cuando esto no parezca así á los favorecidos — y va ganando terreno el espíritu liberal. Es tan ascendente en nuestros días el liberalismo, que las mismas aspiraciones que se exhiben hoy como legítimas, habrían escandalizado pocas décadas ha, por atentatorias y disolventes. La propia estólida oposición sistemática de antaño, que se esgrimía con cualquier motivo y de cualquier manera, ya se ha humanizado en la evolución, siguiendo su ritmo infranqueable; por lo cual podemos esperar que la función crítica, al evolucionar, tienda á ser, como debe ser, un aliado del esfuerzo, en vez de un adversario, influyendo de modo que toda obra sea lo más razonada, es decir, lo más adecuada á los fines naturales del hombre, de la especie.

Para ver mejor lo arbitrario de la resistencia al progreso, bastaría recordar las batallas que debieron librarse para consumir los avances cuyos beneficios disfrutamos. Bastaría recordar lo que eran los hacinamientos humanos, sin dignidad, ni instrucción, ni conciencia, ni derecho, ni honor, ni aire, ni luz, para descubrir la íntima naturaleza del espíritu reaccionario-conservador, el que todo lo confiaba á la acción de los votos religiosos y á la de los arcabuces y cañones imperialistas, como factores inmejorables de civilización, cuando no á las más negras y crueles torturas. Querríamos ver si los conservadores de hoy, reniegan de las conquistas de ayer.

Todo cambio lesiona intereses; luego, determina resistencias conservatistas; pero es el cambio precisamente el que va dilatando el círculo de los «exceptuados», y es así que muchos de los privilegiados de ahora pertenecen á las extracciones sociales en donde gemían los oprimidos.

de antes. De ese modo, es decir, con el «sacrificio» de los favorecidos, es que se ensancha el radio de los que gozan de los beneficios sociales. Por eso es que el intento innovador semeja una agresión. Ante el espíritu egoísta del beneficiado, nada es más digno de respeto que los intereses consuetudinarios de que disfruta, intereses que se le antoja son indispensables para la paz social, sin advertir que representan casi siempre una detentación á título precario, consagrada por la rutina más que por la naturaleza ó por alguna razón positiva. El *statu quo* social reposa sobre una serie de convenciones, principalmente tradicionales y muchas veces artificiosas, que tratan de mantener los favorecidos y de conmover los desheredados con igual derecho, por lo menos, si no con mayor suma de razones. Si los reaccionarios y conservadores se aprestaran á ceder lo que ha de arrebatarles, cesaría la violencia, como tiende á cesar en las cuestiones sociales modernas, iniciadas á base de violencia, al ofrecérseles un campo de debate razonado, en vez de una resistencia cerrada, como fué la que recibió los primeros mensajes de la aspiración al mejoramiento del obrero.

Desde que el hombre es un ser sociable, no puede lógicamente adoptar un criterio moral individualista. Ese egoísmo salvaje que hace aspirar al propio bien con exclusión de otro cualquiera, tan infecundo y aun contraproducente como es, evolucionará hacia las formas racionales que hacen compatible la convivencia social con las aspiraciones del individuo, definiendo mejor y más eficazmente que lo ha hecho el sentimentalismo tradicional, los derechos, obligaciones y deberes del hombre para con la sociedad y la propia especie.

---



# LA ESTÉTICA

---

## PARTE SEGUNDA

---

## I

### LA SUPUESTA CIENCIA ESTÉTICA

Desde que Baumgarten inició, á mediados del siglo XVIII, lo que ha dado en llamarse, tan prematuramente, « ciencia estética », hasta nuestros días, esta rama se ha prestado á toda clase de tanteos filosóficos, sin que haya podido descubrirse aún la verdadera naturaleza de los fenómenos que se pretenden incluir en los dominios del saber. Hay, pues, verdadera conveniencia en allegar el mayor número posible de observaciones, á fin de facilitar la tarea del filósofo que ha de dar solución á este orden de asuntos, cuya entidad no puede ser desconocida, por más que tan á menudo se la desconozca.

Oscar Wilde, rebotante de ironía, exclama: « ¡ Qué reír sobre la faz radiosa de los filistinos, si uno se aventurase á insinuar que el verdadero fin de la educación es el amor á la belleza, y que los mejores métodos de educación son la cultura del temperamento y el desarrollo del gusto, y la creación del espíritu crítico! »

Si bien no compartimos las opiniones de este admirable forjador de paradojas, creemos que subsiste la mordacidad de esta sátira contra los « prácticos », que se creen superiores, precisamente porque desdeñan como cosa baladí, tan sólo digna de entretener á los desocupados, todo

lo que se refiere á la estética, en tanto que ellos no se ocupan más que en negocios provechosos, que habrán de procurarles una « fortuna positiva », la que, al fin, lo es tan poco, que les resulta inútil, puesto que muy á menudo no saben qué han de hacer con ella. Frecuentemente se confunde lo positivo con lo material y pedestre, y en vez de cultivar el intelecto, se dan al goce exclusivo de acumular riquezas. Pero volvamos al asunto.

Como lo hace notar Tolstoy, son demasiado confusas y oscuras todavía las teorías que se han formulado acerca de la estética, y son además muy incompletas y abstrusas, — incluso la de este mismo pensador, podría agregarse.

Permanece aún en nuestros días por completo inexplicado el fenómeno estético. Bastaría tener presente el hecho de las contradicciones que reinan en los dominios de esta supuesta ciencia, para deducir que no es tal, sino más bien un centro de ensayos para los « amateurs ».

No es una simple cuestión de palabras la que se promueve cuando insistimos sobre la inconveniencia de denominar ciencia, indistintamente, lo que se conoce y lo que no se conoce, por más que para intentar su conocimiento se pueda contar con un cúmulo de hipótesis y de teorías tan confusas y contradictorias, inextricables, como ocurre en este caso. Esa es siempre una cuestión de fondo, porque se refiere á algo que *es fundamental*.

No es juicioso denominar « ciencia » á un conjunto de tanteos ineficaces, como son los que se han hecho para explicar todo lo que se refiere á manifestaciones estéticas, á la belleza, á las propias « bellas artes », y también al arte. Comencemos por reconocer que los que han teorizado al respecto, han hablado indistintamente del arte, de las bellas artes, de la emoción estética y de la belleza, como si todo esto fuera lo mismo, y han tomado

á veces algunas de las peculiaridades más permanentes del fenómeno estético para explicarlo, descuidando el examen de su naturaleza intrínseca, esencial, cuando no se han atascado en él. De ahí, de esa misma confusión, quizá dependa la esterilidad que acusan todos los ensayos, aun los más prestigiados. Es instructivo, realmente, el desconcierto de opiniones circulantes acerca de ramas que vemos ya incluídas en el dominio científico, con igual desatiento con que pudiera ostentarse un diamante en bruto en un montaje de piedras preciosas, primorosamente talladas. Por un lado, se han mantenido en lamentable desorden los elementos componentes de cada dominio, y, por el otro, todo esto se ha confundido unas veces con la ética, con la bondad, con la naturaleza, con Dios; otras, con el placer, con el juego, con las sensaciones, con la verdad, con el artificio, con la voluntad, con el gusto, con la sociabilidad, con lo agradable, etc. Es, como se ve, no tan sólo inconsulto, sino también irreverente denominar ciencia á algo que se nos ofrece de un modo tan confuso, cuando no contradictorio. Ciencia es conocimiento.

Verdad que precisar con exactitud cada una de las unidades que integran este problema tan complejo, equivaldría, tal vez, á resolverlo; pero no es menos cierto que estaba indicado el intentarlo, por lo menos, dado que, fuera de esta forma de ordenamiento, es muy difícil realizar una investigación eficaz. Entregados, pues, los pensadores y filósofos á buscar la clave de este complicado enigma en su conjunto, dentro del bloque, diremos, que forman sus diversos componentes, en vez de intentar separarlos como era indispensable, para esperar una solución, han llegado á todo género de hipótesis, las más caprichosas. Esto se debe principalmente, á nuestro modo de ver, al viejo vicio del metafisicismo apriorista, que menosprecia la observación de la realidad.

Por lo general, los pensadores que se han ocupado de esta cuestión, fuera de no distinguir el arte de la estética, la han encarado con unilateralidad, tomando sólo en cuenta algunas de las modalidades del fenómeno estético ó de la obra artística, y han subordinado lo demás á ese punto de vista, como si aquello fuera esencial y comprensivo de todas las variedades que puedan ofrecerse. Es así que ninguna de las teorías sustentadas resiste al análisis, ni á las comprobaciones objetivas. No obstante, es forzoso reconocer como un precepto invariable, que ninguna verdad puede ser contraria á la realidad.

El arte y la estética, como manifestaciones naturales, no pueden ser explicados por puras abstracciones; al contrario, es preciso hacer antes un acopio de observaciones positivas, dentro de la naturaleza. Es en sus veneros, más generosos, donde habrá de buscarse la explicación. Más fácil será encontrarla en la observación de los animales inferiores y las plantas, que nos enseñan, en vez de teorías é hipótesis ó declamaciones ampulosas, hechos descarnados verdades desnudas y, por lo tanto, irrefutables. Estos organismos, más simples, ofrecen un campo firme para la observación y el estudio, por cuanto además de presentar analogías esenciales con el hombre, se muestran francamente, sin engaños ni artificios, en tanto que el hombre, más complejo, y complicado aún por un sinnúmero de convencionalismos, ofrece mayores dificultades para la observación y el estudio. Nosotros nos engañamos con nuestras propias peroraciones.

Por lo pronto, esas especulaciones abstractas han dejado en tal confusión todos los elementos que forman en el campo artístico y estético, que no ha podido precisarse la naturaleza esencial de dichos elementos. Así, por ejemplo, si lo que reputamos bueno integra á veces el fenómeno estético, éste puede ofrecerse también sin ese concurso;

de donde resulta que no es un elemento característico. El placer y lo agradable tampoco pueden considerarse como elementos típicos constitutivos del fenómeno estético, si bien lo acompañan generalmente, por cuanto son comunes también á las diversas formas de simple satisfacción de las funciones vitales inestéticas ó aestéticas, como son ó pueden ser.

Casi todas las teorías que se han formulado para explicar los fenómenos estéticos, tomaron tan sólo en cuenta algunas de sus modalidades. No puede negarse, sin embargo, que hay manifestaciones de esteticismo en las organizaciones inferiores, no ya entre los salvajes, y si bien es menester una cultura compleja y un desarrollo intelectual intenso para que tales modalidades asuman proporciones de alguna entidad, no es menos cierto que hay una identidad esencial entre esas formas estéticas incipientes y las otras superiores. Debemos creer, pues, que las manifestaciones estéticas que acusan los pueblos primitivos y los salvajes, son congéneres de las que observamos entre los pueblos más cultos, y, á la vez, como lo afirman Darwin, Spencer y muchos otros, que hay manifestaciones de esteticismo también entre las especies inferiores, las que si bien son de un carácter muy incipiente, no por eso son distintas, esencialmente, de las demás superiores.

Hay formas estéticas muy ligadas á la función vital y al instinto animal, más accesibles á los seres inferiores: la fuerza, el valor, la gracia y otras, que desempeñan un papel importante en el amor y en las formas de la selección natural. Por atenuadas que resulten estas manifestaciones, lo que hace difícil deslindarlas de la simple complacencia con que se satisfacen las necesidades animales, no puede negarse que son de índole estética. Esas formas son congéneres de las que se observan

en los salvajes. Cuando éstos se tatúan, verbigracia, no hay duda de que si bien lo hacen guiados por un propósito personal instintivo, el de agradar ó el de imponerse, no la hay tampoco respecto de que existe un germen estético en ese acto, ó por lo menos que tiende á propiciar las formas de esteticismo rudimentario. En ambos casos se facilita la lucha por la existencia, y es ése el fin fundamental que inspira tales modalidades en toda la escala orgánica, aun cuando se presenten transfiguradas por obra de la evolución. En los dominios de la biología podría encontrarse tal vez la clave del fenómeno estético, más bien que en las teorías de apriorismo metafísico y sentimental, que han resultado tan infecundas.

Darwin, al estudiar el proceso de la selección natural, infiere que las formas estéticas desempeñan un papel importante en la obra lenta realizada por la selección sexual (1). Si bien pienso que no siendo objetiva la belleza, no puede explicarse por las causas que establece este sabio eminente, fuerza es reconocer que hay una

(1) Carlos R. Darwin, *Origen de las especies*, t. I, pág. 129, v. c., dice: «Entre las aves, la contienda es con frecuencia de carácter más pacífico, por lo que todos aquellos que han dedicado atención al asunto, creen que hay gran rivalidad entre los machos de muchas especies, para atraer por el canto á las hembras. El mirlo de roca de la Guayana, las aves del paraíso y algunas otras se reúnen, y sucesivamente van los machos desplegando con el más prolijo cuidado sus hermosos plumajes, para hacerlos ver de la mejor manera posible; de igual modo hacen delante de las hembras extrañas y grotescas figuras, mientras que las hembras espectadoras escogen el compañero que más atractivos les ofrezca. Los que han estudiado atentamente las aves de jaula, saben que tienen preferencias y disgustos naturales, á cuyo propósito sir R. Heron nos ha descrito un pavo real variegado que tenía singular atractivo para todas las hembras. No podemos entrar aquí en los detalles necesarios, pero si el hombre pudo en poco tiempo dar bello y elegante porte á sus Bantames, según el tipo que se forma de la belleza, no vemos, ni se nos alcanza razón alguna para dudar que las hembras de los pájaros, escogiendo durante miles de generaciones los machos más melodiosos ó más bellos, según su tipo de belleza, pudieran producir un efecto marcado.

«Algunas leyes bien conocidas, con respecto al plumaje de las aves de los dos sexos, en comparación con el plumaje de los pollos, pueden en

base firme de realidad, en cuanto á la identidad esencial de las manifestaciones estéticas que se observan entre los animales inferiores y en el hombre primitivo ó salvaje, así como la hay entre las que exhiben éstos y el civilizado.

El notable naturalista J. H. Fabre ha notado manifestaciones análogas hasta entre ciertos insectos himenópteros, que, según la creencia de ser la belleza un elemento objetivo, los presupone accesibles á su comprensión, es decir, á su percepción. De ahí, de esa supuesta objetividad de la belleza, nace el semillero de confusiones que se advierten en este campo, y que hacen inverosímil la tesis de que los organismos más inferiores puedan compartir el culto de lo bello, que el hombre supone tan superior en sí mismo.

Los referidos antecedentes son interesantes constataciones, importantísimas para la solución del problema; mas no son una solución.

Spencer, en el mismo terreno biológico, observando ciertos actos de los animales inferiores, infiere que el

parte explicarse por acción de la selección sexual sobre variaciones que ocurren en edades diferentes y que se transmiten sólo á los machos, ó á los machos y á las hembras, en edades correspondientes. Sentimos no tener aquí espacio para entrar en este asunto, que sólo indicamos de pasada.

«Así sucede, según creemos, que cuando los machos y hembras de cualquier animal tienen los mismos hábitos generales de vida, aunque se diferencien en estructura, color ó adorno, semejantes diferencias son principalmente efecto de la selección sexual; esto es, causado por individuos machos que han tenido alguna ligera ventaja sobre los demás, durante generaciones sucesivas, en sus armas y medios de defensa, ó encantos, transmitiendo estas ventajas á sus descendientes machos solamente. Sin embargo, no intentamos atribuir todas las diferencias sexuales á esta causa, porque vemos en nuestros animales domésticos peculiaridades que nacen y se transmiten en los machos, sin que aparentemente hayan sido aumentadas por medio de la selección del hombre. El penacho de pelo que lleva en el pecho el pavo silvestre, no puede ser de utilidad alguna, y es dudoso que pueda parecer adorno á los ojos de la pava; y, sin embargo, si ese penacho hubiese aparecido en el estado doméstico, se le hubiese tenido por monstruosidad.»



esteticismo procede de un exceso de energías que no tienen aplicación, según hemos visto ya, y entiende que, llenadas las funciones vitales, del empleo de esas energías sobrantes es que surge el sentimiento estético. En esta ausencia de un fin utilitario vital, cree encontrar la clave del fenómeno estético.

Pero esta teoría no nos ilustra suficientemente, porque, en resumidas cuentas, ofrece, como explicación, un elemento de carácter negativo, que sólo se refiere á la manera de manifestarse el sentimiento estético, y no á éste, en sí mismo. Aun cuando fuera cierto que el fenómeno estético no se produce dentro del circuito de la satisfacción de la necesidad vital, no resulta de ahí cuál es la esencia positiva de ese fenómeno. Es cierto que «el carácter estético de un sentimiento está habitualmente asociado con la distancia que lo separa de las funciones que sirven á la vida,» según afirma Spencer <sup>(1)</sup>; pero esto solo no explica el fenómeno estético, ni determina los elementos constitutivos esenciales, positivos, del mismo.

Con mayor verdad podría decirse que el esteticismo está en razón inversa de las formas vegetativas y en razón directa del desarrollo intelectual; mas, aun cuando el esteticismo es una manifestación que se acentúa más en los estados de cultura intelectual superior, esto no significa que no pueda manifestarse de un modo esencialmente idéntico en las modalidades incipientes dentro del campo utilitario, por inferior que fuere, y aun en la misma vida vegetativa, en el propio cumplimiento de las exigencias fisiológicas. Quizá sea más exacto afirmar que el esteticismo emana del desarrollo de las mismas funciones vitales, como una consecuencia de la evolución, á cuya obra han prestado su concurso los propios ór-

(1) H. Spencer: *Principes de Psychologie*, pág. 667, t. II. v. I.

ganos y sentidos que primitivamente estaban consagrados de un modo exclusivo á aquellas funciones.

El error de la teoría spenceriana consiste, á mi juicio, en tomar como elemento fundamental del fenómeno la infecundidad que se ofrece á éste en el campo utilitario, lo cual no es siquiera una incompatibilidad categórica, sino más bien algo que obstaculiza su florecimiento.

Dentro de la propia teoría evolucionista encaja mejor el concepto del esteticismo, á base de un desarrollo progresivo y armónico de las manifestaciones animales, actuando sin soluciones de continuidad en todos los planos de la vida orgánica. Se ofrecería así en una fase gradual, progresiva, paralela á la de los demás elementos que concurren á la evolución y la determinan.

La incompatibilidad del fenómeno estético con la necesidad vital, no denuncia otra cosa sino un orden de precedencia, debido á que es imposible que florezca la manifestación estética, más impersonal, al tiempo que rige, como debe regir, la necesidad vital, más personal y más urgente. Esto acusa tan sólo que no podemos entregarnos con toda libertad á las cerebraciones estéticas, porque para ello nos cohibe una necesidad instintiva, siempre de carácter más imperioso, y como que no tenemos el don de la ubicuidad mental, si puede decirse así, prevalece lo que es más hondamente vital. Un paisaje, el mismo que nos resulta más hermoso, parecerá fatídico á un enfermo aquejado por el dolor ó por la fiebre; á un naufrago, un día sereno y esplendente, ó un plenilunio con sus mágicos plateados, por más encantos que ofrezca, se le antojará una suprema crueldad de la ironía.

De igual modo que no tiene humor para chancear el que está embargado por una pena ó por una dolencia, no está en condiciones de procurarse un solaz ó una

emoción estética aquel que se halla bajo la presión de una necesidad, de un apetito que apremia; pero de esto no puede inferirse que la génesis del chiste es la salud, como no puede decirse que la génesis de la manifestación estética es el desinterés. Sólo puede constatarse aquí una incompatibilidad, pues, en todo caso, debida á la circunstancia de que el esteticismo y el espíritu chancero requieren una libertad mental de que no disfruta el que está aguijoneado por una demanda de carácter vital, ó el que sufre. Sin extremar tanto el ejemplo, podemos observar esto mismo cuando contemplamos un plantío del punto de vista de sus tonalidades y armonías, libremente, y cuando lo encaramos en vista de la cosecha, interesadamente.

Como comprobación de la teoría spenceriana, se aduce que el sentido del gusto, por estar más ligado á la vida, ofrece un menor carácter estético, en tanto que el olfato comienza á acentuar las manifestaciones de esteticismo, y crecen éstas con las sensaciones visuales y auditivas, por ser la vista y el oído los sentidos menos íntimamente ligados á la vida.

Parecería, pues, que se encara como función típica de la vida, la nutrición, que es fundamental, sin duda alguna, si bien no es la única de las funciones vitales de fondo.

Sería imposible, desde luego, demostrar que el gusto es un sentido más necesario á la vida animal y á la nutrición misma que el olfato, si acaso el oído y la vista no son los sentidos más importantes, y el último, principalmente, á la propia nutrición, y, por eso mismo, los que han adquirido un mayor desarrollo. Hasta para procurarse el alimento, sin embargo, no ya para la conservación individual, la vista y el oído desempeñan un papel importantísimo. En la vida de plena naturaleza, casi no se

concebe cómo un animal ciego ó sordo pueda subvenir á sus necesidades vitales, y á su defensa, en tanto que es más fácil concebirlo sin las sensaciones del gusto y del olfato.

En cuanto á los sentimientos, tampoco se comprueba, dentro de la realidad, la teoría de Spencer. El amor, verbigracia, que se cimenta en el instinto de perpetuación de la especie, tan inseparable como es de la vida y de la utilidad vital, suministra tal suma de esteticismos, que muchos han creído que pueda ser este sentimiento su verdadero generador.

Si se indaga respecto de los demás sentimientos y del propio «amor de la posesión», que considera Spencer más alejado de las exigencias vitales, se verá que arranca todo de los instintos animales, y que éstos, á su vez, pueden resumirse en el instinto fundamental de conservación, como su generador inicial. Resultaría así que no es una condición esencial estética el que la exigencia vital instintiva se halle descartada, sino más bien que es preciso que no apremie, para que pueda florecer el fenómeno estético, por simples razones de antelación, que siempre se determina en favor de la más premiosa necesidad orgánica.

No hay, pues, una esencialidad sobre este punto, ni menos una esencialidad de carácter positivo, sino tan sólo un obstáculo ó una incompatibilidad: la del florecimiento estético en tanto que apremia la necesidad vital.

Se ve, desde luego, que el concepto de este filósofo no toma por base una esencialidad positiva, real, sino más bien un elemento negativo, uno de los aspectos del orden de producción de los fenómenos estéticos. Es, por lo demás, fácil de comprender que la necesidad, el instinto y el apetito, como factores más vinculados, y de un modo más directo, á la conservación individual, son más imperativos y se sobreponen á toda expansión mental, á

la libertad de idear. Esto acusa solamente que las manifestaciones estéticas no son de estricto carácter vital, y tal cosa no puede ser desconocida.

No es, pues, que la necesidad excluya fundamentalmente la manifestación estética. Las necesidades van creciendo á medida que aumenta la civilización. Si fuera exacto el precepto spenceriano, el esteticismo ha debido decrecer en la misma proporción. Las funciones que sirven á la vida se transforman constantemente, de tal manera, que nos parece una leyenda el hombre desnudo, comiendo raíces. Desde este ejemplar hasta el actual, protegido por todos los beneficios y complicaciones de la higiene y del confort, puede decirse que las exigencias vitales se han modificado de tal modo, que nos parece un mito el cumplimiento teórico estricto de «la función vital»; y precisamente, este mayor desarrollo ha traído consigo el florecimiento estético, de donde resulta que ni la función vital ni la utilidad excluyen el esteticismo, salvo en el instante en que apremia la necesidad, el instinto ó el apetito, por razón de su precedencia forzosa en el orden general de la actividad y de la lucha por la vida.

Hay, pues, sólo un obstáculo, una simple incompatibilidad, en la cual no es posible encontrar los elementos positivos que constituyen el esteticismo, y es menester continuar investigando para encontrarlos.

Guyau constata también el encadenamiento de las manifestaciones estéticas humanas y subhumanas, en estos términos: «En los comienzos de la evolución estética, en los seres inferiores, la sensación agradable subsiste grosera y completamente sensual: no encuentra un medio intelectual y moral en que pueda propagarse y multiplicarse; en el animal, lo agradable y lo bello no se distinguen (1).»

(1) Guyau: *Problemas de estética contemporánea*, pág. 112, v. c.

Si este brillante filósofo se detiene algo más á observar las manifestaciones estéticas incipientes, hubiera podido darnos una teoría mucho más fundamentada, puesto que habría investigado las causas positivas que determinan esas manifestaciones, en vez de estudiar á éstas en sí mismas. En cambio, imbuído de las tendencias metafísicas tradicionales, ha encarado el esteticismo y el arte del punto de vista de sus modalidades y efectos, antes de investigar su naturaleza esencial.

Después de haber confundido el arte con la belleza, y una y otra cosa con el placer, con lo agradable, con lo moral, entendiendo también que tales manifestaciones deben producirse fuera del plano de la utilidad para alcanzar el grado de la belleza, como si esto fuera un elemento esencial, agrega como factor nuevo el carácter sociable del arte, en estos términos: « La emoción artística es, en definitiva, la emoción social que nos hace sentir una vida análoga á la nuestra y aproximada á la nuestra por el artista: al placer directo de las sensaciones agradables (sensación del ritmo, de los sonidos ó de la armonía de los colores) se une todo el placer que obtenemos del estímulo simpático de nuestra vida en la sociedad de los seres imaginarios evocados por el artista (1). »

Al definir la belleza, dice: « El sentimiento de lo bello no es sino la forma superior del sentimiento de la solidaridad y de la unidad en la armonía; es la conciencia de una sociedad en nuestra vida intelectual (2). »

(1) Guyau: *El arte desde el punto de vista sociológico*, pág. 64, v. c.

(2) Guyau: *El arte desde el punto de vista sociológico*, pág. 49.

En otra parte dice: « Para nosotros, el sentimiento estético se confunde con la vida llegada á la conciencia de sí misma, de su intensidad y de su armonía interior: lo bello, hemos dicho que puede definirse una perfección ó una acción que estimula la vida bajo sus tres formas á la vez (sensibilidad, inteligencia y voluntad) y que produce el placer por la conciencia inmediata de este estímulo general. » — (*La irreligión del porvenir*, pág. 22, v. c.)

No será difícil descubrir que si es verdad que el esteticismo, como toda otra forma de cultura intelectual y artística, es casi siempre de carácter eminentemente sociable, no es esto su base esencial y constitutiva, desde que esta manifestación, fuera de no ser la única de carácter social, — lo cual indica que esa condición no es distintiva, — puede presentarse también en forma anti-social, como se presenta en forma antimoral, sin que por ello pueda desconocerse su esencia.

El concepto estético, como que evoluciona y asume las más variadas formas generales y aun locales, se ofrece á veces en oposición á la moral y á la entidad social, y no puede ser de otro modo, desde que varía tanto el criterio moral cuanto el interés social, con relación al lugar, al tiempo y á muchas otras circunstancias, en tanto que el hombre y la realidad no varían substancialmente: evolucionan.

Es claro que para cada cual ha de concurrir su concepto moral y social á la generación del fenómeno estético, como concurren sus sentidos, los factores étnicos y climatéricos, y sus peculiaridades individuales; pero de ahí, lejos de poderse deducir que son elementos esenciales ó característicos de la modalidad estética, sólo puede deducirse que la integran, generalmente; lo que equivale á admitir que pueden no integrarla.

Bastaría, pues, demostrar que hay manifestaciones artísticas y estéticas amorales, asociales y hasta inmorales y antisociales, y también desagradables, para que quede demostrado que no es lo moral, lo social ni lo placentero lo que forma la base constitutiva del arte ni de la belleza.

En la literatura realista vemos más que en otra parte alguna, cómo puede suministrar tema para el esteticismo y el arte cualquier hecho de la vida ordinaria, sin ex-

eluir los más insociables é inmorales: la embriaguez, el adulterio, el crimen mismo. En los dramas y tragedias horripilantes del «Grand Guignol», los hechos más espeluznantes se prestan para la manifestación artística, y emocionan estéticamente. Zola y Guy de Maupassant, especialmente, presentan los hechos más vituperables, según la conciencia moral ordinaria, en una forma innegable de arte y esteticismo. Puede decirse que magnifican lo que es, como es, y sin *parti pris* moral (este último principalmente) ni social, por lo que han sido tan reprobados antes de que se les consagrara artística y estéticamente como maestros.

Lo amoral y lo asocial, como la marina, el paisaje, el mueble, la arquitectura, etc., entran lo mismo en el campo del arte que en el de la belleza. Lo terrible como el naufragio y la tempestad; lo cruel, lo funerario, lo macabro, la ironía, lo indiferente como el «bibelot»; lo inmoral como la pornografía, el adulterio, el crimen, forman en el plano artístico y estético, del mismo modo que la abnegación materna, el heroísmo, la caridad.

En tales condiciones, pues, no es dado afirmar que lo agradable, lo moral y lo social constituyen la esencia del arte, ni la del esteticismo.

Hay una vaguedad desesperante en todo lo que se refiere á arte y estética, que no deja de subsistir al través de las hermosas páginas de Guyau. Si bien parece á veces que un destello de verdad quiere iluminarnos, pasa como un resplandor fugaz, sin dejarnos el tiempo necesario para precisar nuestra visión de la realidad. Como prueba de la imprecisión y la incertidumbre que tienen los conceptos de este filósofo, á este respecto, podrían citarse innumerables páginas de su obra, desbordante de imaginación. Así, por ejemplo, dice: «El carácter estético de las sensaciones nos parece, en efecto, depender



menos de su origen y, por decirlo así, de su materia, que de la forma y del desarrollo que toman en la conciencia, de las asociaciones y combinaciones de toda clase á que dan lugar: son como esas plantas que viven menos por sus raíces que por sus hojas. En otros términos, el medio de la conciencia, más aún que la sensación bruta, es lo que explica y constituye la emoción estética. Forma, á nuestro parecer, una extensión, una especie de eco de la sensación en nuestra conciencia entera, sobre todo en nuestra inteligencia y en nuestra voluntad <sup>(1)</sup>.»

Este filósofo, como se ve, si bien ha descubierto algunos elementos positivos del fenómeno estético, no ha penetrado la esencia íntima del mismo, y deslumbrado por sus complejidades, por la poliforme variedad de sus manifestaciones, ha forjado su teoría sobre los efectos sociológicos y psicológicos de la emoción estética, en vez de dirigir sus investigaciones hacia la causa generadora, que es el centro mismo de la cuestión.

La idea de que la belleza es una entidad objetiva, por un lado, y, por el otro, la de que el arte está adscripto á la cultura de la belleza, ha llevado á estas soluciones tan poco claras como poco concluyentes. El propio lenguaje que se emplea en este orden de investigaciones, es de una anfibología indescifrable.

No hablemos de los lirismos con que se ha abordado el estudio de esta cuestión, partiendo del concepto de la gran superioridad del hombre, que hasta ha pretendido explicar la belleza por medio de la ética y de la bondad humanas, tan precarias como son. Bien pobre sería, en verdad, el caudal á explotarse, si tuviéramos que acudir á esos solos renglones.

Nuestra ética y nuestra bondad terminan, á lo sumo,

(1) Guyau: *El arte desde el punto de vista sociológico*, pág 49, v c.

en el respeto á la vida del prójimo, — respeto más egoísta de lo que parece, — y así mismo incompleto é imperfecto por demás. Ellas comienzan por autorizar la tortura y la matanza de los animales inferiores, — toda vez que con ello no hayamos de causarnos daño, como es natural, — y hasta autorizan también la tortura y la matanza de nuestros propios semejantes, cuando encontremos alguna razón bastante « humana » para ello, y á menudo nos ensañamos todavía, sobre todo si no hay temor de represalias. Entre nuestros pasatiempos, se comprende como una de sus formas más inocentes la caza, así como la reclusión definitiva de los animales que nos sirven para algo, sin excluir á las avecillas que nos ofrecen el atractivo del color en su plumaje, ó el deleite del gorjeo en su garganta; cautiverio que equivale á la amputación de sus alas prodigiosas.

Nuestra ética y nuestra bondad, pues, autorizan á matar y aun á torturar por puro gusto, por pura vanidad también, y no hablemos de bondad cuando asoma el interés. Según refirió la prensa, últimamente, la industria humana, con sus solícitos ojos de lince, ha caído en la cuenta de que el propio diminuto plumaje del colibrí sirve para hacer, ¿ sabéis qué?... ¡zapatos! — zapatitos destinados, como se comprenderá, á las mismas mundanas elegantes que suelen organizar festivales de caridad y beneficencia. Con una bandada de estos desdichados pajaritos, parece que — á condición de procederse con suma habilidad y cuidado, naturalmente — puede confeccionarse un par de zapatos del tamaño de almendras, cuyo costo bastaría para sacar de apuros á todos los pobres del barrio; ¡ y lo peor es que tales damas de beneficencia todavía se esmeran en esconder con gran recato sus piecitos!... ¡Oh admirable bondad!

Sólo el idealismo viejo ha podido engendrar aquellos

devaneos filosóficos para explicar el arte y la belleza; sólo él ha podido elevar tanto al hombre, con gesto olímpico, por encima de las especies inferiores, tan injustamente desdenadas. Como quiera que sea, bien se ve que no hay que contar con esos presuntuosos concursos para resolver estos asuntos. Por mi parte, prescindo enteramente de ellos para abordar este ensayo.

Pero basta con lo dicho para demostrar la inseguridad que ofrecen las hipótesis y las teorías que se han formulado en el sentido de dar solución á estos problemas. Si me he detenido un instante sobre cuestiones críticas, ha sido tan sólo para recordar algunas de las teorías más en boga, del punto de vista de mis ideas. Por lo demás, el lector que quisiera darse cuenta más clara respecto de la obscuridad y la confusión que reinan en todo lo que atañe al arte y la belleza, en lo mismo que ha dado en llamarse « ciencia estética », podría entrar en dicho laberinto fácilmente leyendo la obra del erudito escritor español Menéndez y Pelayo: *Historia de las ideas estéticas en España*, en la que se resumen las principales tentativas filosóficas que se han hecho para explicar una y otra cosa.

---

## II

### CAMPO EN QUE FLORECE EL FENÓMENO ESTÉTICO

#### I. REALIDAD, ILUSIÓN

Realidad es lo que existe, *lo que es*. Nosotros *integramos* lo existente, aun cuando nos parezca hallarnos separados de lo mismo que nos rodea y nos sustenta, y por más que al sentirnos identificados con lo que llamamos el mundo « exterior », creamos podernos sustraer, nos hallamos de tal modo trabados física y psíquicamente con él, que sería, no sólo difícil, sino imposible, establecer una línea de separación — siquiera sea imaginaria, y por un solo instante — entre lo que forma nuestra individualidad y el « medio » en que esta misma individualidad nuestra se desarrolla.

Guiados por nuestro instinto, por nuestros sentidos, por el conocimiento, nosotros nos relacionamos con los elementos que forman en lo que reputamos externo, de innumerables maneras, y juzgamos de ellos, no por lo que son en sí, sino por la forma en que estamos relacionados con ellos. Es así que mientras las cosas que contienen lo que llamamos y seguiremos llamando « mundo exterior », proceden con arreglo á leyes inmutables, nos

causan la ilusión de que son buenas ó malas, según nos convengan ó no, y hasta se ha pensado que se interesan en nuestra suerte, no ya en nuestras creencias ó especulaciones de cualquier otro género. Por más que pueda comprobarse á cada paso la «indiferencia» del mundo exterior respecto de lo que nos interesa, á cada paso también nos hallamos incitados, á causa de los vicios tradicionales de conocimiento, á creer que de algún modo actúan á nuestro favor ó en contra nuestra. Todas las supersticiones arrancan de esa ilusión, generada por el egocentrismo primitivo, lo mismo que lo están todas las formas nigrománticas.

Esta indiferencia coexiste con la energía latente de la materia y con el esfuerzo que hace cada organismo, cada célula para vivir, para perpetuarse, para triunfar. Cada especie, cada ser brega en favor de sí mismo fundamentalmente, esencialmente. Puede verse en todo instante la despreocupación total del mundo externo á nuestro respecto, entretanto que elucubramos empeñados en dominarlo, para servirnos de él; y aun dentro de la misma especie humana, en ese «desierto de hombres», según se ha dicho, es bien débil el eco que producen nuestras propias vicisitudes más dilacerantes.

Si conseguimos algo del mundo exterior, es mediante nuestro esfuerzo, reflejo, instintivo ó deliberado. Nuestro propio instinto egoísta nos ha inspirado muchas ilusiones, fuera de las que derivan de nuestra misma estructura física y psíquica, y es así que el hombre ha creído ver en el mundo externo agentes diversos interesados en su suerte ó predispuestos, por obra de alguna entidad sobrenatural, á servirnos, á auxiliarnos, ó á perjudicarnos. Estas ilusiones, unidas á las que derivan de la insuficiencia de nuestros sentidos y facultades, nos han hecho vivir en un perpetuo engaño.

Así, por ejemplo, nosotros experimentamos la ilusión de la inmovilidad de la materia anórgana, si bien la quietud es aparente. No sólo giramos perpetuamente dentro del planeta, con todo lo que contiene, sino que la materia misma, inerte por completo como parece, sólo adquiere estados de equilibrio y sus moléculas están asimismo en continuo movimiento, según parece resultar de investigaciones científicas; sufrimos la ilusión de la variedad substancial, producida por las variedades morfológicas, en tanto que hay una identidad esencial en los elementos que integran la vida orgánica; vivimos bajo la ilusión de que hay creación y destrucción de materia, cuando sólo se operan en ella simples transmutaciones y transformaciones; sufrimos la ilusión de la inconstancia de la energía, en tanto que ésta es invariable en cuanto á cantidad, según la ley de Mayer; sufrimos la ilusión de la estabilidad individual, siendo así que hay un cambio constante en la composición orgánica; en fin, es considerable la serie de ilusiones que alimenta nuestra mentalidad.

Nuestro conocimiento, si bien es ascendente y progresivo, nos causa la ilusión de una marcha descendente y regresiva. Es que, á medida que conocemos, nos vamos apeando de los prejuicios acumulados por nuestra ascendencia, que se nos han transmitido hereditariamente, los mismos con los cuales se pretendía explicarlo todo.

El viejo egocentrismo humano actúa todavía mucho más hondamente de lo que podemos creer. Hemos aprendido á considerar el mundo exterior desde puntos de vista tan convencionales y arbitrarios, que nos cuesta pensar ó hablar á su respecto con exactitud, con propiedad siquiera. El más primitivo animismo informa aún nuestros juicios y estados psíquicos, de un modo incisivo, fundamental. Los sabios más eminentes, los espíritus más po-

sitivos actuales, dejan ver, á cada instante, que perduran muchas de las ilusiones que inspiró la naturaleza á nuestros antepasados. Hæckel, el gran biólogo, con ser tan independiente en sus juicios, en su bello relato de la India, por ejemplo, dice : « El sol poniente, antes de «sumergirse» en el mar, alumbra esta escena marítima encuadrada en un paisaje de la India, de un torrente de oro, púrpura y anaranjado. » Más adelante dice : « Las lluvias arrastran las partículas orgánicas antes de que hayan podido «ejercer su acción deletérea» (1). » Podrían llenarse varios tomos con citas análogas, sin acudir á los poetas, en cuya obra habría caudales inmensos de comprobación, respecto del desconocimiento de la realidad operado por causas residuales, del más remoto origen.

El egocentrismo y el animismo primitivos nos hacen caer aún, á cada paso, en ilusiones semejantes. Todavía nos sentimos inclinados á pensar que el sol, la lluvia y el rocío sirven á las plantas, más bien que á pensar que las plantas viven y prosperan debido á que pueden aprovechar de estos elementos. Nosotros pensamos que el fuego nos quema, siendo así que nosotros «nos quemamos» á su contacto; que los árboles nos dan su fruto, las abejas su miel, los mares sus peces, las vacas su leche, las ovejas su lana, etc., etc., cuando en realidad somos nosotros quienes se los tomamos. Nosotros pensamos que la luz nos ilumina, que el oxígeno del aire nos alimenta los pulmones, que el sol nos calienta, que los astros dirigen al navegante, siendo así que esto es un simple miraje de nuestro egocentrismo animista.

La percepción de lo que es, nos sugiere el concepto del tiempo y del espacio, por más que son quizá puras ilusiones psicológicas. Así como lo que existe nos hace

(1) Ernesto Hæckel: *Viaje á la India*, págs. 96-97, v. c.

forjar la idea de la nada, de lo inexistente, de igual modo nos da la idea del espacio y del tiempo, que no existen. Si no existiera algo, no se concebiría la idea de la sucesión, ni la del espacio. Es así que no podemos concebir la nada, ó el tiempo, ó el espacio, si no es por lo que existe, por *lo que es*. A lo que no concebimos, á lo que no nos es dado abarcar, llamamos infinito, con el mismo fundamento con que un marisco llamaría infinito al mar ó á la tierra, ó á la atmósfera que lo rodea.

Nuestro concepto del tiempo y del espacio tiene tanto de impreciso cuanto de quimérico. Para verlo mejor, pongamos un ejemplo. Suponiendo que se ha resuelto positivamente el problema del movimiento perpetuo, y que pudieran construirse cien, ó mil, ó más aeroplanos indestructibles, piloteados por otros tantos aviadores inmortales, y que salieran de la tierra en otras tantas direcciones, todas divergentes y contrarias; que comenzaran á volar con la velocidad de la luz durante billones de trillones de siglos, y que entonces resolvieran dejar correr trillones de trillones de siglos, por vía de reposo, y que repitieran ambas jornadas trillones de cuatrillones de veces con la misma velocidad, ó mejor aún, con velocidad progresiva; y bien: después de tanta marcha, cada vez se darían cuenta más clara de que « están » y « no están », á la vez, en el mismo punto inicial, con respecto al « término » del tiempo y el espacio, y lo mismo con respecto al « comienzo ». Tal es nuestro concepto del tiempo y del espacio infinitos. Y todavía, cuando consideramos haber agotado nuestra imaginación en el reino de lo fantástico, no hemos hecho en realidad más que un inocente juego de niños.

El profesor Binet, hablando de la estiptiquez imaginativa, dice: « Avec une pensée de cent mille francs, on



a des images de quatre sous. » Podría decirse lo mismo del pensamiento, con respecto á los devaneos metafísicos aprioristas, que giran en lo desconocido como mandobles en el aire.

Nada hay que permanezca idéntico á sí mismo, para determinar un concepto positivo de sucesión: *todo es sucesión*, todo evoluciona y se transforma. La estabilidad es una apariencia, nada más. La ley natural inmutable es, precisamente, la de una perpetua trasmutación. El tiempo es, pues, una simple sucesión de presentes. Lo pasado no existe, como no existe el futuro; lo que fué, no es, y lo que será, tampoco. Sólo *es*, entonces, *lo que es*, lo que es *presente*. Si nada hay estable, ¿qué puede fijar el tiempo, tal como lo concebimos? Lo que llamamos el tiempo, sólo es la historia de los cambios dentro de los cambios. El mundo externo, como un biógrafo, transforma sus aspectos incesantemente, y el hombre, al percibir dichas transformaciones, experimenta la ilusión de la estabilidad, porque no advierte sus propios cambios, y cree que hay algo que liga el instante presente al instante pasado y al instante venidero, si bien esa relación es tan sólo una modalidad psíquica, según lo entienden algunos filósofos, un artificio subjetivo, por el cual nos relacionamos con el mundo exterior y con nosotros mismos.

Si lo que llamamos el « tiempo » es una relación de sucesión que concebimos mentalmente entre los hechos, es decir, á base puramente subjetiva, el espacio, tal cual quisiéramos concebirlo, sin lograrlo jamás, no existe. Como existe, es « como es »: *el volumen de la materia*, y como todo es materia y energía, por lo menos lo que cae bajo el dominio de nuestro conocimiento y de nuestras propias concepciones más fantásticas, no hay espacio libre, ni hay « la nada ».

Nosotros distinguimos la simultaneidad de dos hechos, de la sucesión de otros hechos ó fenómenos; nosotros percibimos las transformaciones que se operan en la materia que cae bajo el dominio de nuestros sentidos; pero esto solo no revela la existencia de tiempo, ni de lo que suponemos el espacio, es decir, la existencia de entidades objetivas que las unan ó que las contengan, sino tan sólo la realidad de esos hechos y la de sus relaciones para con nosotros. El microscopio y el telescopio han revelado series de hechos que no se habían sospechado jamás por el hombre. Una reforma en estos mismos aparatos ó algún otro nuevo instrumento, puede operar iguales conquistas sobre lo desconocido, que, al fin, debería ser la única palabra á emplearse correctamente respecto de todo aquello que no conocemos, en vez de poblarlo con fantasías que pretenden sustituir á la realidad, en nuestro vano empeño, muy probablemente vano empeño, de conquistar la verdad integral. ¿Qué es lo que no se ha ideado para dar por conocido lo desconocido?

Lo que no conocemos, lo concebimos y lo concretamos arbitrariamente. Para nosotros, lo desconocido no existe. A lo que está fuera de la acción de nuestros sentidos y facultades, llamamos, unas veces, lo absoluto; otras, lo infinito; otras, la eternidad, el espíritu, el espacio, el vacío, la nada, etc.; y todo esto nos confunde de un modo lamentable. Así, por ejemplo, lo que no existe, no debemos pensar que *sea nada*: «NO ES», sencillamente; el espacio que ocupa la materia, no es espacio: es materia; y donde se supone que no hay substancia porque no podemos percibirla, hay algo, hay por lo menos éter, según todo lo deja inducir; y, en consecuencia, hay substancia, y hay energía, que es inseparable de la misma.

A lo que no podemos dividir ó considerar como divisible, lo reputamos indivisible. Hoy que el microscopio

ha revelado la existencia de seres para quienes una nuez es una enormidad, ¿podríamos afirmar que hay base para dar por admitida la indivisibilidad de la materia?

El hombre ha ideado dioses para llenar lo desconocido, para explicar lo inexplicable y, sobre todo, para explicar el « prodigio » de la vida, sin advertir que, con igual lógica con que se reputan necesarios para explicar las maravillas y armonías del universo, se requerirían también para explicar un peñón, un guijarro, una molécula, un átomo, y cuando eso se hubiera explicado, nos hallaríamos de nuevo en figurillas para hacer lo mismo con los propios dioses que parecían darnos la clave del enigma; y así sucesivamente.

Nosotros hablamos de « primeras causas », dando por supuesto que las haya. Para admitir la primera forma creativa, no obstante, es necesario admitir, á la vez, la nada, el agente creador, el tiempo y el espacio, por cuanto es forzoso, con arreglo á nuestro intelecto, que existan estos elementos para concebir la creación, la más inicial é ínfima que fuere. De otro modo tendríamos que admitir por fuerza el milagro, siendo así que debe ser descartado de nuestro razonamiento, por cuanto no nos es dado concebirlo racionalmente, y nada, ninguna comprobación ni antecedente indubitable nos autoriza á admitirlo.

Lo que llamamos « la nada », es simplemente el límite de nuestras concepciones, como el infinito. Antes de conocer la composición atmosférica, se creía que el aire era la nada; antes de haber ponderado el éter, se creía que el espacio ocupado por el éter era el vacío absoluto, la nada. Según se nos ha trasmitido el concepto de la nada, resulta una negación *afirmativa, objetiva*. La nada no existe, ni puede existir. Según lo acusa nuestro intelecto, la nada no puede *ser*. Nosotros, sin embargo, pretendemos concebir la nada, que es una simple negación mental,

como algo objetivo, por más que hasta huelga la propia palabra que la designa. La nada, repetimos, tal como se la concibe, es una ilusión, es el absurdo; es lo que es y lo que no es, al mismo tiempo. Lo que designamos como «la nada», no existe, pues; por lo menos no nos es dado concebirla, y, lejos de explicarnos algo, nos confunde y nos extravía; luego, no es un elemento de juicio.

Los términos « absoluto » y « relativo », que empleamos con frecuencia, significan tan sólo la oposición que existe entre lo que es y conocemos, y lo que no conocemos, por más que queramos darles otra significación. La realidad *es*, simplemente. No puede « ser » lo que *no es*, como fuera indispensable para coexistir. El « no ser » es tan sólo una negación mental, y la realidad *es pura afirmación*. Lo absoluto sólo puede ser *lo que no existe ni puede existir*: la nada; fuera de esa abstracción, lo demás es relativo. Si esto es así, y si donde se ha supuesto que no hay nada, hay materia, hay éter, hay energía, no hay primeras causas, sino causas inmanentes.

Para llenar esa supuesta nada, esa simple negación psíquica, primeramente se ha acudido á lo sobrenatural, al milagro, y luego se ha poblado la mente de diversos « infinitos », cuando sería difícil demostrar que pueda coexistir tan sólo uno con una « partícula » de la nada.

Los animales inferiores deben tener también su infinito, es decir, su concepto de lo que está fuera del alcance de sus sentidos, y debe de ser todavía más abundante que el nuestro. Resultaría instructivo, v. gr., saber qué es el infinito para los pececitos de colores que nacen y viven en vasijas, ó para las aves que nacen y viven en continua reclusión, ó para los propios peces de la fauna abismal. Eso nos dejaría ver cómo nosotros hemos concebido lo que está fuera del dominio de nuestro conocimiento, tan limitado como es.

Nosotros quisiéramos conocerlo todo, penetrando el misterio inmenso de la realidad, y cuando pensamos hacer las más trascendentales incursiones especulativas, nos hallamos reclusos dentro de nuestro propio magín, dando golpes en sus paredes estrechas, como insectos en los vidrios de una ventana.

Es tan mínima la parte de lo existente que podemos abarcar, que apenas nos abstraemos, al volver á la realidad, ésta nos causa una impresión análoga al despertar de un sueño; pero á la vez que desconocemos lo propio que está aquí, á la mano, querríamos conocer y explicarnos lo que está fuera del alcance de nuestros medios de conocimiento, y como que ya desde los siglos de mayor atraso se ha pretendido descifrarlo todo de una buena vez, nuestro conocimiento efectivo nos causa un desencanto, podría decirse, más bien que una satisfacción. ¡Es indecible la suma de esfuerzos que ha consumido, y consume aún, la rectificación de los viejos prejuicios! Quizá se dirige el esfuerzo científico todavía más en el sentido de demostrar que los viejos errores no son tales, que en el de conquistar nuevas verdades. Todavía preocupan á los estudiosos los problemas de la creación, de la inmortalidad del alma y del vitalismo.

Si bien la rectificación de un error cualquiera significa una conquista positiva, no es menos cierto que la investigación se ha encaminado más que á conocer, á debatir, y estimulados los espíritus por el afán de comprobar, la propia ciencia experimental se ha dedicado también á llenar el supuesto vacío que se denomina «la nada». Para explicar racionalmente el misterio de la vida, que desde los tiempos más lejanos dan por averiguado los creyentes, se ha acudido á la generación espontánea, y desde ahí se ha llegado hasta la teoría del mosaico, por la segmentación del óvulo. Los sabios se han empeñado

tal vez más en explicar la no existencia de la nada, que en encontrar nuevas verdades aprovechables y nuevos recursos concretos de acción.

La tarea, sin embargo, parece ser interminable, como quiera que se la encare. Aun cuando llegara á explicarse la iniciación de la vida orgánica en el planeta, quedaría siempre por explicarse el enigma del origen de la substancia inorgánica, y lo que resultara como causa, sería, á su vez, una subcausa con respecto á la precedente, y así, sucesivamente, iríamos de subcausa en causa, sin llegar jamás á la primera. Esto, como se ve, tiene el aspecto de un círculo vicioso. Si la materia y la energía no requieren la hipótesis de su creación, ni la más pretérita, para explicárselas, dado que su indestructibilidad presupone que no fueron generadas, y que tienen en sí su propia causa, inmanente, ¿por qué no suponerlas capaces de engendrar la vida misma? ¿Por qué presuponer el milagro, si acerca de él no hay una sola noticia fidedigna? ¿No es ir derechamente al reino de la más ilusoria utopía?

De cualquier manera, lo menos que podría deducirse de todo esto, es que el hombre pierde su tiempo cada vez que va en busca de la nada, como tiene que hacerlo para intentar el descubrimiento de la primera causa. Si acaso el problema de la causalidad es tal problema, su solución está fuera de las facultades humanas, por ahora á lo menos, y lo que es peor, está en contradicción con todos los elementos más positivos de juicio.

No se ha encontrado aún una sola solución de continuidad. Invariablemente, las conquistas que se han operado dentro del campo de la investigación científica, han llenado « los espacios del vacío », la nada que se suponía, como se llenan por la atmósfera y el éter los espacios que caen bajo el dominio de nuestros sentidos

y facultades. Si hay un enigma, pues, un gran enigma causal, está por completo fuera de las sendas que ha recorrido el hombre para plantearlo y para resolverlo.

Acostumbrados á relacionar cada cosa con su causa y á presuponer en cada cosa su principio y su fin, no nos es dado concebir que pueda el total no tener causa, ni ser efecto, consiguientemente. Desde que la materia es indestructible y ocupa, según lo que ha podido comprobarse, toda « la extensión del espacio », la nada es una simple abstracción psicológica, por cuanto no ha podido ser, ni puede ser. Si la nada existiera, ó hubiera existido alguna vez, por otra parte, habría limitado todos los infinitos, si acaso éstos no se excluyen entre sí. Bastaría admitir la más instantánea realidad de la nada, para excluirlos.

Nosotros, por una razón orgánica, hemos tenido que colocarnos en el centro de todos los infinitos imaginables. Puede decirse que los infinitos son el término de lo concebible para el hombre. Son el círculo, la esfera, la periferia, mejor dicho, donde terminan nuestros contactos de relación con el mundo exterior. Lo que llamamos infinito resulta de este modo una ilusión psíquica, que nos hace perder pie en la realidad ; es una quimera que ha engendrado el egocentrismo.

Nosotros percibimos fenómenos, y los relacionamos con una idea de sucesión, ó sea de tiempo ; vemos objetos y los relacionamos con la idea de su aparición, ó sea con la nada, con la idea de la creación. De la manía religiosa ha quedado el prurito metafísico, de este prurito nace el vicio de la elucubración supertrascendente. Del animismo ha quedado el prurito de « personificar » á los propios elementos inorgánicos de la naturaleza, el vicio literario, diremos, de suponer « que actúan » sobre nosotros, siendo así que sólo coexisten.

A medida que se operan descubrimientos por la investigación científica, se transforma el concepto de los infinitos, como se han transformado los conceptos antiguos sobre el aire, la luz, el calor, etc. Parece, pues, razonable no intentar la explicación de los hechos que están fuera del alcance de nuestros medios de conocimiento y de nuestros elementos de juicio. Sólo estamos habilitados para investigar las transformaciones y transmuciones que se operan dentro de la parte de realidad que cae bajo el limitado circuito de nuestras vinculaciones con ella, así como las subcausas que se han sucedido en los confines de ese relacionamiento. Más allá está lo desconocido, que no deja de serlo por el hecho de que lo denominemos infinito ó de cualquier otro modo.

Si bien la verdad integral, ó sea el conocimiento total de la realidad por el hombre, parece imposible, porque, precisamente, á medida que se avanza se descubren nuevos campos de realidades á conocer, es también posible que nuestra situación resulte tan oscura y caótica por la serie de causas de error que han actuado en nuestro camino hacia el dominio de la realidad, hacia su conocimiento, mejor dicho. El conocimiento es una conquista que se opera sobre una región cuyas extensiones y accidentes se amplían y perciben tanto más cuanto más exploramos. En un principio, el hombre creyó ser el centro de todo lo existente, y se lo explicaba así con suma facilidad; pero, á medida que ha ido inquiriendo, se le ha presentado cada vez más complejo, como ocurre al caminar ó al ascender, que todo parece dilatarse á nuestra mirada porque vemos con mayores variedades las extensiones del horizonte. Quizá sea esto lo que engendró nuestro concepto de lo infinito, de lo absoluto; así, podría muy bien suceder que todas estas fantasías



metafísicas se deban á la circunstancia de haberse planteado mal el problema, la serie creciente de problemas, mejor dicho, que ofrece el conocimiento de la realidad.

Si bien la tenemos aquí, á la mano, nos cuesta tanto ó más comprenderla, que escalar una montaña. Parece que, por una ironía, fueran nuestras propias cerebraciones las que dificultan el acceso á la realidad, que colocamos así, por nuestro mismo esfuerzo, como ciertas congregaciones religiosas ponen su vivienda en monolitos casi inaccesibles, allá en Tesalia.

En la obra perpetua de adaptación, tratamos de penetrar los secretos que nos interesan, para ajustar lo más posible lo exterior á nuestras aspiraciones, y es tal nuestra necesidad orgánica de realizar esta obra, que la parte de realidad que no podemos abarcar por el conocimiento, la idealizamos <sup>(1)</sup> arbitrariamente, impacientados por el ansia de comprobar nuestra primacía, sin advertir que sólo puede conocerse la parte de realidad que cae bajo el dominio de nuestros medios de conocimiento y de acción. Parecería insensato que podamos pretender el conocimiento integral, cuando apenas nos es dado girar sobre una estrecha parcela de la realidad, de las más insignificantes tal vez, si bien no para nosotros, naturalmente, y esa misma parcela sólo la podemos conocer en una forma convencional, de simple relación. Esto, en verdad, diríase que es más osado aún que si los

(1) A fin de precisar más mi concepto, debo advertir que la palabra «idealizar» la empleo en el sentido de una cerebración irreflexiva y, por lo mismo, convencional y arbitraria, tendiente á enaltecer, á magnificar ó á deprimir, vale decir, cuando desfiguramos, exageramos ó unilateralizamos; y, por oposición, empleo el vocablo «ideación», no sólo en la acepción que tiene como sustantivo del verbo idear, sino también como la acción del razonamiento deliberado, que se dirige en el sentido de dominar la realidad por el conocimiento, como ocurre cuando se investiga con un propósito científico, ó cuando tratamos de sacar otro partido racional de la misma, para utilizarlo en nuestro esfuerzo de adaptación.

batisaurios pretendieran disertar sobre el Sol desde el fondo de los mares, ó que las libélulas quisieran conocer lo que ocurre en los abismos marinos.

Para nosotros es una necesidad fundamental conocer, y en ese esfuerzo inevitable, orgánico, aplicamos á destajo todas nuestras facultades. Así es que el conocimiento de la realidad desaloja siempre á un desconocimiento, á una ilusión anterior, la que debió preexistir necesariamente, debido á nuestra manera de considerar de cualquier modo lo propio desconocido, inexplicado.

Nosotros no tenemos más medios de comprobación, por ahora á lo menos, que la evidencia, y estamos así obligados á considerar la realidad desde el punto de vista de *sus relaciones para con nosotros*, el único, por otra parte, que positivamente nos interesa. Admitiendo que tuviéramos los recursos cognoscitivos que se requieren para abarcar el dominio integral de la realidad, y que nuestra «lógica» fuera realmente lógica, nos hallaríamos frente á la duda de que nuestras relaciones para con el mundo exterior sean efectivas, es decir, que son así como se nos manifiestan; duda que nos pone en jaque, obligándonos á admitir como base fundamental de todas nuestras elucubraciones de carácter metafísico un simple convencionalismo: la fe en nuestros sentidos y facultades, elemento que ha sido negado por algunos filósofos; fe que se conmueve á cada paso, ante la serie de decepciones sufridas.

La opción entre los dos criterios rigurosamente lógicos, el positivista y el escéptico, sin embargo, no puede ser dudosa, por cuanto no nos es útil, ni posible, por lo demás, suprimir de nuestros cálculos y juicios á la realidad, tal cual es para nuestros sentidos, y tal como la palpamos, y resulta así siempre sensato dar crédito á nuestros sentidos y facultades, por cuanto de otro modo caemos en

el caos más arbitrario y perdemos lo mejor, lo único que tenemos para orientarnos. Triunfa, pues, como tendencia, la positivista sobre la especulativa, ésta que ha hecho correr al hombre en pos de tantas quimeras. Por fortuna, cada vez más es Sancho quien toma las riendas del gobierno humano.

El reino del gran hidalgo ha terminado. Parece ya indudable que conviene á la especie humana proceder con un criterio más práctico y por medios experimentales, al ensanche paciente de sus conocimientos y de sus recursos de acción, tanto en el orden físico como en el psíquico, prescindiendo de toda conclusión integral, inoportuna por lo menos, y esta convicción se acentúa así que advertimos la inocuidad de nuestras elucubraciones líricas ante la realidad impasible. Ella permanece ajena á todas nuestras metafísicas y á nuestros anhelos, sin darnos nada más de lo que le tomamos. Es preciso aplicarse, pues, á tomarle lo más posible, en vez de entregarnos á platónicas especulaciones, ó de abandonarnos á la vida contemplativa y suplicante, que nos obliga á vivir por autofagia, á expensas de nuestro propio cerebro.

Las huellas que dejau las ideas adquiridas, por otra parte, tienen una persistencia fabulosamente tenaz, y así como todavía hoy se personifican los elementos y agentes del mundo exterior, se « humanizan », podría decirse, se pintan y se esculpen ángeles, y nos es grato mirarlos rubicundos y rollizos, si bien no hemos visto un solo par de alas celestes... desde los tiempos bíblicos, por lo menos. Todavía nos sentimos muy atraídos por la leyenda, por la fábula, por el prodigioso milagro, por las visiones miríficas de nuestros ascendientes, las más pretéritas.

Todo esto, todos los antecedentes acumulados por la herencia, este caudal de espejismos é ilusiones, así como

lo que hemos podido elaborar nosotros mismos, forma nuestra individualidad apta para vibrar estéticamente, según intentaremos demostrarlo más adelante.

Pero es preciso advertir que si nuestros sentidos pudieran transmitirnos, por ejemplo, las vibraciones y movimientos de la substancia en las propias formas que se conciben merced á la experimentación y á las inducciones, educciones y deducciones mentales; ó si pudiera percibirse el perpetuo proceso celular como se percibe el movimiento de una colmena, la realidad no habría cambiado, mas sí nuestras imágenes y nuestros conceptos estéticos. De esto nos ocuparemos eu seguida.

## II. NUESTRO RELACIONAMIENTO CON EL MUNDO EXTERIOR

El hombre no percibe más que sus propias formas de relacionamiento con el mundo externo <sup>(1)</sup>, tanto más variables cuanto que él, como uno de los términos de relación, es esencialmente cambiante. Si la realidad fuera inmutable, variarían asimismo, para nosotros, los aspectos de ese relacionamiento, por cuanto el hombre es un ser complejo y evolutivo. Fuera de esa relación, la realidad *es*, simplemente, vale decir, ni es verdad, ni es ilusión: ES.

La verdad es una conquista sobre la realidad en el sentido del conocimiento; es una realidad *conocida* por el hombre. Se comprende, pues, que no pueda subsistir la verdad misma fuera de esa relación.

El hombre se modifica constantemente; y á medida que evoluciona, van transformándose los elementos de relación con el mundo exterior y, consiguientemente, con los de orden psíquico. Es así que, aun cuando permane-

(1) Leibniz decía que las percepciones son la representación íntima de lo que pasa en el exterior. Como se ve, encara este fenómeno del punto de vista de la conciencia.

cieran invariables las cosas del mundo externo, promoverían, no obstante, sensaciones, juicios y emociones distintos.

Fuera de esa relación, las cosas que forman en el mundo exterior no son en sí verdaderas ni falsas, grandes ni pequeñas, bellas ni feas, malas ni buenas, duras ni blandas, oscuras ni claras. *Son*, simplemente; y si bien mantienen relaciones más ó menos constantes entre sí, como mantienen su esencia, nuestras cerebraciones del punto de vista del relacionamiento psico-físico nos hacen clasificar y adjetivar desde ese punto de vista, es decir, *del de sus relaciones para con nosotros*. Es así que decimos á menudo: una gran araña ó un diamante grande, verbigracia, en tanto que hablamos de una pequeña casa ó de un pequeño cerro. En substancia, ni es alto el Gaurizánkar, ni es bajo el cerro de Montevideo.

Nosotros no percibimos las cosas del mundo exterior como ellas son en realidad: sólo percibimos en nosotros los efectos de relacionamiento para con lo demás que observamos y comparamos, y para con nosotros mismos, y de esto es que inducimos y deducimos sus cualidades, con arreglo á nuestras necesidades y aspiraciones, con arreglo á nuestros juicios y nuestros antecedentes psíquicos, y se las atribuimos á las cosas mismas que han promovido tales estados psíquicos. Objetivamos, así, lo que es puramente un resultado psíquico de aquel relacionamiento.

Buda, Jesús, Mahoma, Napoleón, Pío IX, Garibaldi, fueron tales como fueron. Sólo así fueron. No obstante, nosotros los concebimos y los apreciamos de muy distinta manera, y hasta en formas contradictorias; y no sólo en estos casos, en que se trata de entidades más ó menos importantes y complejas, son distintos los juicios y los estados psíquicos que en nosotros se generan, sino que

ocurre lo mismo al mirar un objeto simple. Así, por ejemplo, un trozo de bronce ó de mármol puede engendrar distintos estados psíquicos mediante un cambio de forma, que no altera en nada su esencia. Cuando lo vemos trocado en un ídolo, en una caricatura ó en una Venus, verbigracia, no sólo promoverá estados psíquicos diversos con relación á la diversidad de los circunstantes, sino también con arreglo al lugar en que se le observa, á la luz que domina, á la época á que pertenece, á la edad y la cultura de los espectadores y á los demás elementos circunstanciales. La misma substancia esencial, pues, puede determinar distintos efectos de relación en nuestra mentalidad.

Si se nos presentara un puñal herrumbroso é insertible, diciéndonos que es el puñal de Bruto, esto sonaría (principalmente entre los intelectuales) como un acontecimiento, y ese pedazo de hierro haría ocupar la atención de la prensa y de la crítica, acaso más de lo que ocupan las cuestiones que afectan positivamente á la humanidad. Más aún, mirando un mismo objeto cualquiera ú oyendo un mismo sonido ó un mismo ruido, podemos observar que nuestras cerebraciones á su respecto se modifican constantemente. Todo esto acusa que en el dominio psíquico, como en el físico, se opera una perpetua transformación, más ó menos perceptible. Quizá no hay dos estados psíquicos idénticos, como no los hay integrales en el mundo externo. Quedan inmutables las leyes por que se rigen estos fenómenos, mas no los fenómenos mismos.

Este relativismo es tan evidente como constante, y puede observarse en todo orden de asuntos.

Nosotros no vemos más que las imágenes de las cosas y á la vez plasmamos mentalmente, si así puede decirse, nuestros conceptos y abstracciones. Esto es lo que facilita tanto la variedad de nuestros estados psíquicos.

Como no percibimos la propia esencia de las cosas, sino su exterioridad, para formar un juicio á su respecto procedemos por deducciones é inducciones, en las que influyen diversos factores y circunstancias, con arreglo al lugar y al tiempo, como elementos subjetivos, y á múltiples elementos de diversa índole que gravitan en nuestra complicadísima psiquis, sensible é impresionable como es.

Al ver una persona, un jardín ó una casa, plasmamos la impresión que nos sugiere, más que la cosa misma, y nos decimos: una persona agradable, ó desagradable; un jardín hermoso, ó feo; una casa lujosa, ó pobre. Hablo por vía de ejemplo, naturalmente; y si seguimos observando, veremos que en nuestro juicio intervienen, por un lado, diversos elementos para determinarlo, y por el otro, que ese mismo juicio, precario como es, refluye en otras cerebraciones. Así es que por lo común concebimos á los moradores de una vivienda, verbigracia, con arreglo á la impresión que ella nos produjo y de un modo distinto del que los concebiríamos en otro lugar, prescindiendo, por lo mismo, desde ese instante, de la realidad objetiva, que la sustituimos por una cerebración. Es entonces una cerebración, y no la realidad objetiva, la que actúa sobre nosotros.

Si uno se detuviera á examinar el conjunto de los elementos que intervienen para determinar la resultante psíquica de un relacionamiento tan simple como es el recordado, y si pudiera disociarse y analizarse cada uno de ellos, pasmaría su variedad y multiplicidad, y quizá también su arbitrariedad.

Si se nos presenta á un sujeto, y se nos dice: este señor es un noble, ó un millouario, un cardenal, ó un guerrero denodado, ó un explorador, ó un notable esgrimista, podrán producirse muy distintas impresiones psíquicas, según los antecedentes personales acumulados acerca de

cada una de estas generalidades, y cada cual cerebrará á su manera. Lo mismo ocurriría si se nos dijera: he ahí el estafador X, el falsario Z, ó un leproso, un asesino, etc. Nuestras modalidades cerebrales pueden girar de infinitas maneras, según sea nuestro fondo, es decir, nuestras predilecciones, nuestras fobias, nuestras simpatías y antipatías preexistentes.

Las relaciones más constantes psico-físicas y psicopsíquicas determinan ideaciones é idealizaciones de carácter general, que quedan como pautas, impresas en el cerebro, y actúan á veces como determinantes, ó bien como fondo de nuestras cerebraciones. Así nacen las generalizaciones, los adagios y proverbios, los prejuicios y convencionalismos, con arreglo á cada estructura individual, que se comparten por los individuos de análoga estructura.

Para facilitar el conocimiento del mundo exterior y el de nosotros mismos, construimos medidas y clasificaciones convencionales, que, á poco andar, resultan laberínticas, y por entre ese dédalo inextricable de nuestros propios prejuicios y convencionalismos, observamos la realidad, que es siempre simplista, más simplista por lo menos. Cosas hay que, á fuerza de verlas y de oirlas idealizadas en un sentido cualquiera, no podemos ya percibir las ni concebirlas conforme son, sin gran esfuerzo; y al entender que generalizamos, concretamos más bien, adoptando una concreción, un molde á aplicar en cada orden de fenómenos.

Dice Oscar Wilde que «el mundo está construído por el poeta, por el soñador.» Ésta es una verdad á medias, por cuanto siempre subsiste el mundo efectivo de la realidad, *tal cual es*, á pesar de nuestros devaneos, de nuestros sueños y poetizaciones.

Como no podemos, sin gran esfuerzo, por lo menos,



dejar de relacionar los objetos del mundo exterior y nuestros propios conceptos psíquicos con nosotros mismos, tenemos que percibirlos al través, diremos, de esa relación, que implica una deformación del objeto ó del concepto en sí. Ésta es la razón por la cual se nos ofrecen el mundo físico y el psíquico idealizados, es decir, relacionados con nuestras propias ideas, tendencias, antecedentes, estados psíquicos, etc., más ó menos arbitrarios.

Es que nosotros, en la vida ordinaria, no nos preocupamos tanto de fijar las relaciones más constantes, sino las más variables. Así, por ejemplo, cuando vemos un tintero de cristal, no pensamos á su respecto en el sentido de fijar su realidad objetiva, ó de determinar sus relaciones más constantes, sino cuando investigamos; pero por lo común, en cambio, en vez de considerar lo que es más simple y positivo, que en el supuesto caso sería, verbigracia, un pedazo de cristal conteniendo tinta, lo consideramos de un punto de vista subjetivo, y decimos que es un tintero bien ó mal construído, bello ó rico, viejo ó moderno, de buen gusto ó de mal gusto, de moda ó anticuado, etc., y que la tinta es más azul ó menos negra, de buena ó mala calidad, etc.; vale decir, que consideramos el objeto *en sus relaciones de adaptación para con nosotros mismos*, mas no tal cual es en sí, fuera de esa relación convencional.

De ahí que el mismo objeto, encarado de otro punto de vista, se adjetiva de un modo enteramente distinto. Puede ocurrir, por lo menos.

Hay algo sobre lo cual todos los juicios concuerdan. Tomando el mismo ejemplo, todos dirán que ese recipiente es de « cristal » y que contiene una substancia que designamos « líquida ». Esto es debido á que entonces hemos ideado en un sentido *de conocimiento*, tratando de considerar esa realidad en una forma simple, objetiva; pero, desde que lo relacionamos con nosotros mismos,

con nuestras peculiaridades personales, cada uno lo encara de su punto de vista propio, más complejo y arbitrario, y comienzan á discrepar las opiniones.

Cuanto á las relaciones que mantienen entre sí los objetos del mundo exterior, también concuerdan casi siempre las opiniones. Se dirá, verbigracia, en el mismo caso ya mencionado, que el contenido es más blando que el recipiente, y que es más claro el recipiente que el líquido que contiene; mas, apenas esa misma relación la referimos á nosotros mismos, puede surgir el desacuerdo, debido á que uno de los elementos que en ella intervienen es muy variable; es decir, nosotros mismos.

Observemos lo que ocurre en el siguiente caso: un perro ve á otro perro. Si el primero está de buen humor, moverá la cola alegremente; en caso contrario, la bajará gruñendo, y lo mismo sucederá si el can se le acerca en actitud hostil ó si está aquél de mal humor, aun cuando éste se le acerque en actitud pacífica. Esto se debe, como se comprenderá fácilmente, á que los extremos de esa relación pueden hallarse en estados *distintos*. No ocurriría tal cosa si se hallaran privados de sensibilidad, si fueran de porcelana, por ejemplo. Se advierte asimismo que, cuanto mayor sea el número de estados posibles, y cuanto mayor sea la complejidad de los agentes y elementos que se relacionan, tanto mayor es el número de fases posibles de relacionamiento.

Si presentamos un objeto á diez personas, se oirán, á menudo, otras tantas exclamaciones, que, si bien se promueven por el mismo objeto, están determinadas por distintas causas. Es que cada cual encara las cosas desde un punto de vista personal y subjetivo. En cambio, si se consideraran más objetivamente, las opiniones é impresiones coincidirían, como coinciden cuando se trata de juzgarlas, en cuanto á su forma ó estructura, simple-

mente. Lo más usual, sin embargo, es observarlas de un punto de vista subjetivo, personal, y es de ese modo que divergen las apreciaciones, como divergen los aspectos de un poliedro irregular cuando se le encara de distintos puntos de vista, y aun más. Es por eso que promueven tantas discusiones los libros, los dramas, los versos, los cuadros, las estatuas, los monumentos, las composiciones musicales, etc., y aun otras cosas más simples: una moda, un árbol, un animal, una casa, etc.

Donde puede verse más claramente todavía la variedad de relacionamientos arbitrarios, es en las psicosis ó cuando los órganos ó nervios transmisores deforman las impresiones, en la hipoacusia, en la hiperacusia, en las sinestias, etc. No obstante, en los propios estados normales, y aun fuera de los « defectos » de transmisión, si puede decirse así, subsisten, en grado menor, naturalmente, análogas causas generadoras de estados psíquicos más ó menos arbitrarios, las mismas que acusa de un modo más acentuado cualquier accidente de carácter patológico, y subsisten aun cuando pudieran coincidir las impresiones de los sentidos.

Nosotros idealizamos todo: el honor y la infamia; la honestidad y el delito; la rectitud y la inmoralidad; la justicia y la argucia; la bondad y el odio; la generosidad y el egoísmo; la previsión y la prodigalidad, ó el despilfarro, etc., etc.; y cerebramos de acuerdo con estos conceptos subjetivos, más que con arreglo á la realidad objetiva. Todo lo que no ha podido ser dominado por una investigación analítica, científica, lo vemos deformado por nuestras propias cerebraciones de relacionamiento *idealizado*, de un modo más ó menos arbitrario, á menudo unilateral, y no considerando los hechos y las cosas como son, en su realidad misma.

Las cosas son, sin embargo, y son tales como son, á

pesar de que nuestras impresiones psíquicas las vean deformadas por modalidades de relación. Reemplazamos así una realidad objetiva, más ó menos constante, por un valor de relación subjetivo, más ó menos variable; y cuanto más complejo es el ser, son posibles mayores formas y variedades de relacionamiento, del mismo modo que ofrece mayores variedades una imagen reflejada cuanto más variados é irregulares son los planos de un espejo. El objeto reflejado, no obstante, queda inmune, queda el mismo, no varía, por más que varíen las imágenes reflejadas. Y puede decirse, en verdad, que nosotros, por lo común, vemos la realidad reflejada en un espejo que la deforma: el de nuestros prejuicios y estados psíquicos. Así es como la realidad se nos presenta *idealizada* de diversas maneras, y no tal cual es.

Por más que los objetos del mundo exterior puedan, pues, conservar entre sí relaciones más ó menos permanentes, esos mismos objetos pueden producir impresiones y emociones distintas cuando los relacionamos con nosotros mismos. Lo exterior actúa á menudo sobre nosotros por una simple acción de presencia, por algo semejante á lo que llaman los químicos « catalisis », y el efecto que produce en nuestra psiquis, por lo demás, tiene todos los caracteres de un proceso químico. Se forman así « compuestos » que á veces conservan, y otras no, algunas de las cualidades de los elementos que los han integrado.

Lo que nosotros tomamos en cuenta ordinariamente es el compuesto, vale decir, el producto de relación psico-física, y tomamos esos compuestos como la cosa misma, si bien ésta no conserva ya para nosotros nada de su verdadera esencia. Una estatua, un cuadro, por ejemplo, se nos presentan á la imaginación exentos completamente de su materia esencial: la arcilla, el mármol

esculpido, ó la tela burda coloreada. Y lo propio ocurre con un arma, un mueble, una casa, un árbol, un país, un astro, etc. Puede imaginarse qué interminable es la serie de relacionamientos antecedentes que han ido promoviéndose sobre cada cosa, y que se nos han transmitido por tradición y por herencia; pero si esto se imagina, es imposible concebir y disociar una á una las causas y razones que nos hacen vibrar mentalmente en presencia de un cuadro antiguo, verbigracia, ó de una estatua ó de un ídolo, ó cuando oímos un trozo musical que nos evoca cosas indescifrables, inescrutables, que acaso arrancan de la prehistoria.

Esa es la causa, á nuestro juicio, de las sugerencias invencibles que ejercen sobre los soñadores, principalmente, ciertas cosas que los dominan, los cautivan y encantan, llevándolos á veces hasta el delirio.

Es el hombre de ciencia el que trata de penetrar la esencia de las cosas por el análisis, el que disocia sus componentes y se atiene principalmente á la naturaleza íntima de lo que forma el mundo exterior y el psíquico. Es así que conquista la verdad científica, que es la forma superior y dominante de relacionamiento.

Se dice y se admite que la sensación es un estado de conciencia que no podemos descomponer en elementos más simples. Si con esto se intenta definir la sensación en su aspecto más simple, no veo qué interés positivo pueda motivar tal distinción; pero si se entiende, en cambio, establecer que la sensación es un fenómeno indivisible, me parece que hay un error evidente en ello, una ilusión. No se concibe un estado de conciencia simple, indivisible. Esa abstracción carece de toda realidad.

Si se quisieran descomponer los fenómenos de relacionamiento del mundo físico y del psíquico, habría que

disociar el fenómeno orgánico, fisiológico, funcional, de la impresión que se produce sobre los órganos, es decir, sobre los nervios y centros nerviosos, de los efectos psíquicos que sobrevienen, ya sea que se llamen sensación, percepción, emoción, etc. Suponiendo que pudiera construirse artificialmente un organismo análogo al nuestro, veríamos que la primera impresión *no puede producir un « estado » de conciencia*; es menester para ello que se hallen almacenadas otras impresiones y otros elementos psíquicos. Para que sea posible un estado de conciencia cualquiera, por simple que sea, se requiere, pues, más de una impresión, por lo menos.

Los elementos y agentes físicos « actúan », si así puede decirse, por medio de puentes transmisores, sobre nuestras neuronas, y producen los efectos consiguientes al estado de las mismas y á nuestros estados integrales, ya sean intelectivos, afectivos, emotivos, conscientes, subconscientes ó inconscientes, normales ó morbosos. No se trata, pues, de una simple yuxtaposición de los elementos del mundo exterior y del psíquico, sino de su relacionamiento, de un proceso de « combinación », diremos, con nuestros estados psíquicos. El mundo exterior *no nos trasmite sensaciones*: nosotros las generamos sobre las impresiones que recibimos en nuestro relacionamiento con él.

Se ha comparado la impresión que recibimos del mundo externo con la impresión que deja el sello en la cera, sin advertir que el sello, al actuar sobre la cera, produce invariablemente *la misma impresión sobre la misma cera*, en tanto que las impresiones que se generan en el contacto con el mundo exterior, producen, ó pueden producir, por lo menos, sobre la misma psiquis diversos estados psíquicos, no ya sobre otras. La impresión, en sí misma, es una abstracción que no podemos disociar de

los efectos fisio-psicológicos consiguientes. Nada es más complejo que los estados de conciencia, aun de los mismos que suponemos más simples. Esta realidad me parece que no se ha tomado debidamente en cuenta por los psicólogos introspectivistas, ni por los fisiologistas.

Lo que obstaculiza el análisis de los estados de conciencia es, tal vez, la circunstancia de hallarse integrados también por elementos subconscientes é inconscientes. Dichos estados se nos presentan de igual modo que cuando en plena obscuridad encendemos un fósforo para orientarnos. Vemos algo más claro lo que cae bajo el circuito iluminado por la luz (conciencia), y lo demás se esfuma hacia las tinieblas; pero es evidente que lo que no vemos también integra á la realidad, como lo que no percibimos integra los estados de conciencia, así como que éstos se transforman constantemente. Por la conciencia no nos es posible iluminar todo el escenario psíquico á la vez, ni tampoco sucesivamente de un modo eficaz, por cuanto su continua transformación frustra este recurso, aplicado al conocimiento integral de un estado de conciencia. Para ello sería menester que pudiera iluminarse todo á un tiempo y que asimismo pudiéramos abarcarlo simultáneamente con la conciencia. Es por esto que las introspecciones dan la sensación del vértigo, y es por esto también, á nuestro modo de ver, que han sido tan poco fructuosas.

El procedimiento analítico falla ante esa dificultad.

La impresión, por viva que sea, no genera por sí sola la sensación. Al ver una fiera en libertad, no todos cebran de igual modo respecto de esa misma impresión *visual*; si vamos caminando por un sitio apartado, de noche, y advertimos la presencia de un hombre, puede suceder que uno se alarme y el otro sonría. ¿Qué ha podido determinar estos tan distintos estados de con-

ciencia? La silueta humana que nos ha impresionado es la misma. Lo que ha ocurrido es que el primero asoció mentalmente á la impresión visual imágenes trágicas, «imaginó» un peligro, y el otro, en cambio, asoció imágenes plácidas, acaso porque reconoció en esa silueta, *mediante una cerebración*, á un vecino pacífico.

Luego, no es la impresión visual en sí lo que ha determinado tales estados psíquicos, tan diversos, sino las cerebraciones consiguientes, es decir, las formas de relacionamiento mental que produce en cada caso la impresión transmitida al contacto del mundo externo. No es posible desligar, pues, de la sensación, que es un fenómeno *complejo* de relación, la impresión visual, auditiva, táctil, olfativa ó gustativa, aun en sus formas más simples, es decir, las cerebraciones asociadas, combinadas con la impresión, las que, á su vez, son *determinantes* del estado psíquico correspondiente. Hay que buscar así, *en esa relación*, el origen del estado psíquico, puesto que si dissociamos la impresión de los efectos psíquicos de relacionamiento, no queda en pie más que una simple abstracción, del punto de vista psicológico.

La impresión visual ó auditiva, como la táctil ó cualquiera otra, no determinaría nada más que la impresión misma, si no se asociara con nuestra psiquis por vía de relacionamiento, promoviendo estados de conciencia. Un puñal que nos amenaza, nos dejará impasibles, si no lo vemos; pero apenas lo vemos, se opera algo más que una impresión visual: se opera un estado *complejo* de conciencia. Si al hallarnos reunidos se presenta un hombre armado, en actitud amenazante, ese mismo hecho, esa misma causa producirá — puede producir, por lo menos — distintos efectos: uno huye, otro exclama, otro grita, otro reacciona y se enardece, otro se apresta á repeler la agresión... y otro se echa á reír, porque está en el se-



creto de la broma. Ese mismo hecho, pues, se ha « combinado » con estados psíquicos distintos, y ha producido por esa sola razón, efectos diversos.

Es que son muy distintas las complejiones psíquicas, debido á la diversidad de factores que las han integrado, y, dentro de nosotros mismos, cualquier circunstancia determina una reacción diferente ante hechos análogos y aun idénticos. Á veces un pequeño peligro nos ha hecho perder nuestra serenidad, en tanto que la hemos conservado ante un peligro mayor.

En el mismo ejemplo citado, si advertimos que el puñal con que se nos amenaza es de cartón ó de hojalata, verbi-gracia, los efectos son distintos. Es que entonces podemos asociar á la impresión exterior una cerebración tranquilizadora.

En el sueño puede verse mejor cómo se generan los estados psíquicos, principalmente en las alucinaciones hipnagógicas, y mejor aún, en los sueños cenestésicos. Una arruga de la sábana, que nos molesta, nos asocia un estado de conciencia tal, que nos hace pensar, por ejemplo, que hemos recibido una herida; un simple gusto salado en nuestro paladar, nos asocia la idea del mar; una comezón asocia la idea de una úlcera ó la del fuego, y según sea nuestro estado psíquico, « tejemos » escenas que llegan á veces á torturarnos intensamente.

En el estado de vigilia se operan fenómenos análogos, si bien dentro de una lógica menos arbitraria.

No es la realidad, pues, *la que engendra* tan distintos estados psíquicos en nosotros, sino que en ello también influyen *las formas de relacionamiento*.

Si nos detenemos á examinar, á inventariar, á analizar nuestras cerebraciones, veremos que su fondo es francamente cambiante, no sólo en la faz estética ó artística ó moral, sino también en todas las demás.

La propia impresión que nos viene del mundo exterior no es, desde luego, una « acción » externa sobre nosotros: es una *relación* psico-física. La flor, cuya fragancia aspiramos; el sol, cuyo calor absorbemos; el aire, cuyo oxígeno aprovechamos, no son elementos que « actúen » sobre nosotros: son elementos integrales de la realidad que nos contiene, y con la cual nos relacionamos en todo instante como con nosotros mismos. Según sea nuestra aptitud para intensificar ó percibir los múltiples efectos de tal relacionamiento, vibramos más ó vibramos menos, en ese perpetuo contacto.

Si tuviéramos mayor variedad de sentidos, ó bien, si nuestros centros trasmisores fueran más sensibles, podríamos experimentar más intensas y diversas sensaciones, y generar estados de conciencia mucho más complejos. Si pudiéramos percibir, verbigracia, por nuestros órganos trasmisores todo lo que nos revelan el telescopio y el microscopio; si pudiéramos percibir las vibraciones del sonido, del calor, de la luz, así como son; si pudiéramos ver á través de los cuerpos opacos, y ver aun el proceso psíquico como vemos los celajes, es claro que se habría transformado completamente nuestra psiquis, así como que nuestros estados de conciencia presentarían aspectos muy distintos de los que presentan.

Ese propio relacionamiento con el mundo exterior, se complica por medio de los elementos subjetivos que intervienen. Por una serie de acciones y de reacciones, recibimos, por reflejo, la impresión de nuestras propias idealizaciones acumuladas, así como al idealizar el mundo exterior, éste, idealizado, refluye, á su vez, sobre nuestra psiquis, emocionándonos con nuestras propias idealizaciones. Nosotros tenemos ya idealizado, según nuestra propia idiosincrasia, todo lo que conocemos, todo lo que nos rodea: al filántropo, al héroe, al filósofo, al cretino,

al criminal, etc., como tenemos idealizado, con arreglo á nuestra mentalidad, el cristianismo, el arte griego, los césares, la revolución francesa, etc.; el oro, el valor, la energía, el odio, la industria, etc., etc. Estas idealizaciones por sugestión y por reflexión actúan sobre nuestro cerebro y tienen una influencia innegable en nuestras cerebraciones. Nuestras abstracciones, á la vez, las encarnamos, dándoles formas tangibles. Así, por ejemplo, no podemos concebir nuestras abstracciones más generales sino fraccionadas y materializadas, si así puede decirse. De ahí nacen las variedades mentales más abigarradas. Cuando se nos habla de un acto de heroísmo, ó de filantropía, etc., todas esas imágenes acumuladas se asocian de una ú otra manera, y ya no podemos objetivar aquel acto sin sentir las influencias de estos elementos psíquicos, preexistentes.

Es claro que la variedad de relacionamientos que sentimos, más bien que observamos, así como cierta analogía dentro de esa variedad, están determinadas por la multitud poliforme de antecedentes acumulados en cada individuo, los que gravitan en cada cual como verdaderos generadores en toda cerebración; y las analogías que se advierten en medio de esa variedad, son debidas á la identidad esencial de los individuos que forman en cada especie, y dentro de cada especie, á la comunidad de los elementos que actúan más generalmente en cada psiquis; pero esa variedad es innegable.

No es mi propósito profundizar este orden de fenómenos, arduos por demás: sólo pretendo dejar establecido como un hecho fundamental y necesario para mi exposición, que los efectos que sentimos en los contactos con el mundo exterior, son efectos *de relación*, y es por eso que el mismo objeto, el mismo hecho, el mismo rayo de luz, el mismo sonido, el mismo color, producen efectos dis-

tintos — á pesar de sus analogías — no sólo sobre cada ser, sino también sobre el mismo ser, en cada momento.

### III. FORMAS DE RELACIONAMIENTO

En el proceso de adaptación que operamos por un doble recurso, tratando, por un lado, de aprovechar á los elementos y agentes orgánicos é inorgánicos del mundo exterior, y, por el otro, tratando de ajustarnos á éste, lo más posible, para utilizarlo mejor; en ese proceso, digo, se actúa como lo hace el que atraviesa á nado una corriente, que, para realizar su intento, se sirve de ella misma en cuanto no le es posible dominarla. Si fuera factible, pondríamos todo, todo el mundo exterior á nuestro servicio, si bien — hay que confesarlo — es dulce y cómoda la corriente, y es más fácil dejarse ir á su merced. Ésta es, pues, la forma de adaptación más común.

En nuestro relacionamiento con el mundo exterior, nos servimos así, pasivamente, de la tradición, en todo aquello que no ha sido rectificado de un modo cabal. Lo que no cae bajo el dominio de nuestra ideación, lo mantenemos en el carácter tradicional, que es eminentemente idealizador. La tradición es poderosa, y es probable que lo sea siempre, dado que no podemos ilusionarnos, todavía por lo menos, con la esperanza de conquistas científicas integrales, y dado también que la mayoría es casi inerte. El único elemento que puede desalojar las formas tradicionales, es un conocimiento más preciso de la realidad, y esto siempre requiere un esfuerzo empeñoso.

Como que la verdad se nos ofrece incompleta, y como todo aquello que no hemos podido dominar por el conocimiento se nos ofrece idealizado dentro de las formas transmitidas por la herencia, la que arranca de los albores de la vida orgánica, en los siglos más lejanos de la pre-

historia, todos somos más ó menos soñadores, y á cada instante nos sorprendemos en pleno reino ideológico, evocando, divagando. Esta predisposición hereditaria reduce nuestro sentido práctico, y nos quita libertad para racionalizar nuestra acción, como se comprenderá fácilmente. Si nos detenemos á comparar el caudal de energías aplicadas en el sentido idealizador con las que se emplean en el sentido de conocer, de dominar por el razonamiento, se verá muy pronto que es por demás reducida esta forma de actividad libre, racional, científica. Sorprende, en verdad, la pertinacia de las ideas adquiridas, fijadas bajo la presión avasalladora de las influencias y antecedentes hereditarios, que gravitan sobre cada psiquis, sobre cada célula.

Es tal y tan característica esta doble manera de cebrar, la ideación y la idealización, que algunos suponen que hay distintos focos anatómicos en el órgano cerebral, de distinta complexión histológica (1), y cuyo funcionamiento fisiológico es también distinto: el sensorial y el racional, y Hæckel propone que se denominen células estetales á las que integran el primer foco, y fronetales á las que integran el otro, como bien caracterizadas.

Aun cuando no me hallo habilitado para intervenir en este orden de asuntos, tan oscuros y escabrosos hasta

(1) «*Estetas y fronetas*». — Es de la más alta importancia la distinción anatómica de las dos clases de territorios de la corteza cerebral, que llamamos centros sensoriales y centros de asociación. Los datos fisiológicos, desde hace muchísimo tiempo, habían hecho probable esta distinción, pero la demostración anatómica no se ha efectuado sino desde hace diez años. En 1894, Flechsig demostró que hay en la corteza gris de los hemisferios cerebrales cuatro focos sensoriales centrales (esferas internas de sensaciones ó estetas), y entre ellas cuatro focos del pensamiento (centro de asociación ó fronetas). El más importante de éstos, desde el punto de vista psicológico, es el «cerebro principal» ó gran centro de asociación occipito-temporal. Los límites anatómicos de los dos territorios psíquicos establecidos por Flechsig, han sido modificados más tarde por él mismo y por otros. Los trabajos de Edinger, Weigert, Hitzig, etc., conducen á resultados algunas veces opuestos, pero para la concepción general de la actividad psíquica, y sobre todo de las fun-

para los más preparados (esto mismo acaso determina y excusa mi osadía), me parece que no se trata aquí de una diferencia substancial de centros, sino más bien de diversos grados de evolución, *en una misma substancia*. Las células estetales - sensoriales acaso sean tan sólo *residuales, ancestrales*, que no han evolucionado tanto como las demás, ó sea las que se supone constituyan el *fronema*. Éstas son, en tal caso, las que, más evolucionadas (las rectificadas), han llegado á las formas racionalizadoras que ahora, por lo menos, forman la modalidad superior del funcionamiento psíquico humano.

Es tarea de fisiólogos y psicólogos, si no lo fuera de anatómomo-histólogos, precisar este punto; pero nos parece muy probable que esa distinción que se comprueba en las formas del funcionamiento intelectual, *así como también en las propias del funcionamiento sensorial*, no deba responder á distintas circunvoluciones cerebrales, sino tan sólo á un *distinto grado evolutivo* de todo centro ó circunvolución.

Algo que parece comprobar esto, es que, *en cualquier orden de asuntos*, siempre se manifiesta la inteligencia humana con un fondo más espontáneamente idealizador, predispuesto á mecerse al son de las evocaciones del

ciones del conocimiento que aquí nos interesa, la determinación exacta de esos límites es indiferente. Lo esencial es que ahora sabemos distinguir anatómicamente los dos más importantes órganos de la vida psíquica, que los neuronas que los componen se comportan diferentemente desde los puntos de vista histológicos y antogénicos y que presentan las mismas diferencias químicas (en su respuesta á ciertos reactivos coloreados). Podemos concluir así que los neuronas que constituyen los dos órganos, son también diferentes en su estructura íntima; las vías fibrilares complejas que recorren su citoplasma deben ser diferentes, aunque nuestros medios de investigación no nos lo permitan comprobar. Para distinguir esos dos géneros de neuronas, propongo se llame células estetales á las células de los focos sensoriales, y fronetales á las de los focos del pensamiento. Las primeras constituyen anatómica y fisiológicamente el camino de comunicación entre los órganos de los sentidos y los órganos del pensamiento.» — *Maravillas de la vida*, t. I, pág. 24, v. c.

pasado, y á encarar las cosas del punto de vista tradicional. Sobre ese fondo, y reaccionando sobre esa tendencia hereditaria, es que se opera el proceso racionalista, positivo, invariablemente ascendente.

Puede decirse que idealizar, é idear dentro del campo idealizado, es la regla, é idear racionalizando en el sentido cognoscitivo, libre, es la excepción. Es claro que dentro de estas dos formas de la cerebración intelectual, tanto de la que sirve de fondo como de la que opera rectificaciones, pueden presentarse todos los grados y variedades imaginables en su evolución. Gráficamente, la obra evolutiva cerebral podría representarse por una tela homogénea, en la que se van estableciendo puntos diferenciales de rectificación. Si la imagen fuera aceptable, se diría que, todavía hoy, dichas rectificaciones se ofrecen como ciertas sederías, con ramos y flores diseminados con sobria parsimonia. Es una mínima avá parte la de ideaciones superiores.

Al examinar las múltiples formas de relacionamiento psico-físico y psico-psíquico, comprendiendo en esta última denominación nuestro relacionamiento con las ideas y estados de conciencia, veremos que todas ellas pueden resumirse en dos fundamentales: la idealización y la ideación. La primera es la forma tradicional y, por lo tanto, más pasiva y espontánea. Ella se acusa á cada paso en las formas ordinarias de la vida, puesto que es nuestro fondo mismo, adquirido por la herencia: es nuestra hijuela. La segunda, la ideación, requiere un esfuerzo mental, porque es una obra de rectificación, en la que tratamos de adaptarnos al mundo exterior en una forma activa, de dominio, de conocimiento.

Alrededor de estas modalidades psíquicas es que giran las investigaciones psicológicas y casi todas las discusiones filosóficas.

Es cierto que en ambos dominios se teje perpetuamente, y *se mejora* el tejido, pero la evolución tiende á dar prevalencia á las formas racionalizadoras de rectificación, como más eficaces, las que terminan en el conocimiento de la realidad, de lo que es, de *la verdad*, en otras palabras. Ese punto terminal del esfuerzo de nuestra cerebralidad es inmovible, y, al contrario, tiende á confirmarse por las ampliaciones del conocimiento.

Debido á los errores tradicionales, principalmente, nosotros no percibimos muchas cosas del mundo exterior, ni del psíquico, así como son, sino del punto de vista convencional de sus relaciones habituales para con nosotros, y un sinnúmero de antecedentes personales, hereditarios ó no, concurren á dar una mayor arbitrariedad á nuestras apreciaciones; pero la evolución va operando lentamente el proceso de rectificaciones racionales, es decir, efectivas, y así es que palpamos los resultados de ese proceso invariable, por lento que sea, y aprovechamos de sus beneficios.

Por la idealización soñadora, á cada instante incurrimos en un desconocimiento de la realidad, y como que, por otra parte, no sólo idealizamos mucho más de lo que ideamos, sino que también, al abstraer, plasmamos mentalmente todavía nuestras abstracciones dentro de formas concretas, representativas, simbólicas, puede decirse, y más ó menos arbitrarias, se acentúa considerablemente esta causa de error.

De este doble proceso mental resulta el semillero de convenciones y de disidencias humanas, que hacen necesaria una previa definición para entenderse. Cada cual obra con arreglo á sus facultades, á sus tendencias y á su temperamento, é idealiza, clasifica y concreta á su manera. Si se hiciera un recuento de todos los convencionalismos que han quedado consagrados por la cos-



tumbre tradicional, é incorporados á nuestras prácticas sociales, habría una obra interminable que realizar, es decir, la misma que realiza la evolución.

El hombre se siente de tal modo dominado por su tendencia idealizadora ancestral, trascendida de generación en generación hasta nosotros, que hasta ha llegado á atentar contra la realidad misma, intentando desfigurar y desnaturalizar las cosas más naturales, como es el instinto, por ejemplo, su propio instinto fundamental. A éste se le ha pretendido suprimir de mil maneras. Por una serie de disciplinas y convencionalismos consagrados, se ha pretendido — vanamente, es cierto — no educar, sino anular el propio instinto vital, y de ahí han resultado males inenarrables, así como los mayores desconocimientos de la realidad, y la mayor variedad de desconocimientos.

El amor, por ejemplo, se ha desnaturalizado tanto dentro de las convenciones humanas, que sería ya difícil determinar el punto en que la anormalidad se separa de lo normal. De ahí que este asunto se preste tanto para los temas literarios y teatrales. Ofrece el doble atractivo de la curiosidad y de la comicidad, fuera de las demás excitaciones. Los celos y el adulterio se adaptan admirablemente á la idealización, porque, dados los convencionalismos sociales que pretenden encadenar y desconocer el instinto, se ofrece éste bajo multitud de formas subrepticias. Tal absurdo es lo que solaza á los terceros espectadores, en tanto que se atormentan y deliran los protagonistas. Es así que vemos agotar este venero « estético » en el drama, en la tragedia, en la novela, en la comedia, etc.; pero no es que sean los celos y el adulterio asuntos « más estéticos », objetivamente, sino que en nuestro ambiente despiertan más fácilmente cerebraciones espontáneas, y tanto más espontáneas cuanto que, en el fondo, todos palpamos la inconsistencia de los

convencionalismos sociales y la incongruencia de las reglas legales con respecto á los mandatos de la naturaleza. Pero no es esto sólo, por cierto, lo que se nos presenta idealizado arbitrariamente. Pasa lo mismo con el valor, la codicia, el lujo, la salud, la familia, el dolor, la vida, la muerte, etc. Los conceptos corrientes deforman de mil maneras estas realidades, es decir, estos fenómenos ordinarios de la naturaleza.

El ambiente concurre de un modo incisivo también á determinar tales modalidades psíquicas. En cada medio social rige una mentalidad particular. En un medio más ó menos primitivo, como en una agrupación turbulenta y belicosa, por ejemplo, se hace la apología del valor personal ó colectivo, del arrojo, del denuedo, como de virtudes capitales, más capitales que el carácter mismo, es decir, la entereza consciente de la propia personalidad, porque son elementos indispensables para imponerse, para triunfar; en un medio industrial ó científico, se hace la apología de otras virtudes más positivas, más complejas y edificantes, y se hace gala más bien de refinamiento y de erudición; en un ambiente místico se exalta la humildad, la sumisión y se dirigen los ojos hacia arriba en son de súplica, si algún factor especial no interviene para determinar rebeldías. En el niño es donde más fácilmente pueden observarse las influencias y sugerencias del medio. De ahí que sean de tanta importancia la educación, la instrucción y el ejemplo en esa edad más que en otra alguna. Es que una vez que se ha impresionado el cerebro, es difícil hacerlo reaccionar. Más fácil es dejarse llevar por la corriente, rehuendo toda ideación libre, dominadora.

Es indescriptible nuestra propensión á las formas evocativas, idealizadoras. En ese campo todo puede ser idealizado de mil maneras y en cualquier sentido. Víctor

Hugo, por ejemplo, poetiza los escarpines de un niño, de tal modo, que vemos en ellos los atributos y encantos de la infancia. De ahí que una prenda tan ínfima, nos resulte un símbolo de exquisita ternura.

En la acepción usual, que equipara el arte á la belleza, Zola ha dicho que una obra de arte «es un rincón de la naturaleza visto á través de un temperamento.» Está implícita aquí la idealización estética de ese rincón de la naturaleza, operada por ese temperamento. El rincón es tal cual es. No tiene en sí los elementos integrales del fenómeno estético. Analizado minuciosamente, no se percibiría en él ningún germen de esteticismo; mas así que lo idealizamos; apenas nos abrimos á las evocaciones que nos sugiere; apenas nos relacionamos con él, tratando de asociar nuestras evocaciones más espontáneas, y penetrando en sus secretos é intimidades, no con espíritu científico, geométrico, matemático, diremos, sino con un espíritu idealizador, surgen los elementos de carácter estético emocional. Por medio de una idealización de esta índole hemos integrado, hemos poetizado esa realidad, que es tan indiferente para con nosotros. Es mediante tal complemento que las cosas, las más ínfimas, á veces adquieren en nuestra imaginación un valor simbólico inapreciable; y debido á que no nos es fácil disociar nuestra propia integración de aquello que hemos integrado, pensamos que «tal relación» es un atributo de la cosa misma, cuando en realidad es la asociación de nuestras idealizaciones con la cosa, un relacionamiento psico-físico, lo que no nos deja ver ya en su desnudez la realidad objetiva.

Si se suprimiera por una mutilación la facultad de idealizar, veríamos que aquello mismo que se nos ofrece lleno de encantos, de hechizos y embelesos, de irisaciones poéticas y de sugerencias evocadoras, perdería de

inmediato todo esto. Sería un desencanto completo. Si esto ocurriera antes de que un pleno conocimiento positivo, científico, hubiera trocado en ideaciones cognoscitivas, dominadoras, ese caudal de idealizaciones que nos vincula al mundo exterior, acaso nos halláramos en condiciones muy semejantes á las de las especies inferiores. No les aventajaríamos más que por el caudal de nuestras conquistas científicas. Se vería á la realidad despojada de un cúmulo de «encantos» que casi llenan nuestra mentalidad. El hombre se sentiría como un nuevo elemento semi fatal más, en medio de la fatalidad de las leyes que rigen el mundo exterior.

Privados de pronto de esa modalidad mental que nos permite ver las cosas con los hechizos de la idealización, antes de que el conocimiento científico hubiera operado su obra de selección intelectual, evolutiva, sustituyendo los conceptos tradicionales por conceptos más positivos, ocurriría lo propio que si de improviso pudiéramos ver lo que tiene por dentro y cómo funciona el organismo de un ser querido, por vivisección; menos aún, puesto que no experimentaríamos ni la desilusión ni el dolor. Nos sentiríamos «vacíos» mentalmente. Es esto lo que puede explicar las predilecciones retrospectivas de los reaccionarios, y las fobias misonéistas de los conservadores, amantes del ensueño tradicional. El cúmulo de idealizaciones asimiladas forma, pues, un caudal *necesario*, que sólo puede ser sustituido útilmente por las rectificaciones evolutivas de carácter científico; de otro modo ocurriría un verdadero desastre.

Según están las cosas, y debido á la complexión humana, la naturaleza, la realidad toda, se nos presenta como un vivero inagotable de idealizaciones que nos vinculan íntimamente á ella, y sobre esa trama es que surgen los puntos de rectificación ideadora científica, evolutivamente.

Interesa evidenciar la existencia de ese factor, que actúa tan íntimamente en todas las formas de la actividad mental, y que se exterioriza de tantas maneras. Conviene evidenciarlo, porque es una realidad. De este gran caudal de idealizaciones acumuladas, no sólo echan mano los «artistas» para realizar sus obras, sino todos los ejemplares de la especie también, y para todo. Es un elemento de tal modo identificado con nosotros mismos, que no podemos prescindir de él. No hay quien pueda sustraerse á esto, tanto en las manifestaciones más simples de la vida ordinaria como en las demás.

Sobre las cosas que nos hemos acostumbrado á encarar del punto de vista tradicional, sobre aquello que no hemos podido someter á un examen personal y libre, es decir, sobre un cúmulo de prejuicios, así como sobre nuestras propias imágenes y abstracciones acumuladas, nosotros ideamos ó idealizamos, ya sea disyuntiva ó copulativamente; pero lo que idealizamos, es siempre más de lo que ideamos. Es inmenso, pues, el cúmulo de cosas idealizadas y de nuevas idealizaciones que integran el campo de la actividad mental, y es ése el gran filón que todos tratan de aprovechar á su favor. Los enamorados que se acicalan para agradarse recíprocamente, como el industrial que engoma y pone un envase vistoso á sus productos, tratan de explotar esa veta; el comerciante que presenta de cierta manera sugestiva sus mercancías; el profesional que adopta una indumentaria, una literatura y una oratoria apropiadas; los sectarios religiosos y los mismos políticos profesionales que aman la pompa y las formas suntuosas, casi siempre de puro aparato; las personas que comprimen sus impulsos, sus pasiones, sus instintos y ocultan sus defectos bajo una sonrisa superior y amable; todos, de una ú otra manera, tratan de aprovechar esa forma tan común de cerebrar, á su favor. La

mujer, por su parte, es un prodigio en el arte de agradar, es decir, en el arte de promover idealizaciones, aun más que juicios, que le sean favorables.

Lo que no nos es conocido, lo idealizamos dentro de los moldes tradicionales, más ó menos rectificadas en la evolución, y es así que todavía pagamos tributo á las cerebraciones de nuestros más remotos antepasados. Todavía sentimos marginalmente, diremos, los efectos de la idealización más ancestral, magnificante, que trataba de explicar por el prodigio cualquier fenómeno: el fuego, los eclipses, el trueno, el rayo, las sequías, los fenómenos sísmicos, el titilar de las estrellas, etc., etc., y es sobre ese viejo bastidor que bordamos nuestras nuevas formas de ideación y de idealización.

Pero es en múltiples formas que actúan estas dos modalidades psíquicas. Puede decirse que forman, á veces, algo así como personalidades alternativas, aun en los casos más normales y ordinarios. Lo que llamamos tentación, verbigracia, puede decirse que es un conflicto de ideaciones é idealizaciones. La cerebración idealizadora ostenta sus mirajes seductores, en tanto que la cerebración ideadora trata de precisar, de concretar, formulando razones. En esa alternativa, según predomine una ú otra forma cerebral, valiéndonos de la locución corriente, « caemos » ó « no caemos » en la tentación. La opción se determina por la prevalencia de una ú otra de estas dos formas de cerebrar.

Nosotros ideamos é idealizamos, según nuestras sensaciones, nuestros apetitos, nuestras necesidades, nuestras aspiraciones, y con arreglo á nuestra idiosincrasia, y es así como sobre un mundo impasible é indiferente para con nosotros, los cerebros se agitan en todo sentido: la codicia, el amor, la previsión, la gloria, la fortuna, el azar, la felicidad, el crimen mismo, y en ese laboratorio in-

menso, que abarca desde la idealización más incipiente hasta la más compleja, desde la ideación más torpe hasta la más intensa y ágil, de vuelo caudal, es que se engendran la concepción artística y el esteticismo, la belleza y el ideal, de tantas maneras cuantas sean las modalidades cerebrales.

Las ideaciones é idealizaciones encaminadas en el sentido de lo necesario perentorio, fomentan el desarrollo de la actividad más instintiva, diremos, comprendiendo aquí todo aquello que es más indispensable para vivir; las ideaciones é idealizaciones en el sentido de nuestras conveniencias, determinan la ética; las ideaciones é idealizaciones en el sentido de nuestras tendencias y predilecciones más espontáneas, determinan el esteticismo, la emoción estética y la belleza; las ideaciones é idealizaciones en el sentido de nuestro mejoramiento, de nuestra mayor emancipación y de nuestro dominio sobre el mundo exterior, determinan el ideal.

Nuestros medios de acción son limitados é impotentes para abarcar y dominar lo que es, tal cual es, si bien el esfuerzo científico tiende á ese resultado; mas, en tanto que se amplía este conocimiento más exacto de la realidad, quedan zonas idealizadas inmensas, todas á rectificarse en la evolución.

Es tan honda y persistente la cerebración de índole tradicional, que no nos permite ver, á veces, las cosas más claras. Así, por ejemplo, á fuerza de ver las cosas del mundo exterior relacionadas del punto de vista de los atributos convencionales que les ha adjudicado el hombre para su mayor comodidad, para facilitar su relacionamiento con el mundo exterior, hoy estamos obligados á hacer un esfuerzo considerable para disociar nuestro propio concepto psíquico de lo que percibimos. Cuesta pensar que una montaña, el famoso Himalaya ó el Chimborazo,

verbigracia, no son grandes; que un grano de arena no es chico, que no es duro el granito ni blando el fango.

Esas formas cerebrales cristalizadas durante el largo proceso de nuestra ascendencia, no es fácil reducirlas. Es claro que no costaría igual esfuerzo lograrlo entre los intelectuales como entre los analfabetos; pero se requiere, así mismo, un esfuerzo considerable. Si para desmontar á los insulares de Polinesia de su culto á la serpiente y de sus idealizaciones sanguinarias se requiere un esfuerzo casi insuperable, no es mucho menor, sin embargo, el que se precisa para demostrar á un europeo ó americano que una estatua griega, por ejemplo, no es bella en sí, ni una catedral gótica, ni un verso del Dante, ni una tela de Rembrandt, ni la « Sonata » de Franck. Se exige para esto un razonamiento cerrado. ¡ Es fabulosa la tenacidad de las ideas y conceptos que nos trasmite la tradición!

Acostumbrados como estamos á objetivar nuestras propias cerebraciones, se nos antoja imposible que aquello que estamos habituados á calificar, con arreglo á sus relaciones más frecuentes para con nosotros, pueda ser tan sólo un efecto de relacionamiento, más ó menos accidental y convencional.

La relación de efecto á causa, que podríamos llamar en este caso « ilusión causal », nos confunde de tal modo, que caemos á cada instante en el error de apreciar esa relación como una realidad puramente externa, y es así como hemos llegado á objetivar las cualidades que atribuimos á las cosas, como si fueran atributos esenciales de las cosas mismas. Así es como se han objetivado también la belleza y todas las demás formas y variedades del fenómeno estético.

Para verlo más claramente, bastaría considerar lo que ocurre, verbigracia, con los autógrafos y demás reli-



quias antiguas, las que alcanzan, á veces, precios exorbitantes. Sólo nuestro espíritu evocativo idealizador puede explicarnos este fenómeno, que, de otro modo, semejaría un simple contrasentido. Á un espíritu plenamente positivo le resulta difícil comprender que una cosa inserrible, sin ningún interés práctico, pueda ser tan codiciada. Cierto es que los soñadores se escandalizan al oír que se pone en duda el valor de un objeto, para ellos tan precioso, por su vieja historia, por más triste y prosaica que ella sea. Así, por ejemplo, una silla incómoda que ha servido personalmente á Luis XIV para posarse con su famosa real fístula, se la paga y se la aprecia en mucho más que un confortable sillón moderno. Y á medida que nos alejamos en el pasado, sube de punto esta veleidad de los soñadores.

Nada podría explicar este fenómeno, como no sea la idealización evocativa.

Los espíritus soñadores entienden, sin embargo, que es la cosa misma que coleccionan la que contiene en sí esos elementos tan estimables para ellos, siendo así que es su propia cerebración la que se los atribuye á la cosa. Pagan así sus propias idealizaciones, cuando no se trate de puros «snobismos», de simples afectaciones de vanidad suntuosa, por demás frecuentes.

Cada cual encara, ó, por lo menos, puede encarar un mismo objeto desde diversos puntos de vista, y es así que el mismo objeto, según lo encaremos, se nos presenta de distintos modos. El especulador ó el comerciante, al mirar una obra de arte, ya sea una escultura, una pintura, un poema, etc., lo considerarán del punto de vista del lucro; y los empresarios teatrales, por lo común, en vez de deleitarse con el canto de las divas y tenores que contratan, calculan sus ganancias en prosa pura, entretanto que el público aplaude y delira.

No es juicioso, pues, prescindir de esta realidad palmaria, de esta constante trasmutación de la realidad, de este relativismo que es, para el hombre, la característica más íntima de la realidad. Si en el teatro lírico, verbigracia, donde los personajes hablan cantando inverosímilmente, y mueren de igual modo, no concurren nuestra idealización, nuestro propio caudal evocativo, reiríamos hasta desternillarnos. En cambio, nos emociona y, á veces, hondamente.

Para con el mundo exterior, el hombre no se ofrece como un elemento pasivo, pues, como la cera ni como la « estatua » de Condillac; ni es su cerebro una oficina telefónica central, como afirma Bergson, que sólo pone en comunicación sin agregar nada <sup>(1)</sup>. Al contrario, combina esa impresión individual con sus propios elementos psíquicos. Luego, es más bien un laboratorio químico, y á menudo ponemos de nuestra parte en ese relacionamiento, como se ha visto, mucho más de lo que ha integrado en él el mundo externo.

De todo este sedimento secular, de todo este limo de idealizaciones, que arranca de las fuentes de la vida y que perpetúan la herencia y la tradición, surge el fenómeno estético emocional; de las rectificaciones que se operan por la ideación cognoscitiva, surge, en cambio, el fenómeno estético racional, según intentaremos demostrarlo.

---

(1) H. Bergson: *Materia y memoria*, págs. 19-20, v. c.

### III

#### GENERACIÓN DEL FENÓMENO ESTÉTICO

Hemos dicho que hay dos modalidades intelectivas fundamentales: la ideación y la idealización. Por ambas vías puede producirse el fenómeno estético, ya sea dentro de esas dos modalidades cerebrales definidas, ó bien en su confluencia. Cada sujeto, según su temperamento, vibrará más por una ú otra de estas dos formas intelectivas, si bien es tan imposible que los ideadores se hallen exentos de toda influencia idealizadora, como la inversa. Unos y otros actúan, pues, en ambos campos, por más que en cada cual prepondere, por lo común, una ú otra de estas formas mentales.

Tanto en el dominio idealizador, como en el ideador, se ofrecen y pueden ofrecerse todos los grados y variedades imaginables. En el primero, en que campea el culto al pasado dentro de una sentimentalidad evocadora, se opta por lo imaginativo, por lo fantástico, por lo impreciso; en el segundo, al contrario, se tiende á precisar, á encarar el pensamiento de un modo más positivo, concreto y dominante, por cuanto predomina la racionalidad; y así como las idealizaciones y las ideaciones pueden alcanzar todos los grados y variedades imaginables, según se ha dicho, tanto las unas como las otras pueden dirigirse

á cualquier plano de la actividad mental y exhibirse allí lo mismo en sus manifestaciones rudimentarias, inferiores, que en las superiores, más conceptuosas ó geniales. Al propio tiempo, según sea la índole de la individualidad, toman cuerpo unas ú otras de las infinitas variedades y matices de estas dos formas generales de relacionamiento. Nada es más personal que el esteticismo.

Así como la idealización va integrando el esteticismo emocional, la ideación integra el esteticismo racional. En las formas emocionales hay algo de arrobó, de hechizo, de encantamiento que se caracteriza por su vaguedad; en las racionales hay simples constataciones intelectivas conscientes. En las primeras tiende á predominar nuestro sensorio, en un estado de baja conciencia, en tanto que en las manifestaciones de orden racional predomina la inteligencia en vigilia. Nadamos con los ojos abiertos.

Es difícil distinguir el fenómeno estético de índole emocional, del fenómeno estético de índole racional, porque en ambos fenómenos concurren el sensorio y el intelecto, así como la conciencia misma, puesto que según nuestro concepto de la individualidad, ella no puede dividirse<sup>(1)</sup>; pero concurren de distinta manera y en diverso grado de coparticipación. No obstante, fuera de la zona intermedia, de transición, de los fenómenos emocionales y racionales, pueden caracterizarse las formas típicas, en las cuales prevalece el sensorio ó el intelecto de una manera más franca y definida.

No hay, por eso, soluciones de continuidad, sino simples gradaciones y variedades en el desenvolvimiento de las modalidades estéticas. De igual modo que nos re-

(1) Según nuestro modo de pensar, en todo estado psíquico concurre directa ó indirectamente toda la individualidad, de igual modo que en todo acto de una ú otra manera concurre todo el organismo. De esto nos ocuparemos más adelante.

sulta á menudo difícil establecer una clasificación precisa y categórica entre la simpatía, el « flirt », el afecto, la ternura, el cariño, la amistad en las relaciones bisexuales, y el amor, que giran desde los confines de la fruición animal instintiva hasta las formas más impersonales, nos resulta difícil también distinguir los fenómenos que se desarrollan en el vasto dominio estético, desde el deleite con que se satisface un apetito animal hasta las formas superiores de la cerebración intelectual dominante, sobre todo cuando estos fenómenos se manifiestan con lineamientos indefinidos, no típicos.

En los mismos confines de la satisfacción de la necesidad ó del apetito animal, debe buscarse la génesis del fenómeno estético. Apenas se inician la ideación y la idealización, y así que esas cerebraciones se elevan del plano de la necesidad ó del instinto animal premiosos, puede surgir el esteticismo en sus formas incipientes, y á medida que se sustrae del circuito de la necesidad vegetativa, se intensifica esa modalidad mental, llegando á asumir, á veces, caracteres inequívocos.

El « gourmet », verbigracia, que idealiza la nutrición, y allí donde los demás descubren un manjar sabroso, ó un vino puro, él aprecia sus más tenues matices, y evoca; los enamorados que se magnifican recíprocamente, por una generosa idealización; el que en alas de un recuerdo poetiza, despojándolo para ello de las incidencias y detalles molestos, así como el esteta que al contemplar ó al considerar un paisaje, una fisonomía, una escena que á los ojos de un indiferente se ofrecen sin particularidad alguna digna de fijar su atención, idea ó idealiza y evoca en el sentido de sus predilecciones, forman por igual en el campo estético, fundamentalmente, por más que haya diversos grados y variedades en esos mismos estados psíquicos, de un orden idéntico en lo esencial.

El indio que tañe, ya experimenta acaso, y puede experimentar, una emoción estética incipiente de índole musical; mas entre el salvaje que tañe y el músico que interpreta una « romanza » de Schumann, ó el célebre « Largo » de Händel; ó Chopin, cuando interpretaba uno de sus preludios ó nocturnos, ó Wagner, cuando concibió su soberbia Tetralogía, si bien hay un esteticismo idéntico, esencialmente, es tal el número de grados intermedios, como puede serlo el que existe entre el vuelo de una mosca y el del águila.

En el orden racional ocurre otro tanto. El salvaje que idea una trampa, ó un arma, ó un ardid para luchar con ventaja y vencer al enemigo, y razona en el sentido de sus tendencias y aspiraciones, entra, ó puede entrar, por lo menos, en el dominio de las modalidades estéticas; ya está en aptitud de experimentar el goce estético racional quizá; pero entre el salvaje que cerebra torpemente, y Darwin que induce el origen humano, hay un abismo, dentro de un mismo campo: el raciocinio.

Es muy poco juicioso pensar, como se piensa, que fuera de la faz emocional no hay manifestaciones de esteticismo; que el naturalista, al dedicar su vida á la observación de la naturaleza, no es tan esteta como Monet, Anglada, Brangwyn ú otros que, preferentemente, ocupan su vida pintando, ó como Debussy ó Strauss que la emplean escribiendo música; que Nansen, el duque de los Abruzzos, Peary ó Amundsen y tantos otros, al afrontar la ruda vida de los hielos polares, para explorar, no son tan estetas como Segantini, verbigracia, que también afrontó la vida de los hielos alpinos, para pintar; que Kock, Roux, Metchnikoff y tantos otros, al vivir en sus laboratorios, investigando, no son tan estetas como Isaie ó Thompson, que viven consagrados á descubrir la variedad de matices y sonoridades de sus violines; que el que vuela,

ó pesca con caña no es tan esteta como el que maniobra el « angelus » ó la guitarra; que el esteticismo intelectual de Spallanzani cuando se aprestaba á resucitar rotíferos desecados treinta años antes, sea menos típico ó inferior al esteticismo emotivo de Paganini cuando estimulado por una princesa ardorosa ejecutó un trozo admirable en su mágico instrumento. Se trata de variedades, simplemente, de un mismo fenómeno esencial.

En todos los campos de la vida psíquica, á nuestro juicio, puede producirse la cultura estética; y lo mismo en el dominio de las idealizaciones sentimentales evocativas, que en el de ideaciones francamente racionalizadoras, dominantes, cognoscitivas, es interminable la serie de variedades y de gradaciones que puede ofrecer cada orden de manifestaciones en el desarrollo de una misma modalidad.

El « sportsman » idea é idealiza sobre los incidentes de un premio clásico, con la misma espontaneidad con que el espíritu romántico lo hace acerca de aventuras ó galanteos, y que el matemático con respecto al cálculo. Cada uno lo hace de acuerdo con sus predisposiciones personales, y de ahí que resulte tan difícil concordar acerca de lo que es interesante ó aburrido, simpático ó antipático, bello ó feo; de ahí que se haya consagrado el adagio: « sobre gustos nada hay escrito ».

Puede verse, asimismo, que esta enorme multiplicidad de manifestaciones estéticas se acusa dentro de dos planos fundamentales: la ideación y la idealización, y que, en cada uno de ellos, se ofrecen infinitas variedades del mismo fenómeno, en todos los grados imaginables.

Ya el arte, como recurso de acción, se nos presenta siempre dentro de formas ideadoras, racionales, aun cuando se aplique á exteriorizar estados psíquicos emotivos. Fuera de la ideación, de la racionalización, no

hay arte, y á medida que ésta se eleva por medio de una deliberación más sesuda, el arte se manifiesta en sus aspectos superiores; pero la manifestación estética, siempre subjetiva, — integrada subjetivamente, por lo menos, — y por eso mismo personal, no depende tan sólo del mayor ó menor grado de complejidad ó intensidad de las cerebraciones, sino del ajuste, del consorcio de éstas con la índole de la personalidad. Cada cual vibra estéticamente *en el sentido de su personalidad*, y fuera de ahí, no puede vibrar de un modo estético.

En todos los dominios del pensamiento ideador ó idealizador puede surgir, pues, ese mismo fenómeno. Cada individualidad se deleita á su manera. Si vais al campo con un hombre de negocios, así que lo creáis compartiendo vuestra emoción, porque mira con insistencia hacia el mismo punto á que miráis, extasiado, un paisaje que se os antoja bellissimo, interrumpirá vuestra divagación preguntándoos cuánto podría valer la hectárea del terreno, del mismo que os encanta porque lo baña el sol « poéticamente ». Para él, eso es lo más importante, y creará en conciencia haber perdido su tiempo si, atraído por la luminosidad del espectáculo, se distrajo por un instante de sus cálculos aritméticos. Es que él idea é idealiza en otro sentido que el vuestro, en un sentido personal, utilitario, más estrecho, y así mismo experimenta el placer estético de un modo inequívocamente acorde con sus peculiaridades personales.

Un entrenamiento apropiado puede hacer que florezcan copiosamente las formas estéticas, y que las mismas, antes rudimentarias, alcancen una intensidad considerable.

Si se observa bien, se verá que son los mismos elementos esenciales los que, evolucionando, producen el fenómeno estético en todos sus grados y variedades. Todo el organismo — incluso natural y principalmente nuestra



psíquis — puede llegar á un estado de mayor aptitud, para que surja más fácil y de un modo más intenso la manifestación estética. Puede decirse, pues, que esta manifestación, en sus grados superiores, es fruto de un adiestramiento. Así como la mano tosca de una campesina y la mano delicada de una arpista ó de una bordadora de encajes, es un mismo miembro esencial, que puede adquirir una destreza extraordinaria por medio de disciplinas adecuadas, nuestros órganos, nuestro sensorio y nuestra inteligencia, de igual manera, pueden adquirir mayores aptitudes para el esteticismo, ya sea emocional ó racional.

Los comerciantes é industriales enriquecidos — siempre *ideadores* — se esmeran en manifestar facultades para el ensueño también, el que, á fuerza de no concebirlo, repútanlo superior y de buen tono. En cambio, los soñadores, como que apoyan la excelencia de sus gustos y aptitudes en los prestigios del pasado, se envanecen con ellos, como algunos aristócratas modernos, que todavía se pavonean ufanos porque sus antepasados directos perecieron en las cruzadas, desdeñando el reino prosaico del raciocinio como cosa inferior.

Hay en nuestro espíritu una predisposición tan acentuada á evocar, un fondo tan idealizador, que basta cualquier motivo, una simple apariencia, una ficción, una tramoya, para determinar estados psíquicos que llegan á veces hasta la propia emoción intensa. Un bronce ó un mármol esculpido, un papel ó una tela coloreados ó simplemente dibujados, una serie de sonidos ordenados, puede sugerirnos estados de alma emocionales, más ó menos intensos. No hablemos de las emociones del teatro lírico, en el que abundan las cosas más grotescas, como las corazas y lanzas de hojalata, y en el que á veces cantan á un tiempo y al unísono una multitud de

personajes extravagantes, supuestos duques y condesas míseros remedos, ó abigarradas y ridículas representaciones mitológicas, las que, para mayor incongruencia, se presentan todavía estrafalariamente disfrazadas. Basta, así mismo, una cierta disposición de sonidos y de gestos adecuados, para despertar en serio emociones en el auditorio, que acude ansioso y paga, para deleitarse con estos espectáculos plagados de artificio y de inverosimilitud. En el mismo teatro dramático, en que son también de papel las decoraciones, ya sean paredes de palacio ó muros de fortaleza, los que trepidan bulliciosamente, sobre todo cuando se abren las puertas, por más que éstas sean leves como alas de mariposas; allí donde los personajes se presentan caricaturados, empolvados, pintoreados y con pelucas incapaces de ilusionar, las mujeres también ridículamente pintarrajeadas, y unos y otros gesticulando casi siempre con afectación, por más que vemos todo esto y oímos al apuntador, y sospechamos aún, cuando no entrevemos, lo que ocurre entre bambalinas, y vemos á los antagonistas todavía dándose la mano y saludando sonrientes al público después de haberse atravesado á estocadas, seguimos con recogimiento el desarrollo de esa ficción, y nos impresionamos hondamente. ¡Es extraordinario nuestro poder idealizador! Para juzgar de la magnitud de nuestra inclinación á soñar despiertos, no hay más que observar el semblante de los espectadores, el cual delata una concentración en el sentido de optar por la admisión de lo que se finge, más bien que por el de darse cuenta cabal de la realidad objetiva. Allí nadie idea. Todos idealizan.

Es cierto que no todos van al teatro á pagar tributo á la necesidad de solazarse con quimeras, pero no lo es menos que los mismos que no van harían otro tanto si fueran.

Hay ramas artísticas que viven exclusivamente de la ficción, y otras que no dejan de valerse de este recurso para utilizar esa tendencia á la idealización, tan acentuada como es. Acaso tal predisposición, fuera de las causas tradicionales que la alimentan, se deba, en primer término, á que estamos obligados constantemente á percibir la realidad por simples imágenes. Nosotros percibimos la silueta de las cosas que forman en el mundo exterior en un claroscuro más ó menos coloreado, y lo demás lo inducimos, lo deducimos y lo asociamos á nuestras imágenes anteriores; lo relacionamos, mejor dicho, con nosotros mismos. Si vemos la imagen de un tigre, verbigracia, asociamos de inmediato la idea de su ferocidad, de su agilidad, de su fuerza, de su alevosía. Nace así el concepto del peligro. Basta, pues, la «imagen» para que pueda determinarse todo esto; lo demás — fuera de la imagen externa — lo ponemos nosotros. Es por eso que resultan tan diversas las consecuencias de cada impresión, en cada psiquis, y á la vez en cada lugar y en cada momento.

Nosotros no abarcamos por medio de nuestros sentidos á la realidad, tal cual es; pero como ese proceso subjetivo es vertiginoso, no percibimos tampoco sus relaciones de sucesión, y es así que atribuimos á la imagen lo que es simplemente un resultado psíquico, producido en nosotros mismos con motivo de la imagen. El hábito de asociar, de inferir y evocar, todo lo que operamos ordinariamente en una forma mecánica, puede decirse, nos hace creer que todo eso lo presupone ó lo contiene en sí el mundo real.

Tal forma de relacionamiento, esa incompleta percepción de la realidad, es lo que tan fácilmente nos la hace idealizar. Y no nos damos clara cuenta de este proceso mental en el fenómeno estético, porque al lado del caso

típico se encuentra el de orden inmediato, y los fenómenos intermediarios van degradándose por un lado y acentuándose por el otro, en la zona de transición, de tal modo, que resulta casi imposible precisarlos, definirlos y clasificarlos categóricamente; y estas gradaciones y esfumaciones se ofrecen, á la vez, en todo sentido. No hay en ninguno de sus dominios soluciones de continuidad que permitan una clasificación aceptable ni fácil.

Algo semejante ocurre en el campo de la ideación. Si en el dominio de la idealización, sobre todo en el de la idealización retrospectiva, evocadora, nos extraviamos á cada paso, otro tanto ocurre en el de la ideación, debido á que á menudo ésta se desenvuelve en el enmarañado tejido de idealizaciones, que constituyen nuestra estructura psíquica. La codicia, la lujuria, la ambición de dominar, nos esclavizan, á veces, como á autómatas. Los que sienten esa sed insaciable de acumular ó de satisfacer inagotables apetitos mundanos, verbigracia, é igualmente los que sienten una irrefrenable necesidad de mando, se extravían tanto, unilateralizan de tal modo la existencia, que concluyen por perder toda noción de la realidad.

Unos y otros, todos buscan el orden de cerebraciones más espontáneas de la individualidad, el ambiente más propicio para vibrar emocionalmente ó para idear racionalmente dentro del sesgo de sus respectivas inclinaciones. En esto se acusa también la necesidad estética como una modalidad universal, instintiva. Cada cual vibra á su manera, y trata de vibrar lo más posible.

Toda ideación que se opera en el sentido más espontáneo de nuestra individualidad psíquica, y fuera del radio de la necesidad ó del apetito vital que apremian, ó de intereses preestablecidos, también premiosos, así como toda idealización que se opera en igual sentido, *son de*

*indole estética;* y, á medida que se hace más compleja la inteligencia y se sutaliza más nuestro sensorio, las cerebraciones estéticas adquieren mayor variedad é intensidad en cualquiera de sus dominios. El que se interesa en la floricultura, por ejemplo, comienza á descubrir particularidades dignas de atención en las mismas foliáceas y floráceas que antes le parecieron desprovistas de todo interés. Si bien estas plantas, substancialmente, siguen siendo las mismas, nuestro relacionamiento para con ellas se desarrolla de distinta manera, merced á nuestra diversa integración psíquica á su respecto. No es, pues, porque se modifiquen las cosas del mundo exterior, que nosotros las vemos modificadas: es porque nosotros nos hemos modificado.

Esa es la obra de la evolución.

Sobre el fondo heredado, nosotros vamos tejiendo nuevas formas cerebrales de ideación ó de idealización, con arreglo á nuestro temperamento, y es así que vamos encarando *lo mismo* de tan diversas maneras. Son innumerables los elementos que concurren á determinar esa evolución personal sobre el caudal acumulado por causas múltiples y por acciones multiseculares, que han ido elaborando nuestra propia individualidad.

Cada uno idea é idealiza, pues, con arreglo á su personalidad, más ó menos consciente, es decir, propia, ó refleja, —que es lo más común, — y es así como se presentan las formas estéticas peculiares de cada edad, de cada época, de cada civilización, de cada pueblo, de cada hombre; y en cada hombre, en cada pueblo, en cada civilización, en cada época, en cada edad, el concepto estético evoluciona tanto más cuanto más compleja es la cultura. Quizá no hay dos personas cuyo concepto estético coincida, como no hay dos caras idénticas. Verdad es que existe una cierta comunidad de criterios estéticos en

cada época y en cada pueblo, porque concurren factores análogos á producirlos, pero esa comunidad *no es completa*, y no podrá serlo, quizá, por cuanto son tan innumerables y variados los elementos que integran la modalidad estética, que es imposible coincidir. Muy difícil, por lo menos.

Hay tantas variedades estéticas cuantas son las formas de idear é idealizar. Se idea é idealiza en el sentido de la afectividad, de la combatividad, de la constructividad, de la destructividad, de la firmeza, de la caridad, de la lujuria, del valor, de la sabiduría, del vicio, de la abnegación, etc., etc. Así es como plasmamos mentalmente, si puede decirse así, cada una de estas abstracciones psíquicas, y á medida que se hace más nutrida la cultura, se desbasta la función psíquica, se ordena, se eleva y se complejiza. Es por esta vía subjetiva que se llega desde el esteticismo rudimentario al poliesteticismo conceptual, á la vez que existe un mayor grado de aguzamiento intelectual, ó de refinamiento sensorial, un mayor bagaje racional ó emotivo, á medida que se van seleccionando las ideaciones y las idealizaciones en la evolución. Pero en medio de ese torbellino de cerebraciones diversas, infinitamente diversas y cambiantes, puede verse este hecho permanente: cada cual procura un campo favorable á sus cerebraciones más espontáneas; cada cual procura, pues, su mayor lote posible de cerebraciones *estéticas*, y los mismos que se someten á penosas disciplinas, lo hacen para propiciarse una mayor suma de esteticismo, obedeciendo así á un mandato instintivo, tan instintivo, esencialmente, como es el que determina la nutrición.

---

## IV

### LA EMOCIÓN ESTÉTICA

#### I. LA EMOCIÓN EN GENERAL

Se ha dicho que la emoción se siente mejor de lo que se la define. Esto debe atribuirse á que la emoción no es un estado de conciencia en vigilia. Si acaso hay estados de conciencia en plena vigilia, — lo que no creemos por nuestra parte, — la emoción, por lo menos, no entra en ese número.

Los que se han dedicado á estudiarla, como quiera que la hayan encarado, han tenido que admitir que hay en este fenómeno un elemento psíquico, una cerebración sensorial - intelectual ó intelectual - sensorial, más ó menos consciente, que *precede* á dicho fenómeno. Todo nos lleva á pensar que *es esa cerebración misma* la que determina los estados psíquicos y fisiológicos que la subsiguen, y que éstos son consecuencia de aquélla; en otras palabras, que es esa cerebración la causa eficiente de la emoción.

No se concibe un estado emocional sin aquella cerebración de relacionamiento.

Son indispensables, pues, dos concursos para generar

la emoción: 1.º, *un hecho externo*, imagen visual, impresión auditiva, táctil, etc., ó *interno, objetivado*; 2.º, una cerebración *relacionada* con ese elemento. Sin ambos concursos no hay emoción, según nuestro modo de pensar.

Cualquiera que sea el estado psíquico de emocionalidad latente, virtual, no se produce la emoción sin que un hecho externo, ó interno objetivado, con una participación de conciencia, por leve que sea, la determine. En el caso de operarse una conmoción cualquiera sin tales concursos relacionados, ella deberá atribuirse á causas morbosas. Sin aquellos elementos no se caracteriza, pues, el fenómeno de que nos ocupamos.

Un peligro, v. gr., que se cierna sobre nosotros sin que lo podamos percibir, nos dejará indiferentes. Todos los puñales que se esgriman amenazantes contra nosotros, no nos inmutarán, si no los percibimos, mejor dicho, si no advertimos «el peligro» que nos amenaza; y á la inversa, si experimentamos la excitación de un peligro, por ejemplo, sin causa externa alguna, ni interna objetivada, lejos de tratarse de una emoción, se tratará de un desarreglo psíquico ú orgánico. Es preciso, pues, que haya una relación efectiva, determinada por un acto de conciencia, por incompleta que ella sea.

Es probable que no haya una línea de separación precisa entre ciertos fenómenos patológicos y los emocionales; pero á medida que se esboza un concurso de conciencia relacionado con una impresión externa ó interna, la emoción se caracteriza.

Gira así el dominio emocional desde los confines de los estados patológicos hasta los confines de los estados intelectivos de conciencia, de conciencia en vigilia, sin incluirlos. Ni pueden ser, pues, desintegrados de toda conciencia, ni pueden ser integrados de plena con-



ciencia (1). En esa órbita semiconsciente es que se desarrolla, con todas sus variedades, grados y matices, el fenómeno emocional. Fuera de esa órbita nos encontramos, por un lado, como se ha dicho, con la vesania, con el dominio psicopático, morboso, ó bien, por el otro, con el dominio de la racionalidad, en plena vigilia, que excluye la emoción.

Así, por ejemplo, si observando nuestros propios estados mentales pensamos que vamos á perder la razón, podemos *emocionarnos*, aunque nuestro examen introspectivo parta de un antecedente falaz, objetivado, puesto que hay una integración de conciencia, hay una percepción más ó menos efectiva, bien que sea supuesta, hay un concurso intelectual; pero si la idea de perder la razón nos conmueve sin ninguno de estos elementos, sólo habrá un fenómeno patológico.

Quizá no pueda cada cual encarar desde ese punto de vista su propia mentalidad sin emoción, no sólo por las vaguedades siempre misteriosas que ofrece la introspección, sino porque el instinto hace difícil que la conduzcamos á nuestro respecto con toda serenidad é imparcialmente; mas si alguien examina el estado mental de un tercero, puede no emocionarse aunque el examen encuentre causas efectivas de perturbación, y eso es debido, según nuestro entender, á que hallándose excluido el acicate instintivo, la mente actúa en plena vigilia y racionaliza, en vez de divagar.

Lo que determina la emoción, pues, es la pérdida

(1) A fin de evitar una falsa inteligencia respecto de lo que denominamos « plena conciencia », debemos expresar que consideramos siempre relativos los estados de conciencia; de modo que, á nuestro juicio, no puede ofrecerse un caso de plena conciencia, como tampoco lo concebimos de plena inconciencia, mientras subsiste la individualidad orgánica. Debe entenderse, pues, todo esto dentro de su consiguiente relatividad.

del dominio que ejercemos sobre nosotros mismos, lo cual permite el agolpamiento de las imágenes, el tumulto de las ideas, el desfile de las asociaciones y evocaciones sin orden ni concierto.

Encarada así la emoción, requiere fundamentalmente que se la considere localizada en nuestro cerebro, en nuestra psiquis, y que participe de nuestro sensorio y de nuestra conciencia, de algún modo, para que podamos destacarla del dominio patológico, puesto que esa cerebración, más ó menos intelectual, de media conciencia, es, precisamente, la que la determina, de un modo esencial.

Los que explican la emoción por los efectos fisiológicos que la acompañan, como Lange, James, Sergi y otros, incurren en una doble omisión: es la primera, que la emoción requiere *una causa* física ó psíquica, de carácter sensorial, ya sea efectiva ó falaz; y la segunda, es que esto presupone necesariamente *un relacionamiento* psico-físico ó psico-psíquico, por poco consciente que sea, desde que sin este elemento psíquico caemos en el dominio patológico.

Si no hay causa objetiva ú objetivada, así como si no hay una intervención psíquica relacionada con esa causa; si alguien comienza á temblar, ó á reír, ó á llorar sin tener motivo alguno, lo primero que inferimos es que se trata de un enfermo. Hay, sí, estados latentes emocionales inconscientes, ó subconscientes, patológicos, ó psicológicos, ó fisiológicos, que predisponen á la emoción. Un enfermo, un deprimido mental, un hambriento, se emocionarán en algún sentido, por lo menos, más fácilmente que un normal, pero ellos mismos requieren una causa efectiva ó siquiera supuesta, para que se determine la emoción característica; de otro modo, sólo podrían constatarse simples estados morbosos. Un temblor, sin que

pueda atribuirse á una causa cualquiera por el mismo que tiembla, será una convulsión, no una emoción.

Cierto que hay estados patológicos que semejan la emoción, mas no por eso son emocionales; como hay emociones que invaden el campo de la patología, sin que por eso sean fenómenos francamente patológicos.

Binet, advirtiendo la necesidad de una integración psíquica en la emocionalidad, intenta explicarla, recientemente, como *una actitud*, es decir, como una serie de actos coordinados inteligentemente hacia un fin <sup>(1)</sup>.

A nuestro modo de ver, este psicólogo extrema ese concurso psíquico intelectual. Si bien nosotros pensamos que es indispensable cierto grado de conciencia para que se caracterice la emoción, entendemos que un concurso intelectual tan definido la excluye, al perfilar la cerebración racional de plena vigilia.

Precisamente, lo que más impide definir la emoción, es que este fenómeno es de baja conciencia. Pretender su examen introspectivamente, es punto menos que exigir de un ebrio que dé cuenta de su estado de conciencia durante el estado de embriaguez. Si mientras dura la emoción tratamos de escudriñar nuestra psiquis, la emoción tiende á desvanecerse, porque es incompatible con el estado de plena vigilia.

La emoción se produce en un campo en que reinan las idealizaciones, las que, como se ha dicho, son imprecisas, acuden en tropel, en desorden, y siempre son, por lo mismo, más ó menos arbitrarias.

En ese campo abierto á las divagaciones, en donde perdemos el dominio de nosotros mismos, la emoción se ofrece como un reactivo, ó como un estimulante psíquico; y tanto la reacción como el estímulo pueden ofre-

(1) A. Binet: « Qu'est ce qu'une émotion ? » — *L'Année psychologique*, 1911.

cerse con innúmeras variedades, en todos los grados imaginables, desde el más leve hasta el más violento, y es así que á veces hasta pueden causar la muerte misma.

Dice Spencer que, fuera de la « impresión » que produce un ruido ó un espectáculo « alarmante », puede producir también un estremecimiento, un grito, una contorsión, y á veces puede asimismo paralizar los movimientos del corazón y causar un síncope (1).

Se comprende que un ruido no es *en sí* alarmante, fuera de todo relacionamiento para con nosotros. Es preciso, pues, que « lo conceptuemos » alarmante, y esto presupone la consiguiente cerebración. Ha sido menester que « calificuemos » la alarma, es decir, que mentalmente, intelectivamente, en la forma más fugaz y rápida, por arbitraria y exagerada que sea, nos demos cuenta de que aquel ruido ó aquel espectáculo implican un peligro para nosotros, porque de otro modo nos dejaría impasibles.

Esa cerebración, ya sea reactiva ó estimulante, es la que genera la emoción, con todas sus consecuencias fisiológicas. No podemos lógicamente prescindir de ese elemento, porque sin él, sin ese relacionamiento psico-físico ó psico-psíquico, quedan por completo inexplicados estos fenómenos. Así, por ejemplo, cuando ingerimos una substancia tóxica ó cuando nos infectamos con algú germen mortífero, sin saberlo ni vislumbrarlo, no acusamos emoción alguna. ¿Cómo podría explicarse, pues, esta actitud tan incongruente, en nuestro relacionamiento con el mundo

(1) Un bruit, un spectacle alarmant, outre l'impression qu'ils font sur les organes des sens et les nerfs, peuvent produire un tressaillement, un cri, une contorsion de la face, un tremblement amené par un relâchement général des muscles, une sueur brusque, un battement de cœur, un coup de sang à la tête, et à la suite, peut-être, un arrêt de l'action du cœur et une syncope: et si l'individu est faible, ce pourra être là le commencement d'une indisposition avec son long cortège de symptômes compliqués.—H. Spencer: « Loi et cause du progrès ».—*Essais sur le progrès*, pág. 57.

externo, si no la explicamos por medio de una cerebración de conocimiento, y, por lo mismo, más ó menos intelectual, esto es, con mayor ó menor intervención de conciencia, por leve que ella sea?

Si bajo la presión de un estado psíquico intelectualivo puede producirse una hematidrosis, un sudor de sangre, como lo afirma Binet-Sanglé (1), ¿por qué no admitir que una cerebración pueda producir los variados fenómenos que se observan en la emoción, comúnmente menos intensos, y á veces más intensos también?

Todo lo que contraría más íntimamente el instinto vital, opera una reacción depresiva ó violenta, tanto más acentuada cuanto más en lo hondo contraría ese capital instinto orgánico; y todo lo que favorece y secunda ese instinto opera una acción tónica estimulante, tanto más sensible cuanto más en lo íntimo favorece aquel instinto.

Si, de pronto, en despoblado, nos encontramos con un hombre que nos aboca un arma al pecho, ó con una fiera pronta á lanzarse sobre nosotros, recibiremos la sacudida máxima sobre nuestro instinto vital; y sus efectos serán proporcionados á nuestro estado psíquico y á la intensidad de la cerebración que reacciona en nosotros mismos, sobre el instinto. Puede ocurrir que esa cerebración nos paralice y nos hiele; puede ocurrir que nuestra cerebración nos permita adoptar una actitud de resistencia, ya sea defensiva ó agresiva; puede también causar la muerte. Todos esos efectos serán correspondientes á nuestra cerebralidad en ese instante, así como á nuestro estado orgánico, que es el campo donde se desarrollan los efectos, puesto que recibe esa sacudida cerebral como se recibe una descarga eléctrica.

Si, en cambio, vemos á dos semejantes que se batien,

(1) Binet-Sanglé: *La folle de Jésus*, t. 1, pág. 211, 2.ª ed.

exponiendo ambos su vida, esto nos emocionará menos violentamente que aquéllo, y tanto menos cuanto menos nos interesen los actores; y es así que llegamos hasta á solazarnos con el peligro ajeno, sobre todo cuando los combatientes son de especies inferiores.

Es claro que nuestro estado psíquico y orgánico, el primero encargado de engendrar la chispa cerebral, y el otro de recibir los efectos de la sacudida, son los que determinan la intensidad de ese relacionamiento en cada caso. Según sean su excitabilidad, sus facultades inhibitorias y sus recursos de resistencia, en ese instante, todo esto determinado, á veces, hasta por factores circunstanciales, así será más ó menos sensible y acaso de una índole también diversa la cerebración reactiva ó estimulante.

Una impresión que recibimos puede disociar nuestro funcionamiento cerebral, alterando más ó menos por completo su ritmo, de igual modo que puede tonificarlo, como ocurre cuando dicha impresión favorece nuestro instinto. Se comprende que en ambos órdenes pueden ofrecerse todos los grados, desde la tenue emoción grata, tónica, hasta la emoción intensa de igual índole, así como puede verificarse la emoción reactiva del instinto, desde la tenue, que nos conturba, hasta aquella que nos paraliza ó nos mata. Lo primero que denota el sujeto emocionado, es un desarreglo en las ideas, ó sea la pérdida del gobierno de sí mismo, un desequilibrio más ó menos acentuado; á veces, la parálisis momentánea. Hace ya algunos años, le oí referir al explorador Gifford Palgrave un caso típico. Iba caminando algo separado de su campamento, absorto en la lectura, cuando, al levantar los ojos, vió un enorme león que lo miraba en actitud de simple curiosidad. Cuenta Palgrave que se sintió helado é incapaz de hacer un solo movimiento. Se vió perdido.

En este caso mismo, si aquella imagen visual no hubiera

disociado por completo las ideas del explorador, no habría habido emoción. Es esa disociación, esa dislocación mental, pues, la que produjo el fenómeno emocional, como causa determinante, *no el león*. Éste permaneció inmóvil, mirando con curiosidad al viajero, cuya psiquis no acertaba á recuperar su ritmo normal, y merced á esta actitud del temido carnívoro, pudo sentir aquél que renacían los efluvios de la vida, que se regularizaban sus funciones psíquicas y se restablecía su equilibrio orgánico, al reasociar sus cerebraciones habituales, y pudo entonces retirarse indemne á su campamento.

Ese mismo león, visto al través de las rejas de una jaula, como es frecuente verlo en los jardines zoológicos, no hubiera ocasionado, por cierto, una emoción semejante, por más que la impresión « visual » es la misma, punto menos. Es evidente que ha sido menester una cerebración reactiva, una conmoción psíquica, para que haya podido producirse el fenómeno emocional, y cuanto más violenta haya sido aquella reacción, más violenta ha debido ser la emoción consiguiente.

Los que prescinden de esa conmoción cerebral, de *relacionamiento* psico-físico, no podrían explicar por qué el mismo león produce distintos resultados psíquicos y orgánicos, según sean las circunstancias en que se le ve. Al objetivar la causa de la emoción, quedan inexplicadas las variedades de este fenómeno (1).

(1) Maurice de Fleury, al examinar el mecanismo de la emoción triste, dice por vía de ejemplo: « Si nous perdons quelqu'un que nous aimons, l'accablement profond où nous voilà plongés n'est pas la conséquence de notre chagrin, mais *sa cause*. L'affreux spectacle de la mort, ou l'annonce de la nouvelle fatale, par nos yeux ou par nos oreilles, par notre nerf optique ou par notre nerf auditif, projettent à nos centres nerveux des vibrations si violentes, ces vibrations vont éveiller pour les dilacérer brutalement des notions si bien ancrées, des associations d'idées si invétérées, des habitudes de l'esprit si enracinées, qu'il s'ensuit un accablement, un surmenage. La vigueur du cerveau s'épuise, sa vitalité s'a-moindrit, la circulation s'alanguit, la respiration devient faible, nos mus-

Los asociacionistas consideran las relaciones psíquicas entre los diversos factores y elementos que concurren á formar los estados de conciencia, y los fisiologistas contemplan los efectos de la emoción sobre el organismo, y afirman que son la emoción misma. Ni unos ni otros toman en cuenta las relaciones físico-psíquicas y psico-psíquicas, que son de una realidad innegable. No obstante, es menester que la impresión que produce el mundo objetivo *se combine* con nuestras cerebraciones, y que éstas sean « apropiadas », para que se opere la emoción. De otro modo ella no puede generarse, sea cual fuere la calidad de la impresión, vale decir, de la imagen transmitida por los sentidos.

Por su parte, James, Lange, Dumas, Sergi, de Fleury y otros pensadores y psicólogos toman los efectos de la emoción por la emoción misma. Es evidente que si el hombre no tuviera un organismo como campo de expansión á sus cerebraciones, éstas no podrían manifestarse en todos sus efectos; pero no quiere decir esto que sea el organismo, donde se manifiestan los efectos, la causa

cles détendus fonctionnent avec mollesse, et de tout notre corps nos nerfs de sensibilité apportent au cerveau la notion continue de lutte inutile, de faiblesse, de déchéance, d'impouvoir; notre esprit en prend conscience — conscience vague, confuse — et c'est cela que nous nommons tristesse. C'est un cran spécial, un cran inférieur de l'activité cérébrale. Pour peu qu'il y demeure un certain temps, notre esprit en prendra le pli, et toutes choses ne lui apparaîtront plus que sous le jour pénible, mélancolique, pessimiste.» — Maurice de Fleury: *L'âme du criminel*. « La personne humaine », págs. 34-35.

Al encarar así el mecanismo de la emoción, comienza el autor, como se habrá visto, por calificar de « horrible » el espectáculo de la muerte de aquel « á quien amamos », en todo lo cual hay una cerebración implícita, un hecho *de relación* del cual no ha podido prescindirse, porque es real. Pues bien: es ese hecho, precisamente, el que apreciado más ó menos conscientemente, determina la emoción, según nuestro modo de ver.

Sergi, al estudiar la fisiognómica de las emociones, dice: « La teoría que yo sostengo, es que las emociones son los sentimientos de los cambios más ó menos profundos de las funciones de la vida orgánica, desde los más vitales hasta los menos, desde el movimiento del corazón y de la respiración hasta las secreciones, al desequilibrio sanguíneo por acción



de la emoción. Con igual razón podríamos decir que si el cerebro no pudiera recibir impresiones y modificar sus ritmos, no se sentirían los efectos fisiológicos de las mismas.

La vertiginosidad con que se producen las acciones y reacciones cerebrales hacen creer en su simultaneidad con los efectos fisiológicos, pero es indudable que sin una previa apreciación más ó menos consciente de las imágenes que impresionan el cerebro, no se realizaría la emoción. Así, por ejemplo, si mientras estamos bebiendo un vaso de agua, se nos asegura que dicha agua está contaminada por alguna sustancia tóxica, nosotros nos emocionamos. ¿Por qué ese cambio? Debemos pensar que es porque podemos apreciar ese antecedente de un modo contrario á nuestro instinto; y si con iguales seguridades se nos dijera que esa agua es un néctar de longevidad, al apreciar ese antecedente tan favorable á nuestro interés instintivo vital, también nos emocionamos, pero de muy distinta manera.

La parte de conocimiento y de conciencia que inter-

vaso-motora, por dilatación ó restricción de los vasos, en cualquier lugar de la circulación que sea, hasta el aumento ó la disminución de la energía neuro-muscular, desde todos los fenómenos de la agonía hasta el exceso de la acción de la energía vital. Si el sentimiento de estas alteraciones de las funciones orgánicas, referido á la conciencia, es el que constituye la emoción, no vemos ningún motivo para aceptar las interpretaciones de Spencer y Darwin, al menos de la totalidad, no menos que las de otros autores que hacen de esas alteraciones un efecto de la emoción.

« Los fenómenos de los cuales hablo, no se derivan de una corriente nerviosa, excesiva ó indirecta, sino de una corriente directa, una vez excitado el centro emotivo común. Sin esta corriente directa, de excitación de los órganos nutritivos, no habría ninguna emoción. Si el corazón continuase invariablemente sus pulsaciones; si los movimientos respiratorios fuesen inalterables; si ninguna perturbación circulatoria se produjese, ni ningún desequilibrio sanguíneo; si las secreciones no se detuviesen ó no aumentasen hasta el exceso, no tendríamos placeres ni dolores, ningún sentimiento de mayor bienestar ó de malestar, y las ideas, como las percepciones, permanecerían ineficaces para suscitar una emoción cualquiera — G. Sergi: *Las emociones*, págs. 284-285, v. c.

viene para determinar los estados emocionales es incompleta, y aun exigua, si se quiere, pero es ella la que conmueve al organismo. Es así, relacionando las imágenes é impresiones externas ó internas objetivadas con nosotros mismos, que nos emocionamos; mas no son esas imágenes é impresiones por sí solas las que determinan la emoción. El mundo exterior *no nos trasmite* emociones ni estados de conciencia: nosotros las generamos alrededor de las impresiones é imágenes que llegan á nuestro cerebro por medio de los nervios transmisores. Debemos pensar que la suposición tan acreditada de que las sensaciones las proyecta « hechas » el mundo exterior, es un residuo egocéntrico. Nosotros decimos todavía que los elementos exteriores no s impresionan, nos excitan, irritando nuestro sensorio, cuando es más lógico admitir que nuestro sensorio se impresiona ó se excita *en sus relacionamientos* con el mundo exterior. Pasa con esto como con la leyenda de la ferocidad de las fieras, que tan á menudo demuestran ser menos feroces que el hombre mismo.

Nosotros cerebramos instintivamente en el sentido de nuestras tendencias individuales, de nuestras necesidades, de nuestras aspiraciones, y todo lo que nos hace reaccionar nos contraría, y puede determinar una emoción, lo mismo que todo lo que nos favorece nos tonifica, nos complace, nos deleita y puede llegar á emocionarnos vivamente. Dentro de estos planos en que se operan todas las formas emocionales, y en ambos planos, pueden producirse todos los grados y variedades emocionales. La risa, verbigracia, parece ser una forma de reacción. Es una dislocación de nuestra mentalidad, que se opera en una forma inofensiva, amable. Por lo general, la hilaridad, como se ha dicho, se genera cuando una situación ó un problema complejo se resuelve en una forma demasiado simple ó incongruente y desproporcionada, ó bien

á la inversa, cuando una situación simple se resuelve de un modo por demás grave y complicado. Es lo inespereado de la solución *con arreglo á nuestra mentalidad*, lo que nos mueve á risa. En esta forma de reacción, como que no está en juego nuestro interés instintivo, la reacción se produce sin contrariarnos; al contrario, solazándonos. Puede decirse que está en análogas condiciones el llanto que nos solaza en el teatro y en la novela, siempre por fuera de los apremios instintivos.

Todas estas formas tan variadas de relacionamiento se operan de múltiples maneras, pero siempre dentro del ritmo cerebral, y ya sean favorables ó desfavorables, acordes ó discordes con él, producen diversos efectos.

Pero no sólo nos impresionamos en nuestros relacionamientos con el mundo exterior, sino también en nuestros relacionamientos con nosotros mismos. Un simple gesto propio puede sugerirnos un estado de conciencia, y éste, á su vez, al reobrar, puede determinar efectos en nuestro organismo. Los efectos fisiológicos que subsiguen á este estado psíquico debemos suponer que son una consecuencia de la cerebración, aun cuando admitamos que puedan á su vez refluir y reobrar sobre el estado psíquico y determinar una nueva dirección á la cerebración causal, promoviendo así nuevos estados psíquicos y orgánicos subsiguientes. Se ofrecería así en esta modalidad, una de las formas del círculo vicioso. Así, por ejemplo, si alguien me contraría con una frase ó con un gesto, y yo, á mi vez, al manifestar mi contrariedad, la magnífico y la exagero, mis propias palabras y ademanes pueden modificar aquel primitivo estado de conciencia, y pueden aun promover un nuevo estado, distinto del anterior.

Se advierte que estas mismas reacciones no excluyen, y por lo contrario, presuponen una cerebración, como elemento necesario del fenómeno emocional.

Esos hechos que nacen de nosotros mismos, actúan como « agentes » en nuestro cerebro, de igual manera que los hechos externos. Si entretanto que jugamos alegremente, nos inferimos una herida ó una contusión, las consecuencias orgánicas de la misma determinan un nuevo estado psíquico. Esto acusa que podemos actuar sobre nosotros mismos, ya sea por medio de nuestro organismo, sobre nuestra psiquis, ó viceversa, del mismo modo que actúa el mundo externo, y no sólo físico-psíquicamente, pues, sino también psico-psíquicamente y psico-física-mente. En los fenómenos corrientes de autosugestión es donde puede verse más fácilmente el imperio que puede adquirir uno sobre sí mismo, como lo evidencian tantos antecedentes, entre otros los famosos fakires. Es así como nos relacionamos con el mundo exterior, y con nosotros mismos, de tan distintas maneras.

En el orden psíquico, hay renovamientos constantes, como en el mundo orgánico, y de ahí una serie interminable de acciones y de reacciones en nuestros relacionamientos psico-físicos y psico-psíquicos. Así, por ejemplo, antes de conocer la composición del aire y del agua, y antes de tener noticias respecto de la circulación de la sangre, estábamos relacionados orgánicamente con el aire y el agua, y la sangre circulaba de igual modo que ahora por nuestras venas y arterias, y el aire penetraba en nuestros pulmones como ahora; pero este conocimiento nos ha relacionado « cognoscitivamente » con todo eso. Ahora hay, fuera de la relación orgánica, una relación de conciencia, de conocimiento. Un nuevo orden de cerebraciones se ha agregado á nuestros estados psíquicos, modificando nuestro relacionamiento físico-psíquico y psico-físico. La innumerable serie de acciones y reacciones que genera este renovamiento constante es incalculable, así como la diversidad de estados psíquicos que

engendra cada nuevo orden de relacionamientos. Hasta que nos suponíamos libres, libérrimos, para decidir de nuestros actos, nos hallábamos relacionados con nosotros mismos, y con los demás miembros de la especie, de muy distinta manera que ahora que podemos formar una conciencia más informada respecto de los factores que influyen en nuestras decisiones. Sólo se han modificado las formas de relacionamiento, mas no el relacionamiento en sí mismo.

Las diversas culturas también determinan aspectos diversos en todas las relaciones. Un guerrero, verbigracia, no encarará sus relacionamientos con el mundo exterior y el psíquico de igual manera que un místico ó que un refinado. La mujer, cuya cultura es más delicada así por su propia complejón como por su género de vida, está más predispuesta á generar emociones. Con cualquier motivo exclama y se agita, y basta, por lo común, un pequeño peligro, para que sienta el pánico, el espanto. Dejemos de lado, en todos los casos, las excepciones.

Para ver mejor aún la variedad posible de relacionamientos, así como para comprender cuán superiores son los relacionamientos á base de ideación, comparados con los que se operan en el campo idealizador, pongamos un nuevo ejemplo: Entran varias personas á una casa donde acaba de consumarse un asesinato. Se verá allí que los espíritus idealizadores, más impresionables, quedan cohibidos, en tanto que los ideadores acusan un mayor dominio sobre sí mismos, por lo menos revelan facultades inhibitorias. Los primeros se aturden y se ofuscan, y en tanto que los otros tratan de ver si pueden prestar algún auxilio á la víctima ó descubrir algún antecedente que sirva para esclarecer á la justicia, aquéllos, horrorizados, exclaman, gritan, gesticulan, ó; consternados, apartan su vista del sangriento escenario. Los primeros resultan do-

minados por su propia emoción, en tanto que los últimos dominan, porque no se conmueven tanto. Se emocionan menos porque razonan más.

Lo que acusan los distintos sujetos en este caso, deja ver que el mismo asunto, *la misma causa* ocasional, puede determinar todas las formas y variedades imaginables de relacionamiento, desde la emoción que confina con el dominio patológico, y aun el fenómeno patológico mismo, hasta la emoción que confina con el campo más normal de la racionalidad, y también la manifestación superior netamente ideadora, de plena vigilia.

De lo que antecede, se deduce:

1.º Que los relacionamientos emocionales se operan siempre *mediante una cerebración intelectual-sensorial ó sensorial-intelectiva, de media conciencia*, y más bien idealizadora que racional, libre.

2.º Que la emoción *es el resultado* de un relacionamiento psico-físico, ó psico-psíquico, que se opera desde los confines del dominio morboso y el racional de vigilia, normal, y *dentro del campo instintivo*.

3.º Que la emoción se opera de tantas maneras cuantos sean los estados psíquicos que sirven de campo á su desarrollo, y producen efectos fisiológicos *en relación á la intensidad reactiva ó estimulante de la cerebración causal, y proporcionales al estado orgánico*: en el primer caso, disocia nuestro ritmo cerebral, y lo desconcierta; en el otro, lo asocia, lo refuerza, lo tonifica.

4.º Que la emoción es siempre *un fenómeno de carácter inferior á la ideación racional*, dominadora.

5.º Que la emoción *tiende á evolucionar* mediante una selección de las idealizaciones, y de las propias ideaciones que puedan integrarla, *siempre en el sentido de hacer prevalecer las ideaciones sobre las idealizaciones*.

6.º Que los estados psíquicos latentes de emocionali-

dad no llegan á caracterizar la emoción *hasta que una cerebración, que participa de la conciencia, la determina.*

Esto rige, según nuestro modo de pensar, en todas las emociones. Veamos ahora cómo se caracteriza la emoción estética.

## II. EMOCIÓN ESTÉTICA

Era preciso que fijáramos nuestro concepto sobre la emoción, en general, antes de entrar al estudio de la emoción estética, por cuanto esto ha de facilitar, desde que, á nuestro modo de ver, todas las emociones son de idéntica naturaleza esencial, y se operan dentro de un mecanismo análogo.

La emoción estética, si bien más delicada, porque emerge fuera del apremio instintivo, se caracteriza por la vaguedad, por la imprecisión, así como por la arbitrariedad con que se ofrece con respecto á sus causas generadoras; mas no por eso deja de exhibirse dentro del campo instintivo, infranqueable para la individualidad, según trataremos de demostrarlo más adelante, al ocuparnos del instinto, porque tanto éste como la conciencia son inseparables en la individualidad. De este punto de vista también indivisible.

Si el instinto, identificado con la individualidad, puede ofrecerse en formas tan atenuadas que causen la ilusión de la libertad mental, la conciencia, por su parte igualmente inseparable, puede ofrecerse en todos los grados imaginables sin llegar al de plena conciencia ni al de plena inconsciencia, que son imposibles, dentro de la individualidad. Todas las manifestaciones de la misma, pues, participan del instinto y de la conciencia, si bien en distintos grados, según predomine una ú otra de sus modalidades, es decir, de sus formas de actuación. Lo que no

se manifiesta dominando dentro de los elementos constitutivos y esenciales de la personalidad, actúa así mismo como fondo, en una forma secundaria ó accesoria, pero actúa siempre, dado que es la personalidad la que actúa.

Sentado esto, que me parece inconcuso, tratemos de ver cómo se manifiesta la emoción estética.

Ya sea que esta forma emocional se presente en un sentido tónico ó reactivo, es decir, favoreciendo ó contrariando el ritmo de nuestra mentalidad, como la manifestación estética se desarrolla fuera de todo apremio instintivo, puede resultarnos grata, si bien reactiva. La reacción no hiere ya nuestra personalidad, porque ésta se halla en descanso, diremos, dejándose mecer en un campo más impersonal, más libre. La propia conciencia no está en vigilia, sino también atenuada, adormecida. Por eso es que nos deleitamos de igual modo con las evocaciones del placer que con las del dolor, con una escena alegre que con una triste. Nuestras cerebraciones son entonces «desinteresadas» y, por lo tanto, espontáneas. De ahí la ilusión de que ésta es la manifestación superior de nuestra mentalidad. Ciertamente que es una de las manifestaciones más desligadas del apremio vital, pero, á nuestro juicio, no es la única, ni la mejor, según trataremos de demostrarlo más adelante.

Prosiguiendo nuestro análisis, veremos que la emoción estética siempre florece en la extensión intermedia que se despliega desde los confines del dominio patológico al racional, sin penetrar por eso en ninguno de ellos. Dentro del primero, no es la «emoción», propiamente dicha, la que puede manifestarse, según lo hemos visto anteriormente, y dentro del segundo, esto es, del dominio racional, no puede surgir tampoco una forma emotiva bien caracterizada. Si tuviéramos la facultad de razonar libres de toda intervención idealizadora, evocativa, se ha-



llarían excluidas, por completo, todas las formas de la emoción, incluso la estética; pero esto es imposible porque todos cargamos nuestro bagaje ancestral, ó sea un lote mayor ó menor de modalidades psíquicas forjadas á base de idealizaciones retrospectivas,— el lote congénito que se adquiere por herencia, — el cual excluye las formas puras de racionalidad, y es así que siempre pueden observarse notas marginales de idealización en las formas ideadoras más típicas, en mayor grado por cierto que el de ideaciones en las de idealización. Por lo demás, están trabadas de tal modo estas modalidades psíquicas, que es imposible disociarlas enteramente. Lo más que puede advertirse en las formas características de uno y otro campo, es la prevalencia del raciocinio ó la prevalencia de la idealización en nuestras elucubraciones y demás estados psíquicos, mas no la exclusión completa de una ú otra de estas peculiaridades mentales que, unidas, constituyen la manera de ser de cada mentalidad individual. Para que pudiera eliminarse la idealización, sería menester una integración total de conciencia, de conocimiento, y para que pudiera suprimirse la ideación, sería menester una desintegración de la individualidad, la anulación total del instinto.

Respecto de lo que no se conoce, es la idealización la que prevalece como forma de relacionamiento, de igual modo que, respecto de lo que se conoce, es la ideación racional la que domina en dicha forma de relacionamiento. Hay un hecho constante en medio del fárrago de aspectos mentales, y es éste que, *respecto de lo que se conoce, es imposible la idealización*. Es el misterio, pues, el gran generador de las idealizaciones, del encanto; es él quien nos seduce, nos ilusiona ó nos aterroriza, el que se nos presenta con hechizos y atractivos ó bajo una fase torva y amenazante. Apenas se disipa un misterio, queda excluido ese dominio para la idealización y entra

la ideación á devanar ese conocimiento, no sin que perduren las formas idealizadoras respecto de todo aquello que queda fuera de lo conocido, y aun en sus propios márgenes. Es en ese campo donde puede nacer y nace la emoción. Es el misterio lo que nos atrae; es ahí donde vamos en busca de la ilusión que nos fascina; es allí donde nos embriagamos, al extremo de proclamar que el sueño y el ensueño son superiores á la propia realidad que contiene al misterio y aun á nuestros propios sueños y ensueños. Los mismos filósofos, encandilados por estos espejismos, han llegado á entender que esa embriaguez que se experimenta fuera del apremio instintivo, al divagar sobre lo ignoto que nos circunda, es el cenit de la vida, ¡la razón de la vida misma!...

Nietzsche, al hacer la apología del ensueño, y aun el de los sueños «desagradables», y al parangonar lo apolíneo y lo dionisiaco, vislumbra la naturaleza de la emoción estética, cuando, refiriéndose á los propios contrastes que sufre el hombre al equivocarse en las formas de conocimiento, dice: «Si añadimos á este espanto el agradable éxtasis que brota de lo más íntimo del hombre, y hasta de la naturaleza, al romperse el mismo «*principium individuationis*», arrojamos una mirada en la esencia de lo dionisiaco, que se nos aproxima aun más por la analogía de la *embriaguez*; ó por medio del influjo de la bebida narcótica, de la que hablan en himnos todos los pueblos primitivos, ó á la aproximación potente de la primavera que atraviesa, llena de alegría, toda la naturaleza, se despiertan aquellos movimientos dionisiacos, en cuyo aumento desaparece lo subjetivo hasta el completo olvido de sí mismo (1).»

Aquí, este filósofo vislumbra la esencia de los elementos

(1) Federico Nietzsche: *El origen de la tragedia*, pág. 28, v. c.

constitutivos del fenómeno estético emocional; pero entiende así mismo que es de índole superior. Influenciado por las ideas de Schopenhauer, trata de buscar « la justificación del Universo », como si fuera una adversidad, y cree hallarla en el arte que le permite encararlo estéticamente. De ahí que haga la apología del ensueño, y piense que el completo olvido de sí mismo es una modalidad tan superior; de ahí que entienda que en ese éxtasis desaparezca lo subjetivo, cuando dicho éxtasis es precisamente una manifestación subjetiva, eminentemente subjetiva; de ahí que crea que sólo por el arte la vida es digna de ser vivida (entiéndase bien que el arte, para él, es sinónimo de esteticismo emotivo); de ahí que en sus pujos « optimistas » formule su himno á la idealización embriagadora.

Debió ser torturante el misterio pleno para los espíritus imbuídos de lirismo é inclinados, á la vez, á investigar. No debieron hallar otro oasis, otro solaz que el de la emoción: paraíso efímero que aplaca, siquiera sea por un instante, « la fiebre de saber », el anhelo de ampliar la conciencia, de vivir, encontrando, en vigilia, las razones que hacen estimable la vida, que hacen insustituible á la realidad. Es, pues, en la vida emocional donde se repararon de su mortificante condición de hombres superiores, y así mismo incapaces de hallar una razón que presentara á la vida digna de ser vivida. La emoción estética era el refugio para esos espíritus cognoscitivos, devorados por el afán de penetrar el misterio, porque ella se manifiesta fuera del apremio instintivo. He ahí, muy probablemente, la causa de esta opción por el ensueño.

No hay ni puede haber emoción fuera del circuito subconsciente de la cerebración que idealiza. Para que pueda florecer la emoción estética se requiere un grado

de libertad mental capaz de permitir cerebraciones magnificantes, en un sentido espontáneo, en el de nuestras predilecciones, y fuera de todo cálculo ó de toda razón que haga imperar un estado de conciencia en vigilia. Es por esto que la emoción estética es sedante, generalmente, y tan adecuada al solaz, aunque se presente en forma de acre reactivo, como ocurre en la tragedia y el drama, verbigracia, en que se simulan las contrariedades y sufrimientos reales, los que, evocados, no se nos ofrecen ya rudos y disgustantes, sino desvanecidos por el alejamiento, y por eso mismo agradables, aun cuando nos rememoren hechos contrarios al ritmo mental de nuestra propia personalidad, el que siempre va á la zaga del instinto. Se comprende así que haya tanta dificultad para definir el fenómeno estético, en todos sus aspectos.

La mayor ó menor facultad de asociar, de evocar, así como el mayor ó menor caudal de conocimientos, de antecedentes, de emociones recibidas, concurren á la generación de la modalidad estética en la vasta órbita en que florece, determinando su mayor ó menor intensidad, y su calidad más ó menos emocional ó intelectual, racional.

Cada uno de nosotros ha recogido una suma de imágenes, de ideas, de impresiones, de emociones y observaciones de diversa índole. Al evocarlas no se nos presentan ya en la forma cruda, rígida, áspera en que se produjeron en la realidad, cuando hirieron nuestro instinto, sino atenuadas, veladas por la lejanía. El estado psíquico que determina la evocación es agradable por cuanto semeja la contemplación de un *otro yo*. Hay algo de impersonalidad en esta forma mental, y es así que hasta se recuerdan con placer los propios dolores y penalidades pasadas. La evocación de realidades que se ofrecen ya irisadas por un despertamiento más leve que el

del recuerdo, por reminiscencias fragmentadas aún, podría decirse, nos permite deleitarnos sobre nuestro propio dolor. El sufrimiento que experimentamos tiempo ha, puede emocionarnos estéticamente, al rememorarlo despojado de su rudeza, por la distancia. ¡Cuántas veces recordamos con fruición una angustia, una congoja, un peligro, que nos han conturbado intensamente!

Lo agradable es la excitación que produce el desfile de todas estas imágenes vagamente evocadas y que reviven en nosotros, en un estado de semiconciencia, envueltas en la niebla del olvido, de un olvido incompleto, naturalmente.

La evocación es un elemento fundamental en la emoción estética. Si una amnesia nos privara de todas las imágenes y demás antecedentes acumulados, que constituyen el fondo de nuestra individualidad y que reviven por la memoria, quedaría completamente excluído este fenómeno, en su fase emocional por lo menos.

Cuando los poetas ó actores recitan, tienden instintivamente á ahuecar la voz, expresando sus conceptos como si hablaran desde lo ultraterreno ó desde épocas pretéritas, para conmover más. En las escenas dramáticas y en las mismas obras musicales ó literarias, por la misma razón, se trata de preparar las emociones finales por la evocación en forma de *reminiscencia*, porque ese leve paso atrás, dentro de la vaguedad, es de mayor resultado que la repetición total. Esas formas veladas, marginales, nebulosas, de la evocación incompleta, son más eficaces en el fenómeno emotivo.

Al evocar recuerdos, sin ningún concurso exterior, podemos también experimentar una emoción de índole estética. Se dirá que objetivamos nuestras propias imágenes y esto es evidente; pero no lo es menos que para experimentar la emoción, tenemos que *integrar* esas imágenes

psíquicas objetivadas, lo mismo que integramos los objetos del mundo exterior con nuestras propias cerebraziones, las que, en este caso, deben ser de baja conciencia. El placer que experimentamos con el dolor y con las mayores y más lacerantes angustias, sería inexplicable si la evocación no nos presentara todo esto atenuado por una idealización, vale decir, distinto de la realidad que se rememora.

El propio Spencer, á pesar de que considera objetiva la belleza, dice: « El concepto que tenemos de la belleza, resulta de una acumulación de placeres experimentados; » lo cual presupone una forma de integración subjetiva y especializada, como presupone un caudal de *antecedentes psíquicos*, y si al evocar tratamos de fijar el recuerdo, en vez de deleitarnos dentro de la vaguedad de las líneas tenues é indefinidas, como son las de la reminiscencia; si lo precisáramos enteramente, — cosa imposible, por lo demás, — la emoción se desvanecería. Pasaríamos así de campo de la idealización al del raciocinio en vigilia.

En la obra de arte plástica puede verse esto mismo más fácilmente. Si el pintor ó el escultor observa, discurre, examina y analiza su asunto « prosaicamente », y lo fija así, en vez de idealizarlo, de poetizarlo, su obra no resulta ya emocional, por cuanto queda exenta de idealización. Si quiere emocionar es menester que exteriorice su propia emoción, y ésta no puede experimentarse fuera de la magnificación evocadora. Por eso es que se dice que la obra de arte es una interpretación personal.

Se ve así que la emoción, como toda otra forma estética, requiere esencialmente nuestro propio aporte psíquico, y que la parte objetiva que puede motivarla no contiene en sí todos los elementos que la integran. Las impresiones que engendra el mundo exterior son simples imágenes que no tendrían ningún efecto estético si no

las asociáramos á nuestros estados psíquicos anteriores, los cuales, según sean, determinan, á su vez, un nuevo estado mental reflejo.

Según fuere la índole predominante de las evocaciones que despierta la impresión, se genera la modalidad estética emocional, como podría generarse otra cualquiera: la tristeza, la cólera, la inquietud, la alegría, etc. Es la calidad de la reacción ó del estímulo lo que determina la naturaleza de la emoción, de igual modo que una sustancia que ingerimos determina efectos correspondientes á las reacciones químicas que se promueven en la economía orgánica.

Una disposición tal ó cual de colores ó de sonidos; un relato ó una escena teatral, podrán ó no despertar más ó menos intensamente evocaciones de índole diversa, que son las que determinan la emoción; pero lo que más debe notarse es que estas reacciones cerebrales, si llegan á emocionarnos estéticamente, es porque son espontáneas é idealizadoras, que, de no ser así, no caracterizarán esa misma emoción. Si no fueran espontáneas, podrían generar cualquier otra forma emocional: la alarma, el miedo, la ira, etc.; y si no fueran idealizadoras, nos determinarían á idear, á razonar fuera de toda emoción.

La propia integración evocativa fundamental en la emoción estética, se produce con desconocimiento de la realidad externa. Nosotros, con un motivo exterior cualquiera, á veces risible, presenciamos, según se ha dicho ya, un desfile de imágenes, de estados de conciencia que se nos ofrecen como reminiscencias, atenuadas, vagas, brumosas, indefinibles, y si durante el estado emocional quisiéramos fijarlas con precisión, de inmediato cesaría ese estado psíquico. La evocación puede decirse que es algo así como el desdoblamiento de nuestra propia personalidad. Nos contemplamos mentalmente á nosotros mismos idealizando

lo nuestro, poetizándolo. Hay algo de lo propio que acontece cuando miramos nuestra prosaica efigie en las aguas de un lago, entre flores. Se reproduce algo de la fábula de Narciso en esta modalidad mental.

La emoción estética es así una divagación en el sentido más espontáneo de la individualidad, y ya sea estimulando ó reaccionando sobre el ritmo mental, ella puede operarse por cualquier causa, siempre que se halle excluído el apremio instintivo, y siempre que declina la ideación de vigilia. La emoción estética es una « semi-embriaguez », que tiene analogías con algunos de los estados que produce el hachich, el alcohol, el opio; tiene algo del éxtasis, de la euforia. Es un estado de vaguedad y de beatitud, un leve vértigo, un rapto que excluye el examen razonado. Apenas domina la conciencia, cesa ese desconocimiento de la realidad que ha podido determinar nuestras cerebraciones de abandono, inebriantes, soñadoras.

No es en el campo de la ideación, pues, sino en el de la idealización que puede operarse este fenómeno, produciendo estados de conciencia que no sólo escapan á la introspección porque sus líneas son borrosas, sino también porque la introspección supone un esfuerzo de vigilia mental, razonado, que es incompatible con la emoción.

El hecho de que ese estado psíquico especial, inefable, sea producido por un agente como el alcohol ú otro, ó por el sonido ó el color; por un vértigo leve ó por cualquier otra causa, no excluye que sea esencial de la emoción estética una cerebración evocativa é idealizadora en un sentido espontáneo, vale decir, en el de nuestras predilecciones, desde que ella no puede ser suprimida de la emoción sin suprimir la emoción misma. Que la causa ocasional sea el ensueño por la contem-



plación, por el sonido, el color, la lectura, el recuerdo ú otro excitante, nada importa á la esencialidad del fenómeno, que es, en definitiva, *nuestra propia cerebración*. La embriaguez puede ofrecerse sin esas formas cerebrales, pero la emoción no puede producirse sin ellas.

Es en nuestra propia psiquis, pues, donde se engendra, debido á nuestras mismas cerebraciones, esa leve embriaguez que denominamos emoción estética, y es por esto que ese estado puede tener por causa ocasional un estimulante cualquiera, sea externo ó no. Lo que interesa constatar es que ese estado de beatitud que surge á veces al contacto de la realidad, no es una consecuencia directa de la realidad misma, sino que tiene por causa esencial y determinante, las evocaciones de nuestra propia cerebralidad. Nada importa *la causa* de la excitación: *basta que haya una excitación*, liberadora, digamos, que nos permita divagar fuera del circuito de responsabilidad que modelan las circunstancias ordinarias de la lucha por la vida; nada importa que ese estado lo determine el sonido, el color, el alcohol, ó el hachich, ó el kafú, ó el dawamesc ú otra de las variedades y preparaciones del «cannabis índica», ó un cuadro, una estatua, una poesía, una sonata, etc. Es un estado de expansión, de esparcimiento dentro de nuestros propios dominios mentales. La emoción estética semeja la fruición que uno experimenta cuando halla lo que desea, lo que busca.

El esteticismo emocional gira, pues, entre la leve imagen plácida que hemos acumulado y la serie de imágenes y emociones que se asocian, las que, si no fueron agradables por sí mismas, se nos presentan gratas por el alejamiento. Usufructuamos, pues, nuestros propios caudales; nos replegamos sobre nosotros mismos.

La evocación es la idealización del pasado. Nosotros

vamos integrando nuestra personalidad psíquica con el acopio de imágenes y estados de conciencia, aun de baja conciencia, y es así como nuestra personalidad se modela sobre el fondo de su propia estructura, en la que, como se comprenderá, han intervenido factores innumerables de todo género. Todas estas imágenes y estados de conciencia van formando un sedimento que se nos presenta transformado, idealizado aún por la emoción. De otro modo, no podría explicarse que sea agradable la emoción estética al evocar dolores, ansiedades, angustias y agonías, que son los motivos más frecuentes en los asuntos teatrales, en la novela, en la poesía, en la música, y no lo son poco en las propias artes plásticas. Puede decirse que la música se especializa en la representación de estos temas. Beethoven, Wagner, Brams, Franck y todos los grandes músicos, parece que no hubieran podido sustraerse á la fascinación de la tristeza, el dolor, que magnifican en sus obras sugestivas, y á nosotros nos place seguirlos en sus evocaciones y melancolías.

La multiplicidad de elementos que concurren en cada caso para determinar el fenómeno estético, es lo que produce tanta variedad como se advierte en este orden de asuntos. Esa misma complejidad es la que explica también los grados diversos que ofrece la emoción, en cuanto á su intensidad, puesto que ésta depende de distintos elementos y factores circunstanciales. Será tanto más grata una imagen cuanto más se ajuste á nuestra personalidad y de una manera más espontánea: de ahí la diversidad de las formas estéticas.

Algunos psicólogos han hecho experimentos con el hachich, los que corroboran nuestro concepto de la emoción estética. Al leer el relato de sus efectos, hallamos tales analogías con los estados emocionales estéticos, que

parecería oír la descripción de uno de éstos mismos <sup>(1)</sup>. Se experimenta un embeleso inefable; las facultades imaginativas, bajo la acción de la memoria, de una memoria cuya plasticidad se ajusta á las predilecciones personales, permite que se divague prescindiendo de la realidad. En ese estado, el sujeto puede dirigir sus pensamientos en el sentido más espontáneo. Se pierde la noción del tiempo y del espacio, y los sentidos se exaltan, se hiperestesian. Basta un motivo mínimo para determinar emociones que llegan hasta el delirio, así como para arrobar, ó para sumir en deliciosos estados de dulce melancolía.

Por otra parte, puede constatarse la diversidad de estados psíquicos en distintos individuos, en atención á la dosis ingerida y á la calidad de la preparación, y, á la vez, puede comprobarse también que hay diversidad de estados en los mismos individuos sometidos al mismo preparado. Dice Meunier: « La diversité même de ces troubles est un argu-

(1) Le premier effet produit par l'ingestion du hachich est, selon Moreau de Tours, un sentiment de bonheur tout psychique auprès duquel les voluptés les plus spiritualisées semblent matérielles, « C'est un sentiment de bien-être physique et moral, de contentement intérieur, de joie intime, bien-être, contentement, joie indéfinissable que vous cherchez vainement à comprendre, à analyser, dont vous ne pouvez saisir la cause. Vous vous sentez heureux, vous le dites, vous le proclamez avec exaltation, vous cherchez à l'exprimer par tous les moyens qui sont en votre pouvoir, vous le répétez à satiété; mais pour dire comment, en quoi vous êtes heureux, les mots vous manquent pour l'exprimer, pour vous en rendre compte à vous mêmes. » C'est ce sentiment d'euphorie qu'on retrouve assez souvent en pathologie mentale.

Le second phénomène est l'excitation, l'hypoprosexie, la dissociation des idées qui est, pour Moreau de Tours, le phénomène fondamental de tout délire, ce qu'il a appelé le *fait primordial*. « Un des premiers effets appréciables de l'action du hachich, c'est l'affaiblissement gradué de plus en plus sensible du pouvoir que nous avons de diriger nos pensées, à notre guise, là ou nous voulons et comme nous voulons. » « La volonté fléchissant sous l'action du hachich, la mémoire et l'imagination prédominante, les choses présentes nous deviennent étrangères, nous sommes tout entiers aux choses du passé et de l'avenir... nous nous endormons en rêvant. » « C'est pourquoi les luxurieux orientaux cherchent à lancer les rêves du hachich par des voies voluptueuses en se plaçant dans le milieu choisi. C'est au fond de leur harem, entourés de leurs femmes,

ment de plus en faveur de l'opinion que nous soutenons : le hachich procure à l'individu qui l'ingère une étonnante plasticité mentale, il lui donne pour un moment la suggestibilité et surtout l'auto-suggestibilité d'un hystérique (1).»

No creo necesario insistir más, para los fines de mi exposición, sobre estas analogías tan patentes. Lo dicho basta para evidenciar que el fenómeno estético se produce debido a una liberación mental, la que permite cebrar en el sentido de las tendencias más espontáneas de la individualidad.

Si bien hay que desconfiar de los resultados de la observación, mientras duran los efectos tóxicos, por cuanto es siempre sospechosa la lucidez mental que se requiere para realizar tan difíciles análisis introspectivos, pueden admitirse, no obstante, como ciertas, estas dos conclusiones igualmente importantes:

sous le charme de la musique et des danses lascives exécutées par des almées, qu'ils savourent l'enivrant dawamesç et, la superstition aidant, en voilà assez pour qu'ils soient transportés au sein des merveilles sans nombre que le Prophète a rassemblées dans son paradis.»

Vient ensuite, en troisième lieu, l'altération des notions de temps et d'espace, résultat de la dissociation des idées. Le temps semble d'abord étonnamment long; puis les minutes deviennent des heures et les heures des journées; enfin « d'exagération en exagération, toute idée précise de durée nous échappe, le passé et le présent se confondent. »

L'hyperacousie apparaît alors. La musique agit de la façon la plus intense sur l'individu hachiché. Cela tient d'une part à l'action physiologique du poison sur la sensibilité auditive, d'autre part aux multiples associations d'idées dont les résultats sont intensifiés par l'intoxication. « C'est ici vraiment que les expressions manquent pour peindre les émotions de toute sorte que peut faire naître l'harmonie. La musique la plus grossière, les simples vibrations des cordes d'une harpe ou d'une guitare vous exaltent jusqu'au délire ou vous plongent dans une douce mélancolie. Suivant même la disposition d'esprit où l'on se trouve, l'ébranlement moral se communique à l'organisme, les fibres musculaires et les fibres de l'âme vibrent à l'unisson et il survient des véritables mouvements choréiques ou hystérieformes.

Raymond Meunier: *Le Hachich. Essai sur la psychologie des paradis éphémères*, pág. 61 y sig. (Los párrafos entre comillas son citas de la obra de Moreau de Tours.)

(1) R. Meunier: *Le Hachich*, pág. 85.

1.<sup>a</sup> Que son arbitrarios, y aún, que pueden ser distintos los efectos que produce el mismo excitante sobre cada sujeto;

2.<sup>a</sup> Que en los diversos estados que determina la intoxicación por el hachich, se advierten fenómenos análogos á los que ofrece la emoción estética, si bien menos acentuados en ésta, la cual se opera en un estado psíquico de baja conciencia también, mas no tan anulada.

Esta analogía, la primera, principalmente, que es típica y que no puede ser desconocida en la emoción estética, es decir, la de que son distintos los efectos que se experimentan en cada cual por iguales excitaciones, y aun los que se experimentan, á veces, por cada cual en cada momento; esta analogía, digo, induce á pensar que el excitante tónico, en vez de ser causa integral de la emoción, es tan sólo un revelador de las espontaneidades mentales, vale decir, que los efectos que experimentamos *no son directos*, sino indirectos. El excitante libera de las trabas conscientes, y acuerda así una mayor amplitud de acción. Al reducir la conciencia que oprime, puesto que nos presenta imágenes de responsabilidad en la lucha, á veces exagerada por la presión de esa misma responsabilidad, nos exime de dicha tensión moral, y esa es, probablemente, la causa de la beatitud eufórica que se observa en tales estados producidos por causas tan diversas, y así mismo de tan singulares analogías.

Pasados los efectos tóxicos, se vuelve á la normalidad, no sin sentir una depresión, como resultado de *la reacción* consiguiente, al restablecerse el imperio de la conciencia.

Acaso la depresión que subsigue se determina por causas contrarias. Á medida que la conciencia nos vuelve al estado de vigilia, se nos presenta de nuevo la realidad con la noción de responsabilidades que aparecen reagravadas, y es así que aquel estado eufórico nos prepara

á experimentar un descenso, un desencanto, el que por contraste consideramos una decepción. Si entretanto que nos hallamos apesadumbrados por una perspectiva sombría, se nos ofrece un escape, un recurso de salvación, cesa de inmediato nuestra opresión mental y se trueca en un estado de beatitud optimista; mas si ese recurso salvador se desvanece, la reacción que se produce nos hace ver exageradas aun las propias tintas sombrías de nuestro estado psíquico anterior. Es claro que en estos procesos pueden concurrir de distintas maneras los fenómenos orgánicos y fisiológicos, y las demás circunstancias ambientales.

Esa diversidad de resultados psíquicos ante la misma excitación, nos deja ver que no pueden juiciosamente atribuirse á causas objetivas. El más leve excitante puede conducir á estados psíquicos que no guardan relación con él. Bastan unas notas musicales, una tela pintada, una escena teatral, un verso, á veces, para hacernos perder la noción de la realidad, para hacernos evocar desmedidamente; y fuera de esa arbitrariedad, puede verse siempre que son también distintos y arbitrarios los estados de conciencia que genera la modalidad estética, así como el hachich, en cada cual y en cada circunstancia, de igual modo que son diversos los efectos fisiológicos consiguientes en cada individuo.

Si bien es difícil apreciar los fenómenos fisiológicos en la emoción estética, fuera de la sensación eufórica, por cuanto ésta no alcanza á asumir estados tan definidos ni tan intensos como son los que se producen por el hachich, puede verse, no obstante, que hay una similitud innegable: 1.º, sensación de beatitud, cuyas causas no pueden precisarse; 2.º, dificultad para definir las sensaciones que se experimentan; 3.º, debilitamiento de la facultad de dirigir nuestras cerebraciones; 4.º, asociación

intensificada de ideas; 5.º, disociación de ideas con el hecho primordial, causal; 6.º, hiperestesia, ilusiones, alucinaciones, etc. Éstas son, en general, las sensaciones que pudo concretar Moreau de Tours al estudiar en sí mismo las consecuencias psíquicas del hachich, según el extracto que en su interesante libro sobre el hachich publica Raimundo Meunier, al que ya nos hemos referido.

La misma alteración de las nociones de tiempo y de espacio que se observa en los fenómenos psíquicos de intoxicación por el hachich, puede observarse en la emoción estética, en un grado menor naturalmente, y de un modo más definido aún en la noción del espacio. Bastan unos tonos para sugerir la visión de extensiones. También es cierto que bastan unas notas para que podamos deleitarnos, como bastan pequeñas dosis de «cannabis índica» para construir castillos en el aire; pero nos preguntamos: ¿de qué valdría el excitante, si no hubiera caudales propios de idealización que explotar?

Es precisamente por eso, que nos sentimos atraídos por la ilusión, por el ensueño. Esa es la realización de nuestros anhelos que alcanzamos momentáneamente, con estos recursos efímeros.

No me resuelvo á estudiar más á fondo estas analogías, porque para ello sería menester contar con un tiempo de que no dispongo y con una preparación que me sería muy difícil obtener. Por lo demás, tal cosa no la exige la propia índole de este ensayo. Me limito, pues, á indicar las ideas más generales sobre esta nueva dirección en las investigaciones que se practican en este campo de estudio tan apasionante, para conocer la naturaleza esencial de la emoción, por si pudieran ser de alguna utilidad. Toca á los investigadores experimentados realizar esa obra, si acaso creyeran que ofrece algún interés esta nueva senda.

---

## V

### BELLEZA EMOCIONAL Y BELLEZA RACIONAL

Si se hiciera una encuesta plebiscitaria respecto de lo que se entiende por belleza, se vería que este concepto que pretenden concretar todos los labios y que parece tener alguna fijeza objetiva, ofrece los aspectos más impensados y extravagantes.

Entre los mismos filósofos reina el mayor desacuerdo respecto de la belleza, y, como se ha visto, queda confundido este concepto con el del ideal, el del arte y el de la emoción estética. Se dice, por ejemplo, que son bellos una estatua de Fidias, un drama de Shakespeare, un cuadro de Velázquez, la sonata de Franck, el Partenón, la catedral de Burgos, etc., etc. Sobre esto mismo hay un acuerdo más aparente que real. Ni todos los que reconocen la belleza de esas obras—que son un ínfimo número con relación á la especie—encaran de igual modo éstas y otras cosas consagradas como arquetipos de belleza, ni esos mismos pocos, acordes sobre lo fundamental, experimentan la misma emoción con respecto á esas mismas obras; por lo demás, si la experimentan en una forma análoga, ni ocurre por iguales motivos, ni con igual intensidad; y si en un momento dado pudieran experimentar la misma emoción con el mismo



grado de intensidad, no aciertan á hacerlo así en todo momento.

Si se interrogara, por otra parte, personalmente á cada uno de los ejemplares de la multimillonaria especie humana respecto de cuál es la suma belleza, la divergencia llegaría á todos los extremos posibles. Girarían las opiniones, quizá, entre el dije de hueso que pende de un ala de la nariz de una hotentote, hasta un plenilunio, un ocaso rojo ó una esplendente aurora boreal.

Esta disparidad inmensa de opiniones, que todavía se modifica constantemente con relación al lugar y al tiempo, subraya más aún la clamorosa evidencia de que la belleza, así como las demás formas estéticas, no tienen un carácter exclusivamente objetivo, según se cree, sino que surgen de nuestro relacionamiento con el mundo exterior y con el mundo psíquico, y las determina nuestra integración subjetiva.

La belleza es el grado máximo del fenómeno estético, tanto en el orden emocional como en el racional. Es preciso, pues, considerarla como una forma de relacionamiento psico-físico ó psico-psíquico, que, como tal, requiere indispensablemente nuestro concurso subjetivo, ya sea por medio de idealizaciones ó de ideaciones, ó por uno y otro medio á la vez.

El concepto de la belleza lo podemos obtener, pues, por cualquiera de estos medios. Para integrarlo se requieren así dos elementos relacionados de cierta manera: uno objetivo y otro subjetivo, y según sea este último de índole idealizadora ó ideadora, ó ya que prevalezca una ú otra de estas formas intelectivas, surgirá la belleza emocional ó la racional.

El elemento objetivo, á su vez, puede ser físico ó psíquico, como ocurre en el campo de la belleza ideológica, en las formas científicas, en el recuerdo, etc., en que ob-

jetivamos el primer extremo de relacionamiento: la abstracción, el concepto, la imagen.

La opinión unánime de los pensadores excluye las formas racionales del campo estético. Según su consenso, se acuerda una privativa cerrada en favor de las formas emocionales. Esto evidencia, más que otra cosa cualquiera, la habélica confusión que reina en todo lo que atañe á la belleza, y explica las interminables controversias que se disputan el campo con cualquier motivo de orden estético.

Con una gratuidad indescriptible siempre se ha entendido que son bellos el poema, el cuadro, la estatua, ciertas cosas y aspectos de la naturaleza; pero que no son de igual modo estéticos el invento, el descubrimiento, la obra científica y el propio gesto audaz de los que llegan al sacrificio de sí mismos para operar una conquista provechosa.

No pensamos nosotros que ese gesto sea una inspiración de puro altruismo, como tan á menudo se supone, ni que se haya determinado por el propósito de merecer la gratitud siempre platónica de la especie, sino más bien que lo inspira el afán de combatividad que manifiestan las individualidades bien definidas; pero, como quiera que sea, no vemos razón alguna positiva para privilegiar las formas emotivas como representaciones integrales de la belleza. Esto se debe á un error, precisamente al error inicial que objetiva la belleza como un atributo intrínseco ó extrínseco del mundo externo, puramente externo.

Esa privativa en favor de las formas emocionales, menos eficaces, ni tiene asidero en la realidad. No sólo hay esteticismo y belleza en el orden racional dominador, sino que, á la vez que se opera una conquista, de inmediato se incorpora á las formas emocionales, mejor dicho, el hombre las asimila para mejorar sus

propias manifestaciones emotivas. Así es que en las propias formas típicas de este orden, la evolución deja ver las incorporaciones sucesivas de toda conquista científica, y es así también que resulta imposible encontrar fenómenos estéticos exentos de toda ideación racional, como lo es la inversa, según se ha dicho ya. Lo que se exhibe, pues, como más típico en uno y otro campo, es sólo la prevalencia de la ideación sobre la idealización, ó la de la idealización sobre la ideación. Los investigadores más entusiastas revelan también sus idealizaciones en las páginas literarias con que matizan sus relatos intensos de vigilia, y que brotan allí con una espontaneidad incomparable, de igual modo que los emocionales denotan ideaciones en medio de sus lucubraciones fundamentalmente idealizadoras.

Lo que más caracteriza al fenómeno estético y á la belleza, que es su grado máximo, es precisamente su misma intangibilidad. En sus dominios no hay separaciones radicales en ningún sentido: sólo hay gradaciones, matices ó peculiaridades, que, á su vez, no pueden concretarse, porque están de tal modo asociadas, son tan complejas y están integradas de un modo tan íntimamente subjetivo, que es imposible disociarlas para analizar y definir sus componentes. Esto denota á las claras su relativismo, determinado por nuestra integración subjetiva. Nosotros, al describir algo que nos parece bello en sí, describimos nuestro propio estado psíquico, creyendo referirnos al objeto que lo ha ocasionado, como si los atributos que nosotros le adjudicamos en nuestro propio relacionamiento, fueran cualidades inherentes al objeto mismo. Hablamos de las armonías y contrastes de las líneas ó de los tonos de un cuadro, de una mujer, de un paisaje, de una sala, de una escultura, como si esas líneas y esos tonos fueran ó pudieran ser armónicos ó inarmónicos fuera de toda relación con nosotros, es decir, en sí mismos.

Sin embargo, cuando miramos un objeto cualquiera ó un ser animado, no observamos sus propiedades intrínsecas, como no observamos sus líneas y sus tonalidades propias, sino los efectos que éstas producen en nosotros. Todo lo que nos impresiona lo consideramos del punto de vista de sus relaciones para con nosotros, y es tan vigorosa la personalidad, que nos parece hallarse excluída de tales relacionamientos inevitables. Nosotros tomamos sólo en cuenta la forma en que se operan nuestros relacionamientos para determinar si hay belleza ó no. Si de la relación resulta un orden evocador de ideas, decimos que hay belleza; de otro modo no. ¿Por qué excluimos del campo de la belleza, que reputamos superior, las manifestaciones superiores del esfuerzo artístico, es decir, las puramente racionales?

Nadie niega la posible belleza de un cuadro, verbigracia. ¿Y qué es un cuadro, en resumen? Es una tela plana, donde las disposiciones del color nos sugieren la idea de una realidad idealizada: un personaje, un viejo, una mujer, un niño, un grupo de personas, un paisaje, una marina, etc. Es una obra encaminada á ilusionarnos, á sugestionarnos, á hacernos soñar, evocar. Y lo mismo puede decirse de una estatua ó de un trozo musical.

Si se compara la dirección de uno y otro esfuerzo, el del pintor, del escultor y el músico con el del investigador científico, se verá que los primeros tienden á hacernos desconocer la realidad, en tanto que el investigador, al contrario, tiende á hacérsela conocer; los primeros se proponen acumular el mayor número de elementos propicios para embelesarnos con una ficción, en tanto que el investigador trata de informarnos á fin de hacernos aprovechar lo más posible de la realidad. En este sentido es que semejan esfuerzos antagónicos, según se ha dicho.

Los artistas emocionales rinden culto al ensueño, á lo fantástico, tendiendo á utilizar las modalidades que toman la línea tradicional, mientras que el artista científico trata de rectificar nuestros juicios de modo que se ciñan, cuanto es posible, al conocimiento de la realidad, y es precisamente esta doble faz la que engaña: la primera nos seduce, la otra nos irrita. Es lo propio que ocurre cuando se nos adula y cuando se nos corrige. Nosotros nos sentimos predispuestos íntimamente á agradecer más el elogio que la censura, si bien ésta, á menudo, es más digna de nuestra gratitud que aquél.

Es que el halago va en el sentido de nuestras corrientes cerebrales y nos parece que afirma nuestra personalidad, en tanto que la advertencia contraría aquellas corrientes, las pretende desviar, y tal cosa presupone un esfuerzo, una rectificación, una reacción dentro del funcionamiento ordinario, más espontáneo por lo mismo. La forma crítica nos disocia con nosotros mismos, mientras que el gesto que nos reverencia, aunque sea en nuestras peculiaridades menos recomendables, nos complace y nos conforta, bien que fuere por medio de un engaño. Es así que optamos por el estimulante amable antes que por el reactivo, por más que éste nos convenga. De ahí el prestigio que tienen las formas tradicionales, dentro de la quimera misma, sobre las formas racionales en su propio empeño de penetrar la realidad por el conocimiento.

Tiene que ser muy arbitrario nuestro concepto de lo bello, para que acordemos una preeminencia á las culturas emocionales de pura ilusión, antes que á las culturas científicas que tienden á conciliarnos con la realidad, de la que nos desviaron los errores ancestrales.

Nosotros decimos que una cosa es tanto más ó menos bella cuanto más ó menos se halle de acuerdo con nues-

tro modo de pensar y de sentir. Esto acusa el aprecio que le tenemos á todo homenaje que se tributa á nuestra personalidad, y no el mayor valimiento del homenaje en sí, porque no hay duda de que es siempre mayor y más digna de aprecio la crítica si nos demuestra que nuestro modo de pensar es inconveniente, falso, ó simplemente inadecuado para vivir bien, y evolucionar. Esto vale más, aun cuando nos mortifique por un momento.

Si analizamos, veremos que en último término se plantea la eterna cuestión: una manifestación que nos halaga y otra que nos corrige. Por un lado, aquello que tiende á mantenernos en el cauce de la corriente tradicional; por el otro, aquello que tiende á hacernos dominar esa corriente, para mejorar. Si bien no hay duda que es agradable y cómodo dejarse ir como cuerpo muerto, tampoco la hay respecto de que nunca podremos arrepentirnos de habernos tomado la molestia de esforzarnos por mejorar nuestra condición.

La belleza se nos presenta así con dos caras, como el dios Jano: una que mira hacia atrás, otra que mira adelante. Para los soñadores, pasivos, la primera ofrece irresistibles encantos, por cuanto les permite embriagarse con la evocación que idealiza gratuita y arbitrariamente el pasado; para los combativos la segunda, que hace esperar más de lo que se tiene, mediante un esfuerzo de avance. Por lo demás, es tan superior este concurso, que los más recalcitrantes también se aplican á aprovechar de toda conquista, como los demás, así que se concreta, no sin antes haberse considerado agredidos, cuando no perjudicados por ella.

¡Lo que costó ver que la sombra es el complementario de la luz! Se vió, sin embargo, por los que observan, por los investigadores. Los demás clamaron contra ese descubrimiento que conmovía todas las visiones fantásti-

cas incubadas en los siglos, y después de muchas reservas y refunfuños, cuando no hubo ya manera de desconocer la racionalidad de esta conquista, la utilizan lo mejor que pueden, y siguen soñando con ella. Es cierto que si Chevreul no hubiera aportado este concurso que rectifica y transforma el lúgubre ritmo cromático de las visiones de los viejos soñadores, si no hubiera concretado esa verdad, ellos se habrían podido pasar sin ella; pero no por eso hemos de negar que ese revulsivo que sacudió las módorras rutinarias de un academismo opaco, aburrido, agotado, sin horizontes, fué beneficioso hasta para los mismos que protestaban y esgrimían sus paraguas amenazantes cada vez que aparecía una tela « revolucionaria »

Por esa doble faz de la belleza, es que resulta tan difícil concretarla, y el desacuerdo se hace inevitable porque, en resumidas cuentas, cada uno de nosotros es el árbitro de la belleza... de « nuestro » juicio acerca de la belleza, por lo menos.

Para que podamos formar el concepto de lo bello, es menester que las ideaciones ó las idealizaciones que emergen de cada relacionamiento se hallen de acuerdo con nuestras tendencias y predilecciones. Bastará que haya un elemento discordante, para que no podamos concretar la imagen de lo bello. Es por esto que no encontramos una sola obra de arte, ni un solo objeto en el mundo exterior, ni un solo concepto psíquico, ni nada que nos dé la impresión de la belleza plena, aun cuando nos parezca que se aproximan. Siempre hay un punto ó más en los que querríamos introducir una modificación ó una ampliación, para conformar la obra, el objeto ó el concepto á nuestras exigencias personales, á nuestra estructura psíquica. Por otra parte, se comprende que no hay ni puede haber un estado psíquico de absoluta plenitud, en ningún sentido,

Se ve así, por un lado, que es imposible integrar enteramente el concepto de la belleza, como el de la verdad, como el del ideal; y por el otro, que los fenómenos estéticos y estados psíquicos secundarios pueden subsistir si la consecución del grado máximo, absoluto, el cual nunca podremos alcanzar, en ningún orden de asuntos, según todo lo hace presumir. Tal es la relatividad de la belleza.

En nuestro proceso evolutivo vamos exigiendo perpetuamente nuevos factores, nuevas cualidades, nuevos incrementos, y esto, que es inherente á toda forma evolutiva, no puede dejar de serlo en estas manifestaciones de la actividad mental, de una complejidad tan acentuada. Nuestras propias idealizaciones siguen paralelamente la línea progresiva general, y es así cómo las mismas modalidades emotivas van integrándose cada vez más con los elementos de una mayor racionalidad; y ¿cómo podría sustraerse á este proceso de carácter universal, un orden de manifestaciones que exige indispensablemente un concurso intelectual?

El concepto estético evoluciona como la inteligencia. Á medida que se amplía nuestra mentalidad, no sólo toma cuerpo el esteticismo, sino que se transforman, también progresivamente, las formas estéticas, excluyendo las unilateralizaciones y los demás aspectos deformativos que restringen el campo psíquico y el de la vida misma. Esto, que converge con los fines morales, no es, sin embargo, un fruto de la ética, sino del mejoramiento, de la complejización que implica todo proceso evolucionar intelectualivo.

Las manifestaciones estéticas, desde su punto de iniciación hasta llegar al punto que se supone cúspide terminal,—si bien no tiene término,—ofrecen todas las gradaciones imaginables en todos los sentidos imaginables,



á la vez que todas las variedades posibles, en cada orden de manifestaciones, precisamente porque son modalidades de *relacionamiento*.

Los que creen haber encontrado la fórmula definitiva de la belleza, son víctimas de una ilusión análoga á la de los que esperan hallar la famosa piedra filosofal. La belleza no se concretará jamás, como tampoco la verdad, ni el bien, ni la justicia, ni el ideal. Ni el más lejano metántropo podrá ver en toda su integridad realizada la concreción definitiva de estos conceptos, debido á que nosotros mismos los vamos alejando con nuestras propias aspiraciones. Son quimeras que, como globos leves, se alejan al quererlos afirmar. ¿No es, por ventura, más grato y saludable concebir que hay siempre nuevas é inesperadas conquistas á alcanzar, que creer que un día se hallará una fórmula cualquiera de estancamiento definitivo?

Lo que llamamos belleza hoy, mañana requerirá una idealización retrospectiva para que se la considere así. Los genios más grandes en las ciencias, en las artes, en las letras, como los más famosos guerreros antiguos, quedarían maravillados y confusos apenas pudieran presenciar los progresos realizados con posterioridad, é igual cosa ocurrirá con los de nuestros días, y mañana, y siempre.

Se infiere de lo dicho, que no nos es dado, ni será nunca dado concretar la belleza.

Denominamos belleza á una realidad física ó una entidad psíquica relacionada con nuestra mentalidad, en una forma espontánea y, por lo mismo, libre del apremio de toda necesidad animal. Para que esa forma de relacionamiento llegue al grado superior de lo que llamamos belleza, es menester, no sólo que alcance su grado máximo posible de espontaneidad, sino también el de

intensidad; de otro modo, en sus grados menores se nos ofrecerá atenuado é incompleto este mismo fenómeno, como ocurre cuando hablamos de algo hermoso, lindo, gracioso, elegante, etc., en el orden emocional, ó correcto, prudente, hábil, ingenioso, etc., en el orden racional, y todo esto, á su vez, admite multitud de gradaciones, desde una vaga sensación de complacencia hasta una emoción vibrante, y desde la leve aprobación que inspira una cosa razonable hasta la admiración, lo sorprendente, el entusiasmo íntimo que despierta en nosotros lo estudiando.

Lo que hace imposible catalogar «lo bello máximo» dentro de su propia relatividad, así como sus atenuaciones y variedades, principalmente en el dominio emocional, es que, á veces, un motivo mínimo produce efectos máximos, y viceversa. Hay estados emocionales latentes. El cerebro, entonces, como una máquina pronta á marchar, obedece á cualquier impulso y marcha á todo escape. Así es como se sueña y se evoca abundantemente con cualquier motivo, según se verá en el capítulo siguiente, al ocuparnos de estudiar la naturaleza íntima del fenómeno estético. Allí intentaremos demostrar con más detención que, en todas las formas estéticas, desde la más ínfima hasta la más compleja y superior, hay un elemento subjetivo que las integra. Es precisamente ese elemento tan personal y variable, el que hace imposible llegar á una fórmula definitiva de la belleza, ni de ninguna otra modalidad estética.

En cuanto á la belleza racional ocurre otro tanto, porque es insaciable nuestro instinto. No hay, ni puede haber proeza que colme las aspiraciones instintivas.

---

## VI

### NATURALEZA DE LA MODALIDAD ESTÉTICA

#### I. NECESIDAD DE CONSIDERAR INTEGRADO TODO FENÓMENO ESTÉTICO CON UN CONCURSO SUBJETIVO

Hay un hecho constante en los dominios del esteticismo, que nos obliga á considerar todo fenómeno estético como una modalidad subjetiva, ó integrada, por lo menos, con elementos subjetivos, y es éste: entretanto que las cosas del mundo exterior conservan su estructura en lo substancial, no sólo nos impresionan de diversa manera, sino que se presentan á nuestro espíritu de distinto modo, é impresionándonos ó emocionándonos en distinto grado, según sean nuestro estado psíquico, nuestra preparación y nuestra cultura. Esto significa que las cualidades que atribuimos á las cosas, son puras modalidades de relación psico-física y, como consecuencia, que en esa relación hay que presuponer un elemento de carácter subjetivo que la integra de un modo esencial.

Pero es tan difícil aislar la emoción, por ejemplo, de sus causas ocasionales y de los demás elementos que la acompañan, que se incurre en el error de confundir la causa con el efecto, y aun con los elementos accidentales que concurren en cada caso,

Nosotros atribuimos á las cosas que nos procuran estados mentales ú orgánicos más ó menos gratos ó ingratos, cualidades intrínsecas que no tienen, y es así que hablamos de las flores y de las espinas; de las auroras, de los ocasos y de los huracanes; de las pinturas y esculturas, de la música, de la poesía y la literatura, ó de las enfermedades, de las guerras y de los crímenes, según estas cosas resultan favorables ó adversas á nuestra individualidad, en nuestros relacionamientos para con ellas. De igual modo, cada cual habla de su concepto propio de la belleza, creyendo hablar de algo externo, tangible. Las cosas que forman en el mundo exterior, sin embargo, lo mismo que nuestras propias abstracciones, no podrían emocionarnos sin nuestro concurso psíquico.

Así, por ejemplo, un sonido ó un conjunto de sonidos no podría causarnos emoción alguna si no nos relacionáramos de algún modo con ellos, mediante una cerebración. No basta la percepción de un sonido ó de un conjunto de sonidos para procurarnos la emoción: es preciso que se nos despierte un estado psíquico especial, y es por ello que aun los trozos musicales más renombrados como bellos, requieren muy á menudo una serie de audiciones para que nos permitan sentir, no siempre de igual modo, por otra parte, sino alguna vez no más, la emoción estética. Si fuera tan sólo la percepción de los sonidos que contiene el trozo musical lo que determina la emoción, ni sucedería esto, ni tampoco ocurriría que la audición continuada del mismo, deje de producirnos emoción, como pasa tan frecuentemente.

Este mismo hecho que observa W. James, de que las emociones se gastan por la repetición <sup>(1)</sup>, aunque parezca contradictorio, corrobora nuestra tesis. A medida que co-

(1) William James: *Principios de Psicología*, t. II, pág. 479, v. c.

nocemos más una cosa, nos incita á razonar más bien que á evocar; para esto será menester que haya un mayor margen de misterio. Es así que los objetos más ligados con las necesidades vitales, como son, por ejemplo, todos aquellos de que nos valemos para la lucha diaria, no los idealizamos ya, por lo común: los ideamos más bien. A medida que nos familiarizamos, desde que conocemos los secretos é intimidades de un objeto ó de un sitio, en vez de poetizarlos, los consideramos cognoscitivamente, y eso excluye la emoción.

El mundo exterior nos impresiona, simplemente; mejor dicho, nos impresionamos á su contacto; mas para que podamos deleitarnos estéticamente con él, es menester que cerebremos de cierta manera por nuestra parte, es decir, que lo magnifiquemos en el sentido de nuestras tendencias instintivas más espontáneas. Ésta es la clave del fenómeno estético.

Este fenómeno, según se ha dicho, puede asumir todos los grados y variedades imaginables, desde el incipiente que confina con la fruición del instinto satisfecho, hasta las formas complejas de mayor conceptuosidad y refinamiento. Esta cultura llega á sensibilizarnos de tal modo, que pueden percibirse los matices más sutiles en la observación de la realidad y de sí mismo. Las emociones y demás antecedentes acumulados se evocan, entonces, en formas infinitas, que sirven no sólo como un tejido de fondo en toda modalidad psíquica, sino como parte integrante de la misma. Se infiere de esto que es preciso que integremos la impresión recibida, ó sea que sobre esa impresión objetivada apliquemos nuestra mentalidad, en cualquiera de sus dos fases intelectivas de relacionamiento: la idealización ó la ideación, y que esto se realice en un sentido espontáneo, porque, de otro modo, no florece el fenómeno estético.

Si dicho relacionamiento se opera á base de idealizaciones, surge la modalidad estética de índole emotiva; si, en cambio, se opera á base de ideaciones, surge la modalidad estética de índole racional. En el primer caso, nuestras cerebraciones de carácter tradicional son más indolentes. Puede decirse que, en un estado de semipasividad intelectual, nos dejamos remolcar dentro de las formas de la cerebración ancestral; en el segundo caso, no es ya una dinámica pasiva, hereditaria, construída por nuestra ascendencia, la que gobierna nuestro cerebro, sino al contrario, nuestras facultades en vigilia, nuestros propios recursos. La mente, con mayor acucia, trata de penetrar la naturaleza esencial de las cosas que forman en la realidad, para conocerlas, para dominarlas, para aprovecharlas. En el primer caso reinan las formas vagas del ensueño; en el otro, tienden á precisarse las formas cognoscitivas, racionales, de utilización, en un estado de mayor diligencia, de mayor aguzamiento, naturalmente.

En ambos dominios es inagotable la variedad de formas y la diversidad de grados. Así, por ejemplo, lo que llamamos gracia, distinción, elegancia, etc., son modalidades emocionales; en tanto que la habilidad, el tino, el tacto, la corrección, etc., son modalidades racionales, de grado menor también; pero las primeras son de igual índole emotiva que las que se generan en las artes plásticas, en la poesía lírica, en la música, etc., en tanto que las otras son de índole racional, lo mismo que las superiores de esta fase intelectual, como la propia investigación científica. Por más que puedan presentarse todas estas modalidades en formas infinitamente variables y en tan distintos grados, siempre habrá en ambos órdenes una identidad esencial: por un lado, idealizaciones evocativas, retrospectivas, tradicionales, pasivas, y, por lo tanto, de carácter espontáneo más bien; y por el otro, idea-

ciones, raciocinios, constataciones en vigilia intelectual, integradas con un mayor concurso crítico y, por lo mismo, rectificadoras ó tendientes á rectificar, á ajustar con mayor solitud la acción á su finalidad.

En ambos órdenes de esteticismo hay, pues, por un lado, una identidad substancial común: son manifestaciones de relacionamiento con el mundo físico ó psíquico; y, por el otro lado, en cada uno de los dos órdenes de relacionamiento, el emocional y el racional, hay una identidad esencial, si bien se manifiesta bajo distintos grados y aspectos en todos los fenómenos estéticos congéneres de cada rama, cuya diversidad multiforme en la faz emocional llega, á veces, al colmo de lo arbitrario.

Así, por ejemplo, W. James, al ocuparse de las *sensaciones*, con relación á la emoción, á mi modo de ver en un sentido inexacto, cita un curioso estado psíquico, cuya procedencia lo hace doblemente instructivo é interesante: «Un día de verano,—dice Guyau,—después de una excursión por los Pirineos, llevada hasta la fatiga, encontré un pastor y le pedí leche; fué á buscar á una cabaña, bajo la cual pasaba un arroyo, un vaso de leche sumergida en el agua y mantenida á una temperatura casi helada; bebiendo esta leche fresca, donde toda la montaña había puesto su perfume y de la cual cada buche sabroso me reanimaba, experimentaba una serie de sensaciones que la palabra agradable es insuficiente para designar. Era como una sinfonía pastoral percibida por el gusto, en vez de serlo por el oído (1).»

Desde luego, para determinar tal estado psíquico, debe suponerse que no sólo actuó el gusto, sino que concurieron también otras impresiones visuales, olfativas y auditivas, fuera de muchos otros factores convergentes;

(1) William James: *Principios de Psicología*, t. II, pág. 472, v. c.

y para determinar ese abultado fenómeno estético, típicamente estético, ha concurrido, más que otra cosa alguna, la fecunda imaginación evocadora de este brillante pensador.

Sería verdaderamente desacertado objetivar en aquel líquido delicioso la causa eficiente de esa emoción. Por cierto que el pastor que lo sirvió, y los miembros de su familia, no han experimentado jamás una emoción semejante al saborear ese mismo sabroso y perfumado néctar. Era necesario «un Guyau» para transformar ese vaso de leche en una sinfonía pastoral; y digo ese vaso, particularizándome con él, porque, de seguro, la misma leche, servida en el mismo vaso, al propio Guyau, en otro momento, no le habría producido la misma emoción. Es preciso, pues, algo más que el objeto externo: se requiere también al poeta, y todavía que éste se halle en vena de ensueños.

Es muy sintomático que un mismo objeto, una misma escena, un mismo hecho, produzcan tan distintos estados psíquicos, según sea el que los observa, y según sea el estado psíquico del observador. Esto no se aviene de ningún modo con la tesis de la objetividad del esteticismo y la belleza.

Por otra parte, no todos vibran de igual modo ni con igual intensidad. Entre la emoción estética de un espíritu grosero y la del espíritu selecto hay muy poca semejanza. Uno y otro reaccionan, ante iguales excitaciones, de un modo tan distinto como lo hace el mandolino ó la guitarra con relación al violoncelo, y del punto de vista de la complejidad, las emociones se diferencian, puede decirse, como las voces vacuas, nasales, del acordeón, y las sonoridades amplias, llenas de matices, del sonido orquestral.

La propia pasión instintiva, animal, que en el hom-



bre vulgar y en el ser inferior se acusan, por lo común, con una materialidad grosera, el amor, supongamos, en una novela ó elucubración poética ó musical se nos ofrece de tal modo idealizada, magnificada tan hiperbólicamente, que no parece ser la misma. Sin embargo, aun así magnificada esa propia pasión, como lo está en Tristán é Isolda, por ejemplo, é interpretada por los artistas más competentes, deja insensibles y somnolientos á algunos espectadores, á los mismos que se deleitan al presenciar corridas de toros ó pugilatos, ó riñas de gallos, ó partidas de foot-ball, y que se entusiasman, vibran y deliran con todo esto, de igual modo que otros lo hacen con aquella audición musical; lo que viene á demostrar que no son aestetas, sino tan sólo que tienen aptitudes para otras modalidades estéticas, de un esteticismo distinto ó inferior, en todo caso.

La impresión que nos dejan las cosas del mundo externo, promueven ó no promueven estados estéticos; mas, en el primer caso, los estados psíquicos se manifiestan en una forma adecuada á la naturaleza de los elementos subjetivos que integran dicho estado, y á la de los demás factores que gravitan sobre nuestra psiquis en ese instante. Bastan á veces algunas notas para hacernos evocar deliciosamente, y otras veces no alcanzamos á percibir ningún estado estético oyendo trozos musicales cuya belleza está fuera de discusión, según la opinión de los peritos más autorizados. Y esto mismo ocurre entre los que tienen mayor preparación.

Resulta así que hay una constante variedad en los estados emotivos que engendra el contacto con el mundo exterior. Las mismas cosas no actúan del mismo modo entre distintas personas, ni aun entre las mismas personas en todo momento. Hay, pues, una completa arbitrariedad en este orden de fenómenos.

El profesor Sergi, al hablar de los «sentimientos» estéticos, da cuenta de una emoción por él experimentada, en estos términos: «No he olvidado nunca los sentimientos que yo experimentaba en estas circunstancias; era de noche; dos horas lo menos antes de la aurora; ascendía por una montaña rocosa á lo largo de peligrosos precipicios, en el fondo de los cuales corría un riachuelo cuya agua chocaba contra las piedras; el cielo estaba estrellado, y muy alto, sobre el horizonte, un gran cometa inundaba el cielo con su luz. El silencio nocturno, interrumpido solamente por el rumor del agua, el lugar solitario y alpestre visible á la luz del cometa y de las estrellas, me causaron un sentimiento indefinido de inmensa admiración, algo inexplicable que me hacía llorar abundantemente. Yo gozaba, sin embargo; hubiera querido detener el tiempo y prolongar el camino, pero mi sentimiento era depresivo. Sólo la luz del día que surgía, me devolvió la tranquilidad, calmando esta gran emoción y cambiándola por otra agradable y alegre, porque el abismo me pareció riente y el murmullo del agua un canto de la naturaleza viva.» «Estos sentimientos, agrega, son sentimientos estéticos determinados á la vista de la naturaleza (1).»

Tal estado estético, congénere del de Guyau, á que nos hemos referido anteriormente, demuestra de un modo palmario que estamos en presencia de simples fenómenos psíquicos, mejor dicho, psico-físicos. Así como es imposible atribuir al vaso de leche á que se refiere el filósofo francés, los efectos subjetivos tan abultados que él experimentó, no es juicioso pensar que el paisaje nocturno á que alude el filósofo italiano, haya sido causa eficiente de su copioso llanto, sino simplemente causa

(1) G. Sergi: *Las emociones*, pág. 332, v. c.

ocasional de una crisis interna, emocional. Es que, á veces, en este campo, con un motivo mínimo cerebramos en un sentido máximo, desbordante. Hay una desproporción disparatada, muy á menudo, entre la causa ocasional de los estados psíquicos y estos mismos estados. Un cabujón de zafiro evoca cielos nocturnos y nos hace soñar con las reminiscencias de esos azules insondables de la noche en pleno campo; una esmeralda evoca los prados verdes y los días luminosos; un jaspe amarillo evoca los ojos del felino, y, «de *fil en aiguille*», nos representa más ó menos vagamente el acecho y las demás escenas salvajes de la selva; la perla y el nácar evocan el fondo de los mares y las playas solitarias; pero todo esto ha de ser á una doble condición: es la primera, que tengamos imaginación más ó menos fértil y propensa al ensueño, y la segunda, que tengamos libertad mental.

Todo esto nos demuestra que es indispensable una integración psíquica para que pueda producirse el fenómeno estético emocional, lo mismo en sus formas incipientes que en las más típicas y conceptuosas. Se supone que es la excitación exterior lo que determina la emoción, si bien sólo debe considerarse como una causa ocasional, porque, de otro modo, no se explicaría el que las mismas cosas, por más que permanezcan siendo las mismas, se presenten de tan distinta manera á unos y otros, y aun á nosotros mismos. Tal hecho no podría ocurrir si dentro del mundo exterior existieran las cualidades que atribuimos á sus elementos, es decir, si dichas cualidades tuvieran una realidad concreta, externa, objetiva.

Es debido precisamente á esta forma de relacionamiento para con el mundo exterior, que puede generarse el fenómeno de índole estética, variable y personal como es, puesto que, á existir las cualidades que atribuimos á las cosas, se producirían relacionamientos iguales y

constantes, como ocurre en los relacionamientos de la materia anórgana, en vez de la variedad siempre cambiante que ofrece todo el dominio estético emotivo, tan personal. De otra manera no podríamos explicarnos la inmensa variedad de desacuerdos que se advierten á cada paso en este orden de asuntos; desacuerdos que observamos en todo instante, con todo motivo, y que dividen la opinión de los críticos y filósofos, de igual modo que el de todos los hombres. ¿Puede dudarse entonces de la necesidad de considerar integrado dicho fenómeno con nuestro concurso psíquico?

Miramos un paisaje; observamos sus celajes, las coloraciones del prado y las siluetas oscuras de las arboledas que se recortan sobre el fondo. Esto no nos interesa; mas llega un pintor y esboza su impresión inspirándose en el mismo asunto. Le hemos visto esbozar su impresión. Miramos entonces ese paisaje, ya sea en la tela ó en el original, y desde entonces se nos presenta « bello ». ¿Qué ha ocurrido para que se opere esta transformación? Es que el artista-esteta ha poetizado las armonías y contrastes que caracterizan al paisaje, y al despojarlo de todo lo que era innecesario á su concepto, *lo ha idealizado*, facilitando así nuestras propias idealizaciones. No obstante, lo que hizo el artista pudimos hacerlo nosotros, mentalmente, aunque no tengamos los medios técnicos de exteriorización, idealizando todavía en un sentido más acorde con nuestro temperamento.

No podría decirse que aquel paisaje se ha transformado, ni siquiera que se ha modificado, para producir tan distintos cambios en nuestro relacionamiento para con él; luego, somos nosotros los que hemos transformado nuestra manera de considerarlo, cerebrando de otro modo á su respecto.

Cierto que hay cosas en el mundo exterior, obras, per-

sonas, imágenes ó abstracciones, que más fácilmente determinan estados estéticos, como una modalidad de relacionamiento. Con algunas cosas nos hallamos de tal modo relacionados, que nos asocian ideaciones é idealizaciones más espontáneas y, consiguientemente, más gratas. Todo lo que nos rememora la infancia, ó los días más felices, verbigracia, están en ese caso; pueden estarlo, mejor dicho. Ocurre también la inversa. Hay cosas, obras, personas, imágenes y abstracciones que nos sugieren ideaciones é idealizaciones que nos contrarían de un modo más ó menos acentuado, á la vez que ellas mismas producen ó pueden producir un efecto distinto y aun opuesto en los demás; pero esto prueba, precisamente, que no son todas estas cosas, en sí, bellas ó feas, estéticas ó inestéticas, útiles ó inútiles, buenas ó malas, sino que son distintos los relacionamientos que pueden determinarse en nosotros para con ellas, por causas de carácter *relativo*, y, por lo mismo variables.

Entre muchas otras creencias originadas por la misma ilusión de la objetividad de la belleza, á que nos hemos referido, puede citarse la de que la música es el arte más emocional; creencia, por cierto, muy generalizada. Si bien se admite que hay personas refractarias á esa forma artística, y que no lo son para otras, — lo cual denota que no hay una preeminencia esencial en ese sentido, — la ilusión subsiste, por cuanto es, sin duda, más frecuente encontrar aptitudes para la emoción estética de índole musical. Esto, sin embargo, no comprueba que sea la música más estética, ni más emocional siquiera, que las demás modalidades artísticas, sino más bien que nosotros nos emocionamos más fácilmente por medio de las impresiones auditivas, y eso sólo revela una simple predisposición orgánica ó una peculiaridad más generalizada.

Lo que determina en cada caso la mayor ó menor capacidad subjetiva para evocar, así como lo que determina la emoción misma, es esa facultad: la facultad de idealizar, de evocar con espontaneidad.

La emoción estética, como todos los demás grados y modalidades del mismo fenómeno es, en definitiva, un estado psíquico simplemente, como la alegría, la tristeza, la desesperación, etc. La mayor susceptibilidad para emocionarse dependerá siempre de nosotros mismos, pues, y no tan sólo de las cosas que contiene el mundo exterior. Para los más, será la música; para otros, lo que engendra más y más intensos estados emotivos, de carácter estético, será la poesía, ó la pintura, ó la escultura, etc.; pero, como quiera que sea, no hay que buscar en el mundo exterior, sino dentro de nosotros mismos, la causa eficiente del fenómeno estético.

Lo propio ocurre en el campo del esteticismo racional. Lo que contiene el mundo exterior, fuera de nuestra integración psíquica, no podría generar ninguna manifestación estética. Si el paleontólogo no se hallara habilitado para desplegar un cúmulo de inducciones y deducciones en presencia de un fósil, verbigracia, pasaría de largo, como lo hacen los salvajes, sin atribuirle ningún valor biológico. En cambio, al naturalista se le ve sonreír con júbilo ante el hallazgo, lleno de ideas, y pronto á reconstruir un ser de la prehistoria, que para él tiene un precio inestimable. Es su concurso subjetivo el que hace « bello » un hueso sepultado en las capas geológicas milenarias.

## II. RELATIVISMO DE LA MODALIDAD ESTÉTICA

Si todo fenómeno estético es una forma de relacionamiento, el que se integra, por lo mismo, con elementos subjetivos, es claro que no puede haber fórmulas defini-

tivas, sino evolutivas, de esteticismo y belleza. Cada cual vibrará según sean las peculiaridades de su propia personalidad y las circunstancias ambientes. Por eso es que el fenómeno estético es de un relativismo tan acentuado. Los que cultivan las formas del esteticismo plástico ó musical, verbigracia, sonrían desdeñosamente al observar el infantilismo de los jugadores de bolos ó de billar, lo mismo que al descubrir el metafisicismo de los jugadores de ajedrez. No es menos cierto que éstos y los otros retribuyen con igual espontaneidad aquel desdén. Ocurre con esto lo que con los afiliados á cada una de las diversas sectas religiosas. El verdadero creyente, poseído de que sólo él y los suyos están en lo cierto, compadece y sonríe también por dentro, al considerar á los incrédulos ó á los afiliados á otras sectas, como si lleno de confianza en sus arbitrios, se dijera: « ¡Allá os quiero ver! »; y huelga decir que los demás hacen lo mismo.

Tal diversidad de opiniones está diciéndonos que se trata de modalidades personalísimas y, por lo mismo, relativas. Pero es que no sólo hay diversidad de concepciones y de modalidades estéticas hasta en las propias formas típicas, con relación al lugar y al tiempo, sino que hay también una flagrante disparidad, un verdadero antagonismo en las propias formas estéticas coexistentes. Resulta así que dentro de un mismo orden de manifestaciones, fundamentalmente idénticas, las fórmulas estéticas se presentan con tal diversidad y tanta disparidad, que llegan, á veces, á la misma antítesis.

Las chinas, al deformar su pie, y los salvajes al tatuarse, como al colgar dijes de sus narices y orejas, — resabio este último que en parte conservan aún los pueblos más civilizados, — obedecen lo mismo que las más elegantes europeas, á un propósito personal: el de facilitar idealizaciones favorables á su respecto; pero no es menos cierto

que estos recursos responden casi siempre al concepto estético ambiente, el cual va cambiando casi como la moda. Otro tanto puede decirse del uso del «maquillaje» y del corsé.

Puede afirmarse, por otro lado, que no hay dos pueblos que compartan la misma opinión estética en un mismo momento, sobre este punto, ó bien sobre cualquier otro. Lo que es un colmo de elegancia, de gracia ó de belleza para unos, hasta puede causar hilaridad en los demás por su propia extravagancia; y si no fuera porque la imposición de la moda es un simple tributo que se paga al ambiente, podría verse más pronunciada aún la diversidad de criterios estéticos á este mismo respecto. No se verían dos «toilettes» iguales, y quizá reaparecieran el peplo y la sandalia. Bastaría para esto que cada cual tuviera el valor necesario para exhibir sus propias predilecciones estéticas; pero siempre se tiende á marcar el paso con los ucases de la mayoría, y es así que reviste cierta uniformidad la indumentaria de cada pueblo.

En cuestiones de mayor entidad sucede otro tanto. Ni hay, puede decirse, una sola obra maestra que no sea discutida aun entre los más reputados peritos. Últimamente se hizo en París una encuesta acerca de cuál era el más bello monumento arquitectónico moderno, y las opiniones vertidas al respecto fueron de una discordancia completa, desconcertante.

La manifestación estética de carácter emocional, sobre todo, se exhibe con un relativismo incuestionable. Así, por ejemplo, nadie dirá que un sollozo ó un alarido son bellos ó agradables; mas si un trozo musical patético nos sugiere evocaciones melancólicas y un instrumento imita un desgarramiento doloroso, palpítamos estéticamente de emoción. Esto se debe, á nuestro entender, á que esas manifestaciones disgustantes se nos presentan como la ex-



presión de un dolor idealizado, poetizado, magnificado por nuestra propia integración psíquica. Si oímos, en cambio, un alarido ó un sollozo en una escena real, sólo nos resultarán estéticos cuando podamos idealizarlos; de otro modo nos causarán disgusto ó desagrado, ó bien hilaridad, si estallan en un sitio inapropiado ó en un instante inoportuno; mas no una emoción estética.

Una borrasca, un huracán, pueden generar el fenómeno estético. La propia mísera barca que se debate para escapar del remolino, del empuje de las aguas encrespadas, aparece bella en el lienzo ó en el verso. Esto no significa, sin embargo, que sean bellas las olas que se yerguen «amenazantes» bajo un cielo «siniestro», como no es bella la barca que está á punto de zozobrar. Á los tripulantes que sienten el peligro, no habría manera de hacerles comprender el esteticismo de la escena. Los mismos espectadores que la observan desde la costa, no encuentran belleza en esa marina, sino más bien una lamentable adversidad; pero se exhibe luego un lienzo ó se recita una poesía idealizando esa misma escena, y tanto los terceros, como los espectadores, y hasta los mismos náufragos salvados, vibran estéticamente. Pueden vibrar, por lo menos.

A este resultado ha concurrido, en primer término, la desaparición del peligro, lo que ha desvanecido los apremios del instinto vital, y, en segundo lugar, «la idealización» de una escena que, por lo demás, siempre nos consterna. Si, en cambio, ese lienzo ó el verso pudieran reproducir fielmente y con absoluta eficacia la escena real, en vez de expresarnos «un estado psíquico», cada cual experimentaría una emoción adecuada á su punto de vista personal, y congruente con su psiquis. En un caso predomina, pues, una exigencia instintiva, y en el otro predomina una cerebración libre, la que puede asumir cualquier grado estético, sobre cualquier orden de asuntos.

Fuera del apremio instintivo es que puede generarse la modalidad estética, puesto que frente á él no surgen ni pueden surgir las ideaciones é idealizaciones espontáneas, libres, que caracterizan este fenómeno. En ese caso, bajo la presión del apremio vital, en vez de sentirnos remolcados dulcemente por cerebraciones espontáneas, nos sentimos acongojados por cerebraciones rudas que acuden en tropel, en defensa de nuestra individualidad ó, por acto reflejo, en defensa de terceros apremiados por el peligro de muerte.

Al ocuparnos de la emoción, hemos referido lo que le acaeció al explorador Palgrave, al hallarse inopinadamente en presencia de un león en libertad. Si nos interrogáramos por qué aquel hermoso ejemplar de la fauna salvaje no pudo inspirar al viajero una oda « al rey de la selva », verbigracia, en los mismos instantes que lo sorprendió, se nos ocurriría en contestación que es porque el instinto vital era de tal modo apremiante, que no le dejaba la indispensable elasticidad mental para ordenar ideas y rimar; pero así como el explorador pudo reaccionar luego que advirtió el pacifismo del mamífero, articulando movimientos musculares para huir, disipado el pánico pudo surgir el fenómeno estético que antes era imposible por incompatibilidad psíquica. Para que pudiera florecer, debieron antes repararse los desperfectos del choque. No es bastante, pues, para vibrar estéticamente, que poseamos una sensibilidad delicada y un buen acopio de ideas, sino que es preciso, ante todo, que gocemos de libertad mental.

Cualquier circunstancia puede cohibirnos para cerebrar estéticamente; cualquier antecedente puede hacernos ver transformado por completo el mundo externo. Así, por ejemplo, si entramos en un jardín que antes nos haya impresionado alegremente, y se nos dice que acaba de per-

petrarse allí un crimen atroz, todo se trasmuta á nuestra mirada, y ese mismo jardín nos parecerá siniestro.

Nuestro estado psíquico concurre á determinar el fenómeno estético con una relatividad asombrosa. Lo mismo que nos ha causado intensos entusiasmos estéticos, concluye por aburrirnos, cuando no por disgustarnos. Si es así, ¿con qué fundamento podría negarse la índole estética de una manifestación cualquiera, sólo porque no la compartimos ó porque la desdeñamos, después de haberla estimado?

La tendencia á objetivar los esteticismos ha causado toda clase de desconocimientos. No sólo nos ha hecho adoptar un lenguaje inapropiado, que no nos permite precisar las ideas en un orden de realidades efectivas, sino que también nos ha hecho tomar como realidad una ilusión. Así, por ejemplo, Herbert Spencer, al observar los movimientos de una bailarina, teoriza sobre la gracia, llegando á la conclusión de que un movimiento es tanto más gracioso cuanto menor es el esfuerzo con que se ejecuta (1).

Sería más exacto, sin embargo, afirmar que tiene tanta más gracia un movimiento cuanto más adecuado es á

(1) Un soir, j'étais à regarder une danseuse, et au-dedans de moi, je condamnais ses tours de force, comme autant de dislocations barbares qu'on aurait sifflées, si les gens n'avaient pas tous la lâcheté d'applaudir ce qu'ils croient être de mode d'applaudir; je m'aperçus que si dans l'ensemble il se glissait par hasard quelques mouvements d'une grâce vraie, c'étaient ceux qui, par comparaison, coûtaient peu d'efforts. Il me revint à l'esprit divers faits qui confirmaient mon idée, et j'arrivai alors à conclure, d'une façon générale, qu'étant donné un certain changement d'attitude à réaliser, une action à accomplir, l'action a d'autant plus de grâce qu'elle s'exécute avec une moindre dépense de force. En d'autres termes, la grâce, du moins la grâce dans le mouvement, c'est un mouvement exécuté de façon à ménager la puissance des muscles; la grâce, dans les formes vivantes, c'est une forme propre à réaliser cette économie; la grâce, dans les postures, c'est une posture qu'on peut garder en ménageant cette puissance; et la grâce, dans les objets inanimés, c'est tout objet de nature à rappeler par analogie ces attitudes et formes. — H. Spencer: «La grâce». — *Essais sur le progrès*, pág. 284, v. fr.

su fin y cuanto más adecuado es este fin á las circunstancias. Es que, no tan sólo se requiere el primer elemento para que pueda sugerírsenos la impresión de lo gracioso, elegante, sino también el último. Según lo hace notar Guyau, puede haber gracia y elegancia en « los movimientos del trabajo », como puede haberlas en la esgrima, en los juegos atléticos y en las demás formas de la actividad muscular. Es claro que la gracia, por otra parte, no es privativa del baile.

Un movimiento gracioso en el baile, por otra parte, puede resultar, no ya desprovisto de gracia, sino también torpe y ridículo en un match de box, verbigracia, en una asamblea que delibera sobre asuntos graves ó en una ceremonia funeraria; por donde se infiere que la economía de fuerzas no es el único elemento de la gracia de los movimientos. La gracia no es una consecuencia de la mecánica del movimiento, pues, sino de una idealización ó de una ideación, ó de una y otra cosa; lo que acusa una vez más la necesidad de considerar integrado con un concurso subjetivo el esteticismo. Si fuera objetiva la gracia, que es una forma de esteticismo, sin duda alguna, bastaría percibirla para determinar el fenómeno estético consiguiente, como basta percibir un cuerpo para darse cuenta de su formá.

No es dado juiciosamente negar la existencia de un elemento subjetivo en la manifestación estética, una vez que la vemos florecer en un campo tan personal y con un relativismo tan persistente. Es un completo desconocimiento de la realidad atribuir á causas puramente objetivas la belleza y sus modalidades congéneres.

Lo que ha dado en llamarse « sentimiento de la belleza », si bien se observa, no tiene sentido real, como no lo tendría el hablar del sentimiento de la alegría, de la embriaguez, del éxtasis, etc. Es que el fenómeno estético,

como la alegría, la embriaguez y el éxtasis están integrados por concursos psíquicos. No puede entenderse, pues, que lo estético sea una entidad externa, concreta, objetiva, de tal modo que una facultad ó un sentido especial nos la haga descubrir en el mundo exterior, como el perro que, al rastrear, descubre una perdiz. Podría decirse, sí, con más propiedad, que hay una predisposición especial para percibir los matices del color, verbigracia, por cuanto éste, si bien es un valor de simple relación, podemos admitir que mantiene algún elemento más permanente dentro de su objetividad, ya sea real ó supuesta. Con eso indicaríamos una facultad perceptiva más ó menos desarrollada; pero hablar del sentimiento de la belleza, cuando lo bello es una entidad de relación, tan personal como variable, es una verdadera impropiedad de lenguaje, que denota un evidente error de concepto. Tal desconocimiento, no obstante, se advierte aun en los espíritus más eminentes, y de ahí la inagotable sucesión de controversias y desacuerdos en todo lo que se refiere á asuntos estéticos.

Dice Guyau que «debió ser bello el mensajero de Maratón, aun cubierto de sudor y de polvo y reflejando en su fisonomía el agotamiento, el principio de la agonía<sup>(1)</sup>»; pero, si acaso pudo parecerlo, entonces, mediante una idealización que magnificara su esfuerzo, hay que convenir en que no pudo causar una sensación de placer, sino más bien de pesar, y no de índole estética. Aquel esfuerzo debió causar admiración y simpatía, mas no pudo sugerir estados estéticos emocionales, tal como los encara este filósofo, como no sea por efecto de una idealización análoga á la que hoy tejemos al evocarlo; pero en ningún caso definitivamente de carácter placen-

(1) Guyau: *Problemas de Estética Contemporánea*, pág. 57, v. c.

tero. El placer que pudo experimentarse entonces, y ahora mismo, es el que emerge de nuestra propia cerebración. La realidad objetiva no contiene tales elementos en sí misma. La realidad externa se halla exenta de todo esteticismo propio. El elemento afectivo del placer, por otra parte, no es esencial en el fenómeno estético; mejor dicho, no es un elemento constitutivo, si bien acompaña á dicho fenómeno « como consecuencia » de un estado mental. Por eso es que puede subsistir la modalidad estética aun cuando se evoquen dolores y adversidades, como ocurre en el drama, en la tragedia, en la novela, que nos acojojan. Así como el esteticismo surge de nuestro relacionamiento con el mundo externo y el psíquico, el placer emerge de esa forma especial de relacionamiento como una consecuencia.

La vista de un cadáver, por ejemplo, no genera en nosotros estados estéticos. No es fácil, por lo menos. Primará á su vista la cerebración instintiva que nos asocia el temor á la muerte; pero sin esta intervención psíquica no nos causaría ni horror ni compasión. Es preciso una integración subjetiva para que se determine una ú otra cosa. En razón de asociarse nuestro temor tradicional á la muerte, es que esa realidad no nos sugiere modalidades estéticas; pero si el investigador científico lo observa de un punto de vista ideador, inquiriendo conocimientos, puede experimentar con el cadáver mismo un placer estético, de índole racional. Este relativismo prueba que el fenómeno estético no es una emanación del exterior que llega á nosotros, sino una forma subjetiva de relacionamiento. Por eso es que asume tal variedad de aspectos lo mismo que reputamos típicamente estético ó típicamente inestético.

Nuestros « gauchos » idealizan las aventuras y episodios épicos, preferentemente, porque son las formas dominan-

tes de su ideología superior, dado su género de vida, los taurófilos y los aficionados al « turf » idealizan los juegos y hazañas de su predilección, y acaso les invade el sueño al oír la lectura del más soberbio poema, ó al ver una estatua ó un cuadro de los más notables. En la expedición de Stanley en busca de Emin-Pachá, los que quedaron en un campamento improvisado por imposibilidad de marchar, extenuados por el hambre, vivían soñando con manjares succulentos. Su psiquis idealizaba precisamente aquello de que carecían. No puede decirse que ésta sea una forma genuinamente estética, pero no es menos cierto que les habría parecido más estético un buen jamón que una estatua griega ó un cuadro de Rubens. Todo esto acusa, no tan sólo una íntima relación fisio-psicológica, sino, á la vez, la parte de subjetivismo que tiene la modalidad estética, y su relatividad consiguiente.

La fotografía, que es una reproducción casi matemática, diremos, de la realidad, si bien exagera las perspectivas, no genera estados estéticos, fácilmente; mas apenas se nos presenta con un cierto « flou », ya nos permite mejor una divagación evocadora. Cuando contemplamos un paisaje real, dentro de los tintes crepusculares, su vaguedad, las veladuras que envuelven sus líneas, nos hacen más fácil soñar, idealizar. De otro modo, es menester que nosotros hagamos un esfuerzo mayor para poetizarlo, y es así que permanecemos indiferentes tan á menudo ante los más variados paisajes, como lo hacemos ante mil escenas de la vida ordinaria, que permitirían al cultor de ensueños deleitarse y crear soberbias obras de arte, de todo género.

Si miramos á un hombre cualquiera, sin idealizarlo en uno ú otro sentido, por lo común no nos sugerirá impresión alguna definible, pero así que lo vemos caricaturado,

por ejemplo, nuestros músculos faciales exteriorizan de inmediato un estado psíquico especial, mordaz ó chancero. ¿Qué ha ocurrido para que se opere este cambio? Es que entonces vemos á ese hombre ridiculizado, vale decir, idealizado en un sentido cáustico, cómico ó chistoso.

Si á una moderna mundana elegante se le ofreciera el medio de trocar sus esbeltas líneas de « Tanagra » por las de una de las Venus robustas, feraces, más reputadas como tipos de belleza, se rehusaría indignada, si bien el tipo de Tanagra ya tiende también á desacreditarse, según parece. Pero aun en su propio apogeo, también lo repudiaría indignada una religiosa, verbigracia, imbuída en sus concepciones místicas, y lo rechazaría como un grave pecado todavía, considerando una verdadera monstruosidad escandalosa el presentarse en público de igual modo que lo hacen las mundanas elegantes que ocupan las gacetillas y promueven los comentarios más favorables de la población.

Ese relativismo que reina soberanamente en todas las manifestaciones de la vida, se acusa, pues, de un modo más definido aún, en el orden estético. La inescrutible variedad de elementos psíquicos que intervienen en el fenómeno estético emocional, sobre un detrito complejo como es el de la tradición hereditaria, hace que sea tan difícil concordar sobre estos asuntos. Más fácil es hallar en un bosque, no ya dos hojas, sino dos árboles idénticos. Por eso es tan corriente el acuerdo respecto de la estructura de las cosas que forman en el mundo exterior, como el desacuerdo en cuanto á la apreciación de los fenómenos estéticos.

En las manifestaciones de esteticismo racional no es tan arbitrario ese relativismo, porque se engendra dentro de un orden de ideaciones de carácter positivo, concreto, en el cual es más fácil concordar. El esfuerzo racional



tiende precisamente á conocer las relaciones más constantes de las cosas externas entre sí y para con nosotros, y aun á conocernos nosotros mismos. Es por eso que si bien las hipótesis científicas dividen en grandes bandos á los hombres, no puede verse esa diversidad tan discordante de opiniones que reina en el campo emocional, con cualquier motivo. En las formas ideadoras cognitivas, lejos de advertirse un personalismo tan acentuado, se ve que las opiniones *tienden á convergir*, como convergirían forzosamente si pudiera llegarse á integrar todo el conocimiento, ó sea la ciencia.

En la observación de la naturaleza con espíritu racional, por ejemplo, surgen formas estéticas inagotables y de un carácter más sereno y provechoso. Dice Hæckel: «Los placeres que nos proporciona el espectáculo de la naturaleza, tienen sobre el arte, lo mismo que sobre los otros goces de la vida (aquí, como se ve, se toma el arte en su acepción usual, que es comprensiva y característica del esteticismo y la belleza), la ventaja inmensa de que nunca nos fatigan. Se vuelve á ellos con un atractivo siempre nuevo, se les comprende y aprecia siempre mejor, y tanto más cuanto en años se adelanta <sup>(1)</sup>.»

Nosotros, al contemplar una planta, por ejemplo, podemos hacerlo de múltiples puntos de vista, y dentro de todos ellos nos es dado llegar á la modalidad estética. Mas, para *emocionarnos* estéticamente, es preciso que prevalezcan las evocaciones idealizadoras de carácter subconsciente y pasivo. Del punto de vista objetivo, cognoscitivo, como es el del botánico ó el del floricultor, verbigracia, es imposible que surja la emoción estética: sólo surgirá la modalidad racional estética, es decir, un estado psíquico de líneas definidas, y de vigilia mental. Estas

(1) E. Hæckel: *Un viaje á la India*, pág. 102, v. c.

peculiaridades son las que hacen al esteticismo emocional más apropiado para el solaz de reposo, y al esteticismo racional más constructivo y, por lo mismo, más favorable al progreso.

Para un observador, para un naturalista, es tan inmenso el campo que le ofrece la naturaleza para desplegar su mentalidad de mil maneras, como lo es para el soñador, para el emotivo; pero aquél, al encarar sus ideaciones con un propósito de conocimiento, dominador, tiende á concretar, mientras que éste divaga.

Esta pluralidad de relacionamientos que se operan en ambos dominios, en el de la idealización como en el de la ideación, hace más fácil que encontremos en la observación de la naturaleza relacionamientos más espontáneos, más acordes con nuestra personalidad y, por ende, más estéticos. La obra de arte, en cambio, se nos presenta como la interpretación de un tercero. Nosotros vemos el orden de ideas ó de emociones que á un tercero sugirió la realidad, y siempre hay un reparo que oponer, una objeción que formular, más ó menos fundamental, porque es muy difícil que coincidan las emociones ajenas con las propias nuestras, en tanto que en la observación directa de la naturaleza, en cualquier dominio, se nos ofrece un campo libre, abierto á nuestras cerebraciones, de cualquier género, y resultan así inagotables las formas de relacionamiento espontáneo.

Si en la observación de la obra de arte emocional ó racional es más fácil que sobrevenga el desacuerdo ó la fatiga, allí, en nuestros relacionamientos propios con el mundo exterior, eso es imposible. En la observación directa, libre, de la naturaleza, es que logra cada cual el máximo de estados estéticos y se esparce el observador experto allí mismo donde el palurdo se hastía de aburrimiento, y se expande tanto el soñador en el dominio

de las idealizaciones que solazan, como el cognoscitivo se insinúa, ávido de penetrar el misterio, en el reino de las ideaciones.

Se piensa, generalmente, que los que no aman la música, la pintura, la escultura, etc., son aestetas, sin advertir que pueden abrírseles los vastos dominios del esteticismo racional, que, en suma, son superiores. Si bien se examina, no se encuentra un solo ejemplar humano por completo ajeno á las infinitas formas del esteticismo. Esto es imposible. Lo que ocurre es que en los dos campos se ofrecen todos los grados y variedades imaginables. Un necio vibrará como un badajo, un esteta superior como un armonio, como un órgano.

### III. LO BELLO Y LO SUPERFLUO

Ocupándose de la emoción estética, dice Ribot: « Sobre el origen de la emoción estética, y, en consecuencia, sobre el carácter que le es propio entre todas las emociones, existe un acuerdo bastante raro entre los autores, cualquiera sea la escuela á que pertenecen: ella tiene su fuente originaria en una superfluidad vital, en una actividad de lujo; ella es una forma de juego <sup>(1)</sup>. »

Es realmente significativo que, á pesar de coincidir las opiniones sobre un punto así, radical, se hallen en todos los demás en completo desacuerdo. Acaso se debe precisamente á este error tan capital el desacuerdo, también unánime, que reina en todo lo que atañe al arte y la belleza; porque es sintomático que, partiendo los

(1) Dice: « Sur l'origine de l'émotion esthétique, par conséquent sur la marque qui lui est propre entre toutes les émotions, il existe un accord bien rare parmi les auteurs, à quelque école philosophique qu'ils appartiennent: elle a sa source dans un superflu de vie, dans une activité de luxe; elle est une forme du jeu. » — Th. Ribot: *La psychologie des sentiments*, págs. 330-331.

filósofos de un centro fundamental así acorde, lleguen á conclusiones tan distanciadas, y con una predisposición tan acentuada al debate.

La idea de que el esteticismo es una manifestación de superfluidad y de lujo, tiene su origen, á nuestro juicio, en un falso concepto doble: el de haberse confundido el arte con las «bellas artes», y á una y otra cosa con la belleza, manteniéndose, por otra parte, separadas, como si fueran de distinta naturaleza, las modalidades estéticas leves, ó incipientes, y las complejas, intensas, superiores. A estos errores fundamentales que campean en las exposiciones y teorías de los más insignes filósofos y pensadores, se debe el que hayan pretendido explicar el arte y la estética por medio de un concepto tan inexacto y tan vago, por lo demás, como es «la superfluidad».

Es tan difícil establecer la línea de separación entre lo superfluo y lo necesario, que sería preciso proceder á una prolija investigación circunstancial, para determinar dónde acaba lo necesario y dónde comienza lo superfluo. Se dice, por ejemplo, que el lujo es superfluo, pero no sabemos qué es el lujo. Para definirlo de un modo concreto sería menester que se procediera á un examen muy minucioso en cada caso. Un paseo, un mueble, hasta un adminículo de cocina, ó un par de zapatos, son una superfluidad y, á la vez, un lujo ó una necesidad estricta, según se consideren. El lujo es una superfluidad con arreglo á la acepción actual, porque representa una demasía, un exceso; pero esto deja de ser una definición precisa, si se advierte que la demasía y el exceso son valores de una relatividad innegable. La acepción natural debería encarar el lujo como lo que insume recursos ó energías que pudieron tener aplicación mejor, y más estricta, satisfaciendo necesidades más premiosas.

Bien se ve que es demasiado impreciso este elemento

de juicio, para que pueda servir de fundamento á una teoría filosófica; pero no es esto lo peor. Lo peor es que aun cuando pudiera distinguirse más neta y fácilmente lo necesario de lo superfluo, no aventajaría este fundamento de la emoción estética, por cuanto es *inconsistente*; y lo que se dice de la emoción rige también para los demás grados y matices del fenómeno estético emocional.

Dentro de lo superfluo caben muchas otras modalidades: la alegría, la simpatía, la amistad, el decoro, el espíritu industrial... ¡y el propio espíritu científico! Si lo superfluo es aquello de que puede prescindirse para la vida, se convendrá en que no es indispensable para vivir el que se conozcan las leyes que rigen al mundo astronómico, ni las mismas que rigen al planeta que habitamos y á los organismos que lo pueblan. Esto será útil, en todo caso, mas no puede reputarse necesario, en el sentido natural de la palabra, como no lo es la calefacción, el alumbrado, la pavimentación, etc. Cuando más se desconocían estas cosas, es precisamente cuando se han producido más frecuentes casos de longevidad.

Eso de la superfluidad es un concepto tan elástico, que, en realidad, no dice ni explica nada. A nadie se le ocurrirá definir la avaricia, verbigracia, como que tiene origen en una superfluidad vital, en una actividad de lujo; ni se dirá que es una forma de juego. Sin embargo, el avaro magnifica la realidad en un sentido ideológico, lo mismo que el esteta emocional, si bien en una dirección distinta. El avaro acumula tesoros, como el esteta acumula imágenes y observaciones que han de servirle para emocionarse más fácil é intensamente, y es indudable que todo lo que aquél acumula de más es carga inútil, superflua. No obstante, sonrío el avaro, al agregar un nuevo bien «superfluo» á sus caudales, con igual complacencia con que el asno carga un grano que no es para él.

Para un enfermo no es un lujo, ni es superfluo hacer un viaje de recreo, como no lo es para un millonario; pero lo es, sí, para un pobre jornalero que tiene más cargas que recursos. Un baño era antes una superfluidad, un lujo, así como es hoy una necesidad corriente.

A cada instante vemos, por un lado, un relativismo constante en la apreciación de lo necesario y lo superfluo, y por otro lado, una serie de demasías diversas que nadie intenta calificar como un lujo ó una superfluidad.

A nadie se le ha ocurrido considerar como un lujo, verbigracia, el espíritu religioso. Sin embargo, el comercio con los dioses no es necesario, en la acepción normal de la palabra, desde que también se puede vivir sin él, como viven los organismos inferiores y como viven los propios diversos pueblos de la tierra practicando formas religiosas antagónicas entre sí, lo cual demuestra, por sí solo, que esa necesidad no es perentoria. Se puede vivir sin ello; luego, debería considerarse también una superfluidad.

El esteticismo, como el misticismo, son distintas modalidades psíquicas que no pueden ser explicadas por un simple elemento negativo como es lo innecesario. Si comenzáramos á eliminar en el orden de lo necesario, entraríamos en un terreno de tal relativismo, de un relativismo tan arbitrario, que concluiríamos por reputar innecesario lo mismo que mantiene á los individuos en perpetua actividad, colocándonos así en oposición con una realidad objetiva, palmaria. Bastaría esto para que debiéramos desechar ese fundamento por irreal.

Spencer, en la inteligencia de que hay una oposición efectiva entre lo útil y lo bello, acepta la observación de Emerson, según la cual lo que la naturaleza ha creado antes para proveer á una necesidad, sirve después como ornamento. De este modo se explicaría que las mallas de los guerreros, las torturas, las prisiones sombrías, los

castillos en ruinas, etc., etc., sirvan de material literario, poético y teatral. Después de citar numerosos ejemplos en comprobación, concluye por establecer que lo bello nace de lo que ha dejado de ser útil, y que las cosas actuales, como que despiertan ideas poco distintas de las cosas ordinarias, son de escasa utilidad para el artista (1).

Esta ilusión, generada por el erróneo concepto de la objetividad de la belleza, sirve, al contrario, para demostrar que *toda manifestación estética presupone un curso subjetivo*; y es singularmente raro que este eminente filósofo haya podido resultar también víctima de aquella ilusión, cuando sus propias observaciones tienden con toda claridad á demostrar la afirmación que acabo de subrayar. Comparad, dice, lo que nosotros sentimos considerando las extensiones todavía incultas, en estado virgen, y lo que siente un salvaje en igual caso. ¡Qué contraste!

Esta sola exclamación basta para demostrarnos que el carácter estético de una cosa cualquiera, es una resultante de un relacionamiento psico-físico. Por más vírgenes é incultas que sean esas extensiones, nunca podrán ser consideradas de igual modo por el hombre civilizado y por el salvaje. Lo que cambia es la forma « subjetiva » de apreciarlas. En sí, no son más bellas, ni menos bellas. Esas mismas extensiones silenciosas, tristes, desolantes, donde no silba la locomotora, ni se destacan las aldeas con sus construcciones policromas sobre arabescos de una vegetación ordenada; esas mismas extensiones, más desiertas que la Pampa y el Chaco y que las mismas estepas rusas ó el Sahara africano, pueden hacer vibrar estéticamente al refinado moderno como pudieron hacer vibrar al troglodita, si éste hubiera tenido aptitudes para el esteticismo. El propio sello sombrío, siniestro, que acusan, es

(1) H. Spencer: «L'utile et le beau». — *Essais sur le progrès*, pág. 258.

un atributo de nuestra imaginación soñadora, evocativa. Esas extensiones desiertas pudieron entonces, como pueden ahora, generar el concepto de la belleza, como el del terror ó cualquier otro. ¿A qué debe atribuirse esta realidad, entonces, si no es á la existencia de un elemento subjetivo, cambiante, en uno de los factores de relacionamiento?

Esas ú otras extensiones, entretanto que se exhiben idénticas á sí mismas en lo substancial, permiten forjar todo género de cerebraciones á su respecto, dentro y fuera del esteticismo; y si para el hombre primitivo no bastaron á engendrar manifestaciones de carácter estético, es debido á que él no tenía aptitudes para evocar ni para idear libremente, con espontaneidad.

Esta incompatibilidad de estados psíquicos; la imposibilidad de cerebrar de un modo espontáneo entretanto que nos hallamos solicitados por el apremio de una necesidad perentoria, ha originado la ilusión de que el fenómeno estético es una superfluidad, y que en esa fuente, en lo superfluo, es preciso buscar su génesis. A nuestro juicio, aquella incompatibilidad, como lo dijimos anteriormente, no es más que «una circunstancia» que obstaculiza la manifestación estética, mas no tiene ninguna eficiencia ni valor alguno positivo para explicarla.

Hoy mismo, los más cultos y refinados no se deleitan estéticamente con sus propios asuntos, por bien que marchen, y si acaso pueden hacerlo dentro de las ideaciones, no lo hacen de un punto de vista emocional. ¡Guay del que sueña sobre estos tópicos! Lo que es un punto de mira en nuestro esfuerzo utilitario en la lucha por la vida, aguzado el instinto como está, hace imposible soñar, divagar, evocar. Las cerebraciones acusan entonces una tensión prosaica, práctica. Puede imaginarse fácilmente que no debían tener su espíritu muy libre nuestros antepasados para que pudieran prosperar las formas estéticas.



## VII

### EL ARTE Y LA EVOLUCIÓN ESTÉTICA

#### I. RELACIÓN ENTRE EL ARTE Y LA ESTÉTICA

En las múltiples formas en que se relaciona el hombre con el mundo externo y el psíquico, para satisfacer sus necesidades y sus aspiraciones se vale de su arte como del mejor medio de acción, ya sea para conocer, para procurarse lo que le conviene, para tributar sus homenajes, para producir, para solazarse; en fin, para todo.

Hemos visto que la modalidad estética, en todos sus grados, es una forma especial de relacionamiento, la más espontánea; esto es, la que sólo puede florecer fuera de la presión del apremio instintivo, y el arte que sirve para todo, sirve también para concretar, definir ó plasmar los estados psíquicos que se determinan en ese campo, lo mismo que para lo demás. Se ve así que la relación que existe entre el arte y la estética es la de medio á finalidad; pero es un error palmario, á mi juicio, considerar que todo el arte está adscripto á la estética, así como creer que la estética emocional acapare todas las formas superiores de relacionamiento. Lo más que puede ocurrir es que, por efecto de la evolución general, dicha modalidad se presente mejorada como « una

consecuencia » de nuestras formas de adaptación, cada vez más complejas y superiores á medida que el hombre se eleva en el conocimiento y se independiza de los apremios instintivos, y á medida que va rectificando los errores tradicionales que reducen su libertad psíquica y le quitan su verticalidad.

El arte, como ya dijimos, se manifiesta incondicionalmente dispuesto á secundar al hombre, como un arma siempre pronta á herir en el sentido que se la dirija. Mejor dicho, el arte no es una entidad concreta, como se la supone, sino un recurso de que usa y puede usar el hombre para todo. Nada es más natural, pues, que éste lo utilice para aquello que le conviene ó cree que puede convenirle. Es así que se ha servido de él para congraciarse sumisamente con sus ídolos y dioses más espantables, lo mismo que para guerrear, para navegar, para volar.

Del desconocimiento de esta realidad ha nacido la vaguedad desesperante de nuestro lenguaje toda vez que se aplica á precisar ideas sobre cuestiones artísticas y estéticas. Por más que el arte se haya aplicado alguna vez, preferentemente, á fines suntuosos y superfluos, no puede negarse que al propio tiempo se aplicaba á todo, y no pudo ser de otro modo, desde que había algo más premioso que « lo superfluo », que demandaba su auxilio. Sólo una confusión tal como la que ha presidido el estudio de esta cuestión, á causa de los espejismos tradicionales que han viciado el conocimiento, según trataremos de demostrarlo más adelante, puede explicar el cúmulo de juicios y apreciaciones tan imprecisas y contradictorias que se vierten en ambos dominios, el del arte y la belleza. Es así que se oye hablar indistintamente del arte, de la obra de arte, de las bellas artes, de la belleza, del ideal, etc., manteniendo todo esto en un verdadero embrollo.

Dice Hegel, hablando de la obra de arte: « Mais ce n'est pas cette réalité extérieure et matérielle qui constitue l'œuvre d'art; son caractère essentiel c'est d'être une création de l'esprit, d'appartenir au domaine de l'esprit, d'avoir reçu le baptême de l'esprit, en un mot, de ne représenter que ce qui a été conçu et exécuté sous l'inspiration et à la voix de l'esprit. Ce qui nous intéresse véritablement, c'est ce qui est réellement significatif dans un fait ou une circonstance, dans un caractère, dans le développement ou le dénouement d'une action. L'art le saisit et le fait ressortir d'une manière bien plus vive, plus pure et plus claire que cela ne peut se rencontrer dans les objets de la nature ou les faits de la vie réelle. Voilà pourquoi les créations de l'art sont plus élevées que les productions de la nature. Nulle existence réelle n'exprime l'idéal comme le fait l'art (1). »

Confundida así la obra de arte con la belleza y el ideal, como una entidad capaz de realizar el prodigio de corregir á la naturaleza, de embellecerla por su magia, se comprende que no sea fácil Hermanarla con la ciencia, y que haya provocado las protestas de los cultores del conocimiento, dentro del plano en que se va excluyendo lo extraordinario por lo verdadero. Considerado así el arte, como algo que puede consumir el milagro de lo bello, del ideal, por causas misteriosas, trocando la realidad « inferior » en algo maravilloso, se conciben las salvedades que se formulan á nombre de la ciencia (2); pero nos parece claro que tal oposición es sólo aparente.

El arte y la estética, si pudieran considerarse como

(1) Hegel: *Esthétique*, t. 1, pág. 13.

(2) Dice Le Dantec: « Je crois que le progrès de la tendance scientifique dans un individu s'oppose, chez cet individu, au progrès de la tendance artistique. Plus on aime la précision et la vérité impersonnelle, plus on se défie des entrepreneurs d'illusion. » — *Science et conscience*, pág. 318.

entidades, son dos entidades *independientes*, aun cuando en algún caso mantengan una relación de medio á finalidad. El arte subsiste sin la modalidad estética, de igual modo que ésta subsiste sin el arte; y puede decirse aún que la mayor actividad artística se manifiesta fuera del campo estético, — el emocional sobre todo, — como ocurre principalmente con las artes industriales y la investigación científica. Cuando el salvaje prepara su flecha y cuando el bacteriólogo investiga, se valen igualmente del arte, y ni una ni otra cosa las hacen, por lo general, para servir una modalidad estética, — si bien ésta puede florecer por igual en ambos casos, — sino en vista de la satisfacción de una necesidad vital, ó de un interés. Del mismo modo, el que se deleita estéticamente contemplando un paisaje dentro de una aurora ó de un ocaso, no invade por eso el dominio artístico. Sólo podría decirse que al ordenar subjetivamente sus ideas y evocaciones, lo hace con arte, es decir, con ingenio, con inteligencia. De ese punto de vista, llegaríamos á establecer que el hombre no puede dejar de valerse de sus recursos artísticos, para todo, como no puede dejar de valerse de sus sentidos y facultades; pero, tomando como arte tan sólo *la exteriorización* de tales recursos, en su faz objetiva, que es la evaluable y la que nos interesa, resulta que pueden percibirse destacados ambos dominios, el del arte y el de la estética, claramente definidos.

Si el artista va ampliando la órbita estética, como va ampliando el dominio científico, este resultado no significa que sea la belleza ó la ciencia la finalidad exclusiva del arte. Son campos distintos de cultura de la actividad artística, y ésta abarca todos los dominios de la acción del entendimiento.

El arte se aplica por el organismo *á servir al organismo*, en todos los planos posibles del pensamiento y

de la acción. El hombre va acompañado de ese recurso como va acompañado de sus órganos y sus músculos, de sus sentidos y facultades, en su marcha hacia la consecución de sus propósitos, y ese recurso está supeditado al hombre como lo están sus sentidos y sus músculos, y de tal modo, que lo acompaña incondicionalmente, sin que le limite la licitud ni la inmoralidad, la virtud ni el vicio, la utilidad ni la inutilidad, lo bello ni lo horrendo. Sólo el instinto animal reina con soberanía sobre el hombre, y de ahí que no haya perdido su orientación natural ni en los propios días de mayor extravío en las ideas.

El arte ha sido una manifestación primaria, anterior al fenómeno estético. Las primeras ideaciones han debido dirigirse en el sentido de adaptar el organismo al mundo exterior en una forma rudimentaria, de simple satisfacción de sus necesidades perentorias. Antes de idealizar ó de idear en una dirección francamente estética, en un orden más desinteresado y superior, ha debido atender lo que le era más premioso. Así, por ejemplo, el lenguaje, que es una obra de arte realizada por el hombre en su esfuerzo de adaptación á la vida social, ha debido emplearse antes que en filigranas poéticas, en la consecución de lo que era más vital, sin duda alguna.

El esteticismo, el propio esteticismo emocional, sólo ha podido prosperar á medida que el hombre se ha ido emancipando de los apremios de la necesidad; pero el arte ha acompañado al hombre en todas las vicisitudes de su evolución y en todas sus formas de actividad. Es por eso que puede verse en cualquier documentación arqueológica un vestigio artístico, esencialmente artístico, por ínfimo que sea, tan inequívocamente artístico como lo son las obras más portentosas del arte moderno.

En definitiva, el arte, pues, es un auxiliar del organismo; más aún: la forma artística es la mejor que em-

plea el organismo para atender sus necesidades y aspiraciones. ¿Podría suponerse una subordinación exclusiva de los sentidos á una modalidad psíquica cualquiera, con prescindencia del organismo, de todo el ser, de la completa individualidad? Naturalmente que no, y lo mismo sería considerar que el arte está, estuvo ó estará un día exclusivamente consagrado al esteticismo. Es, precisamente, por la inmensa variedad de sus formas que el arte parece intangible y se le reputa como una entidad de excepción, casi sobrenatural.

Si es difícil concretar la modalidad estética por su variedad y su relativismo, que la exhiben bajo tan diversos aspectos, no lo es menos el arte, por cuanto comprende todas las formas de la actividad deliberada, que son innumerables y progresivas, como las del esteticismo, que son una consecuencia de la evolución.

No puede decirse, pues, con propiedad, que el progreso es fruto del arte, sino del hombre, que lo opera por obra de su propia estructura inteligente y evolutiva, en consecuencia; ni puede decirse que la belleza es obra del arte, sino del hombre, que, al adaptarse á la realidad, — su ambiente, — va ajustando sus cerebraciones al ritmo natural. No puede decirse tampoco, propiamente, que el hombre mejora la realidad por su arte, porque ella es inmejorable, sino más bien que, al adaptarse de un modo más racional, como lo hace por el conocimiento, experimenta los beneficios consiguientes á un ajuste mejor en sus relacionamientos con la realidad infranqueable, insuperable. De ahí que no haya podido ni pueda prosperar el esteticismo fuera de cierta cultura y de cierta libertad mental.

La relación entre el arte y la estética es, entonces, la de medio á finalidad, mejor dicho, la de un medio general á un fin particular.

## II. EVOLUCIÓN EMOCIONAL

El estado de emoción debió ser la característica del hombre primitivo, como lo es del salvaje, que vive bloqueado por idealizaciones terroríficas. La libertad psíquica indispensable para el florecimiento estético debió, pues, aparecer muy tarde. En el propio período inicial del cristianismo, todavía se advierte la congoja que oprime á los espíritus. Este estado de ansiedad que se caracteriza en el famoso Apocalipsis y en todos los relatos de los exégetas cristianos, no podía favorecer el desarrollo de las formas estéticas superiores, por lo menos, por cuanto para ello se exige cerebrar más impersonalmente, y esto no pudo acaecer entre los que se suponían en todo instante amenazados por las iras divinas, cuando no sollicitados por espíritus maléficos, que se les ofrecían insidiosos á cada paso, para tentarlos pérfidamente, alevosamente.

Todo induce á pensar que á medida que retrocedemos en la investigación del proceso estético, se encuentran cada vez menores huellas de esa modalidad. El hombre primitivo, cuanto más primitivo, debió hallarse más obseso, más esclavizado por preocupaciones excluyentes de la libertad mental requerida para que prosperen las formas estéticas.

Si acaso hubo entonces manifestaciones incipientes de orden estético, éstas no pudieron florecer ni alcanzar el grado de emoción. Aun dentro de una plena vida emocional, pues, debemos suponer que la emoción estética no se manifestó. Sería inconsulto pensar que fuera posible la modalidad estética típica antes que el hombre se independizara de las preocupaciones afligentes que lo subyugaron cuando todo le era desconocido, y cuando se suponía en pleno reino sobrenatural, expuesto á crueles

castigos por cualquier causa, en medio de asechanzas que lo rodeaban por todas partes y de todas maneras. Sus emociones debían ser entonces de otro carácter.

Apenas se abrió algo la conciencia, la evolución debe haber determinado una emocionalidad grosera, torpe, pasional, antes de que se produjera la emoción delicada que presupone mayor caudal consciente y mayor libertad mental, y de ahí es que han podido surgir también en ese terreno más abierto, las formas superiores de racionalidad, que determinaron el esfuerzo cognoscitivo.

Puede decirse que el miedo es la antípoda del fenómeno estético, porque éste se opera cuando las cerebraciones son más espontáneas y acordes con nuestra individualidad, y el miedo es precisamente un estado psíquico de disociación, de dislocación de la conciencia. Lejos de sentirnos aletargados por nuestro cerebrar más espontáneo, nos sentimos conturbados, sacudidos por un orden de cerebraciones de carácter urgente, defensivas, contrarias por completo á nuestra espontaneidad mental; y el miedo, el terror, el pánico mismo debieron estrechar al hombre, hasta determinarlo á adoptar las múltiples formas religiosas que por todas partes se manifiestan en la tradición histórica, con visos de morbosidad característica en muchos casos.

La psicología religiosa, hasta que se mantuvo en sus formas álgidas, debía excluir necesariamente la manifestación estética que requiere libertad mental para prosperar. ¿Qué libertad podía dejar al hombre una preocupación tan grave como es la del comercio con dioses irascibles, vigilantes, que en todo momento estaban prontos á una represalia, á dar un feroz escarmiento por razones de su lógica tan arbitraria? Entre la naturaleza y el hombre se erguían esos fantasmas, pues, como un obstáculo á las formas espontáneas de adaptación. Lo mejor,



lo más apetecido, era quizá lo mismo cuyo holocausto exigían estos dioses sedientos de la sangre del sacrificio para aplacarse.

Los cantos salvajes denotan la incertidumbre, la congoja que embarga. Los viejos cantares nos envían aún sus ecos siempre tristes, siempre plañideros. Los de nuestra propia campaña, de ayer no más, están impregnados también de una melancolía afictiva. Esas melodías quejumbrosas, lastimeras, reflejan con ingenuidad la psicología de los hombres de uno ó dos siglos ha, tan sólo, y así mismo suenan como un lamento en las poblaciones que matizan nuestras cuchillas de esmeralda, hoy en vías de tan extraordinarios progresos.

No serían por cierto menos desconsoladoras las antiguas danzas religiosas, con sus monótonos cantos rimados.

El paganismo griego, menos inhumano que el cristianismo, permitió las formas emotivas dionisíacas, que acusan un consorcio más íntimo con la naturaleza; pero tanto el cristianismo, como todas las formas religiosas que consideran por encima de este mundo la finalidad humana, obligando al hombre á sacrificar los bienes presentes para poder aspirar á los de ultratumba, así como las que conciben la intervención de los dioses dentro de un sentimiento de justicia sobrenatural, y, por lo mismo, arbitraria é implacable, han debido ser fatales para cualquier esteticismo definido.

Es dado pensar, pues, que las formas estéticas inferiores han podido manifestarse mejor antes de que el hombre tomara en serio su comercio con los dioses, y principalmente con dioses tan iracundos é inhumanos, inexorables. Nada es más antagónico del esteticismo que tales formas supersticiosas, incompatibles con esta modalidad mental, como lo es un peligro inminente.

Hay dos formas típicas, puede decirse, de normalidad:

la ignorancia inconsciente y el conocimiento racional. Los ignorantes viven en plena seguridad porque no saben que ignoran, y la duda, que es la clave del temor, no les asalta. La duda se formula á medida que se inicia la especulación para explicar el misterio, lo ignoto que entrevemos. Un conocimiento demasiado incompleto, peor aún, mal encaminado, es fertilísimo para engendrar la duda inquietante, el desasosiego. Entonces apremia el instinto sin auxilio alguno, sin concursos inhibitorios, y cada cual trata de ampararse, de defenderse por cualquier medio. En ese estado mental es más fácil el éxtasis ó la alucinación mística, que las formas libres de cualquier modalidad estética superior, característica.

Si los excitantes favorecen las emociones congéneres de las formas estéticas, como la beatitud, el embeleso, la alegría, la exaltación desopilante, es porque, según se ha dicho, al atenuar el concepto de la responsabilidad, permiten á la individualidad expandirse libremente. Así es que se despiertan los optimismos consiguientes á un estado tónico, haciendo cerebrar con una espontaneidad que no pueden ofrecer los estados de tensión nerviosa que suscita el terror ó la lucha. Los excitantes engendran estados psíquicos de plenitud, porque nos irresponsabilizan. Al desvanecer nuestra conciencia aguijada por el temor de un fracaso, al tonificarnos, determinan formas cerebrales más libres. Es así que se ofrecen como reveladores de las tendencias individuales más íntimas. Son libertadores « efímeros » de nuestras preocupaciones; pero en estado de vigilia, cuando apremian las zozobras de la responsabilidad, cuando el instinto las magnifica todavía, es imposible que se concilie la visión terrorífica con la libertad mental, que es un elemento requerido fundamentalmente para toda manifestación estética.

El religioso primitivo debió sentirse peor que some-

tido, esclavizado, torturado, traicionado por la naturaleza. El animismo debió insinuarse por todo el ambiente, de mil maneras. En cada parpadeo debió haber la visión de un fantasma, de un reproche, de una amenaza. Es poco juicioso pensar que en tal situación moral pudiera expandirse el hombre estéticamente. Puede afirmarse que es más favorable al esteticismo la propia ignorancia que la intelectualidad, cuando oprime la angustia ó la inquietud misma. Si puede generarse el fenómeno estético en formas rudimentarias, en plena ignorancia, es imposible que se engendre en ningún grado sin una dosis de libertad mental, ni aun en sus aspectos más leves; si el ignorante ó el propio inconsciente sólo pueden vibrar estéticamente de un modo torpe, en cambio no puede vibrarse de ningún modo, ni aun así, cuando apremia el instinto, cuando invade la congoja.

Para idear é idealizar de un modo espontáneo, lo mismo que para entrar al campo científico, han debido desvanecerse esas visiones aflictivas que implicaban una actitud perenne de premiosa defensa. El proceso evolutivo, pues, es el de la independización del espíritu humano, así como su meta es hoy el mayor dominio cognoscitivo de la realidad. La emoción ha ido así desde lo terrorífico hasta lo grosero, pedestre, y de ahí se dirige hacia el consorcio normal con la naturaleza, á ese campo opimo donde surgen como flores las modalidades estéticas, tendiendo todas á intelectualizarse para llegar á la racionalidad, que es su forma superior.

Si pudiéramos ver las cerebraciones como se ven las arboledas ó los movimientos de las aguas del mar, podríamos advertir que cada cual trata de ubicarse, aunque sea dentro de un mismo ambiente, en el orden de actividades que mejor se avienen con sus tendencias individuales más espontáneas; si pudiéramos analizar fenómeno por

fenómeno en el campo estético, como se pueden observar las aves ó las plantas de un valle, se notaría, en primer término, que siempre se tiende á cerebrar con espontaneidad, vale decir, en el sentido más acorde con la personalidad, ya sea á base de ideaciones ó de idealizaciones, y, en segundo término, se vería que los fenómenos estéticos participan de ambos concursos: el ideador y el idealizador, si bien en diverso grado; y, por último, observaríamos también, que para que el esteticismo se desarrolle en formas superiores, se requiere, por una parte, libertad mental, y, por la otra, el auxilio del conocimiento. Fuera de ahí queda excluido el esteticismo superior, así como fuera del uso de esa libertad queda excluida toda manifestación estética.

Para verlo mejor, supongamos que en una misma extensión de campo han plantado sus carpas diversos grupos; naturalistas: geólogos, paleontólogos, entomólogos, botánicos, etc.; artistas, según la acepción usual: escultores, arquitectos, pintores, poetas, literatos, etc., y un grupo heterogéneo de turistas, entre los cuales hay filósofos, metafísicos idealistas, ó bien místicos, cinégetas, etc. Supongamos también que tienen aseguradas sus necesidades más perentorias de alimentación, abrigo, etc. Si nos fuera dado observar los procesos mentales de cada uno de los grupos, advertiríamos, en primer lugar, que unos actúan á base de ideaciones principalmente; otros á base de idealizaciones, y otros con una y otra base, indistintamente; en segundo lugar, podríamos notar que dentro de cada grupo hay innumerables diferenciaciones en las propias ramas del mismo proceso; y, por último, observaríamos que, *fuera del orden de conocimientos racionales, no hay dos cerebraciones idénticas*. No obstante, en ese torbellino de cerebraciones diversas, podríamos ver que las que se dirigen al conocimiento van por un camino

más ideador que idealizador, en tanto que las que se alimentan de la fuente tradicional tienden á hacer preponderar la idealización sobre la ideación.

En el de los naturalistas, verbigracia, veríamos que todos, por diversas vías de ideación, tienden á conocer, á precisar, á dominar; en el de los « artistas » advertiríamos que, entretanto que los plásticos acusan una tendencia marcada á la idealización, los poetas y literatos se valen de uno y otro concurso para actuar; en el otro grupo de turistas observaríamos que los idealistas y pragmatistas idean dentro de un campo abstracto, prescindiendo de los documentos que ofrece la realidad objetiva, ó sea la misma que interesa á los naturalistas por vías ideadoras y á los artistas plásticos por vías idealizadoras, y á los poetas y literatos los veríamos actuar por ambas vías á la vez. Los místicos, cerrados en la contemplación de sí mismos, con recogimiento, permanecerían pasivos, en tanto que los cinégetas hacen ejercicio físico y se solazan con los goces orgánicos.

Advertiremos, ante todo, que dentro de todas estas modalidades psíquicas, como formas de relacionamiento físico-psíquico ó psico-psíquico, cabe el esteticismo. Él dependerá, en grado y calidad, del mayor ó menor ajuste de las cerebraciones que se desarrollan con las tendencias individuales, así como, en cuanto á calidad, del aporte de conocimientos; pero observaremos que, cualesquiera que sean el grado y la calidad de estas formas de esteticismo, se presupone libertad mental, ó sea la irresponsabilidad del instinto que apremia. Si allí mismo descendiera de las nubes « un enviado celeste » proclamando una catástrofe, como antaño, ó bien si se produjera una inundación, un diluvio, un terremoto, todas las cerebraciones se contraerían bajo la presión instintiva vital, y se desvanecería todo esteticismo. Apenas surge el apre-

mio instintivo, ceden las formas estéticas, tanto las emotivas como las racionales.

¿Podría decirse, por esto, que estaba excluido antes el instinto? No, lo que estaba excluido era *el apremio instintivo*. En cuanto al instinto, era él, precisamente, el que encendía las ideaciones é idealizaciones de todos los grupos y en todos los individuos de todos los grupos, dado que cada cual ha tratado de cerebrar de acuerdo con las tendencias de su propia individualidad.

Puede verse, asimismo, que es el conocimiento, el mayor dominio de la ideación, lo que más favorece la libertad mental y dilata el campo de las cerebraciones, en consecuencia. Si uno de los que estaban allí hubiera podido demostrar á los demás que aquel embajador celeste era fruto de un alucinamiento, ó hubiera podido construir un puente para preservar de la inundación, ó bien determinar el sitio donde podían ampararse con seguridad del diluvio ó del terremoto, apenas renacida la tranquilidad en los espíritus, habrían vuelto á abrirse las cerebraciones habituales y hubiese podido surgir de nuevo el fenómeno estético, en todos sus grados y variedades. Bien, pues: esa es la obra de la investigación científica. Ella es la que libera de los fantasmas tradicionales y reduce los apremios, propiciando así las formas de todo esteticismo; es ella la que normaliza al hombre obseso durante siglos y siglos, al místico atormentado por mil supersticiones y quimeras esclavizantes.

Tanto en el campo físico como en el psíquico están siempre latentes los elementos que han de engendrar el fenómeno estético en todos sus grados; pero para que éste pueda prosperar, es preciso que se verifique un consorcio físico-psíquico ó psico-psíquico, con alguna espontaneidad. Esto es fundamental. La naturaleza, por su parte, se nos presenta bajo tantas fases cuantos sean los puntos de

vista desde los cuales nos trabajamos con ella. Tanto en lo que se refiere á los relacionamientos generales como á los de orden estético que de ellos surgen, cuando llegamos á la cerebración espontánea hay una diversidad considerable de formas, la misma que está determinada por la variedad de tendencias personales. Esto no excluye la posibilidad de que haya fases más constantes de relacionamiento, determinadas por precedentes ancestrales, principalmente, no ya por la identidad fundamental de nuestras exigencias instintivas y por la comunidad de los elementos ambientes. De ahí que también haya, en medio de la diversidad de formas estéticas, algunas más persistentes. Hay cosas é ideas de tal modo asociadas en nuestra mentalidad, que engendran manifestaciones más permanentes y modalidades estéticas más generales. Así, por ejemplo, entre otras muchas cosas, los relatos de las hazañas de nuestros antepasados, que siempre se esmera en magnificar la tradición y halagan nuestra vana presunción de semidioses, hijos de dioses, cuando no descendientes de héroes - semidioses que mauejaban el rayo á su antojo, todavía promueven múltiples formas de esteticismo emocional en todos los hombres.

Pero si todo esto que nos engaña, haciéndonos vivir de leyendas más bien que de realidades, permite la floración estética emocional, no ocurre así con las tradiciones supersticiosas y religiosas, que hacen temer siempre desmedidamente las iras divinas, hasta aconsejarnos el menosprecio de los bienes terrenos. Esto cercena, cuando no excluye, el esteticismo, porque reduce, cuando no imposibilita, la libertad, que es el único plano donde pueden producirse copiosamente las modalidades innumerables y superiores del fenómeno estético.

Dentro de la propia emotividad puede hallarse, pues, excluída la manifestación estética, como puede alcan-

zar, merced á las cooperaciones del conocimiento, un grado de considerable desarrollo en calidad, cantidad y variedad.

### III. EVOLUCIÓN DEL ESTETICISMO

Ha pensado Tolstoy que el arte, para ser de buena ley, debe estar al alcance de todos. Se refiere al arte emocional, naturalmente.

Esta tesis se apoya en un hecho inexacto, y es el de que las obras maestras se imponen á todos por igual.

El generoso anhelo del pensador nos parece utópico. Fuera de que es imposible que se emocionen y vibren con la misma intensidad un espíritu selecto y un espíritu grosero, aun ante las propias obras consagradas, por más que lo simule á veces la sugestión, es imposible también que se hallen en igual caso, jamás, los que han cultivado su sensorio y su intelecto por disciplinas especializadas, acopiando observaciones y antecedentes, y los que han permanecido ajenos á este cultivo. Si fuera posible obtener una simple equivalencia de emociones entre el espíritu vulgar y el refinado, debería ofrecerse á cada cual una obra de distinta naturaleza.

En los planos fundamentales en que se desarrolla el torrente de cerebraciones, se opera, como es natural, una selección, que debe manifestarse en sus efectos. Cada disciplina predispone á nuevas formas emocionales y racionales, en el proceso invariable de rectificaciones de la individualidad; cada conquista rompe una fila de cristalizaciones cerebrales, si puede decirse así; cada paso de avance requiere un esfuerzo, que es preciso realizar para sentir los efectos. Es así que, entre la emoción del refinado y la del rústico, hay la misma diferencia que entre un encaje flamenco y un tejido burdo. El vulgo irá siem-



pre, forzosamente, detrás del esteta superior, por más que jadee para alcanzarlo. Cuando el vulgo ha llegado á comprender lo que proclamara como bello el esteta, ya éste se ha distanciado nuevamente, en su afán irresistible de ascender, de ampliar los dominios de su esteticismo.

De esta permanente retaguardia á que se halla condenado el vulgo, acaso nació el snobismo. Acostumbrado á sufrir desengaños, el espíritu inferior comienza á darse por convencido antes de estarlo realmente. Esto, que es apenas una semiconciencia del progreso constante del esteticismo y del arte, es ya algo, pero no es suficiente para fundar una igualdad en este terreno. Para realizar aquel anhelo sería menester que entretanto que se entrenan los espíritus vulgares, quedaran estacionados los selectos.

¿Cómo podría encontrarse una fórmula que satisficiera por igual las exigencias del refinado y las del zafio, con ser tan distintas como son? Para lograrlo no hay otro camino que el de la realidad, esto es, satisfaciendo con obras de distinto orden demandas distintas; pero es imposible que una misma cosa sea comprendida de igual modo por hombres cuyo criterio juzga con arreglo á un plan de idealizaciones y evocaciones *distintas*.

Desde que todo puede engendrar conceptos estéticos, la línea á seguirse es la de una exploración continua en todos los dominios de la cerebralidad aplicada á adaptar, á asociar al hombre y la naturaleza, el organismo á su ambiente, y á medida que avanza, el esteta encontrará más grato el concepto que la exterioridad; lo sincero y llano, que lo artificioso; lo simple, intenso, descarnado y franco, que lo ampuloso y lo pedante; lo que conserva su carácter originario, esencial, típico, que lo que ha sido deformado por convencionalismos; en tanto que el vulgo

se deleita con el artificio, con las armazones de relumbrón, con lo altisonante, con lo afectado, con lo presuntuoso; vale decir, con lo mismo que repudia y menosprecia el refinado por efecto de su propia evolución. Es así que el espíritu culto se detiene á observar y se deleita con las mismas bestias y plantas que el rústico maltrata con su zueco.

Hay un trabajo constante de especialización, diríase una supersensibilidad adquirida por el ejercicio de los sentidos y facultades que se dirigen á percibir las intimidades de cada entidad, por mínima que sea, lo cual permite apreciar los matices más tenues y delicados en cada orden de manifestaciones, y ese entrenamiento por el cual se van acopiando elementos que han de producir la eclosión estética, no debe quedar olvidado, porque se incurre así en un desconocimiento palmario de una realidad tangible. ¿Cómo, pues, pretender que el vulgo pueda percibir y apreciar, por más que se empine, lo mismo que percibe y aprecia por un tenaz esfuerzo de especialización el espíritu selecto? ¿Podría rivalizar en destreza digital el gañán de manos encallecidas, con el pianista, verbigracia, que no ha hecho más que ejercitarlas con solícito cuidado?

Son bastante recientes los aspavientos inspirados por el naturalismo y el realismo literarios, el «leit motiv» y la dramatización musical en la obra lírica, y el impresionismo en las artes plásticas. Todo esto provocó nutridas protestas de sincera indignación. No obstante, los «mártires», diríamos, de estas reformas, han sido aclamados hasta por el vulgo mismo. A Wagner, que fué tan discutido por los propios intelectuales, se le escucha ya con recogimiento hasta en nuestras plazas públicas. Lo mismo puede decirse de lo demás; y es así que los silbidos de reprobación de que tanto huyen

los ramplones, han sido precursores muchas veces de verdaderos acontecimientos artísticos.

Guyau afirma que para que un sentimiento llegue á ser verdaderamente estético, su armonía debe ser percibida con espontaneidad. « Es necesario, dice, que nuestra conciencia entera esté interesada y en acción, pero sin razonamiento y sin cálculo, en disposición de experimentar inmediata y espontáneamente un placer á la vez sensitivo y voluntario (1). »

Esta concepción estética es inexacta, porque precisamente las formas máspreciadas de esteticismo, como se ha visto, son aquellas que requieren un esfuerzo preparatorio mental.

Este filósofo sueña generosamente, como Tolstoy, con formas estéticas absolutas, y es así como espera que un día el progreso habrá de confundir por completo lo agradable con lo bello y con lo artístico, llegando en esa visión utópica hasta pensar en que habrá instrumentos de una sonoridad tan perfecta, que no pueda tocárseles sin que emitan sonidos de valor musical. « El más ligero choque, dice, hará vibrar hasta las profundidades de nuestra vida moral (2). »

Para llegar á esta conclusión es menester que se olvide el valor relativo del sonido que emociona, á veces, no por su sonoridad solamente, sino por « su ajuste » á lo circunstancial. Las asonancias y disonancias que comienzan á utilizarse como medios de expresión, y algunos instrumentos, que no descuellan ciertamente por su sonoridad, quedarían excluidos del arte musical si se realizara el sueño de Guyau, y, en cambio, parecen estar en vías de florecimiento. Tan relativo es el sonido, que una nota á destiempo, por más dulce y sonora que sea,

(1) Guyau : *Problemas de estética contemporánea*, pág. 52, v. c.

(2) Guyau : *Problemas de estética contemporánea*, pág. 111, v. c.

irrita ó mueve á risa, como una frase ó una palabra fuera de oportunidad.

Entre el sonido y el concepto á que aquél se aplica, hay la misma relación que entre la palabra ó el signo y el pensamiento que tratan de expresar. Nadie pensará que jamás pueda confundirse el pensamiento con las palabras ó los signos de que nos servimos para exteriorizar nuestras ideas, por más que se los perfeccione. Lejos de eso, tal cosa sería fatal para el arte y el esteticismo. Pensar, pues, en aquellas sonoridades prodigiosas de por sí, equivaldría á pensar que podría hallarse una palabra ó una frase que deleite á todos por igual, definitivamente.

No son los sonidos los que habrán de modificarse más con la evolución, sino nuestra manera de utilizarlos y comprenderlos. El esteticismo se transforma constantemente. Lo que nos parecía bello, deja de parecernos así que avanzamos. Para deleitarnos con aquello que anteriormente promovió nuestros entusiasmos, es preciso que lo idealicemos en un sentido magnificativo, lo cual presupone que no es aquello mismo lo bello, sino su evocación. No es, pues, en la faz objetiva donde es preciso esperar la evolución estética, sino en la subjetiva. Los menos evolucionados seguirán deleitándose con los mismos motivos con que los más evolucionados se hartían. Los salvajes, cuyo esteticismo es siempre melancólico ó bélico, se solazan con monótonas danzas guerreras, con movimientos y alaridos que se repiten interminablemente, á la vez que los bibliófilos y los bibliómanos con libros y hasta con las viejas pátinas de los mismos, que perciben y acarician con fruición; los niños se encantan con un grotesco espectáculo de circo ó de títeres, ó bien simulando con sillas y cuerdas que conducen un carro ó un tren. Lo trivial es bello para el espíritu vulgar, y hasta los propios asuntos que han per-

dido interés para el evolucionado, vuelven á reconquistarlo, á veces, por la evocación generosa.

Por eso es tan personal el gusto. Juntar á dos emocionales de distinta cepa, es exponerlos á continuas riñas, como lo es el juntar á dos viejos malhumorados: lo que al uno deleita, crispa al otro.

El gusto es siempre personalísimo. Á los místicos, ciertos solaces mundanos, aun los más inocentes, les escandalizan, porque están fuera de su órbita estética. La religiosidad elimina naturalmente del campo de su libertad mental todo aquello que pueda caer bajo la acción de sanciones celestes, y estrechan así su esteticismo; la supersticiosidad mina el alma de melancolías infinitas, y *dentro de eso mismo* buscan el místico y el supersticioso su solaz estético, apenas pueden espontanearse. Para cada agrupación y para cada cual hay un concepto de la belleza, dentro del sesgo de sus inclinaciones, determinado, como se comprenderá, por múltiples factores y antecedentes. Es así que puede hablarse de la belleza japonesa, india ó europea, como una tendencia común, motivada por los factores y antecedentes comunes, mas no por eso idéntica, desde que dentro de cada tendencia se advierte una infinidad de variedades y matices.

Si se suprimiera la facultad de idear é idealizar, quedaría por completo suprimido el fenómeno estético, porque es esa facultad la que genera los esteticismos superiores é inferiores; pero si sólo se destruyera lo que ahora nos emociona ó por cualquier forma ideadora nos deleita estéticamente, crearíamos un nuevo orden de esteticismo sobre esos mismos escombros, del mismo modo que los enclaustrados sustituyen la psicología de la libertad por la del muro estrecho y enrejado, y vibran estéticamente allí mismo, apenas se familiarizan con la vida claustral y obtienen su normalidad.

En las propias deformaciones y transformaciones de la función nutritiva, la glotonería y el refinamiento del gourmet, debidas á idealizaciones de diversa índole, pueden caracterizarse el esteticismo inferior y el superior. Ahí mismo puede verse, por un lado, que es tanto más animal cuanto menos consciente y, por otro lado, que es tanto más seleccionado cuanto más intelectual. Si Berthelot hubiera podido llevar á cabo su intento de simplificación nutritiva, ¿cuánto se habría modificado esa función que sirve de deleite á tantos y tantos!... Y si tal proceso se opera en las propias manifestaciones inferiores de emocionalidad vegetativa, animal, ¿podrá dejar de operarse en las superiores, ó en los dominios racionales? Claro que no, desde que es precisamente su acción la que determina aquel proceso de transformaciones constantes, y la evolución estética es una consecuencia del mismo.

Se ve así que la evolución empuja todo hacia la mayor intelectualización, todos los dominios mentales. De lo pasional se va á lo sentimental, y de ahí á lo intelectual, á lo intelectual-racional. Sólo la ilusión, que hizo considerar como una peculiaridad intrínseca ó extrínseca de las cosas su esteticismo ó su inesteticismo, ha podido motivar el desconocimiento de este fenómeno en todos sus grados, llegando á suponerse que la misma emoción estética es un simple efecto de la percepción de las cosas bellas en sí. Esa ilusión no ha permitido disociar el fenómeno para considerarlo en sí mismo, y es de ese modo que las teorías se han referido á la supuesta causa eficiente, objetiva, descuidando los efectos de relacionamiento; pero aislada dicha modalidad de lo que le sirve de simple causa ocasional, puede verse que su evolución obedece á la misma ley de intelectualización que acompaña todos los procesos de la actividad, tanto en la faz emocional

como en la racional. Todos los esteticismos tienden así á participar, cada vez más, del conocimiento.

En la evolución general, las idealizaciones se seleccionan á base de ideación, y las ideaciones se seleccionan á base de conocimiento. Si dentro de las formas de idealización nuestro relacionamiento con el mundo exterior, en el proceso de adaptación, parece mantenerse en un campo arbitrario, no por eso deja de sentir el influjo de los progresos de la racionalización, operándose así un ordenamiento, á medida que se rectifican nuestros juicios y se amplían. Como que la evolución se desarrolla sobre un fondo preexistente, que es todo lo que ha acumulado la inteligencia en cuanto á observaciones, á juicios y prejuicios, á usos más ó menos rectificados, y demás antecedentes, es siempre más fácil encontrar predisposiciones para el acatamiento de lo ya consagrado, que para propiciar reformas. Esa es la influencia del hábito, ese es el prestigio del pasado; pero puede verse, así mismo, que van transformándose, bajo la acción del conocimiento, las propias modalidades emocionales, como se transforman las prácticas sociales y políticas, y todo lo demás.

Veamos ahora qué es el pasado, y cómo influye en la evolución estética.

#### IV. EL PASADO

Muchos son los que apagan todavía su sed de saber explorando el pasado; á muchos espíritus se les impone de tal manera la tradición, que una duda acerca de su autoridad ó de su prestigio paréceles una irreverencia, cuando no una herejía. Para ellos, la sabiduría de nuestros antepasados no puede ser sobrepujada. De ahí que sean tan pocos los que inquietan libremente sobre lo tradicional, para saber lo que hay de aprovechable y de ver-

dadero en esos antecedentes, y lo que hay de falso, para rectificar sus juicios. Entretanto que éstos se hallan espoleados por la curiosidad y la duda, aquéllos viven petrificados, á veces, en un orden de ideas cuyo germen inspirador acaso data de los días más nebulosos de la prehistoria. Para éstos, el progreso es una adversidad, y no pudiendo dar máquina atrás para reconstruir el pasado, protestan contra la evolución natural. Tamaño desvío, fruto de una falsa idealización retrospectiva, insana, que no deja ver las cosas como son, hace que se malogre *el presente*, que es el mayor bien posible y que, por lo demás, *es*. Este espejismo, que nos muestra como superior la serie de « presentes pretéritos », tanto menos envidiables cuanto más lejanos, se ofrece, así mismo, para muchos, con una magia irresistible.

De todo punto de vista, sin embargo, es más bien compatible que envidiable ese « *remoto presente* » que tocó vivir á nuestros antepasados.

Los espíritus soñadores, como que están en plena adoración contemplativa de lo que fué, resultan molestados por toda audacia en el sentido de avance. Para ellos la vida no tendría sentido fuera de los relatos que susurran en sus oídos fascinados, y por más que sea leve ese susurro como el de una lejana arboleda, ellos, hipersensitizados, conciben todo eso poblado de seres fantásticos, imposibles como las viejas leyendas, como los cuentos de Perrault. En esos espíritus, es lo irreal, precisamente, lo que tiene encantos y sabor; lo demás es prosa vulgar y baja. Eso es lo que hace del ensueño un valor prodigioso, y del arte aplicado á plasmar el ensueño una forma de arte superior é insuperable. Desde esa cumbre fantástica, todo resulta pequeño, aun lo más estimable y admirable. Este « vicio de conocimiento » es necesariamente de malas consecuencias, todas á deplorarse.



Hasta los propios filósofos más eminentes se han dejado seducir y adormecer por la quimera tradicional, con ese néctar falaz, y miran el pasado como se miran los paraísos efímeros por los alucinados. El misterio, la irisada vaguedad que envuelve el recuerdo de los tiempos pasados, hace muy fácil dejarse fascinar, y es así que, á costa exclusiva de nuestra propia imaginación, vive aún con cierta holgura toda esa legión de dioses y semidioses, que se forjó acaso con la simple narración de las proezas que se atribuyeron á los viejos héroes, los que lucían necesariamente más aún que nosotros, su parentesco con el antropoide.

Los relatos de la tradición tienen dos causas por igual magnificativas: el viejo hiperbolismo de nuestros crédulos ascendientes, y nuestra predisposición á enaltecer todo lo que se acerca á las fronteras de lo desconocido, como es lo pretérito. Todavía deslumbran los cantos de la epopeya homérica, quizá menos, no obstante, de lo que debieron deslumbrar á Homero, si Homero existió, las recitaciones de los rapsodas y aedas, que, á su vez, debieron ser más hiperbólicos que Homero respecto de las proezas fabulosas de sus respectivos héroes; todavía fascinan la vieja cítara ingenua y las primitivas flautas y siringas que inspirarían compasión al propio musicastro actual. Para nuestros mismos antepasados debieron sonar deliciosamente, sin duda alguna, mas no tanto ni con tanta magia como lo suponemos en nuestras evocaciones generosas, superlativas, desbordantes.

Nuestros emocionales y los propios filósofos se sienten atraídos aún por el encanto de la leyenda que les hace ver los sucesos más insignificantes como cosas prodigiosas, aureoladas con destellos multicolores. Apenas se evocan, afluyen en tropel las imágenes retrospectivas, con zumbidos de colmena. ¡Ay, qué desencanto si pudiéramos

palpar aquellas realidades como palpamos las nuestras ! Los gestos de los dioses y los héroes, y las propias sonrisas de las viejas herofnas, quizá nos hicieran desplomar de pura desilusión. Por lo demás, preciso es reconocer que hasta resulta irreverente pensar que no sonríen con iguales encantos nuestras exquisitas mujeres modernas, y no obstante, con un aturdimiento inexcusable, envidiamos las de nuestros autepasados que, de ningún punto de vista pudieron ser mejores, como no sea por efecto de nuestra propia ofuscación.

Por un vicio de conocimiento, todo lo que es añoso se transfigura á nuestra mirada, tomando contornos de proeza mirífica, seductora, pasmosa. Por un fenómeno de anamorfosis, al evocar lo viejo, con tener tan acen- tuada la fobia de la vejez propia, lo vemos rejuvenecido, hermoseado, rozagante, agraciado, jarifo, ó bien trasmu- tado en grandeza y majestad, si se trata de apreciar su importancia, y así es que cualquier suceso antiguo se nos ofrece agigantado. Si una catástrofe como la del « Titanic », que apenas mereció algunas crónicas fugaces en nuestros días, se hubiera producido en la antigüedad, su relato habría llegado hasta nosotros con perfiles de fábula, y figuraría, con el mejor título, por otra parte, en los propios fastos de la mitología.

Esa veta inagotable de la evocación magnificante que tanto ha preocupado á los pintores, poetas y escultores, debió ser bien pobre en sus comienzos ; pero el hombre, á quien le es tan grato el soñar, no se da cuenta de que al hacerlo vive autofágicamente, esto es, de su propia fantasía, y menosprecia la realidad, en la cual hay tanto que aprender, que estimar y que admirar. En pos del mísero sueño falaz, se deja de lado *lo que es*, que, « por el solo hecho de ser », resulta incomparable, y se prefieren los ecos de lo que fué, lo que por fuerza tuvo que ser

inferior. Si oyéramos al dios Pan y á Orfeo mismo, ya sabríamos lo que es decepción y aburrimiento.

Subyugados por la leyenda, encandilados por sus relatos acerca de realidades que debieron ser tristes, si se las parangona con la nuestra; cautivados por el crepitar de las lucubraciones poetizantes, desmedidas, más que por el conocimiento de la realidad que las ha engendrado, hasta se llegó á pensar que los artistas que han plasmado esos prodigios, realizaron la obra magna de arte y de belleza; no obstante, si pudiéramos observar el origen de tanto ditirambo, se disiparían las aureolas de los dioses y los héroes, de igual modo que se apagarían los balbuceos de las viejas flautas y los flébiles sonos de las celebradas cítaras, ante los acordes vibrantes de nuestras bandas militares. Esas reliquias maravillosas del pasado son obra exclusiva de nuestra imaginación.

Dice Nietzsche: « La apariencia del mundo de los sueños, en cuya producción es cada hombre artista, es la presuposición de todo arte plástico, y también, como veremos, de una parte importante de la poesía (1). »

La comprensión de esta realidad, que sólo rige para las modalidades emocionales, pierde su fuerza cuando declara que por ellas se hace la vida posible, y digna de ser vivida. Esto significa negar el progreso y las evidencias más esplendentes de la evolución, no ya los halagos y promesas incomparables del conocimiento.

Nietzsche se nos presenta aquí como un soñador prendado de las leyendas pretéritas, más bien que como un filósofo. Atraído y dominado por idealizaciones evocativas, exaltantes del más remoto pasado, al razonar bajo tal sugestión, otorga prestigios extraordinarios, que no tuvo jamás la realidad, fuera de nuestros propios desvaríos,

(1) F. Nietzsche: *El origen de la tragedia*, pág. 25, v. c.

de un optimismo involutivo, superlativo, quimérico, casi delirante. Esa preeminencia que se pretende adjudicar á lo viejo sobre lo nuevo, es fruto de una ilusión que se disiparía de inmediato apenas nos pudiéramos poner en contacto con aquella realidad. Esto, felizmente, es imposible. Lo dionisiaco y lo apolíneo que destellan en nuestra imaginación preñada de evocaciones exorbitantes, nos desengañarían por completo apenas pudiéramos despojarlos de nuestros propios concursos psíquicos.

La naturaleza, en lo antiguo, debió ser como ahora, poco más ó menos. Se requieren muchos cientos de siglos para que se opere en el planeta un cambio sensible, y en lo que atañe á la humanidad es tanto lo que se ha transformado, sin embargo, que el hombre moderno resultaría un dios, más bien que un semidiós, en el obscurantismo de la antigüedad, que tanto nos ofusca. Frente á un sabio de nuestros días, todos los dioses olímpicos resultarían pigmeos, deplorables pigmeos; no obstante, nosotros miramos á los prohombres modernos como á simples mortales, en tanto que deificamos á aquellos otros más atrasados, concibiéndolos como seres ultraterrenos, prodigiosos, acaso inmortales. ¡Oh, qué triste papel harían hoy día!

Tal desconocimiento es una de las causas del error que campea en todo lo que se refiere al arte y á la estética. La preeminencia que tiene aún á nuestros ojos lo fantástico, el ensueño sobre la realidad insustituible, y sobre el conocimiento, ha engendrado tantos falsos juicios cuantos leemos y oímos todos los días á propósito de tan interesantes asuntos. Es tal el desconocimiento que reina sobre todo esto, que nosotros imaginamos un empíreo especial y más aureolado, donde están reunidos los genios plásticos y los demás cultores de las « bellas artes »,

relegando á un segundo plano el sitio donde acampan, si acaso, los genios que más hicieron por la humanidad, en las demás líneas de la actividad general. Y este orden de ideas es el que impera entre los intelectuales, precisamente, porque en vez de ajustarse á la realidad, tomando ese «la» para razonar, dejan correr sus cerebraciones en el sentido de las fantasías más arbitrarias.

Si fuera posible justipreciar el daño que tal desconocimiento ha causado á la humanidad, nos espantarían los resultados. Esa antigüedad, cuyos personajes nos hacen conocer y admirar desde la escuela como tan extraordinarios, no tienen otro mérito que el de haber nacido antes, haciendo, por su parte, lo que pudieron, con arreglo á los recursos de su tiempo, siempre más limitados é inferiores que los actuales, como hacen nuestras eminencias con arreglo á los recursos de actualidad, que, en cuanto á lo demás, son más dignos de la primorosa ironía de nuestros modernos Juvenales, que de las apolo-gías altisonantes, de los panegíricos descomunales y campanudos, casi divinizantes que se les espetan todavía.

Por fortuna, la evolución opera su obra, aun cuando yerren los pensadores especulativos, y es así que la rectificación se realiza á veces antes en el orden de los hechos que en el de las ideas. Es que por debajo de los tomos de lucubración filosófica está el instinto, que sólo trata de asimilar lo que conviene al hombre, y deja correr las disertaciones. Ese pasado, á medida que se le conoce, va perdiendo todo su prestigio, por el lado de lo prodigioso, al propio tiempo que lo reconquista, puede decirse, como un esfuerzo paciente, perseverante, tenaz, de carácter genuinamente biológico, para producir lo mismo que menospreciamos: *el presente*. Ese pasado, tal como se encaró por los devaneos de idealización arbitraria que inspiró un desconocimiento, resulta así decepcionante, con

ser magnífico. Todas esas divagaciones de un hiperbolismo casi deificante se truecan, por obra de la cultura científica, en un verdadero atentado, en la más irreverente de las caricaturas. Todos los dioses y los héroes de la antigüedad resultan, de este modo, personajes de sainete, por más que, en realidad, sean nuestros antepasados, vale decir, el « puente » por el que llegamos á disfrutar de los beneficios de la vida, y en ese carácter, sí, dignos de todo nuestro respeto, cuando no lo fueran de nuestra gratitud.

Y es preciso ver cómo defienden los soñadores ese reino ilusorio de la fábula, en el que sueltan su imaginación á explayarse con tanto personaje fantástico. Se han encariñado de tal manera con todo eso, están de tal modo identificados con ese mundo quimérico, que se les antoja pensar que fuera de él mueren la inspiración y la belleza, al mismo tiempo que la investigación va abriendo otros surcos más hondos y feraces para la propia poesía, para el propio ensueño.

Todavía nos sentimos atraídos por las sugerencias del relato tradicional maravilloso, como guardamos en el alma con cierto cuidado y hasta con cierto temor, lo que se nos ha contado de extraordinario en la niñez, todo eso que por un lado nos hace reír y por el otro nos estremece, en nuestros propios deliquios de la edad madura. Todavía influyen en nuestro espíritu las espe-luznantes hazañas y añagazas de los viejos dioses; todavía admitimos que pueda haber algo de verdad en las más inverosímiles proezas de los viejos héroes, y, al evocarlas, una mueca dúplice se diseña en nuestro semblante, que refleja la fruición con que se rememora el gesto superior de los que pueden pertenecer á nuestra ilustre fantástica prosapia, y el dejo de abandono y de desdén que nos inspira, al propio tiempo, el razonar. No sabemos, en fin, á qué atenernos. Aunque en las pacientes inves-

tigaciones realizadas no se ha encontrado un solo hueso, una sola reliquia, un solo documento de excepción, des-poblados así de lo sobrenatural los tiempos fabulosos, amamos el prodigio todavía, y los soñadores cierran los ojos para no perder sus ilusiones, escandalizados por tanta prosa como exhiben, á su imaginación ofuscada, los pobres moradores de cavernas, nuestros vulgares y velludos antepasados de carne y hueso. Esos sí, de hueso y carne. ¡Oh, amamos por demás el ensueño mirífico todavía! Siempre es excesivo, por otra parte, este apego incondicional á la quimera.

Para muchos espíritus, aun en nuestros días, la realidad y la verdad se ofrecen como elementos inferiores, cuando no adversos. Por más que esto implique un contrasentido fundamental, desde que *somos obra de la realidad y vivimos dentro de ella*, si bien como tributarios, también con un envidiable señorío; y, aun cuando no nos es dado siquiera imaginar nuestra existencia fuera de ella, tememos que se pierda esa « poesía de la vida », ese mundo de fantasías, como si fuera mejor tan exagerado desconocimiento, que el conocimiento mismo.

Será siempre útil reconocer que vale más la buena prosa que la mala poesía, esa que vive en el verso y fuera del verso de la idealización arbitraria, la que va cediendo su puesto al conocimiento, á la racionalidad, á la verdad, que es el culto de la realidad. Hay extensiones infinitas también de poesía donde inspirarse en los márgenes de la biología, de la cosmología, de la geología, de la citología, de la astronomía. Hay donde soñar, fuera de la fábula mitológica, infantil, forjada en plenas tinieblas; hay como soñar, aun despiertos, en esos dominios menos falaces, y no por eso menos sugestivos y sorprendentes.

Si el pasado es inmutable, cambia, no obstante, la

manera de considerarlo; pero no es por el ensueño que se opera este cambio, sino por la ideación escrutadora, esa misma evolución tan lenta que se observa en las propias artes evocadoras del pasado. Sin ello no se modificarían las formas soñadoras. Quedarían definitivamente cristalizadas.

Del pasado no queda más que *la realidad presente*, fuera de los relatos que á él se refieren, y por obra del conocimiento vamos ampliando la conciencia acerca de los bienes más positivos y estimables de la vida, así que se disipan los misterios, así que lo extraordinario cede á lo real.

No es el ensueño, pues, lo que más hace apreciar la existencia, ni lo que guía la evolución: es el raciocinio.

#### V. LA EVOLUCIÓN ESTÉTICA ES UNA CONSECUENCIA DE LA EVOLUCIÓN GENERAL

La modalidad estética sigue la suerte de la evolución general. En ese inmenso laboratorio de cerebraciones en que la especie brega en pro de sí misma, la manifestación estética se va perfilando indefectiblemente en el sentido de lo que mejor cuadra á su interés, el que, por causas orgánicas, le parece ser algo extraordinario y superior. De ese perenne laborear, en el que cada uno piensa estar en lo cierto; de ese choque de ideas y aspiraciones y actos surge la línea evolutiva, como una resultante que se impone, porque es obra de experimentación y de conocimiento. En esa obra constante, en que se agitan las facultades del hombre para mejor adaptarse á la realidad, donde las intenciones íntimas individuales resultan impenetrables, en el detalle, porque se desarrollan á la sombra de la caja craneana, sólo se advierte *el efecto del esfuerxo*, y en cuanto á éste, nunca se manifiesta más proficuo que cuando señala una orientación positiva, explotable, aprovechable, una verdad, en fin.



En medio de las rutinas que aprisionan y de las timideces que cohiben, surge á veces preeminente el pensamiento que se cierne por entre la maraña de cerebra-ciones de bajo vuelo, é impone definitivamente su acción cognoscitiva como « lo útil más útil » para los fines del hombre y de la especie. Todos, sin excepción, le tributamos vasallaje á la verdad, incluso los soñadores, y en ese proceso nacen nuevas formas ideadoras que propician nuevas manifestaciones estéticas.

Si para los que son incapaces de columbrar las proyecciones de una conquista científica, no es obra bella una inducción, una síntesis, una teoría, una hipótesis, no ya el haber concretado una verdad colosal como la esfericidad de la tierra, verbigracia, ó la existencia y la acción de la célula en la vida orgánica, y reinan aún con supremacía en sus cerebros calenturientos la vaguedad del ensueño, las idealidades fantásticas, las suger-tiones evocadoras, no es sensato negar la superioridad de las formas intelectivas de la racionalidad dominadora. Por algo es que hay investigadores que llegan hasta á olvidarse de sí mismos, en su afán de concretar una nueva verdad.

Los que se recluyen en un laboratorio, no determinan su conducta, según se cree, en vista de las seducciones de la nombradía ó de los halagos de la gratitud humana, con lo cual se hallarían burlados, sino conducidos por el placer instintivo de aclarar un misterio, lo cual siempre resulta de vivo interés. Es, en otra escala, el mismo incentivo que anima á los pesquisantes hábiles cuando se contraen á desenredar un drama complicado, con peligro y sacrificio, á veces, de sí mismos. Si no fuera así, no habría cómo excusar la ingratitud humana, ni cómo explicarse la sabiduría de los sabios.

El instinto se advierte indefectiblemente en todo acto

humano. Quizá esto pueda escandalizar á los sentimentales, y tal vez más que á nadie, á los mismos que se sorprenden todavía, después de veinte siglos, de que Jesús se sacrificara para redimir á sus semejantes en cumplimiento de una misión divina, á su entender, y por lo mismo conminatoria, puesto que con los dioses, siempre protervos, no hay otro remedio que obedecer ciegamente.

Ese instinto feraz es el que guía al hombre, lo mismo que al insecto, hacia sus mejores vías de adaptación. En ese perpetuo laborío de cerebraciones, donde pululan á toda hora los ensueños y los racionios, azuzados, unos y otros, por el afán de garantir el organismo y de mejorar su condición, es donde se forja la emancipación del espíritu que ha de engendrar las formas, cada vez más superiores, del esteticismo y la belleza. Se comprende que al reformarse el hombre por este esfuerzo no interrumpido, vaya cerebrando, poco á poco, con espontaneidad en los senderos mismos que recorre la evolución, su propia evolución. Si así no fuera, no tendría sentido el interminable batallar humano.

Lo que nos confunde es el culto inconsiderado á las preocupaciones de nuestra ascendencia, las que centellean aún en el fondo de nosotros mismos y nos fascinan. Podría decirse que marchamos hacia adelante con la mirada vuelta atrás.

Tanto el arte, como las propias modalidades estéticas, tienden cada vez más resueltamente á asumir formas racionales. Si observamos el proceso evolutivo, veremos que el hombre racionaliza cada vez más sus medios de acción, tratando de ceñir su actividad artística á la mejor satisfacción de sus necesidades más positivas. Aunque parezca una prosaica paradoja esta afirmación, minados como estamos aún por los mirajes de un romanticismo lírico que ha hecho desconocer al hombre las realidades

más evidentes, apenas nos detengamos á examinar lo que ocurre, advertiremos que el arte, como el esteticismo, tienden, invariablemente, á asumir formas congruentes con los dictados de la razón, que coloca por debajo de toda la hojarasca de falsas idealizaciones, en un terreno más sólido, las exigencias instintivas de mejoramiento efectivo; pero no es menos cierto que si la mentalidad general se afirmara resueltamente en este terreno, sería mucho más fácil evolucionar. Es todavía mucha la pólvora que se invierte en salvas.

En el vasto escenario en que se desenvuelve la actividad general, que miramos á través de mil clasificaciones consagradas en nuestra mente, todas convencionales, y artificiosas por lo mismo, por más que nos confundan nuestras propias elucubraciones declamatorias, y por más que nos hallemos tan inclinados á lo maravilloso, no por eso dejan de preponderar, guiadas por el instinto, las formas racionales, ni dejan de labrar sobre ese caos ilusorio una respetable cantidad de verdades positivas que guían al hombre, como guían los faros al navegante, y de ellas se sirve el soñador mismo. El propio ensueño se pondera de este modo, y marca el paso en la evolución, aunque sea refunfuñando.

La modalidad estética, como una consecuencia de este proceso general, va incorporando así los concursos del saber. Es cierto que no todos pueden asimilar de igual manera; pero no lo es menos que todos asimilan.

En las formas racionales la evolución tiende á perfilarse resueltamente en el sentido del conocimiento, en tanto que en las emocionales el conocimiento se aprovecha con menos decisión. Si en las primeras las ideaciones ofrecen un margen residual de idealizaciones, en las últimas son marginales, al contrario, las ideaciones cognoscitivas, prevaleciendo el ensueño como asunto primordial, capital.

Y es tan embriagante el ensueño, que parece superior. Tanto es así, que han quedado excluidas del reino de la belleza, en el concepto de los propios filósofos, las obras científicas. ¿Por qué no es bella la obra del entomólogo, que descubre, por ejemplo, la admirable organización colectiva termitaria; la del biólogo, que descubre los íntimos secretos de la vida; la del paleontólogo, que reconstruye una especie extinguida?... ¿Acaso porque es más seria, más grande, más intensa, más útil y conceptuosa?

Pero, á pesar de esa arbitraria exclusión, en la cultura humana tienden indefectiblemente á preponderar las formas racionales sobre las emotivas, así como las emotivas superiores, más racionalizadas, sobre las inferiores. A medida que el hombre se informa, integra con mayor concurso de ratiocinios sus funciones mentales, y su concepto del esteticismo y la belleza emocional se va transformando. Si las cerebraciones idealizadoras van construyendo por su parte nuevos órdenes de esteticismo y nuevos conceptos de la belleza, á base emocional, cada vez superior, eso es debido á que esas mismas idealizaciones van asimilando *racionalidad*, y así se acentúa progresivamente la línea ascendente intelectual, superior. Si se examina lo que ocurre en la poesía, en la literatura, en las mismas artes plásticas, y en la música, no ya en la arquitectura, se verá que todas van evolucionando hacia la racionalidad.

Así como el esteticismo y la belleza emocional se caracterizan por su integración evocativa, el esteticismo y la belleza racional se caracterizan por su integración admirativa. En el primer caso cerebramos indolentemente, dejando correr nuestros pensamientos á manera de camalote, en tanto que en el otro orden estético estamos compelidos á cerebrar activamente, poniendo á contribución nuestro razonamiento con la mayor diligencia. En

el primer caso, vivimos del pasado, usufructuando las imágenes acumuladas por la tradición, y en el otro, vamos penetrando en un orden de ideas más preciso y concreto, que requiere la acucia de nuestras facultades en vigilia.

Se habla, por ejemplo, de la belleza helénica como de un arquetipo de belleza, sin advertir que las obras antiguas se nos ofrecen idealizadas por su propia antigüedad, vale decir, por la evocación. Sin embargo, si un escultor de nuestros días exhibiera como propias las mejores esculturas de Fidias ó de Praxíteles, de mirada ausente, en un mármol que llevara el sello del buril moderno, por cierto que no nos parecerían bellas, tan bellas por lo menos. Miguel Ángel, que comprendió el valor de ese elemento, enterró una de sus esculturas para que pareciera antigua, seguro de que así habría de apreciarse más. Esto que vemos á cada paso, ese prestigio que tiene en nuestra mentalidad todo lo que es antiguo, demuestra que las formas de la belleza emocional requieren forzosamente el concurso de la evocación.

La belleza racional, que es la máxima belleza, no exige esto ni ninguna otra ficción para imponerse. Al contrario, resulta tanto más intensa cuanto más agudeza alcance nuestra ideación intelectual para analizarla, mientras que la otra es tanto más intensa cuanto más nos hace soñar, y evocar, y divagar en un estado de baja conciencia, la cual otorga una mayor libertad á nuestras cerebraciones íntimas, de cepa tradicional. Para deleitarse con las grandes inducciones del genio humano, huelgau la ficción y el ensueño. Basta razonar.

Del esfuerzo aplicado en todos los campos de la idea y de la acción, nace el progreso, que, en definitiva, es obra de conocimiento. Con esto se va emancipando el hombre de las trabas que le oponían sus propios errores,

sus propios fantasmas, para adaptarse á su ambiente, y así va abriendo sus cerebraciones, cada vez más espontáneas en su consorcio con la naturaleza; así va floreciendo progresivamente el esteticismo, un esteticismo cada vez más intelectual y superior. Todos, en procura del bienestar humano, van tejiendo de una ú otra manera el progreso en la tela cerebral, pero no son igualmente eficaces los diversos aportes y concursos, como se verá.

#### VI. INFLUENCIA DEL ARTE EN LA EVOLUCIÓN ESTÉTICA

Si bien no es la forma de expresión algo substancial, es preciso reconocer que la actividad, en todas sus formas, gira necesariamente alrededor de los recursos de que se dispone para la acción. De este modo es que nuestra cerebralidad queda, por lo común, estrechada dentro de los límites del recurso de que nos podemos valer más fácilmente, y encaramos así nuestras observaciones y nuestro esfuerzo de ese punto de vista, no porque no nos sea dado hacerlo en otro sentido, sino porque se establece una especialización, un hábito, puede decirse, una rutina que esclaviza.

Se comprende que, al actuar, cada cual encamine su esfuerzo de tal modo que pueda ser utilizado por los recursos que emplea. El pintor, el escultor, el arquitecto, el poeta, el músico, el dramaturgo, el investigador científico, etc., todos, si acaso se ocupan, por vía de excepción, de alguna modalidad extraña á su arte, la regla es que orienten su observación y su esfuerzo en un sentido tal que les sea posible utilizarlos dentro de los recursos de acción de que disponen. Por lo menos, en tal dirección es que determinan su acción fundamental. Es tan difícil que un músico se aplique á las ciencias naturales, verbigracia, como que un naturalista se dedique á consi-

derar un paisaje del punto de vista de sus líneas y armonías, y si lo hacen, cada cual tratará principalmente de aprovechar todo aquello que le sirva para dar ensanche á sus medios normales de acción. Así, por ejemplo, el escultor sueco Carlos Millés se interesó en cuestiones paleontológicas, pero lo hizo para mejor concebir y esculpir su admirable grupo de plesiosaurios, y no para aplicar sus observaciones, verbigracia, á los fines de la biología. Es frecuente, por lo demás, que los pintores y escultores estudien anatomía, pero esto lo hacen solamente para asimilar todo aquello que puede ser utilizado en sus respectivos dominios artísticos. Tanto es así, que los críticos y maestros del arte plástica aconsejan que después de haber estudiado, se olviden de lo que han aprendido, á fin de que no trascienda el conocimiento científico, dominante, en sus obras, lo que supondría en asuntos de carácter emocional una antipática petulancia, por lo cual deben hacer de modo que sólo les sirva dicho estudio para los fines convencionales de su arte genuinamente evocador. De igual modo, si bien en un sentido opuesto, sin embargo, los naturalistas se ocupan también en modelar, en dibujar y acuarelar, pero lo hacen con un propósito enteramente distinto al de los escultores y pintores, es decir, en un sentido documental, para fijar un antecedente, para conocer, no para evocar y provocar ensueños inebriantes.

Se ve, pues, por un lado, que cada serie de esfuerzos se encamina de distinto modo en la evolución, dado que lo hace con arreglo á los medios ordinarios de que echa mano para actuar, y, por el otro, que, según sean dichos recursos de acción, así será la índole de los esteticismos que fomenta y que tiende á fomentar. Para verlo mejor, echemos una rápida mirada sobre las líneas más generales de la acción total artística:

*Las artes plásticas y la música*

Las artes plásticas y la música, aplicadas principalmente á concretar estados emocionales, viven de la evocación. Es que la escultura y la pintura, en todas sus manifestaciones y variedades, como la música, cuentan con recursos de acción restringidos, que no permiten innovar, por más que puedan asimilar, dentro de cierta medida, las conquistas que se operan. Ellas viven esencialmente del pasado, pues, por medio de la evocación. Ni el claroscuro, ni el color, ni el sonido inarticulado pueden plasmar conceptos de avance; y si asimilan las conquistas que se realizan, concurriendo así á su divulgación, no son bastantes para concretarlas por sí mismas, ni para tomar iniciativas en el sentido de la renovación, de la rectificación, del conocimiento. Por eso es que estos artistas, al observar la naturaleza, no lo hacen, como ya dijimos, con el propósito de conocerla en su faz objetiva, substancial, sino más bien buscando en ella « inspiraciones », dentro del dominio idealizador, que les permitan emocionarse y emocionarse por el ensueño.

A estos artistas poco les interesa — dentro de las exigencias de su arte, naturalmente — el conocimiento de la realidad, en su esencia, ni el provecho que de ello pueda reportar el hombre ó la especie. Por tal razón, así como por hallarse tan desconocida la naturaleza íntima del arte y la estética, dicen frecuentemente que el arte no tiene fronteras, como si el hombre, por su arte, pudiera excepcionarse de la ley común por la emoción; y dado que ellos, como magos, pueden trocar en « belleza » cualquier cosa, no se detienen á observar la realidad más que de un punto de vista convencional, que les permite vibrar y hacer vibrar á los demás con sus propios ensueños.

Para verlo más claro, tomemos, por vía de ejemplo,



las escenas de una guerra, las de una epidemia, ó bien las del comercio de esclavos. Si estos asuntos, más que dantescos, fueran explotados por la escultura, la pintura ó la música, estas formas artísticas no podrían hacer más que librar á las cerebraciones de los terceros las emociones que esos horribles cuadros produjeron en la psiquis del artista, en tanto que el arte literario, ó poético, ó científico, podrían insinuarse más en la mente, presentando esa misma realidad bajo aspectos diversos, y aun podrían explicar las causas generadoras de esos males y excesos de crueldad salvaje, proponiendo los medios de prevenirlos ó de reprimirlos.

El pintor, el escultor ó el músico que quisieran exponer el estado psíquico que engendra una de esas escenas, tendrían que limitarse á la manifestación de su propio sentir, dentro de un plan personal más ó menos arbitrario, sin expresar las causas que lo determinan, y des preocupados de los preventivos ó remedios. Es ésta, como se ve, una forma psicológica personal, documental, si se quiere, pero siempre incompleta y pasiva. El cuadro, estatua ó poema musical, desde luego, dejarían indiferentes á los incultos y á los crueles, es decir, á los mismos sobre quienes es más preciso actuar, en tanto que el escritor, á la vez que exhibe su propia emoción, puede expresar algo más, esto es, todo lo que se le ocurra, los juicios y comentarios que le sugiere tal flagelo ó tal acto de barbarie, é incitar á que se aplique el correctivo conveniente. Es, pues, una forma de acción más completa y eficaz, por cuanto divulga también, é instruye.

Dentro de la música y el arte plástica, no hay recursos para cooperar en la evolución en un sentido innovador: sólo hay recursos de exposición, limitados.

Cualquier asunto moral, inmoral ó indiferente á la moral; cualquier asunto que tenga ó no tenga interés

para el hombre y la sociedad, sirve y puede servir para emocionar en el campo sentimental, soñador, evocativo. Cuantos más artificios permita utilizar una escena, un paisaje, un estado psíquico ó un aspecto cualquiera de la naturaleza, es asunto de mayor interés para el artista emocional, dado que más intensamente vibrará éste y hará vibrar á los demás. La precisión, lo geométrico, lo estricto resulta inestético del punto de vista emotivo, por cuanto no nos permite divagar en el campo de la evocación soñadora.

Dió cuenta la prensa, últimamente, de que un escultor japonés había esculpido su propio retrato en madera con tal prolijidad, que al compararse el original con la escultura, se dijo, no se percibía ninguna diferencia. El cronista aseveraba que había sido tal la minuciosidad del artista, que no sólo puso á la estatua ojos de vidrio enteramente « iguales » á los suyos, sino que la había dotado también de una cabellera perfecta. Para el caso, nada nos importa averiguar si es ó no exacta la noticia, puesto que de cualquier modo este antecedente sirve para precisar mejor nuestras ideas sobre el asunto de que aquí tratamos.

Esta « proeza » escultural — admitamos por un instante que lo sea — nos permite ver que es imposible emocionar estéticamente, dentro de ese plan. Es de suponer que nadie dudará que, en vez de emocionar de un modo estético, la referida escultura debe producir la impresión hilarante de un muñeco, tan nimia como ingeniosamente construído, antes que la de una bella obra de escultura superior, de índole estética emocional, por cuanto es difícil, si no imposible, que nos incite á soñar, á idealizar, algo así, tan materializado; y bien: esto es realmente demostrativo.

Si un día se pudiera construir anafrodíticamente un

ser viviente, completo, así, de un modo artificial, dotándolo de una semejanza perfecta con el ser humano, al punto de ofrecer igual complexión anatómica, é iguales modalidades fisiológicas y psíquicas, los emocionales no podrían dejar de mirarlo como á un monstruo, por más que tuviera formas apolíneas y por más que cerebrara seráficamente.

Los investigadores científicos, ellos, sí, harían su agosto; pero los demás verían en esa construcción algo de diabólico, que les impediría asociar estados psíquicos espontáneos, ó evocar en este sentido, hasta que, familiarizados con tal maravilla de conocimiento, se entrara en el campo de los relacionamientos ordinarios, se alejara en el tiempo, y pudiera esta obra de ingenio científico ser idealizada evocativamente por el ensueño. Los investigadores, sí, se aprestarían de inmediato á deducir conclusiones utilizables en el terreno científico; pero los soñadores, para quienes esta conquista significaría derrumbar una buena parte de las idealidades de que viven, tendrían que hacer un esfuerzo extraordinario para reparar el desperfecto que habría producido esa maravilla en su psiquis sentimental, y no por eso dejarían de hacerlo, como lo hacen siempre ante toda realidad, ante toda verdad que se conquista, á fin de quedar de nuevo habilitados para seguir soñando.

Los escultores, pintores y músicos, confinados en el circuito emotivo, como se ve, tendrían que hacer una serie de gimnasias mentales preparatorias, para asimilar una conquista que desbarata sus idealidades, é incorporarla á sus medios ordinarios de acción, á fin de recuperar el balanceo undívago del ensueño que adormece.

Un prodigio como el que suponemos, no obstante, implicaría abrir á nuestra mirada el antro de uno de los más apasionantes misterios humanos. Si algún desconcierto pudiera producir un suceso tan instructivo é inte-

resante para los espíritus racionalizadores, tal desconcierto sólo se operaría en las filas de los que aman la quimera, la ilusión embriagante más que la propia realidad. Para éstos se requiere el misterio, como elemento más impresionante y evocador. La plena luz de la evidencia reduce considerablemente su campo de acción.

Del punto de vista emocional, nada es menos propicio que el conocimiento substancial, integral. Cierto que se exige, cada vez más, la complejidad en el concepto de la propia obra de arte emocional para que pueda sobrevivir á la frecuentación; pero también es cierto que sin un margen de misterio, la emoción se desvanece. Esa misma complejidad tiene que mantenerse dentro de lineamientos vagos, imprecisos, porque apenas se precisan los hechos, cesa todo estado emocional. Lo matemático excluye el ensueño. Lo que conocemos, no es propicio para esta modalidad, y lo propio que frecuentamos demasiado, está expuesto á la prosa. Sólo á medida que se nos aleja en el recuerdo, puede trocarse otra vez en asunto de evocación y de ensueño. Por eso es tan personal el esteticismo emotivo. Lo que para unos es un colmo de belleza, á veces, para otros es un colmo de insignificancia.

Estas artes, contraídas á interpretar el pasado, á causa de sus medios naturales de acción, puesto que no pueden prescindir de lo evocatorio, según se ha dicho, se nos ofrecen así como las más retardatarias en el proceso evolutivo; y no pueden sustraerse de la magnificación de los antecedentes tradicionales, en sus propios esfuerzos más conceptuosos, porque eso para ellas es esencial. Emerge de su naturaleza misma. La evocación es su razón de ser; fuera de ahí, sólo pueden concurrir como auxiliares de las otras ramas.

Por eso es que se acude á lo antiguo, en busca de

arquetipos de belleza, y por eso se aprecian tanto las más remotas pinturas y esculturas, así como los asuntos más primitivos, que deleitan incomparablemente al cultor plástico ó musical. No es pequeño, sin embargo, el esfuerzo que se requiere para saborear esos viejos lienzos bituminosos, ennegrecidos, ahumados, que se ostentan como reliquias de belleza insuperable en los museos y galerías. No obstante, si nos diéramos cuenta de que ponemos de nuestra parte mucho más de lo que ponen esos documentos históricos, para confraternizar estéticamente; si advirtiéramos que es preciso animarlos, como Prometeo á su arcilla, con el fuego de nuestras propias evocaciones, comprenderíamos que hay más de ilusión que de realidad en esas formas de esteticismo.

Fuera del solaz, pues, las artes plásticas, de igual modo que la música, desempeñan un papel pasivo en la evolución, dado que no cuentan con recursos propios de conquista y de renovamiento. Viven principalmente á expensas de la evocación, y el arsenal de la evocación es el pasado. Resulta así que, por su misma índole, es de poca entidad su aporte en la evolución, que hace su mejor palanca del pensamiento dominador.

*La arquitectura y las artes decorativas*

La arquitectura, esta rama cuya musa patronal se la concibe amamantando á las demás artes como la loba de la leyenda amamantaba á los fundadores de Roma, si tuviera algún abolengo materno, no es otro que el de la precedencia en el tiempo. Si bien no es un arte emocional, es también pasiva. Todavía los expertos escudriñan y miden las vetustas construcciones de la más lejana antigüedad, no como arqueólogos, naturalmente, sino pensando encontrar allí plasmada la belleza arquitectónica,

incommovible. Es así que se manifiesta su incapacidad congénita para el avance. Todavía se encarece la conveniencia de mantener como prototipos estéticos irremplazables los órdenes de arquitectura más antiguos, — no ya los más exóticos, — si bien han cambiado tanto las necesidades á que aquéllos respondieron, como si pudiese justificarse siquiera una construcción moderna dentro de moldes que antaño consultaban necesidades pretéritas, hoy paracrónicas, si así puede decirse, y, por lo mismo, ausentes.

Es tal, sin embargo, el espíritu conservador que predomina en esta rama artística, que se tolera la imitación de lo antiguo como algo digno de loa todavía. Los propios secesionistas actuales aparecen así, ante los mismos profesionales que gozan de mayor reputación, como descarriados, porque han abandonado la vía que les trazó la antigüedad, la cual es, para ellos, lo mejor; más aún, lo inmejorable. El patrón clásico, según ellos, deberá regir de un modo eterno.

No obstante, lógicamente, debería ser de tal racionalidad el arte arquitectónico, que no admitiera un solo vano inútil, dado que, en resumidas cuentas, es un contrasentido, si no tan abultado, sí tan incongruente, en principio, como una habitación sin puerta de acceso. Pero la idea de que el exterior es el asunto principal en la obra arquitectónica, ha hecho olvidar los deberes más elementales, y se ha optado antes que por la vía racional, como fundamental y superior, por la emotiva, desacertada, desde que no es un arte destinado á emocionar, consagrándose los viejos cánones clásicos, en la falsa inteligencia de que son siempre de oportunidad, no ya de que son insuperables. ¿Puede ser más evidente el conservatismo de la arquitectura?

El concepto estético de una obra arquitectónica debe regirse, sin embargo, por una estricta adecuación racional

del medio á la finalidad, porque fuera de ahí no se justifica el esfuerzo. Este criterio es constante, aun cuando pueda y deba procederse de distintas maneras, en cada caso. Así, por ejemplo, si es absurdo sacrificar las comodidades del interior á la fachada, cuando el fin primordial de la obra es la habitación, no lo es menos sacrificar la fachada al interior, cuando aquel fin es de pura exterioridad, como ocurre, verbigracia, en las obras destinadas al ornato. Fuera de esa subordinación, se cae en lo arbitrario.

En este segundo caso, cuando se trata de arquitectura puramente decorativa, no deja de ser así mismo indicada la racionalidad, *como criterio inmutable*, aunque entonces ella exija otra manera de encarar la obra. Así como un mueble debe responder necesariamente á su fin más directo, una construcción arquitectónica cualquiera, que no es en substancia otra cosa que un gran mueble, debe ceñirse, en primer término, á dar la más completa satisfacción á las necesidades que determinan la demanda. Resulta así que la arquitectura, en su faz decorativa, como todas las artes decorativas, está, ante todo, obligada á ajustar, á adaptar su esfuerzo de la mejor manera á su finalidad natural, que es, en definitiva, adecuar lo más y lo mejor posible el esfuerzo á la necesidad «creada». Se ve, pues, que no puede considerárselas como artes de avance.

Tanto la arquitectura, en todas sus fases, como las artes decorativas, en cuanto á sus medios de acción, se encuentran en igual caso que la pintura y la escultura. Es también arte plástica. Lo que las diferencia es que éstas responden á necesidades más efectivas que la simple exteriorización de estados psíquicos, y en tal sentido tienen un carácter menos arbitrario.

Confinadas estas artes dentro de sus recursos plásticos de acción, no pueden tampoco concurrir á la acción in-

novadora. Sólo les es dado asimilar lo que se conquista dentro de otras ramas, más aptas para el conocimiento. El arquitecto y el decorador aplican *lo conocido* á la satisfacción de exigencias ya creadas. Ésta es su órbita natural de acción, y es por eso que reina en ellas, como en pintura y escultura, un espíritu eminentemente conservador, cuando no reaccionario. Lo mismo que se plasman todavía las personificaciones mitológicas más primitivas, con visibles tendencias retrógradas, hieráticas, se copian ó se imitan también las construcciones de la antigüedad más remota, en la inteligencia de que ellas son inmejorables. No contando estas artes con recursos capaces de promover por sí mismas una renovación en el campo de las ideas, ni en el de la actividad general, sólo pueden aprovechar el progreso que surge de otros dominios de acción, el que refluye en estas ramas como en todas las demás en cuanto les sea dado asimilar, dentro de sus propios recursos. De ahí que sea casi un axioma entre los profesionales, que la belleza de lo antiguo no se puede ni se podrá jamás sobrepujar; de ahí que se pretenda mantener como arquetipos los más vetustos edificios, encaminados en otras rutas, para dar satisfacción á otras demandas, y los veamos así remedando aún lo más añoso y anacrónico, en tanto que cambian radicalmente, puede decirse, las necesidades y aspiraciones que el arquitecto y el decorador deberían satisfacer lo más directa y estrictamente que sea posible.

Estas artes que, por su propia naturaleza, van á la zaga de los factores de avance, tratando de ajustar su acción á las nuevas necesidades que crea el proceso general de la actividad humana, sin poder agregar nada por su propia cuenta, dado que su verdadera misión consiste en satisfacer incondicionalmente aquellas demandas, aplicando todos los concursos que les brindan las ramas de conoci-



miento, y adecuando lo más posible los recursos decorativos á ese mismo fin, como su más consciente forma de actuar; á estas artes, decíamos, á pesar de las resistencias que ofrece su característico apego al pasado suntuoso, las vemos, no obstante, evolucionar hacia las nuevas orientaciones, y es así que los arquitectos y decoradores bajan de su estrado nobiliario, como los artistas plásticos y los músicos, para consagrarse á satisfacer las nuevas demandas cada vez menos suntuosas, por ser cada vez más positivas. Aun cuando el espíritu reaccionario encuentre aún, fuera de la pasividad de la multitud, el estímulo de los vencedores del oro y de los que creen, por cualquier motivo, que es menester dar pruebas de « amor al arte y la belleza » en el sentido convencional y falso de la tradición, se opera un cambio sensible también en la faz arquitectural y decorativa, y vemos así á los más encumbrados profesionales modernos interesados en alojar convenientemente al ínfimo obrero, con la misma dedicación con que antes se ocupaban en alojar á los reyes y magnates, y á los dioses y sus ídolos, en palacios y catedrales. Entonces era ésa su misión capital.

Todo lo que se ha avanzado en materia edilicia, en cuanto á ampliar los recursos de acción, se debe á la física, á la química, la mecánica, la higiene, etc. Éstas son las ramas artísticas que han permitido á la arquitectura dirigirse hacia nuevos horizontes, modificando sus medios tradicionales de acción, y éstas y las demás ramas de investigación científica son las que han determinado las actuales direcciones de la actividad general y las nuevas exigencias. Su progreso es debido, pues, á la asimilación, la cual, por lo demás, está limitada dentro de la medida que les es dado colmar con sus elementos de acción plástica.

*Literatura, poesía y demás derivaciones del lenguaje : oratoria, teatro, etc.*

El hombre no cuenta con ningún medio de expresión más completo que el lenguaje. Es así que el literato, el poeta, el dramaturgo, el orador, y todos los demás artistas que echan mano de este recurso más rico, están habilitados para encaminar sus observaciones con mayor libertad, como lo están, á la vez, para concretar y emitir sus conceptos con largueza. Pueden, así, pues, racionalizar su acción con mayor amplitud, tendiendo más fácilmente á encarar los relacionamientos del hombre con el mundo exterior y el psíquico de un modo más efectivo. Acostumbrados á dar más libre vuelo á sus cerebraciones intelectivas, están más predisuestos á idear en el orden de avance, así como para asimilar, y aun para divulgar las conquistas que se operan, por lo cual reputamos á estas artes como más eficaces en la obra de la evolución general, y, como consecuencia, en la evolución estética. Si las artes plásticas y la música tienen que ceñirse forzosamente á las formas evocativas, estas otras pueden también utilizar este filón, á la vez que cualquier otro, concurriendo á la cultura general, en todos los planos de la actividad.

En las obras poéticas, literarias ó teatrales, se halla, á veces, un concepto realmente avancista, si bien es más fácil y más común, hay que reconocerlo, verlas consagradas al culto emocional, en procura de un simple solaz ; pero se advierte, así mismo, en este campo, una predisposición, día á día más acentuada, á racionalizar. Apenas ocurre una novedad en el dominio científico, el arte poética, literaria y teatral trata de asimilarla, y luego la divulga. Tanto el poema, como la novela y el drama, y sus variedades congéneres, aprovechan mucho más el

conocimiento que se conquista, para aumentar sus caudales, y de ahí que veamos evolucionar las formas estéticas en las letras de un modo bastante definido, sustrayéndose así del campo puramente emotivo evocador, que antes fué para ellas también fundamental.

El realismo, cada vez más pronunciado, que revelan estas artes, es un paso en la evolución sobre el romanticismo, el sentimentalismo y el misticismo, por cuanto denota una preponderancia de ideaciones sobre las viejas formas de franca idealización retrospectiva, la que, por su propia afectación, nos va resultando de más en más trivial y, á veces, hasta empalagosa.

La poesía, cuya utilidad se ha puesto en duda por algunos hombres de ciencia, en el falso concepto de que sólo luce oropeles, es una forma artística destinada á fijar y á transmitir conceptos, si bien imprecisos, tan complejos é intensos, que no pueden ser expuestos mejor en la forma llana de la prosa común, precisamente porque no son tangibles ni pueden ser sometidos estrechamente al análisis del escalpelo científico. No es ciencia; pero no por esto deja de prestar servicios á la acción humana en las propias vías del conocimiento si hay una orientación al ideal, si esos conceptos, por indefinidos que sean, permiten al espíritu elevarse á un orden mental superior de aspiraciones. Con eso solo, ya ejerce una acción benéfica, estimulante y convergente con la de la ciencia misma.

El desdén de algunos hombres de ciencia con respecto á la poesía, ha tomado como blanco la mala poesía, es decir, la que abusa de la sonoridad de las palabras, exenta de todo concepto,—vicio, este último, por demás frecuente también en las otras ramas á que nos hemos referido;—pero esos mismos simples anhelos vagos, las visiones, á veces las « verdades » que vislumbra el poeta,

aunque no pueda explicarlas, representan un esfuerzo estimable que no debe menospreciarse, fuera del caso en que nos halláramos habilitados para establecer con firmeza que en ellas nada hay de aprovechable, nada de ideal realizable, que es todo utopía; de otro modo no, por cuanto ese mismo aleteo hacia la verdad puede servir para plantear ó estimular, y aun para columbrar un nuevo orden de investigaciones á ensayarse, las que pueden ser de verdadero interés científico. No debemos olvidar que, en resumidas cuentas, ni un solo sabio hay que no tenga mucho que aprender, así como que tampoco hay un ignorante que no tenga algo que enseñar. ¿Qué se dirá, pues, del poeta, que es, á veces, un verdadero vidente? ¿Podría desestimarse el concurso que prestan estos ardorosos trabajadores de la idea, en cualquier órbita en que actúen, aun cuando sea en los propios dominios más marginales del conocimiento?

No es preciso que se dirija la acción dentro de la vía francamente investigador-científica, para que puedan aportarse elementos favorables á la evolución en los dominios del pensamiento mismo. Así como Goethe vislumbra los horizontes del moderno monismo, Shakespeare penetra en los misterios de la psicología morbosa y Baudelaire percibe los fenómenos de la audición coloreada. Éstas y muchas otras intuiciones geniales, acaso han preparado ó contribuído á estimular las propias investigaciones científicas, en estos campos aun no iluminados por la ciencia misma, si bien explorados hoy día en vías más promisoras de esclarecimiento. El poeta y el literato son los que se acercan más al investigador científico.

Dado que estas artes tienen libertad en los medios de expresión, aunque menos la poesía que la prosa literaria, por las restricciones de sus reglas de lenguaje, — lo cual se advierte en la propia elección de los asuntos poéticos y literarios, — su acción es propicia al avance.

Quizá no hay un estado psíquico en el cual no intervengan de algún modo las dos formas mentales de ideación é idealización, según se ha dicho ya, si bien lo más frecuente es que prepondere una ú otra. Como que estas ramas pueden alimentarse en ambos dominios, tienen una gran amplitud de acción. Es así que vemos á veces idear acerca de idealizaciones ó idealizar respecto de asuntos típicamente ideadores. La propia obra de índole científica, por ejemplo, puede sugerir idealizaciones, como ocurre tan á menudo en la novela, el drama, etc., en que la ideación científica aparece como asunto librado á los devaneos de la imaginación fantástica, soñadora, de igual modo que en la novela y el drama realistas se tiende á dar un carácter más ideador á las propias pasiones que emergen del dominio evocador, emocional; pero en los dos campos en que se agita la cerebración intelectual hay, así como en sus confluencias, espacios inmensos donde acudir en busca de nuevos senderos, de nuevos matices, de nuevas documentaciones y antecedentes que pueden servir lo mismo al poeta que al literato, al dramaturgo, etc., para señalar un nuevo derrotero hacia el conocimiento.

Todas estas disciplinas en los vastos dominios á que se dirige el entendimiento; todos estos aportes á la obra común de la conquista cognoscitiva; todos estos esfuerzos que se operan en el dominio subjetivo, tan personal como es, van tejiendo una red de hilos psicológicos que permitirán al investigador concretar una verdad. Estos artistas, al actuar en todos los dominios con libertad completa de acción, pueden evolucionar mucho más resueltamente que los emocionales, propendiendo á la transformación de las modalidades estéticas, encareciendo cada vez más los esteticismos de orden superior racional. Si su acción de avance, debido á los encantos de la leyenda,

no es muy resuelta, es, en cambio, definida, y su acción divulgadora evidente, tan evidente como que la difusión del conocimiento es una de las palancas más eficaces para fomentar el progreso.

*El arte científica*

Esta forma artística, á la inversa de lo que ocurre con las artes conservatistas, que viven del pasado, se preocupa de indagar, de concretar, de precisar lo que hay de verdad en cada orden de relacionamientos, fuera de todo prejuicio. Aplicada á conocer, por todas las vías posibles, por todos los recursos que puedan imaginarse, resulta de una fecundidad incomparable é influye poderosamente en la evolución general, así como en la evolución estética, que es una consecuencia de aquélla, y lo mismo en el dominio ideológico que en el material. Cada conquista de conocimiento y aun cada nueva vía investigatoria, presuponen una revulsión saludable, siempre proficua en la actividad general, la que, de otro modo, permanecería inmutable dentro de los moldes inveterados de la rutina tradicional. Todas las ramas artísticas, unas más y otras menos, según sus aptitudes para asimilar, y todas las modalidades psíquicas, son tributarias de la ciencia y de la investigación científica, que concreta á la ciencia humana en su esfuerzo victorioso terminal. Los caudales que suministra el artífice científico se aprovechan de mil maneras, en la obra de utilizamiento y de divulgación. Es el arte aplicado á conocer, pues, el que permite que avancemos; es el arte matriz.

Fuera del conocimiento no hay progreso posible, en ningún orden de asuntos; fuera del conocimiento la especie humana vegetaría tristemente, estancada en sus formas de acción tradicional, explotando el pasado, sin

articular una sola iniciativa de mejoramiento. Puede decirse que no habría distinción entre lo primitivo y lo evolucionado, puesto que la evolución sería imposible.

Lo que hace tan fecunda á esta rama de la actividad, es su insumisión al prejuicio, que le permite estudiar libremente la realidad y todos los relacionamientos del hombre para con ella, así como le permite también utilizar con igual libertad todos los recursos de acción. El perpetuo choque de ideas de los hombres y los pueblos se engendra, precisamente, por la resistencia tradicional á todo avance en la aplicación del conocimiento; pero, á pesar de ese obstáculo, se van rectificando incesantemente las afirmaciones pretéritas, porque es imposible resistir á la verdad, una vez que ella se perfila y se concreta. Por más tercos que sean los reaccionarios, tienen que rendirse á ella y tienen que asimilarla tanto como puedan, y aunque lo hagan de mal talante. La verdad es soberana.

Mientras que los cultores incondicionales del pasado se esmeran en vituperar como una irreverencia audaz toda rebelión contra los preceptos y enseñamientos tradicionales, no se esmeran menos los combativos en acumular antecedentes y observaciones para que la obra científica se lleve á buen término. Es así que se realiza la evolución. Nosotros no percibimos la enormidad del esfuerzo operado en esa vía, á causa de un doble factor de desconocimiento: la generosidad con que idealizamos, magnificando el pasado, y la tacañería con que valoramos las excelencias de lo nuevo. Ese misonéismo esencial, fruto de las preocupaciones ancestrales, si bien lo va reduciendo la obra del propio proceso evolutivo, puede palpase, á cada paso, al considerar las resistencias que ofrecen todavía las clases conservadoras y reaccionarias á toda reforma, por más documentada que se halle su proposición.

No basta, pues, que se realice una conquista en el orden científico, para que la especie pueda aprovecharla en toda su extensión: es preciso que se la rumie pacientemente, para asimilarla poco á poco; pero eso lo hace cada cual, de un modo indefectible, con arreglo á sus aptitudes. Si no es más efectivo y más rápido el progreso, se debe á la resistencia sistemática, — podría decirse orgánica, — que oponen los cultores de la tradición, prendados de lo que constituye su propia ascendencia, su propia historia, más que de los anhelos y esperanzas; más preocupados de sí mismos, pues, que de elaborar ideas y preparar conquistas para forjar la historia de los que vendrán después.

Si no fuera por la acción científica positiva, nos hallaríamos aún en la mísera condición de los hombres primitivos, viendo los mil fantasmas atormentadores creados por las ilusiones de la ignorancia, é incapacitados para todo esteticismo superior. Se comprende que en ese lúgubre ambiente aplicado al hechizo, no pudiera prosperar esta modalidad, dado que cada hombre era un centro, cabeza de turco de todos los agentes exteriores que, con aspectos demoniacos, se suponían conjurados contra él. Víctima así de su propia saña, — el peor de los enemigos es uno mismo, en estos casos, — sólo ha podido salir de tal condición tristísima por obra del conocimiento, que ha desarmado al formidable enemigo, reconciliando al hombre consigo mismo y con la realidad, que va á identificarse con él. Esa obra es la que lo ha «normalizado», dándole aptitudes para el esteticismo. ¿Podría negarse, entonces, la eficacia de la obra científica en la evolución estética?

#### *El arte industrial*

Se distingue el arte industrial por su índole eminentemente divulgadora. Puede decirse que la industria ofrece,



más que ninguna otra rama artística, condiciones admirables de asimilación y de divulgación. Cada descubrimiento, en cualquier dominio que se realice, se aprovecha de inmediato para diseminarlo, tendiendo á hacer sentir sus consecuencias de un modo tan rápido como general. Esta rama artística es singularmente favorable á los intereses de la especie.

Es que el industrial, como el investigador científico, no están limitados por ninguna barrera en sus respectivos campos de acción, ni por ningún procedimiento técnico; al contrario, ponen todo recurso libremente á contribución para obrar, y es esto lo que hace tan eficaz y tan apta su acción, para determinar el avance.

El industrial procede sin reparos de ningún género, como no sea el lucro; pero éste, lejos de ser un obstáculo, es un aguijón que lo estimula á ingeniarse de infinitas maneras para ofrecer sus productos. En la competencia que se plantea para saciar la demanda, se esmera en ofrecer lo más, y lo mejor que le es dado presentar, en las condiciones más ventajosas, y es así que hemos llegado á un auge tal que sorprende, verdaderamente. Si se piensa un instante en todas las manipulaciones que ha requerido cualquiera de los utensilios que tenemos sobre nuestra mesa de trabajo, en todas las dificultades que han tenido que vencerse, una á una, para que por un precio irrisorio, á veces, podamos escribir y cambiar de pluma, en vez de salir á cazar aves para procurárnoslas, inferiores; si se piensa acerca de lo que ha sido menester para sustituir al papiro ó al pergamino por estas tersas y blancas carillas que obtenemos por un precio ínfimo, así como en el trabajo y la pérdida de tiempo que implicaría el conseguir por esfuerzo propio la tinta, la goma, los fósforos, las tijeras, el cortaplumas, no ya los libros instructivos que sobre cualquier materia pueden lograr

todos los hombres; si se piensa en las comodidades, seguridades, facilidades é informaciones que suministra, es preciso reconocer que la industria humana ha realizado hechos que confinan con el prodigio.

Pero esto mismo es insignificante con relación á sus efectos. La instrucción, la mayor libertad de pensamiento que tales concursos aparejan, la difusión de todos estos beneficios en todos los planos de la acción y de la vida, son inenarrables.

En la actividad industrial, el poder de absorción de todo conocimiento equivale, puede decirse, al de expansión. Apenas se realiza una conquista cualquiera, el industrial se apresta á deducir todas sus consecuencias aprovechables con todo su ingenio, y es tal su celo, su afán por vencer, que realiza á veces verdaderas proezas. Esta forma, típicamente activa, no sólo en cuanto hace participar de las ventajas del conocimiento al mayor número posible de hombres, sino en cuanto sirve de poderoso acicate al propio investigador, debe considerarse como altamente estimable en la obra evolucionar, desde que favorece y estimula el esfuerzo investigador, é irradia los beneficios alcanzados hacia todos los vientos. Ningún aliado de la ciencia es más recomendable, puesto que ninguno le presta una contribución mayor.

Los efectos de la doble acción de las industrias, como estimulantes del progreso científico y como agentes de divulgación, resultan de una evidencia tal, que nos parece inoficioso demostrarlos.

#### VII. CONCLUSIONES

Dado que la evolución estética se realiza como una consecuencia de la evolución general, según lo dijimos, es lógico pensar que « el conocimiento » es el factor más favo-

rable al esteticismo, por cuanto es el propulsor más fecundo y efectivo en la obra evolucionar.

Aun cuando el concepto dominante acerca del esteticismo, del arte y de la belleza se halle en completa discordancia con esta conclusión, nosotros no vacilamos al sustentarla. Estamos persuadidos de que, inequívocamente, la ciencia y la investigación científica son las que hacen prosperar y desenvolver lo mismo las formas artísticas que las estéticas, y para verlo no será preciso acudir á demostraciones de una extremada complicación: basta considerar que el progreso realizado en cualquier rama artística y en todas las concepciones estéticas, siempre corresponde á un paso de avance en el conocimiento; y para comprobarlo, no hay más que observar cómo las culturas adictas al conocimiento han prosperado mucho más que las que viven del pasado, es decir, las emocionales, y entre éstas, cada vez menos, las más emocionales.

Si se suprimiera la aptitud de conocer, no se podría determinar ya un solo paso de progreso en la evolución humana. No habría razón alguna para la transformación de los modos ordinarios de operar, y entonces se cristalizaría la acción dentro de las pautas que regían, las que, por lo demás, han sido también determinadas, á su vez, las propias inferiores, más inferiores, por el conocimiento, nada más que por el conocimiento. ¿Se concibe, acaso, una reforma cualquiera, en la acción, sin ese concurso? No, seguramente; y, en cambio, apenas se concreta una verdad cualquiera, unos y otros, todos, se sirven de ella; hasta los más reacios la toman en cuenta, porque no pueden dejar de hacerlo. Hasta los místicos, que son los que más se destacan por su misonerismo, tienen que rendirse á la verdad conquistada, aun cuando se halle *en oposición* con sus más íntimas creencias, porque es una entidad que está por encima de todo, destinada á preponderar, por lo mismo.

Los emotivos de segundo grado, diremos, tan apegados también á lo tradicional, aunque por otras causas, que se suponen distintas si bien son más ó menos congéneres,—quizá por derivaciones místicas,—por más que entiendan que sus convicciones son obra de pura racionalidad, tienen, así mismo, que rendirse á la verdad, y modifican su plan de acción con arreglo á ella.

Por más que se suponga que lo emocional es algo extraordinario, que raya en el prodigio, es tan cierto que las formas científicas son superiores, que, apenas la disquisición cognoscitiva ilumina las tinieblas y medias tintas en que florece la idealización evocativa emocional, ésta se desvanece, y reina el razonamiento. Hasta que el conocimiento positivo de la realidad no precisa los hechos del mundo exterior y del psíquico, tales como son en sus relacionamientos estrictos para con nosotros, cada cual los idealiza y los considera á su antojo; pero así que se concreta su conocimiento, cesan las idealizaciones y se truecan en razonamientos. Las leyendas, los milagros, los fantasmas, las sirenas, los gnomos, los pegasos, los endriagos, las dríades, las hadas, etc., se van eclipsando así que se avanza más y más en el conocimiento de la realidad. Hoy casi no se ven, ni imaginativamente. El más rico filón de los artistas emocionales se va disipando, como se disipó el prestigio del trueno y del rayo. Es que á medida que el hombre amplía su conocimiento, se transforma y se reduce ineludiblemente el dominio de las idealizaciones arbitrarias.

Las propias artes plásticas y la arquitectura, así como la poesía y la música, que parecían consagradas al culto privativo de la belleza, de una belleza ultraterrena, sublime, han tenido que bajar de su pedestal, para asimilar cuanto les es posible los conocimientos alcanzados por la investigación científica, y así se va transformando el concepto

estético y artístico por obra de la evolución, en todos los dominios. Hay que convenir, por lo demás, en que sería pequeño, mísero aún, el concepto de la belleza, si tuviera que mantenerse definitivamente recluso en el abismo de lo que fué. Se le presentaría así como una diosa impenitente, con la cara vuelta hacia atrás, en busca de consuelo, y de inspiraciones. Si, según las opiniones consagradas, sólo es bello «lo que nos emociona», resultaría que sólo es bello lo que nos evoca el pasado mediante un desconocimiento de la realidad, consumado en el sentido de la tradición, tantas veces fabulosa, y que es tanto más bello lo que más nos interna en ese antro, sobre todo cuando penetramos «emocionados», es decir, con los ojos vendados por la quimera.

Á pesar de todas estas disposiciones á ensalzar lo emocional como superior, y á los cultores de la emoción como magos, capaces del ensalmo milagroso ilusivo, la evolución efectiva determina el avance de estas propias artes reaccionarias, encauzándolas hacia el solaz, que es su máxima expresión, y haciéndoles prestar su concurso como auxiliares de las demás ramas artísticas, que es su máxima forma de utilización racional. La propia música tiende, cada día más, á las formas de esparcimiento, al multiplicar la variedad de sus manifestaciones, y al diseminarlas, cada vez más, por la divulgación. La pintura y la escultura, bajo el impulso de las nuevas orientaciones y dentro del concepto de «la sobriedad en la unidad», como medio más eficaz de consecución, van democratizándose, paralelamente, al insinuarse en todas las manifestaciones de la industria, para concurrir á las nuevas y crecientes necesidades sociales. Bajo el influjo de aquel nuevo medio de consecución á que acabamos de referirnos, el que parece haberse introducido desde el Japón á Europa, á mediados del siglo pasado, — concepto que tanto

se ajusta á los ideales modernos, — se encaminan las artes plásticas á *la decoración*. Esta nueva manera de encararlas fué como un soplo de fresca aurora sobre la frente abatida de un academismo estéril, maltrecho, ya trasnochado y marchito, el que pretendía mantener su cetro tradicional casi regio, casi deífico, dentro de lo suntuoso, ampuloso y pedantesco. Gracias á esa nueva serie de informes y concursos se ha determinado una expansión en las aplicaciones plásticas, cuyas consecuencias sería hoy ya imposible apreciarlas con justeza.

Destronada la suntuosidad que parecía ser un elemento inseparable de la obra plástica, se han iniciado múltiples corrientes de aplicación divulgadora, tales que, son ya muy pocos, á la sazón, los que no pueden gozar en sus viviendas de los encantos de una evocación grata, mitigante. Ya no es preciso ser potentados, ni ostentar gran profusión de costosos objetos de arte en las salas y habitaciones de una vivienda, para que ellas resulten adecuadas á su servicio, y amables por lo mismo. Al contrario, basta una cerámica industrial, una burda tela decorativa, un simple tono, á veces, para determinar una armonía que nos hace amar nuestra choza tanto ó más de lo que puede amar el millonario á la suya, palaciega.

El japonés, que ha podido unir á su frugalidad los más exquisitos refinamientos, decora su habitación con una planta ó una guía florida dispuesta hábilmente, y cultiva dentro de la mayor parsimonia su esteticismo, mejor que el afectado advenedizo rastacuero con sus lujos de relumbrón. Este nuevo rumbo de las artes plásticas, como una expansión del color y de la línea, aplicados á difundir el bienestar en las propias extracciones sociales más desheredadas, tiende así á concurrir á la evolución general, en una vía igualitaria, y esto se debe exclusivamente á las constataciones de la ciencia, es decir,

á una conciencia más informada. Era preciso que la investigación cognoscitiva hubiese reducido tantos y tan inveterados prejuicios como traía consigo la corriente tradicional, para que pudiera asimilarse ese elemento de democratización, de socialización, que por una ironía trajo el Oriente, tan encandilado aún con los prestigios de la leyenda y con los beneficios de la autocracia divinizada, si bien queriendo abrir los ojos, á su vez.

Los sumos artistas son, pues, en oposición al concepto corriente, los que lo subordinan *todo* al conocimiento, en su afán de disipar el misterio, el misterio que atribulaba y quedaba incólume en tanto que se le quiso explicar por causas fantásticas, sobrenaturales. Ellos son los que desmontando el prejuicio ancestral por entre la propia maraña de cerebraciones que, por causas hereditarias y, por lo mismo, estructurales, tendían á mantener el error como una invalorable y sacrosanta reliquia, han abierto la conciencia á las luminosidades de la realidad generosa. ¿ Con qué razones podría disputarse, pues, por nadie la preeminencia que corresponde á la investigación en el progreso humano? ¿ Podrían pretender esa preeminencia, acaso, los emotivos, los soñadores, por superior que sea su cepa emocional?

Precisamente, las artes emocionales, es decir, evocadoras, las que por lo mismo gozaban de mayor prestigio en la conciencia humana, son las que menos cuentan con elementos para desplegar un pensamiento dominante. Ni el sonido distribuído en el tiempo, ni el plano ó la línea, el claroscuro ó el color pueden plasmar eficazmente otra cosa que no sea una evocación, una sugestión del pasado, que si es estimable por el solaz que procura, no contiene ni puede contener un concepto amplificador en las vías del conocimiento á conquistarse, como elemento más eficaz y proficuo en la evolución que *nos*

*impone* la realidad, ó sea nuestra propia estructura, y que nos lo impone como algo superior, más elevado. Entiéndase bien que nosotros no desconocemos la importancia ni la utilidad de las artes emocionales, y tanto menos cuanto que ellas evolucionan á base de conocimiento; lo que desconocemos es su preeminencia sobre las demás formas utilitarias, racionales. Sabemos que á causa de un es-pejismo tradicional se considera lo útil y positivo como algo inferior, y este colmo de desconocimiento es el que deseáramos patentizar; sabemos que á la realidad, en la manera usual de pensar, se la cotiza como algo superable, por efecto de ese mismo desconocimiento que incita á dar precedencia á lo menos útil sobre lo más útil, con un lirismo inexcusable; y deseamos demostrar que es tal la magnitud de este absurdo, que, á pesar de él, nos rendimos á la realidad como lo más útil y aun imperativo y superior, en todo momento, y la reconocemos como soberana en el instante mismo en que pretendemos desconocerla. En esa virtud es que, apenas se concreta una verdad, que no es otra cosa que una realidad conocida, nos sometemos incondicionalmente á ella, tanto los emocionales como los creyentes y los ateos, todos por igual. Únicamente quedan privados de sus beneficios, pues, los ignorantes, por hallarse imposibilitados ó incapacitados para asimilar. Los demás, todos se acogen á la conquista, y la aprovechan. Todos capitulan.

Sólo por una abstracción mental nos es dado intentar, — vanamente, por lo demás, — su desconocimiento. Es que ponernos en contradicción con la realidad, es contradecirnos á nosotros mismos, que somos parte de ella; y esto es un flagrante contrasentido. Debido á eso es que todas las artes, y todos los hombres, y todas las formas de ideación, de idealización y de actuación se van transformando incesantemente al contacto de la realidad,



á su mayor conocimiento. Si fuera posible abarcar de una buena vez todo el conocimiento de la realidad, nos rendiríamos mentalmente á su evidencia, como nos rendimos físicamente á un rayo que nos fulmina; pero como el conocimiento se opera por etapas, lenta y fatigosamente, cada cual se mantiene dentro de sus respectivas posiciones, y asimila lo que no puede dejar de asimilar. Es claro que se ofrecen todos los matices imaginables, en cuanto á las predisposiciones asimilativas; pero esa ley natural se cumple así mismo ineluctablemente.

Si, como se ha dicho, el arte es un medio, y no una finalidad, es inconsulto negar que es el concepto de la obra, y no la forma de exteriorización, lo que ha de apreciarse en primer término. ¿Y cómo podría acordarse á las llamadas bellas artes una primacía sobre las formas artísticas consagradas á ampliar el caudal de verdades positivas y á consolidar el mayor y progresivo dominio del hombre, dentro de un mejoramiento constante? ¿Por qué hemos de otorgar una preeminencia, en el orden de las conquistas humanas que presupone la evolución, al ensueño sobre el conocimiento? Ni la obra benemérita de los que utilizan el conocimiento, en sus múltiples aplicaciones, ni la del propio divulgador genial, pueden disputar la derecha al investigador científico triunfal, en cuanto á su acción en los destinos de la humanidad.

Las más « bellas » obras del arte humano son las que lograron explicar una parte, por pequeña que ella sea, del inmenso misterio que nos conturba, las que han encontrado una ley por la que se rigen los fenómenos naturales, un hilo conductor en medio de un torbellino perpetuo, cambiante como las visiones caleidoscópicas, indescifrable, que nos abrumba porque es indescifrable, y que, conocido, resultaría ser un opimo tesoro. Una ver-

dad de carácter general que resiste al análisis comprobatorio, una verdad que se impone á todos por igual, es un factor vigoroso de evolución, una palanca que al elevar la conciencia humana pondera al hombre, lo equilibra, lo vincula consigo mismo y con la naturaleza, erigiéndolo así en ser superior y dominante. La consecución de la verdad es la obra máxima del arte, es ella la que ha sustraído á la humanidad de sus torturas y humillantes vasallajes cuando era un inerme organismo sometido á sus visiones fantásticas, devorado por su propia supersticiosidad pantófoba. Merced á la obra de la investigación escrupulosa y libre, es que ha podido llegar á la vibración estética, primeramente dentro de las formas emocionales inferiores, llegando luego á las propias cerebraciones racionales, de una racionalidad cada vez más amplia, más consciente y dominante.

En resumen, si observamos lo que ocurre en el proceso de la evolución artística y estética, vemos, por una parte, que todas las formas activas tienden á racionalizarse por el conocimiento, así como que cada rama artística concurre á la evolución general con arreglo á la calidad de sus medios ordinarios de acción, y advertimos, por la otra, que la aptitud asimilatoria de conocimiento es siempre proporcional á los recursos de acción y de expresión; de donde resulta que el aporte de cada rama artística es tanto más valioso é intenso cuanto más pueda dicha rama penetrar en el conocimiento, y tanto más favorable á los intereses de la especie cuanto más pueda divulgar el conocimiento. Quanto á la dirección, se comprende que las ramas menos trabadas por el culto á lo tradicional son las más propicias al proceso evolutivo.

---

# EL IDEAL

---

PARTE TERCERA

---

## I

### ¿QUÉ ES EL IDEAL?

Cuando se habla del ideal, se advertirá fácilmente que hay tantas maneras de concebirlo, diremos, cuantos sean los que intenten dar su definición. No obstante, por entre ese cúmulo de acepciones tan distintas, puede verse también que hay un lineamiento común, casi siempre, y es el que fija este concepto *como finalidad*.

Ningún antecedente nos autoriza á creer que el hombre tenga que llenar una «misión» concreta. El hombre vive, y, al vivir, se siente compelido instintivamente á procurar su mejoramiento. Este segundo término, esta incitación orgánica que nos hace anhelar más y más, incesantemente; este acicate que nos inquieta y nos espolea; esta aspiración insaciable á mejorar, es el ideal.

Ese unánime y continuo anhelo de los ejemplares de la especie, por ínfimo que sea el ejemplar, acaso lo comparte, en grado menor, naturalmente, todo el mundo orgánico, aun cuando no pueda manifestarse de una manera tan inequívoca en las especies inferiores, del mismo modo que no se manifiesta en grado igual en el hombre salvaje, ó sea en el tipo inferior, y en el civilizado. No se encontrará un solo hombre que no aspire á más de lo que posee; si bien donde puede verse más vivo y defi-

nido este deseo de mejorar, es en las extracciones superiores. Cuanto más complejo es el organismo, más claramente manifiesta su evolutividad, y cuanto más ha evolucionado, puede notarse mejor que aspira más y más empeñosamente. Es así que los espíritus selectos están siempre más dispuestos á inquirir, á investigar, á descubrir nuevos recursos de acción y de defensa. Si comparamos los anhelos de un hombre vulgar con los de un hombre superior, se ofrece siempre una diferencia notable en calidad é intensidad. El espíritu grosero, como el niño, tiene, por lo común, ambiciones inferiores.

El hombre va avanzando progresivamente en todos los dominios de la actividad, y á medida que avanza va descubriendo nuevas vías aprovechables en su inextinguible afán de satisfacer sus aspiraciones; cada conquista le hace sentir la necesidad de nuevas complementaciones, y es así que se transforma y evoluciona el ideal. Es el hombre, pues, quien va construyendo inacabablemente el ideal. A la inversa de lo que ocurría con la famosa tela de Penélope, si se nos permite la imagen, se diría que por la noche siente aquél, cada vez más, la necesidad de completar su esfuerzo, y al alborar el nuevo día se apercibe para continuar su obra interminable. De este modo es que se borda perennemente la trama de la evolución, y por más que con su esfuerzo intente cada cual satisfacer todos sus deseos, nadie lo ha logrado aún, y todo nos conduce á pensar que nadie lo ha de lograr jamás.

El aguijón instintivo es implacable; y esa misma implacabilidad, tal vez, hizo pensar que el ideal puede ser absoluto, cuando es, al contrario, relativo, é indeterminado. Su extensión es lo indefinido, lo desconocido. El ideal es el mejoramiento progresivo. Hoy creemos saber lo que queremos, y bastaría que pudiéramos satisfacer ese anhelo que se nos antoja concreto y definitivo, para ver que

aquél renace con nuevo vigor, y de múltiples maneras, siempre, perpetuamente. La línea que ha de recorrer el ideal, ni es posible preestablecerla. Cada cual anhela de acuerdo con su complexión, y en esa suma de ansias y de esfuerzos tendientes á aplacarlas, la resultante es siempre de progreso y de mejora, porque las iniciativas más inteligentes triunfan en definitiva, esto es, las más adecuadas á servir los intereses más vitales de la especie. En esa obra de constante selección, determinada por el instinto orgánico, que comprende el de conservación individual, el de perpetuación específica y el de mejoramiento, van perdurando las formas mejor apropiadas al cumplimiento de la ley natural, y por encima de las incidencias, de las marchas y contramarchas, de las propias empresas más erróneas ó descaminadas que retardan y accidentan la evolución, el resultado va perfilándose invariablemente en el sentido de satisfacer un ideal más positivo, más racional, y de tal suerte es que se opera el mejoramiento de la especie. Esa suma de esfuerzos actúa como los diferentes cuerpos de un ejército. No todos los proyectiles dan en el blanco, ni todas las evoluciones son hábiles, ni eficaces; pero del conjunto de evoluciones y disparos surge siempre la victoria.

Debemos pensar que el hombre está hecho para triunfar, dada la superioridad que comporta la mayor complejidad de su organización, y de su inteligencia consiguientemente. El esfuerzo humano, que se realiza por el arte, como medio superior de acción, todo él, tiende á mejorarnos. El propio error implica una enseñanza aprovechable, que, más tarde ó más temprano, indemniza á la especie de los perjuicios que momentáneamente haya podido causar. Por eso mismo resulta difícil predecir las consecuencias definitivas de cada serie de esfuerzos, sea cual fuere su naturaleza.

Nuestra civilización, nuestro arte, nuestras formas usuales de actividad, y nosotros mismos, todo es resultado de una lenta y complicadísima elaboración, que se ha desplegado en muchos millares de años, en millones de siglos. Vemos y palpamos el resultado, sin poder descubrir la trama, la infinita y variada multiplicidad de factores que han concurrido para realizar los « prodigios », verdaderos prodigios que se ofrecen á nuestros ojos, ya de por sí prodigiosos. En este sentido, podemos decir que nuestro común abuelo arranca de los más remotos días de la prehistoria. Si pudiéramos ver alineadas todas las causas, subcausas y accidentes que han intervenido para engendrar la vida de que disfrutamos, la amaríamos más hondamente aún de lo que la amamos, por más que ella fuera leve y fugaz como la de las efímeras que viven para dar un vuelo, y veríamos que vale siempre la « pena » de ser vivida y estimada.

Si comparásemos nuestra condición con la de los hombres de las épocas pretéritas, que tanto nos hacen soñar, — por poco remotas que sean, — veríamos que los aventajamos de tal modo, social, moral, intelectual, política y económicamente, que, antes que envidia, nos inspirarían compasión. No obstante, no se han aplacado las ansias de progreso; al contrario, han recrudecido. El instinto, que nos iucita á luchar y á mejorar, se yergue cada vez más, se afirma y se multiplica, para impulsarnos hacia adelante. Es tan insaciable el hombre en su sed de progreso, que ni se detiene siquiera á festejar las victorias alcanzadas, y los nombres de los más grandes benefactores de la humanidad, de ayer no más, están ya olvidados, á pesar de las conmemoraciones del bronce y del mármol, que en vano pretenden alguna vez inmortalizarlos en el recuerdo de las generaciones, por tan deleznales artificios.

En esto mismo hay una lógica positiva, subconsciente, que se impone á la lógica de los convencionalismos circulantes. Ninguno de los benefactores de la humanidad, por más ingratas que hayan sido las generaciones que aprovecharon de su esfuerzo, retiraría su obra impresa ya en la acción general. Hay en el hombre un deseo orgánico tal de perdurar, de actuar, de imponer las propias ideas en la marcha evolutiva, que lo compele á dar cuanto puede para triunfar, por encima y por fuera de todo cálculo. No me refiero, como se comprenderá, al espíritu vulgar, destinado á vegetar obscuramente. Es que ese esfuerzo responde á una incitación más efectiva, por cierto, que la del espejismo con que se aturden los ilusos, cuando cifran sus cálculos en la gratitud de los beneficiados, la que casi siempre brilla por su ausencia, si no siempre.

Lo que incita á la investigación y al trabajo es el instinto vital irreducible; es la conciencia de que nadie es de una infecundidad más desolante que el pasivo, el inerte con sus brazos cruzados, en tanto que el trabajador, aun cuando se haya dirigido en una senda falsa, es siempre útil, y á veces hasta fructuoso, como lo fueron aquellos que buscaron con ahinco la clave del soñado movimiento perpetuo. Es la resultante de las conquistas y de los errores debidos al esfuerzo, lo que ha documentado y construído la civilización de que disfrutamos, con todas sus cargas y beneficios, con todas las esperanzas y anhelos que nos incitan. A la pasividad no le debemos nada.

Lo que más caracteriza al instinto es *su insaciabilidad*. Si el hombre fuera realizando sus aspiraciones y aun sus devaneos; si según los mirajes místicos y metafísicos llegara á sentarse en el empíreo, encarnado con la más soberbia de sus concepciones teístas, con todo



anhelaría más. Comenzaría á desear nuevos e interminables suplementos, con la misma desenvoltura con que un gourmet pide el café, y el «pousse-café», después del festín opíparo. La propia complejión evolutiva del hombre no le permite alcanzar jamás la satisfacción de sus deseos: sólo la muerte apaga esa sed implacable de mejora. Ese anhelo orgánico aguija constantemente, aun cuando no sabemos en qué sentido lo hace. En ciertos momentos, los más, si se nos preguntara súbitamente qué deseamos, ni acertaríamos á contestar, y si nos fuera dado optar entre asistir á un período cualquiera de la prehistoria ó á uno de los venideros, titubearíamos, sin advertir, en nuestro aturdimiento, que en ambos nos sentiríamos igualmente desorbitados, y, por lo tanto, menos bien que donde estamos.

En nuestro afán de mejorar, no nos damos cuenta de que lo existente es lo mejor, puesto que tiene la suprema majestad de *ser*, y está, por eso solo, muy por encima de todos los fantaseos que se forjen alrededor de lo imposible; y así es que, á menudo, por alcanzar nuevos bienes, quiméricos, menospreciamos los que tenemos, cuando lo sensato sería disfrutar de *lo que es y poseemos*, sin perjuicio de procurarnos lo demás que nos sea dado obtener. Por una conciencia errónea, sin embargo, se malogra el invaluable bien de la existencia más frecuentemente de lo que se cree. ¡Cuántos perecen sin haber encontrado su alvéolo para vivir dentro de la realidad! ¡Cuántos han vivido en puro sueño!

¿Qué es el ideal, pues? Es la aspiración á mejorar, determinada por el instinto orgánico en su empeño de adaptarse al ambiente natural. En ese esfuerzo de adaptación que se manifiesta de tan distintas maneras, el propósito es uniformemente el mismo: *mejorar*. Todos por igual tratan de conservarse, de perdurar, de pre-

valecer, de triunfar; los mismos que se aplican disciplinas, aquellos que se mutilan, ó de cualquier otro modo se sacrifican, todos quieren mejorar su condición orgánica, puesto que están regidos por la ley de su propia estructura. Para quienquiera que sea, y en cada orden de asuntos, hay una meta de oportunidad más ó menos instable. Lo único que tiene persistencia, lo único que se mantiene invariable, es la relación del hombre con el ideal, lo demás evoluciona: el hombre, el ideal, así como los procedimientos y recursos de que se vale aquél para conseguir su mejoramiento. Lo que permanece constante, pues, es la ley que incita á realizar esa obra.

Todas las manifestaciones conscientes de la actividad humana convergen en su marcha al ideal, que es inextinguible. Nadie sabe lo que vendrá á plantearse como necesario más adelante, pero todos sentimos la necesidad de mejorar. Es poco razonable pensar que haya un punto terminal en el desarrollo evolutivo, antes de que se suprima la vida por completo. Con el mismo fundamento con que uno es hoy conservador ó reaccionario, lo eran otros en el siglo pasado, y el anterior, y los precedentes. Entre los propios habitantes de las cavernas habría conservadores, y los más serían reaccionarios, tal vez. Sin embargo, es tal el cambio operado por obra de la evolución, que parece hubiera quedado roto todo parentesco entre aquel arte lejano, librado á orientaciones torpes, ciegas, y el arte de nuestros días, dirigido al conocimiento. Es admirable lo que se ha conquistado ya en todos los órdenes de la actividad.

Si se compara la lóbrega cueva del troglodita con el palacio moderno, con el rascacielo; el saboreo de una raíz escarbada con las uñas, que se efectúa con mirada huraña, oblicua, y la algazara de un festín cualquiera de nuestros días; el ingenio del que arroja un tronco de

árbol ó una piedra para vadear un charco, y el de los que construyen los soberbios puentes modernos, el de Long Key, por ejemplo; la torpeza del que utiliza sus dedos para contar hasta diez, y la ágil y certera serie de operaciones con que se verifican los cálculos astronómicos; el andar receloso, más que prudente, del hombre primitivo, y los vuelos audaces de cóndor que realiza el aviador; y aun el propio penseque medioeval, escolástico, abstruso, y las concepciones modernas científicas; si se compara todo esto, parece que hubiera abismos radicales y, no obstante, no se advierte una sola solución de continuidad. En lo substancial rige la misma ley, la misma necesidad, el mismo ideal, esencialmente el mismo que nos estimula á mejorar nuestra condición, por más que se haya mejorado tanto.

Si pudiéramos abarcar con una mirada la enormidad de las órbitas evolucionales, acaso nos fuera dado columbrar la mucho más sorprendente grandeza de la línea á recorrerse, en la cual, dados los factores progresivos de actuación, es tal vez apenas un grado lo recorrido, aunque fuera igual en duración. Un siglo es un pestañeo frente al tiempo, y es así como el último paso, si lo hay en la vía evolutiva, permanece inaccesible á nuestra tímida mirada, como queda definitivamente ignorado el último pensamiento tranquilizador que se refleja en la majestad serena de los muertos.

---

## II

### EL ARTE, LA ESTÉTICA Y EL IDEAL

Para precisar mejor las ideas acerca de estas tres entidades que tan á menudo vemos confundidas: el arte, la estética y el ideal, tratemos de definir las observando cómo se presentan á nuestra mirada.

Vivir, dada nuestra complexión, presupone la necesidad de mejorar; más aún, la necesidad de procurar constantes mejoramientos. De ahí, quizá, el concepto spenceriano del progreso como transformación de lo homogéneo en heterogéneo. Por un excesivo culto á la tradición, no se ha constatado lo bastante esta necesidad orgánica, y debido á ello, probablemente, es que se ha llegado hasta á negar la superioridad de lo útil, anteponiéndole diversas entidades abstractas. Es preciso, sin embargo, formarse una pobre idea de la inteligencia humana y, á la vez, cerrar los ojos á la evidencia, para entender que el hombre, por superior que se le considere, deba estimar en menos lo que más le conviene. Esto sería un absurdo. Si el arte es un recurso de inteligencia, según se ha dicho, y si el ser humano, tanto por su estructura cuanto por su propio interés, está compelido á buscar perpetuamente su mejoramiento, ¿qué puede ser más lógico, más moral ni superior que el aplicar su intelecto á

llenar esa aspiración orgánica? ¿No es un verdadero colmo de fantasías colocarlo en situación inferior á la de los demás organismos, de los propios que tanto menosprecia, como sería menester hacerlo si se entendiera que no debe utilizar su mayor inteligencia en provecho propio?

Planteada así la cuestión, en este terreno de simple buen sentido, pueden verse mejor las diferencias y relaciones que existen entre el arte, la estética y el ideal.

Determinado el hombre por su propia naturaleza á elevar su condición, echa mano de su arte, que es la acción de sus recursos intelectivos, para realizar el ideal, es decir, para satisfacer sus necesidades, entre las que descuella la de procurar perpetuamente su mejoramiento: necesidad congénita que deriva de su propia superioridad, elaborada en los siglos, por sus predecesores. Como una consecuencia resultante de ese esfuerzo que realiza en su obra perdurable de adaptación á su ambiente natural, surge también el esteticismo. Así es que á éste lo vemos evolucionar con él, constantemente, en todas las direcciones de su mentalidad. En esa brega perenne del hombre por realizar su ideal que avanza, que avanza siempre, es donde se forja el esteticismo, el que también avanza, á su vez. Pretender la definición del ideal en una forma concreta, es tan iuconsulto, pues, como si se intentara plasmar la belleza de un modo definitivo, porque lo uno y lo otro se modifican fatalmente con la evolución.

Cada hombre tiene un ideal de acuerdo con su estructura, y hasta podría decirse que es muy variable, puesto que todavía ese ideal se va transformando á medida que vive y que lucha, ya sea que triunfe ó que fracase, y lo mismo aunque vegete. Podrá tener dicho ideal cierta persistencia, mas nunca definitiva, porque está siempre expuesto á cambios, en el proceso evolutivo. En ese fárrago

de aspiraciones que se realizan, ó no se realizan, surge de mil maneras el esteticismo en todos sus grados y variedades, como una consecuencia de las vicisitudes favorables del esfuerzo, como surgen el desencanto, la decepción y el dolor en la adversidad.

Es así que la belleza se manifiesta de tantas maneras cuantas son las modalidades mentales, tanto en las líneas generales de la evolución como en sus incidencias. Es cierto que nosotros, á causa de nuestras peculiaridades orgánicas ó psíquicas, — si es dado establecer una distinción al respecto, — *objetivamos las formas de nuestro propio relacionamiento físico-psíquico y psico-psíquico*, atribuyendo á las cosas una calidad que sólo emerge de una relación más ó menos instable, y así es que llamamos bello á lo que nos sugiere un estado mental ú orgánico acorde con nuestra estructura, sin advertir que ese estado es siempre precario, por cuanto es un efecto de múltiples circunstancias más ó menos variables, y que, por lo mismo, no podría subsistir fuera de ellas. De ese modo es que encarnamos en cualquier cosa el concepto de belleza, ya sea en un idilio ó una tragedia, una novela acre ó una comedia jovial, una ironía punzante ó un ditirambo que destila miel, un bosque frondoso ó un lirio solitario, un mármol helénico, una caricatura mordaz, un tejido defínísimos hilos, un conjunto de sonidos, una tela coloreada, un rincón apartado, una ciudad, un palacio, una choza musgosa, una fábula infantil, ó un verso que horripila ó una elegía suplicante, ó una batalla, un pájaro que canta, un sapo que jadea... Nosotros concebimos á la mujer como un arquetipo de belleza, y sobre esto mismo, que es tan íntimamente orgánico, difieren de tal modo las opiniones, que vemos pregonar todos sus aspectos, desde la obesa que forja los encantos de algunos hombres, como el de los colegiales, hasta la de talle más sutil, de insecto, de

emeso. ¿Por qué se opera esa disparidad de opiniones aun sobre asunto tan trillado, y no por eso menos interesante y fundamental? Nosotros no vemos razón para explicarla fuera del individualismo del ideal y, consiguientemente, el de la belleza, por un lado, y, por el otro, la de la evolutividad de ambas modalidades paralelas, cuyo paralelismo se produce en el primero, el ideal, como causa, y en el otro, el esteticismo, como efecto.

El ideal y el esteticismo, pues, evolucionan hacia los mismos rumbos. A medida que el hombre se eleva en su esfuerzo hacia el ideal, se transforman y evolucionan las modalidades estéticas, como una consecuencia de dicho esfuerzo, y de ahí que todos los esteticismos tiendan á racionalizarse, y de ahí también que sea tan fácil confundir la belleza con el ideal.

El ideal y la belleza se transforman por una selección á base de conocimiento. Para que pudiera identificarse lo ideal y lo bello, sería menester que se hubiese realizado toda la aspiración humana. Cuando la ciencia se hallase por completo integrada, nuestras ideaciones se habrían cristalizado por carencia de toda aspiración. Dada nuestra compleción íntima, ni concebimos esa parálisis total, donde no quedara nada que inquirir ni que esperar, como no concebimos la inmortalidad, por más que se la anhele tan ardientemente á veces. Una y otra cosa son quimeras, decepcionantes más bien. Ese espejismo es el que ha hecho pensar que un día lo bello agradará de inmediato á todos y por igual.

La diferencia entre el ideal y lo estético resulta fácil, pues, de este punto de vista. La belleza, podría decirse que es ideal realizado, y el ideal una aspiración á realizar. Así, por ejemplo, lo ideal sería que pudiéramos ascender y descender y planear en el aire con un simple motor de bolsillo, y mejor aún sin él, libremente, como las aves

de ágil vuelo; que pudiésemos lograr que llueva ó brille el sol á medida de nuestras necesidades y deseos; que se extirparan todos los males y flagelos que nos amenazan; que nos fuera dado vivir sanos y fuertes y dichosos, por mucho tiempo; pero no se requiere tanto, por cierto, para que vibremos estéticamente: basta un arco iris, un plenilunio, un gorjeo, un verso, una remiisceucia. Bien claro se ve, pues, que son cosas distintas el ideal y la belleza, así como que esa aspiración á avanzar es superior á la contemplación pasiva del vivaque, en que se sueña, diríase, en pleno campo, al raso. Nosotros nos emocionamos estéticamente con cualquier motivo: basta dejar que corran en un dulce mecimiento evocatorio las imágenes que hayamos recogido, en tanto que el culto del ideal nos iucita al esfuerzo de conquista. Aquí cede el sueño sedante al raciocinio agudo que inquiere, que se agita para penetrar en el misterio, ó para aprovechar del conocimiento. También en esta vía se brinda el halago estético como una satisfacción intelectual superior, tan superior que, á medida que se reduce lo iguoto, la emoción cede al raciocinio. Nosotros nos emocionamos porque no conocemos; en este sentido, podría decirse que el ensueño es el culto del misterio.

El ideal, si se le encara metafísicamente, es decir, pretendiendo alcanzar las proyecciones de lo absoluto, «supuesto», implicaría lo imposible. Se diría que vamos por la senda de lo que no es dado realizar; pero como ninguna vía nos ofrece lo absoluto, — por una verdadera ventura, — cada vez vamos adquiriendo mayor conciencia de que nada nos perfecciona más ni más provechosa y efectivamente que el culto del ideal por el conocimiento. Por algo es inalcauzable lo absoluto.

Este aparente contrasentido se debe á que el hombre, por una ilusión teleológica, pensó que tiene una misión «final» que cumplir, fuera de la de vivir y perpetuarse,



como todos los demás organismos conocidos, procurando, dentro de sus recursos naturales, el mayor mejoramiento de su condición, y de esa ilusión que parece ser un signo de superioridad, nace el extravío de que nos ocupemos y preocupemos de iudagar lo que ocurriría si alguna vez se supiera y se pudiera todo, en tanto que nos desprecupamos de lo que nos toca hacer de inmediato mientras vivimos. ¡Place tanto al hombre, especialmente, construir palacios en el aire, antes que buenas chozas terrenales! Verdad que el progreso se impone de tal modo, que la humanidad, cualesquiera que sean sus disquisiciones metafísicas, no se atiene, ni puede atenerse á ellas, en cuanto á «su acción», y es así que se la ve, invariablemente, ajustarla en sentido práctico, positivo, cada vez más positivo.

Por un lado, pues, vemos al hombre aplicando su arte á la consecución de su ideal, indefectiblemente, y, por el otro, podemos observar que, en esa vía, se deleita de mil maneras diversas, y que, en su afán de vivir y de disfrutar de los bienes de la existencia, trata de procurarse el mayor cúmulo de goces estéticos; he ahí cómo consideramos estas tres entidades: el arte, la estética, el ideal. Se diría que en esa brega interminable, afanosa, el hombre aplica su intelecto para triunfar, como aplica incesantemente sus pulmones y sus bronquios á mantener su integridad orgánica; en esa paciente, honrosa labor, que parece pedestre á los espíritus soñadores, como pudiera parecerles un suplicio de ergástula la propia respiración perenne á que está sometido el organismo, si se la considerara como una contrariedad; en ese eterno batallar por obtener un triunfo sobre lo imposible, según rezan las quimeras, porque no es eterno el batallar, allí mismo el hombre se solaza con el ensueño ó se regocija con sus conquistas, y lucha así mismo, lucha siempre.

---

### III

#### LA ACCIÓN EVOLUTIVA Y EL IDEAL

##### I. EL HOMBRE, POR SU ARTE, SE ENCAMINA AL IDEAL

En medio del intrincamiento de las formas de la actividad humana, puede verse que el hombre y los pueblos se dirigen invariablemente á la consecución del ideal. Resulta así, por un lado, que *la evolución dirige á la especie á su mejoramiento*, y, por el otro, que, *á medida que aquélla se mejora, el ideal evoluciona y se amplía*.

Esa ley se cumple á pesar de todo. Ella rige, por más que el hombre se rebele; pero es evidente, sin embargo, que se cumpliría mejor y más fácilmente si, conscientes de la ineluctabilidad y de la bondad insuperable de esa ley natural, la acatáramos y la secundáramos, en vez de resistirla, tan estérilmente por lo demás. Debido á esa ley es que todas las ramas artísticas, aun las menos aptas para el avance, tienden á ajustarse al ideal evolutivo, y es por ello también que siempre se realiza algún progreso, más ó menos sensible, en todas las formas de acción. Todo se utiliza en esa marcha de avance, hasta los errores más caracterizados. Ellos quedan como una documentación aprovechable.

El hombre, guiado por su instinto, aplica su inteli-

gencia en el sentido de garantizarse y de mejorar su condición, y, entretanto que avanza, va conquistando posiciones para sí y acumulando, á la vez, mayores concursos y más amplios medios de acción que benefician á las generaciones que le subsiguen; mas, según lo dijimos ya, por mucho que progrese, no ha logrado la humanidad, ni podemos imaginar que logre jamás alcanzar la meta integral, es decir, el colmo de sus aspiraciones, puesto que éstas son progresivas también. Si bien nuestra condición social, moral, económica, política é intelectual es incomparablemente mejor que la de nuestros antepasados, en cambio no es menor el haz actual de nuestras aspiraciones, en todo sentido. Es tal el progreso operado, no obstante, que cualquier hombre de la antigüedad haría un papel deslucido en nuestros días.

Las ideaciones retrospectivas, que magnifican desmesadamente el pasado, no permiten apreciar en toda su magnitud los progresos alcanzados, ni los beneficios que de ellos derivan, y es por eso que nos engaña *la realidad de la evolución*; engaño en que también han caído los más eminentes pensadores. A pesar de lo que nos hagan entender las apariencias, puede verse que todas las manifestaciones de la actividad deliberada, como todas las modalidades mentales, se dirigen indefectiblemente á nuestro mejoramiento, con la misma espontaneidad con que la acción orgánica tiende á la conservación individual. Unas y otras convergen, pues. Es que siempre encarrilamos dentro del campo instintivo, esencial é ineludiblemente, todos nuestros anhelos, y en ese mismo riel es que encaminamos nuestras energías, en todas sus fases. De ahí que con ser tan variadas y personales nuestras apreciaciones en todo orden de asuntos, se las pueda ver, no obstante, tan solícita y directamente aplicadas á servir al organismo, de todas maneras, en su inten-

ción por lo menos. Es bien ocioso, entonces, que se proclamen como superiores otras reglas de conducta, porque por dentro de toda acción tiene que hallarse rigiendo necesariamente, fundamentalmente, la médula instintiva, como la razón de ser de todo organismo, desde que ella es tan requerida en la individualidad, como lo son los órganos esenciales para vivir. Sería, por lo demás, un pleno contrasentido que nuestro entendimiento, esto es, que el propio intelecto se hallara en oposición con el instinto vital. Sólo por una serie de diabólicos engranajes verdaderamente trastocados, podría «construirse» una cosa tan absurda, si eso no es más bien demoler que construir. No es menos cierto, sin embargo, que los propios filósofos han hecho á veces cuanto han podido para concebirse así, en la falsa inteligencia de que resultan de este modo superiores á sí mismos. Es verdad que esas lucubraciones no han logrado desviar al hombre del cumplimiento de la ley natural, pero han dejado regueros de prejuicios perniciosos, que pretenderían dar prevalencia á semejante aberración sobre la propia ley soberana de la naturaleza, tan favorable como es para el hombre, y para la especie, consiguientemente.

Escapan á todo cálculo imaginativo las consecuencias de estos espejismos en una acción continuada, multiseccular, porque se manifiestan de maneras tan diversas y han herido la mente en tantas formas, que el cómputo de todas ellas se ofrece inabarcable á la mirada, como un remolino inmenso, inmensamente fantástico. Baste decir que todavía se experimentan hoy muchas consecuencias de los más antiguos errores cardinales que nos hacen creer que obramos mal cuando obramos bien, y viceversa, para imaginar las extensiones del perjuicio que se ha ocasionado por tales vicios de concepto, tan fundamentales.

Aun hoy día se supone que el instinto es algo infe-

rior, y que el egoísmo es algo peor aún, que es vituperable. Para conciliar la realidad con las altas filosofías, no pudiendo dejar de verse á cada instante esos factores naturales ineludibles, íntimos, incisivos, decisivos, porque son congénitos, se hace una división entre el egoísmo instintivo psico-biológico que se acepta, no sin reservas, y el egoísmo moral que se reprueba. ¿Podría concebirse una oposición tan radical, una antinomia, dentro de la propia individualidad indivisible? Para nosotros, lejos de haber una contradicción, una oposición, un antagonismo, sólo hay una cuestión de palabras, puesto que, en el hecho, lo que se llama egoísmo moral, es una consecuencia directa del egoísmo psico-biológico, orgánico; y es precisamente este mismo injuriado instinto egoísta, el que opera la evolución hacia las formas del mejoramiento humano progresivo, de cuyos bienes y favores disfrutamos.

Nada nos enreda tanto, á veces, como nuestras propias disquisiciones metafísicas. Así, por ejemplo, creyendo enaltecer el arte, como medio máximo de acción, se le ha desfigurado, y se le ha deprimido todavía. Según el criterio dominante, una obra útil no puede reputarse «artística». Parece que dependiera principalmente de su inutilidad, el que pueda alcanzar el honor de ser llamada «obra de arte», sumo honor á que no pueden siquiera aspirar las que van dirigidas á la consecución de lo más necesario y eficaz. No es pequeño absurdo, sin embargo, el de reputar en menos lo más importante, y lo de más provecho.

Una obra de arte, en la acepción natural y más propia de la palabra, debería ser un esfuerzo creador, es decir, siempre un paso eficaz en lo inexplorado, que aumenta el caudal de los medios conocidos en los dominios del pensamiento y de la acción; pero es tan arbitrario el criterio filosófico á este respecto, que, al revés, conceptúa

como superior lo que menos sirve. Esto es de un lirismo poco juicioso, por cierto. Un inculto, no entendido en especulaciones filosóficas, hará como las bestias, que se dejan guiar por el instinto, lleno de sabiduría; y tratará, ante todo, de inquirir la utilidad de un objeto cualquiera que se le brinda; pero apenas comienza á lucrarse metafísicamente, se hace fácil un extravío fundamental en las ideas, y puede suceder también, como sucede, que, á mérito de comprobar una falsa superioridad, se estime en más lo que vale menos.

La condición primordial de un esfuerzo cualquiera es su eficacia, como medio, y su utilidad, como fin. Inagotables como son las aspiraciones humanas, la acción debe ser ordenada en el sentido de satisfacerlas lo mejor posible; y para ello, en primer término, debe dirigirse á obtener una ventaja, un provecho, el que, como se comprende, será tanto más recomendable cuanto más beneficioso y positivo sea. Un idealista, en cambio, piensa que eso es demasiado llano y claro y, por lo mismo, bajo, y opta, entonces, por otorgar una preeminencia á lo que menos sirve. Es que el ignorante, privado de los recursos evocativos, al ver antiguallas sólo se limita á constatar su vejez ó su inutilidad, en tanto que el intelectual se entrega al ensueño, y se embriaga con él, en la inteligencia de que es eso lo mejor y más elevado que pueda hacerse.

Si hemos de tomar en cuenta el concepto, ó sea la finalidad del esfuerzo para apreciar el esfuerzo mismo, como la mejor manera de juzgar estos asuntos, debería estimarse como su carácter superior la mayor utilidad, y no el que dicho esfuerzo pretenda eximirse de la demanda instintiva, para llenar una necesidad secundaria de boato ó esparcimiento como la calidad más encomiable, para justipreciarlo, porque tal cosa es absurda. ¿Qué razones

pueden hacernos suponer que sean superiores una estatua, un cuadro ó una obra arquitectónica ó musical, por admirables que sean, á las obras de conocimiento, por ejemplo, cuyas proyecciones sobre los destinos de la humanidad son tan proficuas, que es imposible abarcar sus beneficios directos é indirectos, por más que agucemos nuestra imaginación?

No obstante, todavía ahora, en pleno auge positivista, se sienten los prestigios que se otorgaron á las formas suntuosas cuando no podía preverse el cúmulo de bienes que habían de recogerse por la humanidad en las vías del trabajo de investigación, en el culto del conocimiento, y cuando tanto se esperó, aunque infructuosamente, en las otras vías.

Parece que sólo lo superfluo pudiera inmunizarnos del estigma prosaico y vil de lo necesario y de lo útil, para elevarnos por encima de las especies inferiores; pero no se advierte que no podemos sustraernos á lo uno y á lo otro, por más que lo intentemos. Lo único que cambia, sin embargo, es la manera de apreciarse la necesidad ó la utilidad. Así, por ejemplo, Schiller ha dicho: «El hombre no está completo sino cuando juega;» y Guyau afirma, en oposición: «El hombre no está completo sino cuando trabaja. Lo que constituye la superioridad del hombre sobre el animal, del hombre civilizado sobre el salvaje, es el trabajo.» En uno y otro caso, están por igual presupuestas «la necesidad» y «la conveniencia»: sólo se discrepa en su apreciación.

Es indudable, por otra parte, que ninguna de estas dos afirmaciones es exacta, por cuanto desconocen un hecho fundamental, y es que el hombre *nunca está completo*, porque es una entidad evolutiva, que tiende á completarse perpetuamente, ya sea por el trabajo, ó bien por la expansión.

Por un falso concepto, el solaz se reputa superfluo, vale decir, innecesario; siendo así que es la única forma de reposo mental, en el estado de vigilia. El pájaro y el insecto que cantan ó trinan, viven en el instante mismo en que emplean sus energías *en vivir*, de igual modo que viven los hombres cuando se esparcen, exentos de la enormidad de cargas y tribulaciones que acumulan sobre sí, más que otra cosa alguna los errores de sus filósofos y moralistas, como viven cuando se esfuerzan y se desesperan por producir. La ocupación y la holganza son, pues, dos elementos de valor relativo, que *sirven igualmente* al hombre, y es así tan inadecuado el trabajo cuando debemos descansar, como solazarnos cuando debemos trabajar.

Es arbitrario, entonces, establecer una preeminencia absoluta en favor del trabajo ó del solaz, desde que depende de cada oportunidad el que deba otorgarse prevalencia al uno ó al otro, como necesarios ó simplemente útiles. Ni Guyau, ni Schiller, al considerar el trabajo y el juego con un criterio tan exclusivo, han tomado en cuenta la plena relatividad de ambos extremos. Y no sólo el hombre está tan incompleto cuando se recrea y juega, como cuando trabaja, sino que por más que tienda á completarse por el trabajo y el reposo, si no cambian los términos en que está planteada la cuestión hoy día, es de presumir que no se completará jamás, en el sentido que se da á esta palabra.

Aquellas conclusiones tan contradictorias y excluyentes, se deben á la unilateralidad con que uno y otro han encarrado la observación de los hechos.

La regla fundamental á que debe ceñirse todo esfuerzo, es *la de aplicar la actividad en el sentido más adecuado á las necesidades de cada etapa, de cada momento.*



Por más vueltas que le demos á esta cuestión, siempre resultará, en definitiva, que el hombre, como los demás organismos conocidos, trata de obtener el mayor número de elementos favorables para sustentarse de la mejor manera que le sea posible. Es lo único que los aventaja es en su inteligencia, si bien ésta, á fuerza de ser imaginativa, ha llegado muchas veces á extraviarlo. Por eso es que puede vérselo á menudo conspirando contra sí mismo, en pos de un miraje cualquiera: el poder, la riqueza, la inmortalidad, etc.; pero deducir de ahí que es más importante la inmortalidad, la riqueza, ó el poder, que la vida misma, es un colmo de aberraciones. Como quiera que se mire, la vida es la condición fundamental, y es la finalidad á que, en resumidas cuentas, se aplican las energías á través de los propios desconocimientos. Mientras dura la individualidad, la contemplamos de todas maneras, bien que trabajemos, bien que nos solacemos, bien que oremos, por más que al perder la conciencia de esta realidad, perdamos con ello los beneficios más positivos de la misma.

Desde que se plasma la individualidad, ya comienza ese «culto á la existencia» que se desarrolla en un proceso de constructividad hasta que llega al apogeo, y luego se la descuenta día á día, instante por instante, hasta que se agota. No sólo vivimos, pues, sino que es la vida el asunto que preocupa en todo momento, ya sea consciente, ya sea inconscientemente. El instinto vigila siempre, y esta realidad plena, la olvidamos á veces, cuando no la desconocemos, embriagados por una aspiración insaciable de mejoramiento. Es así que el avaro, y el acumulador de millones, viven ofuscados por el espejismo del éxito, de un éxito siempre relativo, y á menudo truecan el fin, que es la existencia, en medio, y el medio, que es el trabajo, en finalidad. Estos hombres que se suponen tan prác-

ticos, heridos por la manía del oro, se afanan á toda hora, luchan incesantemente, como penados, y desdeñan en lo íntimo al que, más normalizado, mira alguna vez el color de los celajes, puesto que ellos entienden que nada hay que esperar de tal contemplación. Ésos no viven; se diría que soportan la existencia, una existencia que sería imposible para los que acostumbran gustar de las formas de esparcimiento en otros horizontes de esteticismos más abiertos y normales. Huelga decir que no es la vida el mirar celajes, pero es tan inconsulto, á nuestro juicio, el ascetismo que repudia toda expansión por innecesaria, como el lirismo de los prácticos que acumulan más de lo que necesitan, ya sea fuerza ú oro, ó el de los filósofos que reputan superiores las manifestaciones menos útiles, como el solaz y el boato, por ejemplo. Todos éstos son extremos igualmente viciosos.

No es menos cierto que, ya sea que se cultive lo que se reputa práctico, ó el propio lirismo de los soñadores, puede verse siempre, por un lado, que el ídolo íntimo es la vida, es decir, la propia individualidad, en todas sus direcciones y con todos sus matices, y de ese semillero de esfuerzos tan distintos como disciplinados por el instinto matriz, surge el ideal progresivo, de igual modo que en la huerta, por el esfuerzo constante de la savia vital que por distintas vías aspira á preponderar, surgen las flores y los frutos.

Cada cual aprecia á su manera la calidad y la bondad de la cosecha; empero, la realidad, en sus amplias líneas evolutivas, hace su selección á favor de las mejores, y éstas, vale decir, las más apropiadas á los fines de la vida natural, son las que perduran. Si miramos desde allí, veremos que no hay ni flores ni frutos como los del conocimiento, con tanta influencia cuanta tienen y han de tener en los destinos humanos, precisamente porque los favorecen.

En ese laberinto, más aparente que real, es, pues, donde se selecciona el recurso de acción y el recurso de reposo, incesantemente, con arreglo á una guía infalible, la del instinto, que procura adaptar el organismo á su ambiente natural; y en último término el cultor del solaz cede su puesto de preeminencia al del trabajo, — si bien ambos son respetables, — por cuanto este último acude á satisfacer una necesidad primordial: la vida, y concurre á habilitar al hombre para los propios goces del esparcimiento, así como para ajustarlos á sus aspiraciones crecientes, inextinguibles, inagotables, inalcanzables, irrealizables. Es así que el hombre va incesantemente, por su arte, en procura de la realización de un ideal que crece á medida que se alcanza.

El mérito de un esfuerzo artístico consiste, pues, en su eficacia para servir al hombre, á la especie humana, mejor dicho, en su doble finalidad de vivir y mejorar; y si tuviéramos que señalar la obra de arte más meritoria, tendríamos que elevarnos necesariamente al plano donde se han obtenido las conquistas que de un modo más positivo han mejorado la condición del hombre, hasta permitirle la expansión estética, el propio solaz del ensueño embriagante que pretende rivalizar y preceder. El genio puede surgir en todos los órdenes de la actividad y en distintos grados, pero á la vez que debemos aquilatar el valor de un esfuerzo, es preciso juzgar, en primer término, *su utilidad*, y en segundo lugar, su entidad; y si debiéramos escalonarlos en una clasificación, debería atenderse á la eficiencia con que han servido á la humanidad, comenzando siempre por lo más necesario.

Se llama genio, lo mismo al autor de un cuadro, de una escultura, de una sonata, de un templo, etc., que al que descubre una ley, una relación constante, un orden de fenómenos, un procedimiento nuevo, ó un recurso, ú otra

cosa cualquiera que pueda esclarecernos ó servirnos, y como en toda rama puede surgir el genio, nos encontramos con que es siempre difícil establecer su orden de precedencia; pero, de cualquier modo que se debieran apreciar, es claro que los más indicados á la preeminencia *son los que más han concurrido al conocimiento*, y no los que han contribuído al solaz únicamente. Los verdaderos benefactores del hombre son los que han aportado algo en el sentido de orientarnos, facilitando nuestra evolución hacia el ideal; los más grandes genios, á nuestro modo de ver, son los forjadores de ideas, *en un plano positivo*, que es donde se va cimentando el progreso humano, ese progreso que tiende á hacer participar de los bienes conquistados á todos los miembros de la especie, de modo que para todos la vida sea un bien estimable, y no para unos pocos no más, como ocurre con las culturas suntuosas.

Como quiera que sea, es instructivo observar que, en tanto que peroran los pensadores y moralistas, tratando de ajustar la realidad á sus puntos de vista, la humanidad, en cambio, trata de adaptarse á la naturaleza, y vive. Parece que fueran los analfabetos los que no pierden de vista la verdadera ruta. Es que éstos aplican el instinto, directamente, para codearse con la realidad, en vez de remontarse á las regiones idealistas de la quimera, para desconocerla. ¿Qué es lo que no se ha arbitrado para desviar al hombre de su senda?

Las cosas, por fortuna, están de tal modo dispuestas, que la ley natural se cumple á pesar de todo; empero, no es menos cierto que habríamos alcanzado mucho más si el esfuerzo se hubiera aplicado á respetarla y enaltecerla, no ya á conocerla. ¡Qué no habría hecho la inteligencia humana, si no hubiera salido del plano de las actividades positivas!...

## II. ARBITRARIEDAD DEL ESFUERZO EMOCIONAL

Dentro de la órbita sentimental, donde forman, como ejemplares extremos, desde el místico contemplativo, que se identifica con sus visiones en el éxtasis, hasta el autoritario, guerrador, que haría marcar el paso á los hombres y á los pueblos al ritmo de un tambor militar; dentro de estas dos modalidades extremas, donde figuran todos los matices intermedios, el esfuerzo se caracteriza por su arbitrariedad. Como en los dominios de la idealización, que es la generatriz de la floración sentimental, nos dejamos llevar sin contralor por las veleidades de la mentalidad que modeló la tradición, las magnificaciones regresivas imperan, desde que nuestra individualidad precisamente está forjada en el pasado: es su obra.

Por eso es que los cultores de la tradición resisten íntimamente todo conato innovador, el que, de un modo necesario, «rectifica» las formas de acción consagradas, y por eso es también que, al analizar los convencionalismos más admitidos, siempre se halla la trama de los más remotos prejuicios. ¿Qué es lo consuetudinario sino lo que fué adoptado como mejor medio de acción por nuestros antepasados? Bien, pues: el espíritu científico, racionalizador, que cunde hasta en las sociedades más tradicionalistas, se empeña en rectificar ese cúmulo de añejas prácticas, para ajustar mejor al hombre á la sociedad, y á aquél y á ésta á sus fines naturales.

En ese choque de ideas y aspiraciones determinado por el común propósito de asociarse mejor, el que se exhibe en todas partes, aun en los pueblos de mayor cultura, — lo que denota que no se ha adoptado una fórmula racional constitutiva, — es tal el antagonismo de los bandos, que hasta llegan á poner en duda, recíprocamente, la buena fe del contrario.

Es lento, de veras, el proceso evolucionar en las ideas; es lento hasta desesperar. Todavía deslumbran y seducen hasta á los intelectuales más selectos, los espejismos del pasado. La mayoría está aún ofuscada por el titilar de la leyenda, que la literatura se ha esmerado en mantener, encandilada, á su vez, por el ditirambo precedente. Si uno pudiera desprenderse de esa traba sugestiva que hasta por causas estructurales nos cohibe; si uno pudiera empinarse hacia lo más alto de la cerebración libre, racional, para otear desde allí, se vería quizá un conjunto de errores y contrasentidos, algunos despampanantes, que imperau, como los ritos, por la ley de la costumbre. Se vería, entre otras cosas, por ejemplo, que los propios pueblos más civilizados conservan todavía un apego enteramente ilógico á la panacea antigua de la violencia, que hacía quemar y matar de cien maneras diversas, para mejor convivir. Y no es esto sólo lo que habría de sorpreudernos.

En los centros sociales superiores, el «apache», verbi-gracia, vive soñando todavía con la gloria, con la propia gloria. Él también encuentra el modo de procurarse un sitial en el Olimpo consagrado á guardar la memoria de los mártires de la fe, ó la de los grandes guerreros, es decir, el único Olimpo que haya podido edificarse: la nombradía, donde se suele adjudicar, á veces, un rinconcito también al genio científico más benefactor. Auxiliado el apache por múltiples estímulos, ambiciona, á su vez, el recuerdo admirativo de la posteridad, y lo peor es que lo conquista fácilmente. ¿Cuál de esos trabajadores infatigables que envejecen en pos de una fórmula científica, ha ocupado tan vivamente la atención mundial como el asesino Bonnot, por ejemplo? Bien se ve, pues, que todavía en esta materia, como en los lejanos tiempos de Eróstrato, basta hacer una gran barbaridad

para ser inmortal. La condición es que la hazaña sea monstruosa; lo demás no importa.

¿Y puede sorprendernos esta realidad humana? No, puesto que las hay aun más abultadas en este terreno. Las naciones modernas viven corroídas por la necesidad de escuadras y de ejércitos que absorben recursos cuantiosos, los que, pudiendo arrasar todo lo que se ha construído pacientemente en el planeta y todo lo que vive en él, están, así mismo, sometidos á una pasividad de parásitos, que semejaría la parálisis, si no fuera por las guerras coloniales y las grandes maniobras: únicas válvulas de escape para esa inaudita acumulación de gases destructores.

Dentro del campo emotivo cabe todo: lo inverosímil, lo inconducente, y aun lo contraproducente. Ahí, librados al azar de las viejas idealizaciones, y con recursos modernos, todo puede alcanzar igualmente nuestra admiración, y todo puede ser por igual magnífico: la fuerza, la opresión, el crimen, el absurdo. En ese reino arbitrario, se busca como mejor lo más abracadabrante. Si hubiera de hacerse un recuento de las incongruencias reinantes, se intentaría una empresa fácil, si bien larga. Nos cuesta ver, sin embargo, toda la enormidad de los contrasentidos reinantes, porque todo aquello que está consagrado por la costumbre nos parece superior é indispensable, precisamente por razones estructurales, hereditarias, que, de no ser así, saltarían á nuestros ojos, como montañas, las aberraciones que con arreglo á la lógica natural detienen la evolución humana; y la violencia, en la cual cifran todas sus esperanzas los autoritarios, se ofrecería como el pico más enhiesto, allá en lo alto.

Es en los moldes de la ideología ancestral donde es preciso buscar la causa que más obstaculiza el florecimiento de la racionalidad, si se la quiere reducir. Es en

la persistencia de las viejas formas de idear, donde tiene que penetrar el bisturí de disección, si se quiere encontrar la raíz de ese mal tenaz que trasciende en los siglos y que deja que las ideas trogloditas lleguen á nuestros días y auden con grandes gafas en automóvil y en aeroplano, en el propio siglo xx. Es en la incondicional é inconsulta admiración de lo pretérito, donde conviene escudriñar, para ver por qué todavía se estima en tanto la violencia, á pesar de sus repetidos fracasos. Para que bajaran cinco centímetros las orejas del hombre, han tenido que correr millares y millares de siglos; pero bajaron. Para desalojar ciertas ideas, es preciso aun más. La fe en la violencia es una de ellas.

Todavía se cree sinceramente, por muchos, por los más, que sin ese elemento no hay orden posible ni seguridad, y esta aberración la sostienen los autoritarios en todos los estilos imaginables, con toda convicción. Así, por ejemplo, volviendo al ya ilustre Bonnot, cuya suerte hizo vibrar todos los cables de la tierra, se piensa que sin el escarmiento ruidoso (¡terrible para los inofensivos burgueses!), la vida de los felices vecinos de París corría peligro. Hay que reconocer, sin embargo, que, si en vez de tratar á esos descaminados como á héroes en desgracia, se les sometiera, por ejemplo, á duchas frías, en un sitio poco frecuentado, bien pronto habría de reducirse su entusiasmo para delinquir estrepitosamente. Por de pronto, no contarían con el estímulo de las gacetillas minuciosas, para ellos glorificantes, puesto que saben que se las devoran tanto las criadas como las mundanas más encopetadas, llenas de emoción, lo cual les complace íntimamente, y es así que estas siniestras «notabilidades» despiertan la propia admiración, cuando no la envidia, de los cerebradores oscuros de todos los continentes.

Expuestas las imaginaciones al contacto letal de las



opiniones y comentarios que nunca se vierten tan abundosos y absurdos como con estos motivos, y al informarse acerca de usos sociales que tan mal se avienen con las conclusiones que formula el progreso científico, quedan sin saber á qué atenerse. Hasta los propios jóvenes que se están instruyendo, no saben ya qué pensar.

Si estos cultores del crimen «glorioso» no tienen más culpa, á veces, que la de no poseer una brújula directriz en medio del desconcierto de las ideas, ni una sola razón inhibitoria, porque nadie se ocupó de procurárselas, la sociedad, en cambio, que, por hallarse regida por los más preparados, debería demostrar cierta superioridad, aunque sea en ejercicio de su propia defensa, acude todavía al innocuo específico de nuestros pobres buenos abuelos: al verdugo. Con este lóbrego personaje, que data de la prehistoria, y el patíbulo, que semeja esos espantajos con los cuales se familiarizan las aves, á fuerza de verlos, y se posan encima para cantar, ó para rascarse, si son rapaces, se querría intimidar á los que no tienen más vínculo que los ligue á la vida como no sea una serie de obscuras miserias, sin eco, y algún puntapié instructivo, cuando no puros despechos, y es claro que al fin los apaches concluyan por burlarse del instrumento y del verdugo, y hasta que lo vayan á buscar para que les corte la cabeza, no sin hacerla pagar bien cara, á veces. Si se arrepienten, es tarde ya para que de ello saque provecho alguno la sociedad.

Nos parece esfuerzo perdido el querer comprimir por el terror á los desalmados, á los coléricos, á los desesperados, á los sobreexcitados, antes de haberlos aquietado, por lo menos; no obstante, se les quiere conminar al respeto de la sociedad oponiendo á su inhumanidad ó á su iracundia una represalia sangrienta, y aun estrepitosa. Veremos, ahora, qué resultados se obtienen por el nuevo

agente nihilista, la dinamita. Es preciso reconocer que en el orden de usos emocionales perduran, á veces, como insustituibles, las mismas ideas que forjaron nuestros antepasados en instantes en que estaban preocupados con otros asuntos más premiosos que el de forjar ideas.

Es claro que planteada la cuestión social en el terreno de la opresión, más bien que en el de la cooperación, dentro de la equidad, resulta indispensable el uso de la fuerza y el aparato de la misma. El opresor, por hábil que sea, no puede persuadir al oprimido sino por la fuerza ó la amenaza; ¿pero es necesaria positivamente la imposición? Nosotros creemos que no, por lo menos como regla fundamental de convivencia, y sería en verdad singular que el ser más inteligente del planeta tuviera que usar de los medios más brutales para vivir en sociedad y disfrutar de la vida. La violencia es un residuo de barbarie que, á causa de la costumbre, nos parece una necesidad. El famoso explorador inglés Livingstone vivió entre caníbales africanos, inerme y pobre, y se hizo respetar, no obstante, y aun amar, precisamente porque no usó de la fuerza ni de la amenaza; en cambio, otro explorador, también inglés, Stanley, que confió demasiado en la fuerza persuasiva de los explosivos, tuvo que librar batallas y batallas para cruzar por entre las tribus africanas.

Planteada la paz social y política, interna ó externa, fuera de toda equidad, se entra en lo arbitrario, donde el orden es una apariencia, una ficción, puesto que es la simulación del orden por medio de la fuerza. No tan sólo se trata de un antagonismo radical de opiniones,—que esto sería poco,—sino de un antagonismo radical, casi vital, de intereses. Y es de asombrar que en la época del microscopio, del telescopio, de los sueros, del vuelo, de las maravillas mecánicas, de la radiografía y de los procedi-

mientos tan ingeniosos que permiten vislumbrar, divisar la inmensidad de los mundos, no hayan podido verse aquí, en nuestra pequeña isla, — diríamos covacha, si no fuera nuestra, — cosas tan claras y sencillas. Es así que al par que se predicen los eclipses y los fenómenos sísmicos, no se advierten nuestros lunares más grandes, casi tan grandes, á veces, como el mismo planeta; y al lado de cosas esplendentes, se ven otras de una opacidad de tinieblas, rémoras estúpidas y hasta crueldades salvajes de pigmeo africano en medio de actos soberbios, no ya de las declamaciones sentimentales, esas mismas que hacen caer los calcetines de los tontos, al escucharlas.

No se hace un recuento juicioso de lo que sirve y lo que no sirve al hombre y á la especie. En vez de atenernos á los anhelos racionales, nos dejamos seducir aún por las promesas del sentimiento, sin advertir que ellas no pueden salir de la proclama, que es su línea de flotación, y así van subsistiendo, á través de los siglos, los antiguos conflictos y sus consecuencias, perdurablemente. No se tiene bastante confianza en el razonamiento.

Cuando se entra al dominio emocional, se entra al reino de lo arbitrario. « *Quelques notes de musique — dice Moreau de Tours al tratar de las ilusiones sensoriales del hachich — plongent dans d'infinies délices; »* y esto mismo es lo que más caracteriza el campo emocional. Así como bastan unas notas musicales para deleitar, basta, á veces, también, una palabra, una mueca, una mirada, para provocar estados mentales en las mismas antípodas de la delicia. De todo hay en esa viña. Rige una desproporción pasmosa en la lógica emotiva, y eso mismo, quizá, es lo que le depara prestigios tales, que los más piensan aún que la vida quedaría privada de todo encanto si se desvaneciera el ensueño á base de viejas quimeras nimias, y así se relega el deleite de beberlo en los campos del co-

nocimiento, donde también hay fuentes riquísimas, ésas, sí, ubérrimas, para el propio encanto, vírgenes, puede decirse, en tanto que se liba ansiosamente en los flácidos senos de la fábula. Es tal la obsesión del ensueño fabuloso, es tal el afán de dar caza al monstruo alado en los dominios de la ilusión retrospectiva, absurda, del relato tradicional deformado de mil maneras, que no se advierte que allí, por lo común, no se recoge otra cosa que el leve mariposeo efímero de la propia lucubración, confinada, en definitiva, dentro de una caja de hueso que sólo mide algunas pulgadas; es tal ese encandilamiento, decimos, que ni se detienen los vates á considerar la poesía inmaculada aún de una cueva de trogloditas, no ya la de la iniciación de las formas de la vida ó de la fauna y la flora, tal como las revelan los investigadores pacientes, ó el fósil multimilenario, donde también aletea el misterio fecundador del ensueño con revuelos capaces de sorprender la imaginación más fantástica.

Si no fuera porque el secreto de esta fascinación de la quimera está en nuestra propia estructura, moldeada precisamente en los cuños del pasado, no podría explicarse auge tan extraordinario en los mismos instantes en que la racionalidad realiza verdaderos prodigios, si puede usarse de este vocablo sin penetrar en el caos de lo sobrenatural.

Esa propia desproporción de causa á efecto que caracteriza el reino embriagante de la emoción, la misma que delata su inferioridad, es la que constituye su gran título, entre los legionarios del ensueño. No nos ocupemos de los que tienen gustos bajos y vulgares. Hemos visto á dos espíritus de los más selectos, Guyau y Sergi, extrañarse en esos dominios de la quimera: ¿quién podría sostener que en ese terreno están á su verdadero nivel intelectual? Ahí, lejos de manifestarse la excelsitud del

intelecto, se pone de relieve la predisposición ingénita á comulgar con la falacia, con lo estrambótico, con lo inverosímil, con lo propio contradictorio. En este dominio de la ilusión, lo mismo encanta la novela fantástica que la ficción teatral, que la poesía lírica, el cuadro, la estatua, el dije, el bibelot, el autógrafo, la tela ó el libro ó el arma antiguos, un sonido, el tono violáceo de un reflector sobre una bailarina, que semeja una diosa, tal como nos la describe la imaginación de nuestros más remotos antepasados. Cada cual aplica á su manera los labios, sedientos de ensueño, á la boquilla del narguile embriagador. Los mismos que han juntado caudales á fuerza de privaciones, y que acaso por no ceder un dólar, á veces han sido crueles, también quieren soñar, y para ello pagan fuertes sumas sin reparo, expuestos á no lograr ese deleite codiciado, y aun á ser engañados, como los salvajes, con abalorios.

Si bien la investigación ha realizado tantas conquistas que transforman el cuadro de las orientaciones de la inteligencia, los soñadores siguen soñando con lo mismo de antes. Así, por ej., se estiman los viejos lienzos plomizos, ahumados, opacos, en tanto que el impresionismo tiende á fijar los aspectos perpetuamente fugaces del espectáculo cromocinematográfico de la naturaleza, y la arquitectura apenas si advierte que se van encendiendo nuevas « lámparas », según el vocablo de Ruskin. Los cultores del pasado quisieran volver atrás, como lo mejor, para comunicarse con la fábula deslumbrante.

Cuando el « arte nuevo » comenzó á sacudir sus alas, como un ave que se apercibe para un largo vuelo, se le recibió como se recibe la orden de despertar por la mañana. ¡Qué digo! Pareció la más grande insensatez. Ni se sospechó que por debajo de aquellas culebras retorcidas, torturadas, soplaba una brisa fresca, vivificante,

quizá la misma que hacía retorcer esas propias culebras, y capaz de aligerar los cerebros calenturientos de los más perezosos dormilones. Esa brisa, originaria de las regiones del conocimiento, sin duda alguna, comenzó á interpelar á los que cerraban los ojos para seguir platicando con las musas fabulosas, y hoy es ya sorprendente el efecto producido. A los más reaccionarios se les puede ver ahora contemplando con recogimiento lo mismo que antes reputaban sencillamente escandaloso y grotesco. Es la historia de siempre.

Los acuarelistas ingleses, como los maestros de Barbizón y otros cien más que tuvieron que ceder sus telas por un plato de lentejas, como innovadores, si resucitaran, al saber cómo se cotizan sus lienzos, pensarían que el mundo se ha vuelto loco. Y algunos de ellos hasta pudieron ver este pasmoso cambio.

En ese extraño reino de la antinomia emotiva, donde todavía las dríades siguen unidas á su árbol, en tanto que galopan briosos centauros por abruptas laderas, con igual lógica con que los europeos bailan de frac y guante blanco el cake-walk, la machicha, ó la danza del apache, y en que el daltoniano dice « verde », lleno de convicción, cuando los demás dicen « rojo », y los poetas cantan al verde « cotorra » de nuestras cuchillas, es decir, al mismo que denigran las mundanas; en que el mahometano se siente renacer cuando el almuédano lo convoca desde la mezquita, mientras los budistas se ríen de él, allí se verá también agradecer á Dios el propio bien que se menosprecia. En ese reino, son nuestros antepasados los que gobiernan, al revivir en nosotros mismos. Al evocarlos, ellos, que dormitan en el fondo de nuestro ser, se levantan y desfilan fosforescentes ante nuestros ojos maravillados, haciéndonos ver las cosas más extraordinarias. Quizá, por un esfuerzo evocatorio, pueda re-

abrirse todavía una visión archipretérita del pitecantropo locuaz, del propio prosimio tal vez, del lemuriano. Allí, en esos dominios, todo es igualmente lógico y posible.

Esa crueldad felina, salvaje, que nos hace desear un arma cuando pasa un ave á nuestro lado; esa fruición íntima que experimentamos al romper con estrépito un objeto inservible ó, á veces, al matar un insecto inofensivo, ó al destrozar una plauta, por puro placer; ese respeto religioso á lo ignoto, al misterio; esa semi religión que rendimos á las brujas en la niñez, la que nos hace divagar todavía al ver los vientres amarillentos de los ofidios que exhiben en sus lóbregos escaparates los holgines y adivinas; esa supersticiosa credulidad que nos hace prestar oído atento á lo inverosímil, á los milagros, á las proezas imposibles, á los gestos más portentosos de los personajes más fantásticos: todo ese detrito indefinido é indefinible que forma en los lechos más hondos de nuestra individualidad, como se asientan unas sobre otras las capas geológicas, es el terreno en que más profundamente arraiga la emoción, y es en esa planta misma donde florece también, por una cultura especial, el más exquisito deleite estético del ensueño.

### III. SUPERIORIDAD DE LA IDEACIÓN

Nos hallamos, puede decirse, en el punto en que el idealismo sentimental cede ante las demostraciones de la razón. Después de la accidentada etapa recorrida en la vía especulativa, vuelve el hombre, decepcionado, al culto de la Realidad, para encontrar ahí mejor acomodo.

Es instructivo constatar que nada, ni los propios espezismos miríficos, han podido conmover al hombre de su centro de gravedad: el instinto, que lo incita á vivir y á mejorar su condición dentro de su ambiente natural.

Por más que bajo el dictado de las conclusiones especulativas la vida fué, á veces, un valor desdeñable, no por eso ha dejado de estimarse, y en el cúmulo de aspiraciones diversas, siempre pudo, y puede verse, que cada cual busca su lote terreno, si bien por distintas vías: el deleite mundano; el culto del músculo, por el placer orgánico; el culto de la inteligencia, por el placer de cebrar; el poder, por el afán suntuoso, por la pasión de dominar, de imponer; el oro, por las facilidades que aparea, etc., etc.; pero son pocos aún los que estiman la vida por la vida misma, aunque fuera de ella todo sea negación.

Reaccionando contra el desencanto que ha producido el fracaso de los viejos idealismos, tan acreditados como ineficaces; en el desconcierto general de opiniones que caracteriza el momento actual de transición, más que nada, quizá, revolucionario, por un lado se entonan salmos á la caridad, á la paz, á la confraternidad, al añejo ascetismo, y, por el otro, himnos lujuriosos al individualismo epicúreo, á la fuerza, al músculo, al oro. Parece, en ciertos momentos, que se hubiera perdido todo derrotero, y que no se supiera qué hacer.

Todos estos extremos los consideramos igualmente inaceptables. No hablemos de las peroraciones sentimentales, que tan abiertamente riñen con la realidad. Al propio tiempo que se declaman, se observa que la acción está por completo en desacuerdo con ellas. A la vez que se proclama la confraternidad, la caridad, la paz, el respeto á la vida, los grandes astilleros y talleres nacionales se esmeran en construir máquinas de guerra; al par que se hace la apología de la castidad, se reglamenta la prostitución; al mismo tiempo que se pregona la sagrada inviolabilidad de lo ajeno, todo el esfuerzo conspira con mil artificios contra la propiedad; por un lado, se condena



severamente el juego por el idealismo de los moralistas, como por la ley, y por el otro, el juego se manifiesta de todas maneras, tanto subrepticias como francas, y aun oficiales.

Las leyes y los preceptos morales prescinden, á veces, por completo, de las exigencias orgánicas, y parece que pretendieran imponerse como moldes de confección. En vez de tender á *ordenar* la actividad natural, querrían desviarla de sus cauces normales, aunque sea en abierta oposición con la propia naturaleza, cuyas leyes, sí, son sagradas é inviolables. Es de tal suerte que, en medio de las convenciones arbitrarias de los hombres, que mantienen á las sociedades en estado de latente rebelión, forzosa, inevitable como un rebote, siempre se observará que las reacciones se producen como un sometimiento indefectible á la realidad, y así vemos fracasar, en definitiva, todo intento de deformación de la naturaleza, con arreglo á una inexorabilidad inquebrantable. Desde que todo es naturaleza, incluso nosotros, ¿cómo podríamos consumir el absurdo de contrahacerla?

Por más que las peroratas sentimentales hayan parecido tan superiores, cada día se ve más claro el triunfo de la ideación encaminando al hombre, por el convencimiento también, como lo está orgánicamente, en el carril de la realidad. Los viejos idealismos, todos se disipan como nieblas. El ideal natural, más positivo y, por lo tanto, inmejorable, va desalojando todas las fantasías, una tras otra. Dentro de las sociedades humanas, sea cual fuere su grado de cultura, puede observarse que todas las reformas se seleccionan dentro de la ley inmutable, tendiendo á ajustarse á sus mandatos, y lo que pareció una aspiración descabellada en esa vía, va perfilándose más y más netamente como una promesa, si no como una realidad, por entre la red de convencionalis-

mos antojadizos que trazó la ignorancia de nuestros antepasados, de igual modo que, en esa misma vía, se rectificarán, uno á uno, los de nuestros días, por las generaciones que subsigan. A pesar de la rutilante aureola literaria con que se muestran esas visiones fuliginosas que nos trasmite la tradición, temblorosa aún, tan llena de fervor como de espanto hacia las terribles leyendas seculares, todos los espíritus se sienten cada vez más independizados al experimentar los beneficios del razonamiento libre, y se disponen á disfrutar de las ventajas del conocimiento racional. Por eso es que las disquisiciones idealistas, á pesar de hallarse tan acreditadas, han tenido que ceder siempre ante el raciocinio, y cada día más.

Al observar lo que ocurre en el proceso evolutivo, se advierte, pues, por un lado, que las formas racionales prevalecen, y, por el otro, que las propias lucubraciones emocionales se van integrando con raciocinios que las rectifican, indefectiblemente, y, al hacerlo, van adaptando al hombre y á las sociedades cada vez más estrechamente á la realidad: en la faz ideológica, como acontece en todo lo que es material. Este hecho constante demuestra, de un modo irrefragable, la superioridad de la ideación, la que triunfa y perdura así, en todos los dominios, ya sea en los de la acción como en los del pensamiento.

Todas las formas selectivas, en toda la escala orgánica, se rigen por un plan racional. Este factor, pues, se nos ofrece, por un lado, como una ley común infranqueable, y, por el otro, como la ley más provechosa. ¿Qué más es preciso para acatarla y también para decidirnos á secundar su acción bienhechora?

Es á la vida que debe entonarse el gran himno, y á la razón, que nos asocia á la naturaleza y nos permite disfrutar de tanto bien.

Si las idealizaciones pueden también concurrir, por su

parte, á la obra de selección y de mejoramiento, ha de ser á condición de que ensalcen lo que nos eleva, y no lo que nos detiene y nos paraliza. El culto á lo viejo, sólo por viejo; al oro, como fuerza; al músculo, fuera de la idea, fuera del ideal que nos independiza y nos libera, es peor que erróneo, inconducente, y aun contra-productente, como lo sería el aplicar energías para reducir un torrente que arrasa, y que, al arrasar, no tan sólo acarrea la pérdida del esfuerzo, sino también el desaliento. Las idealizaciones del lujo por el lujo, es decir, por la ostentación de nuestra vanidad, que nunca es tan vacua como al exhibirla; las idealizaciones del poderío, como inclinación á oprimir; del trabajo, como medio de dar un día amplio ensanche á nuestras pequeñas pasiones: todo este clamoreo altisonante, jactancioso y vocinglero, lejos de favorecernos, es perturbador y pernicioso, por cuanto nos desvía de la senda natural que nos conduce hacia metas más racionales y más elevadas, por lo mismo.

El oro, por ejemplo, tan aclamado y codiciado, está muy distante de ser un maravilloso agente de progreso y de prosperidad. ¿Qué es el oro, en resumen? Un recurso; como el acero, como el músculo, como la pólvora, que tanto pueden servir para una obra generosa como para una infamia. Así como el músculo se aplica á extraer útilmente de la tierra sus tesoros, con igual docilidad clava un puñal por la espalda. Fuera de la idea á que se aplica, y la propia idea fuera de la racionalidad, son valores arbitrarios.

Son las ideas, pues, *las ideas encaminadas en el conocimiento*, las grandes palancas, los grandes propulsores del progreso. Basta un descubrimiento, una comprobación científica, para que el oro, el músculo, el acero, la idea, todo se ponga á su merced, como un esclavo. El raciocinio es el agente, lo demás le riude vasallaje como

brazo ejecutor, en el mejor de los casos. Merced al raciocinio es que la fuerza, la propia fuerza, se ha sometido. Los estados modernos, cargados de máquinas de matanza, quedan inmovilizados como Hércules sudorosos, bajo el peso de sus propias armas y corazas, tan agobiados por el esfuerzo que hacen para conservar su enlucido, cuanto por el que hacen para no herir. El armamento es hoy más bien una razón diplomática que un recurso de acción, fuera de los simulacros y de las empresas fáciles de dominio, realizadas por una « entente », como si fuera un episodio en maniobras. Esos enormes leones de hirsuta melena se muestran los colmillos y las garras, y rugen, mas difícilmente se lanzan ya á un cuerpo á cuerpo mortal. Eso es obra del raciocinio. Éste va, paso á paso, indefectiblemente, realizando su obra de equidad, que es sabiduría.

Los emotivos dudan siempre de los efectos del razonamiento, y entienden que por momentos puede reproducirse lo mismo que ocurría en la antigüedad. Esperan en todo instante la reaparición de los viejos tiempos. Autóctonos del pasado, enamorados impenitentes de lo que fué, creen íntimamente que las disquisiciones racionales se estrellan todas ante la soberbia de la pasión humana, inextinguible y, por lo tanto, « valor respetable »; pero no advierten que al magnificar así la soberbia pasional, se refieren á las propias pasiones, de tal modo que cambian de conversación apenas se les habla de la respetabilidad de las pasiones de los demás. Ellos razonan de un modo realmente singular. Les parece forzoso que Paris, como hombre, y, por lo tanto, esclavo de sus pasiones, tuviera que poseer á Helena, á trueque de la guerra misma, sin sospechar que sus temibles legiones pudieron fácilmente disuadirlo de la empresa. Para consumir tales milagros, basta que se informe la conciencia; y poco á poco ella se informa.

El oro mismo se ha domesticado. Ahora no está por

completo contraído al orgullo y á las veleidades del amo. Al contrario, ya se invierte por toneladas en dar instrucción y en obras de utilidad *pública*, lo que equivale á decir que está sometido á los ideales de la razón. El mayor lujo de los multimillonarios es su munificencia: el dotar de escuelas, bibliotecas, asilos y hospitales al pueblo, para no perder su consideración. ¡Qué cambios se han operado! El lujo mismo, con ser tan señorial, comienza á evolucionar hacia el confort, dado que el lujo puramente ostensivo comienza á ser hasta de mal gusto. Lo viejo, en vez de ser un asunto de culto incondicional que se tributa á fuerza de genuflexiones, tiende á ser una documentación instructiva, diríase como los fósiles, si no fuera esto una irreverencia.

Tienen razón los aristócratas cuando dicen que ya no se puede vivir. Según los antiguos relatos, los príncipes y los millonarios semejan semidioses consagrados á la dulce tarea de paladear las primicias que el poder y el oro proporcionan, y hoy, ya, en tanto que los modernos magnates y los Cresos viven abrumados por la propia fuerza de su poder ó por el peso de su oro, como los guerreros de antaño gemían bajo sus ricas armaduras cinceladas, los pobres labriegos cantan, libres de carga, en sus chozas.

¿Podrá encontrarse algo más racional y lógico que todo esto? Los grandes acumuladores, los que quieren juntar más aprovisionamientos y más fuerza de la que han menester, resultan víctimas de ese exceso de provisión, como suele acontecer á los que comen más de lo necesario. Hasta los propios eruditos sienten, á veces, los inconvenientes de un exceso. Los mismos espíritus más fríos y calculistas, á menudo, por un error cualquiera, quedan encandilados ante los engañosos fulgores de una idealización unilateral, excluyente y defectuosa, pierden el hilo conductor de la ideación y se nos

ofrecen ya como líricos ilusos, en tanto que ellos se suponen espíritus prácticos de la mejor calidad.

En ningún sentido es aconsejable la unilateralidad, en el campo ideológico, si puede serlo la especialización; y en ningún sentido es conveniente la inconsulta superposición de bienes, que trueca el bien en molesta carga, por más que se la suponga tan digna de envidiarse. Es dentro del equilibrio de las facultades y en el libre estadio de la acción donde se esgrime el esfuerzo natural, el más proficuo y saludable, sobre todo cuando las facultades ejecutivas de avance cuentan con el concurso de un sesudo contralor crítico.

Por encima de los lirismos, menos generosos de lo que parecen, por otra parte; por encima de la fuerza, menos poderosa de lo que se supone, reina el instinto, aunque todavía se le disimule como algo inconfesable, si bien prima, á veces, con verdadera ferocidad, hasta por debajo de las mismas homilías beatíficas, dulces como la miel. Casi podría afirmarse que á favor de esas declamaciones que denigran el instinto como elemento inferior, siendo, como es, «necesario», y respetable por lo mismo, éste se insinúa de mil maneras insidiosas, con artificiosidad, doblemente temible, porque sorprende y traiciona.

Es inútil, pues, que nos esforcemos en deformar la naturaleza; péor que inútil, es insensato. Por mucho que se ensalce la confraternidad, siempre llamaremos buen tiempo al que riega nuestras patatas antes que las del vecino.

Se ha pretendido sustraer al hombre de la naturaleza, sin advertir que está sometido á sus leyes como un insecto, como un grano de arena. Se ha pensado que para el hombre, dada su excepcionalidad, es punto menos faltar á las leyes naturales, que eludir una ordenanza, y toda vez que se ha intentado una transgresión, han debido palpase las consecuencias más lamentables. Al hombre,

que por su propia estructura hasta le cuesta pensar, cuando llueve copiosamente, que á pocos kilómetros brilla un cielo sereno; al hombre, que mira como una irreverencia la alegría, si está triste, ó la tristeza, si está alegre, se le ha hecho entender que es un ser extraordinario en la naturaleza, y que puede sustraerse á los mandatos instintivos, cuando ni hay fuerza, ni persuasión siquiera, capaz de hacernos parecer, por un instante, menos superior de lo que es todo lo que nos interesa. Entretanto, se pretende imponer el propio criterio á los demás, como insuperable, en el ordeu filosófico, moral, religioso, político, económico, á veces con la mayor arbitrariedad, y hasta se emprenden cruzadas en tal sentido, y también perfectas campañas militares; y á esto se llama civilizar, aunque la prédica se haga por la boca del fusil. Lo que nos es personal, lo que nos interesa, ¡de tal modo nos parece superior!

En este embrollo descomunal de prejuicios y aberraciones, involucrados, identificados con nosotros como nuestra estructura, que es tradicional, así mismo, la ideación tiende á abrir por doquiera una brecha, é impera así que concreta una verdad. No es el músculo, ni la energía, ni el oro, pues, la gran fuerza: es la razón. Ella es la que realiza todo progreso. Basta que se constate una ley natural, un hecho general dentro de la realidad, para que se imponga un progreso como una necesidad á llenarse.

El arte humano, puesto al servicio de las orientaciones sentimentales, ha llegado á todos los desplantes. Puede decirse que ha servido para explorar los más falsos senderos. De ahí, es verdad que han podido cosecharse muchas enseñanzas provechosas, pero también lo es que la máxima enseñanza recogida es la de que fuera de la realidad, y fuera del conocimiento, como guía segura de adaptación al ambiente natural, no hay que esperar más que decepciones y contrastes. La guía emocional no nos

ha indicado ninguna senda firme, estable, en ese esfuerzo perenne que realiza el organismo para ceñirse á su medio, y si no fuera porque el instinto razona, por más que la imaginación sueñe; si no fuera ese soberano regulador, hace ya tiempo que no habría huellas del hombre en el planeta, si pudo dejar una sola sin él. Tan solícito es este vilipendiado instinto egoísta, que hasta en los propios mayores extravíos nos ha asistido y amparado.

Por más que los filósofos también hayan soñado, la guía instintiva ha regido por dentro de todas las veleidades, inflexiblemente, y de ahí que veamos á los hombres, como á los demás organismos, empeñados en ajustarse á las exigencias de su propia complexión natural. Los propósitos más rebeldes, como los más ingenuos, se han sometido así, poco á poco, á los deberes consiguientes á la ley de adaptación del ser á su medio. El instinto, por la ideación, lleva á la humanidad hacia su meta progresiva, á través de todas las vicisitudes.

De este esfuerzo surgen los nuevos horizontes y las nuevas esperanzas; de este esfuerzo nace la emancipación del espíritu, antes oprimido, torturado, como el alma de un malhechor. Tal renacimiento, que ya esboza promesas de igualdad, no ya social, sino humana también, dentro de un concepto de justicia más elevado, precisamente, porque es más positivo, y menos sentimental por lo mismo; tal resurgimiento, decimos, se debe, más que á nadie, á los naturalistas, á los mismos á quienes se escarneía en tanto que se fatigaban « contando las partículas de polvo », al tiempo que declamaban alto los soñadores. Al abarcar el proceso evolucionar en sus lineamientos generales, se advierte la presencia de la ideación paciente, ingeniosa, dúctil y perseverante, ágil y tenaz, en su empeño de ajustar los medios de acción á los fines orgánicos, como aspiración superior, y al operarse este



proceso por una selección cada vez más razonada, por ser cada vez más consciente, se ve mejor que los viejos idealismos sentimentales eran impotentes para satisfacer las aspiraciones del hombre, siempre más elevadas, siempre crecientes, y cada vez más lógicas.

Por entre las divagaciones y ampulósidades emocionales, se ha insinuado la ideación como una cuña dispuesta á abrir en dos el bloque enorme de la entidad sentimental, donde han de penetrar, en sus propias entrañas, los beneficios de la luz. Es ella la que va escondiendo el antes vitoreado patíbulo, la que va diseminando la instrucción, la que va defendiendo la vida, la que inmoviliza los ejércitos, transformándolos casi en maniqués que exhiben armas en desuso; es ella la que hace « vivible » la existencia al disipar el terror al misterio y al coudenar la opresión, que tanto encarecían nuestros antepasados.

Queda, y quedará siempre, un margen inmenso para las idealizaciones arbitrarias, como refugio de los soñadores, y para solaz de todos; pero los mismos emocionales más recalcitrantes tendrán que asimilar las verdades científicas, quieran ó no quieran, para acompañar el proceso evolutivo, y así como el espíritu positivista será cada vez menos idealizador, el sentimental será cada vez más ideador, puesto que la ideación es la forma superior de nuestra cerebralidad intelectual, y tiene que sobreponerse al ensueño. Es la forma culminante.

La propia emoción estética, que es la floración más selecta y exquisita del campo sentimental, se abrirá cada día más en el sentido cognoscitivo, hasta llegar á confundirse con el deleite compensador del esfuerzo de la inteligencia que va independizando y elevando al hombre por el raciocinio; y es de este modo que el ideal humano se hará más y más compatible con las formas equitativas de convivencia.

---

## IV

### PERFECTIBILIDAD

#### I. EL MEJORAMIENTO HUMANO

El hombre evoluciona, y, al evolucionar, mejora.

Nosotros nos hemos aplicado á demostrar esto del modo más claro y preciso que nos ha sido posible. Ahora vamos á intentar la demostración de que el hombre, por su parte, puede concurrir á esa obra natural, magnífica, dentro de cierta medida, por lo menos; y si lográramos evidenciar que él es no sólo perfectible por obra de su misma estructura y de acuerdo con la ley natural, sino que puede perfeccionarse por su propio esfuerzo, creeríamos haber hecho algo de positiva utilidad, puesto que, á nuestro juicio, no admite duda el que uno de los servicios provechosos que puedan prestarse al hombre, sea cual fuere su condición, es el de sustraerlo á las fascinaciones del pasado,—ideal regresivo,—limando ese dogal que elaboró él mismo en los siglos, aterrorizado y encantado á la vez por sus propias quimeras, el que lo oprime todavía, al punto de no permitirle á veces disfrutar del bien insustituible de la vida.

El hombre, ante todo, debe hacer honor á su inteligencia. La peor de las anomalías que pueda ofrecerse en

los dominios biológicos, es que el ser más inteligente sea el más abrumado por cavilaciones, el que vive más desasosegado, más infeliz.

La especie humana no utiliza los soberbios recursos de que dispone. Fuera de sus progresos « materiales », si puede decirse así, desde que todo progreso siempre responde á una idea, todavía la mente está inquieta, trabajada por todo género de preocupaciones arbitrarias y artificiosas, cuando no por desvaríos congajosos y absurdos. Para muchos, aún hoy, la propia existencia es una carga pesada. Basta esto, para ver que el mismo « amo y señor » del planeta ha caído en la más lamentable de las aberraciones metafísicas.

Desde que la humanidad se echó en brazos de la supersición, en vez de buscar en las leyes de la naturaleza, y dentro de sí mismo, los elementos de que ha menester para disfrutar de la existencia y para mejorar su condición; desconocida la realidad como su mejor ambiente; puesto el hombre en contradicción con ella, que es contradecirse á sí mismo, desde que él<sup>o</sup> también es « realidad », se han producido los efectos de tan enorme desvío, y ha tenido forzosamente que deplorar las consecuencias.

Con todo, es tan optimista y generosa la naturaleza, que, á pesar de tamaño descarrío, á pesar de las falsas marchas y contramarchas, de los contrastes, de los fracasos y desencantos, tan reiterados, tiende ella misma, solícitamente, á reparar sus yerros, adaptándolo á su medio *por el conocimiento*, y á medida que lo adapta, *mejora su condición*. ¿Puede ser más espléndidamente generosa la ley de la naturaleza?

Desde luego, es algo ya el que podamos constatar que por más que nos desviemos, esa misma entidad, antes tan temida y ahora desdeñada, nos repone en la mejor senda. Esto, que parece fatal, mejor dicho, magnífica-

mente fatal, no es todo fatalidad, por cuanto á ello concurrimos también de un modo intuitivo, instintivo: concurrimos « como parte que somos de la naturaleza », como organismo que la integra, sometido, como lo demás, al ritmo soberano del « todo » que nos contiene.

La ilusión de que podemos prescindir de la realidad « externa », cuando somos todos y todo realidad *interna*, por lo mismo integrante, esencial, indivisible, idéntica á sí misma, porque no hay más ni puede haber más que realidad, esa ilusión ha mantenido al hombre en la quimera colosal, disforme, de que podía sustraerse á ella para mejorar su condición, y esta falacia máxima lo ha ofuscado durante largos siglos, poniéndolo en oposición consigo mismo, como enemigo de sí mismo.

Los filósofos más ó menos fatalistas, por su parte, impresionados por la estrictez de la lógica dentro de la cual se rigen los fenómenos naturales, incluso los de la propia vida orgánica que son simples modalidades de la realidad integral, piensan que todo está predeterminado, hasta los mismos detalles de la evolución; y otros, como Spencer, por ejemplo, creen que las propias cosas que hoy reputamos malas, y aun las religiones más groseras, han sido benéficas, si se las considera del punto de vista del ambiente en que han existido <sup>(1)</sup>. Debemos creer que hay en esto un verdadero paralogismo. Es cierto que el ingenio humano se ha aplicado incondicionalmente, en cada momento, á servir las exigencias presentes, que fueron entonces, como son hoy las nuestras, fruto de las vinculaciones de cada cual con el medio; pero no es menos cierto que esto ha podido rectificarse y mejorarse, como podemos hacerlo ahora, y podrá hacerse siempre, dentro de lo relativo, naturalmente. De otro

(1) H. Spencer: « L'utilité de l'anthropomorphisme ». — *Essais sur le progrès*, pág. 114, v. fr.

modo sería preciso justificarlo todo, hasta el saqueo, el crimen, la matanza.

Lo que hay de positivo, es que cuanto poseemos, todo se debe á nuestros antecesores, sin excluir á los trogloditas y á sus propios antepasados; pero esto no significa que no pudiéramos deberles más, como ocurriría si se hubieran aplicado, verbigracia, á conocer, más bien que á cohonestar sus conciencias visionarias por medio de ruegos y de otros recursos igualmente ineficaces é infecundos. Si en vez de legarnos tantas preocupaciones afligentes como nos han trasmitido, nos hubieran depurado un mayor caudal científico y mayores recursos industriales, es evidente que nos hallaríamos mejor aún de lo que nos hallamos. Se habría acelerado más la marcha natural; y lo mismo podrán decir de nosotros las generaciones subsiguientes, con igual derecho y con igual razón.

Es claro que nuestra descendencia no podrá tener nada más, ni mejor, por vía hereditaria, de lo que le leguemos; pero no lo es menos que podríamos legarle una hijuela más estimable si ajustamos nuestras energías á favorecer la evolución, en vez de empeñarnos absurda y estérilmente en contrariarla. Para ello bastará que atendamos á las necesidades positivas de la especie, ciñendo nuestra acción á la lógica natural; para ello bastará que nos esforcemos, cuanto nos sea dado, en rectificar los errores tradicionales «por el conocimiento», como lo va realizando la evolución á pesar de nuestra incuria; para ello bastará que secundemos esa obra benéfica, en vez de dejarnos remolcar pasivamente, ó bien con entusiasmos, lo cual es peor aún, en las corrientes del prejuicio tradicional.

Sabemos, y debemos saber, que nada es más favorable que el razonamiento para la suerte de la especie; sabemos que nada nos eleva ni nos adapta mejor á nuestro propio ambiente, que el conocimiento y su utilización;

sabemos, y debemos saber, que el proceso evolutivo natural nos compele al progreso, invariablemente, incesantemente, y que éste se obtiene por medio de la aplicación de las conquistas científicas. ¿Qué más se requiere para que nos dediquemos empeñosamente á conocer, y á aplicar y divulgar los resultados?

Nada más evidente que, para favorecer á la especie, es preciso reducir por la instrucción las rémoras tradicionales, como lo hace el proceso evolucionar. La constante racionalización de todas las formas de la actividad humana; la necesidad, *cada vez más sentida*, de divulgar el conocimiento *á pesar de sus efectos*, entre otros las reivindicaciones obreras y las demás consecuencias de la emancipación, que, por un colmo de desconocimiento y de mal entendido egoísmo, los reaccionarios y conservadores conceptúan desastrosas, ¿no nos están diciendo bien claro que la ley natural nos lleva por esa vía, y que es tan insensato tratar de contener ese impulso incontrastable, como lo sería el negar todo paso á un río?

Los reaccionarios y conservadores, condenados así á un perpetuo fracaso, tendrán que remedar eternamente la íntima queja de aquel aristócrata francés que, á principios del siglo pasado, decía: «El que no haya vivido en los siglos anteriores á la Revolución, no ha conocido la dulzura de vivir.» Todos los privilegiados, pesarosos, seguirán suspirando esa triste letanía nostálgica, por los siglos. La evolución es, precisamente, en esta faz, demolidora del privilegio, porque es igualitaria; permítase, pues, á los de abajo, si no descontentar, celebrar las ventajas de ese triunfo, por lo menos, dado que la excepción sólo compensa «al excepcionado» de los inconvenientes de la desigualdad, del atraso, de la ignorancia, del obscurantismo, de la opresión de los demás, y acaso ni eso mismo.

Pero algo verdaderamente instructivo es que ahora parecen de una equidad incuestionable las propias «concesiones» que se hicieron sobre la boca de los fusiles y arcabuces, ó ante la punta de las lanzas, á los oprimidos. Las que no parecen serlo, son las que se formulan hoy día. Así ha sido siempre. Hoy, los «favorecidos» arguyen contra todo renovamiento con la misma lógica con que argüían antiguamente los que disfrutaban de soberbias regalías, diezmos y primicias; y esto se reproduce, y se reproducirá, sin duda alguna, en todo tiempo. Por eso es que, á medida que se eleva la conciencia humana, ésta cuenta más con lo que puede procurarse por su propio esfuerzo, que con lo que se le da por pura gracia, lo cual, en resumidas cuentas, es siempre demasiado poco. Lo que conviene constatar es que, sea cual fuere nuestra actitud, la acción natural evolutiva conduce necesariamente al conocimiento y á la aplicación del conocimiento, y que una consecuencia directa de esto es una transformación de las formas generales de la actividad. Nada modifica tanto la manera de pensar y de obrar, como este factor de adaptación.

No es el hombre, como dice Quatrefages, «un animal que tiene necesidad de lo superfluo <sup>(1)</sup>,» sino más bien un animal que tiene necesidad de vivir «evolutivamente». No es una superfluidad avanzar, perfeccionarse: es una necesidad orgánica. Es así que vamos reformándolo todo, perpetuamente, y sólo por error pueden ser desconocidas las ventajas que ofrece esta condición de nuestra propia naturaleza, aun cuando tengan que ceder algo los que á favor del desconcierto han tomado más de lo que debían tomar.

Los mismos espíritus soñadores que lamentan estos

(1) Quatrefages: *L'espèce humaine*, pág. 338.

pasos de avance, pareciéndoles envidiables los bienes de las épocas pretéritas, que los conciben, no como fueron, sino idealizados al través del relato sentimental, apenas tuvieran que renunciar los beneficios de que disfrutaban ellos mismos, hoy día, como fuera menester para reconstruir el pasado, bien pronto advertirían la poca sensatez de sus lucubraciones retrospectivas de admiración gratuita. Retrocediendo algunas décadas no más, la existencia se haría intolerable. La propia vida fastuosa de Versailles, que llena la imaginación, resultaría deplorable para el más adocenado burgués moderno, por más que subyuguen aún á los soñadores « las pelucas empolvadas ». Parecería que asistiéramos á una reunión de personajes frívolos, al verlos en sus cenáculos y fiestas, sobre todo si pudiéramos despojarnos de nuestra fantasía evocadora, y, á poco andar, se notarían no pocas deficiencias, en lo tocante al confort principalmente.

Otros sueñan con los tiempos bíblicos, atraídos por la sencillez de las costumbres y acaso por la longevidad tan frecuente entonces, sin contar con que aquella sencillez primitiva, por sí sola, trocaría en un año un mes de los de nuestros días; y que, por lo tanto, perderían siempre en el cambio, cuando no sintieran otros efectos mucho más lamentables.

La evolución va transformándolo todo, y de un modo cada vez mejor, á pesar de las añoranzas de los sentimentales, que, incapacitados por sus propios sueños para amar « lo que es » más que « lo que no es », truecan lo posible por lo imposible; peor aún: lo mejor posible por lo imposible peor. Volver atrás significaría una serie de privaciones y desencantos progresivos, á medida que retrocediéramos en los tiempos. ¿Puede ser más inconsulto el anhelo de los « antiquistas »? Una retroevolución sería un verdadero desastre, indescriptible. Implicaría el



renunciamiento de todo lo que se ha alcanzado á costa de tantos esfuerzos sobre un misterio cuyos residuos y cenizas todavía nos perturban hasta la desesperación, á veces. En los más deslumbrantes apogeos pretéritos no es tampoco envidiable el pasado, donde tan sólo pueden hacer incursiones los poetas, porque van acorazados dentro de sus propias idealizaciones soñadoras. El pasado fué tan insuperable para nuestros antecesores, como para nosotros lo es el presente. Sólo por un falso razonamiento podemos pensar de otro modo.

Los propios sabios de la antigüedad, con cuya cita nos envanecemos, tendrían que cursar en las facultades modernas, y lo harían con vivo interés, sobre todo en lo que atañe á las ramas positivas. Jamás pudieron vislumbrar siquiera los progresos actuales, y es así que Aristóteles y Platón, no ya Tales y Pitágoras, se asombrarían si entraran en un laboratorio ó en una manufactura moderna. El propio Gutenberg, mucho más cercano, si viera funcionar un linotipo ó una Marinoni, se llenaría de estupfacción; y esto que ha ocurrido con los de ayer, ocurrirá siempre. ¿Puede superarse *la moralidad* de esta ley que conduce al hombre á su perpetuo mejoramiento?

Paralelamente á la evolución humana, el arte evoluciona, y evoluciona por efecto del cambio que se opera en las ideas. En la faz filosófica, moral, política, económica, social, industrial; en fin, en todas las manifestaciones de la actividad se producen mutaciones correspondientes á toda conquista ideológica, incesantemente, invariablemente.

Es preciso, pues, formar conciencia de esta realidad, para determinar nuestra acción en la vía más útil y eficaz, que es, precisamente, la que más se ajusta á la ley natural. De esta manera es como resulta más fecunda. Es menester que sepamos y no olvidemos que nuestra propia

compleción *es evolutiva*, para que ajustemos nuestra acción al propósito de perfeccionarnos, porque es ésa la ruta que trazan todos los antecedentes, inequívocamente, en toda la extensión que puede abarcar nuestra mirada hacia atrás. De este modo podemos seleccionar los recursos mejores de acción en el sentido de la marcha evolutiva impuesta por la ley más venturosa. Es preciso combatir todas las formas del cesarismo y del privilegio, lo mismo que cualquiera otra pauta *insociable*, por el conocimiento y la divulgación del conocimiento: único medio de favorecer á la especie, por ser el que la adapta del mejor modo á su ambiente natural insustituible. Es preciso acelerar lo más posible la asimilación de las conquistas científicas entre los elementos sociales más descuidados, en la inteligencia de que hay un progreso tanto más fundamental y efectivo á medida que se eleva á los que han quedado rezagados en la lucha, en condiciones de inferioridad, puesto que de este modo es que pueden alcanzarse las reglas mejores de asociación humana. Cuanto más homogéneos sean los componentes sociales, más fácil será que prosperen las modalidades superiores de la actividad general. Hay que corregir los errores de composición social, engendrados por las falsas ideas que dominaron cuando la llamada ciencia vivía de la especulación, ó de la contemplación mística, mejor que de la investigación. De ese modo es que ha podido perpetuarse la desigualdad más irritante como una forma regular y obligada de convivencia social é internacional, y ha llegado á hacerse la apología del pasivismo, de la sumisión, como de la « acción » mejor para los destinos del hombre y de la especie.

Es cierto que la igualdad perfecta es una utopía, porque la desigualdad comienza en el nacimiento, en el que cada ser recibe su cuota de salud, de vigor, de inteligencia,

determinada por infinitas causas precedentes; pero no es una utopía tender á diluir los beneficios sociales, *como lo hace la evolución*, á pesar de las protestas reaccionarias y conservadoras. No es menos cierto, también, que las piltrafas de la caridad son, no tan sólo escasas, sino humillantes, para que de ellas deba esperarse la habilitación de los rezagados en la lucha, para poder luchar, para poder disfrutar de la existencia, que es el bien capital.

Es tan inadecuada la caridad que pretende mitigar las más irritantes desigualdades sociales, como lo es la suntuosidad para educar, para manifestar los progresos realizados, para demostrar la cultura de un pueblo. Naturalmente, nos referimos á la suntuosidad rumbosa de unos pocos, en medio de la miseria de los más, que podría simbolizarse con un gran templo ó un monumento colosal, riquísimo, cualquiera que sea, en medio de chozas donde se alojan puros desvalidos.

Acusa un egoísmo no inferior á su ingenuidad salvaje, casi canibalesca, la duda que asalta aún á ciertas gentes, las que, aturdidas por el movimiento igualitario, se preguntan inquietas: ¿quién desempeñará las funciones más viles y más rudas del trabajo, el día que reine la igualdad? No se piensa que esto mismo ha debido azorar á los espíritus retardatarios de las épocas de mayor opresión y atraso, y que, sin embargo, todo lo que hemos mejorado, puede decirse que se aquilata por los pasos que se han dado en el sentido de informar á la conciencia humana, lo cual *siempre equivale á mejorar la suerte de los oprimidos y desheredados*. Una realidad tan clara como ésta, no se ve. Es que los fuertes están siempre propensos á valerse de su fuerza, en su exclusivo provecho; los demás deben conquistar posiciones, si quieren mejorar; y para ello es menester que se les instruya, á fin de que puedan formar conciencia de su derecho y de su fuerza, y puedan

ampliar sus aspiraciones. Esto, sí, sería secundar la evolución natural, que, por lo demás, se cumple aun cuando no la secundemos, y también cuando la contrariamos, si bien menos aceleradamente, y con verdaderos trastornos en este caso.

Es cierto que la selección natural es casi siempre un proceso á base de crueldad. En la lucha por la vida, cada organismo tiende á triunfar, cueste lo que cueste; pero el hombre, más informado y con mayores recursos, en vez de someterse incondicionalmente á esa forma natural de evolución, podría, en su propio provecho, adoptar formas semejantes á las que utiliza en las selecciones artificiales. En estas formas selectivas no permite, verbi gracia, que el toro, el carnero ó el caballo padre combatan para apoderarse de la hembra, que es, sin embargo, un recurso natural de selección, el que también ha descartado el hombre, en su ordenamiento social, en su provecho. Como ser más inteligente y capaz de influir de algún modo en los detalles del proceso natural, el hombre se halla habilitado para *favorecer* la evolución de la especie sin acudir á la crudeza á veces brutal y otras veces admisible, también, que se observa en las formas de acción de las especies inferiores. Sería un contrasentido, por ejemplo, que la humanidad, más inteligente, se rigiera por los cánones que rigen en la selva ó en los abismos marinos ó en los dominios entomológicos.

Ya constatamos una excepción á esas reglas selectivas, en los servicios de asistencia. Las especies inferiores al hombre, y aun las propias sociedades humanas inferiores, abandonan ó eliminan á los inservibles, mientras que las sociedades humanas tienden á recogerlos y ampararlos en hospitales y asilos. De acuerdo con las formas rudimentarias de sociabilidad, al parásito que de algún modo no sirve á la especie, se le abandona ó se le excluye, cuando no

se le extirpa sin piedad. Con arreglo á las pautas de la moral natural, esto, al fin, es más lógico que oprimir á los elementos productores, y aun que la propia caridad «ciega», que predica el inconsulto sentimentalismo de la tradición, poniendo en igual caso al que no quiere concurrir á la acción colectiva que á los que no pueden concurrir.

Si las especies inferiores, á causa de su misma inferioridad, estuvieran sometidas á reglas inmutables, como piensan algunos, el hombre, que descuella por su mayor inteligencia, debe aprovecharse de su propia superioridad, utilizando sus recursos en pro de sí mismo y á favor de la especie. Si se observa el proceso natural, para sacar partido de sus enseñanzas, se verá que las aspiraciones tienden á ensancharse incesantemente en un sentido cada vez más general, por obra de una mayor racionalidad. El hombre ha comenzado por considerarse el centro mismo de todas las órbitas: la moral, el derecho, la salud, el poder, la fortuna, etc., como si todos los bienes á cuya posesión aspira fueran una privativa excluyente. Esa manera de considerar su jerarquía en la naturaleza no era propicia, por cierto, á las formas cooperativas de convivencia, y de ahí que se haya ido al régimen de opresión, es decir, á la explotación de todo en provecho propio. Ésta ha sido la causa de las perturbaciones y conflictos constantes de hombre á hombre y de pueblo á pueblo.

Aquella remota forma egocéntrica de encarar la vida, que arranca de la prehistoria, ha ido evolucionando hacia el antropocentrismo, dentro de la medida que requieren progresivamente las convenciones sociales, políticas y económicas, como puede verse desde los tiempos históricos hasta nuestros días, y asistimos á la iniciación de un régimen más positivo, más informado, el que tiende á sustituir la opresión, la explotación inconsiderada é incondicional

de los demás en provecho propio, por la cooperación equitativa. Claro que esto se ve, más que en la realidad efectiva, en las orientaciones del pensamiento. Hoy ya se esboza la aspiración igualitaria racional sin que logren sublevarse los espíritus reaccionarios y conservadores, por lo menos abiertamente, si acaso un hondo escozor molesta en las intimidades obscuras de la caverna psíquica.

Por la presión de las ideas, la actividad tiende á demoler todas las Bastillas, para fundar la igualdad estable. Ese anhelo se va concretando, sin perjuicio de la selección natural, como se comprenderá, y no por causas sentimentales, por el amor ó la compasión, sino por acto de conciencia, por efecto del conocimiento, que nos permite percibir los vínculos de solidaridad que ligan al hombre con el hombre; vínculos que tienen que atenderse en la vida de asociación impuesta al hombre por su propia naturaleza. Todo ha concurrido, de una ú otra manera, á operar este resultado, hasta los propios errores; pero es la cultura científica la que ha permitido concretar todo progreso. Sobre los aluviones de la experiencia es que se van construyendo las civilizaciones. Si se analizaran una por una las causas constitutivas del espíritu positivista de nuestros días, se vería que no han sido pérdidas las propias gimnasias especulativas que agotaron las vetas de la ideología metafísica y fideísta. Es, por una parte, la decepción que ha nacido de la esterilidad de estas vías, y, por la otra, la confianza que inspiraron las feracidades del campo experimental, lo que determinó los nuevos rumbos y aspiraciones de hoy día. Bien se ve que la médula de esta evolución es el conocimiento.

Si el hombre, como ser más complejo, ha podido intentar la realización de todos sus desvaríos y sueños fantásticos, erigiéndose en semidiós y llegando en su soberbia hasta á entronizarse y á tiranizar, no por eso pudo

menos de rendirse á la realidad al sentir los efectos de su desconocimiento: guerras, conspiraciones, crímenes, y tantos otros flagelos y formas de conmoción y perturbación cuantas son las que se palpan por doquiera.

Por algo rige una ley común entre las unidades de cada especie dotadas de idéntica estructura. Esa igualdad natural es la que determina los vínculos solidarios que se perciben en todas las especies, como una ley de equilibrio. Se diría que es la misma ley estática que determina el nivel de los líquidos, y, como tal, inviolable. Toda acción que intenta desconocerla, engendra la reacción correspondiente. Por eso es que la historia se nos presenta como una sucesión de acciones y reacciones, en la cual prima siempre la ley natural. Todo desconocimiento presupone necesariamente una reacción efectiva ó latente, y es así que la imposición y la violencia se han caracterizado siempre por reacciones de fuerza y de conocimiento. A medida que retrocedemos en los tiempos, los reinados autocráticos y los episodios bélicos desfilan en nuestra mente como las imágenes de un cinematógrafo; á medida que avanzamos ocurre la inversa: vemos que las autocracias son cada vez menos prepotentes, menos autoritarias, y que las guerras tienden á reducirse, á declinar, á desaparecer. Es cierto que ese proceso ofrece algunos accidentes, así como que no nos es fácil abarcarlo dentro de su ritmo majestuoso en la sucesión de los tiempos, pero resulta así mismo bien visible en el diagrama la línea descendente de las acciones violentas y la línea ascendente de conciencia, de conocimiento, que va dirigida á restablecer el equilibrio.

Toda vez que hemos violado la ley natural que vincula á las unidades de cada especie, se ha establecido la base de una reacción, en la que ha podido recogerse por lo menos una enseñanza, y ella misma tiende á ajus-

tarnos al imperio de esa ley incommovible, ineluctable. Si se observa cómo se va perfilando más y más el concepto de la ecuanimidad en la conciencia humana, se verá que la evolución nos lleva persistentemente á derribar, en cada grupo social, las desigualdades artificiosas que ha creado el hombre en sus agrupaciones; y de pueblo á pueblo, vemos eso mismo. Cada vez son menos escarpadas las fronteras que se han trazado. Se advertirá, así, que ella trata de equiparar á los individuos que forman en cada nación, y que el propio patriotismo, á su vez, evoluciona hacia el internacionalismo, hacia el humanitarismo racional. Estas dos tendencias van á encontrarse en un mismo punto: la igualdad específica, que es un reconocimiento de la solidaridad que vincula naturalmente á las unidades de idéntica organización.

A fuerza de acciones y de reacciones vamos llegando, pues, al pacifismo racional. La voracidad belicosa que ha determinado las construcciones más espantables, inspirada en el afán de primar por la imposición en la lucha por la vida, queda así paralizada, porque al informarse la conciencia humana, se acentúa el convencimiento de que la violencia es casi siempre un medio de acción contraproducente. La guerra, la esclavitud, las extorsiones, el saqueo, los castigos corporales, el duelo; en fin, todos los medios violentos y arbitrarios están en descenso.

Las reivindicaciones populares promovidas hace poco más de un siglo en Francia, se operaron á base de guillotina, y las que se despliegan hoy día, no menos hondas ni menos fuertes, tienden á plantearse y resolverse por el debate, por la deliberación, por la disciplina, por la propaganda y por los demás medios racionales, abandonando por ineficaz y nociva la violencia. El socialismo moderno ha comprendido que para triunfar debe manifestarse como una aspiración consciente, firme y tenaz, más



bien que como una voluntad imperativa y prepotente, que duplicaría las resistencias. De ese modo se impone más fácilmente, tanto como una fuerza cuanto como un derecho respetable. Es la mayor fundamentación de la conciencia lo que explica todos estos fenómenos, y no la compasión ó el amor, ni los demás arbitrios sentimentales.

A este progreso sensible han concurrido fundamentalmente las innumerables formas de la actividad aplicadas al conocimiento y á la difusión del conocimiento, como elementos positivos, y, como simple documentación, las decepciones y contratiempos sufridos en los dominios de la sentimentalidad. A medida que una mayor conciencia ha permitido examinar el prejuicio, lo convencional, la rutina, los viejos resabios, las inveteradas formas de parasitismo y comensalismo social,—formas peor que estériles, perturbadoras y dañosas, por cuanto desvían al hombre y á las sociedades de sus fines naturales, pretendiendo establecer un dominio de hombre á hombre,—el espíritu crítico se ha perfilado poco á poco hasta llegar al libre examen, y de ahí que sobre el propio pasivismo medioeval tan nebuloso, se haya visto alzar ya la fusta valerosa, para seguir progresivamente castigando el señorío despiadado de los privilegiados; de ahí que no sea éste un mundo «insípido y tonto», según lo concebían todos, amos y vasallos, unos y otros infelices, desdichados, sólo porque vivían en negras tinieblas, sino, al contrario, un tesoro á disfrutarse. Cada vez son menos los estólidos que denigran á la realidad, y cada vez serán menos aún los que incurran en el absurdo de no participar de sus bienes y halagos.

Un criterio más positivo va enalteciendo á la óptima realidad, que nos da cuanto somos y tenemos. Este concepto de la realidad y de la vida irá modificando al

hombre y á las sociedades dentro de un criterio normal, cuya generosidad es superior á toda elucubración. La ciencia, como resultado de un sesudo esfuerzo investigatorio, habrá operado este prodigio terrenal sobre un mar de quimeras desesperantes, funéreas, letales. Obligado el hombre á exhibirse tal cual es, y no tal como se le dijo ser por los filósofos fantasistas, tratará de modelar su personalidad sobre bases efectivas, en vez de confiar en los recursos siempre efímeros, y hasta torturantes, de la afectación, y hará así mejor papel, como mono evolucionado, que como dios caído y humillado. Si bien es imposible predecir lo que ocurrirá, dado que un nuevo recurso puede trasformarlo todo, no nos parece aventurado conjeturar que será el hombre tanto más dichoso y superior cuanto más se adapte á la realidad por el conocimiento. Serán, pues, los mismos « herejes » y « locos » que han explorado pacientemente las vías fecundas de la experimentación, los que habrán preparado ese porvenir promisor. Los conservadores y reaccionarios también disfrutarán de todo esto, como lo han hecho siempre, no sin mantenerse en una prudente reserva, formulando salvedades. Es que los retardatarios, misoneístas, no concluyen de ver que lo propio que han aprendido á amar, es una serie de « novedades » envejecidas, es decir, una inacabable serie de esfuerzos realizados también por otros viejos herejes y locos, en oposición á las tendencias á que ellos están afiliados, ellos, los mismos que se aprestan después á utilizar las conquistas que parecen inmejorables, más tarde, al asimilarse y al disfrutarse con una inefable sonrisa de satisfacción en los labios. Esos esfuerzos son los que dan á la vida, antes tan mal apreciada, el carácter de una finalidad superior é insuperable; no el de una penitencia, según lo entendía la ignorancia visionaria de nuestros antepasados.

Si hubiera de pagarse con gratitud la obra de tantos benefactores, no bastarían, por cierto, el bronce y el mármol que consagran su memoria; mas, por una verdadera fortuna, no es ni el mármol, ni el bronce, ni la cuestionable gratitud de la posteridad, lo que ha determinado su obra, sino el cumplimiento de una aspiración orgánica. No es el esfuerzo que se realiza por vía de sacrificio, pues, el que ha conseguido tanto: es la satisfacción de una exigencia que ciertos espíritus atienden con igual espontaneidad con que la madre se desvela por la prole, con la llaneza con que las plantas dan sus flores y sus frutos, con la fruición con que se acerca un vaso de agua á los labios cuando se siente la sed.

Trataremos de demostrar nuestra tesis exponiendo, aunque sea someramente, las ideas que nos hemos formado acerca de la individualidad humana.

## II. LA INDIVIDUALIDAD

El hombre es un ser paradójal. Al propio tiempo que cree en lo increíble, teme ser víctima de una ilusión respecto de la existencia objetiva del mundo externo; á la vez que discurre sobre cosas sobrenaturales y exhibe pueriles supersticiones, con retorcida suspicacia se pregunta si realmente existe lo propio que nos magulla y nos empapa de evidencias en todo momento; por un lado, descubre la célula, y, por el otro, pone en duda la existencia real de los mares y de las montañas. Y no es pequeña su impaciencia, por otra parte. Se inicia apenas la observación de la naturaleza con espíritu científico, y ya se querría dar una solución integral definitiva á los más arduos problemas, entre otros, al de nuestra propia estructura. Se diría que el hombre, ávido de curiosidad, espera que surja la clave del enigma como

por encanto, como salen palomas del canasto de un ilusionista entre aclamaciones.

Se comprende que sea difícil inducir por completo las causas de una individualidad compleja, modelada en un proceso muchas veces milenario, evolutivo y progresivo aún, si es la célula, como parece ser, el substratum de toda organización vital. Esto, en realidad, ni es un problema, todavía; puede considerarse más bien como un verdadero misterio que es preciso roer, desgastar poco á poco, y adelgazarlo mucho si se quiere penetrar, y eso en el caso feliz de que fuera penetrable. En tal supuesto, séanos permitido, si no abordarlo, expresar, por lo menos, nuestra impresión á su respecto, para los fines de la demostración emprendida.

La opinión más corriente hoy día, acerca de la individualidad orgánica, es la que presenta á ésta como «un agregado» celular.

Desde luego, para explicarnos un hecho cualquiera, siempre es juicioso no perderlo de vista. Si hubiera de considerarse el organismo como un simple agregado, habríamos tenido que omitir precisamente el propio enigma que se desea descifrar, porque sólo un verdadero milagro podría hacer que la yuxtaposición de substancia, ya sea ó no homogénea, produjera efectos tan variados y complicados, á la vez que armónicos, como son los que exhibe la individualidad en toda la escala biológica. Por más que la substancia orgánica, en sus propios aspectos más simples, se ofrezca ya «compleja», con modalidades especiales para admitir la tesis de un agregado, sería preciso reconocer que ese elemento inicial ha producido una obra muy superior á sí mismo. Es cierto que es tan maravillosa la obra orgánica celular en todas sus fases, que fácilmente hace pensar en lo prodigioso.

Basta seguir, aunque sea mentalmente, el desarrollo del

embrión, para admitir que en las formas vitales hay algo más de lo que puede observarse en los dominios de la substancia inorgánica; que se la supone así, mejor dicho. Es tal el cambio que se opera en ese proceso de crecimiento ordenado, regular, y, con todo, portentoso, del embrión, que si á alguien no informado al respecto, ni acostumbrado á oír hablar de estas cosas, se le mostrara el germen en su punto inicial, y se le dijera: «lo que mira es lo mismo que ha sido usted,» creería ser víctima de una broma, y protestaría despectivamente, como el gran Chevreul cuando le dijeron que descendía del antropoide. Pero si este hecho tan extraño, á pesar de su frecuencia, no puede ser explicado satisfactoriamente por medio de una simple agregación de substancia, ¿cómo podría serlo en la faz biogenética, para que ese ser tan complicado pueda llegar á las prodigiosas formas regulares de reproducción que se observan *en el resultado* de ese proceso, cuyo aspecto inicial ni es posible imaginar, dada su duración inmensa? ¿Qué ha ocurrido para que se opere tan admirable fenómeno?

La simple agregación de substancia dentro de formas mecánicas no lo explica. Es preciso suponer otra cosa; por lo menos un cúmulo enorme de cambios y combinaciones de substancias cada vez más complejas y heterogéneas, que, por una sucesión de transformaciones y transmutaciones, ha ido diferenciando la materia inicial con arreglo á un *plan unitario*; un proceso en el cual las modificaciones van acentuándose, porque las consecuencias de cada cambio van siendo causa de nuevos efectos, y éstos, á su vez, causa de nuevas transmutaciones. Sólo así concebimos las complejidades del organismo actual, sus elementos, sus atributos, sus facultades. Esa es obra, no tan sólo de adición mecánica, sino de complejidad, de evolutividad, de progresión, de tenacidad inflexible,

dentro de un propósito esencialmente unitario, indivisible, individual. Es más que una suma, entonces.

Considerado en su misma faz ontológica, todo nos lleva á pensar que ese embrión insignificante que contiene en sí mismo al hombre, y que se transforma en un tiempo relativamente breve, hasta producirlo, no puede ser el resultado de una simple acumulación de substancia por causas mecánicas, sino más bien de un inextricable proceso de ordenamientos progresivos, de cambios, de sucesiones de cambios sobre «una base» más simple,—tan unitaria en un principio como en todo su desarrollo,—base que poseía el embrión, en su mismo germen, aunque sea en una forma virtual, potencial, eventual, pero ya con todos los elementos constitutivos de la individualidad, los mismos que ha desarrollado con los propios atributos antes imperceptibles en su punto de iniciación. No obstante, sorprende todavía que haya podido mantener ese propósito individual, y desenvolverlo á través de infinitos obstáculos, de tal modo que, al quererlo considerar, nos domina el asombro, el estupor.

No es poco admirable que el propio embrión humano contenga elementos capaces de plasmar, en breve tiempo, á una ágil y elegante bailarina, verbigracia, un acróbata, cuando no un héroe, un observador sutil ó un sabio genial. Se trata, pues, de algo más que de una gran manufactura químico-mecánica de autómatas. Las transformaciones que realiza esa semilla manteniendo su unidad incólume, hasta fructificar por completo, son tales, empero, constituyen una diferencia tan grande entre el germen y el producto, que parecería fundamental. Nosotros, inconsecuentes, en nuestro afán de simplificar, creemos ver, por un lado, una misma cosa, y, por el otro, negamos la individualidad integral. Cierto que entre la célula, donde están en cierne las maravillas de la individualidad, y la

individualidad, hay la misma ó mayor diferencia aún que entre el hueso del ciruelo, por ejemplo, y éste en plena fructificación; pero ¿cómo puede negarse que ese hueso prodigioso, á la vez que mínimo, que prohija la vida del árbol y que está habilitado para tomar un desarrollo tan rápido y tan acentuado, hace su perseverante esfuerzo, precisamente, « para mantener su propia entidad individual »? ¡Qué incomparable odisea la de la substancia, para conservar *su individualidad orgánica!*

Nosotros vemos «el resultado», y apenas nos es posible tomar una breve nota del esfuerzo colosal que esta obra representa, al considerar por un momento, dentro de nosotros mismos, todo lo que realizamos instante por instante para mantener al organismo, para defenderlo, para mejorar su condición en el planeta. Ese esfuerzo, más anheloso todavía así que se retrocede en los tiempos pasados, ha debido hacerse sin interrupción en el transcurso de siglos y siglos, por centenas, por millares, por millones de centurias, quizá, para que se realizara esta obra orgánica, que algunos miran si no como una adversidad, como un bien poco apreciable.

El concepto que tenemos, natural, espontáneamente, de la individualidad orgánica, no se ajusta á ese mecanismo ciego que nos la representa por una simple acumulación de materiales, como un peñasco ó una montaña, esto es, construída por células sometidas á leyes químicas que sólo por un milagro se juntarían así, tan armónicamente, constituyendo una unidad integral. Creemos que hay algo más. El concepto que nos hace formar esa individualidad tan unitaria que sentimos, que palpamos dentro de nosotros mismos, es, por lo menos, obra de « asociación », no de simple agregado dinámico, mecánico, que no podríamos razonablemente considerar, si fuera así, tan solidariado dentro de una unidad concreta, indivisible y

consciente, tal como se nos ofrece con tantas evidencias.

Ese prematurismo científico que, en su impaciencia, va haciendo caudal de toda novedad para explicarlo todo de una sola vez, tiene que ir reformando sus opiniones á fin de ajustarlas á cada nuevo elemento de juicio, y es así que se ha ido del determinismo biológico al determinismo químico y al mecánico, con prescindencia « de una realidad », es decir, del propio misterio de la individualidad que se pretende explicar, la que se manifiesta consciente aún, y, por lo mismo, « capaz de optar » por las conclusiones de su propio conocimiento. ¿Cómo conciliar esto con la tesis de la agregación mecánica de substancia? ¿Cómo conciliar esas unidades individuales celulares con los fenómenos unitarios de la individualidad integral?

Por de pronto, antes de sacrificar el concepto « evidente » de la individualidad; antes de hacer tabla rasa con lo que palpamos á cada instante, para suponer que el propio organismo que investiga acerca de su propia estructura y de su propia causa es un autómatas, habría que esperar á mayores complementaciones de conocimiento, porque, de otro modo, sólo subvertimos la lógica fundamental. La realidad casi nunca se manifiesta bajo aspectos tan endiablados. A pesar de todo esto, se cree posible dar ya una solución á este « misterio », que no es, por cierto, el planteamiento de un problema concreto: la individualidad orgánica. Los más eminentes pensadores creen posible hallar una solución, en el campo de la disquisición filosófica, sobre asuntos aun tan sumidos en lo ignoto. Así, por ejemplo, ocupándose de uno de los aspectos más escabrosos y trascendentales, relativos á la individualidad humana, dice Bergson que, « para cortar el debate, es menester primero un terreno común en donde se entable la lucha, y como para los unos y para los otros no cogemos las cosas más que en forma de imá-



genes, es en función de las imágenes y de las imágenes solamente, como debemos plantear el problema (1). » Nos parece, sin embargo, vana la esperanza de que se « corte el debate » sobre este asunto que una nueva lente de aumento puede presentar bajo aspectos inesperados; y la humanidad, guiada por su buen sentido, espera esa nueva lente, más bien que el término de la batalla metafísica en el campo especulativo. Con su criterio práctico, sólo renunciará á una evidencia á cambio de otra evidencia.

Llevada por su instinto, que es más sabio que los sabios, la humanidad no abandona la brújula de la evidencia sino cuando se concreta una verdad efectiva, comprobable. Sólo entonces se detiene á asimilar; pero entretanto que los filósofos dilucidan sus hipótesis, sigue viviendo, sigue produciendo, sigue luchando, como antes. En tanto que Schopenhauer y sus discípulos consideraban la vida como un mal, si algún soñador trató de procurarse un convencimiento en tal sentido, los demás, afortunadamente, continuaban frecuentando, gozosos, los talleres, los paseos y los teatros. — ¡Ay de los hombres, si se hubieran detenido á asimilar las disquisiciones del metafisicismo especulativo! — Y todavía siguen confiando en su individualidad consciente y hasta un poco libre, á pesar de la boga en que está el determinismo.

¿A qué no ha llegado la conclusión de los más ilustres filósofos? Ha llegado á dudar de la existencia de la realidad objetiva, á negar la realidad del peñasco que nos detiene y nos lastima, si de él prescindimos; ha llegado á dudar del bien de la existencia; ha llegado á negar la libertad. Hasta nos hace sonreír el que pueda atribuirse á una simple reacción química, ó á la ley de

(1) Bergson: *Materia y memoria*, pág. 13, v. c.

conservación de la substancia y de la energía, la obra de los propios filósofos que construyen pacientemente sus ingeniosas teorías, no ya la tarea de los observatorios astronómicos, ó la de los que deliberan acerca de un horario de tranvías, ó sobre una partida de ajedrez, ó sobre el color de una corbata. Y comienzan los propios autores de todas estas disquisiciones liberticidas, por renegarlas apenas terminan su disertación, al hacer uso de su facultad de deliberar, en la propia esquina de la Universidad, cuando discurren consigo mismos acerca de si deben tomar hacia la derecha ó la izquierda, y al optar por la izquierda ó la derecha «con arreglo al resultado de dicha deliberación».

Las dos escuelas filosóficas,—la idealista y la materialista,—pretendiendo ser comprensivas de la realidad integral, cuando la realidad es «inabarcable», pretenderían que la humanidad se rindiera á sus demostraciones más bien que á las evidencias que palpa en todo momento, antes de que se presente una conclusión positiva; y esto es imposible, tan imposible, que los propios teorizadores más entusiastas, según dijimos ya, fuera del momento en que peroran, proceden como los demás, y se rinden á la evidencia.

A nuestro juicio, es tan inaceptable la tesis de una libertad completa, ideal, como la del determinismo químico-mecánico, que nos reduce á la condición de simples fantoches. Tenemos una noción tan clara acerca de nuestra individualidad, apta para deliberar y proceder «de acuerdo con esa deliberación», si no siempre, por lo menos alguna vez, que no podríamos cambiar de opinión sino cuando se nos pudiera demostrar que es una ilusión el esfuerzo deliberativo, y otra ilusión el acto de decidirnos por aquello que, al deliberar, nos pareció mejor. Es claro que si se admite la tesis de un simple agre-

gado celular como base constitutiva de la individualidad morfológica, puede intentarse más fácilmente una demostración en tal sentido; pero si se advierte que sólo por una federación, por una asociación celular, en todo caso, ha podido realizarse esa «unidad» tan compleja y que, no obstante esto, responde á una voz, á un mandato, de un modo más ó menos armónico, pero siempre armónico, de tal suerte que se considera la excepción como una anomalía de carácter patológico; si atendemos á que todo el conjunto celular está de acuerdo en un propósito común y concurre á él, no como lo haría un aparato mecánico muy complicado, una maravilla de relojería, sino *mediante una deliberación* que obliga á veces á tomar un sesgo diametralmente opuesto al que hubo de tomarse antes de deliberar, y que toda la masa celular acude allí para acatar el resultado de ese pensamiento que se transforma todavía evolutivamente, no nos es dado pensar que sólo son los ácidos y las sales, ó las vibraciones de la energía total, los que nos mueven, como se mueven los títeres con hilos, sino que nosotros, por nuestra parte, también movemos algunos hilos en la gran madeja.

Nuestro concepto de la propia individualidad se acusa desde la vaga sensación cenestésica, y se confirma por una serie inacabable de manifestaciones instintivas, volitivas, conscientes en grado mayor ó menor, el que todavía nos es dado apreciar de algún modo; y ese mismo concepto lo tenemos respecto de las demás individualidades morfológicas, sin excluir las propias más inferiores, si bien dentro de cierta medida, que acaso reducimos todavía más de lo debido. Es preciso, pues, descubrir esa razón, esa causa de la unidad armónica y consciente, antes de rotularla con la palabra «ilusión», la que en oposición á la evidencia, sólo puede aplicarse juiciosamente.

mente cuando se la explica, en vez de esquivarla; porque el hombre no se resuelve á abandonar esa brújula, la evidencia, por una ingeniosa disquisición metafísica; y en esto no puede proceder mejor.

La hipótesis del agregado celular está, por lo demás, en contradicción con la propia unidad del sistema nervioso, con los fenómenos de la sinergia funcional, con la inhibición, con la volición, con la deliberación, con la opción que hacemos á favor del resultado de esa deliberación que, á veces, hasta depende de un informe previo, de un cálculo complicado, no ya contradiciéndose con cien otros fenómenos que observamos dentro de nosotros mismos á cada paso. Podría asegurarse que ningún hombre, de ninguna raza y de ninguna época, se ha sentido autómeta perfecto; todos, al contrario, manifiestan la noción de alguna libertad para determinar sus actos. No estamos, pues, en presencia de una ilusión, sino de *un hecho*; no se trata de una creencia, sino de *una evidencia*. Este hecho, esta evidencia, tienen que ser explicados, y no sólo rebatidos por simples especulaciones abstractas, especulativas.

El culto á la hipótesis integral, que parece ser un sucedáneo del idealismo místico, en el afán de explicarlo todo de una vez, va echando mano de la histología, de la bioquímica, de la mecánica, para dar una conclusión total, sin advertir que todavía el misterio que se va penetrando poco á poco, está muy lejos de haberse disipado por completo, y que, en consecuencia, puede haber muchos otros elementos ignorados que, al concretarse, permitan dar una solución más acorde, por lo menos, con la evidencia. Siempre habrá tiempo, por lo demás, para convenir en que somos maniqués, muñecos.

Si no hay más que un agregado celular, no hay individualidad integral, sino más bien un conjunto de upida-

des, sin plan unitario; puesto que volveríamos forzosamente al milagro, otra vez, para podernos explicar cómo las unidades que integran ese conjunto, en vez de regirse por su propia ley, acatan « la ley del conjunto » con tanta sabiduría. Estos elementos « más simples » á que se acude para explicar el « compuesto » tan complejo y armónico como es, dejan de lado las manifestaciones más claras de la unidad individual: la conciencia, entre otras. Si esas células se han reunido como se reúnen los granos de arena para formar las dunas, ¿cómo explicarse esos fenómenos congruentes, acordes, inteligentes y unitarios, si bien complejos y poliformes, que revela toda individualidad?

Encaramados en la cumbre del « resultado » del proceso operado en millones de años, por un esfuerzo de todos los instantes, empeñoso, fatigoso, también inteligente; dentro del propio bloque formado por esa serie de concursos múltiples, variados, cambiantes, tenaces, evolutivos, progresivos dentro de una razón de progresión que no sólo aumenta en cantidad sino también en calidad, querría descubrirse el secreto total por obra del ingenio especulativo, y se llega á proclamar como solución la suma de las células, con igual lógica con que pudiera decirse que un piano es la suma de algunas tablas, tantos kilogramos de hierro y tantos otros de marfil ó marfilina, ó que un ferrocarril es fierro, madera, cuero, vapor, etc. Ni el agua que bebemos es tampoco la suma de hidrógeno y oxígeno; ni la medusa es igual á la suma de las medusas de la colonia constitutiva; ni un pueblo es la suma de los hombres que lo componen, ni una alhaja, siquiera, es la suma de las piedras que la integran, sino algo distinto, con carácter propio.

Sabemos que el organismo humano es un tejido celular; empero, ese algo más, que hace del conjunto de

células un hombre, vale decir, *una individualidad*, tan armónica y tan unitaria, que se admite como una excepción la posibilidad de personalidades alternativas, ó bien múltiples dentro de él, como una verdadera curiosidad; ese algo más, decimos, deja ver que hay diferencias efectivas entre la substancia que forma su tejido y el tejido mismo, cuando no sean diferenciaciones operadas en el proceso multiseccular de la evolución.

Se ignora todavía la naturaleza de ese elemento que se llama « afinidad », en la substancia inorgánica, así como la de las manifestaciones termoquímicas que acompañan á las combinaciones de los cuerpos inorgánicos. Las teorías que se han expuesto para explicar estos fenómenos, hasta el momento, han corrido la suerte que espera á todo intento ineficaz; pero no por eso queda menos evidente un hecho, precisamente el hecho que quiso explicarse: esa fuerza misteriosa de afinidad en la substancia que atrae á ciertas moléculas y repele á otras que le son indiferentes, ó que para determinar con éstas mismas un solo cuerpo, se requiere la intervención de circunstancias ó agentes particulares; y esa otra realidad termoquímica queda subsistente por más que no haya podido concretarse la causa y por más que haya fracasado la teoría del flogisto, que pretendía haberla descubierto y explicado.

Si respecto de la substancia llamada inorgánica—lo cual, por otra parte, no está comprobado que lo sea—hay formas peculiares de vinculación, de cohesión, de asociación, ¿por qué no admitir que en la substancia orgánica, más compleja, haya un agente, una razón, un factor análogo, y también desconocido, que determina análogas atracciones, y que por lo mismo que esto se opera en un dominio más complejo, puede determinar la unidad biológica, la individualidad típica? Queda siempre en

pie la misma duda. ¿Por qué unas veces se asocia y otras se disocia ó no se asocia la substancia? ¿A qué responden las diferenciaciones de la substancia? Hay una continuidad ininterrumpida en las manifestaciones de la vida, que presupone cierta «solidaridad» bien acusada en los componentes. «El sifonóforo—dice Hæckel—es fisiológicamente un animal «unitario» con numerosos órganos, y morfológicamente constituye una medusa primitivamente independiente (1).» ¿Cómo explicar semejante fenómeno de asociación capaz de formar una individualidad fisiológica, por causas ciegas, fatales, puramente químicas ó mecánicas? ¿Por qué se han subordinado dichas unidades dentro de un plau complejo, á la vez que armónico y unitario? ¿Por qué se han refundido en una colonia para producir una entidad morfológica de conjunto, con funciones propias, y, á la vez, tan distinta de la que formaron las unidades independientes que la componen? ¿Por qué se mantienen así alimentando y concurriendo sumisamente á servir las exigencias de la nueva individualidad creada por un propósito común? ¿A qué obedece ese tributo, esa esclavitud, á veces el propio sacrificio del componente en favor del compuesto? ¿Es acaso lo mismo que se observa en las asociaciones colectivas? En la colmena, por ejemplo, sorprende la abnegación de las unidades que se sacrifican «por la colmena», es decir, por su obra; pero nos violenta pensar que eso se debe exclusivamente á leyes estáticas más bien que *orgánicas*.

La mejor manera de eludir una dificultad cualquiera, consiste en explicarla por la Fatalidad, ó por el Milagro, ó por la Providencia; pero no por eso queda menos inexplicada y dibujando puntos inquietantes de interroga-

(1) E. Hæckel: *Las maravillas de la vida*, t. I, pág. 163, v. c. El texto dice «único», donde me he permitido interpretar como «unitario».

ción, los mismos que nos siguen preguntando: ¿por qué la Fatalidad, el Milagro ó la Providencia dispusieron así las cosas, mejor que de otro modo?

Este problema vital se plantea también en los corales, la esponja, el hongo, las propias cristalizaciones, no ya en el reino vegetal. Las plantas parecen ofrecerse al observador, cada vez más, como «organismos». Fuera de los admirables fenómenos de anemofilia, de entomofilia, de dehiscencia, es decir, de sus medios de reproducción, en todo lo cual hay verdaderos prodigios de ingenio y de previsión, que revela un *instinto vital*, — si en vez de presuponer una Providencia ocupada en ordenar sus movimientos y destinos, atribuimos á la propia ley natural de su desarrollo ese afán de prosperar y perdurar que exhiben, como todos los demás organismos, — hay en las plantas, también, un propósito común, manifiesto, en la substancia que las integra por asociación, en favor de la individualidad integral.

Queda el problema de la individualidad, como el de la causa de las diferenciaciones morfológicas, sin contestación satisfactoria. No obstante, son igualmente hechos reales una y otra cosa. ¿Por qué las células se asocian unas veces para formar un insecto, otras para formar un reptil, otras un felino, otras un hombre, etc.? Si se comprende que los individuos formen especie más bien que tipos enteramente distintos, no se comprende por qué la célula opta por una ú otra forma de individualidad compleja, más bien que por uniformarse en un solo tipo. En las propias formas inferiores, típicamente orgánicas, que también se han supuesto inconscientes, puesto que el hombre, en razón de su egocentrismo, optó siempre por reputarse una excepción en la naturaleza, ha debido reconocerse, empero, «un instinto», también vital, que necesariamente *implica conciencia*. ¿Qué puede ser el ins-



tinto si no es la conciencia de la propia individualidad? Fuera de la individualidad, no tendría razón de ser este factor de conservación, de perpetuación, como no tiene explicación la vida fuera de él.

Al hablar de la síntesis del plasma, dice Hæckel: «Se reprocha con frecuencia á nuestra concepción monista de la arquiogonía el no haber logrado aún en nuestros laboratorios obtener albúmina y, sobre todo, plasma, por síntesis; pero se olvida que no conocemos aún la estructura complicada de los albuminoides y que tampoco sabemos lo que pasa en los granos de clorofila, cuando, bajo la acción de la luz solar, forman plasma nuevo. ¿Cómo en tales condiciones y con los groseros medios de la química actual, va á efectuarse la síntesis de cuerpos cuya constitución íntima ignoramos? Esta discusión es completamente ociosa: no es una razón el que no podamos imitar artificialmente un proceso natural, para que lo consideremos sobrenatural por eso <sup>(1)</sup>.»

Bien se ve que estamos en pleno misterio; pero si en el estado actual de la ciencia no existe, realmente, razón alguna para pensar en lo sobrenatural, preciso es confesar también, con igual fundamento, que tampoco hay base para forjar hipótesis integrales á fin de explicar las manifestaciones de la vida, y, sobre todo, cuando las conclusiones van á desconcertarnos, en vez de ponderarnos, como ocurre siempre que se realiza una conquista positiva de conocimiento. Es cierto que los progresos científicos van construyendo un argumento formidable en favor de la tesis monista, al reducir cada vez más la inmensa variedad de la substancia á unos pocos cuerpos simples; pero la insolubilidad del misterio vital la plantea el propio sabio Hæckel, al establecer que «*la organi-*

(1) E. Hæckel: *Las maravillas de la vida*, t. II, pág. 120, v. c.

*zación es una consecuencia del fenómeno vital, pero no su causa* (1).»

En el fenómeno vital está implícita *la individualidad*, que es instinto, conciencia, voluntad, y un poco de libertad, por lo menos. Es el fenómeno vital, pues, el que queda precisamente excluído de estas investigaciones, desde que no es explicarlo el decirnos cómo se manifiesta, y menos aún el decirnoslo de modo tal que nos confunde en vez de esclarecernos, según habría de suceder necesariamente si se diera con la vía de la realidad. Ésta no puede presentarnos en oposición con nosotros mismos, puesto que también *somos realidad*.

Como quiera que sea, *la individualidad es un hecho*, aun cuando no se la pueda explicar. Comienza por manifestarse en el perenne proceso de asimilación y desasimilación, que no puede racionalmente explicarse sin un principio de solidaridad en los tejidos que la forman. Esa «yema» á cuya constitución, conservación y desarrollo concurren asiduamente todos los tejidos con una solicitud admirable, no se la explica por la intervención exclusiva de las fuerzas ciegas de la naturaleza, tal como se la concibe, ordenando hechos en el mundo que se supone anórgano y sometido á leyes preestablecidas, inmanentes, fatales, cuando la ley la va dictando el propio ser en su ansia de vivir. De ese modo no hacemos sino aplazar la explicación, remitiéndola á «la naturaleza» con igual fundamento con que antes se la remitió al milagro.

A medida que cada organización vital evoluciona, va perfilándose cada vez más la individualidad, hasta que declina y perece, no sin antes tratar de reproducirse, de perpetuarse. Guiada por el instinto, que implica conciencia hasta en las propias formas más simples y meca-

(1) E. Hæckel: *Las maravillas de la vida*, t. 1, pág. 52, v. c.

nizadas, forzosamente, — si no prefiere llamársele «Providencia», como antes, — la que llega en el hombre hasta la deliberación más sesuda; auxiliada por tejidos que se han ordenado en el lento proceso de adaptación, ininterrumpido, se la ve y se la siente laborando constantemente en favor de la individualidad, lo mismo que se la ve y se la siente en el esfuerzo que ésta hace para prevalecer y reproducirse como «entidad individual». Esa propia energía que va disciplinando á su favor el organismo, y que si se indisciplina, tal incidencia se reputa como una aberración ó una desgracia, de igual modo que cuando la individualidad cede á la presión de cualquier elemento accidental interno ó externo, en las enfermedades, en la degeneración, en el suicidio, en la morfomanía, en la embriaguez, en el ocio mismo, ¿no nos está diciendo que la individualidad orgánica es una realidad, aunque no se la pueda explicar satisfactoriamente?

Nos parece insuficiente que se nos diga, para formar un concepto cabal acerca de la realidad de ese ser que hasta se preocupa de inquirir su propia causa, que dicho organismo activo se rige por la misma ley que rige á las sustancias inorgánicas, incapaces de manifestar de igual modo su individualidad, no ya de formularse cuestionarios metafísicos, y de hacer pesquisas minuciosas para resolver y contestar. Sería, tal vez, más conducente indagar con escrupulosidad si en la misma sustancia que despectivamente hemos supuesto tan desnuda de nuestros propios atributos, no hay algo más de lo que presu- mimos, y entonces, cuando hubiésemos modificado nuestro concepto acerca de la sustancia, en general, quizá pudiéramos formarnos una idea más clara respecto de cómo habiendo una identidad fundamental en toda la sustancia y, consiguientemente, en la supuesta ley común, constante, universal y preestablecida que la rige, cómo, de-

cimos, esos elementos, hasta hoy desconocidos por completo, han podido determinar las diferenciaciones tan sorprendentes que se observan por todas partes y de tantas maneras. La explicación tiene que ser persuasiva más bien que abigarrada y despampanante. Acaso también sea sencilla.

Tal vez esa misma afinidad que se advierte en la substancia llamada inorgánica, mediante un proceso evolutivo, por tantos millares de veces secular que ni puede conjeturarse la fecha de su iniciación, pudiera, por medio de su propia progresividad darnos la clave del *instinto*, que presupone *conciencia y voluntad*, y que, por lo mismo, podría ser la causa de las individualizaciones acusadas, á veces, de un modo tan acentuado y tan complejo; pero sin eso, sin otro elemento que el de las reacciones químicas y el de un mecanismo ciego, queda por completo inexplicada, no ya en las manifestaciones humanas superiores, sino hasta en las más inferiores también, en el propio insecto, en el propio infusorio, y tanto menos explicada cuanto más se llegue á constatar la identidad de la substancia, que, sometida á una sola ley, común, implicaría identidad de efectos.

Vemos una mariposa que se dirige á una flor. Nos acercamos, y la mariposa se aleja; nos retiramos, y vuelve la mariposa á la flor. ¿Qué acción mecánica pudo determinar este ya complejo fenómeno de *conciencia*? Se toma al protozoo para reforzar la tesis, y allí mismo ya se plantea la individualidad, que nosotros no podemos concebir racionalmente si no es mediante una intervención de conciencia, así como de voluntad, lo mismo que para concebir la del hombre civilizado que estudia, observa y teoriza. ¿Qué es, pues, lo que determina el enorme abismo interpuesto entre el cuerpo inerte y el ser viviente, entre el canto rodado, por ejemplo, y el insecto?

La influencia directriz de los agentes externos que han de actuar, quizá, lo mismo en la planta y en la plátidula que en el hombre, aunque no sea de igual modo, ni con igual intensidad (el propio fototropismo, el termotropismo, el quimiotropismo), no contradicen la individualidad que reacciona, precisamente, hasta en las propias organizaciones más simples, y trata de reaccionar *en el sentido de la individualidad*, bajo la misma presión de tales excitaciones externas. También cuando declina el organismo, con la vejez, cediendo á una sucesión de circunstancias que lo llevan irremediamente á la disolución, aun así, el instinto vital tiende á conservar la individualidad orgánica y la acompaña en todo ese proceso, á pesar de los reiterados contrastes que va sufriendo y la van minando, hasta el instante mismo de expirar, rendida á la necesidad natural de disolverse.

Las desviaciones del instinto, los propios errores ó desarmonías ó ignorancias, como se les ha llamado, prueban la influencia de este elemento esencial de la individualidad en el desarrollo de la misma, y contradicen la hipótesis de la fatalidad como única ley de la vida orgánica. Debemos admitir, sí, que los organismos, como todo lo existente, se manifiestan en un campo de acciones y reacciones constantes tal como es la realidad, pero esto no supone por sí solo que *la individualidad que integra necesariamente esa realidad*, por su parte, sea por completo impotente é ineficaz, esto es, que no tenga acción propia. Semejante suposición nos llevaría á una conclusión singularmente original. Resultaría que el hombre, antes reputado un semidiós, sustraído y por encima de las « miserias » de la naturaleza, vendría ahora á quedar como un autómatas perfecto, ridículo juguete de todos los agentes externos, sin ninguna acción ni influencia propia sobre ellos. Una y otra tesis nos parecen igualmente insostenibles.

Fuera de la individualidad que se manifiesta por una conciencia más ó menos clara ó primitiva, cenestésica, si se quiere; fuera del instinto que incita á la conservación y defensa individual, no se concibe una organización activa, ni menos evolutiva, que se mantiene á expensas de una serie ininterrumpida de actos congruentes, ordenados. Un ser á quien faltaran tales elementos, quedaría de inmediato expuesto á la disolución. No basta la fuerza de cohesión que se manifiesta en la substancia inorgánica, para explicar una organización vital, por simple que fuere: es preciso algo más que eso para asegurar su subsistencia, su lucha, no ya su reproducción, con los atributos que la acompañan como indispensables y que llegan á veces, en la maternidad, hasta el sacrificio del propio ser. La individualidad implica *la existencia del instinto*, por lo menos, y él supone conciencia y voluntad, esto es, conocimiento y acción volitiva en el sentido del conocimiento. Estas manifestaciones de la vida son la vida misma, indivisible desde este punto de vista, puesto que si faltase cualquiera de tales concursos, faltaría *la causa* que determina la organización vital, y quedaría ésta á merced de los agentes externos, que la llevarían de inmediato al fracaso. Cuando se habla, pues, de inconciencia, de abnegación ó de altruismo, debe entenderse que se habla de una reducción de conciencia ó de instinto, porque á la vez que se les considerara excluidos, debería suponerse excluida la razón de la existencia misma. De igual modo, cuando se constata la falta de personalidad, de carácter, en un individuo, sólo se advierte una atenuación de esos agentes esenciales en toda forma orgánica, y no una ausencia total, que presupondría la pérdida de la individualidad, ó sea la de la vida misma.

Antes de aceptar la tesis del determinismo químico-mecánico, optamos por admitir que en toda substancia

existen, virtualmente, los mismos elementos que exhiben las formas vitales superiores más complejas, elementos que, al evolucionar, han llegado á acentuarse dentro de una identidad esencial, como arborescencias de ese principio matriz, y que sólo se trata, pues, de diversos grados de desarrollo de una misma substancia. Desde la mónica y la plastida hasta las asociaciones pluricelulares; desde las formas simples de organización vital hasta el hombre, que se supone el organismo más perfecto y más inteligente, se trataría así tan sólo de modalidades y aspectos morfológicos de *la individualidad* dentro de una identidad substancial que sólo pudo diversificarse merced á *su instinto*, ó sea á la causa, á la razón de ser de la individualidad, y á su poder de actuar en la línea del instinto (*voluntad*), lo cual presupone *conciencia*, necesariamente. Quizá la propia afinidad que se observa en la substancia más anórgana, implique « un principio instintivo ». Es más lógico pensar esto, que suponer que los organismos *han creado* facultades propias, ó que alguna entidad superior se las ha legado, sea el milagro, la naturaleza ó las leyes químicas ó estáticas. De la nada, que es una pura negación psicológica, no pudo surgir la variedad de manifestaciones que ofrece la naturaleza, tan diversas como esplendentes; más aún: de la nada, con arreglo á los elementos de juicio que informan nuestra lógica más evidente, no puede resultar ni un solo grano de arena.

Sería curioso que, después de tantos afanes, tuviera que admitirse la facultad de crear: ¡ el milagro !

#### I. EL INSTINTO

Hemos dicho que, según nuestro modo de ver, la individualidad orgánica es obra de instinto, de conciencia y

de voluntad. Precisando más nuestra idea á este respecto, diremos que el instinto está identificado con la individualidad orgánica, y, por lo tanto, se le puede considerar como *la individualidad viviendo dentro de las formas de acción consagradas y asimiladas por su ascendencia.*

Así como no se concibe una organización vital que no responda á un plan, no se concibe esa organización sin una dosis de conciencia y de voluntad. En efecto, ¿cómo podría concebirse la formación y el desarrollo de una entidad siempre compleja, como lo es todo organismo, sin que se hallara dotada de estos atributos indispensables á su sustentación y á su defensa? Suprimido el instinto, quedaría suprimida la individualidad; y la individualidad orgánica sin conciencia ni voluntad, sucumbiría como algo inepto para vivir. Sería substancia ciega expuesta á cada instante á zozobrar, si acaso pudiera haber llegado á constituirse sin tales concursos.

El instinto es la razón de ser de todo organismo; es la fuerza de cohesión que determina su funcionamiento y lo mantiene: es la individualidad misma. Todo el conocimiento adquirido; todo lo que pudo acumularse de experiencia, de conciencia, es lo que constituye el instinto, ó sea la forma de acción incorporada á cada organismo por la selección y la herencia, que aprovecha la individualidad en todo momento para satisfacer sus exigencias orgánicas. Sin ese caudal de acción apropiada al mantenimiento de la individualidad, ésta se hallaría á merced de todos los factores de disolución que, en la breña por la lucha que sustenta cada organismo á su favor, la pondrían en peligro. Bastaría que se aboliera la función instintiva por un momento, para que se pudiera disolver desde luego la individualidad. Se ve, en cambio, á todo organismo ocupado en todo instante en su propia suerte, ya sea favoreciendo el cumplimiento de sus funcio-



nes fisiológicas, como todo lo demás que le interesa. El instinto es al acto reflejo lo que la razón es al instinto, en una misma dirección y con un mismo propósito orgánico, idéntico por completo, y es así que, á mayor conciencia, se manifiesta mayor aptitud para evolucionar, mayor empeño en hacerlo, y también una mayor capacidad para rectificar las formas usuales de acción, á fin de adaptar mejor el organismo á su medio.

¿Qué elemento externo podría lógicamente tomar sobre sí la tarea y la responsabilidad de vigilar en todo instante lo necesario para que el individuo, de cualquier naturaleza que fuere, se procure lo que le es menester á cada momento para subsistir, y para defenderse de todos los peligros á que está expuesto? Nosotros no vemos, sin el milagro, sin un milagro asiduo y perenne, cómo pueda realizarse esa obra interminable que regula los actos de la substancia orgánica en todas las manifestaciones biológicas, sin excluir ninguna; y como el milagro no explica nada, al contrario, confunde, preciso es creer que el propio organismo es el que se amaña para sobrevivir, para prosperar, para reproducirse, y para defender á la prole mientras necesita ser protegida. Esa obra ingeniosa y pertinaz, de todo instante, tampoco puede atribuirse á causas sobrenaturales, porque *es una obra natural*, lógica, racional, casi diríamos demasiado pedestre, para ser realizada con la avara intervención de los dioses ó las hadas. Estas divinidades hacen su proeza, cuando más, de una sola vez, según los relatos más acreditados, y luego se llaman á silencio; mientras que en la realidad se ve una acción no interrumpida, tenaz, inmensa, inmensamente variada, y siempre más ó menos apropiada á las necesidades de cada individualidad. La serpiente de Uganda, por ejemplo, cazadora de pájaros, ¿cómo pudo ser informada por nadie de que fácilmente hallará una

presa á su alcance, si espera á que alguna avecilla se enrede en la planta en que acecha, quedando en la imposibilidad de volar? ¿Quién, ni qué ley física ó química ha podido suministrarle tan útil conocimiento? Por todas partes, entre los mismos peces é insectos, se advierte un cúmulo de actos congruentes con la necesidad de vivir y procrear, mil diversos arbitrios, casi todos ingeniosos y adecuados á las necesidades de cada organización. Entre los animales inferiores, á veces más inferiores por su pequeñez que por su habilidad, las hormigas, los termites, las famosas abejas que han despertado la admiración de todos los observadores de la naturaleza, estos pequeñísimos seres cuya disciplina social asombra aun cuando se la considere con el pesimismo del gran Buffón, se ve que hay un espíritu de ordenamiento y de defensa social lleno de complicados misterios, que el hombre querría resolver con arreglo á su propia lógica, de igual modo que los apicultores quisieran « perfeccionar » la vida de la colmena en el sentido de su rendimiento. Por todas partes hay signos de inteligencia, y á los hombres, en cambio, que son los seres más inteligentes, les cuesta creer que esta modalidad tan difundida en todos los dominios biológicos, pueda ser compartida también de algún modo, por animalejos tan minúsculos, que nos hemos acostumbrado á mirar con desdén, por más que á veces puedan darnos algún consejo saludable. ¿Qué es, pues, esa infinita variedad de actos coordinados, hábiles, eficaces, armónicos, sorprendentes, cada vez más sorprendentes así que se los observa?

Verdaderamente, no se alcanza una razón para explicar la sabiduría de los organismos, como no sea un largo aprendizaje hecho á sus propias expensas. Lo que da la apariencia de una fatalidad á las formas ordinarias de actuar en los organismos inferiores, principalmente, es la repe-

tición casi mecanizada en la acción ordinaria, es decir, la que se ha incorporado por la costumbre y que se ejecuta casi con la espontaneidad del reflejo; pero puede verse, no obstante, que apenas se atraviesa una dificultad excepcional, hasta los animales más inferiores se aplican á resolverla apelando á nuevos arbitrios.

A medida que se retrocede en la escala orgánica, puede verse que es cada vez más rutinaria la actividad; empero, siempre parece haber un motivo de sorpresa en la observación atenta de las propias extracciones inferiores de organización vital. Ciertamente que á menudo se manifiestan con tal regularidad esas formas de acción de los seres más simples, que parecen enteramente automáticas; pero, habría que preguntarse cómo han podido asimilar esas mismas prácticas mecánicas con una lógica tan eficaz que les permite subvenir á sus necesidades y aun perpetuarse, si estuvieran privados de todo conocimiento, de toda facultad cognoscitiva y de voluntad.

Hay un hecho constante en la actividad orgánica, y es que siempre se manifiesta en favor de la individualidad. Unas veces llega á la proeza, y otras á la crueldad, á condición de favorecer al individuo, y esto se observa en las unidades orgánicas inferiores lo mismo que en las organizaciones vitales superiores, el hombre incluso. Las propias anomalías, las « desarmonías », la ignorancia del instinto, como llama Fabre con más propiedad á los errores instintivos, denotan que el instinto es obra de conocimiento *hereditario-individual*, y no obra de un mecanismo perfecto de la naturaleza ó de una divinidad superior, omnisciente. Esa falibilidad que se acusa dentro de una línea invariable, como es la de bregar cada organismo fundamentalmente para sí y para su prole, nos está diciendo que se trata de « errores » y no de desarmonías, que serían inexplicables dentro del criterio de un

mecanismo de la naturaleza; y esto es tan cierto, que, para juzgar estos mismos actos, se les encara, y debe encarárseles, del punto de vista de los intereses orgánicos, y no de otro modo. La ley incommovible es que todo organismo procura protegerse.

Dice Darwin: « El instinto de cada especie es bueno para la misma; pero no ha sido producido, en cuanto nosotros podemos pensar, en beneficio de otras especies. Uno de los casos más convincentes que conocemos de animal que en la apariencia lleve á cabo un acto por el solo bien de otro, es el de los pulgones, que voluntariamente ceden á las hormigas su dulce excreción <sup>(1)</sup>. » Este propio acto de altruismo, como lo presume el eminente observador, al hacer su reserva, debe reputarse *una apariencia* más bien que una realidad. Quizá fué en su origen una forma defensiva del pulgón, y por efecto de la costumbre ú otro motivo que no nos es dado descubrir, mantiene esa práctica que contradice aparentemente, debemos creerlo así, la ley biológica que aplica el instinto á servir los intereses orgánicos individuales, y que lo aplica sin consideración alguna á los intereses de los otros organismos y sin hacer más concesiones que las que fueren compatibles con esa necesidad primordial.

Podría decirse que el instinto es la acumulación de experiencia y de sabiduría obtenida por cada organismo á su favor, á través de los siglos. Nosotros nos consideramos exceptuados de esa ley, y creemos que estamos en libertad de proceder con arreglo á móviles mucho más impersonales, sin advertir siquiera que abusamos del «yo» de tal modo, y que lo hacemos con tanta convicción acerca de su excelencia, esto es, de que se trata de algo superior, que no caemos en la cuenta de

(1) C. Darwin: *Origen de las especies*, t. II, pág. 135, v. c.

su propia pequeñez, tan insignificante, si se la mira del punto de vista de los demás organismos, sin excluir el propio ejemplar congénere; y todavía, cuando consideramos algo que parece substraerse á esa ley, lo comentamos extensamente, como un suceso extraordinario. El heroísmo, la abnegación, la propia munificencia, parecen ser sucesos dignos del más altisonante de los pánegíricos: ¿pór qué? Debemos suponer que es por hallarse estos actos en oposición á una regla general, á la que todos nos sentimos sometidos.

Cuando el investigador realiza experimentos sobre el perro, el conejo ó el cobayo, no lo hace, por cierto, en vista del interés que en ello puedan tener los caninos ó los roedores, sino atento al beneficio que de eso pueda resultar para el hombre, de igual modo que el feligrés de una parroquia no cumple sus deberes religiosos en favor de las especies inferiores, ni siquiera para que aprovechen de sus buenos oficios los creyentes de otros dogmas, sino en su propio interés, principalmente, y nada es más natural. Cierto es que, á veces, los más sentimentales soñadores, que utilizan los sueros animales, como los demás, y comen carne, se escandalizan de que se recurra á la vivisección para descubrir secretos favorables á la especie en una forma tan ventajosa é impersonal cuanto es y puede serlo la científica, mas no lo hacen sin abrigarse también con buenas pieles ajenas.

Por debajo de todo acto hay un interés orgánico. Nosotros no advertimos la inexorabilidad de este elemento del que todos somos vasallos y tributarios, como lo son todos los organismos, necesariamente, desde que es algo sin lo cual la organización vital sería imposible; no lo notamos, digo, á causa de las magnificaciones idealistas, sentimentales, que nos hicieron tomar en serio nuestra excepcionalidad, y seguimos pensando que el instinto es

una entidad inferior sólo digna de los « animales », entretanto que conjugamos, y seguimos, y seguiremos conjugando todos los verbos agradables en primera persona y en todo tiempo. A nosotros, siempre tan dispuestos á favorecernos, nos parece que esto es de una superioridad incuestionable, y hasta creemos que no harían mal los dioses en interesarse en nuestra suerte aun cuando para ello fuera preciso descuidar á los planetícolas, cuyo destino, por lo demás, comparado con el nuestro, siempre nos resultaría insignificante. No hay que dudarle.

El egoísmo instintivo se manifiesta idéntico, en substancia, en todos los organismos, por mucho que nos esmeremos en demostrar lo contrario, y por más que creamos de buena fe que el nuestro es de otra alcurnia. Esto es precisamente lo que nos impide ver en nuestros actos el mismo afán de vivir que reina en toda la escala viviente: vivir por vivir; pero si uno pudiera descomponer cada uno de los actos que ejecuta á cada paso en ese sentido, hasta llegar á su razón más íntima, vería que todos están inspirados en ese común propósito fundamental, si bien alguna rara excepción, error ú ofuscación se ofrezca para confirmar la regla; y, por otra parte, notaría en el propio anhelo de mejorar la condición humana, la confirmación de aquel propósito, que lo subraya así.

El largo proceso de tanteos experimentales que presuponen nuestras más usuales formas de acción, que encontramos « hechas », nos hace difícil considerar las verdaderas razones que las inspiraron, y es de este modo que, por más positivas que ellas sean, nos resulta grato creer que son de un linaje extraordinario. Esa variedad de actos que realizamos en todo instante, todos sometidos por igual á un control multiseccular, á comprobaciones pacientes reiteradas con ahinco, todas encaminadas en el

mismo propósito de amparar al organismo, de vivir, se pone de manifiesto en todo momento. Si para cada acto de los múltiples que ejecutamos en la vida normal, tuviéramos que hacer una deliberación; si esa interminable sucesión de observaciones, experimentos y razonamientos no se hubiera hecho por nuestra ascendencia, es claro que no podríamos hacer todo lo que hacemos. Así, por ejemplo, cuando circulamos por las calles de la ciudad, si para cada conflicto que nos presenta el tráfico tuviéramos que detenernos á resolver tantos problemas como son los que allí mismo están planteados, los accidentes alcanzarían á cifras espantables. En cambio, merced á la experiencia acumulada, vamos resolviéndolos sin darnos cuenta de que lo hacemos, como los empleados bancarios suman, restan, multiplican y dividen automáticamente, así que se habitúan á las operaciones más corrientes. El esfuerzo perseverante que representa la multitud de actos que ejecutamos también nosotros con automatismo, es lo único que puede explicar la llaneza con que resolvemos las cosas ordinarias de la existencia, en tanto que nos confunde, nos abrumba, y nos quebranta, á veces, cualquier suceso inopinado, y nos obliga á detenernos y á meditar sesudamente.

Todo, sin embargo, está dirigido, en lo fundamental, en la misma vía: la protección propia. Si entramos con una golosina en una sala donde haya niños, en actitud de ofrecerla, todos claman por obtenerla para sí, con la misma espontaneidad con que procuran rehuir un castigo ó una amenaza; y si por una excepción se infringe esta regla, todos miran ese suceso con extrañeza, y tratan de inquirir la causa del mismo. Lo más que puede acontecer en estos dominios, es que el instinto se halle educado y sometido á reglas más ordenadas y conformes con las conveniencias sociales, pero siempre habrá de

ser á condición de que no quede por esto desamparado el organismo, la individualidad, á cuya imposición es preciso subvenir de algún modo.

Como una consecuencia del afán individual de vivir y prosperar; como una demostración del propósito de amparar la propia prole ante la supremacía del instinto egoísta vital, ni es necesario comentar todo lo que realiza la maternidad humana; en las propias especies inferiores se revela, á menudo, no ya con toda solicitud, sino hasta con verdadera crueldad, esa obligación natural de protección á la cría. No sólo se defiende, pues, con todo tesón el organismo, sino el fruto orgánico, también, en todos los dominios biológicos. ¡Es preciso ver con qué admirable egoísmo se aprovecha de todo para sí, con qué refinamientos y con qué fruición cada organismo tiende á depositar su óvulo y á defenderlo! Son inenarrables estas escenas en plena naturaleza, el cariño, la ternura, la dulzura exquisita con que atienden á veces á su prole las propias fieras. Las mismas avecillas de elegante plumaje, de movimientos de dama, de canto plañidero, ó gárrulas; los insectos multicolores, todos, de una ú otra manera, á condición de amparar sus polluelos ó sus larvas, exhiben garras hasta para el acto canibalesco; y la propia cría, por su parte, hace cuanto puede para acomodarse de la mejor manera posible en su modesto rinconcito. El polluelo del cuclillo — este pájaro, que con toda comodidad pone sus huevos en nido ajeno — comienza por arrojar fuera del nido á los hijos de la propia ave que lo alimenta, los que mueren de frío, si acaso salvan de las consecuencias de la caída <sup>(1)</sup>. La avispa «Cerceris», cazadora de «Buprestes», á la que llama Fabre «savant tueur», por encima de su crueldad tiene

(1) C. Darwin: *Origen de las especies*, t. II, pág. 148, v. c.



la sabiduría de paralizar al coleóptero destinado á la alimentación de sus larvas, hiriéndolo con su aguijón en los centros motores, de tal modo, que queda vivo, si bien inmovilizado, en espera de que aquéllas puedan servirse de él, en su legítima aspiración de llegar á insectos perfectos, capacitados ya para reproducir estas mismas exacciones crueles en favor de su prole, «para recomenzar la vida de la madre que ellos no han visto jamás,» según la frase sugestiva de Metchnikoff. La madre, cumplido su deber, no se detiene ya á hacerles arrumacos á sus hijuelos. León Dufour, sabio entomólogo, supone que los cerceris dan muerte á su presa inyectándole algún líquido antiséptico que permita la conservación de sus carnes y vísceras <sup>(1)</sup>.

Todo esto mismo que de mil maneras diversas se repite en toda la escala orgánica, demuestra, por un lado que el instinto es la individualidad actuando por variados medios en su afán de adaptarse y de perdurar, y, por el otro, que debe atribuirse á «su conciencia» más bien que al cumplimiento de leyes comunes mecánicas ó extraterrenales, ese vivo empeño que de tantos modos pone de manifiesto toda organización vital para lograr aquel propósito. No hay más fatalidad, pues, que la de *la ley propia de cada forma orgánica*, dispuesta para colmar el empeño de vivir y perdurar. La ley se la traza el organismo interesado en su propia prosperidad.

En el reino vegetal también se observan fenómenos análogos de amor incondicional á la individualidad, especialmente cuando se manifiestan en su esfuerzo tenaz de propagación, de perpetuación. Dice Metchnikoff que, en cuanto á armonías de la naturaleza, es difícil encontrar ejemplos tan perfectos como son las costumbres de las

(1) E. Metchnikoff: *Études sur la nature humaine*, pág. 35.

avispas cavadoras, — las mismas á que antes nos hemos referido, — y el mecanismo de la fecundación de las orquídeas <sup>(1)</sup>.

La supuesta mecanicidad que rige á las plantas queda, empero, contradicha en este mismo orden de fenómenos admirables, al descubrirse « aberraciones » y « desarmonías » en estos dominios también, las que no pueden razonablemente explicarse por la hipótesis de un mecanismo integral, capaz de hacer prodigios de *inteligencia* en todo lo demás. Resulta así que, por un lado, nos asombra la inteligencia, tan lógica como multiforme, con que proceden las plantas en su esfuerzo de conservación y de propagación, análogo al de todo organismo vital, y de un modo tan sorprendente que atribuimos su acción á causas mecánicas, superiores á ellas mismas; y, por el otro, constatamos *errores* en sus procedimientos, que serían inexplicables é imperdonables si hubieran de atribuirse á una entidad superior, llámese Naturaleza ó Providencia. ¿Qué hemos de pensar, pues, sino que las plantas están regidas por una ley análoga á la de todos los demás organismos, es decir, á todas las « individualidades » orgánicas?

En este dominio, lo mismo que en el zoológico, se advierte un apego tal á la propia individualidad, que, á trueque de mantenerla y de reproducirla, se acude, á veces, á recursos muy semejantes á los propios arbitrios más sesudos y documentados de los que el hombre emplea para lograr lo mismo que pretenden los vegetales á su favor. Se supone que ese esfuerzo que hace la planta para arrojar sus semillas lejos de sí, — idéntico al que hace el insecto, ó el ave, ó el mamífero, los marsupiales, verbigracia, al guardar la cría, porque todos

(1) E. Metchnikoff: *Etudes sur la nature humaine*, pág 37.

por igual están dirigidos á garantir la vida de la descendencia,— es debido á causas ultraorgánicas, que habrían de explicarse por un medio menos lógico, « el mecanicismo », que raya en lo sobrenatural. A medida que se investiga, sin embargo, todo conduce á explicaciones simples y llanas. Esos propios contrasentidos, ó desviaciones, ó incorrecciones, considerados como errores de acción, y que todos los naturalistas constatan *del punto de vista racional*, llámense desarmonías, anomalías, ignorancias ó aberraciones, así como lo que revela el campo de la propia disteleología, según Hæckel <sup>(1)</sup>, tiende á excluir toda concepción mecanicista y á apoyar la de la individualidad orgánica, aplicada en toda la escala por igual, á adaptarse al medio del modo mejor posible, y expuesta á error, como lo está el propio hombre, organismo más complejo y, sin duda alguna, superior. Si encarada así esa serie de desviaciones, se puede explicar debido á la falibilidad de todo « individuo » viviente, ¿ cómo podría explicarse el error dentro de la inexorabilidad de una ley natural común? ¿ Cómo podría existir un organismo cualquiera de una ley de ese carácter, y cómo se explicaría una ley tan sabia y grandiosa incurriendo en errores que no escapan al hombre, y en pequeñeces, miserias y crueldades que también lo sublevan, por más que él mismo no sea ajeno á ellas, en su propio afán vital íntimo?

Dentro de la hipótesis mecanista tampoco se encuentra el modo de conciliar los fenómenos de conciencia ó de conocimiento, que se manifiestan en el hombre, por lo menos, con tantas evidencias. Esta teoría, en resumen, no hace más que sustituir un misterio por otro misterio; un misterio más simple y más llano por otro más abstruso, más

1) E. Hæckel: *Histoire de la Création*, pág. 550, v. fr.

inextricable y abrumador. No hablemos del hombre, cuya conciencia (conocimiento) no podría ser puesta en duda sin caer de nuevo en el más radical y estéril de los escepticismos. Entre los propios insectos hay detalles que no pueden ser lógicamente explicados sin acudir á lo prodigioso, á lo contranatural, acaso como sucedáneo « científico » de lo sobrenatural. Así, por ejemplo, dice Fabre que el himenóptero melífero conoce de antemano el sexo de sus crías, y prepara una provisión algo mayor para la hembra, por ser ésta un poco más grande <sup>(1)</sup>. ¿Qué ley común de la naturaleza ha podido detenerse á articular este detalle, de un mecanismo tan complicado? Ora se admita el conocimiento, ora se le excluya, siempre nos preguntaremos, en el primer caso, ¿por qué le permite al himenóptero hacer esa sutil distinción? ¿Es en bien de la cría? ¿Por qué dispone que el melífero, un insecto al fin, sepa más que el hombre acerca de su prole, que el propio sabio que trata de explicarse su verdadera situación en el Universo? ¿Por qué le permite utilizar ese conocimiento, mediante un acto tan lógico de previsión? Y, en el segundo caso, nos interrogamos: ¿por qué á la vez que ese colosal y admirable mecanismo lleva su providencia y su solicitud por la suerte de ese animalillo á tal extremo, deja incurrir en tantos yerros á la hacendosa abeja y la expone á sacrificios terribles en pro de su fecundación, y de la suerte de la propia colmena? Bien se ve que por esta vía creamos misterios en vez de explicarlos.

Y estas mismas preguntas se reproducen á cada paso si se observa la variedad de actos de habilidad y de inteligencia que exhiben los organismos más pequeños de la naturaleza, los más despreciados é insignificantes, en cuanto á su tamaño y á su jerarquía en la considera-

(1) J. H. Fabre: *Souvenirs entomologiques*; Serie 10.<sup>a</sup>, pág. 191.

ción del vulgo: las hormigas, los termites, las avispas, etc. Hay verdaderos ejemplos de sabiduría en sus dominios, al lado de ejemplos de refinada crueldad «inteligente». Fabre, el incansable observador, á cada paso constata procedimientos ingeniosísimos en su acción. Así, por ejemplo, el *Sphex*, lo mismo que el *Cerceris*, adopta un procedimiento hábil con el fin de paralizar á su presa, digno de figurar en un laboratorio de fisiología, y hasta se cree que algunos insectos usan del propio antiséptico en ciertos casos, según se ha dicho. Aunque esta «preparación» no la hayan adquirido mediante cursos especiales y reglamentados, la manifiestan, así mismo, y al admitirse la posibilidad de que tan ínfimos insectos recurran á este arbitrio admirable de conocimiento, así como que también lo utilizan, se admite lógicamente que su acción no debe ser atribuída á causas de carácter general, sino á causas *individuales*, congéneres de las propias humanas, por más que para reconocerlo tengamos que bajar del estrado augusto que nos deparó la tradición por un engaño.

Resulta así que la naturaleza es siempre más sencilla y más razonable de lo que se la ha imaginado.

La piedra de toque infalible para justipreciar la verdad, es la evidencia. Toda verdad que se concreta se presenta de tal modo clara, que cualquiera puede comprenderla y comprobarla. Aquellas hipótesis, en cambio, se ofrecen ingeniosísimas, es cierto, pero no explican satisfactoriamente «los hechos», ni están siquiera al alcance de los más, y debemos creer que entre los partidarios más eximios, como en sus propios autores también, dejan lagunas, contradicciones, vacíos y dificultades, hasta para ellos mismos. En esta senda, diríase que volvemos por otros recursos distintos á las mismas grandes quimeras antiguas, que nos confunden en vez de iluminarnos, como ocurre cuando se perfila una verdad, forzosamente.

Entretanto, el instinto individual, orgánico, está allí, vigilante, atento, imperando en todo instante sobre la individualidad, identificado con ella. Es imposible desconocer ni su existencia, ni su eficacia, porque son de una realidad evidente. Como quiera que se considere la individualidad, está siempre protegida *por sí misma*, ya sea que llamemos instinto, conciencia, Providencia ó de otra manera á esta defensa solícita, ó bien que atribuyamos á dicho elemento una causa externa ó interna. Lo más que puede admitirse es que el instinto se discipline, pero no que se excluya, puesto que tal cosa implicaría la pérdida de la individualidad, que es la pérdida de la vida. Entretanto que se declama, vemos que en el gran cañamazo total de la realidad cada ser conduce su hilo vital y borda á su manera, siempre con el propósito de mantenerlo, de defenderlo, de robustecerlo, por arbitrios diversos, indescriptiblemente diversos. Unos lo hacen con arreglo á un plan que semeja mecánico, porque se repite á través de los tiempos, siempre de acuerdo con ese propósito individual, y otros tratando de rectificar su plan constantemente, para tejer con más eficacia; lo cual, en todos los hilos vitales significa lo mismo: perdurar, perpetuarse de la mejor manera posible.

Cuando denominamos instinto á esa serie de actos incorporados en las formas ordinarias de acción, ya asimiladas en cada especie, olvidamos que éstas pueden transformarse, y se transforman así que en ello se advierte una ventaja, lo que, por lo demás, requiere asiduas comprobaciones, tanto porque es lento el asimilar, cuanto porque, dado el interés tan superior que existe en todo esto, nadie se resuelve á cambiar las prácticas ya consagradas, sin antes cerciorarse de los efectos. Es de una lentitud inverosímil todo cambio fundamental. Si para que llegaran las comunidades de insectos á

instituir la esclavitud transcurrieron quizá muchos millares de años, para que el hombre se decidiera á abolirla de entre sus usos, no se ha requerido mucho menos, por cierto. Es tau pausado ese proceso de mecanización instintiva, que ha hecho pensar en la inmutabilidad de su acción, especialmente en las especies inferiores, sin advertir que también para llegar á adoptarse por ellas esas mismas formas ya mecanizadas, ha debido procederse á *base de conciencia*, por elemental que ella fuere; puesto que, de otro modo, tendríamos que explicarnos tales sucesos por medios sobrenaturales ó contranaturales, que, lejos de explicar, complican la cuestión y la confunden.

Quizá pueda un día descubrirse la causa de las afinidades que se observan en la substancia anórgana y que determinan modalidades tan diversas en sus formas de combinarse, para producir compuestos distintos al componente, dentro de ciertas condiciones particulares, no uniformes. Esa misma afinidad, actuando en la substancia orgánica, más compleja, podría, según dijimos ya, como una fuerza de cohesión análoga, de simpatía, diríase, explicar la asociación orgánica dentro de una individualidad típica, muy distinta del componente, la que brega por sobrevivir, como tal, y de perpetuarse, con tanta y tan invariable tenacidad, sobre dicha base unitaria, equilibrada é indivisible, de «entidad orgánica». Esa fuerza que une algunas veces dos cuerpos, y otras los mantiene indiferentes, cuando no los repele, la misma que forma el pedrusco, y que se observa en todos los grados posibles en toda la materia, desde la combinación química que se conserva fija, hasta el plasma, el tejido de substancia vital que se alimenta por intususcepción, dentro de un plan armónico, tan solidario que permite al conjunto individual realizar su proceso de constante

asimilación y desasimilación, á condición de mantener la individualidad, creada por reproducción y sostenida con tanto esfuerzo, á través de los siglos; esa misma acción «propia» de la substancia ¿no podría explicar la individualidad, mejor que la tesis de un mecanismo integral que no sabemos á qué ni á quién atribuirlo, y que, además, nos desconcierta?

Es verdad que se notan diferencias que parecen abismos abiertos con radicalidad fundamental entre los múltiples fenómenos naturales; pero así que se observa, se va percibiendo que las supuestas soluciones de continuidad se resuelven en un sentido favorable á la tesis evolucionista, por un lado, y, por el otro, se advierte un propósito común en todas las formas de combinación ó de asociación de partículas ó animáculos, á la vez que un mayor cúmulo de atributos en la substancia ínfima, no ya en los propios organismos que se reputaron tan inferiores antes de ser sometidos á una escrupulosa observación. Y si resultara que es una fuerza análoga á esa de afinidad, la que determina el supuesto agregado celular, tendríamos la clave de la individualidad orgánica, porque ese elemento que llamamos instinto no sería otra cosa que la razón de ser, la causa misma de la asociación celular, actuando con el propósito íntimo de subsistir dentro de las modalidades peculiares á su estructura, y valiéndose de todo aquello que le sirve para conservarse, para perdurar, para prosperar. Sería la individualidad que actúa con arreglo á sus recursos propios, en pro de sí misma. No sería, pues, una «consecuencia» de la individualidad, ni un efecto de combinaciones y mecanismos ultranaturales, sino la causa eficiente de la individualidad, con la cual se hallaría identificada, esto es, *la individualidad misma* que brega á su favor.



## II. CONCIENCIA

Excluida « la individualidad orgánica » integral y unitaria, no acertamos á explicarnos la conciencia, ni su utilización. Sin embargo, los positivistas modernos mantienen en rangos paralelos á la célula constitutiva y al organismo constituído, esto es, mantienen la individualidad del elemento componente « en el compuesto », por más que éste se manifieste tan clara como persistentemente preocupado de sí mismo, tanto como lo está la célula en acatar y secundar ese propósito individual del conjunto. Este hecho, evidente, desautoriza la hipótesis de la supremacía del elemento que, en todo caso, sirvió para tejer el organismo, colocando á la célula en un plano enteramente secundario y auxiliar con respecto á la entidad constituída.

Para orillar la dificultad que emerge de la armonía de estas dos entidades, tan definidas como solidarias, asociadas, casi identificadas, se ha apelado á todos los arbitrios de ingenio, sin lograrse, á nuestro juicio, ningún éxito hasta ahora, puesto que la hipótesis de la conciencia-epifenómeno que concibió Maudsley y adoptó Huxley, por más que cuente con tantos y tan esclarecidos partidarios, no ha podido, que sepamos, explicar la conciencia orgánica, unitaria, individual, que por todas partes se manifiesta, de una ú otra manera, en los dominios biológicos. Esta solución, en vez de disipar ese misterio, lo acentúa, por cuanto no se alcanza á comprender, fuera de lo prodigioso, cómo pueda sumarse, ni por quién, el resultado de las impresiones celulares de conciencia, ni cómo pueda el organismo integral aprovecharse de ese elemento que contiene la célula constitutiva, en sí misma. Es tal la imposibilidad de demostrarlo, que hasta se ha llegado á negar sus efectos, por más evidentes que ellos sean.

El agente que identifica á la conciencia atómica con la conciencia de la substancia vital organizada, « viscosa », según se ha dicho, en sus propios aspectos más simples, queda invisible é inexplicable, como lo está el que identifica á la de la plastida con la del organismo ya construído, perfecto, diremos, aplicando la locución entomológica. ¿Cómo se explica « la suma » de conciencias celulares, si es una suma? ¿Quién es el que percibe el resultado de esa « sinergia » celular? ¿Por qué maravilla sobrenatural ó contranatural se manifiesta ese fenómeno de conciencia en la individualidad organizada, si es simplemente una adición de conciencias ultramicroscópicas, diríase, separadas, independientes, y tan ineficaces, que las cosas pasarían igualmente sin ellas, según lo afirma el profesor Le Dantec como algo axiomático? (1)

De este modo caemos de nuevo en lo mirífico.

Si alguien, con un alfiler, nos punza una mano, toda la masa celular individual acusa los efectos de tan leve lesión. Más todavía: si se nos amenaza con un puñal, antes de que llegue á herirnos, toda la masa celular ha recibido una conmoción y se apresta á repeler el ataque, acudiendo con tal unidad de conjunto, que no podría hacerlo mejor la propia célula, personalmente, para esquivar una agresión que le fuera dirigida á ella misma. Entonces ocurre interrogar: ¿qué elemento es el que explica esa acción armónica de conjunto, idéntica á la que desempeña el elemento simple, mínimo, componente, á su respecto, en toda organización vital? Aquí hay dos aspectos de ese proceso, igualmente inexplicados: 1.º, el que todo ese conjunto tan variado y tan variable, sea obra de puro mecanismo; y 2.º, el que la obra resultante de tan complejo mecanismo tenga, en sí misma, los

(1) F. Le Dantec: *Le déterminisme biologique*, págs. 2, 156.

propios atributos que ostenta cada uno de los componentes, todavía más acentuados.

Nos parece que, para explicar la individualidad, se recurre á un expediente ineficaz, puesto que hoy, como ayer, queda por igual en pie el misterio de esta entidad definida, consciente, capaz de querer y de obrar de acuerdo con su volición, dentro de cierta medida por lo menos, sabiendo lo que quiere, y comunicándolo á veces hasta con exceso á los demás, reaccionando sobre sus formas ordinarias de acción mediante una serie de deliberaciones, de observaciones, de experimentaciones, de cálculos, que la conducen, por vías complicadísimas, á conclusiones impensadas, á menudo; y esto nos parece muy distinto de lo que ocurre con la substancia inorgánica, que se la supone sometida á puras reacciones químicas y á ajustes puramente mecánicos. Por más que se extreme la imaginación, no se alcanza á salvar la distancia que, como un muro inexpugnable, separa lo mecánico de lo orgánico. Ningún mecanismo, por ingenioso que sea, es capaz de manifestar conciencia individual, por más que lo simule; ni el cronómetro, ni el sumergible, ni el linotipo, ni ningún otro, aun cuando lleguen á adquirir complementaciones fantásticas, pueden lograrlo. El torpedero, verbigracia, va con la consigna de estallar apenas toque un cuerpo duro, según creemos; pero por más que se perfeccione, nunca podrá llegar á *discernir*, como puede hacerlo á cada instante el marino, y estallará aun cuando el cuerpo duro que encuentra á su paso no sea el que se tuvo en vista al enviarlo.

Hay una rigidez tan estricta en lo mecánico, que no puede confundirse con la plasticidad que revela el mundo orgánico, y tal diferencia se presenta como una barrera insalvable. Esa ductilidad consciente de los cuerpos orgánicos que se acomodan á las circunstancias y reac-

cionan de acuerdo con ellas y, á veces, *aun en oposici3n con ellas*, revela que la substancia organizada es distinta de la que suponemos an3rgana, tal como la concebimos por lo pronto, salvo que 3sta tuviera iguales atributos, imperceptibles para nosotros, y resultara que lo que reputamos mecánico es orgánico; pero, de todas maneras, estaríamos de igual modo frente á un misterio en este caso mismo, y no frente á una soluci3n, puesto que no por eso quedaría menos ignorado este paso de lo imperceptible á lo perceptible.

Si se dijera que los supuestos mecanismos vitales, más complejos, pueden ofrecer una más variada serie de efectos; si para explicar esta mayor variedad de efectos se acudiera á las asociaciones de insectos, de abejas, de termitas, de hormigas, por ejemplo, siempre quedaría en pie la misma dificultad para explicar la conciencia « individual » del conjunto social, puesto que si bien en la colmena, verbigracia, vemos que los elementos que la componen manifiestan cierta solidaridad, no la concebimos tomando por sí misma una iniciativa « propia », á la cual hubieran de someterse los individuos que la constituyen, abdicando por completo su entidad, su conciencia individual, en tanto que en las organizaciones vitales prima la acci3n de la conciencia integral sobre la de los elementos asociados, cuya individualidad ha sido sometida casi incondicionalmente á la individualidad del conjunto. En el primer caso, la iniciativa parte del elemento asociado; en el otro, parte de « la asociaci3n ». En otras palabras: en el primer caso, es la abeja la que gobierna « con sus células constitutivas », y en el otro, tendríamos que es la colmena la que toma el gobierno por encima de la individualidad apícola; en el uno, como se ve, el individuo brega en favor de sí mismo; en el otro, como que no tendría raz3n de ser la individualidad social,

fuera del interés del asociado, éste sólo se une para atender mejor á sus necesidades propias, aun cuando para ello llegue á veces hasta el sacrificio de sí mismo, como suele ocurrir también en las propias asociaciones humanas. Pero no podrá equipararse jamás, por más que se perfeccionen las formas sociales, la entidad del grupo asociado con la entidad individual del sujeto que se asocia, si bien hay algunas analogías; porque en estas agrupaciones sociales el individuo es « el objeto » de la asociación, el que mantiene y trata de mantener su individualidad, en tanto que en las organizaciones vitales el fin es « la asociación », la cual tiene, por lo demás, iniciativas y fueros *propios*, y en ella el elemento constitutivo reduce su individualidad. Lo que semeja una colmena es una agrupación humana industriosa, mas no el hombre que desempeña el papel de la abeja. Entre estos dos elementos, cada uno en sí, la abeja y la colmena, puede decirse que hay la misma diferencia que entre un proceso de asimilación y otro de agregación.

Si la conciencia individual no se explica por medio de un agregado celular adicional, tampoco se concibe á la conciencia desempeñando una función de simple espectador « inútil », tan vano, tan ocioso, que las cosas se pasarían de igual modo aun cuando ella no existiera. Esto nos parece un colmo de temeridad del ingenio hipotético, el que atenta á la realidad en plena faz, deformándola por completo, en vez de explicarla, como lo pretende. Suponer que el conocimiento que tan fatigosamente se adquiere para saber á qué atenernos, es una ilusión peor que inútil, desconcertante, es suponer que todos nuestros sentidos y facultades, vale decir, lo propio que nos está sirviendo admirablemente en todo instante, con un tacto cada vez más práctico y más eficaz, no hace otra cosa que engañarnos, á nosotros, míseros

autómatas, que, por lo mismo que lo somos, ni debiéramos saberlo. Esto es inverosímil, por no decir ininteligible, absurdo. El hombre, respecto de sí mismo, se plantea una cuestión que se agitó con un motivo risueño: «¿Froso es hombre ó es autómata?» La única diferencia está en que, entonces, eran los espectadores quienes se dirigían esta pregunta, mientras que ahora es el propio Froso quien interroga. Hay, pues, algo de cómico también en los asuntos más graves é importantes.

El concepto de la individualidad orgánica, tan evidente como es, queda omitido en todas estas disquisiciones enteramente desviadas, á nuestro juicio, que para dar una explicación apelan á lo sorprendente.

El hombre que alcanza á comprender las leyes mecánicas, y construye mecanismos bastante complicados, no puede ser un autómata, á su vez, librado á las aventuras de toda reacción químico-mecánica, sin hacer, por su parte, otra cosa que presenciar todo esto como los ojos de vidrio de un oftalmólogo presencian desde la vitrina lo que ocurre á su alrededor; el hombre que ha llegado á descubrir que no hay creación ni destrucción de substancia, á pesar de tantas apariencias contrarias, no puede ser una entidad pasiva, ineficaz, en la propia plena realidad en que actúa *como parte*. Al considerar estas explicaciones, se diría que, acostumbrados al dementido, mediante la observación de la naturaleza, nos anticipamos á él por medio de fantasías que, lejos de iluminarnos, nos confunden, pretendiendo suplantar la evidencia por lo abstruso, por lo incomprensible. Lo que nos interesa es conocer la realidad, no el buscar una explicación cualquiera, aunque sea dentro de lo extravagante, de una especie de «cubismo» filosófico que, al desfigurar la evidencia, deforma á nuestros ojos lo existente; lo que importa es descubrir «lo que es», no el

deslumbrarnos con recursos de imaginación, que á menudo resultan simples ceremonias bautismales, con lo cual, por más que se aguce el ingenio, no se logra sino la sorpresa de un instante. La realidad, de por sí, es bastante respetable y generosa para conformarnos; tan generosa y respetable, que nunca podrá superarse en ningún sentido. Lo más y lo mejor que podemos intentar es comprenderla, y éste es el máximo de toda aspiración superior.

Volviendo á reanudar nuestra investigación acerca de la conciencia, se ofrece desde luego esta dificultad: ese supuesto epifenómeno, como quiera que se le considere, siempre resulta «individual», esto es, comprensivo de la organización pluricelular. Esta cualidad de la conciencia no se puede explicar, pues, por una adición de conocimientos, es decir, de actos de conciencia «celulares». Comprendemos que con los elementos de juicio actuales, es difícil conciliar la vida individual del conjunto con la vida individual del elemento constitutivo de aquella individualidad más compleja: el hombre, el ave, el pez, el insecto, etc. Este eslabón es el que debemos buscar, y el hecho de que no se le haya encontrado, no es una razón para prescindir de él. Por otra parte, ¿cómo podría vivir un organismo sin contar con elementos «vitales»? Caeríamos de nuevo en el automatismo, en el mecanismo vital que nos confunde en vez de ilustrarnos.

Es cierto que los elementos que forman el tejido orgánico, en todo el desarrollo de la individualidad integral, parecen obrar por cuenta propia. No obstante esa apariencia, queda en pie, sin contestación satisfactoria, un hecho indubitable: ¿cómo han podido tejer ese organismo tan complicado y armónico á la vez, que, por su parte, también acusa una individualidad, más intensificada aún, y más capaz que el propio elemento constitutivo?

Bergson constata esta nebulosa que se ofrece como un escollo en el problema de la organización vital, cuando examina la tesis finalista, y dice: « Un organismo está compuesto de tejidos, de los que cada uno vive por su cuenta. Las células de que los tejidos están hechos, tienen también una cierta independencia. En rigor, si la subordinación de todos los elementos del individuo mismo fuera completa, podríamos negarnos á ver en ellos organismos; reservar este nombre al individuo y no hablar más que de finalidad interna. Pero todo el mundo sabe que esos elementos pueden poseer una verdadera autonomía.

« Sin hablar de los fagocitos, que llevan su independencia hasta á atacar al organismo que los nutre; sin hablar de las células germinales, que tienen su propia vida al lado de las células somáticas, basta con mencionar los hechos de la regeneración: aquí un elemento ó un grupo de elementos manifiesta repentinamente que si en tiempo normal se somete á no ocupar más que un espacio pequeño, y á no realizar más que una función especial, podría hacer mucho más, y hasta podría, en ciertos casos, considerarse como el equivalente del todo (1). »

Como se ve, queda inexplicable la individualidad del organismo integral dentro de la individualidad del organismo componente; pero ¿ acaso es ésta una razón para negar aquella realidad, tan palpitante como es? Esa individualidad que aprovecha de todos los concursos que le prestan sus tejidos celulares, y en la que las acciones más ó menos adversas « para ella » de ese cúmulo de animalículos, son simples episodios de sí misma, como las enfermedades, los accidentes, etc.; esa individualidad que

(1) René Gillouin: *Los grandes filósofos: Enrique Bergson*, pág. 169, v. c.



inquiére acerca de la mejor acción de tales concursos, los que, lejos de negar su existencia, la afirman; esa individualidad que observa el desarrollo de dichas intervenciones, no sólo para tratar de explicárselas, sino para desenvolver las que le son más propicias, y hasta con detrimento de aquellas unidades, y que, á condición de mantener su propia entidad, llega á atentar contra los propios elementos que la integran, cual si se tratara de suprimir un molesto parásito, y también á menospreciar « el conjunto » de esos elementos, á la misma condición, como lo hacen los dualistas, que quisieran salvar algo del desastre inevitable de la desorganización de las masas celulares constitutivas; esa individualidad patente, decíamos, ¿cómo negarla?

A nuestro juicio, el arte científico consistiría más bien en plantear problemas, y hasta dificultades, antes que en anticipar conclusiones y en darlo todo por explicado, aun cuando no lo esté, como no se explica la conciencia, dentro de la hipótesis del epifenómeno, que no sabemos cómo habría de poder manifestarse, á la vez que en el elemento mínimo componente, en el total de la individualidad. Esto, por un lado, y, por el otro, las consecuencias tampoco se avienen con la tesis de la ineficacia de este precioso elemento, que, con arreglo á aquella hipótesis, *presenciaría* tan sólo, sin quitar, ni agregar, ni modificar nada en ese torbellino de acciones y reacciones químicas, en el que se exhibiría como un apéndice inútil de la individualidad, y, como tal, destinado á perecer, en vez de adquirir mayor desarrollo, según se advierte en la realidad. Cada día puede constatarse con más claridad que la conciencia está en vías de crecimiento, y tan decisivamente actúa en la actividad humana, que toda ella se va transformando con arreglo á los dictados del conocimiento. ¿Cómo negar, pues, su eficiencia?

Nosotros no alcanzamos á percibir una diferencia entre conciencia y « conocimiento ». Al contrario, nos parece ver manifestaciones enteramente idénticas, fundamentalmente idénticas. Lo que llamamos conocimiento, es tan sólo el desarrollo de una manifestación cualquiera de conciencia, y debido á que no hemos podido dejar de explicarnos de algún modo todo lo que se presenta á nuestra mirada, el proceso rectificador nos causa la impresión de un descenso, según lo dijimos ya, por cuanto nuestras explicaciones primitivas siempre han debido adolecer del vicio de lo sobrenatural, de lo milagroso, en cuyo centro mismo nos habíamos ubicado, con toda inmodestia. Ese « descenso » á la realidad, que se opera por la conciencia, precisamente, por el conocimiento, que va demoliendo las ilusiones ingenuas, primitivas, que transmitió la tradición, nos produce un desencanto igual al que experimentaríamos si, después de habérsenos hecho creer que éramos hijos de algún millonario aristócrata, vinieran las partidas de estado civil á demostrarnos que somos, en cambio, descendientes de un recio y fornido labriego.

Pero lo verdaderamente característico es que todo conocimiento, como todo acto de conciencia, por rudimentaria que ella fuere, *siempre integra* nuestra acción; y tan cierto es que todo ser reconoce la utilidad y la eficacia de una mayor conciencia, que el esfuerzo de perpetuación induce á la paternidad á informar la conciencia de la prole, y, á veces, hasta en las especies inferiores. El hombre, por su parte, cuanto más civilizado, más se esmera en prevenir y dar saludables consejos á sus hijos, y luego los envía á la escuela y á las universidades, para que completen « su individualidad » por el conocimiento; y esta individualidad en formación que asimila enseñanzas, á su vez, las utiliza indefectiblemente, aun cuando no siempre saque todo el provecho que pudiera sacar, y de

tal modo, que hasta se considera un contrasentido el que no se utilicen dichas enseñanzas lo más posible; y se notará que, aun en tales casos, no deja de emplearse de alguna manera esa «mayor conciencia», aunque no se tome con ella un partido más ventajoso y positivo. ¡Tan eficiente es la conciencia!

La conciencia, como autoconocimiento y como conocimiento de lo que es ajeno á nuestro «yo», en esa doble faz, debe haberse manifestado primero como una vaga sensación cenestésica, para después irse perfilando hasta llegar á las formas superiores introspectivas ó á las de inducción y deducción acerca de los fenómenos que se desarrollan en el exterior de la individualidad. Se advierte, no obstante, un mayor desarrollo en las facultades aplicadas al conocimiento exterior, y una mayor precisión en las conclusiones. Probablemente esto se debe á que es en esta línea en donde hubo de ejercitarse más el ingenio. Antes de que el hombre pudiera dedicarse á la introspección, ha debido llegar á disipar sus preocupaciones y cuidados apremiantes, puesto que, de otro modo, no pudo nacer ese empeño en aclarar estos misterios por el conocimiento. Hasta entonces la propia individualidad debió ser una simple plataforma defensiva, vigilante, con sus focos encendidos, como una fortaleza siempre dispuesta á repeler una agresión, más bien que interesada en el ordenamiento y el examen de su interior, con fines puramente cognoscitivos.

Preciso es convenir que, en pleno desasosiego, como vivió el hombre primitivamente, y como vive en estado salvaje todavía, no hubo de tener mayor interés en la observación de sí mismo. Puede decirse que el único punto que debía reputar seguro, era precisamente la propia individualidad: con ella podía contar como con una aliada leal; pero fuera de ahí, todo debió ser para él inquie-

tante. En el propio salvaje puede verse que, si bien tiene un poder visual y auditivo sorprendente, carece de toda noción acerca de sí mismo, de igual modo que respecto de ideas abstractas.

Debemos creer que si el esfuerzo aplicado por la inteligencia humana para propiciarse el mundo exterior, se hubiese aplicado con igual empeño en el sentido introspectivo, quizá no fuera tan hondo como es el misterio que rodea los estados de conciencia, los que, todavía hoy, se definen por los más eminentes psicólogos á fuerza de perífrasis; y si descendemos de grado en grado en la propia especie humana, no hay que llegar á las especies inferiores, para ver, cada vez más, que es nulo el esfuerzo introspectivo apenas se examina al hombre inculto. Los progresos realizados en el ordenamiento social, por un lado, y, por el otro, la tranquilidad resultante de las conquistas científicas, han permitido que el hombre vuelva hacia sí mismo, para explorar sus propios arcanos.

El insecto que vemos empeñado en todo momento en « conocer » lo que le rodea, palpando, explorando lo que está á su lado, lleno de curiosidad, es casi seguro que jamás se ha aplicado á inquirir lo que es él en sí mismo. De ello sólo tendrá una vaga noción cenestésica que lo impulsa á defenderse. Esa es su conciencia individual. En el hombre, sólo vemos al civilizado que comienza á dedicarse á ese examen con algún interés. De ahí que lo que perdió la acuidad de su mirada y de su oído, lo ha ganado en aptitudes para inducir y deducir. Una vez que pudo disipar los temores que le inspiraba lo externo, el hombre se ha replegado sobre sí mismo.

En el examen introspectivo no tenemos más base de conocimiento que una forma especial de « sensación », puede decirse, puesto que los demás recursos no nos

sirven para escudriñar nuestra propia psiquis. En cuanto al conocimiento de nosotros mismos, estamos en la condición del auriga subido en el pescante, respecto de su vehículo. Él «siente» cuando alguna de las piezas no marcha bien; pero si pudiera bajar para cerciorarse del verdadero estado de dichas piezas por medio de sus ojos y de su tacto, entonces podría hacer una afirmación más fundamentada. La conciencia, en la faz introspectiva, es menos apta para conocer, de lo que lo es en cuanto atañe á lo demás, es decir, á lo que es extraño á la propia individualidad, donde es posible utilizar sentidos con que no se cuenta para la autoobservación. Puede imaginarse así cuán difícil es investigar lo que ocurre en el mundo psíquico, donde comienza la dificultad por hacernos ver lo propio mediante simples tanteos sensoriales, realizados, diríase, en una cámara oscura; y acaso por esta misma dificultad es que, merced á la mayor acucia de las facultades perceptivas y á la dexteridad de las funciones intelectivas aplicadas al conocimiento de lo que es exterior, nos es posible descubrir un estado de conciencia en los terceros, con más precisión, tal vez, de lo que lo hacemos respecto de nosotros mismos. Tan cierto es esto, que hasta nos servimos de este recurso para apreciar mejor nuestros propios estados psíquicos.

La conciencia, actuando en el dominio introspectivo, no es la visión de sí mismo, sino una vaga sensación que semeja á la táctil, y que, por lo mismo, no puede abarcar todo el campo de una sola vez, ni puede penetrarlo enteramente. Lo que es posible definir algo más, son los estados típicos de conciencia, pero no los ordinarios. Resulta así que el conocimiento del mundo exterior es más fácil y completo del que tenemos acerca de nosotros mismos. Tal afirmación parece paradójal porque, respecto de nosotros mismos, como que estamos en posesión de todo

lo íntimo, se diría que nos hallamos mejor informados; pero si bien es cierto que tenemos bajo la mano el secreto de nuestras mayores intimidades, éstas se nos ofrecen de un modo tan impreciso y obscuro que, á menudo, sabemos mejor lo que atañe á los demás que aquello que se refiere á nosotros mismos.

Tomadas en sus formas superiores, ya evolucionadas, la conciencia y el conocimiento, debe parecer un despropósito el suponer con tales atributos á las organizaciones inferiores; pero si se les considera en sus aspectos iniciales, como «una sensación» solamente, y muy rudimental, no ha de asombrarnos el que pueda un día constatarse que toda la substancia posee, en algún grado, por mínimo que fuere, conciencia de sí misma. Bastaría que al dilatarse y al contraerse, al vibrar, experimentara la más leve sensación imaginable de su propia existencia, para que pudiera admitírsela, y es claro que desde ese aspecto rudimentario, desde la conciencia atómica que presume Hæckel, hasta las formas intensificadas de conciencia de las organizaciones superiores, caben infinidad de graduaciones y variedades, dentro de una identidad fundamental. En el hombre mismo es tan enorme la diferencia de conciencias, que hasta se podría pensar que son distintas radicalmente. No ha mucho se hizo en Italia una encuesta á fin de conocer, entre otras cosas, qué grado de capacidad ofrecen los analfabetos para concebir las ideas abstractas, y por más que esta pesquisa se realizó respecto de las generalidades más corrientes, el resultado fué pasmosamente demostrativo en el sentido de comprobar una ineptitud completa, en esos elementos incultos, para toda generalización, para toda abstracción. Nadie, sin embargo, podrá dudar de la identidad esencial de la conciencia humana.

Si se fuera así descendiendo hasta las extracciones hu-

manas más inferiores aún, y de ahí se siguiera el examen, comenzando por las especies más inteligentes, para seguir todavía en una línea descendente, grado por grado, en el dominio biológico, quizá se llegara á constatar que esos abismos radicales que suponemos, se van aplanando sin soluciones considerables de continuidad, hasta llegar á las formas de organización más inferiores. Como quiera que sea, resulta, en verdad, elocuente el hecho de que, á medida que se observa, siempre se van modificando las opiniones en este mismo sentido.

Son ya muchos los naturalistas que admiten la existencia de una individualidad, análoga á la humana, en el mismo reino vegetal. Si la planta siente afluir su propia savia hacia las extremidades, cuando se la riega, por ejemplo, habría ya una manifestación de conciencia idéntica esencialmente á la que exhiben las organizaciones más superiores. Así que se la ve erguir bajo la acción del riego, y revive, ¿quién puede negar la posibilidad de que *sienta* los beneficios de ese concurso que le devuelve la vida? El que tan ínfimos fenómenos de conciencia permanezcan ocultos bajo el fuero interno individual, no nos autoriza á negar su existencia. Se comprende que en las organizaciones inferiores la conciencia no ha de ofrecerse muy acentuada, así como que no es menester que ella se manifieste de este modo, para que pueda admitirse la existencia de tal modalidad inseparable, á nuestro juicio, de toda *organización* vital. Nos referimos á la conciencia-sensación, es decir, á la forma elemental de conciencia, que es la que debe presuponerse, por lo menos, en toda forma organizada.

Para que la conciencia humana llegara á acusar formas de racionalidad, en su empeño de adaptación, capaces de una comprensión más general acerca del mundo exterior, y exhibiera el propósito de inquirir las causas de su propia estructura, han debido pasar siglos de per-

severante esfuerzo, y ahora que palpamos el resultado de tales disciplinas, nos engreímos, creyendo que somos los únicos seres conscientes, con igual lógica con que antes se pensó que la realidad era un mundo hecho expresamente para el hombre, cuando en todo tiempo otros organismos han disfrutado de él con igual derecho, si no con iguales medios de acción, así como gozando también, por su parte, de los beneficios de la vida.

En el esfuerzo de cada organización vital para adaptarse,—esfuerzo en que se echa mano de todo recurso,— es que han ido apareciendo las modalidades complejas de conocimiento, á base de conciencia elemental, de conciencia-sensación, que es conocimiento, y así es que se ha modelado la conciencia superior.

Para nosotros, negar la eficacia de la conciencia es desconocer un hecho evidente. Los psicólogos y fisiólogos escudriñarán cómo se opera el conocimiento, del mismo modo que los geólogos estudian el proceso de formación de las capas terráneas; pero del hecho de que no se pueda conciliar con la acción de la conciencia la parte conocida de la actuación de los nervios aferentes y eferentes y de las neuronas, en la red donde se realizan las funciones del conocimiento, no puede deducirse una negación, como no podría negarse la existencia de una cordillera sólo porque no se atina á dar con la verdadera clave del proceso de su composición. Desde el salvaje, que es poco más que un primate ó un castor ó una abeja; desde el pigmeo centroafricano, el fidjiano, el manyema hasta el europeo ó el americano civilizados, no hay más que un organismo evolucionado «á base de conciencia», de conocimiento. A nuestro modo de ver, esto es evidente como un axioma. Todo lo que ha realizado los contrastes que se manifiestan en la humanidad, puede resumirse en esta sola palabra: CONCIENCIA, que es el único elemento que



hubo de producir los progresos realizados. Cualquiera de los organismos que pudiera alcanzar un grado de conocimiento tal como el que ha asimilado el hombre tan penosamente, le podría disputar su dominio; y quizá, con espíritu más práctico, le propusiera formas de arbitraje para poder convivir en paz, disfrutando de los bienes insustituibles de la vida.

### III. VOLUNTAD

Otro aspecto de la entidad orgánica es «la voluntad». Hemos dicho que, fuera del instinto, que es la individualidad bregando en favor de sí misma, los dos elementos esenciales, inseparables y constitutivos de toda organización vital, son *la conciencia* y *la voluntad*, los que la van modelando y asistiendo en todo momento, en su empeño de adaptación al medio, en su ansia de vivir y de perpetuarse. Todo lo demás: las percepciones, la memoria, la imaginación, etc., son elementos auxiliares de la individualidad edificada «sobre aquella base»; recursos que ha acumulado y de que ella se vale para realizar su propósito fundamental: vivir, que es también reproducción, perpetuación. Así como utiliza sus sentidos, sus órganos y sus miembros, usa de todas sus aptitudes ó facultades y de todo otro medio que pueda hallarse á su alcance, para llenar esa necesidad primordial, y, al hacerlo, *evoluciona*.

Nosotros concebimos estos elementos como simples «aspectos» de una entidad indivisible, y no de modo que el organismo — por fuera de ellos — se sirva de tales concursos, lo cual implicaría reconocer que puede dejar de hacerlo. Esto no lo admitimos, por cuanto á la vez que se desintegrara de atributos tan capitales, iría derechamente á su disolución; no habría, pues, indivi-

dualidad, sino un residuo de la misma, como ocurriría si á ésta se la despojara de un órgano indispensable para cumplir las funciones fisiológicas fundamentales.

En la obra de asociación celular solidaria, « orgánica », que presupone un proceso *armónico*, íntimamente dispuesto á modelar y conservar la individualidad, la facultad de « querer » se manifiesta, no ya como simple expresión de energía, sino como un elemento intrínseco, esencial, inseparable de la misma, como « un órgano » fundamental que tuvo y tiene que subvenir en todo instante á las exigencias funcionales, como concausa de la propia organización y de su subsistencia. La voluntad es la energía acumulada en todo el proceso evolucionar á favor de la individualidad, vale decir, la energía « disciplinada » por el organismo, en su afán de llenar sus necesidades y aspiraciones, y aplicada á servirlo. En el constante esfuerzo de adaptación que éste realiza « como parte integrante de la realidad », todo lo que ha podido acopiar de energía volitiva, es decir, dispuesta á secundarlo, es lo propio que aprovecha en todo momento para atender á sus funciones naturales. Esto, como se ve, no puede ser obra de leyes preestablecidas, ciegas, fatales, que se suponen decidiendo de sus destinos, sino obra de su propio empeño vital, orgánico, el que subsiste, si bien se transforma al evolucionar; y nos preguntamos: ¿cómo podría nadie preocuparse tanto con su suerte, ni la naturaleza, ni los dioses, ni la fatalidad, asistiéndolo en todos estos minúsculos esfuerzos asiduos, tenaces, congruentes, perennes, que realiza la entidad orgánica, si no es ella misma, que lo hace guiada por su alto interés vital? ¿A quién atribuir, que no sea ella, ella misma, ese propósito inflexible, de todo instante, que exhibe de mil maneras diversas, y siempre, invariablemente, encaminado con tesón en el sentido de satisfacer sus necesidades y sus

aspiraciones, que son también necesidades? ¿Qué ley ni qué entidad encargada de formular leyes inmanentes de carácter universal, pudo esmerarse en tal grado de solicitud y de previsión, á la vez que la deja incurrir en errores y extravíos en medio de los tanteos que realiza para escoger las mejores sendas en su anhelo de vivir, de mejorar su condición?

La conciencia y la voluntad, como elementos constitutivos de la unidad orgánica, son las que realizan ese esfuerzo vital; más aún, lo determinan, puesto que ni habría podido plasmarse el « individuo » sin tales concursos. Vemos, así, que el organismo « conciencia-voluntad » apela á todos los arbitrios imaginables para consumir su intento fundamental de vivir, y vemos también que apenas se desintegra, se opera su disolución, como ocurre en el suicidio, por ejemplo, efecto de una dislocación de la entidad individual, por una ausencia ú obliteración de la conciencia ó de la voluntad, ó por « abulia » determinada por causas morbosas latentes ó accidentales, que destruye la individualidad, quitándole su razón de ser. Apenas se inhiben estos elementos esenciales de la organización vital, queda la individualidad expuesta á la presión de los agentes externos, que la disuelven. A nosotros, mientras gozamos de los beneficios del auge individual, los suicidios y demás formas de menospreciar la vida se nos presentan como actos cercanos del heroísmo, sin contar con que haríamos lo propio si hubiéramos llegado á un estado igual de abatimiento, de exasperación ó extravío.

Lo que confunde al estudiar estos asuntos, es la ilusión de hallarnos fuera de la realidad que llamamos « eterna ». Está acusada de tal modo la individualidad orgánica, que hasta se supone abstraída ó por lo menos capaz de abstraerse del medio, como si pudiera haber

una separación, siquiera sea imaginaria, entre el ser y su ambiente natural, que no tan sólo lo alimenta, sino que, además, lo ha determinado. La realidad es al ser lo que la planta á la flor, lo que la raíz á la planta, lo que la tierra á la raíz. Fuera de esa abstracción puramente subjetiva, la cual, por lo demás, también se opera dentro de la realidad y á favor de la realidad, no es posible establecer ninguna distinción categórica entre el organismo y su medio, que lo ha determinado y lo sustenta en todo instante, sin solución alguna de continuidad. Hasta para hacer incursiones en el campo psíquico tenemos que apoyarnos en esa propia realidad que los soñadores, por un espejismo, querrían embellecer, enriquecer, perfeccionar, y en la que los propios filósofos, víctimas de igual engaño, admiten que tal enormidad sea posible. ¡ Véase si está acentuada la individualidad orgánica!

Esa misma individualidad, que con su baz de energías trata de prevalecer de mil maneras, que brega perpetuamente á su favor, y que, al hacerlo, brega también en pro de la especie, vinculada á ella por dos factores: *la identidad orgánica* y *la necesidad social*; esa individualidad que querría someterlo todo á su mandato y á su servicio, precisamente para acentuarla más, llena de anhelos insaciables, se la omite como un valor desdenable en el estudio de estas cuestiones, y de ahí que hasta se haya llegado á considerar al hombre como un ser reducido incondicionalmente á sufrir los efectos de procesos químicos y mecánicos, en los que no desempeña otro papel que el de una pasta pasiva, con la misma arbitrariedad con que antes se le consideró por encima de la realidad, substraído por completo á los deberes de la lucha orgánica, que son coercitivos y perentorios para él como para cualquiera entidad biológica.

Empinados en la cumbre del resultado obtenido en

un proceso de elaboración constante, cuyo punto de iniciación ni nos es posible vislumbrar; frutos, como somos, del esfuerzo continuado de nuestra ascendencia, cuyo abolengo se pierde en los tiempos de lo que llamamos prehistoria, tiempos que, tal como los suponemos, á su vez, han tenido su prehistoria, esto es, sus enormes extensiones también desconocidas, puesto que del pasado queda más bien la obra que el recuerdo, vale decir, una obra que es el eterno presente á que concurre siempre todo lo que existe, á su manera, no acertamos á darnos cuenta de la realidad integral, como resultante de todo lo que ha existido y de todo lo que se ha hecho, quizá porque se nos han narrado los sucesos naturales como extraordinarios, haciéndonos morder esa manzana de oro que guarda el dragón de cien cabezas. Mareados por la leyenda que suministra aquel néctar tan grato á la aspirada inmortalidad, nos parecen ya insulsas las exquisitas manzanas de nuestro huerto; y por más que estamos en lo alto de este presente que nos contiene y nos deja ver los destellos esplendentes de la vida, ebrios todavía de prodigio, querríamos atribuir lo que somos y poseemos á algún descendiente del Milagro, en vez de detenernos á disfrutar de los inmensos beneficios que nos depara el esfuerzo realizado en los siglos para constituir nuestra ya privilegiada individualidad, íntimamente satisfechos, como lo hacen los seres más humildes de la naturaleza, que asisten al festín desde un sitio inferior, y así mismo lo hacen con un sentido tan práctico, que hasta se les envidia. Ese pasado que todavía vemos poblado de seres fantásticos, y del cual, fuera de lo que le adjudica nuestra imaginación, no queda otra cosa que *el presente*, y las reliquias, ellas mismas modernizadas, es decir, « también presentes », influye de tal modo en nosotros, que nos lleva á pensar aún con fruición en ese cúmulo de per-

sonajes imposibles, en tanto que desdeñamos lo real, que no es, por cierto, menos grande, menos noble, ni menos poético, ni menos sabroso que todas esas nimias leyendas.

Si fuera posible descubrir la veta de donde arranca el magnífico proceso vital, la modesta, seguramente tan modesta cuanto heroica iniciativa que condujo á las ya complejas formas biológicas actuales, el elemento que afrontó esta empresa y la llevó á término, quizá nos parecieran irrisorias las propias fábulas que ofuscan todavía nuestro magín como cosas tan superiores.

Tal como están planteados hoy día los problemas que se refieren á las fuentes de la vida, hay que confiar más en lo mínimo, en el animálculo haciendo obra de dioses, que en los dioses haciendo obra de pigmeos, para dar con la clave del misterio que apasiona. Si fuera posible remontarse hasta las fuentes constitutivas de las formas biológicas ya construídas, de las mismas que se solazan forjando mentalmente ninfas, divinidades y mil otras fantasías que encandilan como luces de Bengala, tendríamos que acudir á lo ínfimo, porque de otro modo no se nos ofrece ninguna explicación razonable. En otros senderos, todas las tentativas han fracasado. Habría que pensar, con Hæckel, que son los átomos de carbono los que han comenzado la acción orgánica, « organógena », como él dice. Ése sería el elemento primitivo, ó el Protilo de Crookes <sup>(1)</sup>, más bien que los dioses que se han marchado mohinos, á medida que el hombre ha comenzado á inquirir, en vez de someterse incondicionalmente á escuchar sus proezas, vertidas por los labios de nuestros abuelos iluminados y crédulos, convencidos de la necesidad religiosa como de una exigencia vital. Todos los elementos de juicio acumulados en el campo firme de la

(1) E. Hæckel: *El Monismo*, págs. 133 y 136, v. c.

observación de la naturaleza, nos conducen á pensar que descendemos de « lo mínimo » capaz de realizar obras portentosas, más bien que de lo inmensamente grande interesado en cosas mínimas, que condujo al hombre por un camino donde se va desmoronando todo, hasta la propia individualidad, y se va desconociendo todo, incluso los bienes de la vida misma.

Habría que suponer, tal vez, que la afinidad de la materia, esa fuerza de atracción que se manifiesta en la propia substancia inorgánica, tiene por causa una « sensación », por muy leve y rudimentaria que ella sea. Si así fuera, ya podríamos ver en esto un esbozo de *organización*, puesto que ahí mismo se hallaría implícitamente admitida « la voluntad », en esa disposición á unirse ó á permanecer indiferente, cuando no á repeler ciertas otras substancias. En esa misma modalidad que, en la substancia considerada como anórgana, hace que se asocien las materias afines y se disocien las demás, habría un germen de individualidad orgánica, es decir, una base positiva para explicar con elementos simples la iniciación de las formas de la vida. En ese solo esfuerzo de contracción y de expansión realizado para asociarse ó disociarse, según convienen ó no las otras substancias, vale decir, *según las sensaciones*, se hallaría un elemento capaz de explicar una faz del comienzo del proceso evolucional que pudiera dar la razón de las arborescencias volitivas y de conciencia dentro de un principio individual necesario, no sin que también ofreciera, aun así, su larga y oscura « prehistoria », de igual modo que la divisibilidad de la substancia ofrece como límite teórico una simple abstracción: la indivisibilidad atómica, aun cuando el átomo pueda resultar un universo.

Desde luego, todo elemento, por más ínfimo y primario que se le juzgue, cuenta ya con una fracción de energía,

puesto que la energía es inseparable de la substancia. Sería preciso poder determinar qué significa esa energía en las minúsculas partículas de la substancia, es decir, qué propiedades tiene, además de las que han podido constatarse. Si bien ha llegado á creerse que ni el hombre tiene acción propia alguna en el concierto de energías integrales, nos parece más lógico pensar que todo corpúsculo existente desempeña una acción proporcionada á su haz de energía, como que cada organismo actúa en relación á su fuerza. Llámese átomo, en el supuesto reino inorgánico, ó célula, metazoario, plastida ó átomo creador en los dominios orgánicos, ese elemento ínfimo hubo de actuar también con arreglo á su poder, á su caudal de energía, y, en el desarrollo del proceso multiseccular, cuyas extensiones escapan á nuestra imaginación, aun cuando nos parezca que no es así, cada cual siente los efectos de los esfuerzos de toda su propia ascendencia, en los que, de una ú otra manera, no son por completo ajenos los de los demás, y en todo lo cual es siempre la realidad plena la que pudo determinarlos, tanto á los unos como á los otros. Llegaríamos así á la conclusión de que « todo es individualidad ».

Se comprende que al hablar de energía no nos referimos á una fuerza « homogénea », semejante á la energía motriz que se utiliza en la industria, sino á la que resulta de los diversos factores que determinan « cada individualidad » con relación al medio, la que, por lo tanto, sólo puede manifestarse dentro de un relativismo completo. Hasta en el hombre mismo, puede verse que nunca se despliega todo su caudal de energías orgánicas, á causa de factores múltiples, entre los que figuran naturalmente las propias trabas sociales. Basta, á veces, una tara, también, para neutralizar un stock considerable de energías.

Nosotros no percibimos la serie de causas que obsta-



culizan el desarrollo de nuestras propias energías orgánicas, por efecto de la costumbre que hemos adquirido de comprimir nuestros impulsos y deseos, y hasta podría decirse que nadie se detiene, ni aun por solaz, á considerar lo que haría si se hallara libre completamente de toda reacción natural y social que lo cohibe. Hacer esta compulsiva significaría entrar de lleno en el reino del absurdo; pero no por eso es menos cierto que está allí, en potencia, esa fuerza expansiva en todo individuo, sin excepción, y que hasta el propio insecto habría de pedir, en un reparto á discreción, más de lo que suponemos: pediría todo lo que le es dado concebir como agradable y útil á su propia individualidad, y tal vez osara solicitar, entre otras cosas, la supresión total de ese molesto organismo que se considera señor de lo existente. La energía orgánica, como se ve, en un pequeño cuerpo condensa una fuerza virtual extraordinaria, latente, algo así como la dinamita; mas, dado que no es toda la energía *voluntad*, sino la energía que se ha disciplinado y la que puede actuar dentro del medio ambiente, puede decirse que la voluntad es la resultante del equilibrio orgánico con relación al medio: la energía aprovechable, en favor de cada aspiración orgánica, vital.

Como quiera que sea, para admitir la sensación más incipiente, ó el acto de voluntad más débil, es preciso que supongamos «una individualidad» todo lo embrionaria que se quiera, porque, de otro modo, quedaría inexplicada lo mismo la sensación, que es conciencia elemental, que la voluntad, que es la aptitud individual más caracterizada. Lo que parece una paradójal conjetura, casi descomunal, es suponer que la substancia que nos hemos acostumbrado á considerar inorgánica, muerta por completo, tenga una acción propia; pero si atendemos á que la investigación científica ha comprobado que la energía

es inseparable de la substancia, y á que la observación de la naturaleza puede decirse que no ha hecho otra cosa que revelar por todas partes algo de lo mismo que el hombre creyó un atributo exclusivo, á su favor; si se atiende á que es una realidad innegable la afinidad en la materia más muerta, una afinidad que no tiene explicación fuera de esta hipótesis, ya sea dentro del monismo ó bien sea dentro de cualquier pluralismo, es juicioso admitir, por lo menos, la posibilidad de que « esa forma de energía » responde á « un rudimento individual ».

En cuanto á la substancia orgánica, que también se la ha reputado inindividual, están más precisados los antecedentes. Dice Hæckel: « Todos los organismos vivos, sin excepción, son sensibles; distinguen las condiciones del medio exterior que les circunda y reaccionan sobre él por ciertos cambios producidos en ellos mismos <sup>(1)</sup>; » y al examinar la escala de los movimientos, después de haber examinado la escala de las sensaciones, que se desarrolla evolutivamente hasta formar la « sensación consciente », constata que todos los cuerpos vivos de la naturaleza, sin excepción, se mueven *espontáneamente*, á la inversa de lo que acontece con los cuerpos inorganizados, fijos é inmóviles (los cristales, por ejemplo); es decir, que ocurren en el psicoplasma viviente cambios de posición de las partes, á consecuencia de *causas internas*, las cuales se explican por la constitución química de este psicoplasma mismo <sup>(2)</sup>. »

Conviene advertir que no hay razón positiva alguna para distinguir, desde este punto de vista, las causas internas de las externas, tanto más cuanto que debemos suponer hoy día que toda la substancia se mueve de igual modo, es decir, *espontáneamente*, dentro de la ley

(1) E. Hæckel: *Los enigmas del Universo*, t. 1, pág. 126, v. c.

(2) E. Hæckel: *Los enigmas del Universo*, t. 1, pág. 127, v. c.

natural, que, en definitiva, no es otra cosa que *la manera de actuar de la substancia, en uso de la propia energía, que es su atributo inseparable*. No es, pues, una ley que esté por fuera ni por encima de la substancia, sino « la propia ley de la propia substancia ».

Nos encontramos así, en esta zona de intersección entre la substancia inorgánica y la substancia orgánica, sin saber dónde establecer la línea de supuesta separación que se da por admitida. Desde luego, se observa en esta región una serie de fenómenos que no se sabe si han de atribuirse á un mecanismo « sobrenatural », aunque se llame de otro modo, puesto que si no es la ley de cada substancia la ley de la naturaleza, es necesario admitir que es una ley *superior* á la substancia, y, por lo tanto, sobrenatural; y en este punto, cada vez que se avanza en el conocimiento, se advierten modalidades, en toda la materia, análogas á las que siente el hombre dentro de sí mismo, y de tal modo que, para explicar esta analogía, ha llegado hasta á suponerse que el propio hombre es un mecanismo. ¿Qué más razonable, pues, que considerar esa analogía dentro de la hipótesis de la individualidad, de esa misma individualidad que se acentúa á medida que se asciende en la escala de los organismos?

Al hablar de la escala de las emociones, el mismo sabio Hæckel dice: « La atracción y la repulsión aparecen como la fuente primitiva de la voluntad, es decir, como el esfuerzo para obtener el placer y evitar la pena. » Y al ocuparse de la escala de la voluntad, después de establecer que el concepto de la voluntad se ha sometido á toda clase de juicios é interpretaciones, desde aquel que la considera un atributo cosmológico, hasta el que la considera como un atributo antropológico, dice: « Si analizamos la voluntad á la luz de la fisiología y

de la embriología comparada, nos convenceremos — como en el caso de la sensación — de que se trata de una propiedad común á todo psicoplasma viviente. Los movimientos automáticos, lo mismo que los reflejos, ya observados en los protistas monocelulares, nos han aparecido como consecuencia de aspiraciones ligadas indisolublemente á la noción de vida. En las plantas y animales inferiores también, las aspiraciones ó tropismos nos han aparecido como resultante de todas las células reunidas.

« Es sólo cuando se desarrolla el órgano reflejo trice-lular, cuando entre la célula sensorial sensible y la célula muscular motriz, la tercera célula independiente se intercala, « célula psíquica ó ganglionar », cuando podemos reconocer en este órgano elemental independiente, el de la voluntad (1). »

Estas constataciones del ilustre investigador demuestran que, en las manifestaciones de la vida, hay una extensión donde no se sabe, á ciencia cierta, si se trata de fenómenos biológicos ó de fenómenos mecánicos, según el concepto de mecanicidad admitido, vale decir, de actos exentos de toda conciencia y de toda voluntad propia, interna. En este punto es muy difícil descubrir el orden de precedencia de los elementos generadores del proceso orgánico, porque la manifestación vital se presenta compleja en sus aspectos más simples, por el solo hecho de presuponer « organización », que es individualidad, necesariamente; y esto no permite llegar á lo absolutamente simple en el terreno orgánico. Por un lado, pues, en el dominio biológico se va descendiendo, sin solución de continuidad, desde los organismos complejos hasta los más simples, dentro de una identidad

(1) E. Hæckel : *Los enigmas del Universo*, t. 1, pág. 145, v. c

fundamental; por el otro, en los dominios que se suponen inorgánicos, se va ascendiendo hasta encontrar fenómenos que no se puede determinar si corresponden á uno ú otro dominio, y todavía se presenta otro escollo en la divisibilidad de la materia, puesto que al querer precisar un límite, encontramos el átomo, que, á su vez, nos permite, mentalmente, recomenzar la división. No nos es dado concretar esta noción, como ocurre con la del tiempo y el espacio infinitos.

Queda en pie el misterio de la atracción y la repulsión molecular, que, en el radio, se ha considerado como un bombardeo de moléculas; queda en pie el misterio de la alotropía y la isomería; queda en pie el secreto del calor, de la electricidad, del magnetismo, como nombres distintos del movimiento, cuyas causas se desconocen. Por todas partes se nos presenta la misma dificultad para concretar « un límite », aun dentro del campo mental de abstracciones; y así como no podemos percibir lo que entra en el dominio ínfimo, tampoco nos es dado vislumbrar siquiera la inmensidad donde giran los astros. Si la partícula se descompone en moléculas que forman mundos atómicos, en el átomo pueden descubrirse, quizá, inmensidades que nos causa vértigo el considerarlas, lo propio que al imaginar las extensiones que deja presumir el mundo sideral, inagotables, inacabables, inalcanzables. ¿Qué mayor prueba de la impotencia de nuestras facultades para abarcarlo todo?

Empero, si esto es así, no hay razón alguna para valerse de esa insuficiencia á fin de dar cabida lógica á lo sobrenatural, pues todo cuanto cae bajo el dominio del conocimiento se ofrece, invariablemente, como natural. Lo juicioso, entonces, es buscar soluciones dentro de los antecedentes conocidos y cognoscibles, dentro de un criterio positivo, sin conmovér la evidencia, puesto que

lo demás nos confunde, sin concretar ningún elemento eficiente ni aprovechable.

La esencia misma de la substancia queda impenetrable, desconocida, sin dejar ver más que algunas de sus modalidades, de tal modo que se ha dicho que el atomismo se reduce á dinamismo; empero, de cualquier modo que sea, hay que admitir la existencia de la substancia, hasta para buscar una explicación á ese movimiento fecundo que engendra la acción y la vida, y nos parece que en su propia impenetrabilidad sería más fácil encontrar una causa « individual », orgánica, que diera una razón de ser á esos movimientos, lo cual es también más lógico que presuponer una causa externa que se la quitaría, llevándonos de nuevo al campo estéril de lo prodigioso sobrenatural. Aquello podría explicar, como acto de voluntad propia, la fuerza que exhibe « en movimiento » toda la substancia. Admitida esta hipótesis, resultaría ser la sensación — como causa generadora de la atracción y repulsión de la materia — la base de las diferenciaciones morfológicas que se observan en la naturaleza, las que, al perfilarse, llegan á desarrollar su sensibilidad y su voluntad, como elementos individuales, transformándose, á su vez, instintivamente, y siempre en una misma dirección: la de mantener la individualidad, y aun de mejorarla.

Donde se frustran las observaciones, es al querer determinar « el orden de sucesión » de los elementos constitutivos de la modalidad orgánica, y esto quizá se deba á que *no hay sucesión* desde este punto de vista, sino desarrollos de la vida organizada, en una substancia que, ya sea ó no homogénea, lleva en sí latentes los elementos primarios, fundamentales, de la vida individual orgánica: sensación, que es conciencia rudimentaria, y voluntad, que es energía; pero si no hay creación de substancia, sino simple evolución, transformación,

transmutación de substancia, es más lógico admitir la tesis de que toda ella contiene rudimentos orgánicos virtuales, que la de un proceso cronológico en el cual las diferenciaciones se operan mediante « creación » de facultades ó atributos sobre lo inexistente, sobre « la nada », cuando para esto es preciso, por lo menos, establecer una diferencia fundamental en dominios que se ofrecen, cada vez más, sin soluciones de continuidad; al contrario, con una continuidad que, progresivamente, cada día se ve más acentuada.

Como quiera que sea, si hay conciencia y voluntad en la organización vital, hay *opción*, necesariamente; es decir, facultad de optar entre dos ó más excitaciones, según intentaremos demostrarlo.

#### IV. OPCION

Cuando se habla de leyes naturales, nos las representamos como pautas estrictas, solemnes, inmutables, ya preestablecidas, como un trazado dispuesto de antemano, por donde los sucesos deben marchar, quieran ó no quieran, con una rigidez impecable; y caemos así, de nuevo, en el antiguo concepto de predestinación, por más que le llamemos de otro modo y por más que lo concibamos determinado por otras causas, desde que si todo está sometido á una regla invariable de acción, se comprende que, tratándose de leyes de esta clase, es imposible substraerse á su mandato. Nosotros no alcanzamos á imaginar quién ni qué puede haber dispuesto tales cánones para regir ese inmenso mecanismo fatal, cuando consideramos el intrincamiento de los fenómenos naturales, sus propias deficiencias, en medio de maravillas de sabiduría. Nos parece que esa entidad necesariamente « extranatural », que se la supone ordenadora de lo que es

natural, si hubiera podido interesarse en todo lo que vemos, en este semillero infinito de fenómenos tan variados y heterogéneos que se agitan á nuestro alrededor, desde los movimientos majestuosos del astro hasta la vibración molecular, más uniformes, no habría llevado su diligencia al extremo de disponer también los vuelos y revuelos de las aves y de los insectos, el pulular de los infusorios, así como los movimientos del hombre mismo, con arreglo á un plan rígido, mecánico.

Cuando un artífice hábil construye un aparato capaz de realizar movimientos ordenados, rítmicos, no hace más que explotar las peculiaridades de la substancia, sus peculiaridades *propias*, y no puede, así, vanagloriarse de haber «dispuesto sus movimientos», de igual modo que no podríamos decir que hemos hecho comer á un animal cuando le hemos dado de comer. Es él quien come; nosotros no hemos hecho, en tal caso, más que facilitar el cumplimiento de una función «propia» de aquel organismo. Por una ilusión análoga, nosotros concebimos á los cuerpos dispuestos «en el sentido de sus propias peculiaridades», como sometidos á un mandato supremo, externo, siendo así que todo hace pensar en que no hay otro mandato que el que impone á cada cual su propia estructura, con las limitaciones consiguientes á la acción de los elementos externos, que, por su parte, nos traban para ir tan allá cuanto quisiéramos.

En este torbellino de acciones y reacciones, en donde los movimientos rítmicos se operan simultáneamente con los movimientos arítmicos, desordenados, y con los actos congruentes, de una plasticidad manifiesta; en donde lo inteligente se codea con lo torpe y lo estúpido; en esta promiscua trabazón en que sería imposible desentrañar lo que hay de bueno y de malo, de justo y de injusto, de moral é inmoral, de generoso y de mezquino, de sim-



ple y de complejo, de admirable, de absurdo y monstruoso, ¿quién, ni qué pudo, por una sola vía unitaria, ó por más de una vía, crear, juntar y legislar tanta contradicción?

Cierto que hay una lógica más ó menos constante en la producción de los fenómenos naturales, que nosotros tratamos de observar y comprender para ajustar nuestra acción al concepto que nos hemos formado, como el mejor, para conducir nuestra individualidad, en nuestro esfuerzo de adaptación; pero no por esto debemos pensar que nosotros, ni los demás elementos naturales, «estamos sometidos» á una ley ó á una lógica natural, preestablecida, sino más bien que, actuando todo lo existente con arreglo á su propia estructura, es decir, á su interés individual, se producen relaciones constantes entre todo lo existente, y esto da apariencia de fatalidad, de ordenamiento ya establecido, á hechos que en cada instante proceden de acuerdo con su propia complejión, y sin sujetarse por eso á ninguna ley, ni á precepto alguno. Lo que llamamos ley natural es tan sólo, pues, la manera más regular de actuación en cada individualidad, es su manera de perdurar y de transformarse para integrar la realidad, *siempre presente*, y sin ningún vínculo concreto con el pasado ni lo porvenir. Es la propia estructura la que determina las modalidades más constantes, como las más variables, en la naturaleza; es la acción propia, pues, la que se desarrolla en plena realidad.

Concebimos la realidad como la acción de todo lo existente, concurriendo de infinitas maneras á integrarla. La realidad siempre *es: es presente*. Las transformaciones de la substancia, y nuestra propia transformación, es lo que nos sugiere la ilusión del tiempo, así como la ilusión de que los cuerpos aparecen y desaparecen, siendo así que sólo se modifican, permaneciendo la misma substancia y la

misma energía invariables, esencialmente y perpetuamente. La realidad se transmuta de un modo perenne en su obra eterna de plasmar « presentes »; y es así que del pasado como ya dijimos, no queda otra cosa que su obra, fuera del recuerdo que pueda guardar cada cual de sus propias transformaciones « individuales » y de las transformaciones operadas en sus contactos individuales con la realidad, las cuales, por lo demás, sólo se reflejan en una mínima parte en su mente. No es, pues, la realidad algo que marcha de lo pretérito á lo futuro, *pasando por el presente*, sino, al contrario, un hecho *estable* en cuya composición entra lo existente, vale decir, todo lo que ha existido, y que, por lo mismo, existe y existirá, y que la integra siempre, ya sea de una ú otra manera, puesto que lo existente no puede desaparecer, por más que pueda transformarse. La realidad se nos presenta así como una ecuación constante, inmutable, en cuanto á su esencia; sólo cambian sus términos, la forma de sus términos, mejor dicho, quedando lo demás en el conjunto total de substancia y energía, invariable, incommovible, *presente*. Se diría un inmenso escenario, un gran torneo en el que cada individualidad desempeña un papel más ó menos cambiante, aun cuando cada individualidad trata de mantener su papel lo más y lo mejor que le fuere posible, con arreglo á su compleción. En esa evolución individual, sólo individual, puesto que, fuera de la individualidad, no vemos cómo pueda lo demás destruirse, permanece invariable el total de la substancia y el total de la energía. El hombre actúa como embrión, como niño, como adolescente, como adulto, como anciano, y disuelta « su individualidad », sus despojos se distribuyen según el medio en que se encuentran, para concurrir, no se sabe en qué nuevas formas químicas, físicas, biogénicas, á reintegrar el cosmos, sin solución de continuidad, y con la misma

espontaneidad con que actuaba antes de disolverse. La materia y la energía que sirvieron para formar aquella entidad pensante, deliberante, activa, nadie sabe á qué nuevas orientaciones se aplican, una vez que cesó la anterior manifestación orgánica. En ese despliegue de las modalidades de la substancia, *en la realidad*, que no es el paso de la realidad por los instantes, sino el paso de las transformaciones de la substancia y la energía por la realidad, siempre incommovible en cuanto á su esencia, cada organismo, en su empeño de mantener su estructura, y aun de mejorarla para adaptarse « como individualidad » á la presión de los demás elementos, es ésta, esta misma individualidad, la que traza su propia ley, la ley de sus movimientos y evoluciones, con arreglo á su naturaleza, y del conjunto de todas estas actividades múltiples, infinitas é infinitamente variadas, surgen el orden y el desorden que se advierten por todas partes, si bien el interés de cada organismo determina formas más ó menos permanentes de acción, lo cual da á este proceso el aspecto de un mecanismo, cuando no es más que el desarrollo de las actividades individuales, el que se produce con arreglo á las peculiaridades de cada complexión. Desde luego, nos parece necesario descartar toda suposición de que algo se halle preestablecido ni previsto: ni la ley de los movimientos, ni la evolución de los organismos, por más que podamos presumirlos, al tomar nota de las formas más constantes de actuar en cada serie de individualidades, ó en cada individualidad particular.

La línea más constante en los dominios francamente biológicos, es la que conduce al organismo á satisfacer sus fines individuales, esto es, las necesidades orgánicas, y esto mismo admite excepciones, así como aberraciones, según se ha visto, y según lo manifiesta el hombre mismo á cada paso, como ser superior en la naturaleza. Es por

lo primero, por la « regla » biológica, que puede de cierta manera educirse lo que ha de hacer cada individualidad en cada circunstancia, con relativa fijeza; pero esto mismo no es matemático, y tanto es así, que las excepciones se pretenden explicar dentro de la hipótesis mecanicista como desarmonías de la naturaleza, vale decir, como errores, omisiones ó imprevisiones de la ley natural, que se supone preestablecida.

En medio del torbellino de actividades que concurren de una ú otra manera á formar la realidad, se formula esta cuestión tan debatida: ¿somos libres ó no lo somos?

Desde luego, la intervención de conciencia y de voluntad presupone la facultad de optar, necesariamente, entre dos ó más excitaciones. Dentro del concepto que nos hemos formado de la individualidad, nos parece tan evidente que ella pueda optar, de tal modo claro, que sin esto no concebiríamos ni la conciencia ni la voluntad.

La ilusión fatalista emerge de lo siguiente. Como nosotros tenemos que contemplar las exigencias de nuestro interés individual orgánico, se comprende que nuestra libertad psíquica, en el hecho, no resulta completa, como no lo es nuestra libertad física; pero esto no se debe á la imposibilidad de querer, en cualquier sentido, sino á los inconvenientes que sobrevienen si queremos en un sentido contrario á nuestro interés orgánico: por eso es que nuestras voliciones se dirigen siempre, ó casi siempre, en esa vía, lo mismo que nuestros actos, pudiendo, no obstante, dirigirse en otra cualquiera, y aun en oposición á nuestro interés más evidente; y por eso es también que las formas instintivas se manifiestan todas dirigidas en el sentido de atender el interés orgánico, como lo están también, probablemente, las propias aberraciones que se advierten en ese campo, las que, razonablemente, deben considerarse inspiradas en iguales anhe-

los. La totalidad de la energía orgánica ha tenido, pues, que determinarse en esa dirección fundamental, no porque no haya podido hacerlo de otra manera, sino porque ésa era la dirección más útil; no porque eso fuera preceptivo, sino porque era así más conveniente.

Pero esto mismo ofrece ya una diferencia importante en el problema de la libertad, puesto que es muy distinto el que se considere nuestra acción como producida por agentes que obran imperiosa é irresistiblemente, y que, como lo pensamos nosotros, no haya en la opción más traba que la que implica nuestro propio interés individual. En este terreno la acción queda librada á la conciencia, que es conocimiento. Como se ve, es muy distinta la acción que obedece á una razón de interés orgánico, intelectual, á la acción impulsada por fuerzas inflexibles que nos gobiernan incondicionalmente. Nosotros podemos querer, por ejemplo, tomar un arma y dispararla sobre nuestra sien, ó bien arrojarla á un precipicio, y hasta podemos hacerlo, pero no lo hacemos, — si bien algunos lo hacen, lo cual prueba que es factible, — porque á ello se opone un interés vital, que es para nosotros estimable y respetable. Así que cesa de tomarse en cuenta el interés vital, por cualquier causa, eso mismo que es tan absurdo, se puede producir, y se produce.

La presión que ejerce en nosotros el deseo orgánico de perdurar y mejorar, nos hace creer que ese elemento es tan fatal cuanto los movimientos mecánicos, rítmicos, de la substancia que reputamos anórgana, sin considerar que apenas se reduce por cualquier motivo el concepto de nuestra individualidad, puede ya observarse la demostración de la libertad psicológica en los actos que tienden á desdeñarla, cuando no llegan hasta atentar contra la propia individualidad. Es evidente que, por regla general, pueden predecirse los actos de conservación individual.

Sabemos de antemano que un náufrago se asirá á una tabla que se le ponga á la mano; que un sediento tomará agua, si se le brinda; que un asmático optará por una senda descendente, mejor que por una ascendente, etc., porque todo esto se halla de acuerdo con sus respectivos intereses orgánicos; pero no estamos igualmente seguros de que un turista, verbigracia, pida más bien un manjar que otro de la lista, puesto que ni lo sabe él mismo al escoger, apremiado por la necesidad de despachar al mozo. Las operaciones de seguro sobre la vida, por ejemplo, reposan en el cálculo de que todos tratan de conservarse, y este factor lo toman en cuenta también las formas ordinarias de legislación y de composición social. Sin eso, ni se alcanza á comprender cómo pudieran realizarse estos ordenamientos, aun deficientes como son. Empero, aquel antecedente no significa que una ley natural tenga todo dispuesto en tal ó cual sentido, sino, sencillamente, que nosotros sabemos que cada organismo se rige con arreglo á la lógica de su interés individual, y atiende á sus aspiraciones, tomando como base el propio bien, el bien máximo: la vida. Ésta no es otra cosa que una peculiaridad orgánica: no es una fatalidad.

Por lo mismo que cada ser obra de acuerdo con el interés de su propia estructura orgánica, la libertad psíquica parece ausente, y hasta se piensa que somos autómatas sometidos inexorablemente á actuar con arreglo á las circunstancias, á la presión de los elementos externos que gravitarían sobre nosotros de un modo imperativo, decisivo, concluyente, sin advertir que también podemos reaccionar sobre ellos, con arreglo á nuestra propia cuota de energía, ya sea ó no en el sentido de nuestro interés orgánico, y aun con arreglo á nuestro conocimiento, que duplica la eficacia de nuestra energía aprovechable. El profesor Le Dantec, no obstante, dice:

« Tout se passerait de même dans la nature si les corps conservaient toutes leurs propriétés à l'exclusion de la propriété de conscience; les substances plastiques sont comme les autres substances brutes, soumises à la loi d'inertie: « Un corps ne peut modifier par lui-même son état de repos ou de mouvement (1). »

En esto hay tan sólo una « media » verdad, á nuestro modo de ver. Es claro que la realidad no se conmove-ría si el hombre perdiera completamente su conciencia y procediera como un peñón; pero esto no quiere decir que usando de su conciencia, dentro de su individualidad, y optando por lo que su conciencia le demuestra ser mejor para llenar sus fines orgánicos, esté así mismo en la condición de un cuerpo muerto, sin aptitud para proceder, « como organismo consciente », dentro del proceso general físico-químico. Lo mismo sería afirmar que por estar sometido á la ley de inercia, no puede moverse más que un cuerpo bruto de la naturaleza. Nosotros nos permitimos pensar lo contrario al respecto, vale decir, que la mayor conciencia conduce al organismo á formas de acción más deliberadas, más eficaces y congruentes con su interés individual, y es así que se las ve transformar á éstas, tanto en la faz individual como en la faz social, *á medida que se informa la conciencia, y también de acuerdo con sus dictados*. ¿Cómo podría explicarse entonces este fenómeno si la conciencia no desempeñara papel alguno en la actividad humana?

No sería, por cierto, menos pasmoso que la propia tesis de la creación sobrenatural, un mundo en el cual los organismos, que se agitan y saben que se agitan y por qué se agitan, procedieran como si nada supiesen. Esto, por lo fantástico, sobrepasaría hasta á aquello mismo de la

(1) F. Le Dantec: *Le déterminisme biologique*, pág. 156.

Creación, con ser tan incomprensible como es. Un laboratorio físico-químico colosal, del que formamos parte, como forman en los laboratorios del hombre las retortas, los frascos y aparatos; en donde las sales y los flúidos nos hacen querer de acuerdo con nuestro interés individual, á veces, y otras también en desacuerdo, y que llegan hasta á hacernos querer con arreglo al resultado de una deliberación, la cual nos preserva de caer en error, alguna vez por lo menos, — sales y flúidos que después de habernos hecho creer que el sol gira alrededor de nosotros, nos permiten rectificar el juicio que nos formamos acerca de esa apariencia engañosa; así como el otro, de que la tierra era un disco horizontal, y que permiten inventar el telescopio y el microscopio para ver mejor lo grande y lo pequeño, lo propio inaccesible á nuestra mirada, y hasta intentar explicaciones filosóficas y metafísicas, — hay que confesar que son flúidos y sales prodigiosos, no ya de un buen humor inagotable. ¿Qué sentido tiene entonces la actividad humana, compleja, progresivamente documentada é inteligente, dentro de una ilusión de conciencia y otra de voluntad, es decir, de la facultad de ajustar la acción á los dictados del conocimiento; qué sentido tiene, decimos, si todo esto hubiese de operarse lo mismo sin la conciencia y sin la capacidad de obrar con arreglo á la conciencia? ¿Qué cuentan entonces en la actividad general las escuelas, las universidades, las asambleas, los congresos, los laboratorios de estudio y observación, las bibliotecas y los buenos consejos, si no actúan sobre la conciencia, ó bien si al actuar no pueden influir en la acción? ¿Qué agregan á esas mixturas del gran laboratorio de la naturaleza los hombres, que, siendo también « mixtura », no cuentan en él para nada? ¿Qué significado tiene el esfuerzo obstinado del hombre que, pudiendo salir sil-



bando con las manos á la espalda, se empeña en descubrir alguna verdad, si todo habría de pasarse lo mismo sin el conocimiento de esa verdad? Si la conciencia no es un factor eficaz, ¿cómo se explica que cada nueva conquista de conocimiento transmute las formas de acción consagradas, en ese dominio, por lo menos?

Yo resuelvo mover los pulgares en un sentido giratorio, supongamos, y los muevo; luego opto por cambiar en un sentido contrario ese movimiento, y también ese acto volitivo se realiza: ¿Es éste un espejismo de libertad? ¿Por qué es un espejismo? Se dirá que lo es, por cuanto si nosotros pudiéramos crear ese movimiento, habría «creación» de energía y, consiguientemente, una alteración en las leyes naturales, que no admiten el aumento ni la disminución de la energía total; pero entonces es preciso convenir en que nosotros, «como parte de lo existente», no tenemos á nuestra disposición ni un ápice de esa energía distribuída en toda la naturaleza, es decir, que *somos exteriores* á la naturaleza; porque, de no ser así, también deberíamos poseer nuestra respectiva cuota, y no exhibirnos como «substancia sin energía», lo cual sí habría de trastoruar la evidencia, puesto que daría por resultado que todo, salvo nosotros, desempeña algún papel en «el mundo exterior», que, al fin, ni es exterior para nosotros. Todo sería un agente, excepto nosotros, con arreglo á esta hipótesis.

La opción que hacemos, en uso de nuestra propia energía, como otros tantos agentes «interiores» de la naturaleza, no es otra cosa, sin embargo, que lo que hace el oxígeno cuando forma un óxido mejor que un ácido. ¿Qué dislocación puede producir el uso de esa energía propia, si la reacción que siempre comporta, mantiene el equilibrio? Encastillados aún en el viejo con-

cepto de la personalidad, el «yo», por un abuso de «objetivismo» y otro de «subjetivismo» hemos podido suponer que somos ajenos á lo que ocurre en nuestra propia casa, es decir, extraños á las cuitas terrenas, como el que mira desde una ventana lo que pasa en la calle, siendo así que en todo instante formamos en el «redondel» de la realidad, el único redondel posible.

La opción, como se ve, no es «creación de energía», sino producto de la energía integral, la que utilizamos de acuerdo con nuestra individualidad, dentro de la ava parte de que disponemos, «como substancia», según lo hacen, á su vez, los demás organismos, y hasta la propia substancia que reputamos inorgánica, aun cuando su acción deba ser atribuída á otras causas, de cualquier naturaleza que ellas sean. Aquella tesis, á pesar de hallarse encaminada en un sentido científico, lo mismo que las quimeras fideístas, tiende á conmover la evidencia, por lo abstruso. Puede decirse que son dos extremos que se tocan: el uno pueril, y el otro endiablado.

La causa de esta ilusión fatalista estriba en el hecho de haberse omitido «al hombre» en el laboratorio integral, como si fuera un valor ineficaz, un no-valor, mejor dicho, en la realidad en que actúa, por su parte, como todo lo demás, con arreglo á su acopio de energía y á su interés orgánico. En ese concierto general de actividades é influencias, todas positivas, se ha prescindido de la acción que desempeña el hombre, el propio ser que llega á tales conclusiones, y de ahí que esta hipótesis nos ponga en oposición con lo evidente. Si cada substancia se rige por la ley de su propia estructura, según lo podemos ver en toda la naturaleza, el hombre vendría á quedar privado de esta ventaja, inerme, en medio del torrente de la actividad universal, sin desempeñar más papel que el de espectador que mira la manera en que

se forman las combinaciones á su alrededor, y hasta dentro de sí mismo, pero sin combinar, á su vez. Sería el único agente que no es agente en la actividad integral, y que, por lo mismo que no puede optar, á pesar de conocer, tendría que resignarse á la acción externa, como un paralítico, sin tomar iniciativa alguna por su parte, pasivo, como esas cajas en que los transeuntes ponen cinco centésimos para que suenen, y no sólo las hacen sonar, sino que también determinan lo propio que han de sonar.

Esa ilusión se ha engendrado también á favor de la realidad de las acciones y reacciones que constantemente manifiesta la substancia, y en vez de observarse que el hombre, como parte que integra, concurre por sí mismo á determinarlas, en la medida de su fuerza y de acuerdo con sus intereses orgánicos, se ha supuesto que él, como lo demás, todo se halla subordinado por completo á un mecanismo superior, soberano, con dominio « extranatural », — por lo mismo que impera « sobre » la realidad, — cuando es inequívocamente ella la que impera sobre sí misma, dentro de sus respectivas modalidades, y en la que nosotros, por nuestra parte, como elementos que somos de la misma, dentro de nuestro radio de acción ejercemos, también, nuestra cuota de presión é influencia sobre lo demás; y es así que se ha sustituido la entidad sobrenatural prodigiosa por una entidad extranatural, no menos sorprendente ni menos perturbadora de la lógica del buen sentido.

Así, por ejemplo, cuando vemos á un acróbata dando saltos mortales, por más elásticos que éstos sean, sabemos que, en cualquiera de ellos, necesariamente, tiene que volver hacia abajo; pero notamos que, al hacerlo, « opta » por la manera de caer, de igual modo que, al saltar, pudimos advertir que optó por la forma en que había de realizar su salto. Ahora bien: si esto es así,

preciso es convenir en que, dentro de la fuerza de gravedad, dentro de las modalidades de su construcción orgánica, dentro de la dexteridad de sus músculos, dentro del programa del espectáculo y de la acción del director y del público que lo observan, y aun de otros elementos que « limitan » su acción *propia*, el acróbata dispone de su ava parte de fuerza, y también de libertad, y puede, en cualquier momento, verbigracia, fingirse enfermo, si teme lastimarse, ó si el recuerdo de una aventura amorosa, supongamos, lo embarga y le quita soltura para hacer sus proezas de agilidad muscular; ésa es su libertad efectiva: *optar*.

Nosotros entendemos que esta opción no produce ni puede producir ningún desequilibrio en la energía integral, de igual modo que no se produciría tampoco si el oxígeno, como ya dijimos, en presencia de dos cuerpos distintos, optara por combinarse con el uno en forma de óxido más bien que con el otro en forma de ácido, puesto que no habría más que un cambio de modalidades á operarse dentro de la energía total, donde las reacciones consiguientes reparan las consecuencias de dicho cambio en el sentido de mantener incólume el equilibrio total. Pongamos otro caso: si nosotros, cuando vamos caminando por el campo, optamos por vadear un arroyo, en vez de despuntarlo, promovemos una serie de reacciones *simultáneas*, compensatorias en todo instante de nuestra acción, ya sea en las aguas del arroyo, ó en el césped, ó las arenas que hemos pisado, y proporcionadas á la suma de energía que hemos desarrollado, en ambos casos por igual; equivalentes, mejor dicho. No hay, pues, alteración en el total de la energía, sino aplicación distinta, distribución diversa de la energía integral.

Para verlo más claro todavía, pongamos un nuevo ejemplo. Tomemos un tablero de ajedrez. Éste, el tablero,

representa la materia, el mundo exterior integral; las piezas, la substancia orgánica, y los movimientos de las piezas, la energía orgánica actuando dentro de la energía total. Supongamos, para facilitar el ejemplo, que las propias piezas, no por automatismo, sino deliberada y libremente determinan sus movimientos, y no tampoco de un modo arbitrario, sino dentro de lo que les es posible hacerlo con arreglo á su estructura y al orden convencional de los movimientos. Bien: cualesquiera que sean las evoluciones que se realicen, advertiremos que no se habrá alterado ni la substancia ni la energía integral, por cuanto cada movimiento libre, dentro de su propia estructura, y usando de su cuota de energías, habrá determinado una reacción « correspondiente » sobre las demás, las que, á su vez, pudiendo optar también en sus formas reactivas dentro de la energía total, no la alteran. Lo único que puede ocurrir es que las vicisitudes de la partida cambien, como modalidades ó aspectos de la energía integral. Pero es todavía más concluyente el caso, si admitimos que los movimientos que realizan las diversas piezas que integran el tablero, se llevan á cabo fuera de todo convencionalismo y de todo orden, puesto que de esa misma manera tampoco podrían exceder la energía total, desde que, por más arbitrarios que fueren sus movimientos, no han podido moverse con mayor caudal de energía del que les adjudica su propia estructura; esto es, no pueden producir más energía que la propia, ni tampoco pueden salir del tablero, que es la realidad, en el caso supuesto. Para exceder el equilibrio integral, sería menester que las piezas pudieran extralimitarse en el uso de su haber de energía, ó salir del tablero por un acto de voluntad; porque de no ser así, las acciones y reacciones que se producen, dentro de él, no son más que modalidades de la misma energía

total, cuyo equilibrio no pueden romper por más que se muevan, como quiera que sea.

De igual modo, para que el hombre pudiera, por un acto de libertad, atentar á la suma total de energía, sería preciso que pudiese substraerse á la realidad, lo que es absolutamente imposible, desde que todo es realidad y fuera de ella nada hay ni puede haber; de donde resulta que el uso que pueda hacer cada organismo de su propia energía, por más libre que fuere, no conmueve el equilibrio del mundo, que llamamos «externo» aun cuando lo integramos también. Ese total de energía no puede ser sobrepujado, por más libres que seamos, desde que la elección que hacemos respecto al uso de nuestra propia energía no puede exceder nuestro «haber» individual, ni las reacciones que estos actos provocan pueden rebasarlo, por cuanto cada uno de los elementos que interviene usa de su respectivo caudal. Es un «tira y afloja» dentro de un mismo círculo infranqueable.

La «elección» que hagamos acerca del empleo de nuestra propia energía, es así nuestra cuota de libertad individual, según nuestro modo de ver, y es por eso que empleamos la palabra «opción», que nos parece resumir mejor nuestro concepto de la libertad orgánica, individual.

No es, pues, «libre albedrío» la suma de libertad individual de que cada uno dispone positivamente, sino una libertad restringida por la presión de los elementos externos, que no por eso deja de permitirnos la elección en el uso de la propia energía orgánica, tanto dentro de los intereses orgánicos como también fuera de ellos. Cuando deliberamos, cuando mediante una serie de informaciones y de cálculos y reflexiones resolvemos hacer un viaje, una obra ó un negocio, ó nos decidimos á desistir, después de haberlos proyectado, las excitaciones externas concurrentes podrán influir en nuestra determinación, que se resuelve

en pleno laboratorio de acciones y reacciones físico-químicas; pero también podemos, á nuestra vez, reaccionar, de acuerdo con el resultado de nuestra deliberación, de cierta manera mejor que de otra, de igual modo que lo hacemos de acuerdo con nuestro estado físico; como también pudimos no deliberar y actuar pasivamente, dejándonos remolcar por los elementos y sugerencias externos, circunstanciales.

Si nosotros no usamos de una libertad completa en la faz psíquica, es porque nos sentimos inducidos, por nuestro interés «individual», á querer dentro de lo que conviene á nuestra individualidad, y acostumbrados á querer así, no nos ejercitamos en querer de otro modo, como podríamos hacerlo, en todo momento, de igual modo que podemos acostumbrarnos á querer y optar por lo que nos parece «mejor»; pero del hecho de que estemos interesados en mantener nuestra individualidad, no resulta necesariamente un fatalismo, siuo «la existencia de un interés», nada más; lo cual admite la posibilidad de que se le menosprecie, como ha ocurrido y ocurre á menudo, por desgracia. Nosotros no podemos concebir la individualidad sin la posibilidad de optar, en uso de su propia energía, si bien admitimos que, para que haya opción, es menester que haya conciencia, conocimiento. De otro modo, se mantiene la energía en una misma dirección. Así, por ejemplo, si la columna mercurial de un termómetro «sintiera» cuando, á mayor temperatura, se dilata y, á menor temperatura, se contrae, y no sintiera más que eso, es decir, que fuera insensible á las demás excitaciones, ¿de qué otra manera podría actuar, ó sea usar de su energía, de su voluntad? Si su sensación es constante, su voluntad permanecerá también constante; en cambio, si fuera sensible á otras excitaciones, podría optar tanto por una como por la otra. El ciego, verbigracia, permanece

indiferente á las excitaciones del color, como el sordo á las excitaciones del sonido. ¿Quiere esto decir que no puedan usar de su voluntad? No, es que no tienen estímulo alguno para hacerlo en ese sentido.

Este criterio podría explicar la «inmutabilidad» de la acción en la materia llamada inorgánica, así como la casi inmutabilidad de la acción en las organizaciones más simples, lo cual no implica una diferencia esencial entre las mismas, sino más bien una diferencia en las modalidades de acción; y, por lo demás, en la propia especie humana puede verse que es tanto menos acentuada la variedad de sus formas de acción á medida que se descende en las extracciones sociales, y se llega al ignorante, al salvaje, sin que por eso haya una distinción substancial que hacer, sino tan sólo la constatación de modalidades diversas en una substancia idéntica fundamentalmente.

Es verdad que ya en las propias manifestaciones ínfimas de la substancia «orgánica» se advierte mayor complejidad en sus atributos. Dice Le Dantec: « Les expériences de mérotomie nous ont appris l'existence d'une *continuité* (ou plutôt cohésion) spéciale dans la substance du plastide, continuité qui n'existe pas dans les corps ordinaires de la chimie <sup>(1)</sup>; » y más adelante, dice:

« *Quand un plastide réagit dans les conditions de la vie élémentaire manifestée, il devient, contrairement à ce qui a lieu pour les substances brutes, PLUS APTÉ (au point de vue quantitatif) à réagir de la même manière, dans les mêmes conditions* <sup>(2)</sup>. »

Pero es que no sólo hay en la substancia «viva» una continuidad que no manifiesta la materia «inorgánica», sino también una «diversidad» y una «plasticidad» en la manera de reaccionar, que tampoco revela esta última,

(1) F. Le Dantec: *Le déterminisme biologique*, pág. 86.

(2) F. Le Dantec: *Le déterminisme biologique*, pág. 98.



de un modo tan manifiesto, por lo menos, y pensamos que lo uno y lo otro se explican por una diferencia en la constitución «morfológica» de cada orden de individualidades. Dichas peculiaridades, que se suponen privativas de la substancia orgánica, por lo demás, se acentúan en esta misma substancia, en toda la escala, que reacciona ó puede reaccionar de muy distintas maneras ante iguales excitaciones, aun entre los ejemplares congéneres, y tanto más cuanto más complejos sean éstos, la que adquiere, así mismo, «aptitudes» para reaccionar cuantitativa y cualitativamente de la misma ó de diversa manera ante las mismas excitaciones, y aún en igualdad de condiciones; y, para nosotros, nada puede ser más característico de la individualidad. ¿Qué otra significación racional podrían tener tales variedades, como no sea un resultado de diferenciaciones individuales, operadas á base de *individualidad*? Si se comprende que esas diferenciaciones hayan podido producirse en una evolución multiseccular «sobre cada individualidad», no se comprende, en cambio, que hayan podido realizarse sobre una materia homogénea sometida á una ley común. Esa progresividad del atributo de diversificar las reacciones, paralela á la complejidad orgánica, así como los fenómenos de asimilación y desasimilación que se operan sobre la base del mantenimiento de la entidad orgánica, en su desarrollo normal, — lo que llama Dastre «fijeza vital» (1); — las propias constataciones de la teoría iatromecánica, no ya la herencia, la adaptación, la selección, la evolución: todo esto denuncia de un modo irrefragable el ordenamiento individual, la organización de la individualidad. Según nuestro entender, nada es más evidente en la naturaleza que la existencia de *individualidades*

(1) A. Dastre: *La vie et la mort*, pág. xxviii (Introduction).

que bregan fundamentalmente á favor de sí mismas, y hasta de su propia prole, que es la manera de perpetuar la individualidad.

Ahora bien, excluir la facultad de usar de la energía propia, es excluir la individualidad, esa misma individualidad que en las organizaciones definidas, sobre todo, se manifiesta con tantas evidencias. En los animales inferiores, como en el hombre, se advierte «el culto» de la propia individualidad, de un modo tan claro, en todo momento, que no podría omitirse sin incurrir en un verdadero desconocimiento. Por todas partes se denuncia el afán de mantener la propia individualidad, de satisfacerla, de halagarla, de protegerla, de mejorarla, de perpetuarla, aun al través de los mayores extravíos. El hombre, el vicioso, verbigracia, no hace más que complacerla, de acuerdo con sus inclinaciones, de igual modo que el previsor, que se abstiene de un placer momentáneo para garantizar una satisfacción futura. Podría decirse que la única limitación que existe para usar de nuestra energía-voluntad, es la que impone el culto de la individualidad. Es esto, precisamente, lo que da la apariencia de una fatalidad á nuestras resoluciones, en las que, de ordinario, la opción se hace de acuerdo con las predilecciones individuales, y no, empero, sin que también puedan tomarse de otro modo, como ocurre en los actos de heroísmo, de abnegación, en el suicidio, etc. ¿Cómo negar, pues, la libertad? ¿Qué otra fuerza que no sea nuestro propio interés orgánico, y la manera como lo interpretamos, puede impedirnos aplicar nuestra propia energía en el sentido que queramos?

Sobreentenderá el lector que, cuando hablamos de interés, no nos referimos al interés puramente material, puesto que ese significado implicaría desconocer una realidad tan clara como es la de que frecuentemente prima

también un interés moral, al punto de que algunos no pueden sobrevivir á una deshonra, por ejemplo, — ni siquiera cuando se trate de un puro concepto convencional, á veces, — ó á un fracaso, ó á una desgracia de familia, etc.; no obstante, se verá que, en definitiva, es siempre el culto de la propia individualidad, *tal cual es*, y tal como se la considera por cada cual, el que decide de estas opciones. Es así siempre un interés « orgánico » el que dirige el empleo de nuestra energía, de nuestra voluntad, de nuestra libertad.

Cada substancia, cada organismo, cada individualidad proceden por igual, de acuerdo con la ley de su propia estructura, y es por esto que el hombre, ser más complejo y más consciente, va acumulando los elementos que más le sirven en el sentido de llenar sus necesidades orgánicas de la mejor manera. Á mayor conciencia, mejor opción; á mayor disciplina de la voluntad, mayor eficacia en la capacidad de ajustar la acción en el sentido del conocimiento. No es, pues, que se cree la libertad, ni que se cree energía, sino que al informarse la conciencia y al disciplinarse la voluntad, se hace posible un uso distinto de la propia energía, y *se mejora la opción*, dentro de los intereses orgánicos, que, en substancia, son idénticos, fundamentalmente, en toda la escala vital: mantener y perpetuar la individualidad propia; ampararla, defenderla, complacerla. Es así que, en la evolución humana, cada generación va conquistando un caudal mayor de conocimiento para satisfacer esa aspiración orgánica, individual, y un mayor grado de disciplina para optar por el conocimiento. El propósito orgánico no cambia substancialmente: lo que cambia es la forma de darle satisfacción; aquél es invariable, en su esencia, que es vivir y perpetuarse; lo que varía es la manera de llenar estas necesidades estructurales. Y tan

cierto es esto, que el punto de vista social está encaminado en el sentido de que cada aspiración individual sea compatible con las aspiraciones de los demás. Para ello es que se acude á la instrucción, por cuanto es el cumplimiento de tal desiderátum social la verdadera pauta de todo proceso didáctico, y el de la propia urbanidad.

### III. LA CONVICCIÓN CIENTÍFICA

Si cada individualidad opta de acuerdo con sus predilecciones orgánicas, la senda á seguirse es la del conocimiento, á fin de que las opciones sean cada vez más juiciosas, y, por lo mismo, más apropiadas á la vida de asociación, que es la que nos conviene para atender mejor á nuestras necesidades naturales. Apenas « se conoce », luego que se forma conciencia acerca de los efectos positivos de la acción, ésta tiende á ajustarse á las conclusiones del conocimiento, y se ejercita así en un dominio tan firme como eficaz. Es éste, pues, el factor de cultura más adecuado para determinar las reglas perdurables de asociación.

Si comparamos los recursos de acción del salvaje con los del hombre culto, se verá, por un lado, que, si bien están unos y otros encaminados fundamentalmente en una misma dirección,—que es la de satisfacer necesidades orgánicas también idénticas en lo fundamental,— ofrecen enormes diferencias los medios que para ello se emplean; y, por el otro, se verá que todas las diferencias consisten en que el civilizado exhibe una mayor suma de conocimientos asimilados. Así, por ejemplo, cuando el salvaje envenena sus flechas, ó arma trampas en los sitios de acceso á su choza, procura su defensa propia, ya sea tomando, ó no, en cuenta la de la tribu de que forma parte, lo mismo

que el civilizado, cuando establece un servicio de policía, ó cuando instala astilleros y arsenales. Hasta podría decirse que hace lo mismo, en substancia, que el propio bacteriólogo cuando busca el secreto de un contagio, para prevenirlo ó combatirlo. Sólo hay en todo esto diversidad de arbitrios para satisfacer un mismo propósito: la conservación individual, ya sea directamente, ó bien tomando en cuenta el grupo social que contiene á la individualidad que actúa.

Al examinar el proceso de la civilización, se verá, en todo él, que es una mayor información de la conciencia lo que ha determinado los pasos de avance. Para que llegaran á producirse los progresos sociales y políticos de que disfrutamos, la conciencia ha debido evolucionar sobre el carril de la racionalidad, y ha evolucionado de tal modo, que los hombres no parecen ya los mismos de algún tiempo atrás, en los dominios de la historia. León Bourgeois, Ministro de Trabajo en Francia, decía últimamente: « Cuando se invoca solidaridad, caridad, humanidad, se concluye por conmover hasta á los más rudos. Desde treinta años ha, que esas grandes palabras han sacudido el mundo, ; cuántas bellas cosas han sido ya realizadas! Induciendo á colaborar con todo su corazón y sinceramente á obreros y patrones en el interés común, uniéndolos en la práctica de las leyes sobre el trabajo y la asistencia, serviremos una causa admirable.» Aun cuando no creamos que en ello intervenga el corazón, hay que reconocer que estas manifestaciones generosas no se hacían, por cierto, sobre todo por los dirigentes, cuando los extispicios buscaban la voluntad de los dioses en las entrañas de los inmolados, ni tampoco mucho después. Entonces se trataba á los infelices como á bestias de carga, sin reconocerles derecho alguno. Este lenguaje sólo pudo subir á los labios cuando la conciencia

redujo la ignorancia en que estuvo sumida la humanidad, puesto que, por más que á la sazón se tratara de satisfacer, como ahora, de la mejor manera posible, las necesidades orgánicas, no podía acudirse á tales arbitrios, por falta de conocimiento. En otros tiempos, los recursos actuales de convivencia, con ser mucho más equitativos é inteligentes, habrían parecido pueriles y hasta traidores, sin que por ello debamos pensar siquiera que los hombres de antes fueran menos «buenos», sino tan sólo que eran menos conscientes; y lo propio podría decirse de los «salvajes no metálicos» á que se refiere Lubbock <sup>(1)</sup>, y también del troglodita, del antropoide y del prosimio, como de cualquier ejemplar viviente.

La razón humana ha tenido que demoler con tenacidad benedictina toda esa base de errores y prejuicios, que constituyen la característica más típica de la tradición, para que pudiera aspirarse á edificar la igualdad social, no como un sueño generoso, sino como un arbitrio sesudo; no como obra piadosa, sino como recurso científico, vale decir, como el mejor medio de procurar la paz social, en la que todos tienen que resultar favorecidos, hasta los propios que se suponen perjudicados. Como que en lo fundamental la conducta no se rige por razones de sentimiento, sino por egoísmo instintivo, en toda la escala orgánica, porque si bien unos lo proclaman, y otros no, ese egoísmo todos lo practican, necesariamente, sólo ha podido evolucionarse hacia las nuevas formas sociales á base de mayor conciencia, de mayor conocimiento. Si los poderosos ceden algo, no es, pues, porque hayan cambiado radicalmente su estructura íntima, sino porque han comprendido que era mejor modificar sus formas usuales de acción; y tan cierto es

(1) J. Lubbock: *L'homme préhistorique*, t. II, pág. 106, v. fr.

esto, que hoy mismo podrían resurgir tanto la esclavitud como las demás formas opresivas, apenas el ambiente lo permitiera. Para ver cuán insaciable es el afán de darse á sí mismo el mayor número de satisfacciones posibles, no es preciso ahondar mucho: basta considerar cómo se regatean, una por una, las « concesiones » que arranca el proletario al poderoso. No hay que dudar de que todo lo que se va otorgando responde á una presión « consciente », que incita á conceder aquello que es preciso para alcanzar una mayor suma de beneficios, en cantidad ó calidad, cuando no sea para evitar consecuencias lamentables. Resulta así, claramente, que la evolución, toda ella, es obra de conciencia, de conocimiento.

Los soñadores, que, por lo demás, obran como los que no lo son, en lo que les atañe, se encuentran molestados por las afirmaciones de carácter positivo, que desbaratan sus abstracciones y espejismos miríficos, los cuales hasta les permiten aspirar á un buen sitio de ultratumba, — no sin que por eso dejen de participar aquí cuanto pueden de los beneficios terrenales, y también de los científicos, — encuentran acres, cuando no punzantes, los razonamientos positivistas, y se exasperan al escucharlos, porque omiten magnificar incondicionalmente valores tan convencionales como son los de la leyenda tradicional. Otros espíritus, más reflexivos, pero también cultores de la tradición sentimental, ante la imposibilidad de conocerlo todo « científicamente », consideran el espíritu religioso como un elemento complementario, requerido por la propia naturaleza humana <sup>(1)</sup>.

Es cierto que, según la estructura humana, se siente la necesidad de considerar lo desconocido dentro de lo cono-

(1) De lo que hemos podido leer al respecto, nada nos pareció mejor argumentado é interesante que el libro de E. Boutroux: *Science et Religion dans la philosophie contemporaine*. — E. Flammarion, 1908.

cido; pero no lo es menos que ya la hipótesis científica permite darle á la realidad un sentido racional, dentro de las documentaciones obtenidas, sin apelar á los antecedentes de sobrenaturalidad, que afirma la tradición; y si es preciso respetar la tendencia sentimental á explicarse lo desconocido por medio de las viejas leyendas, algunas tan inverosímiles y aun contradictorias, como son, con el resultado de la investigación científica, ése sí convincente, no es menos digna de respeto la tendencia moderna á atribuir los fenómenos naturales á causas naturales. En tanto que el esfuerzo científico buscaba soluciones en el campo especulativo, dejando de lado el examen concienzudo de la naturaleza, debió sentirse una necesidad mucho más acentuada de acatar la tradición para explicar lo ignoto, que aterrorizaba; pero al extenderse los dominios de la ciencia, y al divulgarse los resultados, nos es dado ya buscar una explicación racional á la realidad, aun á los menos preparados, y á la propia vida y á la muerte, que antes aparecían como enemigos irreconciliables, y explicárnoslos como puros fenómenos naturales; y es así que evoluciona aquella exigencia instintiva, paralelamente con la aparición de nuevos elementos de juicio, que surgen con sorprendente progresividad en el plano positivo. Hoy día se siente el vivo deseo de conocer « la verdad » (1) tal como es, ya que no puede suponérsela, fundamentalmente, ni terrible, ni decepcionante, porque á fuerza de ser provechosa la investigación científica, no tememos que pueda sernos adverso su resultado. Ya no asusta esa realidad, tau vilipendiada antaño, y, á medida que la vamos conociendo, resulta cada vez más interesante y estimable, por más que, en razón de los viejos relatos,

(1) Dice H. Poincaré: « La recherche de la vérité doit être le but de notre activité; c'est la seule fin qui soit digne d'elle. » — *La valeur de la science*, pág. 1.



parezca que nos desmonta y que nos priva de bienes, cuando nos los brinda efectivos, siempre mayores y mejores que los quiméricos que apenas se entreveían al través de tizones y suplicios, como eran los ofrecidos por la leyenda sentimental.

Emerson, al hacer la apología de la razón, refiriéndose á las sugerencias de la «santidad» de las tradiciones, decía: «Ninguna ley puede ser sagrada para mí, si no es la de mi ser (1);» y esto es, precisamente, lo que informa el espíritu científico, ascendente en nuestros días: ese espíritu que eleva á la individualidad humana de tal modo que es ya posible pensar y obrar de acuerdo con la conciencia propia, y aun cambiar de opinión, sin incurrir en castigo. Por esa vía es que se van rectificando las viejas ideas y los viejos arbitrios, y se diseminan los bienes naturales entre todos los hombres, en su mayoría paralizados antes por su misma ignorancia, que se la reputaba una ventaja muy estimable por los amos y opresores.

Lo verdaderamente original es que, habiéndose operado por los hombres de ciencia esta conquista, — la máxima conquista humana, sin duda alguna, — los soñadores sentimentales, que se suponen de una cepa superior, acaso por lo mismo que al soñar en plena vigilia, concluyen por preferir «lo que no es» á «lo que es», si bien no han hecho nada que á esto se parezca, denuestan, así mismo, á los perseverantes investigadores, y los tratan á veces peor que á saltimbanquis, é injurian también á la propia naturaleza, tan magnánima como es, porque no se ajusta á sus devaneos. Resultan, de este modo, no tan sólo anacrónicas, sino extravagantes, hasta donde es dado serlo, esas declamaciones, de una esterilidad tan palmaria como

(1) R. U. Emerson: *Siete Ensayos*, t. I, pág. 25, v. c

desesperante. Es preciso que se constate un hecho que, si bien es claro, no deja de ser desconocido á cada instante, y es que los evocadores todavía no han aportado un solo concurso positivo á la obra del progreso humano, fuera del deleite que puedan encontrar los refinados al interesarse en sus lucubraciones. Si por ellos fuera, andaríamos aún á pie, y, cuando más, á caballo, ó en camello, ó en piragua, hasta para hacer las más lejanas y penosas expediciones. Para los contemplativos, parecería que la máxima aspiración es permanecer encandilados en el mismo orden de ideas tradicional, sin avanzar nada más que en la forma de interpretarlo y de declamarlo; su esfuerzo subjetivo querría realizar proezas imposibles, en tanto que los despreciados y aborrecidos « cuartos » y « medios » de inteligencia, aplicados al culto de « un materialismo imbécil » (1), son los que van construyendo todas nuestras conquistas positivas, á la vez que disipan el misterio, ese propio misterio que hace extender los brazos en actitud angustiada, hasta en los propios momentos en que se debiera disfrutar de los bienes opimos de la vida, y que, al fin, ni los disfrutaban los mismos favorecidos, porque están atribulados por el inveterado horror á la disolución individual, por el horror á lo desconocido, que data de aquellos mismos tiempos tan aclama-

(1) Dice Pierre Loti: « De nos jours, il y a bien, c'est vrai, cette lie des demi-intelligences, des quarts d'instruction, que l'actuel régime social fait remonter à la surface et qui au nom de la science, se rue sans comprendre vers le matérialisme le plus imbécile; mais, dans l'évolution continue, le règne de si pauvres êtres ne marquera qu'un négligeable épisode de marche en arrière. La Pitié suprême vers laquelle se tendent nos mains de désespérés, il faut qu'elle existe, quelque nom qu'on lui donne; il faut qu'elle soit là, capable d'entendre, au moment des séparations de la mort, notre clameur d'infinie détresse, sans quoi la Création, à laquelle on ne peut raisonnablement plus accorder l'innocence comme excuse, deviendrait une cruauté par trop inadmissible à force d'être odieuse et à force d'être lâche. » — *Un pèlerin d'Angkor*. (« L'Illustration », 6 de Enero de 1912.)

dos, tan envidiados y enaltecidos por los cultores de la evocación sentimental.

Esa fe piadosa que se la supone tan promisoras y consolante, á pesar de las visiones terribles que la minan, es la misma que hace caer de rodillas y levantar los brazos hacia el éter indiferente, y orar, con una infecundidad que semeja la de los tímpanos; esa fe sentimental que se proclama como una panacea, es la inmutabilidad, es el culto de una afirmación acatada definitivamente; como el espíritu científico, que incita á la investigación, á la comprobación, á la lucha, es la perfectibilidad progresiva, la evolución, la civilización. Mientras que los réprobos materialistas herborizan y llenan sus bodegas de preciosos ejemplares de la fauna ínfima, para observarlos minuciosamente, en su anhelo de encontrar nuevas verdades y enseñanzas, los soñadores declaman, y hasta para declamar mejor, se valen de lo que ha obtenido la investigación por un esfuerzo francamente racional, « materialista »; mientras que los estudiosos positivistas acuden al telescopio y al microscopio para ver mejor, los « pietistas » entornan los ojos para extasiarse con la evocación del pasado; mientras que el espíritu científico, en su atenta observación de la naturaleza, va concretando nuevos antecedentes y nuevos elementos de juicio, el espíritu sentimental, regresivo por temperamento, no ha agregado una sola verdad á las afirmaciones tradicionales más añejas. Por todo esto es que el espíritu científico se va robusteciendo en una vía de esfuerzos, de progresos, de lucha, de avances, en tanto que la fe declina anémica hacia el ocaso.

La convicción científica, de índole positiva, como que se afirma sobre hechos comprobados y tangibles, resulta de una fecundidad incomparable. Los resultados de cada conquista van actuando, como causa de nuevos progresos

cognoscitivos, en la obra interminable y perfectible de la evolución humana, y así es que en este proceso « constructivo » no sólo se advierte complejidad en los efectos, sino también eficiencia causal en los mismos. Sobre ellos estriban y se afirman sólidamente tanto la acción cuanto la investigación, y de este modo es que la constructividad del espíritu científico es tan evidente cuanto la pasividad cristalizada del espíritu contemplativo. En el breve tiempo transcurrido desde que se descubrió la causa de las infecciones, por ejemplo, el resultado de este descubrimiento admirable se ha constituido en « causa » de nuevos progresos en la antisepsia, la asepsia, la sueroterapia, la cirugía, etc.; y la higiene hasta ha transformado ya algunas instituciones sociales. De este modo es que se van escalonando los progresos humanos.

Si recordamos no más el justificado pánico que causaban, no ha mucho todavía, ciertas enfermedades contagiosas, y la serenidad con que ahora se las mira, confiados en la eficacia de los nuevos recursos preventivos y represivos, no puede dejar de verse que estos concursos, genuinamente materialistas, han hecho más, en favor de la humanidad, que todos los declamadores en la senda tan preconizada de los sentimentalismos. Y no hablemos de que éstas son cosas de escasa monta para los que se preocupan más de la otra vida que de ésta, porque unos y otros, todos aprovechan de tales arbitrios, aquí mismo, y á los que no lo hacen, por ignorancia ú otra causa cualquiera, se les reputa dignos de nuestra más triste conmiseración; y así como nos hemos referido á un descubrimiento realizado en el campo positivista de la bacteriología, pudimos referirnos á los innumerables progresos realizados en la física, en la química y en cualquier otro dominio del execrado materialismo. Una ciudad moderna parecería una maravilla, lo mismo á los asirios que á los

egipcios, á los griegos que á los romanos, excepto en lo que atañe al culto de los soñadores, con los cuales se hallarían ya familiarizados como viejos camaradas.

Es debido á esta serie de esfuerzos positivistas que se va haciendo de modo que los últimos, antes de llegar á ser los primeros en la «otra» vida, vayan siendo algo ya en ésta. La ciencia materialista, con un criterio más práctico, va ordenando la evolución humana, por un proceso de rectificaciones, y al devolvernos á la realidad menospreciada, va deparando bienes que cada cual disfruta á su manera, en el afán de gozar del inmenso y cierto beneficio de la vida, y lo hace todavía, y cada vez más, con la íntima seguridad de que tal ordenamiento no pudo, ni puede razonablemente ser reprobado por los dioses. En tanto que los fideístas se esmeran en ajustar sus cuentas con el cielo, por medio de ceremonias, los materialistas ajustan sus cuentas entre todos los hombres, en plena naturaleza, proveyendo de conocimientos á los ignorantes, á fin de que puedan realizar su legítima aspiración de coparticipar en los intereses terrenos, los cuales, por lo pronto, son los que más apremian. Merced á ese esfuerzo, entretanto que los soñadores, más ó menos religiosos, mantienen petrificada en su cerebro la aspiración ancestral, los positivistas, más prácticos, van avanzando y atendiendo á las exigencias de una evolución tan compleja como es la evolución natural, y facilitan los recursos que son precisos para que las agrupaciones humanas se constituyan sobre una base racional, las que, por sus antiguos arbitrios, á veces, ruborizarían al propio insecto, al ver cómo ha quedado rezagada una gran mayoría de unidades congéneres, en medio de un boato megalománaco que ostentan los dirigentes, y más que nadie, por cierto, los propios soñadores prendados aún de las leyendas sentimentales, paradisíacas,

por un lado, y tan indiferentes, cuando no crueles, por el otro. No es tan pequeño ni tan raquítico, pues, como se piensa, el ideal materialista, el que, felizmente, secundan en buena parte también los creyentes, no sin dejar al efecto de lado la fe, en tal caso, para empuñar el instrumento fecundo de los ateos: la razón.

Por el momento, la meta científica nos lleva á garantizar, por el conocimiento, la salud, la libertad, la dignidad humana; y esto mismo no se plantea sobre razones de sentimiento, sino sobre razones de convicción. Al concretar hechos, verdades naturales, va alimentando y despejando la conciencia, haciendo así posible convivir dentro de reglas sociales cada día superiores. En su empeñoso esfuerzo de edificación cognoscitiva, va acumulando antecedentes que se utilizan de múltiples maneras, diversas, y todas por igual provechosas, puesto que reposan en verdades positivas, es decir, reales. A la vez que se van preparando nuevos elementos de juicio para fundamentar síntesis quizá inesperadas,—y no por eso menos optimistas, como tienen que ser las conclusiones positivas, dado que la realidad de que formamos parte no puede sernos desfavorable,— va diseminando á todos vientos sus conquistas, y prepara de este modo, sobre un terreno firme, la base de la igualdad social; mejor dicho, de la igualdad racional, que no es, ni puede ser, el reparto incondicional de los bienes adquiridos, sino la aptitud para codirigir el organismo social en provecho de todos los elementos útiles á la agrupación; pero esto solo, que acaso no seduzca á los ilusos que creen que un día podrán ser poderosos, para oprimir, á su vez, á los viejos opresores, es ya una conquista invaluable y fecundísima en bienes, y, por lo demás, no es una idealidad inasequible, sino una esperanza en vías de realización.

Ningún bien se estima menos que el ya alcanzado; pero si nos detuviéramos á examinar la importancia de los beneficios debidos al conocimiento, y á compararlos con la infecundidad de la ignorancia tenebrosa de otros tiempos, nos asombraría el resultado de tal compulsa. La doble ilusión que nos induce á envidiar todavía á los antiguos, con la misma falta de lógica con que com-padecemos á los metántropos, no nos permite ver con claridad la obra realizada por el esfuerzo cognoscitivo, que ha ido labrando el férreo prejuicio que mantenía en dos planos bien definidos á todos los hombres: el amo y el esclavo, que no eran otra cosa, por más que se les llamara de otro modo. No obstante, ese esfuerzo tesonero de conciencia ha reducido de tal suerte el desnivel en que se hallaban ubicados respectivamente los hombres, que ya es posible hablar de igualdad, por lo menos, y hasta de igualdad terrenal, sin que por esto se apliquen las viejas disciplinas aterradoras.

Nada habrían podido las prédicas igualitarias, por otra parte, si las masas populares no hubieran comenzado á informar su conciencia dentro de un orden de ideas positivo, porque el derecho á la igualdad es fruto de conocimiento; es un bien á conquistarse por esa senda. ¿Se podría pensar juiciosamente en una asociación igualitaria, fecunda, donde los componentes fueran incapaces de ajustar su acción á la equidad, que es el imperio del derecho de todos en beneficio de todos? El que no está habilitado para regir, no debe ni puede regir en una comunidad social igualitaria, esto es, donde cada cual debe ejercer el gobierno de sí mismo de tal manera que no pueda lesionar el derecho de los demás. Y ¿sería sensato esperar que los poderosos se aprestasen á ceder más de lo que se les tome, si ha de tocarles, á su turno, el papel de oprimidos? Pensar en esto es dejarse ilusionar

con una cabal utopía, infecunda, por lo demás, puesto que sólo se habrían trocado los papeles, y se sentirían de inmediato consecuencias deplorables. Desde luego, ningún hombre consciente está dispuesto á sacrificarse de un modo incondicional; y si esto ocurriese, los que se sintieran oprimidos, sean quienes fuesen, á ser conscientes, irían, á su vez, á la huelga y al *sabotage*.

La conquista de la igualdad, como la de la libertad, exige, como única arma eficaz y esencial, conocimiento. No basta ser aspirantes á la igualdad, pues: es preciso ser aptos para practicarla, y esa aptitud es la noción de los deberes sociales llevada al punto de que cada uno de los asociados sepa gobernarse dentro de su derecho estricto, siu necesidad de coacción: por obra de conciencia. No hablamos de la igualdad de los soñadores, que se viene proclamando desde hace muchos siglos infructuosamente, sino de una igualdad realizable. La aspiración es ya una gran palanca; empero, tiene que encontrar su punto de apoyo para que pueda operar en la realidad, y ese único punto de apoyo está en el conocimiento. Sería demasiado cómodo esperar que se realice, con sólo querer, una aspiración que, para gestarse no más, en una vía positiva, ha demandado el esfuerzo de los siglos.

Los aspirantes á la igualdad tienen abierta la brecha conquistadora: sólo les resta hacerse capaces de practicar un gobierno igualitario, y eso es poner de manifiesto la preparación requerida para compartir la dirección social; todo lo demás, los actos de fuerza, la violencia, la virulencia, lejos de acercarnos á ese desiderátum, nos aleja de él.

El conocimiento, antes confinado entre unos pocos, y que hoy se va diseminando por el organismo social de mil maneras, es el que va preparándonos para convivir dentro de pautas cada día más igualitarias, *evolutiva-*



*mente*, por más que los impacientes crean que es la violencia la que ha determinado los pasos que ya se han dado en ese camino, ó bien que los ha apresurado, con igual falta de fundamento con que pudieran pensar los soñadores que esos pasos se deben á la acción de aquella aspiración sentimental, platónica, que también cultivaron generosamente por el ensueño. El mismo factor económico no es decisivo, á nuestro modo de ver, en esta obra de conciencia, de conocimiento más que de otra cosa alguna.

Tal como se plantea por algunos el movimiento igualitario, parecería que significa una catástrofe para las clases acomodadas, y esto es precisamente lo que determina su espanto; pero si se atiende á que por más que se agiten los aspirantes y por más que resistan los capitalistas, fuera de las vicisitudes de la lucha no podrá prosperar ni perdurar, en la realidad, ninguna solución que no sea razonable, ni podrá sustentarse definitivamente, porque la pauta que debe regir y rige en la evolución es la de la ecuanimidad; si se atiende á que la igualdad requiere que los rezagados se eleven y no que los acomodados descendan, se verá que, en la faz práctica, la evolución social, como toda otra evolución, en definitiva, es, fundamentalmente, obra de conocimiento. La multitud de intereses comprometidos en la lucha evolutiva, hace que cada problema deba resolverse de acuerdo con la equidad, y esto exige una serie de actos congruentes, escalonados, sucesivos, progresivos, con arreglo á un plan que, para manifestarse eficaz, debe ser necesariamente reflexivo, deliberado de tal modo, que pueda imponerse á la conciencia social como juicioso. No hay más que mirar lo que ocurre apenas se ofrece un conflicto, para ver que todos se aplican á examinar su equidad, y que á ésta se la aprecia por las proyecciones consecutivas

de cada solución, y no por el empuje de la demanda; y es así que, por más que los impacientes y los violentos esperan de un instante á otro que surja la realización de sus sueños teóricos, como los reaccionarios confían en que los viejos tiempos han de resurgir por encanto, los más sesudos van encaminando la acción derecha y firmemente hacia ese mismo ideal, con un sentido más práctico, y van preparando esa conquista dentro del plano efectivo de la realidad.

No nos cansaremos, por nuestra parte, de condenar ese espíritu iluso que transmite la tradición sentimental, tan infecundo; ese apego á lo prodigioso que ha desviado por tanto tiempo á la humanidad de su vía más segura y auspiciosa: la razón, que es el culto de la verdad, de la realidad, de la vida. Todavía los propios intelectuales divagan por demás, en vez de concretar, en vez de buscar dentro de la realidad lo mejor, aprovechable, para aprovecharlo y hacerlo aprovechar; todavía se detienen á indagar y á discutir, tan interminable como estérilmente, acerca de «la nacionalidad» á que pertenece el que descubrió algo: una riqueza, una idea, un recurso, un nuevo elemento de juicio, no para mejor encaminar su gratitud, sino para vanagloriarse; como los niños se detienen á disputar sobre quién vió primero el árbol cuyos frutos deliciosos destilan miel entre sus manos, en vez de darse á saborearlos; y es así que se gasta tanta energía sin provecho. Si no fuera porque los positivistas y materialistas se aplican á investigar y á divulgar, ni serían aún «cuestiones» de actualidad las mismas que nos interesan, las que los impacientes quisieran resolver de una sola plumada á su favor, apenas se ha abierto la conciencia popular á los destellos de la convicción científica, sin detenerse nunca á considerar las ventajas ya alcanzadas. Lo que se ha conseguido, sin embargo, es mucho más

importante de lo que se supone. Si se parangonan las situaciones respectivas entre los amos y los siervos, se verá que se han conquistado ya posiciones estimables, por más que no sean las apetecidas, que no son, ni pueden, ni podrán serlo jamás, para nadie. Antes, el pueblo era un gran rebaño dirigido al capricho de unos pocos lobos-pastores, mientras que ahora ese pueblo, al informarse de la fuerza de toda organización colectiva, por «acto de conocimiento», hace sentir progresivamente la conciencia de su derecho, y, al hacerlo, se eleva y se encamina á la igualdad.

Desde luego, se comprende que los ignorantes no están habilitados para dirigir. ¿Cómo podrían, pues, aspirar al gobierno social? ¿Cómo podrían regir los intereses comunes aquellos que, por una ú otra causa, sea ó no voluntaria, están incapacitados para el gobierno? Si bien por otras razones muy distintas, sería también de una injusticia flagrante que los que no producen, ni han producido, ni se aplican á producir, aspiraran á intervenir en la dirección social. No nos referimos, como se comprenderá, á los inhabilitados, sino á los vagos, á los alcoholizados menesterosos, á los apaches, los «souteneurs» y demás unidades de la escoria social perturbadora, la cual, á nuestro modo de ver, ni tiene derecho á convivir en una sociedad libre. Estos elementos antisociales deberían ser relegados á sí mismos, librados á su suerte, en espera de que reaccionen, si acaso, para reconquistar «el derecho social», que, como quiera que sea, debe considerarse como un gran beneficio.

Estos detentadores de los bienes públicos, no obstante, entretanto que usurpan los bienes comunes, preparan tranquilamente su zarpazo contra los productores, para poder abandonarse más cómodamente á la holganza, y esto es de una injusticia cuya demostración se hace innecesaria, á

fuerza de ser evidente. Éste es un vicio del régimen social. Ya sea que se considere todo esto del punto de vista de la selección natural ó de cualquiera otra forma racional de selección, dicho régimen resulta antisociable, y está perturbando y conmoviendo á cada paso á las agrupaciones humanas, hasta en los centros más civilizados. Tales elementos y sus congéneres podrían, á lo sumo, convivir entre sí, mas no confundidos con las demás unidades sociales útiles, capaces de estimar y de disfrutar los bienes comunes, como copartícipes, y aptos para concurrir de algún modo á su mantenimiento. Ni á título de equidad, de humanidad, ni de caridad, puede acordárseles esa regala de acecho perpetuo, y aun obligado, contra las unidades sociales productoras, sin faltar á la lógica más elemental. En una agrupación bien ordenada, nadie debería tener el derecho de ofender ni de perjudicar á la colectividad social; y nadie, por otra parte, debería estar obligado á soportar una carga enteramente gratuita.

Comprendemos cuán difícil es reglamentar el ejercicio de esta medida de cordura colectiva, que requiere, precisamente, una conciencia tan clara en los componentes sociales que pueda medir las proyecciones de dicha función con estrictez; pero no por eso nos parece menos incuestionable esta tesis, teóricamente. Creemos que los improductivos que acostumbran, por ejemplo, atentar contra la propiedad, ó la vida, la salud, ó la propia tranquilidad de los asociados, no deberían ser devueltos á la vida libre de sociedad, sino que debería confinárseles en un centro donde estuvieran obligados á adquirir hábitos regulares y aptitudes para vivir útilmente en sociedad, hasta que los adquirieran, por cuanto si la vida libre de sociedad debe ser considerada como un derecho respetable, implica deberes correlativos, forzosamente, dado que

es un beneficio que sólo puede hacerse sentir dentro de un régimen solidario.

Cuando la sociedad no sea ya un grupo de opresores y otro de oprimidos; así que cada cual pueda valorar los bienes de la convivencia libre, conscientes de que es la probidad la regla moral más fecunda en resultados, mucho más, por cierto, que los expedientes retorcidos, por hábiles que ellos sean, todos los coasociados solidarios, celosos del bien común como del propio, desempeñarán esa función delicada de policía social; pero para llegar á esto, que es, al fin, ideal realizable, será menester que la conciencia se afirme y que se la forje en el yunque de la rectitud, que es conocimiento; en el amor de la realidad, de la verdad, de la vida.

---

## V

### LA VIDA

La mariposa que revolotea vacilante, como un recorte de papel; la rana que croa dentro de un pozo, y el pez que zigzaguea en el agua; el reptil que se arrastra; el ave que hiende el aire como una saeta, ó que permanece inmóvil, como una estatua, al borde de un charco; la tórtola que arrulla, la oveja que bala, el toro que muge plañidero como la oveja y la tórtola; el tigre, receloso, que acecha poniendo en tensión todos sus sentidos; el león, seguro de sí mismo; el paquidermo somnoliento; el gato y el falderillo mimosos, que sienten correr por su lomo la tibia caricia de una mano femenina, con inefable voluptuosidad, y la joven regalona, y el operario obscuro que vive en las entrañas de la tierra, y el aeronauta, ávido de altura y de luz, todos procuran por igual mantener su individualidad, y no la cambian. Si pudiéramos comunicarnos con el más mísero escarabajo, nos sorprendería ver cuán satisfecho está de sí mismo; y si le preguntáramos si quiere trocarse en un Adonis, quizá se subleva tanto como un papú al que le propusiéramos convertirlo en escarabajo. Ni el propio gusano, que serpentea tan penosamente, y que avanza con lentitud desesperante, por más inteligente y sesudo que lo supon-

gamos, querría cambiar su estructura orgánica. Todos, al contrario, identificados con su propio ser, ansiosos de vivir, aman de un modo entrañable « su forma vital », y defienden su caparazón. Se diría que saben intuitivamente que, fuera de ella, hay una negación: la nada, la muerte. Todos denotan, pues, una insaciable ambición de mantenerla, y para ello llegan, á veces, á la propia reproducción mortífera. Acaso sea el hombre, esto es, el organismo más complejo y, por lo mismo, el que tiene un puesto mejor en la naturaleza, el único ser que, desviado por sus abstrusas filosofías, ha llegado hasta á la descomunal locura de menospreciar la vida.

En toda la naturaleza se advierte el mismo propósito vital individual; todos los seres aspiran á conservar su propia entidad y á propagarse, y los mismos que esperan otra vida inmortal, la desdeñarían, si, para obtenerla, fuera menester cambiar su unidad estructural, personal. Nadie se consolaría con ser « otro », quienquiera que sea. En los dominios inmensos de la realidad, en el infinito torrente de aspiraciones vitales, todo es individualidad que quiere perpetuarse como tal: el hombre, el ave, el pez, el reptil, el insecto. ¿Qué es la vida, entonces, si no es individualidad?

En el propio silencio, en la aparente quietud del pleno campo, si observamos con alguna atención, sentimos que todo vibra en derredor nuestro; y si miramos con algún detenimiento, vamos percibiendo, poco á poco, seres cada vez más minúsculos, que se agitan por vivir. Esa trepidación, ese zumbar producido por levísimos movimientos ínfimos, son, seguramente, como los demás, manifestaciones de vitalidad tan individual como las que percibimos en los dominios más accesibles á nuestra mirada. Todos quieren vivir dentro de su propia compleción, sea la que fuere, y bregan á favor de sí mismos y de su prole,

que es la prolongación de sí mismos. La mosca devora las materias orgánicas para sustentar á sus larvas, con igual espontaneidad con que el faisán se alimenta con la mosca, y con que el hombre se alimenta con las aves, y ese culto incondicional á la propia estructura se manifiesta de tantas maneras cuantas sean las formas de la individualidad vital. En el hombre, como en los demás organismos, el instinto que incita á perpetuarse siempre se denuncia de algún modo, aun á despecho de todos los votos y convenciones más deliberados; y en los centros donde está ausente el fecundo sentimiento de la filogenitura, en los que más se lamenta la despoblación, como consecuencia natural de ese desvío, se advierte este factor esencial incontenible é incontenido, á través del propio culto del simulacro fecundador que se practica hasta por los calculadores más recalcitrantes y extraviados, como si fuera un drenaje del instinto formidable, de igual modo que se advierte alrededor de una mesa, bajo otro aspecto, el instinto vital, también, por dentro de todo régimen y de todos los artificios urbanos y de todas las afectaciones románticas. Dondequiera que sea, se puede observar el prurito natural de conservarse, de reproducirse, de perpetuarse, no como cumplimiento de una ley común de la naturaleza, sino como una exigencia íntima de cada organización individual.

Si pudiera penetrarse en los reinos ínfimos, en donde una gota de agua puede ser lo que para nosotros es una entidad astronómica, veríamos lo mismo, seguramente. Todo « existe » en la naturaleza. Si toda la substancia presupone forma y energía, toda la substancia « vive »; todo es energía puesta al servicio de la sensación; todo es individualidad que, de una ú otra manera, tiende á conservar su estructura, y todavía en las formas francamente orgánicas, antes de ceder á la presión de los agentes exte-



riores, los que, á su vez, bregan con idéntico propósito, vemos que ellas tienden á fecundar, para mantener su individualidad, su obra. A no ser por esa acción constante de la substancia, todo sería inmutable, en vez de ser todo mudanza, transformación perpetua, como es.

Si toda la substancia y toda la energía son elementos inmutables é indestructibles, en cuanto á su esencia, la vida es una simple modalidad formal, puramente, puesto que por más que se modifiquen dichos elementos, no pueden perecer, sino *transformarse* dentro de la indestructibilidad de la substancia, que permanece inalterable, perennemente. Fuera de la forma, que es también inseparable de la substancia, como la energía, lo demás se mantiene perpetuamente: «vive» en la naturaleza. No hay ni puede haber substancia «muerta» en la realidad, sino sólo individualidad que se disuelve y cesa de actuar «como individualidad», y sus despojos siguen «viviendo», fuera de ella, en el cosmos, eterna é indefectiblemente. Son las modalidades de la substancia, pues, las que cambian, mas no la substancia en sí, la cual permanece en todo lo demás inmutable, incommovible. La vida es, así, la forma, la estructura individual; y la lucha por la vida es la lucha por la entidad individual que se traba de un modo perpetuo, inextinguible, entre las infinitas variedades morfológicas de la substancia integral.

Todo en la naturaleza tiende á mantener «su forma», aun fuera de los dominios francamente biológicos, lo mismo el hombre que el árbol y el peñasco. Cuando el leñador abate al roble y lo fracciona, cada trozo del mismo, sea cual fuere la manera en que se le corte y se le esculpa, conservará su forma, de igual modo que lo hacía el roble secular que lo plasmó, y hasta que los elementos exteriores al mismo, es decir, á su individualidad plástica, no lo hayan transmutado, mantendrá su última

estructura formal indefinidamente inmutable; y lo propio ha de ocurrir con cada partícula de la substancia, con cada molécula, con cada átomo. Lo que puede decirse, es que hay formas individuales más activas y menos activas en su empeño de conservar su estructura, de adaptarla, de mejorarla; mas no que hay substancia muerta, sólo porque no manifiesta iguales pujos de actividad en el empleo de su propia energía vital, puesto que no se concibe en la realidad la « existencia » de substancia *muerta*, vale decir, *no existente*. Esto es un contrasentido. Si puede considerarse que hay formas individuales más organizadas y más activas unas que otras, no puede admitirse la existencia de lo inexistente; si puede considerarse que la substancia está dividida en « viva » y « vital », por ejemplo, no puede lógicamente admitirse que hay substancia vital y substancia muerta, puesto que la muerte implicaría una negación de la substancia, y ésta, en realidad, ES, es toda afirmación, es VIDA, siempre, perpetuamente; y cuando no actúa en una forma, actúa en otra, indefinidamente.

Acostumbrados al antiguo concepto vital, que atribuye á ciertos fenómenos de la naturaleza una entidad esencialmente distinta de los demás, se ha buscado un elemento excepcional, un agente particular, un « principio vital », para explicar la analogía de los fenómenos que se desarrollan en lo que se reputa reino « biológico », en oposición á la substancia que se supone muerta, la cual, á medida que se la observa, manifiesta cada vez más atributos de movimiento, esto es, de vitalidad. Así es que ese « agente » vital que se buscaba, se ha ido desvaneciendo, como elemento generador de las organizaciones biológicas, y, por otro lado, se ha ido perfilando la identidad del supuesto « principio vital » en toda la substancia. El propio movimiento browniano debe suponér-

sele de carácter vital más bien que puramente cinético, que no tendría explicación dentro de la tesis de que la muerte *puede existir, y aun manifestarse en movimiento*.

La substancia está necesariamente acompañada de vitalidad por el solo hecho de ser, y la vida debe considerarse, pues, como « una forma » de la substancia-energía. Para descubrir la esencia de la vida habría que descubrir la esencia de la substancia, que la contiene indefectiblemente; porque estos tres elementos: substancia, energía y forma, son inseparables, son la vida, ó, dicho de otro modo, *lo que es*. La forma, entonces, es la manera de manifestarse la substancia-energía, es decir, la vida, lo existente; la forma es, por lo menos, lo que acusa la vida en cada modalidad vital.

Los que se han ocupado de estudiar « la vida », han estudiado más bien la manera en que ella se manifiesta en la escala biológica, de organización típicamente fisiológica, como Bichat, que la considera « el conjunto de funciones que resisten á la muerte; » como Bernard, que la compara á una combustión <sup>(1)</sup>; como Ostwald, que la considera un sistema estacionario que recibe energía del exterior y la despide <sup>(2)</sup>, etc. Se ha buscado así la naturaleza del proceso biológico más bien que la naturaleza esencial de la vida misma; y, por lo demás, cuando se ha querido fijar el supuesto « principio » vital, ó bien ubicar el supuesto « nudo » vital, se ha encontrado substancia, energía, forma, y nada más.

Dada la manera corriente de razonar, nada debiera llamarnos tanto la atención como el hecho de que no hayamos podido formar una idea, ni aproximada, acerca

(1) Claudio Bernard dice: « La vida es, en el fondo, imagen de una combustión, y la combustión es una serie de fenómenos químicos, á los cuales se une de un modo directo manifestaciones caloríficas, luminosas y vitales. » (*La definición de la vida*, pág. 42, v. c.)

(2) W. Ostwald: *La energía*, pág. 211, v. c.

de la vida, esto es, de lo mismo que nos hace pensar, sentir, obrar, en todo instante. A la vez que se han penetrado misterios que parecen ser fundamentales, lo que se refiere á la vida, en sí misma, está como el primer día, en una obscuridad impenetrable, que desespera al investigador; y quizá esto se deba á que nuestra lógica se descarrió en los primeros pasos de la vía especulativa, lo cual nos mantiene todavía enredados. De esta suerte es que, si bien conocemos las leyes por las que se rigen los movimientos de los astros en nuestro sistema planetario, aun cuando ellos se mueven de distinta manera de como se manifiestan á nuestra mirada, no sabemos qué elementos nos mueven á nosotros mismos, por más que estamos en posesión de nuestros propios secretos más íntimos. Nada sabemos respecto de un enigma tan interesante como es el de la fuerza recóndita que conducimos, manejamos y utilizamos, la misma que nos hace pensar y querer, así como hablar, y caminar, de acuerdo con nuestros pensamientos y voliciones, por lo común, y, á veces, también en desacuerdo. No sabemos por qué sentimos, por qué pensamos, por qué queremos, por qué nos movemos, y apenas nos interrogamos sobre esto y miramos á nuestro alrededor, nos parece despertar de un sueño quimérico, lo cual revela á las claras que nuestra mente está por fuera del terreno efectivo de la realidad; vale decir, que nuestras cerebraciones no se ajustan á «lo que es», sino que vagan en dominios arbitrarios. Si hacemos un análisis de las ideas que nos embargan, á menudo advertimos que se substraen al ambiente natural, en el propio curso de nuestras lucubraciones ordinarias, vemos que casi todas están dirigidas por espejismos que arraigan en la tradición, los que no resisten á ningún examen crítico, y á tal extremo que, más de una vez, quisiéramos pensar y proceder de una manera distinta de como

pensamos y procedemos. Sea lo que fuere, hay, en verdad, una acerada ironía en el hecho de que los propios sabios más capaces no hayan podido explicarse el fenómeno de la vida, de la misma vida que los anima, con ser un asunto tan fundamental y de tan alto interés, y con estar tan íntimamente ligado al propio organismo que vive.

Los que se han detenido á estudiar el fenómeno vital como una manifestación típica del mundo «orgánico», ó bien han ido descubriendo manifestaciones más ó menos análogas en todos los dominios, las mismas que los desconcierta, ó bien se han limitado á constatar «la manera» en que la vida se desarrolla en los dominios francamente biológicos. Nos referimos, naturalmente, á los que han buscado en campos positivos la explicación de ese fenómeno, puesto que los demás sólo han podido hacer afirmaciones sin comprobación posible: los animistas y archeístas. Los vitalistas, como los neo-vitalistas filosóficos, según la denominación de Dastre <sup>(1)</sup>, también han fracasado en su intento, porque buscaron una diferencia fundamental dentro de una identidad fundamental, según nuestro entender, de igual manera que habrían fracasado los que buscaran una diferencia esencial entre la luz, el calor y la electricidad, ó los que buscaran su explicación fuera de la naturaleza; y los unicistas, nos parece que han prescindido de «la individualidad», como elemento característico de la manifestación vital.

Si la vida está implícitamente comprendida en la substancia, *es la substancia misma*, y lo que se busca por aquellas vías no puede ser otra cosa que la forma en que «la vida más organizada» se manifiesta, por más que en ese propio terreno tiene siempre que constatarse que ella se produce «como individualidad», y que fuera de

(1) A. Dastre: *La vie et la mort*, pág. 29.

ella se cae, necesariamente, en una pura abstracción: la muerte, que es la vida dentro de otras modalidades de la substancia. No obstante, á la vida, que es el único fenómeno positivo, no sólo con relación á cada individualidad, sino también en sí mismo, se la ha considerado como un fenómeno que se subordina á la muerte, la que, como quiera que sea, es un fenómeno «negativo» con respecto á la individualidad solamente, por lo demás, en cuanto deja de ser tal individualidad; á la vida, que es la afirmación constante de la realidad, ó sea de lo que es, de lo que actúa, de lo que prima, se la ha encarado como un simple fenómeno transitorio que ha de rendirse á la muerte, ella, sí, triunfal, invicta: lo cual trastorna todo concepto efectivo de la naturaleza, puesto que es su más perfecta antinomia; y como una consecuencia de este desvío, á la Parca, á la Muerte se la presenta todavía con su enorme guadaña imperando por encima de la realidad soberana. Estos residuos de la leyenda ancestral, aún labran, como se ve, hasta á los espíritus más selectos. Si hay algo claro, es precisamente *la autonomía* de la naturaleza, que no rinde ni puede rendir vasallaje á nada, ni á nadie, porque fuera de ella nada es posible, si acaso son posibles nuestros desvaríos, los mismos que, por lo demás, también están inspirados, en el fondo, por el culto de la realidad, que es nuestra propia naturaleza; y tanto es así, que á esto podría llamarse «el fanatismo de la naturaleza», aun respecto de los mismos que la suponen desdeñable á fuerza de temer su pérdida.

Todo es «vida» en la realidad. Todo lo que ha existido existe, y no puede dejar de existir, de una ú otra manera, por cuanto no puede haber creación ni destrucción de substancia, ni tampoco creación ó destrucción de energía. Estos dos elementos, por lo demás, inseparables,—substancia, energía,—son la vida, pues; vale decir, lo que es.

Enteramente inmutables, en cuanto á su esencia, lo único que puede ocurrir, es que se transformen dentro de su propia aspiración insaciable, desbordante, perpetua.

Todo vive así, en la naturaleza, de un modo perenne; pero como la substancia, á la vez, no puede dejar de revestir « forma », puesto que fuera de ella nos encontraríamos con un absurdo, con un contrasentido, esto es, una no-existencia, una « negación » viviente, el fenómeno vital debe considerarse, á nuestro modo de ver, como una de las formas de la substancia - energía, ó sea como una modalidad puramente « morfológica ». La vida debe encararse, pues, como un fenómeno morfogenético de la substancia-energía integral, desde que « la vida » *es todo lo que existe*, por más que se acuse de un modo particular en las organizaciones complejas, y por más que pueda entenderse que vida es el mantenimiento de algunas individualidades estructurales únicamente.

Fuera de la individualidad, es cierto que no hay vida para la entidad individual; pero para la realidad plena, que vive perpetuamente, sin interrupción alguna, sólo hay una negación, una abstracción psicológica; y los propios elementos que se buscan en el campo de la energética biológica, de la fisiología, de la morfología, de la anatomía, de la histología, etc., no han podido dejar de tomar en cuenta esta entidad: el individuo, que, según nuestro entender, « concreta la vida », de igual modo que la forma concreta la substancia. Lo demás, fuera de la individualidad, es un no-valor, *no es*, mejor dicho aún, si no se prefiere decir que *es la muerte*, ó sea una pura abstracción psíquica, sin objetividad alguna. Toda vez que se ha querido definir ese elemento que llamamos « la vida », se ha encontrado *la individualidad que vive*, y fuera de esta individualidad biológica, no se encuentra más que una identidad fundamental en toda la substancia. Es de este

modo que, cuando se indaga acerca de la vida, como entidad substantiva, giramos en un círculo vicioso, puesto que intentamos descubrir en la substancia un elemento que está implícito en la substancia misma, y que sólo ofrece diferenciaciones, como puras modalidades morfo-genéticas. Buscar un elemento particular dentro de una realidad esencialmente idéntica, que sólo se modifica «formalmente», es buscar lo imposible, y es así que la investigación ha ido encontrando «formas» y «grados» de organización vital, sin poder concretar ninguna diferencia esencial entre el reino mineral, el vegetal y el animal, sino tan sólo grados y variedades de organización, y peculiaridades propias á cada grado y variedad de las formas de la substancia-energía, dentro de una identidad fundamental.

Nosotros, por lo común, consideramos la vida como un elemento privativo de las organizaciones que se parecen á la nuestra, porque no podemos concebir la vida fuera de esa modalidad individual tan caracterizada, como es la nuestra para nosotros; pero antes habría que comprobar si donde no vemos una organización individual semejante á la nuestra, como ocurre con lo que llamamos substancia inorgánica, no hay también *individualidad* más ó menos definida, aunque sea en una forma muy distinta á la de la nuestra, según va resultando, por otra parte, así que se profundiza la observación de la naturaleza «muerta», no ya en el microorganismo.

Nosotros nos sorprendemos de que sólo «la forma» de la substancia-energía pueda operar tan diversos efectos, como nos sorprendería, si no nos hubiéramos acostumbrado á saberlo, que la pólvora, por ejemplo, pueda manifestarse bajo aspectos tan distintos de los que exhiben sus componentes, ó cualquier otro de los tantos fenómenos químicos que á cada paso nos confunden. Es verdad



que en las manifestaciones que se desarrollan en los dominios « biológicos » hay una complejidad y una plasticidad tales, que nos cuesta considerarlos como comprendidos en la misma escala físico - química, donde se exhiben, por lo común, fenómenos de mayor fijeza ; pero así que se atiende á que aquellos organismos son procesos de acumulación por asimilación, de evolución milenaria, muchas veces milenaria ; si se atiende, todavía, á que ese proceso significa progresividad de efectos, — de efectos causales, á su vez, — aun cuando no se haya podido encontrar la razón de tal variedad de manifestaciones, como no se ha encontrado la causa de la afinidad de la substancia, ni la de los fenómenos de alotropía, ni otros, en ese mismo campo que se considera muerto, se verá que esto no es bastante para presuponer un agente extraordinario, sea ó no natural, para explicarlas, desde que, en la naturaleza, los fenómenos vitales se manifiestan sin solución de continuidad de carácter radical, aun cuando se penetre en los propios dominios reputados como distintos, esencialmente, y desde que no es posible considerar lo existente « fuera de la vida », de lo que ES, por más singular que sea la manera de vivir en cada forma de la substancia. Por eso es que, dondequiera que se observa, se advierten modalidades individuales, todas vitales, positivas, efectivas, de la substancia-energía.

Se habrá visto que nosotros consideramos la individualidad, no del punto de vista de la indivisibilidad, sino más bien del punto de vista de la dominante de su estructura, ó de la forma de la organización, ó de la congruencia de la acción, y siempre dentro de un concepto de completa relatividad, puesto que no hay en la substancia nada indivisible, fuera de lo que suponemos así por una simple abstracción. Lo que puede notarse es tan sólo una forma de organización más ó menos definida

y congruente en su acción, pero no una entidad enteramente indivisible, que no conocemos y que muy difícil sería encontrarla, según resulta cada vez más claro de las investigaciones científicas. De otro modo, resultaría impropio llamar individualidad á un pueblo, por ejemplo, que es una agrupación de hombres, como al hombre mismo, que es una asociación celular, al árbol, al pez, al insecto, del punto de vista de la indivisibilidad. En este sentido no hallamos tampoco ninguna solución típica, en ningún dominio. Desde la realidad integral hasta el átomo, todo revela individualidad, á la vez que unitaria, divisible, por más que, mediante un mero convencionalismo, se pretenda considerar al átomo como absolutamente indivisible.

Dentro de este concepto de la individualidad, que nos permite también considerarla así, aun cuando sea «inanimada», y aun «artificial», por cuanto en este caso mismo *existe*, y ejerce una acción en el conjunto integral proporcionada á su estructura y á su propia energía, consideramos individualidad al roble, á que antes nos hemos referido, lo mismo que á cada uno de sus trozos, y también al barco ó al mueble que con él se han construído, como consideramos individualidad á cada una de las fibras ó de las moléculas constitutivas, todo lo cual desempeña en la realidad una acción positiva, aun cuando ella no sea activa, ni acuse manifiesta motilidad, de igual modo que consideramos individualidad á la pólvora, y también á sus componentes: el carbón, el azufre, el salitre, con una acción muy distinta, por lo demás. ¿Podrían dejar de notarse sus diferenciaciones, con efectos tan distintos?

Acostumbrados al concepto de vitalidad orgánica, con funciones fisiológicas manifiestas, nos cuesta pensar que vive una «substancia muerta», según nos hemos habituado á considerar la llamada substancia anórgana; pero

¿cómo podríamos, por otra parte, suponer que lo muerto existe, si no hay creación ni destrucción de substancia-energía? ¿Cómo podríamos suponer « muerta » una substancia que exhibe energía propia, invariablemente? Así, los elementos de que echamos mano para satisfacer nuestras necesidades, sean ó no « orgánicos », los utilizamos precisamente dentro de su « propia » naturaleza, es decir, de su estructura, y cuando se construye una casa, un mueble, una máquina, un vehículo, no se ha hecho más que explotar la « vida » de esas substancias, su forma « vital », su individualidad; de igual modo que cuando nos servimos de los animales para explotar su fuerza, ú otra cualquiera de sus peculiaridades, lo hacemos tomando nota de su naturaleza vital. Lo mismo que esclavizamos al buey, al caballo, al perro, al ave, para aprovecharlos según su compleción propia, utilizamos al árbol, que nos proporciona frutos, leña, abrigo ó líneas y tonos que de alguna manera puedan servirnos, y á cualquier mineral que tenga propiedades aprovechables; pero, ¿ se dirá que lo propio que utilizamos no tiene vida, es decir, *existencia*, cuando es precisamente esa vida, esa existencia, dentro de su estructura individual, lo que tratamos de aprovechar?

Nosotros, al contrario, nos esmeramos en conocer las peculiaridades propias de cada substancia, sea ó no orgánica, para descubrir en ella los elementos intrínsecos y extrínsecos que puedan convenirnos, y los utilizamos así dentro de la individualidad que manifiesta cada una de sus variedades. Aplicamos de este modo la forma vital « propia » de cada elemento para servir nuestras necesidades y nuestros propósitos individuales; y por eso es que no se nos ocurre hacer hachas con agua, ni mover locomotoras con peñas, ni construir globos á base de tracción equina ó bovina. Todo el proceso de la actividad humana se ha desarrollado en el sentido de apli-

car, en favor del hombre, todas las modalidades « propias » de la substancia, y lo mismo hacen los demás organismos conocidos; y, al proceder de esta manera, no se toma nota de la naturaleza más ó menos orgánica ó inorgánica de la substancia, sino de lo que puede convenir para cada estructura, para cada modalidad individual, como quiera que ella fuere.

Por distinta que sea la manifestación vital de « cada forma » de la substancia-energía integral, no puede desconocerse que vive y que convive con todas las demás, así como que tiene, en consecuencia, una avá parte de acción en la realidad plena, correlativa á su individualidad estructural. Lo mismo que sólo se manifiesta como fuerza de cohesión en la substancia que se supone anórgana, en su acción de conservación de la propia arquitectura, puede llegar, en los ejemplares más organizados, á una infinita variedad de modalidades, y hasta á las mismas iniciativas de cambio en las formas usuales de adaptación y de selección, y en los arbitrios de defensa; pero no es menos cierto que, á no ser por la acción de los agentes externos, que, en su empeño de mantener también su compleción y de expandirse y propagarse, ponen en jaque á las demás individualidades, éstas permanecerían inmutables. Empero, el hecho de que las modalidades vitales más complejas y más inteligentes desempeñen una acción más variada, más adecuada y eficaz para lograr el mismo propósito de mantener su estructura, no acusa una diferencia fundamental, sino « formal », entre éstas y las pasivas, inertes, puesto que todo actúa de algún modo en la realidad integral, y todo tiende á mantener su individualidad modal; y aun en las propias individualidades típicas de « organización », manifestamente congéneres, también se advierten diferencias que parecen radicales en cuanto á la manera de actuar, entre los hombres y los

pueblos, por ejemplo, si bien no puede negarse que, unos y otros, son de idéntica naturaleza, esencialmente, y que, á la vez, tienden á satisfacer necesidades fundamentalmente idénticas. Como antes lo dijimos, estas diferencias en la acción se explican por una diversidad de grados de conciencia, principalmente, del mismo modo que debemos atribuir á una diversidad de grados de conciencia la astucia del zorro, por ejemplo, y la mansedumbre del buey, el cual va tan sumisamente al matadero, si bien apenas pudiera sospechar la suerte que le espera habría de convertirse en «toro» de lidia, y habría de defenderse como tal. Hay, por lo demás, en el hombre mismo, mil desvíos en su acción, á pesar del mayor desarrollo de su conciencia, debidos á causas múltiples de error.

Como quiera que se mire, pues, se advierte que toda la substancia siempre tiende á mantener su propia estructura con relación á los factores externos, los que, á su vez, hacen lo propio en favor de sí mismos. En medio de ese cúmulo integral de energías aplicadas á conservar la forma de cada modalidad individual, de una ú otra manera actúan: el átomo, como el astro, como la naturaleza plena, y todo, á la vez que como individualidad, como substancia divisible y transformable: el bacterio y la molécula; el parásito y el grano de arena; el insecto ó la gema, y la flor ó el fruto; el ave y la cabaña; el palmípedo y los montes y cordilleras; el ovíparo y el mamífero, el sol, las estrellas, la realidad total. Nos encontramos, así, con que si respecto de lo que consideramos corrientemente individualidad orgánica unitaria, siempre se advierten modalidades á la vez que continuas, plásticas, variadas, complejas, y más ó menos congruentes, ese aspecto de la substancia se va extendiendo, sin ninguna solución, hasta llegar al dominio microscópico, en el cual también se puede notar el movimiento, la energía: la

vida, pues, que es un atributo inherente á toda la substancia, — atributo sin el cual nada puede « existir », ni concebirse siquiera; — y esto nos induce á creer que la realidad es vida, toda ella, que de un modo perpetuo se transforma en un torrente de actividades que bregan á su favor, esto es, á favor de su propia individualidad, dentro de un caudal infinito de substancia - energía, tan inmutable en su esencia como mudable en su forma, la que lucha por subsistir. En ese palenque ilimitado en donde todo compite á la vez, de una ú otra manera, para mantener su propia individualidad, por medios infinitamente variados y variables, en definitiva, todo es reversible para la realidad integral, si bien cada forma organizada ha desplegado un cúmulo tal de esfuerzos para conservar su estructura, que si nos fuera dado abarcarlo en toda su extensión, nos pasmaría con el pasmo de lo que no admite ya ningún grado de calificación superlativa; y, á pesar de todo, no podríamos decir con propiedad que es sobrenatural, ni milagroso, ni maravilloso.

El esfuerzo que representa cada individualidad para organizarse, y para mantener su propia arquitectura orgánica, es verdaderamente fabuloso, fantástico. Si pensáramos un instante en todas las posibilidades de fracaso que mediaron en todo el proceso de esa obra multiseccular, en todas las vicisitudes adversas que hubo de afrontar y vencer cada organismo para plasmarse, para conservarse, para perdurar, para que cada embrión llegue á fructificar en la plenitud de su desarrollo, de tal modo que hayan podido llegar hasta aquí los efectos de esta admirable obra de tenacidad de que disfrutamos nosotros, nos sentiríamos tentados verdaderamente á aceptar la intervención de agentes sobrenaturales, si esto no lo rechazase la lógica más elemental. Esa obra individual que se va modelando á costa de esfuerzos perennes, librada, como está, á

tantos peligros; esa individualidad que conduce cada cual como un hilo tenue, levísimo, por entre la maraña de una selva, siempre expuesto á romperse, merecería un aprecio mucho mayor, si hubiera conciencia de lo que representa. Un solo eslabón que se hubiera roto en esa cadena vital que liga á cada ser con las fuentes originarias de la vida organizada, nos habría privado de la existencia. Se comprende así que cada organismo haga tantos esfuerzos como hace para custodiar esta reliquia de los siglos y los siglos, modelada afanosamente por nuestra ascendencia, que, como quiera que sea, data de mucho antes de las Cruzadas, por más que nuestra sangre no sea toda azul. El pez, quizá, es quien puede blasonar del más antiguo linaje, si no del más brillante; pero el hombre, organismo el más privilegiado en el planeta, no estima suficientemente su propio bien en cuanto vale, y es por eso que no se practica el culto de la naturaleza, de la vida, que es nuestro caudal mayor y mejor posible. Al contrario, por efecto de extravíos fundamentales, se advierte, por un lado, que, intuitivamente, cada ser aprecia la vida, que es su propia estructura, de un modo intenso, y, por el otro, que son muchos, los más, los que intelectualmente no rinden homenaje á la realidad, y á la vida como manifestación real. Apenas se observa, se descubre una amarga predisposición á deprimir á la realidad que nos plasma y nos suministra cuanto tenemos; á esa entidad tan generosa, que ni nos permite agradecerle sus beneficios, puesto que ni sabríamos á qué ni á quién dirigirnos, concretamente, dado que se pierde en lo ignoto la causa eficiente de nuestra individualidad, que es lo más que poseemos. Debido á que donde todo se estudia no se nos enseña á valorar la vida, porque en nuestras escuelas no se dan nociones suficientes de cosmología y de biología, hasta los hombres más ilustrados mueren,

á veces, sin haber rozado siquiera con su pensamiento á la desbordante, ubérrima realidad, si no para amarla, para tributarle la admiración de su intelecto; y es de este modo que la han mirado con un gesto de despecho que denuncia, de un modo irrefragable, el engaño de sus orientaciones mentales, porque de otro modo sería inexcusable que esa mueca la esbozara el ser que tiene un puesto preeminente en la naturaleza.

En lo que atañe á la vida, se ha llegado á todos los extravíos. Hasta se ha instituido « el consuelo », para que los hombres se resignen á sobrellevar la carga de la existencia, lo cual excede á todo lo más que pueda inventarse en el orden de lo absurdo y de lo descomunal; como no sea que se quiera suministrar consuelo á aquellos á quienes no se les permite disfrutar de los bienes naturales, y resignación á los que asisten al festín desde un puesto tan privilegiado y ventajoso, que no les es dado renunciarlo sin protesta. Al trabajo, que es la condición de la propia evolutividad, y que, por lo mismo, es un bien, se le ha considerado como un castigo, una imposición de la iracundia de los dioses. Es verdad que esa condición, á causa de los errores de constitución social, representa á veces un verdadero suplicio para los desheredados, los que deben trabajar para sí y para los zánganos de la enorme colmena bípeda, y así, de aberración en aberración, se ha llegado hasta á poner en tela de juicio si la vida es ó no un bien.

Si el hombre tuviera conciencia de lo que ella es, en realidad, lejos de ser considerada como el simple cumplimiento de las funciones vitales, para unos; ó bien como algo que no tiene importancia para el propio ser que vive, como es, para otros,—no ya como una prolongada contrariedad ó como un minotauro, según decía Buffón, que devora al organismo,—habría de reputarse un tesoro



incomparable debido á la tenacidad de nuestros antecesores, secundada por una infinidad de circunstancias felices, para nadie tan felices como para nosotros; pero mientras que actuamos y palpamos las excelencias de la vida, en el propio apego que le tenemos instintivamente, nuestras filosofías metafísicas nos llenan de sombras el magín, y nuestro aturdimiento nos induce á sustentar instituciones anacrónicas, contranaturales, cuyos efectos todos tenemos que lamentar. Si se recorriera de una vez el secreto del misterio vital, que preocupa desde la más remota antigüedad, el resultado tendría que ser, sin duda alguna, de un optimismo insuperable, no sólo porque nada, hasta ahora, ninguna verdad ha sido adversa al hombre,—y no puede serlo, por cuanto la verdad y la realidad están identificadas, tanto entre sí como con nosotros,— sino también porque es una de las verdades que más nos interesa descubrir, para saber á qué debe ajustarse nuestra acción, en resumidas cuentas.

El propio misterio de la muerte, el supremo parpadeo de la individualidad que tanto ha acongojado al hombre, tiende á disiparse así que se va comprendiendo que ella debe ser más leve aún que el sueño, como es el «no ser» de la individualidad, dentro del «ser» perpetuo de la naturaleza que la ha sustentado. La muerte es, pues, un fenómeno morfológico «individual», porque para la realidad plena no hay muerte, como no hay pasado. Todo está allí presente, perdurablemente, de una ú otra manera, por más que cada ser sienta en vida las nostalgias de la vida, en su instintivo afán de vivir y perdurar, como tal; afán que, en medio de las propias aberraciones filosóficas y religiosas, se denuncia siempre, y, á veces, con caracteres psicopáticos, sádicos, se diría. El día que el hombre pueda formar conciencia acerca de la vida superior que le ha tocado vivir, como ser evolutivo, que va mejorando constan-

temente su suerte por el conocimiento y por la acción que se ajusta al conocimiento; por el trabajo, que, lejos de ser una adversidad, es una ventura que emerge de la ventaja de su propia evolutividad, después de haber realizado su esfuerzo fundamental en pro de sí mismo y de su descendencia, se rendirá plácidamente á la idea de su disolución personal, con la misma naturalidad con que las hormigas se arrancan las alas después de haber fecundado.

FIN

NÓMINA de las obras que se citan en forma concreta,  
con indicación de las ediciones de que nos hemos  
servido, en el orden en que aparecen las citas:

- E. HÆCKEL: *Enigmas del Universo*, Ed. F. Sempere & C.<sup>a</sup>  
Valencia; Trad. Cristóbal Litrán.
- H. SPENCER: *Principes de Psychologie*, Ed. F. Alcan, Paris;  
Trad. Th. Ribot et A. Espinas.
- E. HÆCKEL: *El monismo*, Ed. F. Granada y C.<sup>a</sup>; Trad. Enri-  
que Díaz-Regt.
- F. LE DANTEC: *Science et conscience*, Ed. E. Flammarion;  
Paris, 1908.
- F. LE DANTEC: *Les influences ancestrales*, Ed. E. Flammarion;  
Paris, 1909.
- GUYAU: *Problemas de estética contemporánea*, Ed. F. Fe y  
Sáenz de Jubera; Madrid, 1902.
- V. HUGO: *W. Shakespeare*, Ed. J. Rouff et C.<sup>e</sup>; Paris.
- N. JOLY: *L'homme avant les métaux*, Ed. F. Alcan; Paris,  
1885; 4.<sup>e</sup> éd.
- MAX-MULLER: *Origen y desarrollo de la religión*, Ed. La Es-  
paña Moderna; Madrid.
- PASCAL: *Pensées*, Ed. E. Flammarion; Paris.
- BOSSUET: *Oraisons funèbres*, Ed. E. Flammarion; Paris.
- E. METCHNIKOFF: *Études sur la nature humaine*, Ed. Masson  
& C.<sup>e</sup>; Paris, 1904; 2.<sup>e</sup> éd.
- C. DARWIN: *Origen de las especies*, Ed. F. Sempere y C.<sup>a</sup>, Va-  
lencia; Trad. A. López White.

- TH. RIBOT: *La psychologie des sentiments*, Ed. F. Alcan; Paris, 1903; 4.º éd.
- E. RENAN: *Études d'histoire religieuse*, Ed. E. Calmann Levy; Paris, 8.º éd.
- E. RENAN: *Vida de Jesús*, Ed. Maucci; Barcelona, 1910, 5.ª ed.
- C. VALERA: *La Santa Biblia* (antigua versión), Depósito Central de la Sociedad Bíblica B. Y. E.; Madrid, 1908.
- D. F. STRAUSS: *Nueva vida de Jesús*, Ed. F. Sempere y C.ª, Valencia; Trad. José Ferrándiz.
- REMY DE GOURMONT: *La culture des idées*, Ed. Mercure de France; Paris, 1910; nouvelle éd.
- H. TAINÉ: *Filosofía del arte*, Ed. F. Sempere; Madrid.
- BINET-SANGLÉ: *La folie de Jésus*, Ed. A. Maloine; Paris, 1909.
- WILLIAM JAMES: *Fases del sentimiento religioso*, Ed. Carbo-nell y Esteva; Barcelona, 1907; Trad. Miguel Domenge Mir.
- BARBEY D'AUREVILLY: *XIX Siècle. Les œuvres et les hommes*, Maison Quantin; Paris, 1887.
- F. LE DANTEC: *Ateísmo*, Ed. Librería Gutenberg; Madrid, 1908; Trad. José González Llana.
- GUYAU: *El arte desde el punto de vista sociológico*, Ed. Librería F. Fe; Madrid, 1902; Trad. Ricardo Rubio.
- GUYAU: *La irreligión del porvenir*, Ed. Daniel Jorro; Madrid, 1911; Trad. Antonio M. Carbajal.
- E. HÆCKEL: *Viaje á la India*, Ed. F. Granada y C.ª; Barcelona, 1906; Trad. G. Bolders y Feder Spiegel.
- HÆCKEL: *Maravillas de la vida*, Ed. F. Sempere y C.ª, Valencia; Trad. Rafael Urbano y Mariano Poto.
- H. BERGSON: *Materia y Memoria*; Madrid, 1900; Trad. Martín Navarro.
- A. BINET: *L'année psychologique*, Ed. Masson y C.ª; Paris, 1911.
- H. SPENCER: *Essais sur le progrès*, Ed. Librairie Germer-Bail-lière et C.º; Paris, 1879; Trad. M. A. Burdeau.
- M. DE FLEURY: *L'âme du criminel*, Ed. F. Alcan; Paris, 1898.
- G. SERGI: *Las emociones*, Ed. Daniel Jorro; Madrid, 1906; Trad. Julián Besteiro.

- F. NIETZSCHE: *El origen de la tragedia*, Ed. F. Sempere y C.<sup>a</sup>, Valencia; Trad. Pedro González Blanco.
- R. MEUNIER: *Le Hachich. Essai sur la psychologie des paradis éphémères*, Librairie Bloud & C.<sup>e</sup>; Paris, 1909.
- W. JAMES: *Principios de psicología*, Ed. Daniel Jorro; Madrid, 1909; Trad. Domingo Barnés.
- HEGEL: *Esthétique*, Ed. Librairie Germer-Baillière; Paris, 1875; Trad. Ch. Bernard, 2.<sup>e</sup> éd.
- A. DE QUATREFAGES: *L'espèce humaine*, Librairie Germer-Baillière & C.<sup>e</sup>; Paris, 1883; 7.<sup>e</sup> éd.
- E. HÆCKEL: *Histoire de la création des êtres organisés, d'après les lois naturelles*, Ed. C. Reinwald; Paris, 1884; Trad. Ch. Letourneau; 3.<sup>e</sup> éd.
- J. H. FABRE: *Souvenirs entomologiques*, Ed. Librairie Ch. Delagrave; Paris, 9.<sup>e</sup> éd.
- F. LE DANTEC: *Le déterminisme biologique et la personnalité consciente*, Ed. F. Alcan; Paris, 1908; 3.<sup>e</sup> éd.
- A. DASTRE: *La vie et la mort*, Ed. E. Flammarion; Paris, 1911.
- J. LUBBOCK: *L'homme préhistorique*, Ed. Ancienne Librairie Germer-Baillière et C.<sup>e</sup>; F. Alcan, Paris, 1888; 3.<sup>e</sup> éd.
- H. POINCARÉ: *La valeur de la science*, Ed. E. Flammarion; Paris, 1911.
- R. U. EMERSON: *Siete ensayos*, Ed. Imprenta de Henrich y C.<sup>a</sup>; Barcelona, 1904; Trad. Pedro Umbert.
- RENÉ GUILLOUIN: *Los grandes filósofos*, Ed. Enrique Bergson; Sociedad de ediciones, Louis-Michaud; Trad. Juan Pujol.
- W. OSTWALD: *La energía*, Ed. Librería de Gutenberg; Madrid, 1911; Trad. J. R. Ferreruela.
- C. BERNARD: *Definición de la vida*, Ed. Imprenta Rollo; Madrid, 1887.
-